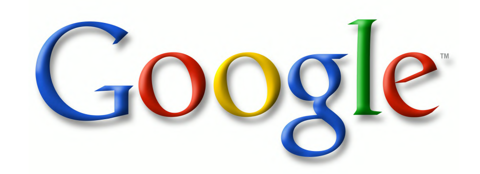




OBRAS

DE

VÍCTOR BALAGUER

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO IV DE ESTA OBRA Y XII DE LA COLECCIÓN

Los productos de esta obra se destinan al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1886

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

TOMO XII DE LA COLECCIÓN

Y CUARTO DE LA HISTORIA DE CATALUÑA

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

POESÍAS CATALANAS. (*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias.—Lejos de mi tierra.—Últimas poesías.*)—Un tomo, que forma el I de la colección, 6 pesetas.

TRAGEDIAS. Original catalán y traducción castellana. (*La muerte de Aníbal.—Coriolano.—La sombra de César.—La fiesta de Tibulo.—La muerte de Nerón.—Safo.—La tragedia de Llivia.—La última hora de Cristóbal Colón.—Los esponsales de la muerta.—El guante del degollado.—El conde de Foix.—Rayo de luna.*)—Un tomo (II de la colección), 8 pesetas.

LOS TROVADORES. *Su historia literaria y política.*—Cuatro tomos (III, IV, V y VI de la colección), 30 pesetas.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS. (*Discursos y dictámenes leídos en las Academias y en los Juegos Florales.—La corte literaria de Alfonso de Aragón.—Un ministerio de Instrucción pública.—Fundación de la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.—Cartas literarias.—El poeta Cabanyes.—Ideas y apuntes*, etc., etc.)—Un tomo (VII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.—Un tomo (el VIII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

HISTORIA DE CATALUÑA.—Tomos primero, segundo y tercero de esta obra, y IX, X y XI de la colección á 10 pesetas cada uno, 30 pesetas.

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

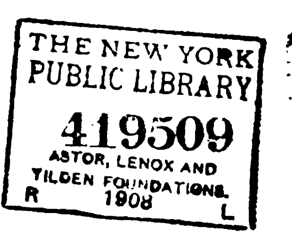
HISTORIA

DE

CATALUÑA

TOMO CUARTO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1886



LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

CAPÍTULO XIII.

Cortes en Ejea.—Sospechas de un viaje del rey á Perpiñán.—Reunión en Teruel de la hueste expedicionaria.—Primeras ventajas conseguidas por el rey.—Su entrevista con los reyes de Castilla y sus amores con Doña Berenguela.—Sitio de Murcia.—Capitulación de la ciudad. —Diferencia en la relación de este período.—Según las historias árabes.—Según Muntaner.—Proyecto del rey, contrariado por sus barones.—Jefes de frontera.—Viaje del rey á Montpeller.—D. Ferriz de Lizana desafía al rey.—Recibe el rey en Perpiñan una embajada de tártaros.— El rey pasa á Lérida.—Sitia y toma á Lizana.—Crueldad del rey.—Sentencia contra monederos falsos.—Viajes del rey.—Muerte del conde de Ampurias.

(De 1265 á 1267.)

Las Cortes que tuvo el rey á los aragoneses en Ejea, fueron por Abril de 1265, estableciéndose en ellas algunas leyes, con las cuales se satisfacían ciertas quejas fundadas de los ricos-hombres de Aragón. Se ordenó, entre otras cosas: Que ni el rey ni ninguno de sus sucesores pudiesen dar tierra ni honor á ningún rico-hombre que no lo fuese por sangre y naturaleza, ó que fuese extranjero; que los ricos-hombres, caballeros é infanzones no fuesen obligados á pagar *bovaje ni herbaje*; que en cuantas diferencias y pleitos se moviesen en-

tre el rey y los ricos-hombres, fuese juez el justicia de Aragón, y las determinase con consejo de los ricos-hombres y caballeros que se hallasen en las Cortes y no fuesen parte en el proceso; que el rey no pudiera dar tierra ni honores á hijos nacidos de la reina, etc.

Si hemos de seguir á *Zurita* y á otros historiadores, D. Jaime, luego de celebradas Cortes, se fué á *Zaragoza*, de donde pasó á Teruel, y de allí á la guerra de Murcia; pero consultando yo mis notas, sospecho que pudo antes hacer un viaje á Perpiñán, donde es un hecho que por aquel tiempo, ó sea en verano de 1265, le rindió homenaje Roger Bernardo III, conde de Foix, por los castillos de Son y de Querigut y por lo restante del país de Donazán, por la villa de Evols y por lo que poseía en Cerdaña y en el Conflent [1].

El *Conquistador* había mandado reunir en Teruel á toda la gente de su hueste. Allí comparecieron sus hijos, Ramón vizconde de Cardona, Pedro de Moncada y otros. Había también tomado á sueldo á 2.000 caballeros; pero de los aragoneses convocados, sólo compareció D. Blasco de Alagón [2], y de los que debían presentarse á sueldo, sólo se reunieron 1.100 [3]. El consejo de Teruel facilitó al rey cuantos recursos de víveres pudo menester para abasto de la hueste; en seguida se trasladó D. Jaime á Valencia, en cuya ciudad pidió

1 Ni Henry ni otros historiadores del Rosellón hablan de este viaje del rey á Perpiñán. Yo, sin embargo, debo hacer mérito de él porque lo hallo apuntado en los cuadernos de notas que hace seis años iba recopilando para cuando escribiese la presente historia. Contra mi costumbre en todas las notas, no hallo en la referente á ésta la fuente, y no me es ahora fácil dar con ella; pero, sin embargo, respondo de su autenticidad. Probablemente la tomé en el archivo de Perpiñán, olvidándome de apuntar la referencia, ó de algún libro de autor importante.

2 Zurita, lib. III, cap. LXVIII.

3 Crónica real, cap. CCLV.—Zurita dice que de los 2.000 sólo se hallaron 600.

prestado cuanto trigo supo que existía en los depósitos de los mercaderes, y de Valencia pasó á Játiva y á Biar.

Con sus instancias y manejos consiguió que Villena y Elda volviesen á la obediencia del infante de Castilla D. Manuel; recobró el castillo de Petrer, que se había alzado contra su señor Godofredo de Loaisa, privado del rey de Castilla, y marchóse á Alicante disponiendo allí sus compañías de gente y tomando tan hábiles medidas, que en poco tiempo se le sometieron Elche y Orihuela, recobrando todo cuanto se había perdido por el alzamiento de los moros desde Villena y Orihuela y desde Alicante al mismo punto.

Se había acordado que los reyes de Castilla y de Aragón se verían en Alcaraz, y á esta villa se dirigió entonces D. Jaime (debió ser á últimos de Noviembre ó primeros de Diciembre) con los infantes sus hijos y 300 caballeros, habiendo dejado en Orihuela otro tanto número de jinetes y sus terribles compañías de almogavares. En Alcaraz le esperaba el castellano con su mujer Doña Violante, hija de D. Jaime, y los infantes sus hijos que, según expresión de un cronista [1], le recibieron con toda la ternura que es natural en tal lance, aunque el rey no empleó toda la suya con personas tan propias, pues le quedó la bastante para rendir á Doña Berenguela Alfonso, hija del infante D. Alfonso, señor de Molina y Mesa, tío del monarca castellano, reduciéndola á que le siguiese, y viviendo después en su compañía algunos años como si fuera su mujer. Fué esta dama la sucesora de Doña Teresa Gil de Vidaure.

Las fiestas de Navidad las pasó ya D. Jaime en Orihuela, de regreso de Alcaraz, gozando de las primicias de sus amores con su querida Doña Berenguela.

Habían tenido ya lugar varios choques y encuentros

1 Braulio Foz.

con los moros, con gran alegría y aprovechamiento de los almogavares, cuando *el Conquistador* trató de ir á poner sitio á Murcia, partiendo de Orihuela á este fin el 2 de Enero de 1266. Hay que referir aquí una anécdota muy característica que cuentan así Zurita como la misma crónica real. «Es de saber, dice D. Jaime, que si en las batallas debe ir siempre el rey á retaguardia, en los campamentos debe ir antes de todos, ya para poder dirigir el sitio mejor, ya para que no haya de moverse nada tan luego como estén acampados.» A fin de escoger, pues, el mejor sitio, hízose acompañar el rey por un adalid, que le señaló el punto donde debía levantar su tienda. El rey miró á todos lados, y observó que del sitio designado por el guía, sólo distaba Murcia un tiro de ballesta, y que estaba la tienda por lo mismo expuesta y en gran peligro.—«Adalid, exclamó entonces el monarca dirigiéndose á su guía, muy locamente nos alojáis; pero ya que este sitio habéis escogido, sabremos mantenernos en él y conservarlo, ó caro nos ha de costar.»

La conquista de Murcia fué breve y llevada á cabo con aquella actividad que caracterizaba á D. Jaime. Los murcianos comenzaron por cargar sobre él y su hueste con gran furia de piedras y saetas, hicieron salidas y dieron rebatos; pero duramente escarmentados, acabaron por no abandonar el recinto de sus murallas que eran fuertes, bien torreadas y bien guarnecidas, siendo, como dice Muntaner, la ciudad *mills murada que sia gaire al mon*. El monarca aragonés, comprendiendo que mejor sería entrar en Murcia por capitulación que por asalto, halló medio de entenderse con los de la ciudad y proponerles que se diesen á partido. Los murcianos se avinieron, mediante que se les permitiese vivir según su ley, llamar á la oración, juzgar á los sarracenos según aquélla lo ordenaba, conservar sus mezquitas y

culto, y olvidar el rey de Castilla cuantos agravios creyese haber recibido de ellos. Ponían por condición que el monarca castellano manifestase por carta que accedía á todo cuanto otorgase D. Jaime. Este les ofreció conseguir del rey de Castilla lo que pedían; pero exigió que se le entregasen interinamente el alcázar y la mitad de la ciudad.

Convínose en esto, y sólo hubo alguna dificultad en el momento de la repartición, pues los murcianos no querían desprenderse de una mezquita que, sin embargo, deseaba convertir el rey en templo cristiano; aunque por fin accedieron. El estandarte de Aragón flotaba ya á últimos de Febrero en las torres del alcázar de Murcia, y el rey de Castilla sabía que podía ir á tomar posesión de aquella plaza y de otras 28 entre fortalezas y villas, que D. Jaime había ganado para él en tan breve campaña. Pocos ejemplos existen de lealtad semejante.

Tal es, en resumen, la historia de este período, conforme á la que hace el mismo rey D. Jaime, y á la de Zurita y demás cronistas, así antiguos como modernos; pero difiere mucho la relación de los árabes, y bastante en los detalles, ya que no en el fondo, la de Muntaner.

Así, por ejemplo, los historiadores árabes á quienes se refiere Conde (cap. VIII de la parte 4.ª), cuentan que el rey Gacum, es decir, D. Jaime, fué contra Murcia pretendiendo ganar aquella tierra para sí, al propio tiempo que el rey Alfonso de Castilla la quería para hacer rey de ella á su hermano Manuel. Esta competencia hizo que los dos reyes se avistasen, conviniendo en casar á una hija del de Aragón con el infante D. Manuel; pero la reina Doña Violante, mujer del castellano, hija del aragonés y hermana, por consiguiente, de la que se destinaba para reina de Murcia, trató de estorbar el proyecto: que era Doña Violante vana y en-

vidiosa, al decir de los árabes; menos bella que su hermana, y sentía en el alma que aquella conquista sirviese para coronar á la que aborrecía. Al efecto, escribió al rey de Granada, y éste, vencido por sus instancias, se entendió con D. Alfonso, concertando que el reino de Murcia quedaría en obediencia de Castilla, y siempre unido á ella, pero debiendo darse en tenencia á un príncipe muslim, que lo gobernase según sus leyes y costumbres. Así se hizo, siempre según los árabes, «y así, añaden, el rey Alfonso satisfizo su generosa vanidad de tener reyes por vasallos, y la reina Yolán (Violante) logró el triunfo que deseaba porque su hermana no fuese reina.»

En cuanto á Muntaner [1], guarda en el fondo, y en el punto capital de la conquista de Murcia por D. Jaime, perfecta armonía con los demás analistas é historiadores de nuestro país; pero desgraciadamente confunde ciertos hechos, antepone unos y pospone otros, y refiere detalles que, á ser verdaderos, están en contradicción con otros, reconocidos indubitablemente como históricos. Así vemos que, según Muntaner, los barones de Aragón se avinieron alegremente y de muy buena voluntad, á ayudar á D. Jaime en la conquista de Murcia, aprobando el auxilio que trataba de dar al rey de Castilla; y, sin embargo, ya los lectores saben los inconvenientes con que tropezó, y de qué manera fué recibida su propuesta en las Cortes de Cataluña, y particularmente de Aragón.

Por mi parte, me atengo á lo primeramente referido, pues paréceme lo más exacto, sin dejar de creer por esto que pudo muy bien suceder algo en el modo y forma que refiere Muntaner, quien da gran importancia

1 Véase su crónica, traducida por D. Antonio de Bofarull, desde el cap. X al XVII.

en todo lo de Murcia al príncipe D. Pedro. Algo puede haber también de verdad en la relación de los cronistas de los árabes, y con apuntarlo todo me contento, pues es sabido que me consagro á escribir esta obra con el deseo de popularizar nuestras glorias y rectificar algunos errores, estando muy apartada de mi mente la idea de ofrecer un trabajo completo, superior á las fuerzas de un individuo, y á las mías en particular.

Ordenadas quedaron así las cosas de Murcia, habiendo D. Jaime conquistado este reino «mediante su esfuerzo y gastos, reduciéndolo á su poder y dominio, y entregándolo á su yerno el rey de Castilla, libre y voluntariamente, y con toda generosidad; acción que puede competir con las mayores que de príncipes se refieren en las historias [1].» El vencedor y conquistador monarca partió entonces á Orihuela, de donde pasó á Alicante, y en este punto llamó á consejo á sus hijos y ricos-hombres, proponiéndoles una cabalgada por tierra de Almería, antes de despedir la gente; pero no fué de este acuerdo el consejo, y el rey hubo de abandonar su propósito, volviéndose para Valencia así que hubo puesto en orden lo que tocaba á las fronteras.

Quedaron en la raya de Alicante y Villena, D. Artal de Luna y D. Jimeno de Urrea, con 100 de á caballo, y en Biar y Ontiñena, D. Berenguer Arnaldo de Anglesola y D. Galcerán de Pinós, con 70 jinetes, encargados de acudir por el pronto á remediar cualquiera sublevación, y al mismo tiempo avisar por medio de almenaras. A más de estos últimos, se sabe que entre los barones catalanes que tomaron parte en la campaña de Murcia, estaban Hugo, conde de Ampurias (¿Pons Hugo II?); Ramón de Moncada; Jofre ó Vifredo, vizconde de Rocabertí, y Carroz, señor de Rebolledo.

1 Cuenca: *De los ricos-hombres de Aragón*, fol. 35 vuelto.

De Valencia se vino el rey á Cataluña, y de aquí trató de dirigirse á Montpeller, lugar al que era aficionado por ser el de su nacimiento, ya que, como el buen Muntaner ha dicho, *natural cosa es que tota persona y puix tota criatura ame la patria é lo lloch hont es nat, é lo dit senyor rey, com naixqué á Muntpesller, amá tostemps molt aquell lloch.* Acompañóle en este viaje Guillermo Rocafull, gobernador de Montpeller, que había adquirido mucha gloria en la campaña de Murcia, y se detuvo algún tiempo en Rosellón y particularmente en Perpiñán [1], de regreso ya de Montpeller y por el mes de Octubre de 1266.

Hallándose en Perpiñán, se le presentó un mensajero de D. Ferriz de Lizana con una carta de éste, en la cual enviaba á desafiar al rey por ser pasada la tregua que había asentado con los ricos-hombres de Aragón.—«Don Ferriz pensará, dijo D. Jaime al recibir este mensaje, que Nos no acostumbramos irnos á sestear, porque solemos salir á volar grulla ó avutarda; mas ya que él lo quiere, haremos cuenta que vamos á volar paloma ó picaza [2].»

El mismo día que recibió esta carta, y en la misma ciudad de Perpiñán, se le presentó una embajada de los tártaros con una carta muy amigable de aquel rey, rogándole emprendiese la conquista de la Tierra Santa, y prometiéndole que si iba D. Jaime en persona á esta expedición, le ayudaría con gente, armas y todo lo necesario. Según parece, el monarca aragonés recibió con gran placer esta embajada, obsequió y festejó á los enviados y les despachó, ordenando á Jaime Alarich, caballero perpiñanés, que los acompañase como su emba-

1 P. Tastú: *Notice sur Perpignan*, núm. 5.—Quizá fué entonces, y no el año antes, cuando tuvo lugar lo del homenaje de Roger de Foix á que se alude en una nota anterior.

2 Crónica real, cap. CCLXXV.

jador cerca del soberano de Tartaria, enterándose de la disposición y fuerzas de aquellas gentes [1].

Dispuesto á cumplir lo que había dicho al recibir el mensaje del de Lizana, vínose el rey á Cataluña y dirigióse directamente á Lérida, á cuyos prohombres y paheres pidió que le ayudasen para marchar contra Don Ferriz.—«¿De qué os ha de servir nuestra ayuda, si al cabo perdonáis siempre á todos y se ensoberbecen más con su impunidad?» es fama que los leridanos le contestaron.—«No sucederá así esta vez,» respondió el rey.

Y no sucedió, en efecto. La historia de lo que pasó es curiosa, y merece referirse con alguno de sus más interesantes detalles. Después de haberse apoderado la hueste de Tamarit, del castillo de Picamoix, que fué en el acto demolido, marchó D. Jaime á poner sitio á la villa y castillo de Lizana, llevando dos fundíbulos para combatir los muros. Por razón del juramento que mutuamente se habían prestado los ricos-hombres de Aragón, encomendándose unos á otros los castillos, defendían en aquella sazón el de Lizana las gentes de Fernán Sánchez, hijo del rey, con él á su frente. Fernán Sánchez, que había vuelto ya á la obediencia del rey, envió un mensaje á su padre suplicándole que le permitiese salir de la fortaleza á él y á los suyos para que entrasen á presidiarla los hombres de Ferriz de Lizana, que se hallaban ya dispuestos en Alcolea. Accedió el rey como á cosa muy justa, y el relevo de la guarnición se efectuó ante las tropas inmóviles de D. Jaime; que tales eran las caballerescas costumbres de la época.

El mismo *Conquistador* salió á la puerta de su tienda para presenciar el desfile, y enterarse de las fuerzas que

1 Crónica real, cap. CCLXXV.—Braulio Foz en sus comentarios al anónimo (Sas).—Juan Alarich dice Foz, pero se llamaba Jaime.

entraban á guarnecer el castillo, en relevo de las de su hijo. Iba á la cabeza de la nueva guarnición un sobrino de D. Ferriz de Lizana, y seguíanle algunos caballeros y otros hombres de *paratje*, que eran, al decir del rey en sus memorias, los que más daño le hicieran alzándose en su tierra. Conocióles á todos D. Jaime, y asombrándose de ver en sus filas á algunos que habían militado con él, se dirigió á ellos y les dijo:—«¡Tambien vosotros! ¿Por quién entráis, pues, en el castillo?»—«Por D. Ferriz de Lizana, que es nuestro señor,» le contestaron.—«Ved, replicó el rey, que si aquí entráis, no volveréis á salir de fijo.»—«Será lo que Dios quiera,» respondieron con sublime laconismo; y entraron.

Relevada la guarnición, el castillo fué estrechamente cercado y reciamente combatido. Apurados ya y reducidos á su último extremo los heróicos defensores, propusieron rendirse si se les perdonaba.—«No hay perdón, exclamó el rey, en cuyo compasivo corazón no había lugar aquella vez para la clemencia; ríndanse á discreción, ó no se rindan.» Instaron nuevamente, pero el rey estuvo inflexible. Entonces los sitiados se rindieron, y D. Jaime, mostrando una crueldad que por cierto no era en él costumbre, mandó que la mayor parte fuesen ahorcados de las almenas del castillo, imponiendo severas penas á los demás.

La rendición de Lizana debió tener lugar dentro aquel mismo año de 1266 ó al principio del siguiente, y en seguida se fué el rey á Tarazona, donde mandó abrir proceso contra unos monederos falsos, que eran, sin embargo, personas distinguidas y de alta clase. La oficina de estos monederos estaba en el castillo de Santa Olalla, junto á Sangüesa, y fueron sentenciados como tales, entre otros, Doña Elfa de Jordá, señora de dicho castillo y villa, la cual fué condenada á muerte y aho-

gada [1]; los hijos de esta señora, que se fugaron; D. Pedro Ramírez y su hijo, y otros. El delito de que se les acusaba era el de acuñar, con marcas de Aragón unas veces, y de Castilla otras, unos maravedises de cobre que cubrían luego con hojuelas de oro. Un alto eclesiástico, complicado en el asunto, fué condenado á cárcel perpetua, y los demás á muerte.

Terminado el proceso, el rey, según su costumbre de no parar nunca ni tener un momento de reposo, así en paz como en guerra, se fué á Zaragoza, de donde pasó á Alcañiz; de este punto á Tortosa, y de aquí á Valencia. Hallándose en esta ciudad á principios de 1268, tuvo noticia de la muerte de su hija la infanta Doña María, acaecida en Zaragoza, y poco después se vino á Cataluña, donde asuntos importantes reclamaban su presencia.

Al comenzar este año de 1268, ó á últimos de Diciembre del anterior, hay que poner un viaje del rey D. Jaime al condado de Ampurias y á su capital la villa de Castellón, si no miente cierta crónica manuscrita que tuve ocasión de hojear hace algunos años [2]. Ha-

1 Elfa de Torrella, dice D. Jaime en su historia traducida por Flotats y por Bofarull. Elfa de Jordá, dice Zurita. Realmente era viuda de D. Pedro Jordá ó Jordán, señor de Santa Olalla.

2 Puedo dar pocas noticias de esta crónica que tuve en mi poder sólo tres ó cuatro días, gracias aún á cierta ilustrada persona de la villa de Figueras que halló medio de procurármela. En las notas que entonces tomé, pues comenzaba ya á ir allegando materiales para cuando se me presentase ocasión de escribir esta obra, consta que la citada crónica parecía ser del siglo XVI por la letra y papel, que era moreno y con anchas márgenes, en las que había notas de letra visiblemente más moderna. El texto era catalán, el estilo poco literario y culto, faltándole los 36 primeros folios, algunos de la mitad poco más ó menos y buena porción de los últimos. Era bastante voluminosa y narraba algunos hechos de los reyes de Aragón, fijándose principalmente en sus relaciones con el condado de Ampurias. Yo bien sé donde existe actualmente este

bíanse renovado las antiguas cuestiones entre la iglesia de Gerona y los condes de Ampurias, y Pons Hugo II fué excomulgado; pero consiguió después que se levantase el anatema. Hallándose próximo á la muerte, en Diciembre de 1267, acudió á visitarle D. Jaime de Aragón que, según la citada crónica, había conseguido por aquellos años la soberanía del condado de Ampurias, no sin tener algunos disgustos con Pons Hugo. Éste murió hallándose el rey en Castellón, y sucedióle su hijo Hugo IV.

manuscrito; pero no estoy autorizado para citarlo en público, y por cierto que allí donde está poco servicio puede prestar á los hombres de letras.

CAPÍTULO XIV.

Muerte del conde D. Alvaro de Urgel.—Disturbios en Urgel y pretendientes á este condado.—Viaje del rey á Toledo.—Consulta al rey de Castilla el proyecto de una expedición á Tierra Santa.—Vuelve el rey á Valencia y recibe una embajada de Tartaria y otra de Constantinopla.—Publica su resolución de ir á la Tierra Santa.—Entrevista con la reina de Castilla en Huerta.—Viaje á Mallorca.—Sale la flota del puerto de Barcelona y quiénes iban en ella.—Asaltada la flota por una furiosa tempestad, decide el rey abandonar la empresa.—Algunos buques llegaron á San Juan de Acre y cuáles fueron.—Regreso de las naves.—La nave real llega á Aigues Mortes.—Lo que le sucedió al rey en Montpeller.—Asiste en Burgos al casamiento de su nieto Don Fernando de Castilla.—Consejos dados al rey de Castilla.—Cortes en Valencia.—Los reyes de Castilla en Valencia.—Nueva entrevista con el rey de Castilla en Alicante.—El príncipe D. Pedro hace preparativos para apoderarse de los condados de Poitiers y Tolosa.—Ordenes terminantes de D. Jaime para impedir el proyecto de su hijo.—Desiste el príncipe de la empresa.—Turbaciones en el reino por causa de guerra entre D. Pedro y Fernán Sánchez.

(De 1268 á 1271.)

Acababa de morir D. Alvaro, conde de Urgel, y sus dominios quedaron en el más mísero é infeliz estado en que jamás se hubiesen visto. El rey D. Jaime, que después de haber tomado las tenencias de los castillos, se quedó con ellos, tenía ocupado casi lo mejor de Urgel y los pueblos y fortalezas más principales. D. Alvaro había muerto agobiado de deudas y de disgustos, dejando de Doña Constanza de Moncada una hija llamada Leonor, y de Doña Cecilia de Foix dos hijos, llamado el mayor Armengol y el menor Alvaro. Con el tiempo, el uno le sucedió en el condado de Urgel y el otro fué vizconde de Ager.



Por de pronto, no sucedió así. Quiso ponerse en duda la legitimidad de estos dos hijos, como habidos en Doña Cecilia, con quien el conde se había casado viviendo todavía su primera mujer, y de quien no había querido apartarse á pesar de las censuras de la iglesia; y de ahí vino que D. Guerau de Cabrera, hermano de Don Alvaro, pretendiese el condado, á tiempo que también lo pretendían el rey por su parte, Doña Constanza de Moncada por la suya y los valedores de los dos niños asimismo por la suya. Hubo con este motivo grandes disturbios; consiguió D. Jaime que Guerau de Cabrera le cediese sus derechos al condado, como también alcanzó lo propio de los ejecutores del testamento de Don Alvaro, y se trasladó á Cervera, dispuesto á hacer armas contra el vizconde Ramón Folch de Cardona y otros nobles catalanes que con el conde de Foix sostenían la causa de los dos niños..

En Cervera se hallaba el día 1.° de Noviembre, cuando recibió cartas y mensaje de su hijo el infante Don Sancho, á quien acababa de conferir el Papa el arzobispado de Toledo, rogándole que fuese á pasar con él las fiestas de Navidad en que había de celebrar su primera misa. Movido el rey de esta súplica, se decidió á aceptar la invitación, y dejando á su hijo D. Pedro en Cervera para que prosiguiese la guerra contra el de Cardona, se marchó á Aragón, llegando á Calatayud hasta donde salió á recibirle el infante D. Sancho, y acompañado de él y del rey de Castilla, con quien se encontró en Huerta, fuese á Toledo, pero sin que su estancia en esta ciudad se prolongase por muchos días.

Tuvo, hallándose en ella, la noticia de haber regresado de su expedición aquel Jaime Alarich que había enviado de embajador al rey tártaro, al cual acompañaban dos señores principales de aquel apartado reino. Decidióse, pues, á volver cuanto antes á sus estados de

Aragón, á fin de recibirles convenientemente, y antes de ponerse en camino con este objeto, manifestó al rey de Castilla su proyecto de pasar á la Tierra Santa para la conquista del Santo Sepulcro. No fué el castellano muy favorable á esta idea, pero á pesar de ello le ofreció contribuir con 100 caballos y 100.000 morabatines si llegaba á realizarla. Ofrecieron también al rey de Aragón sus servicios para aquella empresa los caballeros de Uclés y del Hospital.

Trasladóse en seguida D. Jaime á Valencia, entrado ya el año 1269, y en aquella ciudad, por el mes de Enero, recibió solemnemente á Jaime Alarich, que le presentó los embajadores extranjeros. Eran éstos dos señores tártaros y uno griego, el cual había venido en nombre y representación del emperador de los griegos Miguel Paleólogo. Los tres le ofrecieron, de parte de sus respectivos monarcas, que cooperarían y ayudarían á la empresa de la Tierra Santa con gentes, buques y dinero, si D. Jaime se decidía á ponerse al frente de la expedición. Con esta promesa y con los buenos informes que le dió sin duda Jaime Alarich, ya *el Conquistador* no vaciló un solo instante más, creyendo digna de su renombre semejante empresa.

Desde el momento hizo pública su resolución, y dió todas las órdenes oportunas y necesarias al objeto. Activamente se llevaron los aprestos, como había sucedido en todas las demás cosas en que D. Jaime interviniera. Nombró en clase de lugarteniente general suyo, mientras durase su ausencia, al príncipe D. Pedro, y consiguió que el reino de Aragón le autorizase para batir moneda hasta 15.000 marcos de plata como ayuda de gastos de la empresa, sin los demás donativos que hicieron las villas y ciudades,

Antes de partir pasó á Aragón; de allí al monasterio de Huerta, á donde le había pedido que fuese su hija

la reina de Castilla, con objeto de despedirse de él, pero en realidad para disuadirle de su idea y vencerle con sus súplicas obligándole á que la abandonara. Ya sabemos, sin embargo, que D. Jaime tenía voluntad de hierro. Los lloros, las súplicas, las instancias de la reina su hija y de los infantes sus nietos le conmovieron sin disuadirle de su proyecto, y volvióse luego á Barcelona para dar el último impulso á los preparativos [1].

De aquí, activo siempre en su vejez como lo había sido en su juventud, pasó á Mallorca con una sola galera y una saetía para recoger las naves que estuviesen en la isla, y pedir á los baleares que le ayudasen en su expedición. Recibiéronle los isleños con demostraciones de alegría, y al saber el designio que allí le llevaba, pusieron á su disposición tres navíos y 50.000 sueldos, mientras que su tributario el almojarife de Menorca le hacía un donativo de 1.000 vacas [2].

1 Zurita, lib. III, cap. LXXIV. De esta entrevista con la reina de Castilla no habla la Crónica real.

2 Socias: *Reyes de Mallorca*, pág. 17.— Refieren ciertas crónicas, con motivo de este viaje del rey á Mallorca, que entonces fué cuando sucedió aquel estupendo milagro atribuído á San Raimundo de Peñafort, de venir á pie desde Palma á Barcelona. Aunque sea un extraño cuento propagado por la credulidad de ciertos cronistas, tiene algo bello en su índole, y bueno será referirlo aquí. Raimundo de Peñafort, que fué á Mallorca como confesor de D. Jaime, le instó y amonestó, hallándose allí, para que dejase el trato de su dama Doña Berenguela Alfonso, á la que se trajera de Castilla, como sabemos; pero como el rey desoyese sus consejos, aquel santo varón le amenazó con marcharse y abandonarle. Temiendo D. Jaime que cumpliese su amenaza, dió orden para que ningún buque fuese osado á transportar á su confesor; pero Raimundo sin arredrarse se llegó á la playa, echó su capa al mar, embarcóse en ella y haciendo servir al escapulario de vela, á su báculo de árbol y á un crucifijo de timón, emprendió tranquila y sosegadamente su viaje, llegando sano, salvo y en seis horas á Barcelona. (Feliu de la Peña, lib. XI, cap. XII.) Milagro por milagro, vale más el que cuentan las leyendas de aquel santo sajón que colgó su capa de un rayo de sol.

Cuando volvió el rey á Barcelona (1.° de Agosto), faltaba poco para que todo estuviese dispuesto, pero quedó corriente en lo que restaba de mes. A los siete meses de publicada la decisión real de emprender el pasaje á Tierra Santa, se balanceaban en las aguas de Barcelona 30 buques mayores y algunas galeras, sin contar los bastimentos y fustas de menor capacidad. Embarcáronse en estas naves 800 hombres de armas, gente escogida, las mejores compañías de almogavares y de ballesteros, y entre otras personas notables los maestres del Temple y del Hospital, el obispo de Barcelona, el comendador mayor de Alcañiz, Galcerán de Pinós; el sacrista de Lérida, que después fué obispo de Huesca; Fernán Sánchez, hijo natural del rey; Pedro Hernández ó Fernández, otro hijo que el rey había tenido en una señora aragonesa llamada Berenguela Fernández; Jimeno de Urrea, Pedro de Queralt y otros nobles catalanes y aragoneses en número de 300. El almirante de la armada era Pedro Fernández; el piloto de la nave del rey y jefe superior de pilotos Ramón Marquet, y en el buque de un llamado Pedro Ris iban los embajadores de Tartaria y Constantinopla. El rey y la flota se hicieron á la vela el 4 de Setiembre de 1269, á presencia de la inmensa muchedumbre que llenaba el muelle de Barcelona, y á pesar de que el tiempo se presentaba borrascoso y nada favorable á la expedición [1].

Los airados elementos se empeñaron aquella vez en contrariar la voluntad real. Durante tres días las naves lucharon con la borrasca, pero al cuarto se desató tan deshecha tempestad, «que no se recordaba otra igual de memoria de hombres nacidos.» Ramón Marquet y otros

1 Para todo lo concerniente á este punto, el autor ha tenido presente en particular la Crónica real, los *Anales* de Zurita y la curiosa *Memoria* leída á la Academia de la Historia por D. Martín Fernández Navarrete.

hombres prácticos y expertos en cosas de mar, manifestaron al rey que era temeridad el querer empeñarse contra fortuna y vientos en proseguir el viaje, y, acaso por vez primera en su vida, D. Jaime cedió determinando volver atrás, lo cual le aconsejaron también Galcerán de Pinós y los maestres del Temple y del Hospital, que iban en su nave.

Como la tempestad había dispersado los buques, muchos no vieron las señales que hacía la nao real para que retrocedieran, y los que en tal caso se hallaron, prosiguieron bien ó mal su derrotero, llegando bastante maltratados á San Juan de Acre. Fueron de este número, según noticias sacadas por Navarrete de los registros de cancillería, las naves de Rehedor, otra cuyo dueño ó capitán se ignora, y las de Guillermo Ros, de N. Costa, de Pedro Ris, de Pascual Montbrú, de N. Pintó, de Bernardo Mollet, de Berenguer Cuch, de Guillermo Dalmau y de Bernardo Saporta. Iban en estos buques, á más de los embajadores tártaros y griegos, Jimeno de Urrea y los dos hijos del rey Fernán Sánchez y Pedro Fernández.

La llegada de aquellos catalanes y aragoneses á San Juan de Acre, no fué del todo inútil. Tuvieron ocasión de reanimar y abastecer de víveres á los cristianos que allí había, los cuales estaban muy necesitados y acababan de experimentar algunas pérdidas, entre ellas las de algunas plazas importantes. Al cabo de algún tiempo, empero, viendo Pedro Fernández que su padre no comparecía, ni tampoco ninguna otra nave de la flota, inquieto por lo que podía haberles sucedido, decidió regresar á Cataluña, y como cabo principal dió al efecto las órdenes oportunas dejando en Acre varias fuerzas, mucha parte de almogavares, y además provisiones y caudales para socorro de aquéllas y de los embajadores aliados que habían transportado, á fin de que regresasen

á su patria. Es de advertir á todo esto, que no aparecieron las tropas y los socorros ofrecidos por los monarcas tártaro y griego.

En cuanto á la nave del rey, fué arrastrada por el temporal á Aigues Mortes. Desembarcó D. Jaime; se dirigió á la iglesia más inmediata, que era de Santa María de Vallvert, para darle gracias por haberle librado del peligro, y poco después se partió para Montpeller, ya que tan cerca de esta ciudad se hallaba.

Recibiéronle como era debido los cónsules y habitantes de Montpeller, y parece que el rey aprovechó aquellas buenas disposiciones en que les vió para hacerles una demanda de dinero, que les fué poco grata por lo visto. Reunió á los cónsules y á unos 50 ó 60 ciudadanos y les pidió que le ayudasen en algo, ya que había hecho grandes gastos para realizar la empresa fracasada de su viaje á Tierra Santa. Pusiéronse de acuerdo los requeridos, y al día siguiente le contestaron que cuando quisiese volver á pasar á Ultramar, le ayudarían facilitándole 60.000 sueldos de moneda tornesa.—«Por Dios, señores, exclamó D. Jaime al oir esto, que es la más original respuesta que jamás se haya dado á demanda de rey alguno. Mis reinos de Aragón y Cataluña me darían un 1.000.000 de sueldos para que me quedara en tierra, y lo poco que vosotros me ofrecéis es sólo con la condición de que parta [1].» Y, enojado, abandonó la ciudad.

Vínose á Cataluña, pero sólo de paso para Aragón, y poco después de haber llegado á Zaragoza, recibió un mensaje del rey de Castilla suplicándole honrara con su presencia la boda de su nieto D. Fernando con una hija del rey de Francia. Vino en ello D. Jaime y pasó á Burgos, donde se celebraron aquellas bodas con grande

1 Crónica real, cap. CCLXXXIV.

ostentación y magnificencia. Con motivo de hallarse en la corte de Castilla, medió en unas desavenencias que tenían con el rey algunos caballeros principales de aquel país, pero sin poder conseguir el acomodamiento, y al partir acompañóle el rey D. Alfonso hasta Tarazona.

Al despedirse ambos monarcas, el nuestro dió algunos consejos al castellano, sin embargo de ser llamado este último *el Sabio*, y fueron: que no prometiese cosa que no cumpliese; que antes de firmar algo lo meditase mucho; que trabajase en captarse el amor de sus súbditos; que de los tres estados de que está compuesta una nación, clero, nobleza y pueblo, ya que no pudiese estar bien con todos, procurase que le fuesen adictos el clero y el pueblo, pues con ellos refrenaría la altivez de los grandes; que guardase los convenios hechos con los moros de Murcia á fin de no fomentar descontentos; que procurase tener siempre en la ciudad 100 familias de arraigo con suficiente patrimonio, para que le recibiesen bien en caso conveniente; que lo demás lo poblase de menestrales y artesanos; y por último, que en ningún tiempo administrase justicia á escondidas.

No tardó D. Jaime en abandonar Aragón para ir á celebrar Cortes en la ciudad de Valencia por Marzo de 1270. Sin contar las que el P. Ribelles pretende que se celebraron después de la conquista para dar los fueros á Valencia, habíanse ya convocado dos veces Cortes en dicho reino y ciudad, la primera vez en 1250 con el fin de fijar los términos y límites del reino, y la segunda en 1266 para tomar medidas contra los moros fronterizos que no cesaban en sus rebatos y en sus algaras. Vinieron después de éstas las de 1270, que celebró D. Jaime, no para hacer declaraciones y extensiones de fueros y leyes anteriores, como han pretendido algunos, sino para dictar leyes nuevas, según consta

por la fórmula que precede á cada una: *Fem fur nou.— Encara fem fur nou* 1.

Cuenta un cronista (Vicente Boix en su *Historia*), que D. Jaime recibió en Valencia á la emperatriz Constanza Augusta, hermana de Manfredo, rey de Sicilia, y á su hija la condesa Irene Láscari, hija del emperador Teodoro, que venían á implorar la protección del *Conquistador*, cuya avanzada edad le privó de una venganza que más tarde pudo cumplir su hijo D. Pedro, después de la conjuración de Prócida. Aquellas dos ilustres víctimas de iras políticas y religiosas no alcanzaron tampoco el cambio que las tan famosas vísperas sicilianas produjeron en la suerte de su familia, y murieron en Valencia, siendo sepultadas, según dicho citado cronista, en la iglesia de San Juan del Hospital.

Otros ilustres huéspedes tuvo por aquel tiempo Valencia. Fueron el rey y la reina de Castilla, que al propio tiempo que con esta visita pagaban la de D. Jaime, iban á reclamar su apoyo contra ciertos síntomas de sublevación que se notaban en los moros del reino de Murcia. Los disturbios de Castilla impedían á D. Alfonso acudir á un pronto remedio. Los monarcas castellanos fueron recibidos con ostentación y esplendidez inusitadas en Valencia. Muntaner, en el capítulo XII de su crónica, nos ha dado de ello una completa idea, debiendo sólo tener en cuenta que este cronista comete el error de colocar esta visita como anterior á la conquista de Murcia por D. Jaime; falta, por otra parte, que acaso no sea de Muntaner, sino de las primeras copias de su crónica. De todos modos, D. Alfonso y Doña Violante hallaron una hospitalidad digna de ellos desde

1 Fueros del reino de Valencia, lib. IV de reb. non alien., capítulos IX, X y XI.—Vicente Boix: Noticias de las Cortes celebradas en el reino de Valencia, publicadas al fin de la segunda parte de la obra de este autor *El encubierto*.

el momento que pisaron el territorio de D. Jaime. Todos sus gastos y los de su numerosa comitiva corrieron por cuenta del *Conquistador* en los dos meses que permanecieron en su compañía, obsequiándoseles con juegos maravillosos y con placeres diariamente nuevos.

Luego que hubo partido el rey de Castilla, quedóse D. Jaime en Valencia recorriendo aquel reino, dirimiendo cuestiones que se habían suscitado entre los nobles, y fundando las pueblas de Orimbloy y Montaberner, marchándose en seguida á Aragón, después de haber dejado á su hijo D. Pedro, al decir de algunos, como representante suyo en Valencia.

Las memorias de este mismo año de 1270, mencionan otra entrevista que los reyes de Aragón y de Castilla tuvieron en Alicante. Instóla D. Alfonso, y fué para prevenir á su suegro de ciertas tramas que urdían varios ricos-hombres aragoneses y castellanos, de común acuerdo con los moros de Granada. Los dos monarcas se ofrecieron apoyo mutuo para lo que pudiese ocurrir, y volvióse D. Jaime á Aragón.

A principios del 1271 hallamos al rey, quizá por vez primera en su vida, algo retraído de los negocios públicos y retirado en el pintoresco lugar de Torreallas, á las faldas del Moncayo, gozando sosegadamente de los deleites y frescura de aquel agradable sitio, acompañándole sólo en su retiro un reducido número de caballeros de su casa, Guillén de Pueyo, Olivero de Termens, Armengol de Urg, Bernardo Guillén de Entenza y Jofre ó Vifredo de Cruillas. Poco tiempo pudo disfrutar *el Conquistador* de la calma de aquel sitio, pues bien pronto tuvo noticia de que su hijo D. Pedro allegaba gente para entrar en los estados de Tolosa.

Había muerto el rey de Francia, llamado San Luis, en su expedición á la Tierra Santa, y murió también al regreso de esta malaventurada empresa, su hermano Al-

fonso, que había casado con Juana, única hija del último conde de Tolosa. Juana y Alfonso, condes de Tolosa y de Poitiers, fallecieron en 1271, y recogió toda su sucesión el que había ya heredado la corona de San Luis, Felipe III, llamado después *el Atrevido*. Este Felipe era aquel hijo del rey de Francia que había casado con Isabel, hija de D. Jaime de Aragón, y por consiguiente hermana de D. Pedro, la cual murió también el mismo año que San Luis, conforme explicamos más adelante.

Parece que al ver los de Tolosa que junto con los de Poitiers iban á quedar agregados á la corona de Francia, enviaron un mensaje al príncipe D. Pedro de Aragón requiriéndole para que se apoderase del señorío de aquel condado; y D. Pedro, mozo aún y con grandes bríos, no esperó á que le hiciesen segunda indicación ni se paró mucho tampoco en pesar las consecuencias. Sin advertírselo á su padre y señor, por lo que se desprende, comenzó á formar hueste, y «tenía ya á punto la mayor parte de la caballería de este reino y la más escogida gente de guerra de él, habiendo deliberado ir de manera que, aunque el rey de Francia saliese en persona á la defensa de aquel estado, le pudiese salir á dar la batalla con confianza de la gente de la tierra [1].» Como se ve, iba decidido á todo D. Pedro, cual si una voz de odio secreto le impeliese ya entonces contra aquel Felipe *el Atrevido*, que en mal hora para Francia debía á su turno venir un día contra D. Pedro.

Tales fueron las nuevas que alteraron la tranquilidad de que gozaba D. Jaime en su retiro de Torreallas. Sin duda, por lo que parece, vivía entonces muy apartado de los negocios y descansaba en su hijo, que acaso se hallaba como príncipe heredero al frente de las cosas

1 Zurita, lib. III, cap. LXXIX.

del estado; pero al saber D. Jaime lo que sucedía, mal hallado con la idea de emprender una guerra con Francia, acudió presuroso á remediar la que no podía menos de creer imprudencia de su hijo. Trasladóse, pues, á Zaragoza, y como D. Pedro estaba ya para hacer su entrada en Francia, le mandó que desistiese de aquella empresa, la cual, le dijo, no podía redundar en su honra ni provecho. Al propio tiempo, como su hijo no aparentaba hacer gran caso de sus mandatos y persistía en su propósito, el rey á 15 de Octubre requirió solemnemente á los ricos-hombres del reino para que no fuesen con D. Pedro, ni le valiesen y ayudasen en aquella jornada.

Ante este formal mandato del rey, abandonaron á D. Pedro los primeros sus hermanos bastardos Fernán Sánchez y Pedro Fernández, siguiendo este ejemplo los ricos-hombres de quienes hacía aquél más confianza, D. García Artiz de Azagra, D. Bernardo Guillén de Entenza, D. Jimeno de Urrea, D. Ferriz de Lizana, D. Pedro Martínez de Luna, D. Ato de Foces y otros. Como lo mismo se mandó por disposición real á las ciudades y villas del reino, vióse obligado D. Pedro á desistir de su propósito y de la empresa.

Ya no pudo encontrar el rey, en los pocos años que le quedaban de vida, la paz y sosiego de que había comenzado á gozar en su retiro al pie del Moncayo. Así como un día habían perturbado la quietud del reino las discordias de sus hijos D. Alfonso y D. Pedro, así entonces volvieron á turbarle las que se levantaron entre D. Pedro y Fernán Sánchez, destinadas á tener un resultado mucho más funesto que aquéllas.

CAPÍTULO XV.

Quejas de D. Pedro contra Fernán Sánchez.—D. Pedro intenta matar en Burriana á Fernán Sánchez.—La nobleza catalana y aragonesa dividida en bandos.—Cortes en Ejea y en Alcira.—Primera vez que se encuentran citados en la historia los nombres de Roger de Lauria y Conrado de Llansa.—Guerra y tregua con Navarra.—Se avistan en Requena los reyes de Castilla y de Aragón.—Viaje de D. Jaime á Montpeller.—Guerra entre el rey de Francia y el conde de Foix.—Media el rey de Aragón y tiene una entrevista con el de Francia.—El conde de Foix prisionero del rey de Francia.—Negociaciones para la libertad del de Foix.—Diferentes actos de D. Jaime en Montpeller.—Convocatoria á los barones para ir contra moros.—El vizconde de Cardona y otros se niegan á asistir al rey y por qué.—Bernardo de Olcinella lugarteniente en Aragón y Cataluña.—Victoria de los catalanes en Ceuta.—Viaje del rey á Murcia.

(De 1272 á 1273.)

La causa verdadera de la desavenencia entre ambos hermanos, el legítimo y el bastardo, desavenencia que, como veremos, se convirtió en un odio á muerte entre ellos, no resulta bien aclarada por la historia. Las razones que alegaba D. Pedro contra Fernán Sánchez eran: que había sido de la parcialidad de los ricos-hombres que se sublevaron contra el rey D. Jaime; que estaba secretamente unido con Carlos de Sicilia, enemigo capital de D. Pedro y de su esposa Doña Constanza; que con ayuda de Carlos proyectaba llegar á ser un día rey de Aragón; que había intentado envenenarle á él (D. Pedro); y finalmente, que había conspirado con algunos barones de Aragón para levantar la tierra contra D. Jaime. Estos eran los motivos de agravio que el príncipe alegaba, y la animosidad de éste contra Fer-

nán Sánchez, que no esperaba más que una ocasión para estallar, se declaró enérgica y violentamente luego que hubo fracasado su proyecto de jornada contra el rey de Francia [1].

Hallándose una noche Fernán Sánchez en su casa de Burriana, á la sazón que D. Jaime estaba en Valencia, vió invadido su domicilio por hombres armados á cuyo frente iba el príncipe D. Pedro. Afortunadamente para él, Fernán Sánchez tuvo tiempo de escapar con su esposa Doña Aldonza de Urrea. Los invasores, que llevaban indudablemente la intención de matar al bastardo, lo buscaron por toda la casa con las espadas desnudas, registraron hasta por debajo de las camas, y sólo se retiraron al convencerse de lo inútil de sus pesquisas.

Fernán Sánchez, al propio tiempo que acudía en queja al rey su padre, se vino según parece á Cataluña, uniéndosele en seguida algunos nobles catalanes que estaban agraviados de D. Pedro, porque siendo éste lugarteniente general había procedido rigurosamente contra algunas personas principales que traían alterada la tierra, habiendo también mandado anegar á Guillén Ramón de Odena, persona de alto linaje [2]. Con el fa-

1 Según la crónica catalana de San Juan de la Peña, parece que Fernán Sánchez, á su regreso de la malaventurada expedición á Tierra Santa, se detuvo en un puerto de Sicilia, siendo muy obsequiado y regalado por Carlos de Anjou, que le armó caballero. El favorecido de Carlos de Anjou ó Carlos de Sicilia no podía ser mirado con buenos ojos por D. Pedro. De aquí su odio. A esta circunstancia, confirmada por el cronista Desclot, aludió sin duda Zurita en el cap. LXXX de su lib. III, al decir que el odio contra su hermano lo concibió D. Pedro después que Fernán Sánchez volvió del viaje á Tierra Santa. Sólo que Zurita calla el motivo.

2 Zurita, libro y capítulo últimamente citados. Todo lo referente á este asunto hay que irlo deduciendo, y algunas veces interpretando, de los pocos datos que dan este analista, la crónica del rey, Gómez Miedes, Marca, Desclot, la crónica de San Juan de la Peña y otros.

vor de los catalanes descontentos y el de D. Jimeno de Urrea, su suegro, que era hombre muy poderoso, creó Fernán Sánchez una parcialidad ó bando, al que no tardaron en agregarse varios ricos-hombres y caballeros de Aragón. Otros muchos se declararon por D. Pedro, y de nuevo se vió á la nobleza dividida en dos fuertes partidos prontos á hacer la guerra y á convertir el suelo natal en un triste teatro de civiles discordias.

Al principio el rey se manifestó favorable á Fernán Sánchez, y hallándose en Lérida reprendió amargamente á D. Pedro por su proyecto homicida contra su hermano; después parece que se inclinó á favor de D. Pedro, cuando éste, por conducto de dos mensajeros, Ruy Gómez de Luna y Tomás de Junqueras, le hubo manifestado que Fernán Sánchez aspiraba á destronarle; y por fin, sin que aparezca clara la causa, volvió á ponerse de parte del bastardo, aunque más adelante tornó á declararse por el legítimo.

Lo cierto es que, en el ínterin, los barones hacían aprestos de guerra, creándose poco á poco dos importantes fracciones que amagaban sumir al reino en un caos de horrores y desventuras. Creyó prudente el rey convocar Cortes para evitar mayores males, y fueron reunidas en Ejea primero y después en Alcira; pero, sin que sepamos pormenores de lo que tuvo lugar en ellas, sólo superficialmente y por el momento pudieron conseguir la avenencia. El odio quedó vivo en el fondo del corazón de entrambos contendientes, y ya veremos el funesto resultado que dió de sí más tarde.

Por de pronto D. Pedro, que había sido privado de la procuración general del reino, volvió á la gracia de su padre, y con su permiso se vino á Cataluña, encontrándose en Tarragona el día que en esta ciudad fué consagrado obispo de Huesca el que era entonces sacrista de Lérida, D. Jaime Roca.

Las memorias de este mismo año de 1272 cuentan cómo murió en Narbona la que había sido dama del rey Doña Berenguela Alfonso, hija del infante castellano señor de Molina, y cómo hizo D. Jaime merced de las alquerías de Rahallo y Abricato en el reino de Valencia, á un joven doncel, entonces desconocido, pero que algún día había de darse á conocer llenando de su gloria el mundo todo. Este joven se llamaba Roger de Lauria ó de Lluria, como dicen los cronistas catalanes. Era hijo de un caballero calabrés, que murió en la batalla de Benevento combatiendo por la causa del rey Manfredo, y había venido á este reino con su madre llamada Bella, la cual acompañó á Doña Constanza, de la que era dama y aya cuando se casó con el príncipe aragonés D. Pedro [1]. Quizá por el mismo tiempo en que Roger recibió de D. Jaime la citada merced, fué cuando tuvo lugar la ceremonia, referida por otro cronista, de ser armado caballero por manos del príncipe D. Pedro, que en aquel acto le dió por esposa una hermana de Conrado de Llansa, otro mancebo desconocido entonces, pero cuyo nombre debía también sonar bien pronto para eterna gloria suya [2].

Proyectaba D. Jaime un nuevo viaje á Montpeller, pero hubo de retardarle por causa de la guerra que entonces se movió en las fronteras de Navarra. Había muerto el rey de este país Teobaldo II, sin dejar hijos, y entró á sucederle su hermano Enrique. Con él se rompió la guerra, pero las novedades ocurridas en Aragón á causa de las turbaciones promovidas entre Don Pedro y Fernán Sánchez, obligaron á D. Jaime á firmar treguas con el navarro, á tiempo que el príncipe D. Pedro procuraba concertarse con el rey Enrique

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXI.
2 Muntaner, cap. XVIII.

pretendiendo sucederle en aquel reino, negociaciones de las cuales fué embajador, sin resultado, el catalán Gilabert de Cruillas [1].

El monarca aragonés se avistó por aquel entonces en Requena con su yerno el rey de Castilla, y pactaron que se ayudarían y socorrerían mutuamente contra los moros, si, como se temía, acertaba á venir con poderosa hueste el rey de Marruecos. Terminadas estas vistas, y dejando bien fortificadas las fronteras de Murcia y Castilla, D. Jaime realizó su proyecto de un nuevo viaje á Montpeller.

Acudamos para este punto á las historias y crónicas provenzales, enlazando sus datos con los pocos que nos dan nuestros analistas. No hay duda que D. Jaime estaba ya en Montpeller por Agosto de aquel año de 1272, acompañado de Jofre vizconde de Rocabertí, Beltrán de Bellpuig, Armengol de Urg y otros ricos-hombres, en ocasión que había grandes alteraciones entre el nuevo rey de Francia, Felipe III, y Roger Bernardo III, conde de Foix.

La querella entre ambos provenía de haber atacado el de Foix á Gerardo de Casaubón, tomando por asalto su castillo de Sompuy y entregándolo á las llamas y al saqueo, á pesar de hallarse bajo la salvaguardia del monarca francés. Felipe III no quiso dejar impune este atentado, y marchó resueltamente contra el conde de Foix, que no pudiendo resistir á las numerosas fuerzas de su enemigo, acudió á ponerse bajo la protección de D. Jaime *el Conquistador*.

Este, en compañía de Gastón, vizconde de Bearn, suegro de Roger de Foix, y de otros señores catalanes y aragoneses, fué al encuentro del rey de Francia para desenojarle y pedirle que no hiciese la guerra al de Foix.

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXII.

La entrevista de ambos monarcas se efectuó en la abadía de Bolbone, situada entre Tolosa y Pamiers, y aun cuando convinieron en las bases de un tratado, el conde de Foix se negó á someterse al comunicársele las condiciones.

Felipe, pues, rotas las negociaciones, fué en persona á sitiar á Roger Bernardo en su propio castillo, y de tal manera le combatió y tan perdido se vió el de Foix, que no tuvo más recurso que entregarse al rey, sometiéndosele con todos sus dominios y pidiéndole perdón. Felipe III se negó á concedérselo, y habiéndole hecho atar y encadenar se lo llevó prisionero á Carcasona, donde le dió por estrecha cárcel una de las torres de la ciudad.

Conforme á los artículos del tratado de capitulación, Pedro Durbán, gobernador del castillo de Foix, entregó esta fortaleza á Jofre de Rocabertí, que se posesionó de ella en nombre del rey de Aragón, pasándola éste en seguida al francés, pero guardando en su poder la mayor parte de los otros castillos, que eran del dominio de Foix, sujeto á su señorío feudal, y los cuales encomendó á la guarda del vizconde Ramón Folch de Cardona. El conde de Foix instaba por su libertad, pero el rey de Francia manifestó que no le sería devuelta como no le fuesen entregados por parte del *Conquistador* los castillos que retenía éste en su poder. Don Jaime se negaba á ello, pues eran de su feudo y no quería permitir que pasasen á dominio extraño. Como mediaba esta causa, no tuvo ningún efecto un requerimiento que el monarca aragonés hizo al de Francia por embajada del obispo de Barcelona, del maestre del Temple Arnaldo de Castelnou y de un hermano de éste, Guillermo de Castelnou, para que fuese puesto en libertad el conde de Foix. D. Jaime cedió por fin, y Roger Bernardo salió de la prisión, luego que nuestro mo-

narca hubo mandado hacer entrega de las fortalezas [1].

A todo esto, había entrado ya el año 1273, y el rey de Aragón continuaba en Montpeller, donde hizo testamento antes de concluir el año, encontrándose peligrosamente enfermo [2]. Después de su curación, que se pretendió ser milagrosa, publicó un decreto fechado á 7 de Febrero de 1273, por el cual declaraba que no bastando ya la moneda de Melgueil al uso y comercio de los habitantes de Montpeller, á causa de lo que esta población había aumentado bajo su dominio, *siendo reputada por una de las mejores del universo,* permitía acuñar nueva moneda á los cónsules de la ciudad, marcando las condiciones. Por otro acto, anterior de un mes á éste, se ve que transigió D. Jaime las diferencias que desde mucho tiempo antes tenía con el obispo de Magalona; y finalmente, por un perdón dado á los habitantes de Montpeller, se puede venir en conocimiento de una sedición que debió tener lugar en esta ciudad, hallándose él presente, y en la cual murió su escudero Raimundo de Monreal [3].

Desde el mismo Montpeller, y á 30 de Enero de 1273, había enviado el rey sus cartas á todos los ricos-hombres de Cataluña y Aragón para que catorce días después de la Pascua estuviesen dispuestos á seguirle, pues quería ir en persona á socorrer al rey de Castilla en la guerra que le hacían los moros y algunos nobles castellanos unidos á ellos. También escribió á Hugo de Santapau, veguer de Gerona, á fin de que velase porque el armamento de Cataluña se hiciese pronto y todo estuviese dispuesto para su llegada.

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXIII.—*Historia del Languedoc,* tomo IV, págs. 9 y 10.

2 Este testamento lo publicó traducido al castellano D. Vicente Blanchart, en el tomo II de su *Tratado de los derechos y regalías de Valencia.*

3 Balucio.—*Anales de Montpeller.*—*Historia del Languedoc.*

Esta vez, sin embargo, había de encontrar obstáculos á su propósito en los nobles catalanes. Aquel mismo vizconde de Cardona, Ramón Folch, que ya una vez se había manifestado rebelde á la voluntad real por una causa idéntica, haciendo ver que en estas tierras el monarca no podía disponer de sus súbditos como de un rebaño de carneros, se opuso nuevamente entonces, fundado en que la ley no le mandaba servirle fuera de Cataluña, y que en caso de hacerlo sería por gracia y no por deber, por voluntad propia suya y no por mandato del rey ni por justicia [1]. De parte del vizconde, prontos á sostenerle en este punto, se pusieron entre otros nobles Pedro de Berga, Galcerán de Pinós, Guillén y Marimón de Castellví, Berenguer de Cardona y Guillén de Rajadell. Todos éstos, hallándose el rey en Lérida por Abril de 1273, se presentaron ante él y le dijeron resueltamente que no estaban obligados á servir al rey de Castilla, sino al conde de Barcelona, añadiendo que se hallaban dispuestos á estar á derecho siempre que de ello conociese el tribunal ó corte; pero D. Jaime, cada vez más tenaz é injusto en este punto, insistió en su demanda diciendo que era conforme á usaje.

Con esta respuesta, los barones catalanes se retiraron á sus dominios, dispuestos á no obedecer, mientras que el rey pasaba á Murcia, después de haber dejado por lugarteniente general suyo en Aragón y Cataluña á Don Bernardo de Olcinella, arzobispo de Tarragona.

Por este tiempo, y antes de la ida del rey á Murcia, hay que colocar una expedición ultramarina, la última que se llevó á cabo en el reinado de D. Jaime. Mientras éste se disponía á marchar contra los moros de Granada, se aliaba con los de Fez. Pidió el rey de este punto auxilio al nuestro, y D. Jaime le envió una escuadra

1 Feliu de la Peña, lib. XX, cap. XIII.

de 10 galeras y 10 naves que, con 500 hombres de *paraige*, debió salir del puerto de Barcelona por Abril ó Mayo de 1273. La flota catalana auxilió al monarca de Fez contra la plaza de Ceuta, la cual se rindió después de incendiadas ó apresadas todas las naves surtas en su puerto [1].

Refieren las crónicas, cómo el rey D. Jaime efectuó su viaje á Murcia, siendo recibido con júbilo extraordinario por aquellos habitantes, entre los cuales pasó algunos días. No se habla por entonces de guerra contra los moros de Granada, sino de diversiones y recreos del anciano rey, que, según él mismo dice en sus memorias, no había ido á Murcia más que para ver cómo se poblaba, sintiendo tan grande alegría de la prosperidad de sus habitantes, que los miraba como si fuesen súbditos suyos [2].

Ya en esto había comenzado el año 1274, año fecundísimo para este reino en notables acontecimientos, de que podrá enterarse el lector con sólo hojear el capítulo que sigue.

1 Capmany: *Memorias históricas*, 128.
2 Crónica real, cap. CCXCV.

CAPÍTULO XVI.

Invitación del Papa al rey para asistir al concilio de Lión.—Mandato real al vizconde de Cardona y á los suyos para entregar los castillos, y embargo de sus feudos.—Contestación del vizconde de Cardona.—Nuevo mandato, y nueva contestación del de Cardona.—El rey se detiene en Torroella.—Tercer requerimiento del rey al de Cardona y resolución de éste.—Entrada triunfal de D. Jaime en Lión.—Conferencias con el Papa.—Concilio y nueva conferencia con el Papa.—Rasgos y palabras notables del rey.—Pide el rey ser coronado por el Papa.—Niégase el Papa como no se reconozca y pague el tributo prometido por Pedro el *Católico*, á lo cual no accede el rey.—Intercede Don Jaime por un infante de Castilla.—Sale de Lión y va á Perpiñán.—Actos de D. Jaime en Perpiñán.—Nuevo mensaje al de Cardona y digna respuesta de éste.—Los barones catalanes confederados se reunen en Solsona.—Mensaje del rey á los barones y contestación de ellos.—Rompimiento definitivo entre el rey y los barones. Fernán Sánchez se une á éstos.—Llamamiento del rey.—Qué nobles se reunieron en Ajer para hacer guerra al rey y enviarle sus cartas de *deseximent*.—Saqueo é incendio de Figueras por el conde de Ampurias.—Alteraciones en Aragón.—Muerte del rey de Navarra, sucesos en este reino y pretensiones de Aragón.—Treguas con los del bando del vizconde de Cardona.—Los reyes de Castilla en Barcelona.—Objeto que llevaba en su viaje el rey de Castilla.—Entrevista de D. Alfonso con el Papa en Beaucaire.—Muerte de San Raimundo de Peñafort.

(1274.)

Estando el rey en Alcira por el mes de Febrero de 1274, de regreso ya de su expedición á Murcia, se le presentó un religioso llamado Fr. Pedro de Alcalá, mensajero del papa Gregorio X, con una carta de éste invitándole á asistir al concilio general de la Iglesia que debía celebrarse en Lión. Plúgole mucho al rey semejante mensaje, y su contestación fué que iba á ha-

cer sus preparativos y disponerlo todo para marchar en seguida. No tardó efectivamente en salir del reino de Valencia, viniéndose á Cataluña de paso para Francia [1].

1 Impórtame hacer aquí una advertencia, cuya necesidad no podrá menos de ser reconocida cuando se sepa que lo que digo respecto á este punto está en oposición con lo que refiere Muntaner, cronista que se ocupa detenidamente, como es sabido, de ciertos hechos y cosas de aquel tiempo. Y como con el texto de su crónica, hoy por fortuna conocida y popularizada gracias á un escritor contemporáneo, se me pudiera argüir y atacar, debo apresurarme á precaver el cargo. Muntaner cuenta, en su cap. XXI, que D. Jaime, luego de haber recibido el mensaje del Papa invitándole á ir al concilio, recibió otro de su yerno Don Alfonso de Castilla, diciéndole que también iba él al concilio y que pasaría por sus tierras. En el cap. XXII refiere cómo D. Alfonso envió á decir á D. Jaime que entraría por Valencia, y cómo D. Jaime mandó que corriesen por cuenta suya todos los gastos que hicieran el rey de Castilla y sus gentes desde que pasaran el territorio de Aragón hasta que llegasen á Montpeller. En el cap. XXIII explica cómo llegó el castellano á Valencia, saliéndole á recibir D. Jaime hasta la frontera; cómo en Valencia se hicieron grandes festejos por su llegada, y cómo luego se vinieron los reyes á Barcelona donde se repitieron las fiestas, pasando luego á Montpeller, desde cuyo punto el monarca de Castilla se fué á Lión, quince días antes que D. Jaime. Todo este viaje de los reyes lo refiere Muntaner con raros y minuciosos detalles, citando los pueblos en que se detuvieron y los obsequios que se les hicieron, y añade que el concilio de Lión lo había dispuesto el Papa "á causa del gran deseo que tenía de ver al señor rey de Aragón, y de la gloria que le cabría de verle con sus dos yernos reyes, tales como eran el rey de Francia y el rey de Castilla, á par que con las reinas sus hijas y sus nietos." Todo esto, y mucho más que dice Muntaner, podrá ser muy bello, pero desgraciadamente no es muy exacto. Bastará decir, por ser una verdad reconocidamente histórica, que D. Jaime fué el único monarca que asistió al concilio. Así lo dice él mismo en sus memorias, así lo dice la historia general de los concilios, así lo aseveran los documentos y los historiadores más autorizados. D. Jaime fué sólo con su comitiva á Lión, y no le acompañó ni el rey Alfonso ni otro rey alguno.

Nueve meses más tarde, á principios del 1275, fué en efecto D. Alfonso á Francia para verse con el Papa, según se referirá en el texto, y entró en tierras de Aragón por Valencia, viniéndose á Barcelona y pasando de aquí á Francia, viaje en el cual pudo muy bien suceder lo que

Antes empero de salir de sus estados, quiso tomar providencias por lo que le había sucedido con el vizconde de Cardona y demás nobles catalanes, y consta que á 9 de Marzo de este año, desde Tarragona, envió á decir al citado vizconde y á los barones de su partido que, en atención á no poderse disimular sin grave daño y perjuicio de su preeminencia real el hecho, por ellos provocado, de negarse á servirle en la guerra contra los moros de Granada, mandaba embargar sus feudos y honores, requiriéndoles para que le entregasen y diesen la posesión de los castillos que tenían por él, debiendo ser entregadas las fortalezas que estaban en la veguería de Barcelona, á Guillén Dufort, veguer de Barcelona; las de Gerona al veguer de este punto, Guillén de Castellnou, y las de Cerdaña y Conflent, á su respectivo veguer, Ramón Tort.

El requerimiento del rey llegó á noticia del vizconde Ramón Folch hallándose éste en Sabadell, villa en donde consta que poseía feudo ya desde 1237 la familia de Cardona [1], é inmediatamente le contestó con un mensaje diciéndole haberse maravillado mucho de que tal

cuenta el cronista de haberse detenido en Peralada hospedándose en casa del padre de Muntaner; pero ni D. Jaime estaba entonces en Valencia, ni salió á recibir al castellano hasta la frontera de Murcia sino hasta Tarragona, ni le acompañó á Francia, pues él mismo dice en su crónica (cap. CCCIV) que se fué á Lérida en cuanto D. Alfonso salió de Barcelona. Ni fué posible que le acompañase, pues mientras el castellano estaba en Francia, el aragonés se hallaba aquí detenido por asuntos muy graves, según por el texto podrá enterarse al lector.

Como Muntaner es un cronista que tiene gran reputación de verídico entre algunos, los cuales acaso no han tenido ocasión de comprobar ciertos pasajes de su obra con otros monumentos históricos más fieles, me veo precisado á notar éste y otros errores suyos que tendré motivo de hacer observar para convencimiento de los lectores.

1 *Anales de Sabadell* por Bosch (obra manuscrita y existente en el archivo municipal de la mencionada villa).

cosa le mandase, pues estando en Lérida le había respondido que no estaba obligado á servirle los feudos y honores en las guerras que tenía el rey de Castilla en su reino; que estaba dispuesto á comparecer ante la corte y á someterse á su juicio, y que le rogaba, como á señor en quien había razón y justicia, que no le embargase los honores y feudos que tenía, pues hallábase pronto á estar á derecho por razón de lo que le inculpaban, siendo ésta la causa por la que no le entregaba los castillos. El embajador del vizconde para con el rey fué Guillermo de Castellví.

No tuvo ningún efecto este mensaje ni movió el ánimo del rey, que mandó otra vez requerir al vizconde para lo mismo, y éste contestó entonces que estaba pronto á entregar los castillos llanamente, según costumbre de Cataluña, pero no por aquella demanda de haber faltado en el servicio que debía, porque sobre semejante asunto estaría á derecho con el rey á conocimiento de su corte [1].

Mientras iban y venían estos mensajes, proseguía D. Jaime su camino hacia Lión. Estuvo algunos días en Barcelona, de donde se trasladó á Gerona; y como se hallaba en esta ciudad su hijo el príncipe D. Pedro, convidóle éste á pasar con él la Pascua en Torroella, á lo cual accedió el rey, siguiendo luego su viaje. Don Pedro le acompañó hasta Perpiñán, pero desde allí se volvió á Cataluña.

Antes de salir del Principado, D. Jaime mandó hacer tercer requerimiento al vizconde de Cardona (Abril de 1274), amenazándole con la pena que imponían los usajes al que rehusaba entregar el castillo á su señor, por cualquiera vía que se lo pidiese. El vizconde, al ver la instancia con que se le pedían estos castillos, de-

1 Zurita, lib. III, cap. LXXXV.

terminó darlos, pero sólo los que tenía en feudo, reservándose los de Cardona, Castellví y otros que dijo no estar obligado á entregar por ser suyos. En tal estado se hallaban las cosas cuando el rey salió del Principado, y ésta fué, como veremos luego, la causa de la guerra que se movió poco después entre el vizconde de Cardona y los barones de Cataluña, y el rey y su hijo D. Pedro.

Sigamos por de pronto á D. Jaime en su viaje, ya que así lo exige el orden cronológico de los hechos.

Después de haberse detenido momentáneamente y sólo de paso en Perpiñán, llegó á Montpeller, donde permaneció ocho días, encaminándose en seguida á Lión y llevándose consigo á Berenguer, obispo de Magalona [1]. Al llegar á Viena del Delfinado (1.º de Mayo), encontró un mensaje del Papa suplicándole que se detuviera un día en San Saforín, á tres leguas de Lión, para que pudiese hacérsele mejor y más digno recibimiento. Su entrada en la ciudad fué efectivamente espléndida y grandiosa. Salieron á recibirle á una legua de distancia todos los cardenales, un gran número de obispos y de señores, y agrupóse á su paso un gentío inmenso, tanto, dice él mismo en su historia, «que para poder andar el espacio de una legua y poder llegar al palacio del Papa, tuvimos que pasar desde la mañana hasta el medio día.» Muntaner (pero ya sabemos el caso que ha de hacerse de su relación), dice que «no quedó *rey*, conde ni barón que no saliese á recibirle, á excepción del *rey de Castilla y de sus hijos, que le salieron al encuentro un día antes que los demás.*» Ya he dicho que ni allí estaba el rey de Castilla ni sus hijos, ni allí había más rey que D. Jaime.

No es de nuestra incumbencia decir todo lo que se

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 18.

trató en aquel concilio, empezado el 7 de Mayo y cerrado el 17 de Julio de 1274 [1], sino referir lo que atañe á nuestro monarca, y por consiguiente, á la historia de nuestro país. Una de las principales ideas de Gregorio X era formalizar una cruzada para la Tierra Santa y poner á D. Jaime de jefe principal de los cruzados. D. Jaime sabía que éstos eran los deseos del Papa y abundaba también en ellos, pero, como hábil y político, trató de aprovechar las circunstancias y la ocasión. En la primera conferencia que tuvieron el rey y el Papa, la conversación fué de mera urbanidad y cortesía, mostrándose muy deferente el Pontífice con el *Conquistador*. A la segunda conferencia asistieron los cardenales, y en ella ya expresó el Papa su deseo de cruzada [2], contestándole D. Jaime con un discurso en el que manifestó que estaba dispuesto á darle consejo y ayuda.

El 7 de Mayo se inauguró el concilio, al cual asistieron 500 obispos, 70 abades y otros 1.000 prelados inferiores. La sesión no se abrió hasta que llegó D. Jaime, el cual se hizo esperar por cierto. Se había dispuesto para él una silla junto al Papa, si bien la de éste era un palmo más alta que la suya. Ocupó la primera sesión un discurso de Gregorio X, el cual, así que hubo concluído, citó al monarca aragonés para el día siguiente, con objeto de tratar el asunto de la cruzada antes de llevar la idea al concilio. Acudió D. Jaime á la cita, á la cual habían sido convocados también los varios mensajeros de reyes y príncipes de Ultramar que estaban en Lión, los cardenales, el maestre del Temple Fr. Juan de Cartellá, y además otras muchas personas. El Papa

1 Véase para esto la *Historia general de los concilios, apud* 1274.

2 *Crónica real*, cap. CCXCVII. Estas conferencias con el Papa pasaron de distinta manera que como refiere Muntaner en su cap. XXIV, y no hubo aquello que éste cuenta de besar al rey en la boca, ni menos aún lo de distinguirle el Papa sobre los demás reyes presentes.

planteó la cuestión, y en seguida habló D. Jaime, principiando su discurso con estas palabras textuales:—«Padre Santo, queremos hablar antes que todos sobre este asunto, ya que somos el *único rey que aquí se encuentra* [1].» La opinión del *Conquistador* fué la de enviar primero á la Tierra Santa 500 caballeros y 2.000 peones, no para combatir al país, sino para construir castillos y fortificar los lugares, permaneciendo en ellos de guarnición hasta que llegase el grueso del ejército más tarde. Por lo que toca á su ayuda, ofrecióla D. Jaime en estos términos: «Os concederemos, dijo al Papa, el diezmo de nuestra tierra; y si vos pasáis á Ultramar, según decís, os acompañaremos con 1.000 caballeros, pero en este caso deberá quedar para Nos el diezmo de nuestra tierra.»

Concluído el razonamiento del rey, reinó el mayor silencio en la asamblea y nadie quería explicarse; pero instados por el Papa los caballeros que allí estaban presentes, contestaron con reservas y diciendo que el asunto necesitaba muy maduro consejo. Uno dijo que el sultán tenía 17 embarcaciones, y habiendo hecho entonces el Papa la observación de que en este caso necesitaban ellos tener 20, exclamó D. Jaime: «No os dé esto pena, Padre Santo, que con 10 que queráis armar de nuestra tierra, podéis estar seguro de que, no sólo no retrocederán por 17, ni por 18, ni por 20, sino que embestirán contra aquéllas y las echarán á pique.» Otro caballero manifestó entonces que era más difícil de lo que se creía ganar la Tierra Santa; y en este punto *el Conquistador*, sin esperar más, se levantó despidiéndose del Papa y diciendo á los que le acompañaban:—«Barones, ya podemos marcharnos; pues hoy, á lo menos,

1 *Crónica real*, CCXCIX.—¿Dónde estaban, pues, los demás reyes de Muntaner?

hemos dejado bien puesto el honor de toda España.»

Y se cuenta que al salir del palacio iba el anciano rey con tales bríos, que montó ágilmente á caballo, espoleándolo y haciéndolo saltar con tanto garbo, que admirados los franceses no pudieron menos de exclamar: —«No es tan viejo ese rey como dicen, pues bien podría repartir aún recios lanzazos á los turcos.»

La intención que movía al Papa á mostrarse tan galante con D. Jaime, estaba ya vista: quería poder contar con él para jefe de la cruzada de que él mismo deseaba formar parte. La intención de D. Jaime al manifestarse tan deferente y tan dadivoso con el Papa, estaba aún por ver, pero se vió entonces: quería ser coronado por el Pontífice. Que era esta la idea secreta que le llevaba, confiésalo él mismo en su historia, con decir que desde Cataluña traía ya dispuesta la corona que debía ceñírsele, la cual añade que estaba trabajada de oro y piedras preciosas, y valía más de 100.000 sueldos torneses.

Al efecto, envió á llamar á En Raimundo March y En Bernardo de Cascanet, catalanes al parecer, los cuales tenían mucho valimiento con el Papa, y les dijo que expusieran á éste su deseo. No esperaba el rey hallar obstáculos; así es que hubo de sorprenderse en gran manera cuando éstos le transmitieron la respuesta de Gregorio. Accedía éste con mucho gusto á coronar al rey de Aragón, pero había de ser con tal que se le ratificase el tributo sobre su reino de 200 mazmudinas jucefinas á que se había comprometido su padre D. Pedro *el Católico* cuando se coronó en Roma, pagando todas las anualidades que se adeudaban y las que en adelante venciesen. A esto respondió el rey que no hallaba razonable la demanda, y que estaba firmemente dispuesto á no hacerse tributario de Roma. Insistió el Papa, manifestando que no podía renunciar á sus pretensiones, como no fuese por acuerdo de sus cardenales, los que no

estaban todos presentes, y contestó el rey que, toda vez que no quería coronarle sin la condición del tributo, le importaba poco volverse sin corona.

Otra gracia solicitó D. Jaime, y fué que el Papa mandase poner en libertad al infante D. Enrique de Castilla, á quien tenía preso Carlos, rey de Nápoles; pero le contestó Gregorio X que no estaba en su mano, y sólo, después de insistir *el Conquistador*, accedió el Pontífice á interceder por el infante con el rey Carlos. Una sola cosa, entre las que pidió D. Jaime, le concedió el Papa en el acto y sin hacerse de rogar: la de confesarle, lo cual hizo absolviéndole y dándole por cinco veces su bendición apostólica.

Después de esto, y sin aguardar á que se terminara el concilio, emprendió el rey la vuelta á Cataluña, más contento probablemente de sí mismo que del Papa. A su paso por Montpeller, á donde llegó el 29 de Mayo, cayó gravemente enfermo, pero no tardó en restablecerse [1], pasando á Perpiñán, en cuya ciudad estaba ya el 15 de Junio.

Las memorias particulares de esta ciudad refieren que, con ocasión de su pasaje y permanencia en Perpiñán, confirmó la antigua costumbre del país que permitía á cualquier habitante vender y exportar su trigo donde bien le pareciera, así por tierra como por mar, sin pago de ningún derecho, con tal que no estuviese destinado á países enemigos del Aragón. También en Perpiñán dió un decreto nombrando á su segundo hijo D. Jaime, futuro rey de Mallorca, por su lugarteniente en la ciudad y señorío de Montpeller, con poder absoluto para gobernarlos como él propio. Ya se sabe que á este príncipe le había nombrado su padre por testamento heredero del reino de Mallorca, del señorío de Montpeller y

1 *Anales de Montpeller*, parte 1.ª, pág. 89.

de los condados de Rosellón, Cerdaña, Conflent y Vallespir [1].

Cuando el rey volvió á Cataluña, las cosas de este país comenzaban á tomar mal aspecto. Firme siempre en su decisión de castigar lo que él llamaba rebeldía del vizconde de Cardona, no siendo en éste más que cumplimiento de un deber, le había enviado á requerir otra vez desde Montpeller por no haber hecho entrega de los castillos de Cardona, Castellví, Satalla, Camarasa y Cubells. El mensajero real, cuando se presentó al vizconde, le dijo en nombre de D. Jaime: «que le entregase los castillos; que de no, mirase lo que hacía; y porque pensaba que estaba malo, que se esforzase bien.» Entendió Ramón Folch el mensaje, y contestó: que no entregaba las fortalezas, estando dispuesto á mostrar su derecho y sus cartas al obispo de Huesca si para ello le elegía el monarca; que tenía bien mirado lo que hacía y se hallaba pronto á todo; y, finalmente, que daba muy bien á entender el rey que le tenía por enfermo pues le pedía el castillo de Cardona; pero que si á Dios pluguiese, no estaría él enfermo mientras el rey le hiciese agravio [2].

El asunto de los barones catalanes se empeoró con la pretensión que tuvo por aquel entonces el príncipe Don Pedro, tocante á que no podían heredar las mujeres, debiendo ser devueltos en este caso los feudos á la corona real. Así es que, apoyándose en esto, reclamaba á Bernardo de Orriols unas tierras que Ponce Guillén de Torroella le había dado como dote de su hija. Semejante demanda alborotó á los barones todos, que, protestando contra aquella arbitrariedad, se confederaron, juramentaron y reunieron en la villa de Solsona, prontos á de-

1 Henry: *Historia del Rosellón*, tomo I, pág. 126.—*Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 18.

2 Zurita, lib. III, cap. LXXXVIII.

fender los usos y costumbres de la tierra que se habían guardado por los reyes pasados. Los que en Solsona se juntaron fueron Hugo IV, conde de Ampurias, que había sucedido á su padre, Pons Hugo II, en 1268; Ramón Folch, vizconde de Cardona; Arnaldo Roger, conde de Pallars; Armengol, conde de Urgel (hijo de D. Álvaro de Cabrera); Guillén de Anglesola, Berenguer de Puigvert, Pedro de Berga, Berenguer Arnaldo de Anglesola, Ramón de Anglesola, y otros cuyos nombres no se han conservado.

De todo esto se enteró el rey al llegar á Gerona, y desaprobando la pretensión de su hijo D. Pedro 3, envió á los nobles reunidos en Solsona un caballero llamado Bernardo de Sant Vicens para que cesasen en su empeño y se disolviesen, pues estaba pronto á revocar lo mandado hacer por D. Pedro; pero los barones, que también estaban allí reunidos por la causa del de Cardona, contestaron que su único objeto era mantener las costumbres y los usajes que sus antecesores les habían dejado y que era su deber vigilar para que no se quebrasen. Por lo que toca al vizconde de Cardona, respondió al mensaje: que había trescientos años que él y sus predecesores tenían el castillo de Cardona en heredad y franco alodio; que no existía noticia de haberse entregado jamás, y que no quería introducir mala costumbre en Cataluña con entregarle.

El rey hacía cargos también al de Cardona de haber acogido en su tierra á Beltrán de Cañellas, acusado de haber dado muerte en Játiva á Rodrigo de Castellezuelo, justicia de Aragón; pero el vizconde contestaba á esto hidalgamente que siempre él y sus predecesores acostumbraron amparar á cualesquiera que á sus dominios se acogiese.

3 Crónica real, cap. CCCI.

Hallándose el rey en Barcelona poco después, recibió un mensaje de los barones sublevados, el cual le llevaron Guillermo de Castellví y Guillermo Rajadell. Pedían á D. Jaime que les devolviese los feudos que les había quitado, prometiendo ellos estar á derecho. Respondióles el rey que no creyesen que era su ánimo eludir el fallo de la corte, pero que antes quería se cumpliese lo prescrito por el usaje. Fueron y vinieron mensajes estando el rey en Barcelona y en Tarrasa, insistiendo los nobles en que no era derecho, ni usaje, ni de derecho parecía, que un señor pudiese arrojar de su posesión á un vasallo sin conocimiento de causa, y así, que pedían ser juzgados; é insistiendo el rey en que, pues ellos tenían los feudos por él y se habían negado á prestarle los servicios que por tales feudos le debían, era ya cosa juzgada y ningún otro juicio había menester. El rompimiento, con esto, fué haciéndose cada día más profundo, y el enojo del monarca subió de grado cuando supo que su hijo bastardo Fernán Sánchez se había unido con los nobles catalanes, formando causa común con ellos, lo propio que varios ricos-hombres de Aragón.

Rotas ya las negociaciones, el rey mandó hacer llamamiento de gente para marchar contra el vizconde de Cardona y demás barones catalanes, Fernán Sánchez y los suyos, y Artal de Luna, Pedro Cornel y otros nobles aragoneses unidos á aquéllos [1]. A este fin, el príncipe D. Pedro, espoleado por su antiguo odio á Fernán Sánchez, acudió presuroso á Aragón para juntar á los ricos-hombres y consejos, y resueltamente marchar contra los sublevados.

Los barones catalanes no se durmieron por su parte. Acudieron todos á reunirse, llevando en pos sus gentes y sus huestes, en la villa de Ager, que era el punto de

1 Zurita, lib. III, cap. XC.

cita que se dieran. Allí comparecieron, entre otros, el vizconde de Cardona, los condes de Ampurias, Pallars y Urgel, Dalmau de Rocabertí, Guerau de Cervelló, Berenguer de Puigvert, los tres Anglesola Guillén, Berenguer Arnaldo y Ramón, Ramón Roger, Guillén Ramón de Josa, Pedro de Berga, Berenguer y Ramón de Cardona, Pons de Cervera, Galcerán de Santa Fe, Guillén Galcerán de Cartellá, Galcerán de Salas, Pons de Zaguardia, Arnaldo de Corsavi y el vizconde de Ager ó de Cabrera. Todos estos barones, empero, antes de comenzar la guerra contra el rey, determinaron despedirse de él conforme á la costumbre catalana y enviarle sus cartas de *deseximent*, que era despedirse de la fe y naturaleza que le debían.

Inmediatamente después de haberle enviado sus cartas, apercibiéndole, despidiéndose y desnaturalizándose de él, protestando no ser responsables de cualquier mal y daño que de allí en adelante hiciesen ellos á sus vasallos ó lugares, imediatamente después de esto, repito, entraron en campaña (Octubre de 1274), marchando el conde de Ampurias contra la villa de Figueras, que parece pertenecía al príncipe D. Pedro, el cual la había nuevamente poblado poniéndola bajo el amparo del rey. Figueras fué incendiada y destruída por las tropas del conde de Ampurias, y sus términos pasados á saco y á fuego. Consta que el rey, al saber que Figueras estaba amenazada, acudió á socorrerla, pero al llegar á Gerona tuvo noticia de que el hecho había tenido ya lugar, y volvióse por consiguiente á Barcelona, esperando hallar ocasión de hacer caer el rayo de sus iras sobre los sublevados [1].

Cataluña toda ardía en armas y en discordias, y no estaba por cierto menos tranquilo el Aragón. Fernán

1 Crónica real, cap. CCCII.—Zurita, lib. III, cap. XCI.

Sánchez, Jimeno de Urrea, Pedro Cornel, Marco Ferriz, Jordán de Peña, Artal de Luna y otros nobles aragoneses enviaron también por su parte cartas de desnaturalización y desafío al rey, haciendo causa común con los barones catalanes y aprestándose para hacerle la guerra. El príncipe D. Pedro fué allí quien rompió las hostilidades, marchando contra el castillo de Antillón, que era de Fernán Sánchez y que defendía Jordán de Peña, su hermano de parte de madre. El odio entre Fernán Sánchez y D. Pedro era cada día más vivo, y este último anhelaba llevar á cabo contra su hermano el plan de venganza que había fracasado en Burriana.

Mientras todo esto tenía lugar, D. Jaime no perdía de vista su política exterior, perfectamente secundado en este punto por su hijo D. Pedro. Había muerto Enrique, rey de Navarra, no dejando de Blanca de Artois, su mujer, más que una hija llamada Juana, de edad de tres años y á la que parece había hecho reconocer por reina pocos días antes de su muerte. Esta minoría fué turbulenta para Navarra. Agitáronse los partidos de Aragón, que eran muchos y poderosos, al propio tiempo que Castilla trataba por su parte de hacer valer sus pretensiones.

Con este objeto D. Fernando, primogénito del rey de Castilla, envió una carta á D. Jaime por conducto de un caballero llamado Juan Martínez de Mijanchas, manifestándole sus deseos de apoderarse de Navarra y pidiéndole su auxilio. Pero D. Jaime le contestó franca y resueltamente, que antes que los de Castilla estaban los derechos de Aragón sobre Navarra.

«Sepades (le dijo contestando á su carta con otra, fechada en Barcelona el 29 de Agosto de 1274), quel regno de Navarra fué sempre anticuamente del regno d' Aragon. Mas quando el rey D. Alfonso murió á la batal de Fraga, los navarros eslieron por sí mismos rey,

et despuis el rey Do. Sanxo, rey de Navara, afiló á Nos, que si él moría menos de filo de legítimo matrimonio, quel regno finquasse á Nos. E desto avemos bonas cartas de tot lo regno firmadas, et encara es á Nos obligado el dito regno por LX milie marchos de plata, et assi no podemos lexar de demandar todas estas cosas [1].»

Trató D. Jaime de llevar con actividad sus pretensiones antes que pudieran tomar cuerpo las de Castilla. Sus emisarios y los de su partido en Navarra se movían mucho; el príncipe D. Pedro tuvo con ellos varias conferencias; estipuláronse convenios y pactos; marchó la reina Blanca á Francia para ponerse bajo el amparo de Felipe *el Atrevido*, y de todo ello dimanó un rompimiento de relaciones entre el rey de Aragón y el de Francia, el cual hizo avanzar tropas hasta las fronteras de Navarra, como en disposición de sostener el partido de la niña Juana y obrar contra el que sostenía la causa de Aragón. La actitud de Felipe, que había pensado casar á la heredera de Navarra con un hijo suyo, hizo que las cosas variasen de aspecto en aquel país, y que el bando de la casa aragonesa no pudiese cumplir sus compromisos.

Todo esto pasaba cuando más hervía en turbaciones Cataluña y más apurado se veía el rey D. Jaime para ponerles remedio. Cuenta en su historia que al regresar de Gerona, habiendo llegado tarde para impedir el incendio y el saqueo de Figueras, tuvo noticias de que el rey Alfonso X de Castilla, su yerno y su hija la reina Doña Violante, se disponían á ir á Francia para tener una entrevista con el Papa é iban á pasar por los estados de Aragón. Decidió D. Jaime salirles á recibir hasta Tarragona, pues ellos venían por Valencia y Torto-

1 Consta esta carta de D. Jaime en el archivo de la Real Academia de la Historia, colección del P. Villanueva, E. 125, fol. 56.



sa, y al llegar á Villafranca se le presentó una comisión ó embajada de los barones sublevados, manifestándole que estaban dispuestos á someterse, mediante que entendiesen las Cortes en su asunto y se señalasen jueces que declarasen entre el rey y ellos. Asintió D. Jaime; convocáronse Cortes de catalanes y de aragoneses en Lérida para principios del próximo año de 1275 [1], y nombráronse por el pronto jueces que interviniesen en el asunto, pactándose treguas.

Llegados á Tarragona el rey de Castilla, su esposa la reina, hija de D. Jaime, y todos los hijos de ambos, excepto D. Fernando, se avistaron con *el Conquistador*, viniéndose juntos á Barcelona, donde pasaron las fiestas de Navidad de aquel año de 1274 [2]. Concluídas, el

1 Estas son las únicas Cortes de que hallo noticia en todo este período. Muntaner, en su cap. XXV, dice que el rey, á su regreso del concilio, celebró Cortes en Zaragoza primero, en Valencia después, y por fin en Barcelona, para jurar á su hijo D. Pedro por rey de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona. De estas Cortes no hallo noticia en otro autor, y si alguno la da, es sólo con referencia á Muntaner. Sin embargo, por más que lo diga Muntaner, contemporáneo de D. Pedro, el hecho no parece cierto. Al regresar D. Jaime del concilio, no se celebraron más Cortes que las de Lérida con objeto de apaciguar las turbaciones, y no para ninguna jura de príncipe. D. Jaime había también convocado otras Cortes en Zaragoza, no para esto, sino para aquello (Zurita, cap. XCII), pero no llegaron á efectuarse. A más, desde su regreso del concilio, el rey ya no salió de Cataluña sino para ir primero á Perpiñán y después á Valencia, donde murió, como veremos. Y finalmente, si se quiere un testimonio irrecusable que destruya lo que dice Muntaner, no hay más que leer el Blancas y la *Forma de celebrar Cortes en Aragón*, escrita por el cronista Jerónimo Martel. En la tercera parte de la obra de Blancas, que trata exclusivamente de las juras de los príncipes primogénitos, se verá cómo D. Alfonso *el Franco* ó *el Liberal*, hijo de D. Pedro *el Grande*, "fué el segundo primogénito que se halla jurado," habiendo sido el primero el otro D. Alfonso, primer hijo de D. Jaime *el Conquistador*, que no llegó á reinar por haber muerto, como hemos visto, en vida de su padre. (Pág. 231 de dicha obra.)

2 La Navidad de 1275 dice Zurita (cap. XCIII), pero es visible-

rey D. Alfonso pidió consejo á D. Jaime sobre el motivo que le llevaba á verse con el Papa, del cual daré breve cuenta para inteligencia de los lectores.

Alfonso X *el Sabio*, rey de Castilla, había sido elegido emperador de los romanos en 1257, por una parte de los electores, en reemplazo de Federico II; pero los demás votaron á Ricardo, príncipe de Inglaterra, que le disputó el imperio. Habiendo muerto Ricardo en 1271, los de su partido nombraron á Rodolfo, conde de Habsburgo en 1273, y Gregorio X favoreció esta elección. No queriendo Alfonso renunciar á sus pretensiones, se quejó al Papa de la elección de Rodolfo y tomó el partido de ir á encontrarle para de viva voz hacer valer sus derechos. Primeramente hizo Gregorio X cuanto pudo para hacerle desistir de esta idea, y hasta le envió con este objeto un mensajero; pero por fin, no teniendo otro medio, accedió á hablar con él y le fijó Beaucaire como punto de cita [1].

Cuando D. Alfonso hubo comunicado todo esto á D. Jaime, éste le desaconsejó el viaje y le dijo que era inútil ir á ver al Papa, al cual encontraría tenaz en su propósito, siendo por lo mismo un motivo de humillación para D. Alfonso la entrevista, pero el castellano no tuvo en cuenta el parecer de nuestro monarca y se resolvió á continuar su camino [2]. Antes empero de salir de Barcelona, envió á pedir al rey Felipe de Francia la libertad del paso por sus tierras, pero como á consecuencia de los asuntos de Navarra, ni Aragón ni Castilla estaban con Francia en buenas relaciones, hubo

mente una equivocación de este justamente célebre analista. La prueba está en que por las crónicas y memorias de Provenza se ve que á principios del 1275 estaba ya D. Alfonso en Francia, y que por Mayo de este año tuvo su entrevista con el Papa en Beaucaire.

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 21.

2 Zurita, lib. III, cap. XCIII.

dificultades en conceder este permiso, que por fin se otorgó. D. Alfonso debió de permanecer en Barcelona durante todo el mes de Enero de 1275, según mi cuenta, y aun quizá algo más, pasando últimamente los Pirineos y dejando á su esposa y á sus hijos en Perpiñán, interin él fué á Montpeller y luego á Beaucaire, donde estuvo con el Papa gran parte de la primavera y casi todo el verano, sin poder conseguir de él lo que esperaba. Sucedióle, pues, lo que D. Jaime había previsto.

Durante la permanencia de los reyes de Castilla en Barcelona, tuvo lugar la muerte en esta ciudad de Raimundo de Peñafort, confesor del rey D. Jaime, á quien hoy se venera como santo en los altares. Dice Zurita que los reyes de Castilla y de Aragón y los infantes asistieron á sus exequias [1].

Por lo que toca á D. Jaime, lejos de acompañar al rey de Castilla en su viaje, conforme ya he dicho en una nota anterior, se fué á Lérida así que su yerno y su hija hubieron salido de Barcelona.

1 Zurita, lib. III, cap. XCIV.

CAPÍTULO XVII.

Cortes de Lérida.—Disuélvense las Cortes sin deliberación.—Nuevos aprestos de guerra y alboroto en Zaragoza.—Cómo cayó en manos de D. Pedro su hermano Fernán Sánchez y cómo le mandó ahogar en el Cinca.—Marcha el rey contra el conde de Ampurias.—Llers y sus once castillos.—Sitio del castillo de la Roca.—Viaje del rey á Perpiñán.—Destrucción de Calabuig y sitio de Rosas.—Treguas entre el rey y los barones y convocatoria de Cortes.—El príncipe D. Pedro y Guillermo de Canet.—Casamiento del infante D. Jaime con Esclaramunda de Foix.—Cortes en Lérida.—Las Cortes juran la primogenitura de Alfonso, nieto del rey.

(1275.)

El lector sabe ya cuál fué el objeto para que se convocaron en Lérida, Cortes de catalanes y aragoneses: se trataba de apaciguar las turbaciones del reino. El vizconde de Cardona, los condes de Ampurias y de Pallars, Fernán Sánchez, Artal de Luna, Pedro Cornel y los otros ricos-hombres y caballeros de su bando no quisieron entrar en Lérida, á pesar del seguro que les ofreció el rey, y juntáronse en Corbins, enviando á las Cortes en calidad de sus procuradores á Guillén de Castellví y Guillén de Rajadell.

Éstos pusieron como condición indispensable, antes de todo, que el rey mandase restituir á su hijo Fernán Sánchez las villas y lugares que el príncipe D. Pedro le había quitado. Ya con esta condición no hubo medio de entenderse, y las Cortes se disolvieron sin obtener otro resultado que el de irritarse más los ánimos y echar más profundas raíces la discordia. Cada uno se volvió

á su campo, y de nuevo aprestáronse todos con febriles manos á empuñar las armas [1].

D. Jaime dió orden á su hijo D. Pedro de entrar en Aragón á fin de defender el país y hacer daño á los enemigos, mientras él se volvió á Barcelona desde donde mandó llamar las huestes, reunir los consejos y convocar los ricos-hombres, para marchar en persona contra el conde de Ampurias. Dicen las memorias de Zaragoza que, cuando D. Pedro se acercó á esta ciudad, hubo en ella un terrible y sangriento motín, acaso porque el partido que allí tenían Fernán Sánchez y los suyos trataba de impedir que el príncipe entrara en la misma. Lo cierto es que Gil Tarín, jurado y también jefe de un bando, pereció en una reyerta á manos de uno á quien se llama Martín de Barcelona, muriendo otros del bando de Tarín [2].

D. Pedro, al ver que su padre le daba, como quien dice, carta blanca para proceder contra su hermano, aprovechó activamente la ocasión que se le ofrecía. Primeramente, habiendo tenido aviso de que debía ir al castillo de Antillón, previno una emboscada de 100 ji-

1 La carta de *deseximent*, es decir, de desafío ó desnaturalización enviada al monarca, y que equivalía en aquellos tiempos á una declaración de guerra, estaba concebida en idénticos ó parecidos términos á la siguiente, que fué la que le envió la primera vez el vizconde de Cardona: —"Al honrat senyor en Jacme, per la gracia de Deu rey Daragó, et de Malorques, et de Valencia, comte de Barcelona et Durgell, et senyor de Monpesler, de nos en Ramon, per la gracia de Deu vezcomte de Cardona, salut ab tot honrament. Fem vos saber, senyor, que pel tort que feitz á nos et an Pere de Berga et als nostres cavallers, e per les costums quens trencatz, e per daltres tortz que fetz á nos et als altres richs homens de Catalunya, acuydamvos é deseximnos de vos de fe et de naturalea, que de mal que façam als vostres homens, ne á la vostra terra ne á res del vostre, tengutz nous en siam: mal é greu quens es, com ab vos avem á contendre é nostre dret no voletz pendre.„ (*Efemérides* de Flotats.)

2 Archivo de Zaragoza.

netes, los cuales se echaron sobre Fernán Sánchez y la poca gente que llevaba, pero sin éxito, pues el bastardo pudo por aquella vez escapar á la celada, encerrándose en su castillo de Pomar, situado á orillas del Cinca. Don Pedro acudió inmediatamente á sitiar la fortaleza. No estaba Pomar bien guarnecido y provisto, ni en disposición de sostener un sitio en regla como el que acababa de ponerle el heredero de la corona. Fernán Sánchez conoció que el castillo acabaría por ser tomado antes que pudiese ser socorrido, pero comprendió también que el capitular ó el rendirse sería su muerte, pues lo que á D. Pedro importaba no era la victoria, sino la vida de su hermano. En este apuro, un leal escudero de Fernán Sánchez, cuyo nombre, como el de tantos otros mártires oscuros y desconocidos, no ha conservado la historia, se ofreció á vestir las armas de su señor y á salir del castillo al frente de algunos jinetes, figurando querer escapar por entre los sitiadores, ínterin el verdadero Fernán Sánchez, disfrazado de pastor, procuraría su fuga durante el rebato y alboroto que aquel accidente promovería en el campo de sus contrarios. La estratagema, aunque bien combinada y llevada á cabo con tino, tuvo un resultado fatal. El escudero fué preso y descubierto, y el fingido pastor, no pudiendo pasar el río, cayó en poder de las gentes de su hermano, que lo llevaron á presencia de éste. El odio cegó á D. Pedro. Aquél que más tarde debía recibir el renombre de *Grande*, aquél á quien más adelante debían loar como hidalgo y generoso y noble sus encomiadores, no retrocedió entonces ante la idea horrible de un fratricidio, y no tuvo, en aquel momento en que tan necesaria le hubiera sido, la más esencial virtud y quizá la mejor cualidad de un hombre grande: la de vencerse á sí mismo. Dió orden para que su hermano fuese ahogado en el río, y hasta se dice que presenció tranquilo la ejecución. Las

aguas del Cinca sepultaron el cadáver, y si bien el agua no guarda huellas, y la memoria no tiene recuerdos para ciertos hechos, y hay mordazas para bocas que puedan ser indiscretas, aun hoy mismo, cuando ya acaban de caer carcomidas por los siglos las murallas gigantescas del castillo que presenció el fratricidio, aun hoy mismo vive la tradición del crimen. Y vivirá: que hay algo superior á la voluntad humana, y á las murallas ciclópeas, y al olvido del tiempo, y al silencio de las crónicas, y es la verdad eterna, y es el dedo de Dios que, si no provoca siempre el remordimiento del crimen en la conciencia del hombre que lo ha cometido, por lo menos imprime su huella como una mancha indeleble en la memoria que haya de dejar su nombre en la posteridad [1].

1 El cronista Desclot es quien refiere con algunos detalles el fratricidio.—La crónica catalana de San Juan de la Peña, dice lo siguiente con referencia á D. Pedro: *E semblanment negá Ferrant Sanchis fill bort del senyor rey En Jacme, lo qual, en gran oy del senyor rey En Pere lo havia heretat molt é altament, é fo negat lo dit Ferrant Sanchis en lo riu de Cingua en lo loch nomenat Pomar per moltes injuries é deshonres que en temps passat li havia fetes.*—En la historia de D. Jaime (cap CCCV), dice éste que cuando supo la muerte de su hijo Fernán Sánchez, se alegró. Es triste tener que consignar este rasgo de D. Jaime. Estas palabras y la muerte de Fernán Sánchez serán siempre un borrón que afeará la memoria de los dos reyes más grandes que ha tenido la corona de Aragón, si bien que, respecto al primero, ¡quién sabe! acaso los últimos capítulos de su crónica no sean suyos, aun cuando se haya venido creyendo así hasta ahora. Yo me atrevo á indicar, como una sospecha sólo, que quizá sea de otra mano lo que se lee en la historia del rey después de contado su viaje al concilio y su regreso. Todo lo que á esto sigue me parece de procedencia dudosa, y es muy fácil que fuese añadido en la crónica del rey, continuando su estilo y forma, muerto ya D. Jaime, y por una pluma algo aduladora del nuevo monarca D. Pedro. De todos modos, Desclot, que como tendré ocasión de observar, es un verdadero cronista, dice en el cap. LXX de su crónica: *Quant lo rey sabé que l' infant En Pere hac fet negar En Ferran Sanches, pesali molt, per so com era son fill.* Y adviértase que en Desclot hay que tener fe.

Mientras estos sucesos tenían lugar en las fronteras de Cataluña por la parte de Aragón, en las fronteras de la misma por la parte de los Pirineos acaecían otros que deben narrarse, en los cuales el rey tomó personalmente no poca parte. A primeros de Mayo de aquel año de 1275, D. Jaime, condenado á tener una ancianidad guerrera como había tenido una juventud batalladora, por causa también de sus barones, fué á Lérida para ponerse al frente de las huestes que había mandado juntar en dicha ciudad, á fin de ir contra Hugo IV, conde de Ampurias. Antes, empero, de inaugurar la campaña, siguiendo la cortés y caballeresca costumbre de aquellos tiempos, envió el rey al de Ampurias su cartel de desafío, que fué aceptado por Hugo, á tiempo que el vizconde de Cardona enviaba desde Ager el suyo al rey.

Al tener noticia el conde de Ampurias de que el monarca iba contra él, se fortificó en su villa de Castellón, mientras que Dalmau de Rocabertí, obrando de acuerdo con Hugo, se aseguraba de Llers. Esta villa, que es ahora un puñado de casas, tenía en otro tiempo un fuerte castillo, el cual veía extenderse otras once fortalezas en anfiteatro á su alrededor. De algunas de ellas aún quedan hoy escombros; de otras, sólo se indica ya el sitio donde estuvieron. La historia de Llers y de sus once castillos sería por cierto muy curiosa y muy interesante para la general, si desgraciadamente no estuviese oculta tras de un velo impenetrable que no permiten descorrer el silencio de las crónicas y las raras y escasas noticias que de aquellos tiempos han llegado hasta nosotros [1]. En torno de Llers, que era un fuertísimo cas-

1 La historia general de Cataluña podrá escribirse con verdad y con fruto, cuando en cada comarca y hasta en cada villa haya habido hombres dignos y buenos patricios que se dediquen á registrar los archivos escribiendo historias particulares, con las que puedan allegar materiales que aprovechen los cronistas para la general. En el día, faltando esta

tillo, se alzaban como guardas vigilantes y centinelas avanzados para su seguridad el de Bellveser, el de Cabrera, el de Torrent, el de Hortal, el de Desviñol, el de Güell, el de Sarrahí, el dels Gorchs, el de Molins, el de Monmari y el de las Escaulas. En medio de este grupo de fortalezas fué á situarse el vizconde de Rocabertí, mientras Hugo de Ampurias se encerraba en Castellón, esperando entrambos la llegada de D. Jaime [1].

El primero que se presentó en el Ampurdán para romper las hostilidades fué el segundo hijo del rey, lla-

circunstancia, no puede escribirse una historia general completa. Yo, con ésta, no hago más que poner los fundamentos de la que algún otro cronista escribirá, sin duda con el tiempo. Me limito á popularizar nuestra historia, á destruir algunos errores que como verdades se habían tenido hasta ahora, á encaminar á los jóvenes á estudios serios, á que vaya haciéndose necesario y grato el esencial de las cosas de nuestra tierra, y á que, por los vacíos que en esta pobre obra mía se noten, se comprenda la necesidad de llenarlos, á fin de tener lo que no tenemos aún: un verdadero monumento de nuestra gloria. Afortunadamente, y como cronista imparcial, me complazco en consignarlo, el espíritu público, literario é histórico de Cataluña ha despertado en estos últimos años de muy valiente manera, lo cual es una garantía de que las altas nobilísimas glorias de este país no quedarán en olvido. Eminentes y distinguidos talentos en Barcelona y fuera de ella contribuyen á esta regeneración histórico-literaria de Cataluña, y, por débil y poco autorizada que sea mi voz, yo la levanto, como hija de la lealtad y de la buena fe y como expresión pura de un patriotismo desinteresado, para impulsar á los jóvenes estudiosos de las provincias catalanas á que sigan las huellas trazadas por sus antecesores en el campo de la historia y de la literatura patrias. Sus esfuerzos, sus estudios, sus tareas, su propaganda catalana podrán contribuir á que, para honra y felicidad del país, se dé un gran paso hacia la regeneración literaria é histórica de estos tiempos; y su recompensa, más que en la gratitud de la patria y en los plácemes de los buenos, la hallarán en su propia conciencia, única, pero dignísima recompensa á que el patricio desinteresado debe aspirar.

1 La mayor parte de estas noticias las hallé en el manuscrito catalán, de que hablo en una nota anterior. Este manuscrito llama barón de Llers al vizconde de Rocabertí.

mado también Jaime como él, al cual ya sabemos que, poco antes, había dejado como su lugarteniente en Montpeller. El infante, al frente de una hueste respetable, fué á poner cerco al castillo de la Roca, que era del conde de Ampurias; pero no tardó en llegar el rey, que mandó entonces levantar el sitio, ignorándose por qué causa tuvo esto lugar. Sin duda el castillo de la Roca era muy fuerte, su guarnición le defendía bien, y Don Jaime no había reunido aún bastantes fuerzas [1].

Mientras éstas llegaban, el rey pasó á Perpiñán para visitar á su hija la reina de Castilla, que ya sabemos estaba allí desde que D. Alfonso, su esposo, había salido de Cataluña á fin de conferenciar con el Papa. No hablan de este viaje del rey á Perpiñán las obras de Tastú y de Henry; pero es indudable, pues está consignado en la crónica real y en nuestros anales. Hallándose en la capital del Rosellón á últimos de Mayo, tuvo noticia de la muerte mandada dar por su hijo D. Pedro á su otro hijo Fernán Sánchez en Pomar, y es cuando dice la crónica real que se holgó mucho de ello. Implacable y feroz maldición paterna que deshonraría la memoria de D. Jaime, si no hubiese fundados recelos para poner en duda la legitimidad de la noticia.

A su regreso de Perpiñán, en cuya ciudad debió permanecer pocos días, consta que D. Jaime se fué á La Bisbal y luego á Torroella [2], donde recibió una parte de la hueste salida de Barcelona que le llegaba por tierra, mientras la restante iba por mar. Con estas fuerzas se dirigió en seguida á sitiar el castillo de Rosas en el puerto de este nombre, que era una de las principales

1 También podría ser que fuese por no haber pasado los treinta días que, según un usaje, debían mediar después de un reto antes de romper las hostilidades, y que el rey se marchase á Perpiñán para dejar transcurrir el plazo.

2 Manuscrito catalán citado en la penúltima nota anterior.



fortalezas del conde de Ampurias, pero antes pasó por un castillo de Dalmau de Rocabertí, llamado Calabuig, del que se apoderó mandándolo destruir en seguida.

Adelantado ya el sitio de Rosas, y comenzando á verse apurado el castillo, tuvo lugar en Castellón una entrevista entre el conde de Ampurias, el vizconde de Cardona, Pedro de Berga y otros nobles, y como su levantamiento había sido más para sostener sus derechos que por odio al rey, decidieron presentarse á éste, pidiéndole que reuniese Cortes en Lérida ante las cuales ellos comparecerían á dar sus descargos y á estar á lo que determinasen. Recibió D. Jaime á los nobles sublevados en su campo frente de Rosas á mediados de Junio; accedió á reunir Cortes de catalanes y aragoneses en Lérida, y levantando el cerco se fué á Gerona, desde donde convocó las Cortes para el 1.º del próximo Noviembre [1].

Durante esta tregua, y antes de que el parlamento se reuniera, hay que colocar un viaje del príncipe D. Pedro á Francia, á donde fué para tener secretas conferencias con el rey de este país [2]. A su regreso supo que varios nobles, entre ellos Guillén de Canet, Galcerán de Pinós y Ramón Roger, conde de Pallars, habían entrado á correr las tierras de Gisberto, vizconde de Castellnou, y como éste era amigo, aliado y servidor de D. Pedro, decidió el príncipe ayudarle. Al efecto, reunió

1 Zurita, lib. III, cap. XCVI.

2 Beuter, en su *Crónica de España*, cap. LIV del lib. II, dice de este viaje: "El infante D. Pedro partió secretamente con poca compañía para Francia á visitar su cuñado el rey D. Felipe, que no le viera después de muerta su primera mujer la reina Doña Isabel. Fué tan presto, que á la que el rey de Francia lo supo, ya estaba el infante á una jornada de París. Viéronse los dos, y hablaron en gran paridad, que ninguno supo el secreto, y volvióse de presto á Gerona." Esto dice Beuter, tomándolo sin duda de Desclot, que en su cap. LXX lo refiere asimismo.

apresuradamente en Figueras, donde se hallaba, una compañía de 180 caballos, y poniéndose á su frente marchó á Ceret, que era un castillo del vizconde de Castellnou, pasando de allí á Montbauló (quizá el Voló ó Boulou), en cuyo punto se hallaban Arnaldo de Corsavi, Guillén de Canet, el conde de Pallars y los otros barones con su gente. Cuéntase que D. Pedro, fiado en su natural bravura y sin atender á la inferioridad de sus fuerzas, se arrojó contra los enemigos de su aliado, trabándose un sangriento combate, del que por cierto no hubiera salido vencedor si Guillén de Canet, que conoció el pendón del príncipe y se aseguró de que iba mandando personalmente la caballería, no se hubiese apartado de la batalla, manteniéndose neutral con los suyos, y haciendo por esta causa que la jornada fuese de Don Pedro [1]. Fidelidad fué notable de Guillén de Canet, dice un analista. Yo ignoro si fué fidelidad notable ó traición insigne.

Mientras el hijo mayor del *Conquistador* corría el peligro de una derrota y quizá el de muerte en los campos del Voló, el otro hijo, D. Jaime, celebraba espléndida y fastuosamente sus bodas en Perpiñán con Esclarmunda ó Esclaramunda, hija del difunto Roger y hermana de Roger Bernardo, condes de Foix. El casamiento se verificó el 4 de Octubre, habiéndose ya casado Jaime con ella por procura el 24 del mes anterior. Asistió á la boda el rey de Castilla, que regresaba entonces de su entrevista con el Papa en Beaucaire, y hay sospechas de que estuvo también en ella el rey Don Jaime [2].

Había llegado ya la época de las Cortes de Lérida. Volviéronse éstas á reunir en 1.° de Noviembre, pero

1 Zurita en su cap. XCVII del lib. III.

2 *Historia del Languedoc*, IV, 22.

sin resultado como la primera vez. La indignación que debió producir, sin duda, la muerte de Fernán Sánchez, y el poco respeto del rey por las leyes del país, hicieron que no pudieran entenderse. Las Cortes se disolvieron sin tomar ninguna resolución, saliéndose airados de Lérida muchos barones catalanes y algunos aragoneses. Otra vez se iba á recurrir á las armas, pero sucesos de gran transcendencia sobrevenidos entonces, hicieron que la atención pública se fijase en ellos, tomando una nueva faz las cosas generales del país.

Pero antes de dar por terminado este capítulo y antes de hablar de estos sucesos, debe consignarse que el rey D. Jaime aprovechó la ocasión de estas Cortes para que fuese por ellas jurado como sucesor á la corona el niño Alfonso, hijo de D. Pedro y de Doña Constanza, y hecha la jura, se mandó que le prestasen homenaje los ricos-hombres, caballeros y pueblos de Aragón y Valencia y del condado de Barcelona, á fin de que, para después de la muerte de D. Jaime y de su hijo D. Pedro, le tuvieran por rey y señor natural. Este fué, pues, como se ha dicho en el capítulo anterior, el segundo primogénito jurado en Cortes, habiéndolo sido sólo anteriormente el otro D. Alfonso, hijo de D. Jaime y Doña Leonor de Castilla, que murió antes de que su padre dejara vacante el trono.

CAPÍTULO XVIII.

El rey de Granada y el de Marrucos proyectan apoderarse de los dominios cristianos.—Marcha contra los moros Sancho de Aragón.—Sangrienta muerte de D. Sancho.—Envía el rey á D. Pedro contra los moros.—Motín de la Unión en Valencia.—Alzamiento de los moros de Valencia.—Se pone á su frente Azedrach.—Rota de Concentaina y muerte de Azedrach.—Los cristianos se apoderan de Beniopa y los moros de Luchente.—Derrota de Luchente.—Efecto que la noticia de la derrota hizo en D. Jaime.—Se hace el rey transportar á Alcira y cae enfermo.—Abdicación del rey y postreros encargos á su hijo.—Muerte de Jaime *el Conquistador*.

(De Setiembre de 1275 á Julio de 1276.)

Mahomet ó Mohamed, rey moro de Granada, creyó hallar una ocasión propicia para sus designios aprovechando la que entonces se presentaba por estar el rey de Castilla ausente y el de Aragón ocupado en las turbulencias de su reino. Pensó que era llegada la hora de desplegar al viento la enseña del profeta, predicar la guerra santa y volver á dominar todo aquel bello país, de que palmo á palmo les habían ido arrojando los cristianos. Para más seguridad y más probable realización de su plan, envió á proponer á Juzef, cabeza de la dinastía de los Beny-Merines, que reinaba en Marruecos, una alianza por medio de la cual llevar á cabo mejor y más pronto la empresa. Fácil parecía al granadino, y fácil debió encontrarla también el marroquí, cuya contestación fué pasar á España «con tanta caballería y tan innumerable infantería, que tardó mucho tiempo en cruzar el estrecho [1].»

1 Conde, parte 4.ª, cap. X.

España toda se conmovió. En los campos de Écija tuvo lugar el primer encuentro, y allí fué donde «la tierra se estremeció al estruendo de los atambores y trompetas y al horrible alarido de los combatientes.» La derrota fué cruel para los cristianos, de los cuales se dice que quedaron tendidos más de 8.000 en el campo, entre ellos el adelantado D. Nuño de Lara. Un hijo de D. Jaime de Aragón acudió muy pronto para reemplazar al caudillo muerto y oponerse al paso de los moros, ó perecer en la demanda. Fué D. Sancho, el arzobispo de Toledo, que al ver amenazado el país por aquel huracán de infieles, sintió que en sus venas ardía la sangre del *Conquistador*. Púsose al frente de cuantos quisieron seguirle, pocos en número ya que en ánimo muchos, y marchó á la muerte. Las llanuras de Martos presenciaron su derrota, como habían presenciado la de D. Nuño las de Écija. Combatió D. Sancho denodadamente y cómo bueno, como quien era; pero, debelados por la caballería de los muslimes, vió caer en torno suyo á los más bravos de su hueste, entre ellos un caballero aragonés llamado Sancho de Huerta, que era su amigo y consejero [1].

Los que no huyeron quedaron ó muertos ó prisioneros. De este último número fué D. Sancho. Conocióse su elevada alcurnia por sus ropas, y comenzaron á disputarse el cautivo los africanos y los granadinos, cada uno de cuyos bandos lo quería para sí á fin de enviarlo vivo á su rey. Fué tal la porfía y encendióse de tal manera la disputa, que hubieran llegado unos y otros á las manos si no hubiese puesto triste término á la contienda el arráiz Ebn Nair, de la casa de Granada, el cual, dando de espuelas á su caballo, arremetió contra el cautivo D. Sancho y lo pasó de una lanzada diciendo: «No

1 Zurita, lib. III, cap. XCVIII.

quiera Dios que por un perro se pierdan tan buenos caballeros como aquí están.» El hijo del rey de Aragón cayó muerto, cortándosele en seguida la cabeza y la mano en donde brillaba el anillo episcopal, llevándose los africanos la primera y la segunda los granadinos, si bien una y otra fueron después devueltas á los cristianos, á instancia de Mahomet, quien las hizo entregar al maestre de Calatrava y éste sepultar en Toledo junto con el cuerpo hallado en el campo de batalla [1]. Fué esta jornada á mediados de Octubre de 1275.

El rey de Aragón debió tener noticia de esta muerte hallándose en Lérida, y júzguese de qué manera debía impresionar á aquel hombre, que era una amenaza viva contra los moros, la sangrienta venganza que de sus conquistas habían logrado tomar éstos. Su primera disposición, según parece, fué mandar al príncipe D. Pedro con las fuerzas posibles al reino de Murcia, á fin de que entrase en el de Granada por la parte de Almería, mientras él se disponía á seguirle en persona con el grueso del ejército. Ínterin D. Pedro cumplía esta orden, el rey pasaba de Lérida á Tortosa, desde cuyo punto, y con fecha del último día de Noviembre, envió sus cartas á todos los ricos-hombres de Aragón y Cataluña, á fin de que se reuniesen en la ciudad de Valencia para la Pascua de Resurrección, aparejados para entrar en campaña.

Pero como nunca las desgracias llegan solas, tuvo D. Jaime la de que se sublevase entonces el pueblo de Valencia. A la voz de *unión* estalló un motín que comenzó por arrojar de la ciudad á los que en ella tenía el rey como administradores de justicia. Se dice que los amotinados allanaron varias casas de oficiales reales, y

1 Conde, parte y libros citados.—Viardot, parte 1.ª, cap. V.—Romey, lib. III, cap. VIII.

á banderas tendidas se salieron luego de Valencia para destruir algunos lugares de moros, bajo pretexto de que robaban los niños y de que no debía sufrirse que en tierra de cristianos hubiese mezquitas [1]. El capitán de esta *unión* y el mismo que salió de la ciudad al frente de los sublevados, era un llamado Miguel Pérez ó más probablemente Peris. El rey mandó proceder activamente contra ellos, y envió en su persecución á su hijo D. Pedro Fernández de Híjar, el cual les alcanzó en tierra de Gandía, dispersándolos y apoderándose de algunos que pagaron con la muerte su levantamiento. Faltan noticias sobre esta sublevación, ó no han llegado á la mía al menos. De todos modos, algo debió tener de política, según parece.

Otro alzamiento más terrible y de más funestas consecuencias tuvo bien pronto lugar. Fué el de los moros del reino de Valencia, para quienes la ocasión era á la verdad propicia. Fácil es que anduvieran en ello Mahomet y Juzef, quienes, al ver la actitud tomada por D. Jaime y la entrada de D. Pedro en sus tierras, enviaron sin duda armas y dineros á los moros valencianos, prometiéndoles mayores socorros si ayudaban á la causa común de su religión y recobro de su libertad. Lo cierto es que el primer grito de rebelión se dió en la villa de Montesa, de cuyo fuerte se apoderaron, pasando su guarnición á cuchillo [2].

En los primeros momentos nombraron por su jefe á un moro llamado Ibrahim, á cuyas órdenes se pusieron en seguida, alzando pendones, los de Gallinera, Alcalá de la Tovada, Pego, Tárbena, Guadalest y Confrides. Pronto se extendió la sublevación, propagándose por valles y montañas; pero para ordenarla y dirigirla se

1 Crónica de Beuter, cap. LIV de la 2.ª parte.

2 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 172.

necesitaba un jefe más activo, ó á lo menos más popular que Ibrahim. No tardó en presentarse, y ¿cuál otro podía ser sino aquel Azedrach, terrible é irreconciliable enemigo de D. Jaime de Aragón? Había vivido hasta entonces retirado en Granada; pero despertóse de pronto su odio á los cristianos, y acudió al cebo de la sublevación como el halcón al silbo del cazador. Estableció su cuartel general en Tous y organizó el movimiento, que apresuróse á secundar Alcoy.

En aquellas críticas circunstancias los barones catalanes dieron una gran prueba de patriotismo. Consta que el conde de Ampurias y otros, á pesar de estar en guerra con el rey, acudieron solícitos á Valencia y se presentaron á ofrecer sus servicios. D. Jaime pasó á Játiva, y su primera disposición fué mandar un cuerpo de tropas contra Alcoy compuesto de 2.000 infantes y 200 caballos [1]; pero llegada apenas esta división á la vista de Concentayna, fué violentamente acometida por los moros emboscados que hicieron en ella un sangriento destrozo, á pesar del valor de nuestros caballeros y de los terribles almogavares. Pocos pudieron salvarse de la furia de los muslimes; pero hubieron éstos de comprar la victoria con la pérdida de su caudillo Azedrach, que murió en el campo.

La batalla de Alcoy ó de Concentayna, que de ambas maneras es llamada, alentó á los pueblos que permanecían aún neutrales y la sublevación se hizo general, de manera que el rey D. Jaime se vió obligado casi á no salir de Játiva, teniendo que esperar nuevos refuerzos. Las cosas se encadenaban de tal manera, que no parecía en efecto sino que había llegado la hora del triunfo para los moros y la del exterminio para nuestros padres. En tal estado, se recibió en Játiva la noticia de

1 Vicente Boix: *Xátiva cristiana.*

que el hijo del rey, D. Pedro Fernández de Híjar, había entrado por asalto en Beniopa, cuyo pueblo pasó á saco y á cuchillo, á tiempo que iba á socorrer este punto una numerosa fuerza de granadinos, la cual retrocedió entonces penetrando en Luchente y vengándose, con el saco de esta villa, de la toma de Beniopa.

«Viejo el rey, y caminando rápidamente hacia su tumba—es el cronista Boix quien habla,—quiso ir en persona á tomar venganza de la sangre vertida en los campos de Alcoy y en las calles de Luchente; pero bien aconsejado por sus servidores, permitió que tomasen á su cargo esta expedición D. García Ortiz de Azagra, el vice-gran maestre de los Templarios, y D. Pedro y Don Guillén de Moncada. Era en el mes de Julio cuando la expedición salió de Játiva: el calor y el polvo sofocaban á los cristianos, abrasados á las pocas horas de marcha por una sed devoradora. Los caballos, jadeantes y rendidos, apenas tenían aliento para llegar, como convenía, á la vista de Luchente: los caballeros sentían abrasada la cabeza por el sol y el peso de los cascos: los mismos almogavares se tendían fatigados debajo de la sombra de los árboles, buscando una brisa para respirar. En este estado de angustia se vieron acometidos por 3.000 infantes y 500 caballos, que cayeron de súbito contra los extenuados expedicionarios. Hicieron éstos prodigios de valor, pero sus fuerzas estaban agotadas, y hubieron de emprender la retirada, dejando en el campo, donde murieron como buenos, á En García de Azagra, un hijo de En Bernardo de Entenza y otros muchos caballeros, y quedando prisioneros el vice-gran maestre de los Templarios y otros muchos cruzados, que fueron conducidos al castillo de Uxó [1].»

1 Boix: *Xátiva cristiana.*—García Ortiz de Azagra, según un cronista antiguo, ejercía el cargo de teniente gobernador general de Valencia en nombre del príncipe D. Pedro.

Consternó de tal manera al país esta derrota que, según escribe Marsilio, aun en su tiempo se decía *el martes aciago* por haber sido aquélla en martes [1]. Desclot refiere que D. Guillén Ramón de Moncada, que se halló en esta batalla, salió muy mal herido de ella, salvándose dificultosamente con cinco caballeros.

En Játiva estaba el rey, según parece, postrado en el lecho, enfermo y con calentura, cuando recibió la infausta noticia de la rota de Luchente. Aquel hombre, vencedor en tantas batallas, aquel hombre que, según su bella expresión, *ahuyentaba á los moros con sólo la cola de su caballo*, debió rugir como el león herido, y cuentan antiguas memorias que saltó de la cama y pidió sus armas y su caballo, gritando con voz de trueno, que la fiebre, el dolor y la ira enronquecían: «No crean esos perros que porque estoy enfermo he muerto ya: yo les exterminaré antes de morir.» Pero, ya que no el corazón, le faltaron las fuerzas para llevar á cabo su proyecto.

Muntaner, que es quien refiere este hecho, cuenta también, dando por cierto á su narración un admirable tinte de poesía, que el rey mandó entonces salir su señera y llevarle á él en andas hasta tropezar, muerto ó vivo, con los moros. Ni ruegos ni protestas bastaron á hacerle desistir. Hubo, pues, que llevarle en una litera, conforme su voluntad, precediéndole, sin embargo, su hijo D. Pedro, el cual, al llegar al punto donde estaban los moros, acometió contra ellos con su caballería, trabando una batalla *molt aspra é cruell*, dice el cronista, porque había cuatro sarracenos por cada cristiano. El buen Muntaner cuenta las proezas de D. Pedro, á quien los enemigos mataron dos caballos, y dice que el resul-

1 Crónica manuscrita de Marsilio, que se guarda en la biblioteca de San Juan (Barcelona).

tado fué quedar *todos los sarracenos muertos ó prisioneros*. En el momento de concluirse la batalla, cuando el campo estaba aún sembrado de cuerpos que todavía se estremecían con los últimos restos de su vida, se presentó D. Jaime en su litera, y á él corrió D. Pedro, cubierto de sangre y de polvo, radiante el rostro con la hermosura de la victoria, y le dió parte de la espléndida venganza que acababa de tomar, pidiéndole perdón por haberse atrevido á vencer sin él. Padre é hijo se abrazaron sobre aquel campo de batalla, y rompieron en llanto todos los presentes.

Tal es, en resumen, y por medio de un pálido bosquejo, lo que refiere Muntaner; Muntaner, de quien ha llegado ya la ocasión de decir, que si no fué un verídico historiador, fué por lo menos un excelente poeta. Ningún cronista ha sabido como él dramatizar los hechos ni darles un colorido más bello y más poético. Su obra no será una historia, pero tiene mucho de epopeya. Muntaner poseía el talento, por el que tantos han brillado en éste nuestro siglo, de poetizar y dramatizar los hechos históricos, vistiéndolos con las lujosas galas del lenguaje y de la imaginación y rodeándolos de incidentes que, siquier fuesen novelescos, contribuían á realzar la figura que se proponía hacer sobresalir. No debe importarnos mucho que un estudio detenido y analítico de su crónica nos dé por resultado la desaparición del historiador. Nos queda el poeta. Y francamente, lo uno vale lo otro.

La historia verdadera y fiel no admite este viaje de D. Jaime en litera al campo de batalla, ni tampoco esta sangrienta jornada y esta famosa victoria de D. Pedro [1]. Por bello que sea todo lo inventado por Munta-

1 Ni una sola palabra dicen de esto Desclot y otros historiadores de tanta autoridad como éste.

ner, hay que decir que no es verdad. En las legítimas autoridades de la historia sólo consta que la noticia de la derrota de Luchente afectó tanto al rey, que enfermó de gravedad; que á los pocos días llegó el príncipe D. Pedro á Játiva, y le dejó D. Jaime toda su gente para que estuviese velando en la frontera, y que en seguida se hizo transportar á Alcira, desde donde, por habérsele agravado la dolencia, envió á buscar á Don Pedro.

Acudió éste solícito, y entonces D. Jaime, que se sentía ya moribundo, renunció el reino á favor suyo [1], y en presencia de los ricos-hombres y prelados inculcó al heredero del trono la necesidad de ser constante en la fe, la conveniencia de saber granjearse el amor de los súbditos, y la obligación de que corriese en buena armonía con su hermano Jaime, á quien dejaba el reino de Mallorca con sus islas adyacentes, el condado de Rosellón y el señorío de Montpeller. Hízole también otros varios encargos; recomendóle particularmente algunos de sus servidores; le pidió sobre todo que prosiguiese la guerra con empeño, procurando echar de la tierra á los moros, ya que tan mal pagaban sus beneficios, y le mandó que no se ausentase del reino para acompañar su cadáver, sino que se le depositase en la iglesia de Alcira ó en la mayor de Valencia, hasta que, acabada la guerra, pudiesen llevarle al monasterio de Poblet, donde quería ser enterrado.

1 De esta enfermedad del rey en Alcira y de su abdicación en su hijo no dice una palabra Muntaner, el cual lleva á D. Jaime del supuesto campo de batalla á Játiva y de Játiva á Valencia, donde dice que murió; pero en cambio de no referir esto, nos cuenta que el rey tenía entonces más de ochenta años (cap. XXVI de la crónica de Muntaner, traducida y anotada por Bofarull, D. Antonio). ¡Más de ochenta años! D. Jaime nació en Febrero de 1208 y murió en Julio de 1276. Saquen los lectores la cuenta.

Añade á esto un cronista [1], diciendo saberlo por relación de los que se hallaban presentes, que, terminados estos encargos, se incorporó el rey en la cama, tomó su espada *tizón* que estaba colgando á la cabecera, y alargóla al príncipe, diciendo: «Que le daba aquella espada, con la cual él había sido siempre vencedor, para que la llevase consigo y le recordase siempre de quién era hijo.» El príncipe besó el acero al tomarlo y llorando se despidió del rey, el cual le mandó que regresase inmediatamente á su puesto de la frontera.

Debió esto tener lugar el 21 de Julio de 1276 ó algún día antes, pues con esta fecha he visto yo [2] una carta del rey á los cónsules de Perpiñán, diciéndoles: «He abandonado el mundo: mi hijo es vuestro señor.»

Y efectivamente había D. Jaime abandonado el mundo, pues desde el momento de su abdicación mandó que le vistiesen el hábito cisterciense, con intención de ir á Poblet y acabar en religión los días que le quedaban de vida. Este deseo no pudo verle cumplido. Al día siguiente de haber llegado á Valencia se agravó su dolencia, y murió en dicha ciudad [3] el 27 de Julio de 1276, habiendo conservado hasta el último momento, según ya observa un historiador, su claridad privilegiada y habiéndose entregado por completo su corazón á la vida religiosa.

1 Marsilio: *Crónica latina* (manuscrita) de la biblioteca de esta ciudad.

2 Archivo de Perpiñán: cartas reales.

3 Un cronista contemporáneo, D. Vicente Boix, que es realmente autoridad en cosas de Valencia, dice que murió en el camino y que sólo llegó cadáver á Valencia (*Xátiva*, pág. 74).

CAPÍTULO XIX.

Elogio y vindicación de D. Jaime.—Sus esposas, sus hijos y sus damas.—Juicio que de este monarca formó la posteridad.

Tal fué D. Jaime *el Conquistador*. Me he detenido en su reinado, más quizá de lo que debiera atendidos los límites fijados á esta obra y el objeto de ella, porque no es sólo la de D. Jaime la historia de un rey, sino la de un pueblo.

Ya hemos visto á las naciones hermanas Cataluña y Aragón, esparcirse por otros paises no cabiendo en sí mismas, como río que en una gruesa avenida se esparce por los campos rebasando su cauce. Ya aquella nación que tan humilde nació, pero tan gloriosa, de las huellas de los primeros independientes varones de la fama, ha ido á nuestros ojos dilatándose, ensanchándose, desplegándose como vistosa decoración de teatro al tirar pausadamente la gasa que la oculta. Ya Cataluña no es Cataluña sólo; ya Cataluña es Provenza, es Aragón, es Mallorca, es Valencia, es Rosellón; ya Barcelona es la capital de una nación pujante y se halla en vísperas de ser la reina del Mediterráneo, por donde lujosas, soberbias y temibles se pasearán sus galeras á la sombra del pendón de las BARRAS.

La primera gloria se la debe Cataluña á los Berenguers, pero la segunda se la debe á D. Jaime. Si los unos la hicieron rica, el otro la hizo grande. Desde los *independientes* hasta los *caballeros de conquista*, ¡qué período! ¡Con Otjer—fabuloso ó no, pero personificación indubitable de toda una época,—con Otjer, qué porvenir! ¡con Vifredo, qué hazañas! ¡con los Borrells, qué

esplendor! ¡con los Berenguers, qué riqueza! ¡pero con D. Jaime, qué gloria!

Por él las Baleares, esos deliciosos canastillos de flores que brotan en medio del mar, rodeados de un cinturón de espuma, tremolan el pendón mismo que, al decir de la tradición, compró Vifredo con su sangre para los catalanes; por él, Valencia toda de un cabo á otro ha dejado de obedecer á los moros para acatar la cristiana ley; por él, no son ya dos naciones sólo las que están unidas; son cuatro: Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca. Juntas forman un pueblo, comunes son sus victorias y peligros, comunes su cielo y sus fronteras, se baten bajo el mismo pendón, acatan al mismo Dios, se bañan á los rayos del mismo sol y se cubren con el mismo manto de gloria.

Con acierto y con justicia se ha dicho de D. Jaime que jamás vieron los guerreros adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero, ni los caballeros más dadivoso señor, ni los vasallos rey más justo y más humano [1]. Su vida abarcó más de medio siglo, su nombre llenó toda la tierra conocida. Jaime I es la gran cabeza de los cristianos, que llegan á ver en él á un enviado del cielo, y el terror de los moros, á quienes bien se puede decir que ahuyentaba con sólo el relincho de su corcel de batalla. Viste la cota de malla á los nueve años; á los once, manda ya ejércitos y hace sus primeras armas; á los veinte, gana un reino; antes de los veinticinco, cuenta á un rey moro entre sus cortesanos; con sólo el terror que inspira su nombre conquista un país; las Baleares, Valencia y Murcia, nacen por él á la luz y á la vida de la civilización cristiana; desdeña el ser rey de León; olvida y desprecia sus derechos al trono de Navarra; gana reinos para otros, como le sucede en Murcia, y le que-

1 Quadrado.

dan los bastantes para repartir entre sus hijos y hacerles á todos reyes; sienta á dos de sus hijas en los tronos de Castilla y de Francia, y de las demás, la una muere princesa y la otra santa; crea baronías para sus bastardos, que llegan á ser troncos de ilustres linajes; los infieles se apresuran á rendirle parias; los príncipes cristianos le toman por juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en los concilios y le escoge entre todos los reyes para capitán de una cruzada á Tierra Santa; el Kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le envían dones y le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpeller; y para que nada falte á la gloria del que á un mismo tiempo que empuña la espada maneja la pluma, del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, las leyendas piadosas de los pueblos nos lo muestran á través de sobrenaturales portentos, y, haciendo asombro del cielo al que no les basta con ver asombro de la tierra, dicen que el Espíritu Santo le infundía su ciencia [1], que la Virgen se presentaba á curarle en Montpeller, y que San Jorge militaba á su lado en las batallas, convertido en soldado de las BARRAS de Aragón.

Los nombres de Aragón y Cataluña deben á D. Jaime gran parte de su gloria; por él comenzaron, ya que no á ser conocidos, por lo menos á ser respetados estos dos países, que aunque distintos, formaban uno solo por lazo federal unidos. Uno solo, porque si el nombre del imperio era de Aragón, la bandera del imperio era de Cataluña; porque si el centro de unidad y de autoridad estaban en Aragón, la iniciativa y la acción estaban en

1 *E hac especial don de Deu axi com los seus apóstols* (dice de Don Jaime la crónica manuscrita de San Juan de la Peña) *car ell entenia be y sabia las divinas escrituras per gracia del Sant Esperit, é predicava en totas festas del any en quansevol ciutat que fos en honor de Deu é dels sants, devotament é molt maravellosament, esplicant las santes escritures.*

Cataluña; porque, en fin, si Aragón era la cabeza, Cataluña era el alma.

Pero si con el reinado de D. Jaime nuestra nación es cierto que llegó al apogeo, que así puede decirse, de su gloria militar, no es menos cierto que consiguió también ver extenderse ufano el árbol colosal de sus instituciones civiles. Aun cuando no haya llegado la ocasión oportuna, propio es, sin embargo, de este lugar decir algo de su famoso *Consejo de ciento* [1] que tan célebre es en la historia, y con el cual hemos por cierto de tropezar más de una vez en las páginas de esta obra; de ese virtuoso y digno *Consejo de ciento*, al que por título de excelencia se le llamaba *sabio*; que sin ser más que los reyes era como ellos tan alto, que siendo hijo del pueblo era el padre del pueblo, y que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía tener derecho á quitarlas.

El *Consejo de ciento*, como más adelante detenidamente veremos, se puede decir que data de 1265, cuando D. Jaime redujo á cuatro el número de los ocho concelleres que antes había dado facultad de nombrar á Barcelona todos los años, y á 100 el número de 200 prohombres que, representando las diversas clases de la república, debían constituir el senado. Gracias al más gran rey que ha tenido Cataluña, Barcelona puede contar en sus anales los del *Consejo de ciento*, institución altamente popular y democrática, ejemplo y espejo de ciudadanos, digna del respeto de la posteridad y de la alabanza de la historia. Jamás han tenido las leyes escudo más firme, ni la patria antemural más fuerte, ni los catalanes tuvieron nunca vigilantes más asiduos de su dicha, al propio tiempo que más solícitos guardadores de sus libertades, que aquellos

1 Véase para más detalles el último capítulo de este libro.

hombres, buenos y honrados ciudadanos, que vestían holgadas túnicas de color de púrpura para indicar que estaban prontos á derramar su sangre por el pueblo.

A pesar de sus altas y relevantes cualidades, no le han faltado á D. Jaime detractores. ¿Qué virtud intachable ha existido que la calumnia no haya procurado destrozar? El inglés Dunham y otros historiadores le han atacado con indigna violencia. El primero habla de él como pudiera de un Don Juan Tenorio, y después de citarle por su *perfidia, su lascivia desenfrenada, su crueldad bárbara, su desordenada afición á las mujeres, no teniendo*, dice, *respeto á ningún vínculo de honor ó religión por satisfacer sus apetitos*, acaba por manifestar que el favor con que está mirada su memoria se debe principalmente á haberse cruzado y á haber llegado á embarcarse para Tierra Santa [1]. Pocas veces se habrá juzgado á un hombre tan apasionadamente como juzga á D. Jaime el historiador Dunham, algunos de cuyos errores ya he tenido ocasión de rectificar con respecto á Cataluña.

¿Qué hay en nuestro *Conquistador* que autorice á ser tan despiadadamente tratado por la crítica histórica? Pero á bien que esto no es crítica ni criterio; es pasión y odio. Cierto es que no todas son virtudes en D. Jaime: debe confesarse que no siempre fué todo lo respetuoso que debiera con las leyes del reino, y tiene algunos hechos en que no se le ve á la altura de su gloria; pero más que del príncipe son éstas faltas del hombre, y altas, altísimas prendas tuvo que le recomiendan á la posteridad como uno de los mejores y más grandes reyes. La severidad de Dunham es injustificable. Ortiz de la Vega, que es autor á quien por cierto no se tachará de

1 *Historia de España*, redactada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el Dr. Dunham por el Excmo Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, tomo II, pág. 223.

provincialismo, pues lo condena en todas sus obras, ha dicho de D. Jaime, por medio de una sintética frase, que «poseía aquella nobleza de carácter que no necesita otras alabanzas fuera de la narración sencilla de los hechos.»

Grande fué y muy grande D. Jaime; por lo general, todos los historiadores que blasonan de imparcialidad hacen de él cumplidos elogios, con los cuales podríamos llenar muchas páginas de esta obra, y su muerte fué tan sentida y tan llorada, que los cronistas, especialmente Fabricio y Muntaner, agotan su caudal de frases para demostrar el luto y el duelo universales que hubo en los pueblos á la noticia de su fallecimiento. La posteridad le ha llamado muy justamente *el Conquistador* por haber ganado los reinos de Mallorca, de Valencia y de Murcia; algunos le han dado renombre de *Batallador* por haber salido victorioso en veinte y hay quien dice que en treinta batallas contra moros; un poeta provenzal (Marcabrú) le llama en una de sus trovas *el emperador de Barcelona;* otro, Mateo de Querci, dice que no hubo príncipe mejor *aquende ni allende el mar*, y Tomich dice de él que *fou apellat lo rey En Jacme lo sant* [1].

A principios del siglo XVII hubo realmente empeño por Aragón en conseguir que D. Jaime fuese santificado al ver que se trataba de canonizar á un rey de Castilla, algo inferior á él por cierto como rey. Nada más curioso que la lectura de un manuscrito que revolviendo papeles viejos halló un día el literato aragonés D. Pascual Savall y Dronda, y que tiene el título de *Exhortación á la instancia de la canonización del rey D. Jaime I de Aragón llamado el Conquistador, obra de D. Gaspar Garcerán de Castro y de Pinós, conde de Guimerá.* Creo oportuno dar una idea de este manuscrito que es muy nota-

1 *Conquestes e historie del reys d' Aragó é comptes de Barcelona.*

ble, aun cuando no pueda citarse como un monumento literario. El autor, después de los memoriales, uno al Papa y otro al rey D. Felipe III, contesta á los que dicen que D. Jaime, como hijo de padre que fué enemigo de la Iglesia, no merece ser canonizado; hace una comparación entre D. Alfonso de Castilla y *el Conquistador*; trata de probar que D. Jaime, por las virtudes y santa vida de la reina su madre, tiene purgado el impedimento, cuando le hubiera, de los delitos del padre; pretende hacer constar que la vida y ejemplo de la reina Doña Sancha, mujer de D. Alfonso *el Casto* de Aragón y abuela del rey D. Jaime, dispone la canonización del nieto, y enumera las causas por las que juzga debe ser canonizado el monarca aragonés. Todo esto y mucho más que se dice y que se hizo fué inútil; de manera que no puede llamarse á D. Jaime *el Santo*, pero nadie le puede disputar el título del *Conquistador*.

Para terminar ahora en este capítulo las noticias referentes á D. Jaime, de quien por necesidad tendremos que ocuparnos todavía en esta misma obra, falta decir que su cadáver fué depositado en la catedral de Valencia, donde permaneció hasta el año 1278, en cuya época fué trasladado con regia pompa al monasterio de Poblet [1].

El Conquistador no tuvo de su primera esposa Doña Leonor de Castilla más que un hijo, D. Alfonso, de quien detenidamente se ha hablado y que murió sin dejar sucesión quince años antes que su padre.

En su segunda esposa Doña Violante de Hungría tuvo cuatro hijos y cinco hijas. De aquéllos, el mayor se llamó D. Pedro, que le sucedió en el condado de Barcelona y reinos de Aragón y de Valencia.

1 El cadáver de D. Jaime se halla actualmente en la catedral de Tarragona.

El segundo fué D. Jaime, á quien dejó su padre el reino de Mallorca con las islas adyacentes, los condados de Rosellón y Cerdaña, el señorío de Montpeller y otros estados en Cataluña.

El tercero se llamó D. Fernando, que murió mozo en vida de su padre; y el cuarto fué aquel D. Sancho á quien hemos visto morir atravesado por la lanza de un caudillo granadino.

La mayor de las hijas fué la Doña Violante, esposa del rey de Castilla Alfonso *el Sabio*; la segunda fué Doña Constanza, que casó con D. Manuel, infante de Castilla y hermano del citado Alfonso; la tercera fué Doña Sancha, en cuya vida reina cierto novelesco misterio y de la que se dice que fué á visitar, vestida de peregrino, el santo sepulcro de Jerusalén y murió allá en opinión de santa; la cuarta fué Doña María, que falleció en vida de su padre, y la quinta Doña Isabel, que casó con el infante de Francia, Felipe, rey luego, III de su nombre, apellidado *el Audaz* ó *el Atrevido*.

Tuvo D. Jaime amores con varias damas, especialmente con Doña Guillerma de Cabrera y con Doña Teresa Gil de Vidaure. De la primera no se sabe que tuviese ningún hijo, pero de la segunda tuvo dos. Y aquí es fuerza decir que todas las probabilidades están en que Doña Teresa fué realmente esposa, y no querida de Don Jaime. Hay muchos indicios para creer que se unió á ella en matrimonio secreto y que luego la repudió. Movióle pleito entonces Doña Teresa, y obtuvo sentencia favorable; pero no consiguió que el rey hiciera vida conyugal con ella, si bien, como ya sabemos, reconoció por legítimos sus hijos, declarándoles por sucesores en el reino á falta de los legítimos.

Doña Teresa, cuya vida fué una serie de amarguras, á juzgar por los recuerdos que de ella encontramos esparcidos por las crónicas, sobrevivió al rey D. Jaime,

y según los escritores valencianos, después de haber logrado validar su matrimonio en 1275, poco antes de morir *el Conquistador*, se retiró á aquel magnífico palacio de la mora *Zaida*, que D. Jaime le diera en la luna de miel de sus amores, y lo convirtió en convento de religiosas bernardas, con el título de *Gratia Dei*. Allí dicen que murió, llena de virtudes, esta dama, por los años de 1280; y en la misma capilla que hizo edificar dedicándola á San Salvador, se conserva aún incorrupto su cadáver, excepto un brazo arrebatado por la piedad para reliquia [1]. Algunos historiadores ponen á Doña Teresa en el catálogo de las reinas, y el autor del Martirologio cisterciense trata de ella como de una *santa*.

Los hijos que dejó del rey esta señora fueron Don Jaime, señor de Ejérica, y D. Pedro, señor de Ayerve, principio ambos á dos de ilustres familias [2].

De una dama de la casa de Antillón tuvo también el rey un hijo, que fué el D. Fernán Sánchez, señor de Castro, origen de la ilustre casa de este nombre en Aragón, y al que hemos visto morir desgraciadamente, mandado ahogar por su hermano D. Pedro en las aguas del Cinca.

De otra dama aragonesa, llamada Doña Berenguela Fernández, tuvo el rey otro hijo que fué D. Pedro Fernández, el vencedor de los moros en los campos de Gandía, á quien dió la baronía de Ixar y de quien proceden los señores de este linaje.

No se sabe que tuviese hijos de su querida Doña Berenguela Alfonso, y de otra dama casada, de quien parece que se enamoró en los últimos años de su vida, mereciendo por ello serios reproches del Papa.

Su número de queridas y su sensualidad le han vali-

1 Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 159.

2 D. Próspero de Bofarull da extensas noticias de su descendencia. *Condes vindicados*, tomo II, pág. 237.

do general reprobación entre los historiadores; pero ni esta flaqueza humana ni otros defectos, que en el curso de su vida no he tratado ciertamente de ocultar, son bastantes á desvanecer la justa aureola de gloria que rodea el nombre del *Conquistador* D. Jaime, nombre que será siempre un monumento de honra y una patriótica bandera para los reinos de la CORONA DE ARAGÓN.

CAPÍTULO XX.

Infeliz estado del reino de Valencia.—D. Pedro no quiere tomar el título de rey antes de coronarse.—Su coronación en Zaragoza, y protesta.—Jura del príncipe Alfonso.—Comienzo de discordia entre el rey y su hermano.—D. Jaime toma posesión de sus estados.—La reina de Castilla con su nuera y sus nietos se refugia en Aragón.—Emprende el rey la guerra contra los moros.—Roger de Lauria gobernador de un castillo y Pedro de Queralt almirante.—Sitio de Montesa.—Toma de la Muela por los almogavares.—Toma de Montesa.

(1276 Y 1277.)

Al bajar al sepulcro el rey D. Jaime, Valencia pasaba por una de esas dolorosas crisis que á veces envía Dios á los pueblos y á los hombres, y de las cuales, si en ellas no sucumben, salen más fortalecidos en su fe y más animosos para proseguir el camino que se abre ante sus pasos. La sublevación de los moros, hecha general, había sumido al reino en un caos de amarguras, y el príncipe D. Pedro desde Játiva se tenía que contentar con poner fuertes presidios en los castillos y asegurar bien las fronteras. «Formáronse entonces, ha dicho un ilustrado escritor de nuestros días, numerosas partidas de bandidos moros, á los que se agregaban no pocos cristianos aventureros, sin patria ni hogar, per-

seguidos ó por el hambre ó por sus crímenes. Estas partidas invadían de noche los pueblos indefensos ó las alquerías solitarias, degollando y robando: hallábanse en todos los valles caseríos incendiados; hombres y mujeres ahorcadas en los árboles; cadáveres en muchos barrancos y cuevas, y aquellas bandas de lobos hambrientos tenían al país en continua consternación. El foco de sus planes existía en Montesa, y de allí bajaban las órdenes de exterminio, que llenaban la región de Játiva hasta el Júcar del más profundo terror [1].»

D. Pedro no se creyó aún bastante fuerte para atreverse á un ataque contra Montesa; á más, muerto su padre, le convenía arreglar las cosas de sus reinos y ansiaba la ceremoniosa pompa de una pública coronación. Así es que, antes de terminar el mes de Agosto de 1276, pactó una tregua de tres meses con los caudillos moros, y después de haber dejado bien presidiados los castillos fronterizos, se fué á Alcira, de donde pasó á Valencia. Permaneció hasta fines de Octubre en esta ciudad y recibió, estando en ella, una embajada del rey de Castilla, en cuyo reino andaban bastante revueltas las cosas con las pretensiones del infante D. Sancho para suceder á la corona en perjuicio de los hijos que al morir había dejado su hermano mayor D. Fernando [2]. Prudente y reservado D. Pedro, despidió á los embajadores de Castilla diciendo que hasta haber recibido la corona no podía él considerarse como rey, y que, cuando este caso llegase, enviaría á su vez embajada al castellano D. Alfonso, su cuñado, para confirmar los lazos de amistad y concordia entre ambos. Y realmente era así, pues en todo el tiempo que estuvo en Valencia haciendo aprestos para la guerra que contra los moros proyecta-

1 Vicente Boix: *Xátiva cristiana.*

2 Véanse los historiadores generales de España, Mariana, Ortiz, Lafuente, Romey, Saint Hilaire, etc.

ba, no quiso, antes de coronarse, tomar las insignias ni usar del título de rey, y se titulaba solamente «infante primogénito heredero del rey D. Jaime [1].»

Para la ceremonia de la coronación se había llamado á Cortes á los ricos-hombres y caballeros y á los procuradores de las ciudades y villas del reino, y se había fijado el 16 de Noviembre. Acudió D. Pedro á Zaragoza, punto destinado para el acto, y en dicho día y en la iglesia mayor fué ungido y coronado por manos de D. Berenguer de Olivella, arzobispo de Tarragona, coronando él mismo por su mano á su esposa Doña Constanza en seguida ó al otro día [2]. Fueron estos príncipes los primeros que en estos reinos y en Zaragoza se coronaron, conforme á la concesión otorgada por el papa Inocencio en tiempo de Pedro *el Católico*. Debe notarse, y caso es por cierto digno de perpetua memoria, que en el acto de la ceremonia D. Pedro manifestó que no recibía la corona de mano del arzobispo en nombre de la Iglesia romana *ni por ella ni contra ella*. Hízolo, según se refiere, para no perjudicarse á sí ni á sus sucesores, y para que no pareciese que con recibir la corona de mano del arzobispo tácitamente aprobaba el reconocimiento hecho por su abuelo, cuando hizo su reino tributario de la Sede apostólica. Dice Blancas que esta misma protesta acostumbraron á hacer después muchos de sus sucesores, aunque otros ya la dejaron porque ellos mismos tomaban de encima del altar la corona y se la ceñían, no queriéndola recibir de mano de ningún prelado [3].

1 Zurita, lib. IV, cap. II.

2 *E corona madona la regina Constanza sa muller é mesli el pom d' aur en la ma*, dice Desclot.

3 Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragón*, cap. II. Según este autor, el protesto que se hizo en la coronación de D. Pedro *el Grande*, fué el siguiente: *Noverint universi. Quod* NOS PETRUS *primo-*

Concluída la coronación del rey y de la reina, y terminadas las fiestas, las Cortes hicieron la jura del príncipe (ó infante, según todavía se le llamaba entonces) D. Alfonso, que aún era menor de edad.

Dice algún historiador que asistió á todas estas ceremonias el hermano del rey D. Jaime; pero si así fué, debió partir en seguida para Mallorca y luego para Perpiñán y Montpeller, á fin de tomar, á su vez, posesión de sus estados y hacerse reconocer como rey de aquellos dominios, conforme al testamento de su padre. Urgíale á D. Jaime, que fué el II de este nombre en Rosellón y Mallorca, la toma de posesión, pues que Don Pedro, apenas coronado, dió al olvido las palabras de concordia y unión fraternal que oyera salir de los labios de su moribundo padre el gran D. Jaime, y comenzó á manifestar sus deseos de que se anulara el testamento paterno con respecto á la parte de herencia que dejaba á su hermano. A este efecto, sacó á plaza la protesta

genitus et succesor illustris Domini IACOBI *Dei gratia regis Aragonum, etc., patris nostri felicii recordationis. Protestamur, quod nos recipimus* UNCTIONEM, BENEDICTIONEM *et* CORONATIONEM *a Sancto Salvatore ecclesie sedis Cesaraugustœ per venerabilis ministerium P. Dei gratia episcopi Cesaraugustœ eiusdem sedis. Non astringentes nos, nec succesores nostros futuros de recipiendo unctionem et coronationem in predicta civitate, vel loco, et per ministerium episcopi Cesaraugustœ. Imo protestamur nomine nostro, et succesorum nostrorum, quod per hoc non paretur nobis, vel succesoribus nostris, aliquod prejuditium in futurumset, possint succesores nostris, qui pro tempore fuerint recipere unctionem, benedictionem et coronam in qua cumque Civitate eis placuerit totius nostrœ jurisdictionis. Et per ministerium cuiuscumque Archiepiscopi, vel episcopi nostri districtus, et de predictis protestationibus mandamus fieri publicum instrumentum.* Siguen la fecha y las firmas de los testigos, que fueron, según el acta, Fortún, obispo de Tarazona; Pedro Jiménez de Segura, obispo de Albarracín; Arnaldo, abad de Fontfreda; Hugo, conde de Ampurias (debió ser el IV de su nombre); Arnaldo, conde de Pallars; Ramón de Moncada, Berenguer de Puigvert, P. de Queralt y varios nobles aragoneses.

que, siendo príncipe, firmó en Barcelona contra toda desmembración que hiciera su padre de los estados en que él debía sucederle, según derecho que pretendía tener como mayor ó primogénito.

D. Jaime tenía en contra suya, para luchar con su hermano, una circunstancia capital. Su reino se hallaba compuesto de pedazos de territorios, mayores ó menores, que estaban separados por grandes distancias, y cuyos pueblos, extranjeros entre sí, no podían auxiliarse con la prontitud y la necesidad que requeriría el caso. En poco estuvo entonces que el predominio de la política aragonesa en el ánimo del rey no ahogase en su cuna el reino que acababa de nacer.

Conveníale, pues, á D. Jaime, conocido el deseo de su hermano, acudir á tomar pronto posesión de sus dominios y adquirir en ellos valimientos y simpatías. Pasó primero á Mallorca y confirmó todas las prerrogativas, inmunidades y exenciones que concediera su padre á aquellos leales isleños; fué en seguida á Perpiñán, siendo recibido con grandes fiestas y regocijo, y de allí debió pasar á otros puntos de su reino y á Montpeller, donde juró observar las costumbres de la ciudad, recibiendo en cambio el juramento de fidelidad de sus habitantes [1].

Rey ya de Aragón D. Pedro, y ceñida aquella corona que no recibió de la Iglesia, ni por ella ni contra ella, uno de sus primeros actos fué ocuparse en las cosas de Castilla. Lo que pasaba en este país era lo siguiente. D. Fernando, primogénito de D. Alfonso *el Sabio*, había muerto dejando dos hijos de su mujer Doña Blanca, hermana del rey de Francia Felipe *el Atrevido*. D. Sancho, segundo hijo de D. Alfonso, vió en aquella muerte propicia ocasión para el logro de sus

1 *Thalamus* de Montpeller.

ambiciosos deseos, y partiendo del principio que su hermano D. Fernando no podía transmitir á sus hijos derechos al trono de Castilla á causa de no haberlos adquirido por posesión, manifestó ser él, D. Sancho, el heredero del trono con preferencia á los dos niños. Su padre D. Alfonso *el Sabio* reconoció este derecho, en menoscabo del de sus nietos, con harto sentimiento de la madre de éstos, Doña Blanca, y de su esposa la aragonesa Doña Violante. Ésta y su nuera acudieron entonces secretamente al nuevo rey de Aragón D. Pedro, que era hermano de la Doña Violante, esposa de Don Alfonso de Castilla. Fueron y vinieron mensajes, y de repente la reina de Castilla, con su nuera Doña Blanca y sus nietos, se vino á refugiar en Aragón, poniéndose todos bajo el amparo de D. Pedro, que salió á buscarles á Ariza [1].

Sintióse mucho D. Alfonso de la fuga de la reina su esposa, y se dirigieron reclamaciones al rey de Aragón; pero éste contestó sencillamente, según Zurita, que á nadie que quisiese acogerse en sus dominios podía estorbárselo, y menos á la reina su hermana y á los nietos de ella. La verdad, á tenor de como lo cuenta Ortiz de la Vega, está en que de quien huía la reina Doña Violante era de su hijo D. Sancho, con asentimiento secreto de D. Alfonso X, que tenía atadas las manos y no era dueño de obrar de otra suerte. Según este autor, era el hijo quien reclamaba contra el rey de Aragón, aun-

1 Esta es la verdad histórica. Muntaner, como de costumbre, forja sobre este hecho una novela, y dice: que D. Pedro se fué á Castilla, y después de haber andado, en tres días y cuatro noches, unas ocho jornadas, llegó al punto donde se encontraban los dos hijos de D. Fernando, y se apoderó en seguida de ellos llevándoselos á Játiva, con otros pormenores que podrán ser muy interesantes bajo el punto de vista dramático, pero que no son exactos bajo el de la crítica histórica (*Crónica de Munt.*, cap. XL).

que en todo esto suene el padre. Mientras tanto, Doña Violante permaneció en nuestros reinos con sus nietos los infantes, y hasta más adelante no volvió á Castilla, partiendo Doña Blanca á Francia á solicitar en favor de sus hijos el apoyo de su hermano Felipe *el Atrevido*.

Este quiso vengar á su hermana y sobrinos declarando la guerra á Castilla, y mientras por una parte enviaba tropas á Navarra, como ya se ha dicho, por otra, al frente de una hueste numerosa, avanzaba en persona internándose en España y llegando hasta Salvatierra; mas no pudo pasar adelante, dice un historiador francés (Romey), pues falto de pertrechos de boca y de guerra, le acobardó el aspecto del país y tuvo que retroceder. No estaba de Dios que Felipe *el Atrevido* conquistase jamás ningún lauro en territorio ibérico. Ya veremos luego lo que consiguió cuando otra vez intentó entrar en España por Cataluña.

Volviendo ahora al rey de Aragón, digamos de él cómo pasó á terminar la guerra contra los moros de Valencia, que era ya lo que más le urgía y apremiaba. La tregua diera un buen resultado en favor de D. Pedro, pues los moros, creyendo hacerse así más fuertes y poderosos, se habían concentrado en Montesa, formando un número de 30.000 hombres armados y otro no menor de mujeres, niños y ancianos. Aquellos 30.000 combatientes, repartidos por el país en bandas sueltas, hubieran podido dar más que hacer á D. Pedro con sus rebatos y algaras que reunidos en un punto solo, donde el vencerles sólo era ya cuestión de valor y tiempo.

A primeros de Abril de 1277 fué cuando emprendió D. Pedro la campaña contra Montesa. Comenzó por trasladarse á Játiva, en cuyo punto reunió los consejos y milicias de dicha ciudad de Murviedro, Burriana, Castellón, Livia, Alcira, Culla, Cullera, Onda, Morella,

San Mateo y Peñíscola. Fué nombrado gobernador de Concentaina aquel Roger de Lauria, con quien ya hemos tropezado y que tanta gloria debía dar al reino de Aragón, y almirante D. Pedro de Queralt, para que con algunas galeras pusiese á cubierto las costas de Valencia, Alicante y Cartagena de cualquier tentativa de desembarco que pudieran intentar los marroquíes, auxiliares de los muslimes de estos reinos. La actividad de este marino, su valor y su buena suerte frustraron, en efecto, los proyectos de una escuadrilla berberisca que se había presentado en las aguas de Denia [1].

D. Pedro fué inmediatamente á poner sitio á Montesa con la gente que pudo reunir, haciendo llamamiento general de los ricos-hombres y caballeros que le debían servir en la guerra por estar heredados en el reino de Valencia, y á los consejos y villas de Aragón, y algunos de Cataluña, para que se hallasen en Játiva el 8 de Julio, prontos y en orden de guerra para cuatro meses. En el ínterin, se iba estrechando el cerco de Montesa. Los moros estaban resueltos á vender cara su fortaleza, y se resistieron con un valor y una heroicidad de que hay muchos ejemplos en aquellas épocas de luchas y de odios á muerte.

Fué preciso tomar primero un monte inmediato á la plaza, desde el que podía dominarse el castillo. Al decir del moderno cronista valenciano, los almogavares llevaron lo mejor de la jornada y fueron en ella los héroes. Esas compañías que comenzaban ya á figurar de una manera siniestra y á adquirir una terrible y sangrienta fama, treparon las primeras por el monte, sin que fuesen bastantes á detenerles en su camino los enormes peñascos que los moros hacían rodar desde la cima y los muchos de sus hombres que allí quedaban tendidos,

1 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, tomo I, pág. 212.

dejando un largo reguero de sangre y de cadáveres con que indicar á sus compañeros el camino por ellos seguido. Cuando llegaron á la meseta del monte, hubo un combate feroz. Peleóse cuerpo á cuerpo; muchos, abrazados y combatiendo, rodaron despeñados al abismo; pero los almogavares dieron cuenta de cuantos moros allí encontraron. El pendón real, clavado en lo alto de la Muela, anunció á los defensores de Montesa que se acercaba para ellos la hora del vencimiento.

Hicieron, sin embargo, cuanto pudieron por cumplir con el deber que les imponían su honra, su ley y su gloria. Cuando en repetidos asaltos les hubieron tomado los nuestros puertas y murallas, se defendieron de calle en calle, de casa en casa, como hombres desesperados para quienes no cabía ya más que morir matando. El rey de Aragón entró en Montesa, pero fué pisando sangre y cadáveres.

A la noticia de la toma de Montesa se rindieron otros castillos, y la sublevación mora sucumbió. Le había faltado aquella vez un Azedrach. Tuvo lugar esta conquista por el mes de Setiembre, después de un sitio de cinco meses. Por lo que toca á la gente de Cataluña y demás puntos llamada por el rey, debió sin duda regresar á sus hogares sin haber entrado en campaña.

Los valencianos cuentan con orgullo el haber tremolado la cruz y el pendón de las *Barras* sobre las ruinas de Montesa, sin necesidad de auxilio, por parte de sus hermanos los demás pueblos de la corona.

CAPÍTULO XXI.

Alzamiento de los barones catalanes.—Se ligan con el de Foix y éste con D. Jaime de Mallorca.—Política del rey.—Asegura las fronteras de Castilla.—Traslación de los restos de D. Jaime á Poblet.—Vuelve la reina á Castilla.—Viene el rey á Cataluña contra los confederados.—Tratos con los condes de Foix y de Urgel.—El rey de Mallorca feudatario del de Aragón.—Quiénes asistieron al homenaje.—Vistas con D. Sancho de Castilla.—Motivos que tuvieron los barones catalanes para confederarse de nuevo contra el rey.—Correrías del vizconde de Cardona por el llano de Barcelona.—El rey pone sitio á la ciudad de Balaguer.—Heróica resistencia de los cercados.—Lo que acaeció á los que iban en auxilio de los sitiados.—Ardid del rey para sorprender á los que iban en socorro de la ciudad.—Combate nocturno.—Ríndese la ciudad.—Encarcelamiento de los barones catalanes.

(De 1277 á 1280.)

Sonreía la victoria al nuevo rey, y las banderas muslímicas caían ante él destrozadas, como para servir de lujosísima alfombra á su solio; castillos y comarcas enteras se sometían al pronunciarse el nombre del vencedor; huían los moros desbandados al aparecer las rojas *Barras* pintadas en el estandarte real, luciendo los colores que más tarde debían ser los de toda España [1]; y aquéllos que no huían, era porque hallaban mayor honra en una gloriosa muerte. Todavía la sombra de D. Jaime *el Conquistador* vagaba por los espacios.

1 No todos saben acaso que los colores rojo y amarillo que son hoy los de la bandera española, fueron antes los de la casa de Aragón. Desde la época de Pedro *el Católico*, las cintas de que colgaban los sellos de la cancillería eran amarillas y rojas, siendo estos colores los que con el tiempo fueron adoptando los demás reinos ibéricos, llegando á ser, como son hoy, los colores nacionales.

Pero á todo esto, ni se cuidaba el rey de venir á Cataluña, ni de celebrar Cortes en ella, ni de jurar las leyes del reino. Resentidos andaban por ello los catalanes, y el desagrado del país se manifestó por medio de la liga ó confederación de sus principales barones; que eran estas ligas de nobles los pronunciamientos de aquellas épocas. Juntáronse, pues, Armengol, conde de Urgel; Alvaro su hermano, vizconde de Ager; Arnaldo de Roger, conde de Pallars; el vizconde de Cardona, Ramón Folch; Ramón de Anglesola, Ramón Guillén de Tosa, Guillén Ramón, vizconde de Vilamur; Pedro de Moncada, Berenguer de Puigvert, Guerau de Alemany de Cervelló, un hermano de éste, Pons de Ribelles, Hugo de Troja, Guerau y Berenguer Despés, Gisperto de Guimerá, Guillén de Bellera, Ferrer de Abella, Pons Zacosta, Ramón de Boxadors, Pons de Oluja, Juan de Pons, Guerau de Meyá, Guerau de Aguiló, Jaime de Peramola y otros. Todos éstos, después de haber enviado al rey sus cartas de *deseximent*, se confederaron con juramento de hacerle guerra, aunque ausente y ocupado en la lucha contra moros [1].

Una de sus primeras medidas fué unirse con Roger Bernardo, conde de Foix, con quien su cuñado D. Jaime de Mallorca firmó á su vez, á principios del 1278,

1 "El motivo porque hacían esto, dice Monfar en su crónica (tomo II, pág. 17), era porque el rey, después de su coronación, no acudía á tener Cortes á los catalanes y confirmarles con juramento las leyes, privilegios y libertades que los reyes y condes de Barcelona, sus pasados, les habían concedido; y la causa era porque había algunas cosas que el rey no quería confirmar, sino que fuesen revocadas, por ser de algún perjuicio, dejando lo demás en su sér y disposición.„—Encuentro en Zurita, que entonces era gobernador ó procurador general de Cataluña, en nombre del rey, D. Ferriz de Lizana (lib. IV, cap. V de los *Anales*). ¿Pudo contribuir al descontento de los catalanes el tener gobernador aragonés? Me atrevo á llamar sobre esto la atención de los investigadores.

una liga ofensiva contra el rey de Aragón, que pretendía, como ya sabemos, desposeer al último de sus dominios.

Los confederados comenzaron á correr las tierras del rey ó de los que estaban por él, combatiendo muchos lugares y villas y haciendo grandes daños, sin que fuesen obstáculo para los progresos de sus armas las disposiciones que se apresuró á tomar D. Pedro. Éste entonces, viendo que se formaba un nublado que á toda costa era preciso disipar para que no descargase sobre su cabeza, creyó que más que con la fuerza alcanzaría con la astucia, y se dispuso por lo mismo á poner en planta un proyecto que comienza ya á revelar sus cualidades y dotes políticas. Su plan, por lo que se comprende, debió ser el de amenguar el poderío de los confederados atrayéndose á algunos de los principales, y al efecto entró en negociaciones con varios de ellos por conducto de D. Esteban de Cardona, que era repostero mayor de la reina.

Mientras estas negociaciones tenían lugar y seguían su camino, D. Pedro, pasadas las fiestas de la Navidad de 1277 en Valencia, se partió á Calatayud, y consta que residiendo en esta ciudad dictó varias disposiciones para asegurar la frontera de Castilla, ya que las gentes del infante D. Sancho molestaban continuamente con rebatos los castillos de Aragón.

También dicen las memorias de aquel tiempo que por Marzo, ó antes de aquel año de 1278, se volvió á Valencia para disponer todo lo necesario á la traslación y entierro de los restos de su padre *el Conquistador*. Desde Valencia, con fecha del 13 de Abril, mandó á los prelados de sus reinos y á los ricos-hombres que se juntasen en la ciudad de Tarragona para tres semanas después de la Pascua de Resurrección, pues habían de ir á aquella ciudad y llevar á sepultar el cuerpo del rey

su padre al monasterio de Poblet. Así se hizo, en efecto, con gran pompa y majestad, «como lo requería la gloria de las victorias y hazañas del príncipe más señalado que hubo en aquellos tiempos [1],» como lo exigía la memoria de aquel que «en las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos [2].» La reina de Castilla Doña Violante, que por las causas antes indicadas se hallaba en estos reinos, asistió á la fúnebre ceremonia, pero no he sabido encontrar que en ella estuviese D. Pedro.

A éste le hallo por aquel tiempo en Tarazona recibiendo una embajada del rey de Castilla y enviándole otra por su parte. El objeto era el de arreglar pacíficamente el asunto de la fuga de Doña Violante con sus nietos, y el acuerdo fué que Doña Violante regresase á Castilla y los nietos se quedasen en Aragón, como país neutral entre Castilla y Francia que los pretendían cada una por su parte.

En el ínterin, las negociaciones seguidas con ciertos confederados de Cataluña habían dado su fruto, pero no todo el que quizá se propusiera D. Pedro. Entró el conde de Foix en Cataluña, y tomó á fuerza de armas varios lugares reales, entre ellos Pons y Monmagastre. Hubo de conocer el rey entonces que era necesaria su presencia en el Principado, y al frente de una hueste se vino aquí, penetrando en el condado de Urgel, recobrando las villas de Pons y Monmagastre, cuyos castillos mandó derribar, y partiendo en seguida á poner sitio á Agramunt [3]. El conde de Urgel y los vizcondes de Cardona y de Ager se habían ido á fortificar en Balaguer, y el conde de Foix se retiró al castillo de Ciudad en el vizcondado de Castellbó.

1 Zurita.
2 Mariana.
3 Monfar.—Desclot.

Teniendo su campo sobre Agramunt, D. Pedro entró de nuevo en tratos con algunos de los confederados: esta vez se entendió directamente con el conde de Foix. Fueron los medianeros el arzobispo de Tarragona y el abad de Poblet, y se concertó casar al infante D. Jaime, hijo segundo del monarca, con Constanza, hija primogénita del conde de Foix, á quien éste prometió hacer heredera del condado si no tenía hijos varones. El rey, por concesión al de Foix, accedió á que el conde de Urgel fuese restituído en su condado y cobrase todos los pueblos y castillos de aquel estado que se hallaban en poder de los ministros reales [1]. La enfeudación que hizo el rey á D. Armengol del condado de Urgel lleva la fecha del 11 de Diciembre de 1278 en Agramunt, y consta que pocos días después, á 17 del mismo mes, el conde le hizo homenaje por todo el condado de Urgel y vizcondado de Ager en presencia de varios magnates de la corte. Asistía en aquel entonces al rey como uno de sus validos y consejeros Pons Hugo III, conde de Ampurias, hijo de Hugo IV, que había muerto el año anterior [2].

Estas concordias restablecieron por el pronto la paz en Cataluña; pero fué momentánea, y no tardó en turbarse de nuevo, rompiéndose el matrimonio pactado entre el hijo del rey y la hija del de Foix y volviendo éste á empuñar las armas.

D. Pedro, sin embargo, supo aprovechar ventajosamente estos momentos de concordia para pasar á Perpiñán y obligar á su hermano D. Jaime á declararse feudatario suyo. D. Jaime, viendo rota la liga de los barones y en paz con su hermano á su aliado y cuñado el de Foix, no tuvo más recurso que ceder y prestarse á las

1 Monfar.—Zurita.—*Historia del Languedoc.*—Monfar copia el auto de donación del condado de Urgel.

2 Véanse los apéndices.

exigencias reales. A 20 de Enero de 1279, y en el convento de predicadores de Perpiñán, se firmó un tratado entre el rey de Aragón y el de Mallorca. Éste se reconoció vasallo y feudatario del primero; se obligó á prestarle homenaje y ayuda y á entregarle, siempre que fuese requerido, las ciudades de Mallorca (ahora Palma), Perpiñán y Puigcerdá, capitales de Mallorca, Rosellón y Cerdaña; se comprometió á asistir á las Cortes, siempre que no se hallase en la isla; á hacer observar en Rosellón las constituciones y demás leyes de Cataluña, y á no permitir que corriese en aquellos estados otra moneda que la de Barcelona. Para mayor seguridad del contrato quiso D. Pedro que lo firmasen y aprobasen los cónsules y síndicos de Perpiñán, los condes de Foix y de Pallars, y muchos otros magnates de aquel país. Aunque D. Jaime se hizo consignar en él algunas reservas, como la de poder acuñar moneda en Mallorca y la de quedar dispensado durante su vida de la obligación de prestar homenaje y de asistir á las Cortes de Cataluña, es fácil conocer que este tratado, como impuesto por la fuerza más que por otras consideraciones, no podía restablecer la buena armonía entre los dos hermanos; y por esto no es de extrañar que los reyes de Mallorca y condes de Rosellón y Cerdaña procurasen siempre aprovechar todas las coyunturas que se les ofreciesen favorables para sacudir el yugo y recobrar la integridad de su soberanía, del mismo modo que los reyes de Aragón y condes de Barcelona no desperdiciaron motivo ni pretexto hasta que vieron reincorporados á su corona aquellos estados [1].

«Sólo así, dijo Piferrer en su *Mallorca*, quiso D. Pedro aprobar las disposiciones de su padre, dando bien

1 Efemérides de Flotats.—Zurita.—Henry.—*Historia del Languedoc*.—Piferrer.—Bosch.—Dameto.

á entender que en aquel hecho todo era fuerza y manifiesta contradicción de lo escrito en el testamento. Así entibiado el amor fraternal por la codicia del imperio y por esa ofensa, los acontecimientos no fueron sino el soplo que encendió la hoguera ya pronta [1].»

«Lo que acababa de hacer el rey de Aragón, ha dicho Henry, era contrario á las disposiciones formales de su padre, que había instituído del reino de Mallorca libre é independiente, y que, en su último testamento, dictaba penas contra D. Pedro, si no seguía su voluntad; pero al portarse así, Pedro obedeció á la razón de una sana política: el nuevo rey de Aragón debía á su corona, y quizá á la tranquilidad de sus estados, establecer al menos su señorío feudal sobre los dominios desmembrados de esta corona, de los cuales dependía la seguridad de sus propias fronteras, y que, demasiado débiles para defenderse contra poderosos vecinos, podían, con ceder á sus amenazas, aumentar contra él el número de sus enemigos. Aun cuando, pues, la violencia contra D. Jaime fué mirada como una opresión, concibiendo de resultas de ella este príncipe la más violenta animosidad contra su hermano, sin embargo, en las circunstancias en que este príncipe se hallaba fué conseguir mucho el no verse reducido más que á una dependencia feudal, ya que el voto de toda la nobleza aragonesa estaba por la absorción de su corona [2].»

Bueno será advertir aquí que, al llegar á este punto delicadísimo de nuestra historia, la opinión de los autores varía, abrazando unos aquélla á la que parece inclinarse Piferrer, y otros la que decididamente proclama Henry. Yo no entraré á dilucidar, pues esto merece estudios aparte y ser objeto de un tratado especial,

1 *Mallorca*, págs. 79 y 80.

2 *Histoire du Raussillon*, I, 141.

si fué político ó anti-político el testamento del *Conquistador* por lo que toca á la desmembración de sus estados; pero sí diré que en Cataluña y en Aragón militaban entonces distintas razones que podían hacer apreciar de diversa manera el hecho. Cataluña, como más democrática que Aragón, tenía ideas de federalismo muy arraigadas, mientras que Aragón propendía al señoreamiento del país. Debe esto, me parece, tenerse en cuenta para poder juzgar con imparcialidad; como también el que D. Pedro *el Grande* al principio de su reinado se adhirió demasiado á la política aragonesa de absorción, pues hasta desdeñaba celebrar Cortes en Cataluña y jurar sus constituciones; sin que esto sea decir que, bajo muchos conceptos, no deba reconocerse como una falta política la desmembración de estados hecha por el testamento del *Conquistador*.

Firmado el convenio que constituía al rey de Mallorca en feudatario del de Aragón, D. Jaime prestó homenaje á D. Pedro en el claustro del citado convento de dominicos, en presencia y bajo la garantía del conde de Foix, Roger Bernardo, su cuñado; del conde de Ampurias, Pons Hugo III; del de Pallars, de Dalmau de Rocabertí, Ramón de Urg, Guillén de Canet, Bernardo Hugo de Serrallonga, Dalmau de Castelnou, Pons Zaguardi, Arnaldo de Corsavi, Guillén de So y los síndicos de las ciudades de Perpiñán y Mallorca.

Concluído esto, D. Pedro se partió de Perpiñán, y pasando rápidamente por Cataluña, sin pensar ni siquiera en celebrar Cortes y jurar sus constituciones, se fué otra vez á Valencia, donde recibió una embajada del infante D. Sancho de Castilla, pidiéndole una entrevista. Se efectuó ésta por el mes de Setiembre entre Requena y Buñol, quedando entrambos príncipes muy amigos, y no tardó en venirse D. Pedro á Cataluña, donde las cosas habían tomado un aspecto grave y amenazador.

Había vuelto á reanudarse, y esta vez más formidable, la liga de los confederados catalanes; había vuelto á unirse con ellos el conde de Foix, que rompió nuevamente con el rey sin que las crónicas digan el motivo; había vuelto el país á conmoverse al oir el grito de guerra de sus turbulentos barones. Pero sobrábales á éstos la razón, según el autor del *Flos mundi*, á quien sigue Monfar, el cual dice que los catalanes tenían cuatro quejas justísimas del rey: la primera, porque no celebraba Cortes; la segunda, porque no les confirmaba los privilegios y libertades; la tercera, porque les hacía nuevas demandas, pidiéndoles nuevos servicios; la cuarta, porque querían que les hiciese francos en alodio sus bienes, así como lo eran antiguamente. Tornaron, pues, á juntarse los barones, apareciendo como sus jefes principales los condes de Foix y de Urgel y el vizconde de Cardona, y el rey recibió por segunda vez sus caballe-llerescas cartas de *deseximent*.

Es fama que entonces, mientras D. Pedro convocaba en Aragón gentes de armas para venir á Cataluña contra los confederados, Ramón Folch, vizconde de Cardona, al frente de una partida de jinetes, pasó una noche el río Llobregat y corrió toda la tierra llegando hasta las mismas puertas de Barcelona. Refiérese que salió contra él Gonvau de Benavent, que era veguer, y le hizo retirar á Cabrera, después de un reñido combate, en que hubo muertos y heridos por ambas partes; pero no por esto dejó de continuar el de Cardona sus correrías y cabalgadas por tierra del rey, á tiempo que los condes de Urgel y de Foix hacían lo mismo por la parte de Lérida, hasta las puertas de cuya ciudad acostumbraban también á llevar muy á menudo sus rebatos.

Allegó el rey cuanta gente pudo y se internó resueltamente por Cataluña en son de guerra, dirigiéndose á poner sitio á Balaguer, en donde tenían su principal



asiento los confederados. La hueste de éstos se componía de 600 caballos y 7.000 infantes, al decir de Monfar, y la real de 3.000 caballos y 100.000 peones; pero hay visiblemente error en este número. Con el rey, mandando cuerpos de su ejército, iban su hijo el príncipe heredero D. Alfonso y su hermano el rey D. Jaime de Mallorca. A los intereses de éste convino aquella vez aliarse mejor con D. Pedro que con su cuñado el de Foix.

Rudamente combatida fué la ciudad por las tropas reales, que asentaron su campo á mediados de Junio de 1280. Acercaron á las murallas cinco trabucos muy grandes, que tenían por nombre brígolas, y que de día y de noche, sin parar un instante, arrojaban enormes piedras contra los muros y las casas. Los sitiados, cuyo valor y práctica en cosas de guerra no podía ciertamente ponerse en duda, se defendían con la misma bravura con que eran atacados; y como tenían buen cuidado en reparar de noche lo que las baterías derribaban de día, cada mañana se presentaba la ciudad mejor amurallada y con nuevos y más ingeniosos recursos para oponer mayor resistencia. Los caudillos principales de los sitiados eran Roger Bernardo, conde de Foix; Armengol, conde de Urgel; el conde de Pallars, el vizconde de Cardona, Pons de Ribellas, Arnaldo Roger, sobrino del de Pallars; Ramón de Avella, Pedro de Fosa y Guillén Canet de Rocafort. Menudeaban también las escaramuzas y salidas, y si D. Pedro, anheloso de apoderarse de la plaza, no daba vagar á los ingenios, menos vagar les daban á sus aceros los valientes mantenedores de las franquicias catalanas [1].

Tuvo lugar durante el sitio un episodio que merece

1 Han sido consultados, para todo lo que aquí se refiere, Desclot, Zurita, Tomich y Monfar.

referirse. En ocasión en que comenzaban ya á verse apretados los defensores de Balaguer, juntáronse en Agramunt, con ánimo de ir á socorrerles, Ramón Roger, hermano del conde de Pallars; Ramón de Anglesola; Ramón de Marcha-Java, caballero de Gascuña, y Esquiu de Mirapeix, los cuales mandaban un escuadrón de 40 caballos y una compañía de 60 ballesteros. Como su objeto era penetrar en la ciudad sitiada, enviaron desde Agramunt un correo á los de Balaguer, portador de cartas por medio de las cuales les decían que estaban prontos á acudir en su auxilio á la siguiente noche, como se les pudiese facilitar la entrada. Al efecto, convenían en una señal. Si los cercados podían asegurarles la entrada, debían, en la noche que esto pudiese ser, arbolar dos faginas ardiendo en lo alto de la torre del castillo y luego arrojarlas al foso. A esta seña, los auxiliadores comprenderían que eran esperados y que tenían franca la puerta de la ciudad, obrando en consecuencia.

Perfectamente combinado estaba el plan, pero se había contado sin la huéspeda ó sin el rey D. Pedro, que es aquí lo mismo. Cayó en sus manos el correo, que no fué bastante diligente para atravesar el real sin ser descubierto, y leyó las cartas. Sugirióle su contenido la idea de burlar el ardid, aprovechándose de él, y mandó que aquella misma noche, desde lo más alto de la iglesia de Nuestra Señora de Almata, en donde se hallaba aposentado, sacasen dos faginas ardiendo y las dejasen caer. Como era de noche, y el castillo é iglesia muy cerca y en igual altura, supuso el rey que Ramón Roger y los suyos tomarían aquella señal como la concertada, engañándose con la creencia de que eran los del castillo quienes la daban. Y así fué como en realidad sucedió, pero tuvo lugar otro incidente. No mandó el rey atajar los pasos, pensando que no darían el socorro

hasta la noche siguiente, conforme advertían en las cartas; pero los de Ramón Roger, que estaban ya en la torre de Almenara, vista la seña, no aguardaron al siguiente día, sino que, impacientes por reunirse con sus compañeros, emprendieron la marcha acto continuo, caminando tan de prisa que á la media noche estaban ya muy cerca de las trincheras del real.

Detuviéronse entonces y enviaron un escucha para que mirase si había centinelas ó quien pudiese descubrirles al atravesar el vado del río, que estaba entre ellos y la ciudad, ya que por el puente creían imposible el paso por estar guardado. Seguros de que no existía obstáculo, al regreso del escucha avanzaron hasta la orilla del río, y sin cuidar del vado, no viendo estorbo, echaron por el río abajo hasta llegar al puente. Allí tenían los de la ciudad sus centinelas, que, ignorantes del socorro, pensaron naturalmente que los del rey intentaban escalar la plaza. Tocaron, pues, alarma, y alborotáronse entonces todos, acudiendo precipitadamente los sitiados al muro para defenderse, corriendo los del rey á sus puestos por creerse atacados, y viéndose los de Ramón Roger en grave aprieto hostilizados por unos y por otros, ya que todos por enemigos les tomaban. En este apuro, no hallaron más medio que el de arrojarse al agua, pasando á nado y dando grandes voces de *¡Foix, Pallars* y *Cardona*! para darse á conocer á los de la ciudad al objeto de que no les hostilizasen. No pudieron, sin embargo, impedir que lloviesen sobre ellos nubes de saetas y piedras que les arrojaron los ballesteros y honderos reales, pero tuvieron la fortuna de llegar á la plaza, sin más pérdida que la de cuatro caballeros y 25 soldados, ahogados los más y prisioneros algunos. Uno de los que se hallaron en este último caso fué Esquiu de Mirapeix (hay quien dice Miralpeix), el cual por habérsele ido á fondo su caballo se abrazó á un pilar del puente, y allí

estuvo con harta pena y en muy incómoda postura por hallarse armado, hasta que fueron á descolgarle los del rey, ya entrado el día, subiéndoselo prisionero á Almata.

A consecuencia de este suceso, y para impedir que otra vez entrase socorro en la plaza, mandó el rey labrar dos puentes, uno de estacas más arriba de la ciudad, y otro más abajo de barcas atadas con cadenas, poniendo en ellos numerosas guardias que vigilasen sin descanso de día y de noche. «Quedaron con esto los cercados tan oprimidos, dice la crónica, que por ninguna parte, si no era volando, podían salir ni entrarles nada; la batería nunca cesaba, aunque salían ellos algunas veces á impedirla; sentíase ya falta de mantenimientos, y los vecinos de Balaguer estaban cansados del cerco, y más de ver ante sus ojos sus alquerías y huertas destruídas, y las casas, por todas partes, con las piedras de los trabucos derribadas.» Temiendo entonces ser entregados á saco, si el rey tomaba la plaza por fuerza, convinieron en entregarle la ciudad; y sabedores de esto los barones, viéndose abandonados, proyectaron rendirse é implorar la misericordia real.

Así, salieron desarmados de la ciudad, y llegados ante el rey, postrados á sus pies, le pidieron perdón y clemencia, confiándose á su piedad. Las crónicas dicen que el rey, sin aparentar oirles y desdeñando contestarles, mandó al infante D. Alfonso su hijo que los llevase presos con buenas guardas. Así fué cómo aquellos hombres, culpables sólo de haber querido defender las libertades patrias, fueron encerrados en varios castillos donde se les tuvo presos por mucho tiempo, con buenas guardas y cargados de grillos y cadenas, si hemos de dar crédito á un autor.

Balaguer se rindió el 23 de Julio de 1280, y sus defensores fueron enviados, del modo como se acaba de

decir, unos á Lérida y otros á Miravet. Al conde de Foix se le dió por posada un calabozo del castillo de Ciurana, donde, por un auto que obra en la *Historia del Languedoc* [1], se ve que aún estaba en Febrero de 1282. En cuanto á los demás, se les dió libertad por Mayo de 1281, pero para recobrarla hubieron de concertarse con el rey poniendo en su poder los castillos y villas que tenían, hasta haberse cobrado el monarca los gastos de la guerra.

Así terminó por el pronto aquel levantamiento de barones catalanes. El rey por su triunfo se hallaba de pláceme, pero las libertades de Cataluña continuaban de luto.

CAPÍTULO XXII.

De la entrevista de los reyes de Aragón y de Francia en Tolosa.—Opinión de Desclot.—De Muntaner.—De *Gesta comitum.*—De otros autores.—El emir de Túnez se niega á pagar el tributo al rey D. Pedro.—Conrado de Llansa va de embajada á Túnez.—Se decide una expedición contra Túnez, y Conrado de Llansa es nombrado jefe de ella.—Llansa entra en Túnez.—Combate de cuatro galeras catalanas con diez marroquíes.—Entrevista de los reyes de Aragón y Castilla.—Matrimonio de Isabel de Aragón con el rey de Portugal.—Diferencias entre los reyes de Francia y de Mallorca por lo tocante á la soberanía de Montpeller.—El rey de Mallorca reconoce la soberanía de Francia en Montpeller.

(De 1280 á 1283.)

Sosegadas, ó por mejor decir, reprimidas las turbaciones de Cataluña, D. Pedro pasó á Francia para verse con el rey Felipe *el Atrevido*, con quien se había citado en Tolosa. Pocos puntos habrá en la historia que hayan

1 Tomo IV, pág. 36.

dado lugar á más comentarios que esta entrevista y ocasión á más divergencias. Yo he buscado con afán cuanto de ella se ha dicho; he leído todo lo que me ha sido posible encontrar, y voy á dar una idea de las opiniones emitidas por los más autorizados historiadores. Si hay alguno más moderno que aclare este punto, no le he visto: su obra no ha pasado por mis manos.

Veamos primero lo que dice Desclot [1]. Según este autor, después de haber enviado el rey D. Pedro una embajada al de Francia pidiéndole una entrevista, éste le contestó que le esperaría en Tolosa pasadas las fiestas de Navidad. Allí fué el aragonés con lucido y numeroso acompañamiento, mostrándose espléndido y generoso con los caballeros franceses á los cuales agasajó hidalgamente, recibiendo en cambio repetidas muestras de cortesía por parte del rey Felipe, de quien, sin embargo, se hubo de apartar agraviado porque no quiso abandonar sus pretensiones á la ciudad de Montpeller. Cree Desclot que la cuestión de Montpeller fué el único objeto de la entrevista, á la que dice que asistió también D. Jaime de Mallorca.

Muntaner, que es poeta y novelista, lo cual no sucede á Desclot, rodea de circunstancias romancescas el viaje del rey de Aragón á Francia. En primer lugar dice que fué para ver á la reina su hermana [2], y es de advertir que ésta, esposa de Felipe, había muerto en 22 de Enero de 1271 de una caída de caballo, hallándose en Italia á su regreso de África, y cuando iba con su esposo Felipe á ocupar el trono de Francia. Como reina jamás llegó á pisar el territorio francés. Mal podía ir D. Pedro en 1280 á visitar á la reina de Francia muerta en 1271. Desde 1274 Felipe tenía ya otra es-

1 *Crónica del rey En Pere*, cap. LXXVI.
2 *Crónica de Muntaner*, cap. XXXVII.

posa en Doña María de Brabante. Siguiendo á Muntaner—de quien ya llevo dicho que es muy aficionado á lo que ahora llamaríamos dramatizar y novelizar los hechos, particularmente en ciertos pasajes de su por otra parte bella crónica,—tendríamos que la entrevista de Tolosa se efectuó asistiendo á ella los reyes de Aragón y Francia, el de Mallorca y el príncipe de Tarento, hijo del Carlos de Anjou rey entonces de Sicilia. Diametralmente opuesto á Desclot, Muntaner dice que D. Pedro se vino muy contento de las vistas de Tolosa, habiendo conseguido que Felipe *el Atrevido* le prometiera con juramento que «en tiempo alguno, ni bajo pretexto de cambio ni por cualquier otro motivo, se entrometería en los negocios tocantes á Montpeller [1].» Tenemos, pues, á dos cronistas de la misma época contando el hecho de distinta y contraria manera. Las muchas circunstancias fabulosas de que Muntaner rodea su relación en este pasaje, hacen que entre los dos la sana crítica histórica esté por Desclot. Muntaner es el poeta de aquella época, y Desclot el historiador.

El autor del *Gesta* [2] asegura que en la entrevista de Tolosa D. Pedro pidió desembozadamente á Felipe: que le devolviera el país de Fenouilledes, Carcasona y Rasez, y también el condado de Milhaud; que desistiera de las demandas que dirigía al rey de Mallorca su hermano y á sus vasallos tocante al dominio de Montpeller, y que le devolviera otras tierras dependientes del condado de Barcelona.

Zurita, Feliu de la Peña y otros autores aceptan una ú otra de las anteriores opiniones, según piensa el autor favorito suyo. Hay quien se atreve á apuntar, pero con recelo, que pudo ser la entrevista por lo concernien-

1 *Crónica de Muntaner*, cap. XXXVIII.
2 *Gest. Comit. Barcin.*, cap. XXVIII.

te al asunto de los nietos de Alfonso *el Sabio*, que Don Pedro continuaba guardando en su poder; y hay quien afirma que el verdadero objeto del viaje del aragonés á Francia fué porque, habiendo hecho prisionero al conde de Foix, quería prevenir á Felipe *el Atrevido* para que no concediera su protección al conde su feudatario.

Lo que yo hallo más probable es que pudo tratarse realmente de todo esto; pero bien pesado todo, creo que la conferencia tuvo principal lugar por el asunto de los infantes D. Alfonso y D. Fernando, nietos del D. Alfonso *el Sabio* de Castilla y que guardaba en su poder D. Pedro como hermano de Doña Violante, su abuela, mientras que los reclamaba Felipe *el Atrevido* como hermano de Doña Blanca, su madre.

La *Historia del Languedoc* dice que Felipe *el Atrevido* y Pedro *el Grande* se hicieron en Tolosa recíprocas demandas; que el primero pidió al otro que devolviese la libertad á los príncipes castellanos hijos de D. Fernando, á quienes había primero acogido en sus estados y había en seguida hecho poner en lugar seguro, con el objeto de servirse de ellos para sus designios con el rey de Castilla su abuelo; que Pedro de Aragón y Jaime de Mallorca pidieron á su vez á Felipe que desistiera de sus pretensiones sobre Montpeller; pero que habiendo el aragonés rehusado acceder á las demandas de Felipe, este último se negó por su parte á complacerles [1].

Esta conferencia debió tener lugar en Setiembre de 1280, y hemos de creer que asistió á ella el rey de Mallorca, según dice Desclot; pero no el príncipe de Tarento, como asegura Muntaner, quien dice que luego el rey de Mallorca y el príncipe se fueron á Perpiñán. Todo esto, sin embargo, no parece ser otra cosa que

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 35.

pura novela de Muntaner, como ya ha tratado de probar la *Historia del Languedoc* [1].

Nada alegre, como nos quiere hacer creer Muntaner, sino muy descontento, por el contrario, partióse de Tolosa nuestro D. Pedro [2], llamado con urgencia por graves asuntos diplomáticos que por entonces comenzaban ya á absorber toda su atención, y de los cuales, como del hecho que les siguió, se dará cuenta en capítulos aparte.

Las memorias de aquel tiempo, en primer lugar, nos hablan de una expedición marítima contra Berbería, que creo debe fijarse en 1280 [3]. Fué la primera de esta clase que se emprendió bajo el reinado de D. Pedro *el Grande*, é inauguró, brillantemente á la verdad, las jornadas marítimas que debían dar eterna gloria á aquel reinado. Durante la sublevación de los moros de Valencia, habíase negado el emir de Túnez, que se llamaba Mohamed-Abu-Abdalá El Mostansir, á satisfacer el tributo que, en cumplimiento de cierto trato celebrado con Don Jaime *el Conquistador*, debía pagar á los monarcas de Aragón. Un hermano de El Mostansir, cuyo nombre

1 Nota 5.ª del tomo IV, pág. 535.

2 *Lo rey partis de Tholosa molt agreujat del rey de Fransa*, dice Desclot en su capítulo citado.—En esta segunda edición de mi obra puedo aclarar lo que tan confuso hubo de parecerme al escribirla. Desclot tiene razón en lo de haber enviado D. Pedro una embajada al rey de Francia pidiéndole vistas. Así consta en el archivo de la Corona de Aragón, Regist. VII, Petri II, pág. 85, de una carta de creenza que el aragonés dió en Abril de 1279 á los enviados que mandó al rey de Francia, con relación de los capítulos que se habían de tratar con este rey. Estas instrucciones versan principalmente respecto á los infantes de Castilla; respecto á la conducta de D. Juan Núñez, señor de Albarracín, que se proclamaba vasallo del rey de Francia; respecto á las cuestiones de Navarra, de cuyos derechos no quería desprenderse Don Pedro; y respecto, últimamente, á lo de Montpeller.

3 Romey (cap. IX de su 3.ª parte) la fija en 1279, y Capmany (tomo I de sus *Memorias*, pág. 129) en 1281.

era Abu-Ishak, intentó destronar á su hermano, pero no pudo conseguirlo; y habiendo sido vencido en el campo de batalla, se vino á estas tierras y se refugió en los estados del monarca aragonés, entrando en relaciones de íntima amistad, por lo que se desprende, con los infantes de la casa de Aragón y poniéndose bajo el amparo de ésta.

Hallándose las cosas en semejante estado, D. Pedro, por los años de 1278, envió un embajador al emir de Túnez con el encargo de exigir el tributo debido. Escogióse para esta misión á Conrado Llansa, quien al llegar á Túnez se encontró con que había muerto recientemente El Mostansir, sucediéndole su hijo Abu-Zakaria-Yahya, apellidado El Watek. El sucesor estuvo tan rehacio como su padre, y aun cuando no se tengan pormenores, ó al menos yo no he sabido hallarlos, de esta embajada y de lo que en Túnez pasó al de Llansa, es lo cierto que éste hubo de volverse sin haber conseguido su objeto.

Mucho se irritó D. Pedro al ver el desdén con que se le trataba, y entonces fué cuando debió aceptar la propuesta que antes le hiciera, ya sin duda, Abu-Ishak de ayudarle á tomar posesión de aquel emirato. Abu-Ishak tenía un partido poderoso en Túnez, y con ayudarle conseguía dos objetos el aragonés: vengarse del ultraje de El Watek, haciendo respetar los derechos de Aragón, y tener un aliado en vez de un enemigo en el trono tunecino. Entendióse, pues, con Abu-Ishak; quedó decidida la expedición contra la rama reinante en Túnez, y diéronse instrucciones á Conrado de Llansa, á quien se confió el mando de la flota y la dirección de aquella delicada empresa. Mandáronse armar inmediatamente diez galeras, cinco en Valencia y las otras cinco en Barcelona, y Abu-Ishak firmó un tratado, comprometiéndose, entre otras cosas, caso de ser colocado

en el trono, á pagar las anualidades de tributo que se adeudaban al rey de Aragón, y á satisfacer puntualmente las que vencieran; á reconocer y admitir dos cónsules catalanes, uno en Túnez y otro en Bugía, para la protección y seguridad del comercio, y á que fuesen también catalanes y de elección de la casa de Aragón, ciertos empleados del reino de Túnez, entre ellos el recaudador de los derechos del vino.

Dispuesto ya todo, salió del puerto de Barcelona la flota tripulada por una escogida hueste de marinos y de almogavares, al mando de Conrado de Llansa, y se presentó inopinadamente ante Túnez, cuyos habitantes se hallaban divididos en los dos bandos que sabemos. Gracias á estas convulsiones políticas del reino, Conrado de Llansa pudo apoderarse fácilmente de la ciudad, de la cual huyó El Watek; los aragoneses fueron recibidos como libertadores por los partidarios de Abu-Ishak, y éste quedó sentado en el trono, ratificando entonces por juramento su tratado con el rey de Aragón, cuyas armas acababan de encumbrarle [1]. El almirante Llansa, antes de regresar á estos reinos, dejó en el castillo de Túnez alguna fuerza, sin duda de almogavares, y un capitán-gobernador con encargo de exigir anualmente el tributo que debía satisfacer el caudillo moro á la CORONA DE ARAGÓN. Terminado todo, Conrado salió del puerto de Túnez con su escuadra, costeando y asolando la Berbería hasta Ceuta, desde donde volvió cargado de despojos á Cataluña.

A esta expedición, tan rápida como honrosa para

1 Véanse, pero con crítica, los caps. XXX y XXXI del Muntaner. Debe advertirse que algunos de los detalles dados aquí no están en Muntaner, y que éste llama Mirabusach á Abu-Ishak y Mostanzar á El Mostansir, nombrando como hermano de éstos y rey de Túnez á un Miraboaps que no puede ser otro, me parece, que el Abu-Zakaria, hijo de El Mostansir.

nuestras armas, siguió otra en la que fué héroe el mismo almirante, y que contribuyó á afirmar el crédito de que comenzaba á gozar en el mundo la marina catalana [1]. Hallándose D. Pedro en Valencia, después de la jornada de Túnez, dispuso que el mismo Llansa con cuatro galeras saliese á recorrer las costas de África al objeto de perseguir á los corsarios marroquíes que infestaban nuestros mares y asolaban los pueblos de nuestras costas [2]. El bravo marino, que era hombre de valor y tan valiente como audaz, tomó el mando de las galeras y se hizo á la vela, presentándose con su pequeña escuadra en el puerto de Tremecén y verificando un desembarco en un islote llamado Alabiba, á fin de proveer de agua á la tripulación. Sucedió que con idéntico objeto llegaron casi al mismo tiempo diez galeras marroquíes, bien armadas y tripuladas. El combate era inevitable, y no hay que decir si las probabilidades estaban en favor de los moros. Cuéntase que la lucha fué larga y mortífera, pero que la victoria coronó los esfuerzos desesperados que hicieron nuestras cuatro galeras, que concluyeron por echar á pique algunas naves enemigas y apoderarse de otras, habiendo servido, empero, de gran auxilio á los catalanes los cautivos que llevaban á bordo los enemigos y que se les sublevaron á lo mejor del combate. De todos modos, victoria fué y esplendente para Conrado de Llansa, uno de nuestros más famosos héroes de la mar, que en esta brillante acción recibió su bautismo de gloria. Por el mes de Marzo de este año de 1281 celebraron una entrevista los reyes de Aragón y de Castilla en el Campillo Susano, entre Tarazona y Agreda, célebre trifinio por coincidir

1 De esta expedición habla también Muntaner en su cap. XIX, pero la pone como anterior á la de Túnez. El capítulo que á su reseña dedica, es uno de los más bellos y característicos de su crónica.

2 Vicente Boix: *Historia de Valencia*, I, 214.

en él los límites de Aragón, Castilla y Navarra [1]. Presentáronse los dos reyes cada uno con brillante acompañamiento, como si se tratara de hacer torneo de lujo y de galantería. Ajustaron allí paces, y para dirimir arbitralmente los desacuerdos que tenían sobre algunos castillos de la frontera, nombró el rey de Aragón á Martín Romeu de Vera, que era justicia de Calatayud, y el de Castilla á Sancho Martínez de Leiva, quedando de tercero, por común acuerdo, el obispo de Segovia, D. Gonzalo Pérez [2]. A tenor de lo que indica Zurita y confirma Ortiz de la Vega, se habló poco en estas vistas de los dos infantes de Castilla que el aragonés tenía en su corte; pero en cambio se echaron los cimientos de una alianza ofensiva y defensiva. «En realidad, ha dicho el segundo de los autores citados, se deseaba que volviesen los tiempos de D. Ramiro *el Monje* y de Doña Petronila, en los que Aragón y Navarra se destrozaban mutuamente con satisfacción del castellano. Echáronse suertes sobre el reino de Navarra, y D. Sancho, presunto heredero del trono de Castilla, renunció en favor del reino de Aragón á todo cuanto pudiese tocarle de la Navarra bajo cualquier título, con tal que llegase á sentarse algún día en el trono de Castilla.

Así fueron, pues, sacrificados los intereses de los dos jóvenes príncipes castellanos á los intereses políticos de aquéllos que dominaban entonces en Aragón y en Castilla. Siempre ha sucedido lo mismo, y es un gran ejemplo el de la historia, para ver cómo en todos tiempos el orgullo y la ambición humanas han tratado de entronizarse sobre la verdad y la justicia. Entonces, y no antes, es cuando sin duda fueron conducidos al castillo de

1 Señálase allí todavía el sitio donde los reyes de Aragón y Castilla comieron á una mesa, y cada uno dentro de su propio reino.

2 *Historia de Calatayud*, por D. Vicente de la Fuente, tomo I, página 257.

Játiva los dos infantes, donde vivieron como presos y no como señores ciertamente, aunque parezca desprenderse lo contrario de la relación de Muntaner [1].

La Real Academia de la Historia ha publicado varios importantes documentos relativos todos á estas vistas de los reyes de Aragón y de Castilla en Campillo, documentos para mí desconocidos al publicarse la primera edición de esta Historia, de los cuales resulta comprobado cuanto se acaba de decir.

El primero de estos documentos es el acta de alianza entre el aragonés y el castellano. El segundo es la escritura de cesión de algunos lugares, hecha por el rey D. Alfonso al rey D. Pedro. El tercero es la declaración de los tratados entre ambos reyes. El cuarto la promesa del infante D. Sancho de Castilla á D. Pedro de Aragón, sobre la entrega de ciertos castillos y lugares. El quinto es la renuncia hecha por el mismo infante D. Sancho del derecho que pretendía tener al reino de Navarra á favor de D. Pedro, con promesa de ayudarle en su conquista. El sexto es una carta, también de Don Sancho, ofreciéndose á entregar al monarca aragonés el castillo de Albarracín con sus términos y pertenencias tan pronto como llegase á reinar. Todos estos documentos están fechados en Campillo y en Agreda los días mismos de las vistas, 27, 28 y 29 de Marzo de 1281, y aclaran lo que muy en resumen escribí al publicar por primera vez esta HISTORIA.

1 El secreto de la política seguida en este asunto por D. Pedro, puede estar en las siguientes frases del cronista Bernardo Desclot, dignas por cierto de fijar la atención: *El rey d' Aragó está en mig de dos reys que son pus poderosos que altres que ni haja al mon* (los reyes de Castilla y de Francia); *perque li convé axi estar, com cells quis combat ab dos cavallers en un camp, que, mentre fir la un, ques prengua guarda delaltre, e si l' altre va requerir, ques sapia gint partir de son companyó éques mene saviament é sapia venir á fi del hu, é majorment d' aquell qui major mal devenir, que puix del altre va llaugerement á fi.*

En el mismo tomo II del *Memorial histórico* de la Academia, que es donde se publican estos documentos, hay otros dos, muy importantes por cierto, y que vienen á explicar la conducta seguida por el rey de Aragón en todas aquellas negociaciones y en aquel período de su reinado. El primero de estos documentos es una carta de D. Pedro al rey de Francia, dándole cuenta del remate que tuvieron sus vistas con el monarca castellano. El segundo es otra carta del mismo D. Pedro al papa Martín IV excusándose y dándole la razón de por qué no enviaba á Francia á los hijos de D. Fernando de la Cerda, como Su Santidad le había pedido. Estas cartas, fechada la primera á 17 de Noviembre de 1281 en Valencia, y la segunda en 6 de Diciembre del mismo año, arrojan bastante luz sobre las entrevistas celebradas por D. Pedro con los reyes de Francia y de Castilla, viniendo á justificar la versión del cronista Desclot.

En esta misma época hay que poner también la conclusión del matrimonio de la hija de D. Pedro, la infanta Doña Isabel, con Dionisio I, rey de Portugal. Por aquel entonces andaba éste desavenido con su hermano Alfonso, á quien quería obligar á reconocerle por soberano [1], y como al monarca aragonés le interesaba que terminasen las desavenencias de aquel reino transigiéndose en bien del país y de los intereses del trono en que se sentaba su hija, envió á Portugal, para que en su nombre mediasen entre el rey y el infante, á Conrado de Llansa, el ya famoso capitán por sus recientes empresas, y á Beltrán de Villafranca, que era camarero de la catedral de Tarragona. La misión conciliadora que llevaban entrambos embajadores obtuvo un buen resultado.

Conviene decir algo ahora de D. Jaime de Mallorca,

1 Juan Cortada: *Historia de Portugal*, en el reinado de Dionisio I.

antes de cerrar este capítulo. La Francia estaba decididamente interesada en la posesión de Montpeller, y halló una coyuntura favorable para apoderarse de esta ciudad ó al menos para adquirir un derecho que hacer valer más adelante. Es de presumir que en Montpeller existía desde mucho tiempo un partido, más ó menos poderoso, al que podemos llamar francés, lo cual demuestran las palabras de Muntaner al lamentarse de la propaganda que en aquella ciudad estaban haciendo los extranjeros, que habían pasado á residir en ella [1]. Este partido fué progresando, y llegó por fin una ocasión, de la que ya se ha hablado, en que hubo una seria disputa entre gentes del rey de Francia por un lado y del rey de Mallorca por otro. La entrevista de Tolosa entre los tres reyes de Aragón, de Mallorca y de Francia no dió resultado alguno, según hemos visto, por lo que toca al abandono de sus pretensiones por parte de Felipe; y en efecto, poco después de esta conferencia, el senescal de Beaucaire intentó apoderarse de ciertos negocios y pleitos de Montpeller como pertenecientes á su tribunal, y ordenó á todos los notarios del país que al fin de sus escrituras continuasen la fórmula: *reinando Felipe, rey de los franceses*, para marcar su soberanía en aquel señorío. Jaime de Mallorca, que había entonces establecido su principal residencia en Montpeller, se opuso naturalmente á esto, pretendiendo ejercer sobre sus súbditos una soberanía absoluta, pero su protesta no le valió.

El rey de Francia era poderoso, y el de Aragón no cuidaba entonces de apoyar á su hermano, pues asuntos de gran interés para él le absorbían por completo.

1 *Mas de aquel temps en sa hi han venguts* (á Montpeller), *per la bona senyoria que hi trobaren, homens de Cahors é de Figeac e de sent Antony, é de altres llocs, molts qui no son naturals de Muntpesller, drets, á qui ha plugut que la casa de Fransa si sia mesa.* (Crónica de Muntaner, cap. XV.)

Muy á menudo le sucedía á Jaime de Mallorca ver invadido su territorio por las tropas de Felipe, que con sus frecuentes excursiones desolaban el país. Siéndole imposible oponer resistencia y rechazar la fuerza con la fuerza, tuvo que transigir, y al efecto envió el bayle de Montpeller á Guillermo de Pontchavron, senescal de Beaucaire, para proponerle un acuerdo. El senescal entonces pasó á verse con D. Jaime, y se convino en que este último reconocería la soberanía del rey de Francia sobre Montpeller y su baronía, prestando homenaje y juramento de fidelidad al monarca francés. Con este sacrificio por parte del de Mallorca se restableció la paz entre ambos contendientes, y ya tenemos á D. Jaime feudatario por un lado del Aragón y por otro de la Francia. ¿Qué iba á ser de aquel reino creado independiente por el *Conquistador?*

Tuvo esto lugar en 1282, y á 18 de Agosto del año siguiente se formalizó el acto celebrando los reyes de Francia y de Mallorca una entrevista en Palairac y reconociendo el último que eran del reino de Francia la ciudad de Montpeller, el castillo de Lates y todos los demás castillos y lugares de la baronía de Montpeller; en una palabra, todos los dominios que habían sido poseídos por el Guillermo padre de la María que casó con Pedro *el Católico* [1].

El primer paso estaba dado. Ya veremos más adelante de qué modo pasó aquella tierra por completo á los reyes de Francia, perdiendo nuestra casa todos sus derechos al señorío de Montpeller.

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 38 y 42.

CAPÍTULO XXIII.

Guelfos y gibelinos.—Reinado de Conrado en Sicilia.—Manfredo coronado rey en Palermo.—Contiendas con el Papa.—La corona de Sicilia ofrecida á Carlos de Anjou.—Con qué condiciones recibe el reino de manos del Papa.—Quiénes eran Carlos de Anjou y Beatriz.—Coronación de Carlos y de Beatriz en Roma.—Batalla de Benevento y muerte de Manfredo.—Aclamación de Conradino por los gibelinos.—Conradino muere en el cadalso.—Infeliz estado de Sicilia bajo la dominación del de Anjou.

Llamado á figurar nuestro D. Pedro en un teatro de operaciones más vasto que aquél en que hasta aquí le hemos visto agitarse, conviene poner en antecedentes á los lectores para que puedan hacerse cargo de los grandes y transcendentales sucesos que nos toca ahora referir.

Cuando murió en 1250 el emperador Federico II, el magnánimo suevo contra quien se desencadenaron las iras y furores sacerdotales, hacía ya tiempo que el mundo oía hablar de *guelfos* y *gibelinos*, poderosísimos bandos partidarios el uno de los papas y el otro de los emperadores, influyentes y batalladores partidos, al último de los cuales había de acabar por pertenecer aquel hombre condenado á ser quemado en estatua, y á quien, sin embargo, tantas estatuas debían levantarse en el mundo; aquél con quien las matronas veronesas debían inspirar terror á sus hijos diciéndoles: *¿Véis aquel hombre de ropa encarnada y coronado de laurel? ¡Pues aquel hombre ha estado en el infierno!*

A la muerte de Federico, creyeron llegada los papas la ocasión de arrojar de Italia la para ellos émula casa de Suevia, pero Conrado, hijo de Federico, subió al tro-

no de Sicilia y, electo rey de romanos, tomó el dictado de emperador, á pesar de la oposición del Papa, quien confirmó el imperio en Guillermo, conde de Holanda, elegido por el partido guelfo. Conrado ocupó el solio pocos años, y aun durante su larga ausencia en Alemania, donde había ido á casarse con Isabel de Baviera, fué regente del reino un hijo natural del emperador Federico, llamado Manfredo, á la sazón príncipe de Tarento. Era Manfredo hijo de Federico II y de una noble dama de la familia de Lancia, que, próxima á morir, se casó con el emperador viudo en aquel entonces [1]. Hay muchos autores que con esto pretenden legitimar á Manfredo. Hallándose éste de regente del reino en Sicilia, tuvo que reducir á fuerza de armas varias ciudades sublevadas por el papa Inocencio IV, implacable enemigo de la casa sueva [2], y cuando regresó su hermano, combatió denodadamente á su lado ayudándole á someter la Pulla.

Conrado murió en 1254, dejando por sucesor en el trono á un hijo único que tenía entonces sólo dos años y su mismo nombre, y al que la historia llama Conradino por su juventud. Cuando acaeció la muerte de Conrado, su esposa Isabel y su hijo se hallaban en Alemania. Por una extrañeza, que no tendría explicación si no se descubriera en ello una mira política, Conrado al morir dejó recomendado su hijo, como huérfano é inocente, á la paternal caridad del Pontífice; pero no quiso éste admitirle bajo su amparo sino con el pacto de que se había de posesionar de toda la Sicilia durante su niñez. Se accedió á lo que el Papa quería, pero la Sicilia no fué sino un foco de animosidades, de odios y de querellas entre guelfos y gibelinos. Bien pronto, por renun-

1 Véase Miguel Amari en *La guerra del vespro siciliano*, tomo I, pág. 11. (Edición de París.)

2 *Arte de comprobar las fechas*: tratado de los reyes de Sicilia.

cia que hizo de la tutoría del joven príncipe un noble alemán á quien su padre la confiara, recayeron la tutoría y regencia del reino en Manfredo, el tío de Conradino. Manfredo, que al principio se había sometido al Papa, se puso entonces al frente de los gibelinos, y, de acuerdo con los principales de este partido, dejó un día de ser regente para coronarse rey. Fué esto el 11 de Agosto de 1258. Se hizo antes circular la voz de que Conradino había muerto en Alemania; y aun cuando Isabel, la madre del joven príncipe, se apresuró á hacer constar que éste vivía, protestando contra aquella usurpación de su corona, Manfredo contestó que ésta le pertenecía por derecho de conquista, pues la había arrancado de manos de los papas, que la habían quitado á Conradino, y siguió reinando.

Este fué el Manfredo, padre de la Constanza, á quien hemos visto casar con nuestro D. Pedro *el Grande*. De un primer matrimonio tuvo dos hijas, Constanza y Beatriz, y de un segundo tuvo tres hijos varones, Enrique, Federico y Enzo [1]. El reinado de Manfredo fué agitadísimo y turbulento. Casi siempre en lucha abierta con el Papado, tuvo que oponer astucias contra astucias, armas contra armas, poder contra poder. Los papas le excomulgaron, predicaron cruzadas contra él, persiguiéronle despiadamente como hubieran podido hacer con un moro; pero Manfredo se mantuvo firme, como aquellas rocas de su misma Sicilia, contra las cuales se estrella impotente la furia de los mares. Buscó, sin embargo, una alianza en nuestro D. Jaime *el Conquistador*, dando al primogénito de éste la mano de su hija mayor

1 Los autores de la *Barcelona antigua y moderna*, en su tomo II, pág. 500, caen en el error de creer que no tuvo más hijo varón que Federico. Por los documentos diplomáticos que, con los números XXIX y XXX, inserta Miguel Amari al final de su obra, se viene en conocimiento de que eran los tres que aquí continúo.

Constanza, y con ella, dicen, la esperanza del trono de Sicilia; pero por el pronto la alianza de D. Jaime, más que favorable, le fué fatal. El papa Urbano IV hizo cuanto en su mano estuvo para impedir este enlace, bien que después aparentó consentir en el mismo por prometerle D. Jaime que nunca emplearía su poder contra la Santa Sede; pero temiendo que esta alianza robusteciera la influencia gibelina, trató de dar un golpe de muerte á la casa sueva, haciendo que entrara en Sicilia otra dinastía.

Ya años antes se había ofrecido por Inocencio IV la corona de Sicilia á Carlos de Anjou, hermano menor del rey de Francia, San Luis; en 1262 se la ofreció Urbano IV á este último para uno de sus hijos, pero se negó á aceptarla, diciendo que no quería perjudicar el derecho de otro; y entonces fué cuando en 1263 se volvió á ofrecer á Carlos de Anjou, que menos escrupuloso que su hermano se apresuró á tomarla, contribuyendo por mucho á ello su esposa Beatriz, la cual, á toda costa, ambicionaba ceñir sus sienes con una diadema real, para no ser menos que sus tres hermanas [1].

Muerto Urbano IV, sucedióle Clemente IV, que era francés, y que renovó y confirmó las ofertas hechas al de Anjou por su antecesor en la apostólica Sede. Los papas tenían decididamente necesidad de que en Sicilia hubiese un rey guelfo, y ya antes que á San Luis y á su hermano, se había brindado con este trono al monarca inglés para uno de sus hijos.

1 Las hermanas de Beatriz eran: la una, reina de Francia; la otra, de Inglaterra, y la tercera, esposa de Ricardo, que fué rey de romanos. Se cuenta que un día, en cierta ceremonia, Beatriz, simple condesa de Provenza, no pudo ocupar un asiento junto á sus hermanas por no tener la dignidad real, y esto hizo que se retirase de la sala, despechada y llorando. Su esposo, Carlos de Anjou, para consolarla, le dijo, besándola en la frente:—"No llores, que yo te haré reina." Y así fué.

En 25 de Febrero de 1265 Clemente IV promulgó la bula, por medio de la cual se concedía á Carlos de Anjou, en feudo de la Iglesia, el reino de Sicilia, mediante el pago de un censo, que se fijó en 8.000 onzas de oro al año; el regalo de un palafrén blanco para el Papa, cada tres años; la suma de 50.000 marcos de plata luego de conquistado el reino, en totalidad ó en parte, y una quinta de 900 infantes y 1.200 caballos, por tres meses, cada año, para auxilio de la Iglesia militante, con otros tributos y condiciones, que prueban cómo la Iglesia sabía tomar cautamente sus medidas [1].

A fin de que pueda haber para los lectores toda la claridad necesaria en estos orígenes, algo confusos por cierto en nuestras crónicas catalanas, de los sucesos que con más detención se tendrán que referir por tocarnos muy de cerca, es conveniente explicar quién era Carlos de Anjou, ahora que ya sabemos quién era el Manfredo contra el cual se aprestaba aquél á combatir y de cuyas manos debía arrancar el reino que tan generosamente le daba la Iglesia... para cuando lo hubiese conquistado. Ya sabemos que Carlos era hermano del rey de Francia, San Luis, y tío por consiguiente del Felipe que, con el renombre del *Atrevido*, debía luego ocupar aquel trono. Carlos era valiente y arrojado: no cabe duda en esto; pero su ambición corría parejas con su valor, deparándole la Providencia una esposa que se le asimiló en carácter y en ambiciosas miras.

1 Puede leerse esta bula en Amari, págs. 27 y siguientes del primer tomo de la obra citada. Son treinta y seis condiciones las impuestas por el Papa á Carlos de Anjou, entrando en ellas, á más de las indicadas en el texto, las de quedar Benevento por la Iglesia, la de haber de prestar homenaje al Papa los reyes de Sicilia, la de no poderse unir este reino jamás con otro de Italia, la de no poder casarse las hembras herederas del trono sin consentimiento del Sumo Pontífice, y otras.

Bien recordarán los lectores de esta obra aquel Ramón Berenguer, último conde de Provenza, que tanto hemos visto figurar en la época de nuestro *Conquistador*, aquel descendiente de nuestros condes-reyes, primo de D. Jaime, que estuvo con éste en el castillo de Monzón y que fundó en los Alpes la villa de Barceloneta en memoria de Barcelona; bien recordarán que este Ramón Berenguer tuvo cuatro hijas, la primera de las cuales, Margarita, casó con San Luis; la segunda, Leonor, con Enrique III, rey de Inglaterra, y la tercera, Sancha, con el hermano de este último, Ricardo, duque de Cornuailles, más adelante rey de romanos. Su cuarta hija fué la Beatriz, que, por ser heredera del condado de Provenza, pretendían el conde de Tolosa para sí, el rey D. Jaime para uno de sus hijos, y que obtuvo Carlos de Anjou al presentarse como aspirante á su mano al frente de un ejército, en cuya fuerza, más que en sus méritos personales, supo apoyar sus pretensiones de novio [1]. Casó, en efecto, Beatriz con Carlos, llevándole en dote el condado de Provenza, que su padre le dejara al morir; pero se comprende naturalmente que sintiese mortificada su femenil vanidad al verse esposa de un hombre á quien ella hacía conde, mientras sus hermanas tenían esposos que las habían hecho reinas [2]. ¡Cosa extraña es, ciertamente—y hago esta observación por lo mismo que no se la he visto hacer á otro,—cosa extraña es que esa mujer, por la cual perdía la casa de Barcelona los estados que por otra mujer tenía, fuese la que contribuyera con su codicia de ambición á que su marido se apoderara de un reino, que casi por legitimidad debía ir á parar á la casa de Barcelona, de la cual ella directamente descendía! ¿Qué fatalidad impe-

1 Véanse los caps. VII y VIII de este libro.

2 Los condados franceses de Anjou y de Maine no los obtuvo Carlos hasta después de su enlace con Beatriz de Provenza.

lía á esa mujer, enemiga de su sangre, á ser causa de que la casa de Barcelona perdiese un condado y tuviese que derramar á ríos la sangre catalana para poseer un reino que, acaso sin ella, hubiera pacíficamente adquirido?

Carlos, enlazado con Beatriz, dividió con su esposa el título de conde de Provenza y recibió el juramento de fidelidad de los barones y caballeros provenzales. Es fama que, cuando vino la ocasión de ofrecérsele la corona de Sicilia, los celos que su esposa tenía de sus hermanas contribuyeron en gran manera á que la aceptase, sacrificando toda mira de delicadeza y pasando por todo. Para Beatriz la cuestión era ser reina. Sin embargo, estaba destinada á disfrutar poco de éste, para ella supremo goce, pues que, como si quisiera Dios castigar su ambición, murió á poco de haberse sentado en el trono.

Pero el reino que por bula pontificia se había dado á Carlos estaba aún por conquistar, circunstancia que no desagradaba del todo al carácter emprendedor del de Anjou. Plazo muy corto le diera el Papa, después de la concesión, para hacer sus preparativos de conquista y caer sobre Manfredo. Carlos corrió á Francia á fin de levantar una hueste, y haciendo grandes sacrificios y vendiendo Beatriz todas sus joyas, consiguió reunir unas compañías de aventureros, á cuyo frente se embarcó en Marsella para pasar á Roma, en donde á 6 de Enero de 1266 fué pública y solemnemente coronado rey de Sicilia, con su esposa Beatriz de Provenza, después de haber prestado el juramento de pleito homenaje á la silla apostólica. Impaciente Carlos, á los pocos días después de su coronación salió de Roma con su ejército [1], marchando contra Manfredo y dis-

1 Es notable la amargura con que, al llegar á este pasaje de su historia, se expresa el siciliano Amari, el cual, después de haber referido los medios con que Carlos de Anjou juntó su hueste, dice: *Cossi rag-*



puesto á batirse bizarramente, como si allá fuera á ser el defensor de una justa y noble causa.

Manfredo había dispuesto su gente de modo que pudiera resguardar á Capua, capital entonces del que luego se llamó reino de Nápoles; pero Carlos no pasó el Volturno por donde aquél esperaba, y obligóle con su evolución á ir á situarse bajo los muros de Benevento. En este punto fué el combate. Lucharon entrambas huestes dirigidas por sus propios caudillos, y fué una terrible batalla aquélla en la que Carlos recogió la corona que cayó de la yerta frente de Manfredo. El cadáver de éste fué hallado entre los infinitos de los defensores de Sicilia esparcidos por el campo. Se le enterró primero junto al puente de Benevento, alzándole los soldados una pirámide de piedras, tosco monumento guerrero; pero mandóle luego desenterrar el legado del Papa, deseoso de trasladar fuera del término de la Iglesia los restos del excomulgado, y por su orden se arrojó el cadáver á los perros en las orillas del Verde [1].

La batalla de Benevento decidió de la suerte de Sici-

granellando di che prowedere ai preparamenti, si raccolsono i guerrieri, ai quali il bando della croce era pretesto, scopo l' acquisto: e venivano sotto la insegna di ventura dell' Angioino, chi condotto per soldo, chi conducendo del suo un picciol drapello, quasi messa di gioco ó di commercio, per guadagnar poderi nell' assaltato reame. Sommavano á trentamila, tra cavalli e fanti: e peró esercito lo apellano le istorie, non masnada di ladroni, congregati di la dei monti á riversarsi in Italia, á scannar per rubare, e comandar poi, e ribellione chiamar la difesa.

1 *Le ultime esequie dello eroe svevo,* dice Amari, *fu di gettarlo á cani sulle sponde del Verde.* — Recuérdense también aquellos versos del Dante:

L' ossa del corpo mio sarieno ancora
In co' del ponte, presso á Benevento,
Sotto la guardia della grave mora:
Or le bagna la pioggia, e muove 'l vento
Di fuor dal regno quasi lungo 'el Verde,
Ove le trasmutó á lume spento.

lia. Ya por el pronto no se luchó más. Pisando el cadáver de Manfredo, Carlos subió á aquel ambicionado trono, y abriéronsele las puertas de las ciudades, y todo se le fué rindiendo, así en el continente de Italia como en la isla de Sicilia, y los gibelinos aterrados comenzaron á desmayar, y triunfaron los guelfos, y quedó por el pronto satisfecho el odio de la Iglesia. Los partidarios de Manfredo y de la causa por éste representada quisieron, sin embargo, intentar el último esfuerzo llamando entonces á Conradino, que acudió desde Alemania para ponerse al frente de los sicilianos con la triple autoridad y el mayor realce que le daban el derecho, la orfandad y la desgracia. Joven de diez y siete años apenas era Conradino, y como iris de libertad se presentó á los que le aclamaban, quienes acogieron con entusiasmo y saludaron con alborozo al regio mancebo, destinado, sin embargo, á ser presa del verdugo [1].

La suerte y la victoria señalaron los primeros pasos del joven suevo que iba á reconquistar la corona de sus padres, pero bien pronto la fortuna abandonó las banderas del oprimido pueblo para coronar los pendones del extranjero invasor. Carlos de Anjou triunfó otra vez de la Sicilia triunfando de Conradino, y éste mismo cayó en su poder después de otra funesta batalla en los llanos de San Valentín, cerca de Tagliacozzo. No hubo piedad para él ni para los suyos. En un día de Octubre de 1268, que apareció nebuloso como si el sol se negara á presenciar lo que iba á suceder, se levantó un pa-

1 Adviértase que cumple sólo á mi objetó presentar tcdos los hechos en resumen y de un modo que me esfuerzo en hacer claro, aunque sea concreto. Dejo, pues, de referir muchas circunstancias que no interesan á nuestro objeto, y paso por alto todo lo que se refiere á Federico y á Enrique de Castilla, que tanta parte tomaron en aquellos acontecimientos y que el curioso podrá leer en Romey y en otros historiadores.

tíbulo en la plaza del mercado de Nápoles. Cubierto estaba de púrpura, como preparado para regia pompa, y dos jóvenes, dos niños casi, aparecieron en él á los ojos de la multitud que se agrupaba para contemplarles: eran Conradino y su hermano de armas Federico, duque de Austria. La cabeza de este último rodó la primera sobre el cadalso, y cuentan que Conradino la cogió entre sus manos y, estrechándola contra su pecho, la besó con frenesí antes de poner la suya sobre el tajo.

Narran unos que desde el cadalso paseó Conradino una expresiva mirada por la muchedumbre, y quitándose un guante lo arrojó al gentío como en demanda de un vengador; mientras que otros dicen que no fué su guante, sino su anillo. Hay también quien afirma que con este acto quiso indicar que transmitía sus derechos á Pedro de Aragón, marido de Constanza, y añade alguno que recogió el guante un caballero aragonés ó catalán y se lo trajo al rey D. Jaime el *Conquistador* [1].

Muerto Conradino, Carlos de Anjou reinó en Sicilia como en país conquistado, y ¡qué excesos no serían los suyos cuando se hizo acreedor á las reprensiones del mismo Papa! [2]. No puede leerse sin estremecimiento la historia de aquel funesto período: hasta parecen escritas con sangre las relaciones que de él hacen los autores. A su título de extranjero, reunió para Sicilia los dictados de déspota cruelísimo é implacable tirano, aquél de quien en versos inmortales dijo el poeta más eminente de los tiempos modernos:

1 Desclot, verdadero historiador de esta época, no menciona lo del guante al referir la muerte de Conradino, á quien él llama *Corali* en el cap. LXIII de su bajo muchos conceptos importantísima crónica. Por fábula tienen muchos esto del guante.

2 En las historias se leen efectivamente cartas de Clemente IV, dirigidas á Carlos de Anjou, reprendiéndole amargamente por sus tropelías y las de los suyos.

Carlo venne in Italia, e per ammenda
Vittima fe di Corradino, e poi
Ripinse al ciel Tommaso per ammenda 1.

Tributos, exàcciones, tropelías, desafueros, crueldades, saqueos, víctimas é iniquidades sin límites marcaron la dominación de ese Carlos de Anjou, á quien los autores pintan en general con los colores más negros, llamándole unos *el Salteador*, otros *el Satanás de Francia* y muchos *el Anti-cristo*. La pobre Sicilia lo sufría todo con resignación, y sucumbía á la fatalidad que sobre ella pesaba desde que Manfredo había quedado cadáver en el campo de batalla, y desde que la cabeza de Conradino había rodado por las sangrientas gradas de un cadalso. Sin embargo, en el seno de sus hogares y entre los misterios de la noche los sicilianos aguzaban sus armas.

CAPÍTULO XXIV.

Juan de Prócida según una antigua crónica siciliana.—Juan de Prócida en Aragón.—Proyectos de D. Pedro tocante á Sicilia.—Embajada al Papa para la canonización de Raimundo de Peñafort.—Armamentos y preparativos de guerra por parte de D. Pedro.

(1281.)

Existe una crónica escrita en lengua siciliana, de la cual conviene dar aquí extensa noticia por haber sido ella fuente en donde han ido á beber sus inspiraciones muchos autores de los que hasta aquí han tratado de las cosas que narrando estamos en estas páginas. Se titula esta crónica *Conspiración de Juan Prochita* (Juan

1 El Dante se refiere aquí á Santo Tomás de Aquino, á quien se supone que Carlos de Anjou hizo envenenar.

de Prócida), y es tan interesante por lo bella, como seductora y atractiva por lo dramática [1].

Resalta en ella de una manera notable la figura de Juan de Prócida, pero resalta como la de un héroe de drama ó de novela, tal como pudiera soñarlo la mejor fantasía de poeta para hacerlo aparecer en el teatro. He aquí en boceto el Prócida de la crónica siciliana:

Cuando toda Sicilia se humillaba aterrada ante el tirano como un niño culpable, cuando todos los magnates doblegaban sumisa la frente, cuando todo sentimiento noble y patriótico se escondía como avergonzado en lo más profundo de los pechos sicilianos, el espíritu de la libertad y de la independencia, lo propio que el amor patrio, parecieron por un momento haberse resumido en el noble siciliano Juan de Prócida. Como aquellos antiguos celtas que oprimían su brazo ó su pierna con un anillo de hierro hasta haber cumplido la tarea ó el juramento que se habían impuesto, Juan de Prócida juró sin duda no reposar hasta haber conseguido la libertad de su patria. Todo lo que en él podía haber de vida, de entusiasmo, de ardor, de juventud, lo consagró á esta santa misión, todo lo sacrificó á esta noble y generosa tarea. El que había sido consejero en la corte de Manfredo y soldado en el campo de batalla donde sucumbió la libertad siciliana, fué de casa en casa como un mendigo, de castillo en castillo como un trovador errante, de ciudad en ciudad como un peregrino y de corte en corte como un aventurero. Fué médico en Constantinopla, donde necesitaba recursos; traidor aparente en el mismo punto, cuando con el emperador se hubo entendido; fraile franciscano en Trápani, donde quería excitar las pasiones. Embajador en Aragón para alcanzar

1 Puede leerse, traducido al francés, en el mismo tomo impreso en París que contiene las crónicas de Muntaner y de Desclot.

la alianza de D. Pedro; monje en Roma para seducir y atraer al papa Nicolás III á sus designios; romero y peregrino en Palermo, á donde fué para tramar su conspiración con los nobles oprimidos; apóstol en Sicilia, que recorrió pidiendo venganza en nombre de los manes sangrientos de Manfredo y Conradino, se ofreció como noble, como súbdito, como vengador, como jefe, como soldado, como mártir, y todo para servir á la causa de su país, todo para conseguir la perdida libertad, todo para que en un momento dado estallase la conspiración y renaciese Sicilia bajo el amparo de Pedro de Aragón y de Nicolás III, comprados por Prócida con el oro de Paleólogo.

Este es el Juan Prócida de la crónica, pero no es el de la historia. Algo y aun más que algo hay de verdad histórica en el fondo de esta crónica, como algo y aun más que algo también hay en el fondo de la otra crónica catalana: pero creo de buena fe que se debe desconfiar, generalmente hablando, de una y otra. No parece sino que el cronista catalán y el anónimo autor de la *Conspiración de Juan de Prócida*, precedieron de cinco siglos en sus obras al poeta ilustre que en el nuestro ha dicho: *La historia no es más que el clavo de que yo cuelgo mi cuadro* [1].

Lo que hay de cierto, lo que la crítica histórica debe, según mi manera de ver, aceptar como exacto es que Juan de Prócida, noble siciliano y al mismo tiempo médico reputado y escritor selecto, se vino á Aragón después de haber sido uno de los más entusiastas partidarios de Manfredo y de la causa gibelina. Cuando en el campo de batalla de Benevento sucumbió la nacionalidad siciliana, Prócida, como uno de los más com-

1 Miguel Amari, en un importante al par que curioso apéndice á su *Guerra del Vespro*, prueba de una manera indudable que las *Vísperas sicilianas* fueron un movimiento no preparado y de índole popular.

prometidos, tuvo que escapar del reino huyendo las iras del vencedor, y vino á buscar un refugio cerca de la hija de Manfredo, Doña Constanza, esposa de Pedro de Aragón, aquélla á quien el inmortal autor de la *Divina comedia* debía luego llamar

.... Genetrice
dell' onor de Sicilia e d' Aragona.

Aragón era entonces una tierra hospitalaria para las pobres víctimas del despotismo francés en Sicilia, y debía ser la nueva patria de Juan de Prócida, como lo era ya de Roger de Lauria, como lo era de muchos otros nobles sicilianos que habían tenido que abandonar su desgraciado país [1].

Era natural que Prócida, y con él todos los demás emigrados italianos, anhelando la libertad de su oprimida patria, fijasen sus miras en el esposo de aquélla á quien ellos respetaban ya como su legítima soberana, muertos Manfredo y Conradino. Sus ideas y sus proyectos debieron encontrar fácil acogida en el ánimo de Doña Constanza, á la que no podía halagar tanto el brillo de un trono como el natural deseo de no dejar sin venganza la muerte de un padre querido, cuyos restos se habían dejado insepultos como los de un perro, á orillas de un ignorado riachuelo de aquel país por cuya indepen-

1 "Entre otras muy señaladas personas que vinieron á estos reinos por medio de la sujeción y crueldad de los franceses, fué un caballero que mucho tiempo había servido al rey Manfredo, varón de grande ingenio y de suma prudencia y consejo, llamado Joan de Próxita: y conociendo el rey su valor, le recogió con esperanza de acrecentalle en su reino y hízole mucha merced y después de la muerte del rey su padre, le dió en el reino de Valencia, para él y sus sucesores, las villas y castillos de Luxén, Benizano y Palma con sus alquerías." (Zurita, lib. IV, cap. XIII).—Que era realmente Prócida un varón de grande ingenio, lo prueban ciertos manuscritos latinos y traducciones del griego, que como obras suyas se guardan en la biblioteca de París.

dencia derramara su generosa sangre. Es fama que la desolada Constanza hablaba sin cesar de estos proyectos á su esposo, procurando decidirle con sus ruegos y sus lágrimas, y se cuenta de ella que enseñaba á sus hijos á que, acariciando y abrazando á su padre, le recordasen sin cesar la todavía no vengada muerte de su abuelo. Callaba D. Pedro, pero iba en silencio preparándose, de acuerdo con Juan de Prócida y Roger de Lauria, para lo que podía sobrevenir y lo que pudiesen dar de sí los acontecimientos.

Que, pues, D. Pedro tenía fija su mirada en Sicilia y esperaba una ocasión oportuna para complacer á su esposa y hacer valer su derecho, lo tengo yo por indudable; que procuraba atraerse con dones y mercedes las simpatías de los emigrados sicilianos, á fin de tenerles propicios el día que pudiese presentarse como vengador de Manfredo, lo encuentro probado; que con motivo de haber ceñido la tiara Nicolás III, poco amigo de Carlos de Anjou, y haberse formado por aquel entonces una especie de liga contra el poderío francés, enviase D. Pedro embajadas al Papa y obrase de inteligencia con él, lo veo probable [1]; pero, examinados á la luz de la verdad histórica todos los documentos hasta ahora aducidos, creo que no debe pasarse por ese predominio de Juan de Prócida, á quien así se hace jugar con emperadores, reyes y papas, como pudiera con unos cubiletes, ni por aquélla pretendida compra del papa Nicolás con el oro bizantino, ni por la conspiración promovida en Sicilia para coronar á D. Pedro.

Hay en realidad motivos para creer en un tratado entre nuestro D. Pedro y el emperador de Constantinopla Paleólogo, cuando éste se vió amenazado por Car-

1 Zurita, en el libro y capítulos citados en la nota anterior, habla de haber enviado D. Pedro al Papa, como embajador para estas negociaciones, á Hugo de Mataplana.

los de Anjou, que hacía armamentos para ir á arrojarle de aquel reino. Tolomeo de Luca, contemporáneo, afirma haber visto este tratado [1], y dice que mediaron como embajadores entre D. Pedro de Aragón y Miguel Paleólogo de Constantinopla, el siciliano Juan de Prócida y el genovés Benedicto Zacarías; pero convendría ver en qué términos se hallaba extendido el contrato y á qué se comprometían realmente ambos contrayentes. No digo que no pueda ser cierto, y en este particular ni afirmo ni niego; pero se me hace muy sospechoso, á consecuencia de lo mucho que he visto y he leído en este asunto, que hubiese precisamente de mediar el oro bizantino para que el monarca aragonés se decidiese á hacer sus preparativos de guerra contra Carlos de Anjou.

Creo bien, sin embargo, que mientras Nicolás III ocupó la sede pontificia, acariciase D. Pedro la legítima esperanza de ocupar el trono de Sicilia con su apoyo y también con el del emperador de Constantinopla, enemigo declarado del de Anjou; pero debieron desvanecerse todas sus esperanzas á la muerte de Nicolás, á quien sucedió el francés Martín IV en 1281. Su antecesor Nicolás se había esforzado en extinguir los partidos de guelfos y gibelinos, reconciliándolos [2]; pero Martín IV, al contrario, excitado por Carlos de Anjou, de quien se declaró decididamente protector, pronuncióse vivamente por los guelfos y comenzó á perseguir de muerte á los gibelinos [3].

1 Tolomeo de Luca, lib. XXIV, cap. IV, en Muratori, tomo XI.

2 Tengo por una calumnia—y adelanto esta idea después de un detenido estudio—lo que dice Juan de Villani en su crónica, pág. 229, de haber entrado el papa Nicolás III en los designios de Juan de Prócida por cierta suma de dinero que éste le diera, queriéndole conquistar en favor del rey de Aragón contra Carlos de Anjou.

3 Historia de los papas en el *Arte de comprobar las fechas:* vida de Martín IV.

Nada que esperar tenía D. Pedro del nuevo Pontífice. Para tantearle sin duda y conocer su ánimo, envióle una embajada con Hugo de Mataplana, bajo el pretexto de pedirle la canonización de Raimundo de Peñafort, á la cual se había mostrado favorable Nicolás III, haciendo que se recibiese la información por la vía y forma acostumbradas en la Iglesia. El nuevo Papa acogió con altanería y soberbia nada cristianas al embajador catalán, y en vez de concederle lo que pedía en justo tributo á la buena memoria del que se trataba de canonizar, recordó á Hugo de Mataplana que su rey tenía una cuenta pendiente con la Santa Sede, y que vanamente esperaba que para nada pudiese el Papa entenderse con él, mientras no se declarase feudatario y vasallo de la Iglesia, reconociendo y pagando el censo prometido por D. Pedro *el Católico*. Añádese también que nuestro embajador fué despedido, diciéndole Martín IV, para que lo transmitiese al rey, que tuviese bien entendido que quien no amaba á Carlos de Sicilia no era fiel á la apostólica Sede.

La exaltación de Martín IV al pontificado y su orgullosa respuesta á la embajada de Hugo de Mataplana, debieron desbaratar los proyectos de D. Pedro [1]. Y, sin embargo, súpose por entonces qué éste hacía grandes preparativos y armamentos. ¿Para qué? ¿Con qué objeto? Nadie lo sabía. Alarmóse el primero el rey de Francia, de quien consta que dió orden para asegurar sus fronteras á fin de evitar cualquier sorpresa de parte del rey de Aragón [2]. Hay quien cuenta que no se contentó con esto sólo Felipe *el Atrevido*, sino que envió á pregun-

1 No falta quien dice que Nicolás III había llegado á dar el reino de Sicilia á D. Pedro de Aragón, despojando de él á Carlos de Anjou; pero los que esto aseguran se apoyan en un documento visiblemente apócrifo, como tendré ocasión de demostrar más adelante.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 36 y 37.

tar á D. Pedro qué significaban aquellos armamentos y preparativos; y á esto dicen unos haber sido la contestación de éste, que una persona sola podía saber el objeto; mientras otros, y de este último número Romey, afirman que manifestó su decisión de marchar contra los enemigos de la fe, á ejemplo de su padre y abuelos, y que pidió la cooperación de Felipe, quien le envió 40.000 libras tornesas que necesitaba. Esto de la suma de dinero enviada por el francés, lo niega resueltamente Zurita, que, aparte los errores que puedan haberse deslizado en sus *Anales*, es maestro en cosas de Aragón [1]. También se dice que el Papa envió al aragonés un religioso dominico, para cerciorarse en nombre de la Iglesia de todo el arcano, brindándole con el apoyo de la Santa Sede, si con efecto era su deseo ir contra los enemigos de la fe, y vedándole, por lo contrario, el pasar adelante si el armamento se encaminaba contra algún príncipe cristiano; pero escriben que D. Pedro le contestó únicamente: «Que si su mano izquierda quisiese saber lo que la derecha había de hacer, él mismo se la cortaría.» Otros dicen que esta respuesta es exacta, pero no dirigida al Papa, sino al conde de Pallars, que, en el acto de embarcarse para aquella expedición ignorada, le preguntó á dónde iban [2].

La mayor parte de los autores se inclinan á creer que D. Pedro preparaba realmente aquellos armamentos y

1 Y, en efecto, creo que debe tenerse por un cuento. Por lo que toca á la embajada del francés, es cierta. Vinieron en nombre de Felipe *el Atrevido* los caballeros Alejandro de Loayse y Juan de Carroaix; pero fueron despedidos por D. Pedro sin ninguna explicación satisfactoria. Cuéntalo Zurita en el cap. XIX de su lib. IV, y un documento sobre este asunto, que ha publicado Bofarull (D. Antonio) en sus notas al Muntaner (pág. 80), comprueba la exactitud de lo dicho por Zurita.

2 Muntaner es quien lo dice, y lo repite Zurita, tomándolo de él sin duda. La embajada del Papa me parece algo dudosa, en los términos que aquí se dice á lo menos.

aquella congregación de gentes para pasar secretamente á Sicilia y apoderarse de este reino en lucha abierta con el de Anjou, simulando una empresa contra Africa, y llevándola en realidad á cabo para alejar mejor las sospechas; pero, con la desconfianza natural de quien errar teme, me atrevo á adelantar la idea de que las miras de D. Pedro iban dirigidas entonces real y efectivamente á una expedición contra sarracenos, sin perjuicio de lo que pudiese sobrevenir por lo que toca á Sicilia, y estar preparado para cualquier acontecimiento imprevisto.

Este acontecimiento imprevisto vino, en efecto, y lo fueron las *Vísperas sicilianas*. Creen muchos (y por esto dicen que los armamentos de D. Pedro eran por lo de Sicilia, siendo pretexto lo de Africa), que las *Vísperas* fueron no imprevistas, sino efecto de la conspiración de Juan de Prócida en inteligencia con D. Pedro; pero esta opinión reconoce visiblemente por origen la crónica del anónimo siciliano, de la que ya he dicho el caso que la crítica histórica debe hacer. En vista de los documentos y razones que ha aducido el historiador Amari, en vista de los estudios que he tenido precisión de hacer en este punto, con la contrariedad de no haberme permitido las circunstancias hacerlos tan completos como hubiera deseado, abrigo la íntima convicción que las *Vísperas* fueron un movimiento espontáneamente popular, resultado natural de la opresión en que vivían los sicilianos, é independiente por completo de los planes que pudiera abrigar D. Pedro, planes que, en mi sentir, quedaron defraudados con la exaltación de Martín IV á la sede pontificia, haciendo que entonces nuestro D. Pedro, que debió creer naturalmente afirmada con esta circunstancia la dinastía de Anjou en Sicilia, proyectase una nueva empresa contra sarracenos, aprovechando la coyuntura y ocasión de que se dará cuenta en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XXV.

Embajada de Constantina ofreciendo esta ciudad á D. Pedro.—Se concierta tener secreta la empresa.—No quiere el rey descubrir sus intenciones á su hermano.—Embajada al Papa.—Reunión de la flota en Port-Fangós.—Vísperas sicilianas.—Matanza de franceses en Palermo.—Cólera de Carlos de Anjou y sus deseos de venganza.—Continúa D. Pedro los preparativos.—Testamento de D. Pedro.—Tratos de matrimonio entre el príncipe D. Alfonso y la hija del rey de Inglaterra.—Donación del reino á D. Alfonso.—Partida de la flota.

(De 1.° de Enero á 3 de Junio de 1282.)

Sigamos á Desclot, ya que, bien mirado todo, es sin disputa el guía mejor y más seguro que se puede tomar para hacerse camino á través de la confusión que reina en los autores con respecto á los asuntos en que nos estamos ocupando [1]. De la relación de Desclot se desprende á las claras que, precisamente por la época en que Martín IV subió al poder y en que fracasaban los planes de D. Pedro, hubieron de llegar á nuestros reinos embajadores sarracenos de Ultramar, los cuales, en

1 Es así en realidad, y para que no se me crea bajo mi sola palabra, voy á copiar el juicio, muy honroso para Desclot, de un escritor extranjero. En el tomo II de su *Guerra del Vespro*, pág. 365, de la edición de París, Miguel Amari, después de un examen del Muntaner, bien poco favorable por cierto á este cronista, añade: *Ben altra gravitá istorica s' ammira nel D' Esclot, cavalier catalano, etc. Questo autore non é scevro di tale spirito nazionale che trascende alla vanitá; ma il veggiamo benissimo informato de' fatti, penetrante nella cagioni, pregevole per ordine nella narrazione é dignitá de stile. Porta in compendio parecchi documenti, che con molta fedeltá rispondono agli originali pubblicati gran tempo oppresso in altri paesi. Nondimeno pende troppo á parte regia, ma senza viltá*, etc.

nombre del bey de Constantina, ofrecieron á nuestro monarca entregarle esta ciudad y con ella la llave de toda aquella tierra, si allí pasaba con una hueste para apoyar al señor de Constantina contra sus enemigos. Plúgole al rey la embajada y determinó llevar á cabo la expedición, en la que vió honra para sus gentes, gloria para sus reinos y un nuevo camino abierto al comercio y á la prosperidad del país.

Despidió á los embajadores después de haber pactado con ellos, y resolvió llevar las cosas con el más profundo secreto, *que assó fos secret*, dice Desclot, *que, si era descubert, tot lur fet iria á ventura de perdres*. Estas palabras del cronista catalán son, á mi pobre modo de ver, la clave del enigma, y quizá por no haberse fijado en ellas los autores que de este asunto han tratado, es por lo que han creído que fué una expedición simulada la de África. Estas frases de Desclot acerca de que debía llevarse la cosa con el mayor secreto, pues todo corría peligro de perderse si se descubría, concuerdan perfectamente por otra parte con lo que dice Zurita [1] de que el bey ó señor de Constantina fué degollado por sus mismos súbditos cuando supieron que había pedido el apoyo del cristiano. Si tan grave era la cosa, si tan expuesta se hallaba á fracasar la empresa al descubrirse, ¿cómo no había de tenerla D. Pedro en gran secreto? En este punto insiste Desclot, pues dice que *lo rey En Pere tramés les ses cartes è sos scrits secretament*, y queda comprobada con esto, en mi humilde opinión, la natural reserva que hubo de haber en la empresa, como era natural también que, conocidos los proyectos que antes abrigara D. Pedro, entrasen en recelo el Papa y el de Anjou.

Dadas las órdenes oportunas, comenzaron los apres-

1 Lib. IV, cap. XX.

tos en nuestras costas, que se continuaron con actividad, y fueron enviados mensajes por Cataluña y Aragón á fin de escoger buenos y probados caballeros *que s' aparellasen per seguir lo rey lla hont volgués anar*. Cuenta Zurita que entonces se presentó el rey de Mallorca á D. Pedro rogándole que le descubriese el secreto de aquella empresa que preparaba y ofreciéndose á servirle en ella; pero respondióle D. Pedro que no quería fuese con él, antes debía quedar en guarda y defensa de sus reinos, manifestándole no poder descubrir la idea de la expedición.

Cuando ya todo comenzaba á estar dispuesto y los preparativos de marcha se iban terminando, D. Pedro envió una embajada al papa Martín por conducto del caballero de la orden del Hospital, Galcerán de Timor, haciéndole saber que su fin é intento era ir contra los enemigos de la fe por ensalzamiento de la religión, «y suplicándole le concediese la indulgencia que solía dar á los que iban en semejante expedición para él y sus gentes, y recibiese sus reinos y señoríos debajo de su amparo y encomienda, así como era costumbre de recibir las tierras y estados de los reyes y príncipes que iban á tales jornadas, y le ayudase con el dinero de la décima que se había cogido de sus señoríos. Ninguna de estas cosas, prosigue diciendo Zurita, quiso conceder el Papa, ni responder al rey por escrito, mas de decir que el rey de Aragón no tenía tal voluntad, como publicaba, de hacer guerra contra infieles, antes quería ir contra el rey Carlos, y no quiso dar otra respuesta, y despidió al embajador con gran disfavor y maltratamiento [1].»

¿Era posible esta embajada al Papa si D. Pedro hubiese tenido intenciones de proceder inmediatamente contra Carlos de Anjou? ¿No hubiera sido una desleal-

1 Zurita, lib. IV, cap. XVI.

tad insigne y una mala fe incalificable pedir al Papa recursos y apoyo para proceder contra su protegido, contra aquél á quien la Iglesia amparaba con armas temporales y espirituales? Semejante infamia, que tal hubiera sido, no cabía ni en el carácter de D. Pedro, ni en los sentimientos cristianos de un rey puesto al frente de una nación cristiana por excelencia. Podía el Papa estar en su derecho, recelando de las intenciones de Don Pedro, al ver su tenacidad en guardar secretos sus designios, y al ver que le pedía apoyo para una guerra contra infieles sin darle más explicaciones; pero la conducta de D. Pedro hubiera sido altamente reprensible á ser lo contrario, y por honra á su buena memoria es preciso que llegue la hora de que cronistas independientes rechacen esta calumnia.

Parece que á últimos de Abril de 1282 estaba ya pronta la armada, y reunida en Port-Fangós, en la boca oriental del Ebro, que era el punto de cita dado por Don Pedro. Constaba de 150 velas, y de éstas había 24 galeras, 10 leños ligeros de remos y 10 naves armadas, componiendo las restantes el convoy de transporte [1], siendo

1 Capmany: *Memorias históricas*, parte 1.ª, pág. 129.—Téngase en cuenta que Capmany, equivocadamente, en mi sentir, habla de esta armada como si fuese para la conquista de Sicilia, y dice que D. Pedro fué á Alcoll «á ejercitar sus tropas con escaramuzas contra los bárbaros, esperando el éxito de la tremenda conspiración de las *Vísperas sicilianas* para hacer el desembarco oportuno en aquella isla.» Luego veremos cómo las *Vísperas* habían tenido ya lugar antes de que la armada saliese de Port-Fangós, y cómo el rey no esperaba el éxito de ninguna conspiración. Capmany, y siguiéndole á él Pí y Arimón, se equivocan al decir que fué nombrado almirante de la escuadra el infante D. Pedro, que en el mero hecho de llamarle infante no puede ser otro que el cuarto hijo de D. Pedro *el Grande* de su mismo nombre. El almirante nombrado fué el hijo natural del rey, D. Jaime Pérez, y no su hijo legítimo el infante D. Pedro. Por lo que toca al número de velas y gentes que componían la flota y hueste, es varia la opinión de los autores. Desclot dice que eran 800 caballos, 15.000 infantes y 140 velas;

numerosa la hueste que se reunió, formada en su mayor parte de almogavares. Por almirante general fué nombrado D. Jaime Pérez, hijo natural del rey, que tuvo éste en una dama llamada Doña María; por vicealmirante, Ramón Marquet, y por comandante del convoy, Berenguer Mayol, célebres marinos barceloneses los dos últimos. La escuadra sólo esperaba la presencia del rey y saber el punto de su destino para hacerse á la vela.

Ya por entonces la campana de una humilde iglesia de Palermo tocando á vísperas diera la señal de que comenzaban para el mundo una gran historia y un gran drama. Los sicilianos estaban hartos de sufrir injusticias y vejaciones, y así como cuando la mina está cargada basta la chispa más insignificante para hacerla reventar, así un acontecimiento que parecía no deber tener consecuencias produjo una de las más sangrientas y más transcendentales revoluciones de que hace mención la historia.

Lució para Sicilia la aurora del 31 de Marzo de 1282, y este día, al ser ocaso del despotismo francés, fué oriente de la libertad siciliana. Era la hora en que el pueblo de Palermo se dirigía á vísperas, y encaminábase la multitud á la iglesia del Santo Espíritu, situada sobre una loma, á poca distancia de la ciudad. Grupos de franceses, insultando con su sola presencia á los sicilianos, vagaban por entre la multitud, á la que irritaban con su gritería, su alborozo y sus bravatas. Uno de es-

Muntaner, con su natural exageración, hace subir el número á 20.000 almogavares, más de 8.000 ballesteros montañeses, 1.000 caballos, á más otros muchos ballesteros y sirvientes de mesnada y 150 velas; Zurita pone, pero un poco rebajado, el mismo número; los *Anales genoveses* (Muratori, tomo VI) fijan 10.000 infantes, 350 caballos, 19 galeras, 4 navíos y 8 taridas; Saba Malespina dice que eran 1.400 caballos y 8.000 infantes, sin contar los ballesteros, y Amari acepta el mismo número que los *Anales genoveses*.

tos grupos acertó á ver á una bellísima palermitana que con su esposo y su familia se dirigía al templo, y adelantándose un francés llamado Drouet, con aires de libertino y de calavera, puso deshonestamente sus manos en la hermosa joven. Lanza ésta un grito y cae desmayada en brazos de su esposo que, sofocado por la ira, grita:—*¡Oh muoiano, muoiano, una volta questi francesi!*

Bastó este grito sólo para que cien otros de *¡Mueran los franceses!* llenaran el espacio. Se arrojan algunos sobre Drouet que cae, poco menos que despedazado; acuden sus compañeros á vengarle, pero es para seguir su misma suerte. Trábase un sangriento combate; halla eco en todas partes el grito de *¡Mueran los franceses*!; la campana que tocaba á vísperas cambia repentinamente su toque en el de rebato; huyen las mujeres; acuden los hombres, y comienza la carnicería. Es irresistible el primer momento de fiebre de un pueblo, como irresistible es el primer ímpetu de un torrente salido de madre. La turba de vengadores, engrosándose á cada instante, regresa á la ciudad pasando por encima de los cadáveres de infinidad de franceses degollados sin compasión ni misericordia. Palermo se convierte en un teatro de sangrientas escenas. Mientras el toque de vísperas que lanzan aún las campanas de una iglesia se confunde con los sones de rebato que arrojan las de otra, el pueblo recorre las calles ávido de matanza, sediento de sangre. Ha sonado para los franceses la hora de la destrucción y del exterminio. Hombres, mujeres, niños, cuanto tiene relación con los extranjeros dominadores, queda destrozado sin escrúpulo ni reparo; no se perdona sexo, edad, condición ni estado. El pueblo, al que vuelve feroz el olor de la sangre y salvaje la matanza, extiende su cólera hasta contra los que han de nacer aún; y, horror causa el decirlo, llega á rasgar el vientre á las sicilianas para arrancar de sus entrañas el fruto de sus tra-

tos con los franceses [1]. La asonada se comunica, el fuego prende. La campana, rasgando los aires, avisa á los demás pueblos que ha sonado ya la hora de la independencia, pero también de la matanza. Sucumben en muchas partes los franceses; y, por fin, á los mágicos resplandores de un sol meridional, que baña tanta gloria y tanto estrago, se arbola la bandera de la libertad siciliana, aunque, desgraciadamente, sobre un gigantesco pedestal de cadáveres franceses.

La independencia triunfa, y son á miles las víctimas sacrificadas en holocausto á los manes de Manfredo y Conradino; pero—un cronista imparcial debe decirlo—no se piensa en D. Pedro de Aragón por el pronto, y Sicilia se constituye bajo la forma de república, alzando el estandarte de la Iglesia y poniéndose bajo el amparo del Papa. El partido aragonés debía ser, pues, ó insignificante ó de poco valimento, cuando no pudo encaminar hacia sus miras la revolución. Como la verdad histórica es para mí en esta obra lo primero de todo, debo decir, mal que pese á las opiniones políticas que yo pueda tener, que es probable, que es casi seguro que á ser otra la política del Papa después de la revolución siciliana, el país de las *Vísperas* no hubiera llegado jamás á proclamar á D. Pedro de Aragón. Esto es lo que yo sinceramente creo, siempre con miedo de errar, después de un estudio algo detenido de los sucesos de aquel tiempo, pudiendo aducir razones muchas y documentos no pocos en apoyo de mi opinión, que me basta aquí consignar, esperando el momento en que quienes valgan más ilustren este punto y me convenzan, para ser yo el primero en confesar con respecto á este y otros

1 Son muchos, y notables, los historiadores que hablan de estas escenas. El autor ha consultado principalmente las obras de Bartolomé Neocastro, Saba Malespina, Nic. Speciale, Gio. Villani, Desclot, Muntaner, Zurita, Miguel Amari y Romey.

pasajes de esta obra mis yerros, que siempre serán hijos en todo caso de la buena fe con que busco la verdad, aun á costa de mi entusiasmo, como catalán, y de mi idea, como hombre político.

Paréceme, pues, ver claro y de una manera indudable que las *Vísperas* fueron un movimiento popular imprevisto, y que mal podía prepararse D. Pedro de Aragón para cuando tuviesen lugar, como si supiese de antemano lo que debía suceder; que el partido de D. Pedro de Aragón en Sicilia era insignificante antes de las *Vísperas*, y que sólo comenzó á formarse y á crecer realmente después de ellas, cuando vieron los sicilianos que el Papa á quien aclamaban les abandonaba para prestar apoyo á su tirano Carlos de Anjou; y, por fin, que Don Pedro, no viendo en Sicilia bien preparado el terreno para él, trató de llevar á cabo su empresa de África con miras de su engrandecimiento en este país por el pronto, sin perjuicio de hacer política, como se diría ahora, para que viniese el día en que los sicilianos se acordasen de que era el esposo de Constanza de Sicilia [1].

Al tener noticia Carlos de Anjou, que se hallaba á la sazón en la corte del Papa, de lo que acababa de suceder en Sicilia, cuéntase que se entregó á excesos de ira indignos de un rey, y que mordiendo el puño del bastón ó especie de cetro que tenía por costumbre llevar en la mano, juró tomar tan sangrienta venganza que dejase perenne memoria para escarmiento de pueblos y desagravio de reyes. Inmediatamente corrió á prepararlo todo, ó por mejor decir, todo lo halló prepa-

1 Que las *Vísperas* fueron un movimiento de índole popular, espontáneo, y no debido á ninguna conspiración, ya he dicho que Amari lo prueba. Voltaire, aunque sin probarlo, se había reído antes que él de la conjuración. Es un hecho positivo, de todos modos, que el primer acuerdo de los sublevados fué comprometerse á no admitir ningún rey extranjero. (V. Bart. de Neocastro.)

rado ya para sus intentos. Poco antes había dispuesto grandes armamentos para ir contra Paleólogo y los griegos, y había tomado al efecto la cruz, «la cruz del ladrón, no la de Cristo,» dice en uno de sus arranques Bartolomé de Neocastro [1]. Todo lo que estaba pronto para ir contra los griegos, sirvió para marchar contra los sicilianos, y trató de poner sitio á Mesina á tiempo que Martín IV, siguiendo evidentemente en esto una política contraria á los intereses de la Santa Sede, le ayudaba con el oro y las plegarias de la Iglesia y requería á toda la cristiandad para que nadie fuese osado á favorecer la revolución siciliana, so pena de arrostrar las iras del representante de Dios en la tierra [2].

No puede creerse que D. Pedro de Aragón ignorase lo que acababa de pasar en Sicilia, é iba continuando sus preparativos sin que nadie supiese, como ya hemos dicho, el objeto de la expedición, que se iba retardando cada vez más, pues á mediados de Mayo aún no se había dado la orden de partida. ¿Cómo, si el terreno estaba preparado, no acudía D. Pedro á Sicilia, siéndole la ocasión tan propicia? ¿Cómo, si los preparativos que hacía eran en realidad contra Carlos de Anjou y simulada sólo la expedición que había de emprender luego á las costas de África, cómo no voló á Sicilia para aprovechar aquellos primeros momentos de revolución en que, con poco partido influyente que allí hubiese tenido, hubiera sido fácil proclamarse rey?.... No lo hizo, sin embargo, y dejó pasar dos meses enteros después de las *Vísperas*, y sólo á primeros de Junio se hizo á la vela para ir á donde veremos, sin cuidarse, aparentemente al menos, de lo que en Palermo y en Mesina sucedía.

Poco antes de embarcarse, y por consiguiente, cuan-

1 Bart. de Neocastro, cap. XXII.

2 Amari, tomo I, cap. VII.

do ya habían tenido lugar las *Vísperas*, y cuando ya de ellas tenían noticia los monarcas entonces más influyentes, fué lo de recibir el rey la embajada de Felipe *el Atrevido*. Éste, al ver los armamentos de D. Pedro, conociendo ya los sucesos de Sicilia, pudo temer realmente que se preparase contra Carlos de Anjou y envió dos de sus caballeros á preguntárselo. Ya sabemos cuál fué la respuesta de nuestro monarca. Que esta embajada tuvo lugar entonces y no antes, lo dice terminantemente Zurita, fijando el 20 de Mayo (recuérdese siempre que las *Vísperas* fueron el 31 de Marzo), y la aserción del analista aragonés ha venido á comprobarse por la fecha del documento que, sacado de nuestro archivo, ha dado á luz el anotador del Muntaner. También por entonces debió recibir la embajada del Papa, y debieron tener lugar las respuestas de D. Pedro á cuantos le preguntaron, movidos por el recelo natural en los que sabían cómo andaban las cosas de Sicilia. Y que estas respuestas debían ser las que fueron, no cabe duda desde el momento que, descubierto el secreto, fracasaba la empresa. Lo que para mí está claro, es que entonces comenzaron los verdaderos manejos de D. Pedro para hacerse aclamar en Sicilia, y que, por consiguiente, le fué altamente favorable la circunstancia de hallarse armado y cerca de aquella república que esperanzaba él convertir en monarquía.

Zurita escribe que los de Palermo, después de la sublevación, enviaron á requerir al monarca aragonés para que tomase en su mano la defensa de aquella isla, y dice que llegaron á estos reinos los embajadores el 27 de Abril. Lo que cuenta el célebre analista aragonés sería muy grave y presentaría realmente las cosas bajo una faz distinta de como yo las veo y juzgo, si el hecho fuese cierto. Pero se ve evidentemente que Zurita tomó esta especie de Bartolomé de Neocastro, y lo dicho en

este punto por éste lo rechaza, probando su falsedad de una manera irrefutable, Miguel Amari en su *Guerra del Vespro*.

Próximo ya á embarcarse D. Pedro trató de ordenar las cosas de su reino y casa, y dispuso todo lo conveniente hallándose en Tortosa y en Port-Fangós. Había ya poco antes otorgado su testamento [1], según el cual instituía á su primogénito D. Alfonso heredero universal de todos sus estados y bienes; dejaba á su segundo hijo D. Jaime todas sus tierras y derechos de Ribagorza y Pallars, con dependencia feudal de su hermano mayor; encargaba á éste la manutención y dote de sus dos hermanos menores D. Fadrique y D. Pedro, y hacía varios legados y mandas á sus hijas Doña Isabel, reina de Portugal, y Doña Violante.

Ya entonces parece ser que se trataba matrimonio entre el heredero del reino de Aragón D. Alfonso y una hija de Eduardo I de Inglaterra, y digo sólo que parece ser, pues que, según D. Próspero de Bofarull, este enlace se concertó en Huesca á 15 de Agosto de 1282 [2], mientras que en el Rymer se lee un documento fechado en Port-Fangós á 1.° de Junio del mismo año [3], por medio del cual D. Pedro confiere facultades al arzobispo de Tarragona y al obispo de Valencia comisionándoles para dar el paterno asentimiento al enlace. El matrimonio, que por medio de este documento se ve que ya entonces se estaba preparando, fué concertado luego, en efecto, á 15 de Agosto en Huesca; pero, como veremos, Doña

1 Archivo de la Corona de Aragón, núm. 302, de la colección de pergaminos de Pedro *el Grande*.

2 Véase los *Condes vindicados*, tomo II, pág. 249, y el documento citado por D. Próspero de Bofarull en su nota á la citada página.

3 Rymer: *Actos públicos de Inglaterra*, tomo II, pág. 210. Cito este documento, que en nada contradice la opinión de Bofarull, sólo para probar que el matrimonio venía ya tratándose de más lejos.

Leonor era muy niña y no llegó á consumarse, pues murió D. Alfonso antes de llegar este caso.

Otro de los actos de que se tiene noticia como llevados á cabo por el monarca aragonés, antes de embarcarse, fué la donación, especie de abdicación, que hizo del reino en favor de su primogénito D. Alfonso. Esta renuncia lleva la fecha del 2 de Junio y se hizo en presencia de Pedro de Queralt, Gilaberto de Cruillas, Juan de Prócida, Blasco Pérez de Azlor y Bernardo de Mompahón [1]. Dice Zurita que, según después se entendió, se hizo esta renuncia recelando los procesos y privaciones de la Sede apostólica, sabiendo que el Papa había de proceder con todo rigor si el rey se declaraba contra el de Anjou en la cuestión de Sicilia.

No falta quien crea que la fecha de este documento es falsa, suponiéndolo redactado más adelante, á 2 de Junio de 1282; pero, aun en el primer caso, no revelaría sino lo que indudablemente se nota en todos los actos de D. Pedro, á saber: una gran previsión y grandes dotes de hombre político. Si la revolución de Sicilia le inspiró la idea de entenderse con los principales de aquel país á fin de hacerse llamar y hacer que le proclamaran rey por derecho de soberanía popular, que al fin y al cabo era un derecho por lo menos tan reconocido como podía ser el del Papa, encuentro muy natural también en un hombre como D. Pedro y en hombres como debían ser sus consejeros, la idea de calcular las consecuencias preveyendo los resultados. En este caso, nada más lógico que figurarse lo que sucedería, á saber: que el Papa tratara de vengarse haciendo presa en estos reinos, y un medio de evitar el conflicto lo era indudablemente la presentación de una renuncia del reino anterior al acto que el Papa pudiese condenar. Ya veremos

1 Zurita, lib. IV, cap. XIX.

más adelante cómo se trató de hacer valer, aunque inútilmente, esta renuncia.

Llegó por fin el día de embarcarse el rey, y partió la flota, lo cual tuvo lugar, según Zurita, el 3 de Junio. Después de haber dejado por lugartenientes suyos y regentes en sus reinos [1] á su esposa la reina Doña Constanza y á su primogénito D. Alfonso, el monarca aragonés se hizo á la vela abandonando las playas de Port-Fangós, no sin haberse despedido tiernamente de Doña Constanza y haber bendecido á sus hijos [2].

Y á todo esto, ignoraba aún la escuadra á dónde se dirigía.

1 Entiéndase que la renuncia del reino en favor de su hijo era secreta.

2 Muntaner, en su cap. XLV, escribe que vino á Aragón el infante de Castilla D. Sancho (el que luego fué Sancho *el Bravo*, el mismo con quien hemos tropezado ya varias veces en nuestro relato), y de parte del rey su padre y en nombre propio se ofreció á D. Pedro diciéndole estar pronto á seguirle en persona y con todas las fuerzas de que podía disponer. D. Pedro, sigue hablando Muntaner, le dió la misma respuesta que antes había dado al rey de Mallorca su hermano, añadiéndole sólo que le encargaba todas sus tierras por haberle mirado siempre como á hijo. Qué caso pueden hacerse de estas palabras de Muntaner, lo dirá cualquiera que esté medianamente enterado de los sucesos de aquella época. Malamente podía venir á Aragón D. Sancho á ofrecerse en nombre de su padre D. Alfonso *el Sabio*, cuando estaba en guerra abierta con él; y si bien es verdad que entonces nuestro D. Pedro se entendía con D. Sancho y estaba aliado con él, también lo es que era sólo por motivos de alta política, y ni le miraba como á hijo ni he sabido hallar, por mucho que lo he buscado, otro autor que hablase de esa venida de D. Sancho á Aragón en Junio de 1282, y de ese extraño encargo de Don Pedro á un príncipe castellano, aun cuando sólo fuese de mera cortesía. Por Mayo de 1283 fué cuando vino á Aragón D. Sancho, y entonces es, si acaso, cuando pudo haber algo de lo del encargo por las circunstancias particulares en que D. Pedro se hallaba.

CAPÍTULO XXVI.

Llega la flota á Mahón.—Pasa á Collo y se apodera de esta plaza.—División de la hueste en cuerpos de ejército y sus capitanes.—Batalla mandada por D. Pedro.—Embajada al Papa, su objeto y resultado.—Pedro de Queralt ante el parlamento de Palermo.—Embajada de los sicilianos al rey ofreciéndole la corona.—Reune D. Pedro su consejo.—Hecho de armas del conde de Pallars.—El rey pasa á Sicilia con su hueste.

(Del 3 de Junio al 30 de Agosto de 1282.)

Cuéntase como cosa cierta que cuando la flota hubo andado 20 millas mar adentro, el almirante D. Jaime Pérez fué discurriendo por la armada con un navío de remos, y repartió á los patrones y capitanes de los buques y galeras unas cédulas, con sello real selladas, dándoles orden para que tomasen la vía de Mahón y no las abriesen hasta hallarse en aquel puerto, siguiendo desde allí el derrotero que en ellas les trazaba el rey. Así en efecto se hizo, pero la escuadra hubo de detenerse en Mahón más días de los que se creía, sin duda por contrarios vientos, y aprovechó perfectamente aquella tardanza el mojariff de Menorca para hacer que fracasaran los planes de D. Pedro.

Al saber la llegada de éste, había acudido solícito el mojariff como súbdito y feudatario suyo, ofreciéndole refrescos, víveres y presentes de oro y de plata, pero al mismo tiempo procuró diestramente inquirir el objeto de aquella expedición, y húbolo de averiguar sin duda, pues es sabido que despachó una saetía al puerto de Collo dando aviso de prepararse, ya que allá iba el monarca aragonés con sus gentes. Y en realidad era así, pues

la orden secreta dada á los patrones de buque se encontró ser la de que hiciesen rumbo hacia Collo [1]. El aviso de prevención dado por el mojariff de Menorca surtió efecto. Al llegar á Collo la armada, encontró desierta la ciudad así como los pueblos de la costa, y supo el rey que el señor ó gobernador de Constantina había sido degollado con todos sus partidarios por sus enemigos y los del partido opuesto á la alianza contraída con el monarca aragonés.

Cuando se convenció D. Pedro de que su plan había fracasado, pues se encontraba con todo el país enemigo en vez de hallarle aliado, irritóse sobremanera [2]; pero, sin embargo, decidió hacer cuanto en su poder estuviese, ya que allí le había enviado la Providencia, y comenzó por hacer desembarcar su hueste, posesionándose de Collo y fortificándose en esta plaza.

Es realmente sensible que los autores en general, por fijarse en lo de Sicilia, no hayan dado ninguna importancia á esta expedición á Berbería, que, sin embargo, la tiene real y positiva. La han tratado muy á la ligera, y hasta algunos la han del todo despreciado diciendo que consistió en insignificantes escaramuzas. ¡Escaramuzas, y llegaron á darse batallas en que tendidos quedaron 2.000 hombres en el campo! Yo siento que no pueda extenderme como quisiera en relatar esta empresa, que es, sin disputa, una de nuestras páginas de buena

1 Alcoll, Alcoyl ó Alcollo dicen los antiguos cronistas y también los modernos; pero debe ser indudablemente el puerto ó ciudad de *Collo*, cuyo nombre, precedido del artículo árabe *Al*, forma el Alcollo ó Alcoll de los cronistas. Collo, según el *Diccionario geográfico universal*, es una ciudad de Berbería en el reino de Argel, provincia de Constantina, situada en la bahía de su nombre, formada por el Mediterráneo, á 20 leguas de Bona.

2 *Quant lo rey hac entés que son fet era destorbat é que no podia venir á acabament de assó que ell cuidava fer, fo molt irat é despagat.* (Desclot, cap. LXXX.)

y valedera gloria; pero la abrazaré en resumen, tomando por guía á Desclot, que con bastante detención la trata, sin por esto perder de vista á Muntaner, aun cuando la crítica histórica tenga que ir siempre recelosa con este cronista, tan amigo de adular á los reyes como de abultar los hechos.

Una vez en Collo, cuya plaza hallaron desamparada, por más que de la relación de Muntaner aparezca lo contrario, tomó D. Pedro, como capitán experto, las debidas precauciones, repartiendo su gente por la ciudad y colocando fuera de ella, como de avanzada y de guardia, una numerosa fuerza al mando de los condes de Pallars y de Urgel. Estos tenían á su disposición, en el campamento que levantaron á poca distancia de Collo, 300 caballos y 3.000 almogavares. La demás hueste se repartió por cabalgadas ó por divisiones, como ahora diríamos, al mando de los capitanes Pedro de Queralt y Ruiz Jiménez de Luna la segunda; Pedro Fernández (quizá el Pedro Fernández de Híjar, hijo natural de D. Jaime) y Pedro Arnaldo de Botonat la tercera; Beltrán de Bellpuig y Sancho de Antillón la cuarta, y Blasco de Alagón y Galcerán de Pinós la quinta; siendo de notar que al frente de cada una se ve un aragonés y un catalán, lo cual prueba bien lo que más adelante dice Desclot de que en aquella hueste no había ni genoveses, ni pisanos, ni venecianos, ni provenzales, así en el ejército de már como en el de tierra, sino que todos eran catalanes y aragoneses, y aun éstos *tots triats y provats de llurs armas.*

Distribuídas las fuerzas en la forma y modo que se acaba de decir, comenzaron sus excursiones por la tierra, haciendo continuas cabalgadas y regresando siempre con buen botín. Escaramuceaban y merodeaban á menudo los almogavares, sin que por el pronto tuviesen lugar hechos de más importancia; pero llegó por fin

el día en que se presentó ya una fuerza respetable de enemigos, y supo D. Pedro disponer tan bien las cosas, que los sarracenos, atraídos por una retirada falsa de los almogavares, se vieron obligados á aceptar una batalla, mandada según parece por el rey en persona, en la cual perecieron, sólo de los enemigos, hasta bien cerca de 2.000 hombres. Esta batalla debió poner gran parte de la comarca en poder del vencedor, pues veo que D. Pedro se internó más de lo que hiciera hasta entonces, entrando en algunos pueblos y fortalezas del interior, y regresando á Collo con un botín de 2.000 bueyes, 20.000 cabezas de carnero, muchos sarracenos prisioneros, y arneses, ropas y objetos de seda, oro y plata en abundancia [1].

La noticia de esta batalla puso en alarma á todo el país, y comenzó entonces á acudir grande morisma de las provincias de Túnez y Bujía, coronándose de campamentos sarracenos las cimas de los montes y quedando los nuestros como sitiados en Collo. En tal estado las cosas, D. Pedro reunió en consejo á sus barones y principales capitanes, y les dijo cómo su intención era marchar resueltamente á Constantina y apoderarse de todo el país, para honor de Dios y la cristiandad; pero que para esto era necesario tener más recursos de los que por el pronto podían disponer. A este efecto, propuso enviar una embajada al Papa pidiéndole la protección de la Iglesia y auxilios de caballeros y otras gentes [2]. Mereció el dictamen del rey la aprobación general del consejo, y fueron nombrados embajadores, para pasar á entenderse con el Papa y llevarle la proposición del monarca, Guillermo de Canet y un caballero aragonés [3].

1 Desclot, cap. LXXXIII.

2 El discurso del rey á los barones está continuado por Desclot en el cap. LXXXIV.

3 Guillermo de Castellnou, y no de Canet, dice Zurita, junto con un

Si en este punto continuamos siguiendo á Desclot, tendremos que los embajadores partieron de Collo en dos galeras, y pasando á Italia se presentaron al Papa, el cual les recibió con despego, y les dijo que pues Don Pedro no le había hecho saber al principio el verdadero objeto de su viaje, no debía ya esperar entonces de él ni consejo, ni protección, ni ayuda, participándoles además que el Tesoro, producto de la décima eclesiástica, no se había reunido para gastarlo en Berbería, sino para la empresa de la Tierra Santa. Desclot añade que, á pesar de esto, los embajadores catalanes trataron de insistir con algunos miembros del sacro colegio; pero hubo ciertos cardenales que secretamente les aconsejaron partir sin más insistencia, atendido á que nada recabarían del papa Martín IV por ser francés y del partido de Carlos de Anjou. Las palabras que pone el cronista en boca de estos cardenales, como dirigidas á nuestros embajadores, son misteriosas y de un doble sentido.—«Decid á vuestro rey, dijéronles aquéllos, que obre en conciencia como mejor le dicten su honor y provecho, y que nada tema, pues Dios le ayudará.» Visiblemente eran adictos al partido gibelino los que así se expresaban, y referíanse indudablemente á las cosas que tenían lugar en Sicilia, pudiéndose desprender de este hecho que D. Pedro tenía inteligencias en la corte del Papa. Los embajadores volvieron á embarcar-

caballero aragonés, cuyo nombre calla, lo propio que Desclot. Si en este punto se consulta á los autores italianos de más nota y fama, hallaremos que este caballero desconocido, ó no citado por nuestros cronistas, era Pedro de Queralt, y el otro Guillermo de Castellnou y no de Canet; pero yo me atrevo á indicar, como una sospecha, pues es muy difícil, para mí al menos, poner en claro ciertas cosas relativas á este punto de nuestra historia, que pudieron partir á un tiempo de Collo dos embajadas: la una con la misión pública de ir á ver al Papa, la otra con la misión secreta de pasar á Sicilia, y ésta fué la de Pedro de Queralt y Guillermo de Castellnou. (Véase el texto.)

se, y, regresando á Collo, dieron parte de su misión al rey.

Esto es lo que refiere Desclot; pero si hemos de creer á un autor moderno, que en todo lo concerniente á sucesos anteriores y posteriores á las *Vísperas sicilianas* ha hecho grandes y aprovechadísimos estudios [1], la cosa, aunque en el fondo exacta, pasó de distinta manera, ó, por mejor decir, hubo más de lo que Desclot nos cuenta.

Así, pues, Amari, apoyándose en muchas y respetables autoridades [2], y abriendo en este punto nuevos caminos á las investigaciones históricas, nos dice que los embajadores mandados por D. Pedro al Papa fueron Pedro de Queralt y Guillermo de Castellnou. Estos dos caballeros catalanes, navegando de África á Montefiascone, donde entonces se hallaba Martín IV, aportaron á Palermo como obligados por el mal tiempo, en ocasión en que los barones y síndicos de la ciudad se hallaban reunidos en parlamento para ver cómo se conjurarían los graves males que les amenazaban. Carlos de Anjou sitiaba á Mesina con grandes é imponentes fuerzas; la república era débil para oponer seria resistencia al francés, y la Sicilia estaba próxima á caer de nuevo en las garras del que se arrojaba sobre ella como tigre sobre su presa. En tal conflicto se hallaban cuando llegó Queralt á Palermo, y allí, impulsado sin duda por los partidarios de la casa aragonesa, se presentó al parlamento á ofrecerles un camino de salvación diciéndoles que llamasen al rey D. Pedro, príncipe de grande alma como de gran valor, con derechos indisputables á la corona, y que se hallaba precisamente muy cerca al frente de un aguerrido ejército. El parlamento acogió la propuesta como un medio salvador, y acordó-

1 Miguel Amari: *Guerra del vespro*, tomo I, págs. 179 y siguientes.

2 He tenido ocasión de verificar algunas de sus citas, hallándolas exactas.

se ófrecer la corona á D. Pedro, bajo condición de observar las leyes, franquicias y costumbres del tiempo de Guillermo *el Bueno* y de socorrer á la Sicilia con todas sus fuerzas hasta arrojar del país á los enemigos [1].

Fuese, pues, una sola la embajada ó hubiese dos, según es más probable, una pública al Papa y otra secreta á los sicilianos, á fin de averiguar ésta si el terreno estaba ya preparado en Sicilia, y al objeto de ver aquélla si con su probable negativa daba el Papa pretexto á ulteriores designios, es lo cierto que, ínterin estaba D. Pedro en Collo, los palermitanos se decidieron á aclamarle por rey y á ofrecerle la corona como esposo de Constanza de Sicilia, cuya hermana y hermanos se hallaban entonces presos en Nápoles por Carlos de Anjou.

Una embajada partió al efecto de Palermo, á cuyo frente iban Nicolás Coppola, palermitano, y un caballero catalán, domiciliado en aquella ciudad, siendo un error lo que se ha asegurado, de formar parte de ella Juan de Prócida, del cual se ha descubierto que no fué á Sicilia sino cuando la reina Doña Constanza. Los embajadores se presentaron á D. Pedro, no de la manera como con tanta poesía cuenta Muntaner, sino ya con más dignidad según refieren Desclot y otros historiadores, ofreciéndole la corona y el reino en nombre del parlamento, pero bajo la condición de gobernar con las franquicias

1 De esta sesión de nobles y ciudadanos en Palermo habla también Desclot (cap. LXXXVII); pero no dice que la proposición de aclamar á D. Pedro fuese hecha por Pedro de Queralt, sino por el que él llama capitán de los hombres de Palermo sin citar su nombre. Ahora bien; el primero de los capitanes del pueblo de Palermo era Ruggiero Mastrangelo, y éste debía ser un entusiasta partidario de D. Pedro y un gran defensor de su causa, á juzgar por los dones y mercedes que le hizo el rey, luego de ser proclamado, según consta en los archivos de aquella ciudad. Lo dicho por Desclot puede ser exacto, y concuerda en parte con la relación de Amari.

de Guillermo [1]. D. Pedro no respondió en el acto; acogió bien á los embajadores; mandóles regalar y hospedar, y díjoles que consultaría con sus barones.

Tuvo lugar la reunión de éstos en consejo, pero no parece que pasara todo en tan perfecta armonía como nuestros cronistas suponen. El rey contó á los suyos el objeto que trajera á los embajadores sicilianos, y les manifestó su intención de pasar á Sicilia, *ya que el Papa no quería darle socorro para quedarse allí y conquistar la tierra de África*. Lejos de haber entonces la unanimidad de pareceres que se supone, los hubo distintos y encontrados. Mientras que algunos estaban porque se satisfaciese el deseo de los sicilianos, pues se ofrecía ocasión de conquistar aquel reino sin derramamiento de sangre, otros decían que no debía D. Pedro aventurarse, por codicia de adquirir un nuevo trono, á emprender negocio de tal monta, pues acaso iba á aventurar en ello lo que entonces poseía pacíficamente. Estas y muchas más razones se dieron para hacer desistir al rey de su proyecto, y hasta se levantó una voz patriótica manifestando que lo que trataba de hacer D. Pedro no podía efectuarse sin el consentimiento y dictamen de las Cortes del reino [2].

Mientras todo esto tenía lugar y esperaba el rey para decidirse el regreso de la embajada que había mandado al Papa, continuaban cada día las escaramuzas con los moros y sucedíanse los encuentros. Las crónicas hablan de un brillante hecho de armas que llevó á cabo el conde de Pallars, de quien se cuenta que arremetió solo contra un grupo de moros, sin cuidar de ver si los de su mesnada le seguían, derribando á cuatro de los enemigos con su caballo y matando á dos con su lanza. Sin embargo, mal le hubiera ido acaso al conde de Pallars, que

1 Calla esta circunstancia Muntaner, pero se lee en Desclot, cap. XC.
2 Zurita, IV, XXII.

se vió en el acto rodeado de moros, si prontamente no hubiesen acudido en su auxilio el conde de Urgel y dos donceles que eran hijos de Vidal de Sarriá. Combatieron estos cuatro hombres, mezclados entre 50 ó 60 caballeros moros, y después de haber ayudado en un lance el conde de Pallars al de Urgel, como éste le ayudara á él antes, retiráronse vencedores y satisfechos al campamento, donde reciamente hubo de reñirles el rey por haberse expuesto á tal peligro [1], al par que no pudo menos de felicitar al conde de Pallars por su brillante arrojo.

Iban sucediéndose los lances como éste y cada día se presentaba nueva ocasión á los caballeros cristianos y moros para sus torneos, tomando alguna vez parte los almogavares. Los sarracenos comenzaron en esto á tratar con el rey proponiendo darle una indemnización en dinero por los gastos de la guerra si abandonaba su empresa, y andaba D. Pedro en negociaciones con ellos, cuando de nuevo llegaron á su presencia los embajadores de Sicilia, á quienes urgía realmente que el monarca tomase una pronta resolución, ya que Mesina seguía sitiada por Carlos de Anjou y la suerte de Mesina iba á ser la de Palermo. D. Pedro, en esta situación, prescindió del parecer contrario de muchos de sus barones, y aceptó la corona que se le ofrecía, dando en seguida terminantes órdenes para abandonar la población de Collo, embarcarse el ejército y partir á Sicilia. En tres días estuvo todo dispuesto y la gente embarcada, y cuando lo hubo hecho el rey, el último de todos, mandó que la marinería bajase á tierra y prendiese fuego á la ciudad por varios puntos [2].

Así se ejecutó, y aquella misma noche, al rojo res-

1 Desclot.—Monfar.

2 Desclot.

plandor del incendio que convertía á Collo en una vasta hoguera, zarpó la flota é hizo vela hacia Trápani, á donde llegó sobre el 30 de Agosto, aquél que, como ha dicho el gran poeta,

d' ogni valor portó cinta la corda.

CAPÍTULO XXVII.

Manifiesto del rey de Aragón al de Inglaterra.—Recibimiento de D. Pedro en Trápani y en Palermo.—Es aclamado rey por el Parlamento.—Sus primeros actos.—Valor de los mesinenses.—D. Pedro requiere á Carlos de Anjou para que abandone el país.—Carlos levanta el sitio de Mesina.—Mesina recibe en triunfo á D. Pedro.—Primera victoria en los mares de Sicilia.

(SETIEMBRE Y OCTUBRE DE 1282.)

Antes, empero, de embarcarse para Sicilia, el monarca aragonés, como si tratara con esto de hacer una manifestación á las potencias extranjeras, escribió desde Collo al rey de Inglaterra participándole su resolución de pasar á Sicilia y fundando los motivos que á ello le obligaban. Cito este documento diplomático, que es por cierto muy poco conocido, y de que no hallo que haga mención ninguno de nuestros cronistas ni analistas, por el interés y la nueva luz que arroja sobre este punto de nuestra historia. En esta carta ó manifiesto, que se ve escrito después de la llegada de los embajadores sicilianos á Collo, D. Pedro de Aragón dice á Eduardo de Inglaterra, «que se había propuesto ir á África para el servicio de Dios, y que al efecto había enviado un embajador al Papa pidiéndole la ayuda de algún subsidio, pero que no le había contestado; que hallándose ya

en Berbería y en el lugar de Collo (el documento dice Aitoll, pero se nota el error de copia), á donde había ido para mayor gloria de la fe cristiana, y oído el parecer de los nobles de su tierra, había enviado nuevamente otro embajador al Pontífice pidiéndole que le ayudase en la empresa contra moros comenzada, con la décima que percibía la Iglesia en el reino de Aragón, sin que esta embajada consiguiese más que la anterior; que en esto, y mientras estaba allí luchando con los enemigos de la fe, se le presentaron mensajeros sicilianos diciéndole cómo esta tierra le aclamaba por su señor; y que entonces, viendo que esto era honroso y conveniente para él, se decidió á pasar á Sicilia y aceptar aquel reino en virtud del derecho que allí tenían su esposa y sus hijos (IV).»

D. Pedro fué recibido con verdadero entusiasmo en Sicilia. Su viaje de Trápani á Palermo fué una continuada ovación, habiéndolo verificado por tierra, ínterin la armada, al mando de Ramón Marquet, se dirigía por mar á dicha ciudad. Palermo se vistió de fiesta para recibir á su nuevo rey, que se le aparecía como su libertador. Las casas se presentaron adornadas con hermosas colgaduras de seda y de brocado, los prelados y caballeros acudían de todas partes á felicitarle y besarle la mano, grupos de hermosas palermitanas iban delante de él danzando al son de acordes instrumentos, llovían flores de todos los balcones, y el pueblo, agrupándose en torno de su caballo llevado de las riendas por nobles sicilianos, gritaba sin cesar: «¡Salud y bienandanza al que el cielo nos envía para librarnos de nuestro feroz enemigo!»

Más respetuoso el rey con las leyes y costumbres del país cuyo territorio acababa de pisar, de lo que parecía haberlo sido en Cataluña, luego de hallarse en Palermo se presentó al parlamento de barones, caballeros y re-

presentantes de ciudades y villas. Allí preguntó si había sido de voluntad del parlamento y con anuencia de éste que se le hubiese enviado una embajada á Berbería para ofrecerle la corona; y habiéndosele contestado que así era en efecto, el rey prometió cumplir y hacer cumplir para con el país las franquicias del buen rey Guillermo, poniéndose inmediatamente en pie todos los miembros del parlamento y jurándole fidelidad [1].

Las fiestas, las iluminaciones y el regocijo público continuaron por algunos días, aprovechando el rey Don Pedro aquel entusiasmo para hacerse popular con sus primeros actos. Se comenzó por dirigir al Papa un manifiesto diciéndole cómo había sido voluntad de la nación el tomar un nuevo príncipe, y en seguida expresó D. Pedro su voluntad de marchar al socorro de la sitiada Mesina, mandando al efecto tomar las armas á todos los que estaban comprendidos en la edad de quince á sesenta años.

La idea de ir al socorro de Mesina hallábase entonces en la mente de todos, ya que aquella ciudad continuaba siendo víctima del sitio que con poderosas fuerzas había ido á ponerle Cárlos de Anjou. Mesina había sabido mantenerse firme ante las armas del francés, y si por un momento vacilara manifestando deseos de capitular, recobró toda su dignidad y ánimo negándose resueltamente á someterse, cuando supo las injuriosas y humillantes condiciones con que Carlos quería penetrar en ella. Alaimo de Lentini, gobernador de la ciudad sitiada, dijo que, antes que volver á reconocer el señorío

1 Varios son los que han dicho, engañados sin duda por lo que escribe Muntaner, que D. Pedro fué coronado rey de Sicilia luego de su llegada á Palermo. Amari (tomo I, págs. 185 y siguientes, y tomo II, pág. 365) aduce muchas razones y documentos para tratar de probar que esto no es cierto, apoyándose también en la misma autoridad de Desclot que, efectivamente, nada dice de esta coronación.

de Carlos, moriría con todos los habitantes sepultado entre los escombros de Mesina.

El rey D. Pedro, al frente de su hueste catalana-aragonesa y de las milicias sicilianas, había ya en esto salido de Palermo, adelantándose hasta Randazzo, mientras que su escuadra se dirigía á dar la vuelta al Faro con objeto de cortar por mar las comunicaciones de Carlos con la Calabria é impedir que fuese abastecido su campo. Antes, empero, de comenzar las operaciones militares, y siguiendo siempre la caballeresca costumbre de los tiempos, D. Pedro envió mensajeros al de Anjou con una carta por la cual le requería para que abandonase la tierra de Sicilia, que era suya y de sus hijos. Los embajadores fueron Pedro de Queralt, Ruiz Jiménez de Luna y Guillermo Aymerich, juez de Barcelona [1]. Presentáronse los tres á Carlos de Anjou, que

1 Zurita dice que el tercero de los embajadores fué Guillermo de Castellnou, y no Aymerich; pero no cita el dato en que se apoya para esta sustitución. Yo sigo en esto á Desclot, que es autor á quien, cuanto más se estudia, mayor crédito se da. Ha llegado ya la ocasión de hablar de esta carta dirigida por D. Pedro al de Anjou por medio de los tres embajadores citados. Desclot y otros dicen la sustancia de la carta, pero no la trasladan. Sin embargo, la insertan Saba Malaspina, Villani, Rymer, Romey y otros autores, aunque cada uno da de ella una versión distinta. La que goza más crédito, la que se tiene como fiel, es la del Rymer, la misma que traslada Romey, y sin embargo, es tan apócrifa como las demás. Amari ha hecho en este punto un minucioso estudio que lo aclara perfectamente y no deja lugar á duda (tomo I, págs. 189 y siguientes de su *Guerra del Vespro*). En la carta que se supone dirigida al de Anjou por D. Pedro, éste alega la sola é ignota razón de haberle sido adjudicado el dominio de Sicilia por autoridad de la Iglesia y concesión del papa Nicolás III, lo que evidentemente no es cierto. Ni en su manifiesto escrito al rey de Inglaterra ni en otros documentos, habla D. Pedro una palabra de esta pretendida concesión, sino de derechos más reales y positivos fundados en el de Doña Constanza y en el de la aclamación del país. Esta y otras muchas circunstancias, no siendo la menor la de estar escritas en italiano vulgar tanto la carta de D. Pedro como la que se supone contestación de Carlos, hacen que

los recibió sentado en un lecho cubierto de ricas colgaduras de seda, y llevando la palabra el de Queralt entregó la carta de D. Pedro, repitiéndole de palabra en nombre de éste que saliese de aquella tierra que no era suya, sino de él y de sus hijos, á quienes por sus legítimos derechos había llamado y aclamado el país.

Luego que Carlos hubo oído al de Queralt, permaneció buen rato en silencio, royendo según su costumbre cuando estaba irritado, el bastoncito ó cetro que llevaba siempre en la mano; pero rompió por fin el silencio para decir que la Sicilia no era de Pedro de Aragón ni suya tampoco, sino de la Santa Iglesia romana. Sin embargo, se avino á tratar con los embajadores, pero les pidió que fuesen á Mesina y solicitasen en nombre del rey de Aragón una tregua de ocho días, durante la cual y los cuales entrarían en negociaciones. Es fama que Pedro de Queralt y sus compañeros se dirigieron entonces á la ciudad, y desde el pie de sus muros pidieron á Alaimo de Lentini, en nombre del monarca aragonés, que tuviese treguas con Carlos hasta que ellos, embajadores del primero, hubiesen tratado con el último; pero Alaimo, que no les conocía como tales embajadores y que temió se le armara un lazo, se negó á ello. Volviéronse, pues, al campo francés á dar cuenta de su mensaje á Carlos, y éste les dijo que, por su parte, daríales contestación al día siguiente; pero se embarcó secretamente aquella misma noche, pasando á Calabria y dejando órdenes apremiantes para levantar el sitio.

Vista la actitud tomada por D. Pedro de Aragón y conocido su plan de operaciones, el sitio de Mesina era ya insostenible. Por esto decidió el de Anjou abandonar-

deban tenerse realmente como apócrifas y forjadas por los novelistas de la época. Lo positivo es que D. Pedro envió una carta á Carlos, cuyo contenido se ignora, pero cuya sustancia debía ser la que Desclot indica. No creo conste que Carlos diese contestación.

lo, aconsejado de sus capitanes. Graves historiadores han dicho que le obligó á levantar el sitio el haber sido atacado y vencido por las tropas de D. Pedro; pero esto no es exacto, siendo un error inspirado por un cuento de Muntaner. Es verdad que aparece como cierto el haber penetrado en Mesina en auxilio de los sitiados una fuerza mandada por Nicolás de Palizzi y Andrés de Prócida, nobles sicilianos del partido aragonés, á quienes siguió también un cuerpo de almogavares; pero es lo cierto que Carlos decidió levantar el sitio en vista de las noticias que tuvo de estar próxima á interceptarle las comunicaciones la escuadra catalana.

Cuando los de Mesina supieron y vieron que los franceses huían, efectuaron una salida, arrojándose sobre la retaguardia del ejército de Carlos y destrozándola. Se dice que hasta 500 cadáveres quedaron tendidos en el campo de batalla, y que á duras penas pudieron salvarse muchos caballeros de la hueste, refugiándose precipitadamente en los buques, no sin abandonar parte de sus tiendas á los mesinenses, que se retiraron á la ciudad victoriosos y cargados de botín [1]. Cuéntase tam-

1 Sigo especialmente á Desclot y á Amari, ya que, entre todos los autores que he tenido ocasión de examinar, me parecen ser los más fieles y los que mejor informados se hallan. Los muchos documentos que con respecto á los asuntos de Sicilia cita, aduce y publica Amari, vienen á robustecer la opinión que de verídico historiador gozaba ya nuestro Desclot, y no hacen sino probar lo bien informado que se hallaba y la escrupulosa exactitud de sus relatos. En cambio, todo lo que en el concepto de la crítica histórica gana Desclot, lo pierde Muntaner, cuya crónica, sin embargo, tiene bellezas de primer orden bajo el punto de vista literario, y será siempre un monumento que honre á las letras catalanas, sin por esto dejar de ser también una fuente para la historia en ciertos y determinados pasajes. Debo hacer y hago esta manifestación para que no se me crea interesado en hacer resaltar los errores de Muntaner. Yo el primero deploro esa adulación servil á los reyes que en este cronista se nota, y que es por cierto impropia del carácter de los catalanes de su tiempo, lo cual ha dado lugar á que Amari dijera que

bién que el vecindario de Mesina y los almogavares, que se supone habían entrado en ella, corrieron en seguida al arsenal, donde prendieron fuego á más de 150 galeras y otros buques, que Carlos de Anjou había mandado aprontar para pasar con aquella armada á Constantinopla. El tirano de Sicilia estuvo mirando desde la otra orilla el incendio, y, al decir de las crónicas, mordió con rabia el cetro, que ya sabemos acostumbraba á empuñar, exclamando: «Señor Dios, ya que os empeñáis en anonadarme, que sea al menos poco á poco.»

La noticia de haberse levantado el sitio de Mesina recibióla en Randazzo el rey D. Pedro, sin atreverse á darle entero crédito hasta que por varios mensajeros le fué confirmada. No tardó, sin embargo, en recibir oficialmente una embajada que le enviaron los mesinenses,

Muntaner, en todo lo que no es favorable á los reyes, *ó calla ó miente*, y á que Buchón exclamara con cruel sarcasmo, que Muntaner quería absolutamente para los reyes *el más elevado trono en este mundo y el mejor sitio del Paraíso en el otro*; pero en cambio reconozco, y reconoceré siempre las altas bellezas de esta crónica. Cito algunos de sus errores, y digo, por ejemplo, que—históricamente hablando—no hay que darle crédito en lo que cuenta de la batalla ganada por los almogavares á las puertas de Mesina y de su matanza de franceses, no por rebajar en lo más mínimo el valor de este cronista en el concepto público, sino para mostrar que dramatizó y novelizó mucho los hechos, quizá con el buen fin de hacer que fuesen así de más sabrosa lectura y sirviesen mejor de enseñanza al pueblo, que acaso de otro modo no los hubiera leído. Yo no repruebo, pues, lo hecho por Muntaner, y lejos de reprobarlo, lo aplaudo en cierto concepto; pero tengo interés en demostrarlo, aunque no sea sino para hacer constar que, al fin y al cabo, Muntaner sólo hizo lo que en nuestros tiempos hicieron otros, á saber: dramatizar ciertos puntos históricos para popularizarlos con buen fin y de buena fe en forma de leyendas y novelas. Si en nuestra época, tan poco aficionada á estudios serios, ha sido esto en nosotros un crimen, como se ha dicho y se ha escrito, ¿qué no sería entonces en Muntaner? A Muntaner se ha dado fe y carta blanca de historiador, pretendiendo con su autoridad poner en ridículo á los que, bien mirado, no han hecho sino lo que él, y por cierto con menos servilismo, y guardando más rigorismo histórico.

pidiéndole que entrase en la ciudad, á lo que D. Pedro accedió de buen grado. Allí se dirigió, pues, al frente de su hueste, formada de catalanes, aragoneses y sicilianos, y pocas ciudades han recibido jamás á rey alguno con el entusiasmo con que lo fué D. Pedro por la de Mesina. Las calles estaban cubiertas de ramajes y alfombradas de yerbas olorosas; las casas ostentaban ricas colgaduras; los más entusiastas vítores llenaban el espacio, y una numerosa cabalgata de nobles y lujosos caballeros acompañaba al monarca aragonés. Confundida entre los nobles iba una gentil matrona, con militares arreos vestida, cubierta de ricas mallas y empuñando una maza de plata. Era Macalda Scaletta, esposa de Alaimo de Lentini, aquélla de quien, sin nombrarla, dice Desclot que *era molt bella é gentil, é molt prous é valent de cor é de cos*; aquélla de quien cuenta el mismo cronista, que valía por un caballero y que rondaba todos los días por la ciudad al frente de una compañía de 30 jinetes; aquélla, en fin, que, al decir de las historias de Sicilia, trató de prender en sus lazos á Don Pedro, sin poderlo conseguir, no perdonando jamás á la reina Constanza la fidelidad que en semejante ocasión supo guardarle su esposo.

Duraban aún las fiestas y el regocijo público, cuando se tuvo noticia de que Carlos de Anjou despachaba una numerosa flota de galeras y otros buques cargada de armas, de caballeros y de soldados que regresaban á sus tierras. La coyuntura se halló á propósito para conseguir una jornada de gloria en el mar. De distintas y múltiples maneras se ha contado por los autores esta jornada; pero todos acaban por confesar la victoria de nuestra armada, que venció á la enemiga, siendo ésta infinitamente superior á la nuestra. Como en esto se hallan todos acordes, el hecho debe darse por sentado como indudable. Siguiendo á Desclot, la flota catalana

contaba sólo con 14 galeras, mientras que la contraria tenía 40, siendo el éxito del combate tan afortunado y tan brillante, que los nuestros regresaron á Mesina con 22 galeras apresadas y 4.500 prisioneros, á todos los cuales el rey D. Pedro puso generosamente en libertad, después de haberles dado á cada uno una moneda de plata y después de exigirles por juramento que no harían más armas contra Sicilia [1].

Quién fuese el almirante que llevó á cabo esta señalada victoria, no lo dice Desclot. Unos escriben que fué el hijo natural del rey, D. Jaime Pérez, y otros dicen que Pedro de Queralt ó Ramón de Cortada, que parece eran entonces vicealmirantes. Muntaner cuenta este hecho de un modo admirable, pero puramente novelesco. Comparando su texto con el de Desclot y con el de otros autores contemporáneos, se ve que añadió muchos incidentes fabulosos, vistiendo el hecho á su manera, aunque con ricas galas de imaginación, adelantando y posponiendo sucesos; diciendo que fueron 6.000 los prisioneros y 45 las galeras apresadas; no hablando de la gente enemiga que murió, por ser innumerable; refiriendo un episodio del rey D. Pedro, inverosímil bajo todos conceptos, y que por Desclot se halla contado con naturalidad y como sólo pudo y debió ser; relatando el asalto y saqueo de Nicotera (Nicotra) como consecuencia de esta jornada, siendo así que no tuvo lugar hasta 1284, y formando, en fin, un lío tal y un embrollo de tal consideración, que, por creerle autoridad, han cometido gravísimos yerros muchos autores respetables [2].

1 Desclot, cap. XCVIII.

2 Muntaner, caps. LXVII y siguientes.—Son, en efecto, algunos y respetables los autores á quienes las poéticas relaciones de Muntaner han inducido á error por creerlas verídicas, entre ellos Capmany y Romey, que por seguir á este cronista adelantan dos años la batalla de Nicotera, ganada por Roger de Lauria, que mal la podía ganar en Octu-

Sean, sin embargo, cuales fueren la exageración y las inverosímiles proporciones dadas por este autor al hecho, ello es que hay certeza en el fondo, y que, si no 45, fueron por lo menos 22 las galeras apresadas que las nuestras entraron á remolque en el puerto de Mesina, *ab la popa á revers y ab las senyeres de Carles tiragascant per la mar* [1]. Victoria fué y espléndida la primera que en los mares de Sicilia consiguió la marina catalana sobre la de Carlos de Anjou; victoria fué y espléndida la que abrió los anales de una brillante serie de jornadas de gloria marítima para nuestras armas, como si Dios las hubiese bendecido por el admirable rasgo de clemencia que esta primera jornada inspiró á D. Pedro, haciendo que diese libertad y devolviese á sus familias á 4.500 prisioneros, que hubieron de separarse de él llorando y diciendo á gritos: *¡Deus te do vida, rey de misericordia!* [2].

bre de 1282, cuando aún no era almirante. La poesía, la brillantez de estilo y la especie de cándida naturalidad de Muntaner no sedujeron, sin embargo, á Zurita en muchas ocasiones, y ésta una de ellas. Leyendo á Zurita con algún estudio, se observa que raras veces cita nombres de autores y casi nunca los documentos en que se apoya, aceptando como suyo y como cosa de fe lo que sus trabajos le podían hacer creer verdadero. Con Muntaner, sin embargo, no sigue generalmente esta conducta, y lo cita á menudo como si recelase de él; y cuando se le ocurre referir algo de su crónica, lo nombra como para no contraer responsabilidad, y hasta algunas veces añade la frase, muy sospechosa en Zurita, de *si es verdadero, si es exacto lo que pone Muntaner.*

1 Desclot, capítulo citado.

2 Idem, id.

CAPÍTULO XXVIII.

Parlamento de Catania.—Carlos de Anjou envía á desafiar á D. Pedro. —Embajadores de D. Pedro á Carlos de Anjou.—Condiciones con que se acordó el duelo entre el rey de Aragón y el de Nápoles.—El Papa excomulga á D. Pedro.—Sorpresa de Catona.—Roger de Lauria nombrado almirante.—Decide D. Pedro pasar á Calabria.—El príncipe de Salerno desampara Reggio y esta plaza proclama á D. Pedro. —Sorpresa de Seminara.—Sitio de Geraci.—Regreso de D. Pedro á Sicilia y por qué.—Peste en el campo francés.—Llegada de Doña Constanza y sus hijos á Mesina.—Parlamento en Mesina y discurso de D. Pedro.—Nombramientos hechos por el rey.—Fracaso de la conspiración de Gualtero de Caltagirone.—El rey parte de Sicilia.

(De Octubre de 1282 á Mayo de 1283.)

Llegada es ya la ocasión de hablar de ese famosísimo duelo entre Pedro de Aragón y Carlos de Anjou, que ha promovido tantos y tan serios debates entre los historiadores; pero primero conviene decir que D. Pedro reunió parlamento en Catania ante el cual, mostrándose siempre más adicto á las costumbres y libertades de su nuevo reino de lo que lo fuera hasta allí con su antiguo de Cataluña y Aragón, aprobó varias medidas conducentes todas á realzar las franquicias del país, manifestando que «el bien de los súbditos era el bien del monarca, y que la libertad salvaba lo que destruía el despotismo.» El parlamento, en cambio, acordó y votó los subsidios que para continuar y sostener la guerra necesitaba el monarca [1].

El 24 de Octùbre estaba ya de regreso en Mesina, y presentósele entonces, según parece lo más probable,

1 Miguel Amari, tomo I, pág. 206, y tomo II, documento XI.

un fraile predicador llamado Simón de Lentini, quien, de parte de Carlos de Anjou y en nombre de éste, le dijo «que no había entrado en la tierra de Sicilia como leal y bueno, sino malvadamente, como no debía, y que estaba dispuesto á probárselo con las armas.» A este mensaje que por el fraile le fué transmitido, contestó D. Pedro que «entre él y Carlos de Anjou hacía ya tiempo que los homicidios de Manfredo y de Conradino habían roto la guerra, que el reino de Sicilia lo tenía con razón y derecho por herencia y elección del pueblo, que mentía quien le llamaba traidor, y que sí que se lo mantendría en duelo [1].»

Pero como no dejaba de ser muy informal aquel mensaje y no era negocio para ser tratado por frailes, Don Pedro envió en el acto sus embajadores al de Anjou á fin de preguntarle si había autorizado el mensaje, para que en caso afirmativo contestaran á él inmediatamente y en su nombre. Se dice por algunos que los embajadores que pasaron á Reggio fueron el vizconde de Castellnou y Pedro de Queralt. Fuesen ellos ú otros (Desclot á nadie nombra), los enviados del aragonés se presentaron á Carlos de Anjou, y al contestarles éste que, hubiese ó no autorizado el mensaje, D. Pedro había entrado en Sicilia malvadamente y como no debía, entonces aquéllos respondieron en nombre del rey de Aragón que quien dijera esto lo decía como á falso y

1 Sigo principalmente á Amari, que es de cuantos autores he visto el que me parece haber hecho más profundos estudios en este punto. Antes, empero, he verificado sus principales citas y las he hallado exactas. En todo lo referente al duelo se aparta Amari muy poco de Desclot, y por los documentos aducidos por aquél se ve la exactitud de éste. El moderno historiador de Sicilia deja plenamente probado que la provocación fué de parte de Carlos de Anjou y el desafiado D. Pedro, al revés de lo que sientan muchos historiadores. Debo advertir aquí, para no menudear demasiado las notas, que no sigo á ciegas las opiniones de Amari y que me aparto en algunos puntos.

desleal, estando D. Pedro dispuesto á sostenérselo cuerpo á cuerpo y dándole ventaja de armas.

En tal estado las cosas, fueron y vinieron mensajes de Calabria á Sicilia, de Sicilia á Calabria, y aunque nunca se ha podido deslindar bien y de una manera exacta todo lo que medió realmente con tanto ir y venir de embajadores, y aunque la crónica de Muntaner, que debe siempre tenerse á la vista, induce á confusión por el carácter novelesco de su relato, paréceme á mí ver claro en todo aquel asunto, que D. Pedro se portó noble y caballerosamente, ofreciendo primero batirse sin arnés contra Carlos, cubierto de todas armas; combatir con el príncipe de Salerno ó contra cualquier rey ó hijo de rey, cuando Carlos se negó al duelo cuerpo á cuerpo; y por fin, lidiar en campo abierto con 100 caballeros por parte, cuando tampoco fué aceptada su segunda proposición.

Dos meses se pasaron después de pronunciado el reto, sin que entrambos soberanos se hubiesen puesto de acuerdo sobre el modo de efectuarlo, hasta que, por último, realizadas muchas idas y venidas de distintos embajadores, lograron los últimamente nombrados convenir en los pactos, sustancialmente citados á continuación, los cuales merecieron la aprobación y ratificación de ambos monarcas contendientes, quienes los firmaron á 30 de Diciembre de 1282:

1.° Que la batalla y desafío tendría lugar en Burdeos, ciudad que era á la sazón del rey de Inglaterra, en el sitio que éste tuviese por más conveniente.

2.° Que los dos reyes, el de Aragón y el de Nápoles, se presentarían ante el de Inglaterra para efectuar este combate el día 1.° de Junio de 1283.

3.° Que si el rey de Inglaterra no podía estar en persona en Burdeos, no por esto los dos reyes quedaban libres de presentarse ante el que el mismo monarca hu-

biese autorizado para levantar auto de su comparecencia.

4.° Que si el rey de Inglaterra no se hallaba personalmente en el sitio ni enviaba alguno para hacer sus veces, los dos reyes deberían presentarse ante aquél que por él gobernase en Burdeos.

5.° Que el combate sólo debería tener lugar en presencia del rey de Inglaterra y no ante cualquiera de las gentes de este rey, fuese quien fuese, á no ser que entrambos antagonistas convinieran por consentimiento mutuo en combatir sin la presencia de Eduardo I.

6.° Que si alguno de los dos reyes de Aragón y de Nápoles faltaba á presentarse el día designado, pudiese ser tenido por falso, desleal y cobarde, de manera que no pudiese en adelante titularse rey, ni traer guión ni sello, ni montar á caballo, ni andar entre caballeros.

7.° Que ninguno de los dos podía mandar, procurar ni consentir que se pusiese impedimento á la batalla; y el que tal hiciese, quedase por el mismo hecho tachado de perjuro y falto de fe.

8.° Que no podían llevar en su compañía más gente de guerra que los 100 caballeros que se señalasen por cada parte para entrar en la batalla, y pocos más para su servicio [1].

Para mayor seguridad y firmeza de estas estipulaciones, después de haberlas firmado ambos reyes, aseguraron por cada parte su puntual cumplimiento 40 de los principales caballeros de cada corte, que como fiadores continuaron al pie de ellas sus firmas. Entre las de aquéllos que firmaron por parte del rey de Aragón,

1 Tomás Rymer en su compilación de los actos públicos de Inglaterra, tomo II, págs. 226 y siguientes.—Carbonell en sus *Chroniques de Espanya*, págs. 72 y siguientes.—Desclot, cap. VI.—Muratori Ant. Ital. Med. Ævi, tomo III, pág. 655.—Henry en su *Historia del Rosellón*, tomo I, nota XV.—*Efemérides* de Flotats.

están las de Arnaldo Roger, conde de Pallars; Armengol, conde de Urgel; Pedro Fernández de Híjar, hermano natural del rey; Pedro de Queralt, Bernardo Roger de Erill, Roger de Lauria, etc.

Mientras todo esto tuvo lugar, no se suspendieron las hostilidades conforme vamos á ver; pero antes digamos cómo á la noticia del desembarco del rey D. Pedro en Sicilia, se enfureció de tal manera el Papa, que ya no vaciló en lanzar los rayos de sus iras sobre el monarca aragonés. Martín IV, que había fulminado una excomunión contra los habitantes de Palermo, á causa del degüello de los franceses y de su levantamiento, lanzó iguales censuras contra D. Pedro, manifestando que tanto él como cuantos le acompañaban incurrían en ellas por no haber hecho caso de la amonestación que á todos los monarcas dirigiera la Santa Sede el día de la Ascensión, encargando que nadie fuese osado á prestar auxilio á los sicilianos rebelados. En su consecuencia, el Pontífice declaraba á D. Pedro y á los suyos excomulgados y sujetas sus tierras al entredicho eclesiástico, inhibiendo á aquél de titularse rey de Sicilia y de ejercer las funciones de su soberanía. En esta bula declaraba también el Papa, que si D. Pedro no había evacuado la Sicilia por la fiesta de la Purificación, expondría su persona y bienes muebles para que fuesen ocupados por cualquiera que los quisiese, le privaría de cuantos feudos y otros bienes tenía por la Iglesia, y absolvería á sus vasallos del juramento de fidelidad, reservándose, empero, para después de finado el plazo, privar á D. Pedro del reino de Aragón y proceder contra él según hubiese lugar.

No era hombre, aquél á quien la posteridad debía llamar *el Grande*, para hacer caso de anatemas ni excomuniones, ni para que con esto se le obligara á retroceder en el camino una vez por él emprendido. Si he-

mos de dar crédito á algunos historiadores, las censuras fulminadas contra D. Pedro de Aragón y los territorios de su dominio no produjeron efecto, por el pronto al menos, pues fueron despreciadas no sólo por el rey, los barones y demás láicos, si que también por los obispos, el clero y los religiosos de todas las órdenes, los cuales no quisieron darse por excomulgados ni observar de modo alguno el entredicho.

El Papa, decidido protector de Carlos de Anjou, no sólo sirvió á éste sometiendo á su causa las armas espirituales de la Iglesia, sino que le mandó una compañía de lucidos caballeros que había tomado á sueldo para que le prestasen ayuda [1]. Carlos, al recibir este refuerzo, lo envió á presidiar la plaza de Catona, como punto de vigilancia para guardar el estrecho, pero bien pronto los atrevidos almogavares tomaron á su cargo el dar cuenta de aquella guarnición.

Un día, á las primeras luces del alba, los franceses del presidio de Cardona se encontraron frente á frente con nuestros almogavares, que se les aparecieron como llovidos del cielo. Habían aquella noche pasado con 10 galeras el estrecho, en número de 2.000, y cercaron de improviso la plaza envolviéndola con sus humanos pliegues como con un cinturón de hierro. Sonó el clarín, arrojó la hueste catalana aquellos terribles alaridos de *¡Aur! ¡aur!* y *¡Desperta, ferro!* gritos de guerra almogavares, tan salvajes y feroces como los mismos que los lanzaban, y todos se precipitaron á un tiempo contra la ciudad y el enemigo que en vano trató de resistir.

Escribe Desclot que en esta jornada perecieron 500 franceses á manos de los nuestros, pudiendo éstos regresar á Mesina cargados de gloria y de botín; y ya que no es cierto lo que dice Muntaner de que en ella murió

1 Desclot, cap. CL.

el conde de Alenzón, pues le hemos de encontrar vivo más adelante, parece serlo, sin embargo, lo que con todos visos de certeza nos cuenta Desclot, de una admirable hazaña llevada á cabo por un almogavar de Tarragona, en el cap. CII de su crónica.

Siguiendo el orden fijado por los más autorizados historiadores, parece ser que la flota que pasó á Catona iba mandada por el almirante, hijo del rey, D. Jaime Pérez, el cual, satisfecho con la victoria, quiso dar un golpe de mano sobre Reggio, saliéndole fallidas sus esperanzas y teniéndose que retirar con notable fracaso. A consecuencia de esto, se cuenta cómo el rey se airó mucho con su hijo por haber traspasado las órdenes que había recibido y apeóle en el acto, dando á otro el título de almirante y recayendo afortunadamente la elección en aquél que estaba destinado á ser, poéticamente hablando, el verdadero rey del mar [1].

De todos modos, la jornada de Catona abrió camino á las empresas militares que debían inmediatamente llevar á cabo en la Calabria nuestras armas. Al comenzar el año de 1283, Carlos de Anjou, arreglado ya todo lo concerniente al duelo, nombró por lugarteniente suyo á su hijo el príncipe de Salerno, llamado Carlos como él y por vicio personal apellidado *el Cojo*, y partió á verse con el Papa, y también con su sobrino el rey de Francia, ya que á tener serias conferencias con ellos le obligaban lo grave de las circunstancias.

Por aquel entonces fué cuando D. Pedro decidió pasar á Calabria para en ella continuar activamente la

1 Véase el cap. IX de Amari.—El nombramiento de almirante librado á favor de Roger de Lauria, que publica Quintana al final de la vida de este ilustre marino, lleva, sin embargo, la fecha de 30 de Abril de 1283; pero esto no obstante, consta que el de Lauria, si quier fuese con título provisional, ejercía ya el mando en jefe de la armada por Enero de 1283 (Amari, tomo I, pág. 261).

guerra, aprovechando los favores de la fortuna que le sonreía. Mientras por un lado enviaba como de avanzada una hueste de almogavares, que se posesionaba de la extrema punta de la Calabria eligiendo por campamento los antiguos bosques de Solano [1] y dando mucho que hacer con sus atrevidas correrías á la ya consternada guarnición de Reggio, por otro enviaba galeras á Cataluña con orden de que su esposa é hijos se trasladasen á Sicilia á fin de ponerse al frente del gobierno de este país cuando él, llamado por el duelo, debiese abandonarle.

Teníalo ya todo dispuesto D. Pedro al objeto de efectuar el pasaje, y estaban ya nombrados Roger de Lauria y el conde de Pagliarico, el uno para conquistar y el otro para gobernar la tierra calabresa [2], cuando hubo de introducir alguna modificación en su plan á consecuencia de haber variado su línea de defensa el príncipe de Salerno, jefe entonces del ejército enemigo. Aconsejado el príncipe por varios de sus capitanes, entre ellos el conde de Alenzón 3, á quien, sin embargo, Muntaner nos da como muerto en la sorpresa de Catona poniendo para mayor confusión esta jornada antes de los primeros mensajes del duelo entre los reyes de Aragón y de Nápoles; aconsejado, pues, repito, por sus capitanes, el príncipe de Salerno decidió abandonar la plaza de Reggio por insostenible, trasladando su campamento á las llanuras de San Martín y de Terranova. Lo mismo fué volver los franceses las espaldas, que reunirse los habitantes de Reggio y enviar embajadores á Don Pedro sometiéndosele. El nuevo monarca de Sicilia pasó, pues, el estrecho con gran poder de gente y entró en Reggio, ya no como enemigo, sino como rey y li-

1 Amari, tomo I, pág. 213.
2 Idem, pág. 218.
3 Idem, pág. 212.

bertador, según lo hiciera en Palermo y en Mesina [1].

Toda la Calabria, entonces, fué enviando ocultamente mensajes á aquel monarca, que dió en aquella ocasión altas pruebas de lo mucho que valía como rey, como hombre político y hasta como soldado, ya que de él se refieren notables lances y hechos de armas que por malaventura no pueden tener cabida en una obra de las proporciones de ésta, so pena de escribir un volumen únicamente para hablar de D. Pedro. Hay, sin embargo, que hacer mención, siquier sea esto sólo, de la sorpresa de Seminara como una prueba del arrojo de nuestro monarca. Seminara estaba sólo dos leguas distante del campo del príncipe de Salerno, y sin embargo, Don Pedro osó una noche adelantarse hasta aquella plaza en la que entró por sorpresa, admirablemente auxiliado por sus almogavares, derrotando su guarnición, entrándola á saco y á fuego y retirándose con las primeras luces del día, seguro y victorioso [2]. Este audaz golpe de mano hubo de asombrar á la hueste francesa, que poco á poco vió cómo D. Pedro, gracias á sus conocimientos militares y á empresas tan atrevidas como la de Seminara, fué tomando las tierras que había en torno del enemigo, dejando á éste poco menos que circunvalado.

Otro de los episodios de aquella serie de jornadas, altamente honrosas para nuestro monarca, fué el sitio puesto á la plaza de Geraci, á la cual uno y otro día

1 La relación que de todo esto hace Amari, citando á cada paso autoridades, guarda perfecta armonía con lo que dice Desclot, siendo ello una nueva prueba de la exactitud y conciencia histórica de este cronista.

2 Refieren minuciosamente el hecho Bartolomé de Neocastro, capítulo LXI; Nicolás Speciale, cap. XXII del lib. I; Miguel Amari, páginas 218 y siguientes del tomo I, y con menos particularidades Desclot en su cap. CII. Distinguiéronse muy particularmente eu esta jornada los caballeros catalanes En Pedro Arnaldo de Botonat y En Berenguer de Pera-Tallada.

daba asaltos, tratando de reducirla por hambre y por combate á un mismo tiempo. En grave aprieto había ya puesto D. Pedro á los anjoinos y cada día alcanzaba más lauros, viendo por consiguiente cada vez más próxima la sujeción de toda la Calabria, cuando la noticia de que amenazaban trastornos en Sicilia y la de haber llegado á Palermo la reina Doña Constanza, hiciéronle regresar á Mesina abandonando el teatro de la guerra [1].

El día 8 de Abril de 1283, hallándose D. Pedro al pie de los muros de Geraci, fué preso un espía de los enemigos, el cual, para librarse de la muerte, confesó ciertos tratos secretos del príncipe de Salerno con Gualtero de Caltagirone y otros barones de Sicilia, quienes se ofrecían á sublevar la isla y á entregársela asi que el monarca aragonés hubiese partido á Burdeos para el duelo. La gravedad de estas nuevas, que coincidían con

1 Si hubiésemos de seguir á Muntaner, no debiéramos conducir á la reina Constanza á Sicilia sino mucho más tarde, después de haber tenido lugar lo que contaremos que sucedió en Burdeos con motivo del duelo; pero desgraciadamente son tantos los errores históricos que comete Muntaner y tanto lo que trabuca la verdad, que á cada paso deberían ponerse notas para hacer ver sus muchas equivocaciones. En los puntos de que se trata en este capítulo, comete tantas inexactitudes y desfigura de tal modo los hechos por su afán de novelizar, que no es extraño que un autor respetable haya dicho de él, aunque con demasiada dureza por cierto, que chocheaba al escribir esta parte de la historia de Sicilia. Lo cierto es que entre los principales gravísimos yerros por este cronista cometidos, y que deben apuntarse, ya que autores de nota por él han caido en los mismos, hay que poner la toma de Reggio, cuya plaza no fué entrada por combate según él escribe, sino del modo como se dice en el texto; el regreso de D. Pedro á Mesina no efectuado, según él cuenta, por no tener ya enemigos á quienes vencer en Calabria, sino por lo que también en el texto se dice; y la ida de Doña Constanza á Sicilia en esta época, y no en la que supone. Para asegurarse de que estos sucesos tuvieron lugar como yo escribo y no como equivocadamente cuenta Muntaner, véanse Neocastro, que fué testigo presencial de los hechos, en sus capítulos desde el LV al LXII; Desclot, en sus caps. CII y CIII, y Amari, en su cap. IX.

la que tuvo el rey, de haber llegado á Trápani, pasando de allí á Palermo, su esposa y sus hijos, le movieron á levantar el sitio de Geraci regresando á Mesina, y pasando el estrecho el día 14 de Abril con el grueso de su gente y con el inmenso botín recogido [1].

Es de advertir que no por la marcha precipitada del rey quedó desierta de tropas y partidarios nuestros la Calabria, ni triunfantes por esto las armas anjoinas, pues consta que el príncipe de Salerno hubo de abandonar á mediados de Abril las llanuras de San Martín y levantar el campamento, donde la gente francesa sucumbía diezmada por la peste, retirándose entonces Carlos *el Cojo* á Nicotra, en espectativa de los sucesos que podían sobrevenir si el plan de sus aliados de Sicilia surtía efecto [2].

Una de las primeras disposiciones de D. Pedro al llegar á Mesina, fué buscar medios de desbaratar los proyectos de Gualtero de Caltagirone, enviando al mismo tiempo mensajes á Palermo para que la reina pasase á Mesina. El 22 de Abril [3] llegó á esta ciudad Doña Constanza con sus hijos Jaime, Federico y Violante, habiendo dejado en Cataluña al frente del gobierno á su primogénito D. Alfonso y con él á su hijo menor Don Pedro. Acompañaba á la reina Juan de Prócida, que, según memorias fidedignas, había siempre hasta entonces permanecido á su lado.

Fué Doña Constanza recibida en Mesina con el mismo entusiasmo con que se la acogiera en Trápani y en Palermo, ya que en ella veía el pueblo á la hija de aquel Manfredo mártir de su independencia. El 22 era alborozadamente recibida la reina por los mesinenses, y el 25 se presentaba junto con su esposo é hijos al parlamento

1 Amari, tomo I, pág. 224.
2 Amari, tomo I, pág. 231.
3 Bartolomé de Neocastro, cap. LXII.

reunido en dicha ciudad. Ante este parlamento peroró D. Pedro [1], expresándose noble y dignamente, según al hijo del *Conquistador*, al vencedor de Collo y de Calabria cumplía. Comenzó por manifestar que había congregado aquel parlamento para poner orden en las cosas del estado y presentar á los sicilianos su esposa é hijos antes de partir, «porque me es fuerza abandonar esta tierra, dijo, á la que amo ya como si fuese mi patria. Parto para ir á confundir delante de toda la cristiandad á nuestro soberbio enemigo, para ir á vengar mi nombre en solemne juicio de Dios, ya que todo lo he cedido á la fortuna por amor hacia vosotros, oh sicilianos, nombre, persona, reino y hasta mi alma misma. Nuestra empresa venturosamente ha sido bendecida por la omnipotente mano del Señor; lejos está ya de Sicilia el enemigo; perseguido y postrado en tierra firme; restauradas vuestras leyes y franquicias; creciendo vosotros cada día en gloria, en riqueza y en prosperidad. Os dejo al partir una flota vencedora, capitanes probados, ministros fieles, una reina vuestra y los sobrinos de Manfredo. Estos jóvenes, la más cara parte de mis entrañas, á vosotros los fío, sicilianos, y nada temo por ellos. Ya que los azares de la guerra son dudosos, con ellos os doy una nueva garantía de vuestros derechos. Alfonso tendrá á mi muerte Aragón, Cataluña y Valencia; y Jaime, mi segundo hijo, me sucederá en el trono de Sicilia.» Más dijo aún el rey, y al terminar, dirigiéndose á Alaimo de Lentini, que ejercía la autoridad de gran justicia, exclamó con acento conmovido: «¡Sean tus hijos mi esposa y mis hijos, y vela por ellos!»

Nombrado, pues, sucesor de D. Pedro en el reino su hijo D. Jaime, disolvióse el parlamento, disponiéndose el monarca á partir para Cataluña, no sin antes haber

1 Bartolomé de Neocastro, cap. LXIII.

nombrado y confirmado á Alaimo de Lentini en su cargo de gran justicia del reino; á Roger de Lauria en el de gran almirante; en el de gran canciller á Juan de Prócida, y en el mando del ejército al catalán Guillermo Galcerán de Cartellá, que después fué conde de Catanzaro, siendo, al decir de Zurita, uno de los mejores y más estimados caballeros que hubo en sus tiempos.

Puestas en orden todas estas cosas, despidióse D. Pedro de su mujer y de sus hijos y se fué á Trápani, en donde esperó á saber, antes de embarcarse, el resultado de las negociaciones con Gualtero de Caltagirone. Con tacto y habilidad sumas supo conducir este asunto el justicia Alaimo. Acompañado del príncipe heredero de la corona, D. Jaime, Alaimo se dirigió á la comarca que Gualtero y los suyos tenían en estado de agitación, próxima á levantarse, y consiguió que los pueblos aclamaran con júbilo á D. Jaime como sucesor del trono. Gualtero entonces se vió obligado á ceder y hasta se presentó al joven príncipe á prestarle homenaje [1]; homenaje ficticio, sin embargo, que más tarde debía romper traidoramente, obteniendo por premio de su temeridad la muerte en un cadalso. Cuando todo estuvo por el pronto arreglado, y tranquila la tierra, volaron el príncipe D. Jaime y Alaimo á participar el éxito afortunado de su expedición á D. Pedro, que impaciente aguardaba en Trápani.

El rey, felicitándose del suceso, ordenó, sin embargo, que se castigase con la muerte á los que fuesen cabezas de la conjuración y que se vigilase cuidadosamente á Gualtero, de quien desconfiaba. En seguida, después de haberse despedido de su hijo y haber vuelto á recomendar á Alaimo su reino y su familia, se hizo á la vela desde Trápani, el 11 de Mayo, con una nave y cuatro

1 Neocastro y Amari.

galeras, llevando en su compañía á varios barones, algunos de los cuales estaban nombrados para seguirle al palenque de Burdeos.

CAPÍTULO XXIX.

Carlos de Anjou se presenta al Papa en demanda de auxilios.—Anatemas y sentencia contra D. Pedro.—Medidas tomadas por el Papa en perjuicio del rey de Aragón.—Viaje del rey.—Su llegada á Cullera.—Mensajes enviados por el rey desde Valencia á los caballeros que debían entrar con él en batalla.—Caballeros catalanes nombrados para mantener el campo con el rey.—Vistas con D. Sancho en Tarazona.—Conducta del rey de Inglaterra.—Conducta del rey de Francia.—Emboscadas armadas para el rey D. Pedro.—Ardid de que se valió D. Pedro para presentarse en el palenque de Burdeos.—Se presenta D. Pedro al senescal de Burdeos.—Documentos expedidos por el senescal.—Regreso del rey.

(Mayo y Junio de 1283.)

Dejemos ahora por un instante á las galeras catalanas hacer rumbo hacia nuestros reinos, mientras damos cuenta de importantísimos sucesos que merecen fijar la atención de los lectores. Uno de los motivos que obligó á Carlos de Anjou á partir de Calabria, fué su deseo de presentarse al Papa y al sacro colegio en demanda dè auxilios. Martín IV le ofreció cuantos pudiese conseguirle, habiendo comenzado, como ya sabemos, por poner á su servicio los rayos de la Iglesia. La amistad del Papa, mayormente si era un hombre de pasión como Martín IV, valía mucho en aquella época en que la Iglesia era realmente un poder, y el Pontífice de que tratamos, ciego en su ira contra D. Pedro, al par que ciego en su amistad por Carlos, se prestó á servir á éste en todo y por todo, dándole recursos, suscitando ene-

migos á nuestro rey, aterrando á sus amigos, haciendo caer sobre su cabeza uno tras otro los anatemas, y amenazando, en último resultado, al mismo reino de Aragón.

Ya desde Montefiascone, y en Noviembre de 1282, había el Papa declarado que D. Pedro estaba comprendido en la excomunión. Posteriormente publicó una bula, que es un verdadero grito de guerra, tal como pudiera desearlo el más entusiasta poeta para uno de sus más bélicos cantos. «Aparezca el Señor, decía desde Orvieto, á 13 de Enero de 1283; aparezca, y juzgue su causa, y vibre sus rayos contra los que un día y otro día siguen desconociéndole. Nos, continuaba diciendo, fuertes con la autoridad de los Apóstoles por misericordía divina, exhortamos á los cristianos todos á levantarse por Nos, por Carlos nuestro hijo querido: quien en la empresa sucumba, morirá *libre de pecados como si fuese á la guerra de los Santos Lugares.*»

No contento con esto, á 21 de Marzo del mismo año pronunció en la plaza de la iglesia mayor de Orvieto, contra el rey de Aragón D. Pedro *el Grande*, una sentencia en la que, después de hacer mención de las dos bulas publicadas anteriormente, dice estas notables palabras: «Puesto que Pedro de Aragón y los sicilianos rebeldes, no curándose de nuestras amonestaciones, prohibiciones y amenazas, han proseguido su criminal empresa, y á fin de que nuestras amenazas no sean objeto de desprecio, como lo serían si quedasen sin ejecución, por esta sentencia, que damos con consejo de nuestros hermanos los cardenales, privamos al expresado rey Pedro, del reino de Aragón, de sus tierras y señoríos y de la dignidad real; exponemos sus estados á cualquier católico que los pueda adquirir, según dispondrá la Santa Sede, y declaramos á sus vasallos totalmente absueltos del juramento de fidelidad, inhi-

biéndoles de mezclarse de modo alguno en el gobierno del dicho reino, y á todas las personas, sea cual fuere su condición, eclesiásticas ó seglares, de favorecer al mencionado Pedro en sus designios, de reconocerle por rey, de obedecerle y de prestarle servicio.»

Fácil era el apropiarse de palabra la corona de Aragón, que tanta sangre había costado á los ínclitos monarcas que palmo á palmo la habían ido conquistando y defendiendo de los infieles, como ha dicho un autor; pero era por cierto dificilísima empresa, y hasta imposible, como lo acreditó el resultado, el arrancarla de hecho de las sienes de uno de los reyes más grandes que ha tenido este país.

Mientras esto hacía Martín IV por un lado, por otro procuraba apartar á Eduardo de Inglaterra del compromiso que contrajera de dar su hija por esposa al primogénito de D. Pedro, llamando á éste perseguidor de la Iglesia y diciendo que el enlace sería incestuoso por existir cuarto grado de consanguinidad; estorbaba por medio de un obispo los pactos que comenzaban á mediar entre el aragonés y la república de Venecia, cuyos ciudadanos habían recibido embajadores de D. Pedro, y se los habían mandado asimismo; concedía largos plazos á Carlos de Anjou para efectuar el pago del censo á la Iglesia; exhortaba á los prelados y á las órdenes militares y religiosas del reino de Castilla á declararse contra D. Sancho, heredero presunto de la corona, á fin de imposibilitar á éste para que diera auxilio á Don Pedro, con quien había contraído alianza; daba dinero á Carlos de Anjou para que en Marsella, en Reggio y en Nicotra preparase grandes armamentos contra D. Pedro y los sicilianos; agitábase para buscar alianzas poderosas á Carlos de Anjou; prohibía á éste, so pena de graves censuras, que asistiese al duelo de Burdeos; y, por fin, escribía á Eduardo de Inglaterra para que no

permitiese que en sus tierras se ejecutase, ni él autorizase de ninguna manera, aquel desafío entre «Carlos, hijo carísimo de la Iglesia, y Pedro, *en otro tiempo rey de Aragón* 1.»

Volvamos ahora al rey, á quien hemos visto embarcarse en Trápani, haciéndose á la vela para nuestros reinos. Ramón Marquet mandaba la pequeña flota en que iba el monarca. Aunque al principio habían navegado con bonanza, no tardaron en tener vientos contrarios que amenazaban retrasar el viaje, lo cual irritó sobremanera á D. Pedro, que tenía el tiempo limitado para presentarse en Burdeos; así es que, llamando á Ramón Marquet, le dijo que hiciese acercar dos galeras, pues era necesario navegar á fuerza de remos, ya que el viento se declaraba en contra. Marquet hizo presente al monarca que el temporal era crudo; que no era cosa de ir en galeras, y que no se aventurase de este modo hallándose á la vista de Cerdeña, donde había buques armados enemigos. Ningún caso hizo D. Pedro de estas palabras.—«Así ha de ser, contestó, y así quiero que sea. Escrito está lo que ha de suceder, y yo he de estar el día de la batalla 2.»

Ramón Marquet hizo, pues, acercar las galeras; pasó el rey á una de ellas, llevando sólo en su compañía tres caballeros, y bien pronto á fuerza de remos hubieron dejado atrás las otras naves. Tocaron tierra en un lugar de Cerdeña, cerca del golfo de Caller ó de Cagliari; fueron á parar luego por el lado de Berbería, delante de Collo; pasaron á la vista de las Baleares, y vinieron á desembarcar en Cullera, que está en tierras de Valencia.

Inmediatamente, y sin pérdida de tiempo, conforme

1 Extractos de varios documentos.—Amari, tomo I, pág. 236.
2 Desclot, cap. CIV.

la relación que hace Desclot, el rey tomó caballos y se fué á Alcira, de donde pasó á Valencia. Detúvose en esta ciudad lo suficiente sólo para enviar cartas con órdenes á los 100 caballeros que debían entrar con él en la liza y mantener el campo, los cuales, por disposición de D. Alfonso, se hallaban ya apercibidos, los catalanes en Lérida y los aragoneses en Huesca. Cuéntase que era tal el crédito que gozaba D. Pedro de Aragón en el mundo, y tales el esplendor y fama en que iba envuelto su nombre, que hasta los extranjeros habían ambicionado formar parte de los 100 héroes que acompañarle debían en la jornada. Distinguióse, sobre todo, por la eficacia con que solicitó este honroso peligro, un príncipe hijo del rey de Marruecos, que pasaba por uno de los mejores y más diestros caballeros de su tiempo, el cual prometía solemnizar la gloria del triunfo, que suponía ya como cierto, con el aplauso feliz de su bautismo [1].

Los elegidos para acompañar al rey fueron 50 catalanes, 40 aragoneses y 10 entre sicilianos y tudescos, á más de otros 50 caballeros que estaban como suplentes para llenar cualquiera de las bajas que pudiese haber. Los 50 catalanes, que por disposición del príncipe heredero D. Alfonso se hallaban en Lérida á causa de haberse creído que iría el rey á desembarcar en Barcelona [2], eran: Pons Hugo III, conde de Ampurias; Dalmau de Rocabertí, Bernardo de Centellas y sus hijos Aymerich y Gilaberto; Ramón de Moncada, señor de Fraga; Ramón de Moncada, señor de Albalate; Guillermo de Peralta, Ramón de Vilamur, Arnaldo de Corsavi, Bernardo Hugo de Serrallonga, el vizconde de Castellnou, Gerardo de Cerviá, Pons de Santapau, Berenguer

1 *Historia de Aragón*, por Sas.
2 Zurita, lib. IV, cap. XXXII.

de Oriols, Arnaldo Guillén de Cartellá, Arnaldo de Vilademany, Ramón de Cabrera, Gerardo de Cervelló, Berenguer de Entenza, Alemany de Cervelló, Berenguer de Puigvert; Guillén, Bernardo, Galcerán, Ramoneto y Ramón de Anglesola; Ramón de Cervera, Marcos de Santa Eugenia, Jaime de Besora, Guillermo de Caulers, Arnaldo de Foixá, Ramón Folch de Cardona, Ramón Roger, Galcerán de Pinós, Ramón de Urg, Guillén Ramón de Jossa, Berenguer de Montcenis, Guillermo de Almenara, Ramón de Alemany, Gerardo de Aguiló, Peramola y Jaime de Peramola, Bernardo de Mauleón, Pedro de Meytat, Bernardo de Aspes, Guillén de Sant-Vicents, Acart de Mur y Gombaldo de Benavente.

Aun cuando no figure en esta lista, que nos da Zurita, Armengol, conde de Urgel, hay que ponerle en ella por lo que dice Monfar [1]. Sin duda el de Urgel era uno de los caballeros que salieron de Sicilia con D. Pedro acompañándole en el viaje, y por esto no se halla en la lista de los que estaban aguardando en Lérida.

De Valencia partió el rey á Zaragoza, donde se vió con su hijo, y de Zaragoza se fué á Tarazona, en cuyo punto le esperaba el príncipe castellano D. Sancho, siendo en esta época (Mayo de 1283), y no antes, cuando vino éste á Aragón. Sólo un día se detuvo D. Pedro en Tarazona, y muy rápidamente hubo de conferenciar con D. Sancho, con quien entonces se había aliado.

Importábale á D. Pedro llegar cuanto antes á Burdeos, deseoso de dejar en buen lugar su nombre y su honor de caballero. Sin embargo, es preciso advertir que ya el rey debía estar enterado entonces de que el duelo no podía tener lugar, pues faltaba la principal

1 Tomo II de su crónica, pág. 34.

condición ó cláusula del tratado, que era la de tener que efectuarse el combate «precisamente ante la presencia de Eduardo de Inglaterra, y no ante ningún otro.» Y digo que el monarca aragonés debía saber que esta cláusula no podía cumplirse, pues era ya público que Eduardo de Inglaterra había escrito al de Anjou que, «aun cuando con ello pudiese él (Eduardo) ganar los dos reinos de Aragón y de Sicilia, no querría asegurar el campo á los dos reyes, ni permitir que el duelo tuviese lugar en ningún punto de su dominio, ni en otro donde él se hallase al alcance de impedirlo [1].» Pero, si D. Pedro sabía esto, no ignoraba que por otra cláusula del tratado debía hacer acto de comparecencia ante el que mandaba en Burdeos en nombre del monarca inglés.

Decidióse, pues, á ir, y por cierto que era el pensar esto sólo gran prueba de valor, ya que no de temeridad, por lo que vamos á ver. El rey Felipe *el Atrevido*, de acuerdo con Carlos de Anjou quizá, pero más bien por cuenta propia y por lo que podía interesar á sus designios ulteriores, había decidido armar un lazo á D. Pedro de Aragón. Niéguenlo en buen hora algunos escritores franceses: el hecho es cierto, y su realidad la arrojan de sí los acontecimientos. Apresúrome á decir, sin embargo, que los modernos historiadores de aquella nación ya han hecho más justicia en este punto que los antiguos, dando pruebas de honrosa y leal imparcialidad; pero no basta á cohonestar del todo la conducta indigna de Felipe *el Atrevido* el argumento de que el rey de Aragón estaba bajo el peso de los rayos de la Iglesia; que este anatema le ponía fuera del derecho común, y que, en las ideas de aquel tiempo, todo era permitido contra un excomulgado, dejando de ser una

1 Véase Tomás Rymer en sus *Actos públicos de Inglaterra.*

acción detestable cualquiera perfidia contra él cometida.

«Toda la culpa de lo que pasó en Burdeos, ha dicho un escritor francés [1]—y le cito con placer y copio sus palabras que son muestra de esa leal imparcialidad citada,—pertenece por entero al rey de Francia, que hizo avanzar tropas sobre Burdeos para asegurar el triunfo de su tío Carlos de Anjou, en contra de la misma voluntad de éste. Está perfectamente probado que Felipe, á quien con tanta singularidad se ha dado el renombre de *Atrevido*, siendo así, como dice Mezerai, que no existe nada en su vida que lo justifique, había rodeado de tropas suyas la ciudad de Burdeos, tendiendo así emboscadas al rey de Aragón. Los sabios historiadores del Languedoc afirman que Felipe había convocado á toda la nobleza de su reino *para que le acompañase á Burdeos,* y los archivos de Montpeller les han proporcionado la prueba de que el senescal de Carcasona había mandado, en consecuencia, á los vasallos de su senescalía que se hallasen en Burdeos con caballos, armas y las gentes de su séquito el 31 de Mayo de 1283 [2]. Ahora bien, el 31 de Mayo era vigilia del día señalado para el duelo. ¿Cómo, pues, habiendo dado tan auténticos testimonios de la poca seguridad que había para el rey de Aragón si iba á la cita, pudieron estos historiadores, algunas líneas más abajo, acusar á este príncipe de haber temido *pretendidas* emboscadas? ¿Era para no hacerla más que simple espectadora de un combate, del cual él ni siquiera era juez, y que no se daba en sus tierras tampoco, para lo que el rey de Francia hacía tomar las armas á toda su nobleza?»

He cedido la palabra á un digno historiador francés, para que se vea cómo no es cuestión de nacionalidad

1 Henry: *Histoire du Roussillon*, nota XV de su tomo I.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 41.

la justicia que en este asunto debe hacerse á D. Pedro. Pero aún había más. Está probado que Felipe *el Atrevido*, y otros dicen que Carlos de Anjou, al llegar á Burdeos dió orden de construir un palenque largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos; pero destinando para los aragoneses aquél que conducía á un callejón sin salida, y para los franceses el otro, donde se hallaba ¡singular casualidad! la única puerta por la que todos debían entrar. Esta circunstancia hizo nacer entre el vulgo y el no vulgo la natural sospecha de que los franceses habían concebido el proyecto de ocupar esta puerta por fuera, y acabar allí con los caballeros de Aragón si la victoria se declaraba por ellos.

Todo esto hubo de saberlo D. Pedro naturalmente, y debió influir en él por mucho la idea de que podía llevar al matadero á sus 100 barones. Así es que tomó una resolución heróica bajo muchos conceptos, dígase de ella lo que se quiera y mírese como mejor á cada cual convenga. Comenzó por enviar á Burdeos al caballero Gilaberto de Cruillas, con la misión de pedir al senescal del rey de Inglaterra en aquella ciudad que le asegurase el campo para él y sus 100 compañeros, dispuestos á presentarse cuando mediase esta circunstancia. Inmediatamente después de la partida del de Cruillas, salían de Cataluña y seguían el mismo camino que aquél un mercader de caballos llamado Domingo de la Figuera, aragonés según dicen, aun cuando el nombre es verdaderamente catalán, al cual acompañaban tres hombres pobremente vestidos á guisa de sirvientes, y otro mejor adornado; pero cuyo traje no revelaba en él otra categoría que la de mayordomo del mercader. Este mayordomo era, sin embargo, el rey de Aragón, y los tres sirvientes del tratante de caballos eran Blasco

de Alagón, Berenguer de Peratallada y Conrado de Llansa [1].

Debajo de su humilde traje, que cubría un ferreruelo azul con caperuza, iba vestido el rey de buenas mallas y llevaba una azcona montera en la mano. Por los caminos y posadas, por todas partes donde había gente y podían dar que sospechar, el rey y los tres caballeros desempeñaban tan cumplidamente su papel, que cuidaban de los caballos, les daban pienso y servían de pie á la mesa en que con aires de señor se sentaba á comer Domingo de la Figuera, comiendo sólo ellos cuando su fingido amo lo había hecho y en mesa á los servidores destinada.

Así llegaron á la huerta de Burdeos, cuyas cercanías estaban en efecto ocupadas militarmente por tropas francesas, la víspera, y aun hay quien dice el mismo día en que debía efectuarse el duelo. Quedóse el rey en el campo y envió á uno de sus caballeros en busca de Gilaberto de Cruillas, que se asombró al encontrarse con el rey en aquel sitio. El de Cruillas fué enviado enton-

1 Muntaner, que, sin embargo de dramatizar un poco esta aventura, que por lo demás se presta á ello, está bastante exacto en la relación y no introduce sino uno ó dos episodios novelescos, como el de cierta misteriosa dama que hospedó al rey en Burdeos (cap. XC); Muntaner, repito, sólo cita el nombre de uno de los caballeros acompañantes del rey en esta atrevidísima expedición, y es el de Peratallada, á quien supone hijo de Gilaberto de Cruillas y á quien llama Bernardo. Desclot, en su cap. CIV, cuenta el hecho con más concisión y más dignidad que Muntaner, haciendo obrar y hablar al rey con más nobleza, sin darle aires de fanfarrón, sino de un cumplido caballero como era, y en su capítulo CV dice que los caballeros que acompañaron á D. Pedro eran: *la hu En Blasco de Alagó, é l' altre En Berenguer de Pera-Tallada, é l' altre en Coral de Lanza, é lo mercader havia nom En Domingo de la Figuera.* Me parece, pues, que se equivocó Zurita al decir, en su capítulo XXXII, que ni Muntaner ni Desclot nombraban más que á Peratallada. El primero, es cierto, pero el segundo ya acabamos de ver lo que dice.

ces por D. Pedro con encargo de decir al senescal de Burdeos, que en el campo le aguardaba un mensajero del rey de Aragón. No tardó en presentarse el senescal, que lo era Juan de Greilly, y dirigiéndose á él D. Pedro, oculto el rostro en su caperuza azul,—«Señor senescal, le dijo, á vos me envía el rey de Aragón para que me digáis si podéis asegurarle en la ciudad de Burdeos, ya que él está pronto á presentarse al combate con sus 100 caballeros.» La contestación del senescal fué la de que había ya dicho á Gilaberto de Cruillas, allí presente, que bajo ningún concepto se presentase el monarca aragonés, por estar allí el rey de Francia y Carlos de Anjou con grande hueste, dispuestos no á tener batalla, sino á vengarse de su gran enemigo dándole muerte. Juan de Greilly concluyó diciendo que toda la tierra estaba en poder de franceses, á quienes la había librado su señor, y él mismo se hallaba á merced suya sin tener casi ninguna autoridad en Burdeos, por lo cual ni en nombre propio ni en el de su señor podía asegurar campo á D. Pedro de Aragón.

Este entonces, recatado siempre el rostro, pidió al senescal que le mostrara el campo en que debía tener lugar el duelo, y cuando á él hubieron llegado, sin entrar en la ciudad, el rey corrió el palenque á caballo varias veces de un punto á otro. Hecho esto, manifestó al de Greilly que estaba satisfecho y que podían ya volverse al sitio donde primeramente se habían encontrado para despedirse, regresando el uno á Aragón y el otro á Burdeos. Cuando allí estuvieron, D. Pedro preguntó al senescal:—«¿Conocéis vos al rey de Aragón?»—«Le conozco, contestó el de Greilly, porque no há mucho tiempo que le ví en Tolosa, á donde él fué á tener vistas con el rey de Francia.» Entonces D. Pedro, echando atrás su capuchón,—«Guardad si me conocéis, señor senescal, le dijo. Yo soy el rey de Aragón; y si el rey de

Inglaterra, y vos en su nombre, podéis asegurarme el campo, pronto estoy á entrar en él con mis 100 caballeros.»

Maravillado y absorto hubo de quedar Juan de Greilly al ver allí, en su presencia, al arrojado y temerario monarca aragonés, y sólo cesó en su pasmo para suplicarle que cuanto antes partiese, pues su persona y vida corrían inminente riesgo. Pero el rey, sosegado y tranquilo, le contestó que de allí no partiría sin un documento, librado por él en buena forma, en el que se testificase cómo el rey de Aragón había hecho acto de comparecencia y había estado en Burdeos y en el palenque, retirándose sólo cuando en nombre del rey de Inglaterra se le dijera que no podía asegurársele el campo. Apresuróse Juan de Greilly á firmar este documento, que fué extendido por un notario que había traído de la ciudad Gilaberto de Cruillas, y á cuyo pie continuaron también sus firmas cuatro caballeros franceses que acompañaban al senescal [1].

Sólo cuando estuvo corriente esto, se avino el rey á partir. Dicen algunos que D. Pedro dió al senescal el escudo, lanza, yelmo y espada con que había de pelear, como otro testimonio de haber concurrido personalmente; pero yo no he sabido hallar que Desclot hiciera de esto mención.

Gilaberto de Cruillas quedóse en Burdeos para hacer sacar dos copias del acta, y D. Pedro se vino precipitadamente á estos reinos, pasando por Bayona, corriendo no pocos peligros en su viaje, de los cuales podrá enterarse quien tenga á mano la preciosa crónica del caballero Desclot [2].

1 Desclot, en su cap. CIV, transcribe este documento, que parece tradujo del original.

2 Este Gilaberto de Cruillas ó Cruilles fué uno de los más esforzados caballeros de aquel tiempo. He visto su sepulcro en la iglesia de Pe-

Tal fué el resultado que tuvo el famosísimo duelo de Burdeos, sobre el cual tanto y tanto han hablado los historiadores. Algunos escritores franceses y algunos italianos partidarios del Papa han escrito lo que bien les ha parecido sobre este punto, unos no queriendo confesar que D. Pedro se portó como cumplido caballero, otros diciendo que se representó una farsa indigna, y muchos consignando que se vieron manifiestas la deslealtad y la cobardía de D. Pedro. ¡Cobardía! ¡Deslealtad! He aquí dos palabras que no tienen ningún significado al hablar de D. Pedro *el Grande*. Otros autores franceses é italianos, más sensatamente verídicos, han vuelto por el honor de su nación haciendo justicia al hecho y al monarca aragonés. Por esto ha dicho Montaigne que la palabra *cobardía,* puesta junto al nombre de D. Pedro, *hurle de se trouver à son coté;* por esto ha dicho Henry, hablando de lo mismo, que *ce mot lacheté sembre reculer de lui même devant son nom;* por esto, en fin, ha dicho un escritor, que en este caso no es de recusar por cierto, Saba Malaspina, secretario del mismo papa Martín IV (que escribía en 1284 siendo recientes los hechos), que «en vano se esforzó Carlos en protestar á voz en grito llamando *desleal* y *cobarde* al rey D. Pedro; pero se lo hacía decir la irritación que le causaba el ver que su enemigo había rasgado la tela de araña que le urdiera.»

Véase ahora, con qué admirable sencillez el propio D. Pedro da cuenta en una carta confidencial de su viaje á Burdeos. Se trata de una carta que á su regreso escribió desde Tarazona, el 20 de Junio de 1283, á Don Juan, infante de Castilla.

«Femos vos saber, dice en sus primeros párrafos, commo nos viniemos por fetcho de la batayla que era

ratallada, pueblo situado entre la Bisbal y Torroella de Montgrí. La familia de Cruillas enlazó con la de Peratallada, que poseía un castillo cuyas ruinas se ven aún en el citado pueblo.

firmada entrel Rey Carles et nos, la qual se avia de fazer el primer dia desti present mes de Junio en que somos: et irribamos en Valencia XVII dias andados del mes de Mayo primero pasado; de si llegamos personalmiente á Bordell, et fiziemos nuestra presentació al Seneschal del Rey Dinglaterra; mas porque el Rey Dinglaterra avia demandada la batayla, end avia fetcho so mandamiento al Seneschal, no la quiso prender el Seneschal; ni assegurar, nin podiera, qual el Rey de Françia, et el Rey Karlos, eran y con todo lor poder. Et nos aviendo fetcho todo complimiento que deviemos nin podiemos, oviemosnos de tornar, e somos en Tirassona sanos et con salud, loado á Dios; et embiamos vos lo dezir, porque sabemos que vos plaçerá 1.»

1 Se halla esta carta, en la cual trata luego de otros asuntos, en el archivo de la Corona de Aragón, Regis. VII, Petri II, pág. 119.

CAPÍTULO XXX.

Insurrección en Sicilia reprimida por D. Jaime.—Sale una flota provenzal del puerto de Marsella.—Batalla de Malta ganada por Roger de Lauria.—Cosa de notar en esta batalla.—Roger de Lauria se introduce en el puerto de Nápoles é incendia las naves.—Descontento en Cataluña.—Privilegio del *Recognoverunt próceres*.—Desafía el rey á D. Juan Núñez.—Penetran los franceses en Aragón por la frontera de Navarra.—El Papa ofrece á un hijo del rey de Francia la *corona de Aragón*.—Apela el rey de la sentencia del Papa.—Cortes en Setiembre de 1283.—Quejas de los aragoneses.—Juraméntanse los aragoneses para guardar sus libertades.—Confirmación de sus libertades á los aragoneses.—Unión de barones y ciudades para garantir sus fueros.—D. Pedro envía embajadores á desafiar al rey de Francia.—Cortes de Valencia. Noviembre de 1283.—Cortes en Barcelona, famosas y por qué. Diciembre de 1283.

(Hasta fin del 1283.)

Conviene no perder de vista á Sicilia, contra la cual, como ya hemos dicho, se preparaban serios armamentos, ínterin D. Pedro acometía su atrevido, peligrosísimo y heróico viaje á Burdeos. Apenas se habían alejado de Trápani las naves que conducían al aragonés monarca, cuando Gualtero de Caltagirone, cobrando ánimo, sublevóse al fin resueltamente. En el acto acudió á poner remedio el príncipe D. Jaime, que reunió en parlamento su consejo, dictándose serias y enérgicas medidas. El foco de la insurrección estaba en los valles de Noto. Mandáronse fuerzas contra los rebeldes, y tan buena suerte tuvieron en sus operaciones, alcanzando tan feliz éxito, que Gualtero y sus cómplices fueron reducidos á prisión, muriendo unos en el cadalso y otros en la horca.

Fué por entonces preciso que la escuadra saliera con-

tra la del enemigo, el cual, ignorando que la contra-revolución hubiese sido tan pronto vencida y subyugada en los valles de Noto, se mostraba orgulloso y soberbio en los mares de Sicilia. Varias galeras provenzales habían salido del puerto de Marsella, al mando de Guillermo Cornut (otros le llaman Córner) y Bartolomé Bovi (otros le llaman Bonvín). Los catalanes y provenzales, que habían sido hermanos hasta poco antes de aquella época, iban á encontrarse entonces cara á cara, en fiera lucha, como enemigos irreconciliables llenos de odio y de venganza. ¿Cómo al rumor de esos militares aprestos pudo gozar tranquila la paz de su sepulcro aquella buena Doña Dulce, lazo de unión entre dos magnánimos pueblos que su descendiente la orgullosa Doña Beatriz había de desunir?

Roger de Lauria, á quien el anhelo de gloria impacientaba, ganoso de empuñar pronto su cetro de rey del mar, salió en persecución de la flota provenzal. Era la primera empresa que él mandaba y dirigía como almirante. Ambas flotas se encontraron en el puerto de Malta, siendo la batalla que se trabó una de las más sangrientas de aquel siglo, y quedando por nosotros la victoria. La derrota de los provenzales comenzó á declararse por apelar á la fuga el vicealmirante Bovi, que con ocho galeras destrozadas y sangrientas se apartó del combate haciéndose á la mar. No siguió su ejemplo Guillermo de Cornut, cuya memoria, algo ultrajada por ciertos autores, es preciso reivindicar diciendo que se portó como noble y como valiente, sosteniendo al frente de los suyos un combate cuerpo á cuerpo con los de Roger de Lauria y muriendo á manos de éste, que salió de la lucha herido en una pierna [1]. La muerte de Cornut

1 Tratan extensamente de esta batalla Desclot, desde el capítulo CX al CXIV; Muntaner, cap. LXXXIII; Quintana, en su vida de Roger de Lauria; Capmany, en la 1.ª parte de sus *Memorias históricas*, y

y la fuga de Bovi hicieron que la jornada se declarase por nuestras armas. Se dice que tuvimos nosotros 500 bajas entre muertos y heridos, haciendo subir á cerca del doble la de los enemigos, y á 860 el número de prisioneros que dejaron en nuestro poder.

Lo notable de esta batalla fué que Roger de Lauria no quiso ganarla por sorpresa, como parece hubiera podido hacerlo. Los buques provenzales se hallaban descuidados en el puerto de Malta, donde se creían perfectamente seguros, cuando el de Lauria se presentó con su armada á la boca del puerto. Hubiera sido fácil empresa embestir á sus contrarios y desbaratarles en el primer ímpetu de la sorpresa; pero prefirió con bizarría temeraria y con caballeresco alarde enviarles un mensaje de aviso por una barca armada, diciéndoles que se preparasen y retándoles al combate.

El afortunado Roger se dirigió inmediatamente á Siracusa, desde cuyo punto envió correos por toda la isla, portadores de la nueva feliz, despachando asimismo un buque al rey de Aragón con el anuncio de la victoria. En seguida regresó á Mesina, en cuyo puerto entraron por segunda vez las galeras catalanas y sicilianas llevando á remolque una sarta de buques prisioneros con sus estandartes arrastrando por el mar.

Los aplausos y los festejos de la ciudad y de la corte no hicieron olvidar al bravo almirante, restablecido ya de su herida, que estaba en vena de fortuna y que era preciso aprovecharla. Hízose bien pronto á la mar, y recorrió triunfalmente las costas de Calabria, llegando á introducirse en el puerto mismo de Nápoles, tan cer-

muchos otros historiadores españoles é italianos. Obsérvese que hay notables diferencias en el modo que cada uno tiene de contarla, como la hay también entre Muntaner y Desclot, el primero de los cuales la describe con más poesía y el segundo con más verdad. El combate personal entre los dos almirantes lo cuentan Desclot y Quintana.

ca de la ciudad, que alcanzaban á sus galeras, dice Desclot, las ballestas que desde la playa disparaban. Nadie, sin embargo, se atrevió á salir en demanda de aceptar aquel reto temerario del brioso almirante, el cual llevó su atrevimiento hasta prender fuego á los buques y construcciones navales que había en el astillero, retirándose en seguida á las islas de Capri y de Ischia, cuyos castillos tomó por asalto. Esta afortunada correría le valió muchas presas, y cargado de despojos regresó á Mesina á invernar y á prepararse para las gloriosas empresas que le aguardaban con la llegada del buen tiempo [1].

Sin perjuicio de volver luego á las cosas de Sicilia, digamos ahora lo que sucedía en nuestros reinos y qué es lo que en ellos hizo D. Pedro á su regreso de Burdeos. Pero antes importa poner en antecedentes á los lectores.

Parece ser, atendido lo poco que de estos reinos nos dicen los cronistas durante la ausencia del rey, que el llamamiento de D. Pedro al trono de Sicilia no fué recibido con mucho entusiasmo por aragoneses y catalanes. La guerra de Sicilia tardó en hacerse popular en este país, á donde desde Collo habían regresado varios barones sin querer seguir á D. Pedro á Italia, y éstos sembraron aquí ideas generales de descontento, haciendo ver los grandes perjuicios que podía ocasionar á la nación la enemistad del Papa, la de Carlos de Anjou y la del rey de Francia. No hay, pues, nada de extraño en que los catalanes, disgustados de su rey, tan poco adicto por otra parte á las venerandas instituciones del país, manifestasen su desagrado al ver que por la ambición de su monarca, que ni siquiera se había dignado

1 Desclot, caps. CXV y siguiente. Muntaner, como siempre exagerado y novelesco, refiere esta correría del almirante como anterior á la batalla de Malta, y la cuenta con detalles muy bellos, pero que están, algunos, en contradicción con los que dan Saba Malaspina, Neocastro Speciale y Desclot.

consultarles empresa de tal gravedad, estaban abocados á una guerra que podía traer al país funestísimas consecuencias, algunas de las cuales se comenzaban á tocar con el entredicho puesto por el Papa. ¿Qué mucho, pues, que llamaran entonces á Sicilia la *isla del dolor?* [1]. El brillo de las victorias por nuestras armas alcanzadas, y la continuidad de ellas, vinieron poco á poco á obrar una reacción en los ánimos, declarándose por fin general el entusiasmo cuando ya vieron los naturales de estos reinos que se trataba de atacar su nacionalidad.

El príncipe D. Alfonso gobernó bien estos estados mientras estuvo al frente del poder, y como parece que, en Cataluña particularmente, el descontento era por lo poco adicto que el rey se mostraba á las instituciones del país y por haber tomado á su cargo aquella peligrosa y gravísima empresa sin anuencia de las Cortes, buscóse medio de tranquilizar los ánimos y de hacer que el trono recobrase las simpatías que iba perdiendo. Conveníale al rey sobremanera granjearse y conservar el afecto de sus súbditos, ya que, excomulgado por el Papa, malquistado con el rey de Castilla por la alianza que contrajera con D. Sancho, enemistado con Francia, que podía por Navarra y Rosellón amenazar sus estados, abierta la guerra con el de Anjou, turbado su reino por las pretensiones y movimientos de gran parte de la nobleza y de algunos de sus pueblos, no tenía en realidad otro recurso más que confiar en aquéllos y tenerlos prontos y dispuestos á todo para conjurar la tormenta que amenazaba estallar sobre su frente. En esto, y no en otra cosa, me parece hallar la causa de que se diese á los barceloneses aquella carta confirmatoria de sus libertades, costumbres y fueros, que citan los autores con el

1 *Doloris insula* la llama en su cap. XXVIII el autor del *Gesta comitum.*

nombre de privilegio del *Recognoverunt Próceres*, y digo creerlo así, por haberse dado esta carta ó privilegio hallándose el rey en Sicilia todavía. No es ésta la creencia general, ya lo sé; pero es la humilde mía.

Otros han dicho, y ha sido ésta por largo tiempo opinión admitida como punto de fe en historia, que cuando D. Pedro se vió amenazado por los franceses (conforme veremos, en 1285), se vino á Barcelona, despechado por haberse negado los aragoneses á darle los recursos y asistencias que pedía, y convocando á los catalanes les representó la entrada cercana de sus enemigos, instándoles á prevenirse para la defensa de la patria. Los catalanes, dicen los que de ello hablan [1], estaban descontentos porque el rey no les atendía en sus demandas á favor de sus libertades, y se presentaron al monarca vistiendo mallas y embrazando escudos; pero sin llevar hierros en las lanzas, ni en las vainas espadas y puñales, pretendiendo indicar con esto que quienes no eran libres no podían usar las armas sólo á hombres libres concedidas. Entonces, añaden, movido el rey por este rasgo, mandó en el acto congregar á los más inteligentes y sabios para ver los privilegios que faltaban, y comprendió en uno solo la confirmación de cuantos habían conseguido nuestros mayores. A esta recopilación se le dió el nombre de *Recognoverunt Próceres*.

Esto es, en resumen, lo que cuentan Carbonell y otros, pero no es de extrañar que en nuestros tiempos se haya mirado como una fábula. De que lo es, hay una prueba convincente. Los que refieren el hecho, citan un privilegio que lleva la fecha del 3 de los idus de Enero de 1283, mientras que el hecho, á ser cierto, hubo de tener lugar en 1285, y por consiguiente, mucho tiempo después de haberse otorgado el privile-

1 Véase la crónica de Carbonell, fols. 76 y siguientes.

gio. ¿Cómo no advirtieron esta contradicción evidente?

En el libro verde de Barcelona [1] hallo, en efecto, el privilegio que citan, ó mejor la carta confirmatoria de las libertades, costumbres y fueros de los barceloneses, concedida por el rey D. Pedro *el Grande*; pero está dada por el príncipe ó infante D. Alfonso, en Barcelona, el día citado, aun cuando lleve el nombre y la firma de D. Pedro. Aténgome, pues, á lo dicho, y creo que esta carta se dió por las razones indicadas, durante la ausencia de D. Pedro, y á fin de preparar los ánimos y atraerle las simpatías á su regreso. No es por esto de admirar que concediese entonces aquel privilegio á Barcelona, tanto más cuanto que, si bien constituía por sí solo un verdadero fuero local, no era en cierto modo más que la ratificación de otros anteriores.

Volviendo ahora á D. Pedro, se sabe que luego de estar en Tarazona, habiendo regresado de Burdeos, envió embajadores á D. Juan Núñez de Lara, que era á la sazón señor de Albarracín, para acusarle de haber influído con el Papa, á fin de que le declarase privado de estos reinos por sentencia apostólica [2].

A todo esto, el horizonte político se iba cada vez ennegreciendo más y más á los ojos de D. Pedro. Su aliado, el príncipe castellano D. Sancho, estaba en guerra abierta con su padre D. Alfonso, que acababa de maldecirle solemnemente, llamando sobre su cabeza la ira de Dios como á hijo traidor y parricida. Al propio tiempo los franceses, allegando un ejército, cuya sola caballería constaba de 4.000 hombres, y seguidos de otra hueste compuesta de navarros, iban invadiendo el alto Aragón y poniendo cerco á sus principales fortalezas. A pesar de la brava resistencia que se les opuso, ocu-

1 *Libre vert I*, fol. 240 (Archivo municipal de esta ciudad).

2 Archivo de la Corona de Aragón, Regist. XII, Petri II, párr. II, pág. 234.

paron las plazas y poblaciones de Ul, Lerda y Filera, situadas en la frontera de Aragón y Navarra, hacia el partido de Sangüesa, y, prosiguiendo sus excursiones, pasaron á fuego y sangre otras villas y comarcas.

La turbación en nuestros reinos era entonces general, mayormente cuando comenzaban á sentirse las influencias del entredicho que sobre ellos pesaba. El papa Martín IV, cada vez más ciego en sus odios, cada vez desconociendo más los intereses de la Iglesia y olvidando su misión de paz, de caridad y de concordia, envió por Julio de 1283 un legado al rey de Francia, Felipe *el Atrevido*, con amplios poderes para tratar con él, y ofrecerle los reinos de Aragón y condado de Barcelona para uno de sus hijos, como no fuese el mismo que debía sucederle en el solio francés. Felipe aceptó, eligiendo para monarca de los estados, que tan poco le costaba ofrecer al Papa, á su segundo hijo Carlos de Valois.

El rey D. Pedro había ya en esto, aunque inútilmente, apelado de la sentencia dada en Orvieto por Martín IV, que le condenara sin oirle, por ante el mismo Pontífice, mejor informado y menos imbuído de sus enemigos. Decía en esta apelación que, no porque su abuelo D. Pedro se hubiese reconocido por feudatario de Roma, debía entenderse que los reyes de Aragón quedaban perjudicados hasta ser tenidos por vasallos del Pontífice, pues D. Jaime había sabido conservarse independiente de todo feudo y vasallaje, y añadía también que aquella sentencia parecía dictada, no por un Pontífice imparcial y justo, sino por el rey Carlos de Sicilia, que era parte interesada en aquel asunto, interponiendo por éstas y otras causas apelación de las vejaciones y agravio que recibía sin ser oído ni convencido [1].

De nada sirvió, sin embargo, esta protesta, y debió

1 Zurita, lib. IV, cap. XXXVII.

entonces sacarse á relucir sin duda el documento de la renuncia hecha por el rey en Port-Fangós antes de embarcarse para Collo, pues que por un breve de Martín IV á Felipe *el Atrevido*, fechado en Orvieto el 10 de Setiembre del mismo año 1283 [1], se ve que el rey de Francia había mandado dos embajadores al Papa para saber si la concesión del reino de Aragón á uno de sus hijos, que se estaba tratando entonces, podría hallar obstáculo en la renuncia hecha por D. Pedro en favor de Alfonso. El Pontífice contestó terminantemente que no se había alegado aún esta exención, pero que tanto él como el sacro colegio la tenían por fútil y de ningún valor.

Mientras iban y venían embajadores de la corte de Francia á la del Papa y de ésta á aquélla, tratándose de la cesión de la CORONA DE ARAGÓN, sobre la cual se discutía como si fueran ya suyos estos reinos, D. Pedro celebraba Cortes á los aragoneses en Tarazona y apresurábanse éstos á presentar en ellas memorial de agravios, sin cuidar de que tenían ya á los enemigos dentro de casa por la parte de Navarra; que para los antiguos hombres de estos reinos las libertades eran lo primero de todo, pues en ellas y sólo en ellas veían la verdadera salvación de la patria.

Las quejas de los aragoneses consistían principalmente en que el rey había comenzado aquella guerra sin dar de ella parte á la nación reunida en Cortes; que en el progreso de los negocios se recataba tanto de ellos, que no seguía parecer ni consejo alguno, sino el suyo ó de algunos sicilianos que estaban en su corte; que había faltado el rey en querer introducir nuevos cargos de imposiciones y tributos, como bovajes y quintas, reprobados ya en otros tiempos, declarándose á los aragoneses

1 Documentos extractados por Amari en la nota 4.ª, pág. 175 del tomo I.

estar exentos de tales servicios; y por fin, que, reconociendo el rey por cuantas vías tenía desaforados á sus barones, se aviniese á tener consejo con ellos en el hecho de aquella guerra y en la que se esperaba contra el rey de los franceses ó contra cualesquier príncipe que quisiese emprenderla en su tierra.

D. Pedro contestó á esto, algo desenfadadamente por cierto, que les había llamado, no para oir tales propuestas y pareceres, sino para dar batalla á los franceses, «que hasta aquella hora por sí había hecho sus haciendas,» y que entonces no quería ni había menester su consejo. Insistieron las Cortes pidiendo confirmación de sus privilegios; pero negóse el rey, y entonces los barones, según la costumbre antigua en casos tales, se juramentaron y unieron dispuestos á todo, salvando la fidelidad debida al rey y al derecho, para conservar y guardar intactas sus libertades, sin las cuales, decían, no podía subsistir el reino.

D. Pedro pudo convencerse entonces de que iba por mal camino, y que no era tierra ésta en que pudiesen fructificar semillas de tiranía y despotismo; é inclinado por lo mismo el ánimo á nuevas resoluciones, apremiando el tiempo, volvió á reunir en seguida Cortes, ó por mejor decir, prorrogó las de Tarazona para Zaragoza. Al presentarse ante éstas; manifestóse ya más blando y más dócil, y á la primera demanda «confirmó generalmente y en particular los fueros, costumbres, usos, franquezas, libertades y privilegios que el reino y las ciudades de él tenían, y concedió el privilegio que llaman general, que es lo principal de las libertades que hoy tiene: que más verdaderamente se pudo llamar confirmación de los privilegios y costumbres antiguas de los aragoneses, que nueva concesión ó gracia [1].»

1 Zurita, lib. IV, cap. XXXVIII.

A pesar de todo, los ricos-hombres no se dieron aún por contentos, y temerosos de que pudiesen peligrar sus fueros y libertades, se reunieron en la iglesia mayor de San Salvador con los procuradores de las ciudades y villas del reino, y allí, con homenaje y juramento recíprocos, se comprometieron á formar *unión*, dándose rehenes en seguridad, y á estar prontos á defender sus derechos contra quien quier que de desmembrarlos tratase.

Hay que poner por entonces una embajada que el rey envió al de Francia. Después de haber D. Pedro tomado parte personalmente, según parece, en una lucha contra franceses en la frontera de Navarra y haber salido victorioso en el encuentro, consiguiendo una tregua, envió á Felipe *el Atrevido* dos embajadores, que eran el obispo de Valencia y un vecino de la misma ciudad, hombre muy ilustrado y sabio al decir de la crónica [1]. La misión que entrambos llevaban era quejarse á Felipe, en nombre de D. Pedro, de haber sus tropas invadido el reino de Aragón sin razón ni derecho ni mediar cartel de desafío, á consecuencia de lo cual aparecía rebajado en su fe y en su valor, estando dispuesto á probárselo cara á cara y cuerpo á cuerpo, ó con 100 caballeros contra otros 100, ó 1.000 contra 1.000, ó tantos como quisiera. Era un reto en toda forma la embajada, y faltábanos saber este rasgo para completar la idea que pudiésemos habernos formado del carácter guerrero y caballeresco de nuestro monarca. El obispo de Valencia [2] y su compañero, cuyo nombre calla Desclot, lle-

1 Desclot, caps. CVII, CVIII y CIX.

2 Según la nota de obispos de Valencia, publicada por Boix en sus apéndices, el embajador de D. Pedro al rey de Francia debió ser Don Jazperto de Botonach, natural de Gerona, que ocupó la Sede valenciana desde 1276 al 1288, estando comprendido en este período el 1283, año en que tuvo lugar la embajada.

garon á la corte del rey de Francia, pero no fueron recibidos, y hubieron de volverse sin haber dado cuenta de su misión más que á algunos de los principales nobles de aquel país por si querían transmitírsela á su monarca. Felipe *el Atrevido* pudo, pues, no aceptar el duelo; pero ello es que se verificó sin mucho tardar, siendo de él palenque los campos del Ampurdán y las sierras de los Pirineos.

De Zaragoza había ido D. Pedro á celebrar Cortes en Valencia. Se ha dicho que fueron éstas las primeras Cortes generales de aquel reino, ó celebradas con distinción de Brazos, con convocatoria y promulgación de leyes [1]. Cerráronse á 1.° de Diciembre, partiendo inmediatamente el rey á Barcelona, para donde tenía citadas las de los catalanes.

Famosas fueron las Cortes que se celebraron en Barcelona desde mediados de Diciembre de 1283 hasta mediados de Enero de 1284; famosas porque el rey, cuya propensión al despotismo templaban las circunstancias, dió en ellas su sanción á los capítulos que le presentaron, algunos de los cuales tenían un carácter tan esencialmente político, que eran, por decirlo así, la base de la Constitución catalana y la consagración del régimen liberal que por tantos años estuvo vigente en Cataluña [2].

Y aquí cederemos la palabra á un ilustrado compatriota, por desgracia arrebatado á la esperanza de las letras catalanas, á Ortiz de la Vega, que tuvo ocasión de estudiar los registros de estas Córtes.

Dice, pues, así en sus *Anales de España*, lib. VII:

«Estas Cortes, á las que se dió comienzo en Diciembre del referido año, son notables porque en ellas el esta-

1 Boix en su *Noticia de las Cortes de Valencia*.—Matheu en su *Regimine regni Valentiæ*, tomo I, pág. 232.

2 *Efemérides* de Flotats.

do llano, sacando partido de las circunstancias, al igual de los aragoneses, obtuvo en alguna manera que se convirtiese en honra y derecho la obligación que tenía por las cartas pueblas de asistir á las asambleas que convocaban los monarcas. Lo son asimismo porque nos pintan el poco efecto que había causado la sentencia pontificia respecto á turbar la obediencia al príncipe. Y también lo son por varias de sus disposiciones. Dice el preámbulo de sus actas que, convocadas Cortes generales de los catalanes en dicha ciudad, concurrieron como súbditos á la corte los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y los diputados de las poblaciones de Cataluña, y todos ellos y cada uno de por sí reclamaron que, sobre ordenar y declarar ciertas peticiones, prestase el rey su consentimiento y accediese con liberalidad á su humilde súplica. Se añade en seguida que, perteneciendo á la excelencia real conceder á sus súbditos libertades é inmunidades, y aprobar y hacer que se observen los privilegios concedidos por sus predecesores, las consuetudes y las buenas observancias, por eso arrodillados, FLEXIS GENIBUS, y con toda la humildad posible los prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de las villas de Cataluña, por sí y en nombre de toda la provincia, suplicaban «al ilustrísimo señor rey» que tuviese la dignación de admitir generosamente y aprobar las peticiones y capítulos que presentaban, ya que redundaban en honor real y en bien procomunal de Cataluña. Y el referido rey, continúan las actas, oído todo, y habido consejo en que todo se examinó cuidadosamente, considerando «cuán propio es del poder real atender al bien de los súbditos, tener en paz la tierra, y hacer observar las inmunidades, libertades, franquicias y privilegios concedidos á dichos súbditos, atendiendo á la lealtad y auxilios que todos ellos prestaron á los reyes pasados y prestan

en la actualidad y pueden prestar en adelante:» por todo lo dicho, se confirman, caps. I y IX, todas las libertades concedidas á los dichos; se manda, cap. IV, á los vegueres y otros ministros de justicia, que no les perturben en su goce por ningún motivo; se prohibe, capítulos VI y VII, recibir bovaje, monedaje ni el quinto, á no ser que proceda de muy antigua eostumbre; y aun así se manda, cap. XI, que sean oídas las exenciones; se determina que ningún catalán deba salir de Cataluña para defender en litigio sus derechos, capítulo XII; se establece, cap. XV, que el rey no legislará en Cataluña sin aprobación de los prelados, barones, militares y ciudadanos, convocados para ello, y con acuerdo de la mayor y más sana parte; se dispone, cap. XVI, que no se prenda á nadie ni se le embarguen bienes sin previa causa; que en las causas privilegiadas, cap. XIX, los jueces no reciban salario ni regalo; se confirma, cap. XXI, el decreto del rey D. Jaime I contra las usuras; se prescribe, cap. XXII, que ni el rey ni nadie proteja á los traidores; se ordena, cap. XXIII, que allí en donde rigen las redenciones, nadie se ausente para mudar de domicilio sin haberse redimido; se manda, cap. XXIV, que una vez al año y en el tiempo que el rey determine se celebren Cortes generales, en que, de acuerdo con los prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y diputados de los pueblos, se trate del buen estado y reforma de la tierra, quedando empero libre el rey de juntar ó celebrar Cortes si alguna justa causa se lo impidiere; se prescribe, cap. XXV, que nadie sea despojado por el rey, ni aun de la posesión de una cosa, sin conocimiento de causa; se manda, cap. XXVI, que sea libre viajar con mercancías ó sin ellas, por mar y tierra, sin más gravamen que pagar los derechos y regalías de costumbre; que ningún hombre libre, cap. XXVII, sea preso por deudas; que

haya, cap. XXVIII, jueces de paz, jurados y cónsules; que caduquen, cap. XXIX, los derechos de lezda y otros puestos desde veinte años antes; que todo sarraceno, cap. XXXI, y judío bautizado, quede libre si se rescata; otros leen que todos los sarracenos, esclavos de judíos, queden libres si son bautizados y se rescatan; que los barones y militares, cap. XXXII, vivan en campaña á costas del rey, según los tratos; que no se vendan baylías ni veguerías, cap. XXXIII, para que no perezca la justicia ni sean oprimidos los súbditos; se confirman, cap. XXXIV, las Cortes de Cervera del año 1202, enmendado conforme á Constitución real lo relativo á paz y tregua; se manda que el clero, los barones y los militares, cap. XXXVI, no paguen ni vengan comprendidos en ciertos pechos; y lo mismo, cap. XXXVII, los ciudadanos si pueden alegar exención; se dispone, cap. XLIII, que los vegueres y obispos puedan proceder de oficio si se ofendiere á algún forastero viajando, y se quebrantare la paz y tregua; se ordena que las caballerías y equipajes de los militares, cap. XLV, no sean embargadas; que no haya, cap. LI, dos vegueres en una jurisdicción; que se eche, cap. LIV, un puente sobre el Llobregat en Roca de Droch, resarcidos para ello los perjuicios que se causaren; que los príncipes ni sus allegados, cap. LV, no compren nada que esté en litigio ni disputa; que todas las causas que el príncipe tenga con barones ó militares, cap. LVI, se juzguen por pares de corte, á saber: barones por barones, y militares de un escudo por otros del mismo. Y todo esto dicen las actas «se hizo, decretó y confirmó estando presentes, requiriéndolo y suplicándolo humildemente los obispos, prelados, religiosos, barones, militares, ciudadanos y hombres de las villas ya dichos.» Las actas las firman, como testigos, dos obispos, el maestre del Temple y seis barones, junto con el secretario del

rey. Son actas sin discusión ni oratoria, y, sin embargo, de ellas se desprende la iniciativa de los concurrentes, la deliberación y examen del rey en su consejo, y, por último, la sanción del príncipe. Ya no se descubre aquí la fisonomía de las asambleas primitivas en las cuales los concurrentes discutían, peroraban, se injuriaban, se retaban y emitían sus dictámenes y votos. Nos hemos detenido en las actas de estas Cortes, porque algunos, al hablar de sus disposiciones, no las tuvieron muy presentes. No es cierto que en ellas, por la vez primera, asistiese el brazo real; actas de Cortes hay, anteriores de un siglo, en las que se habla ya de la asistencia de los síndicos de las poblaciones. Pero es indudable que aquéllas, á vueltas de unas formas muy reverentes al hablar del príncipe, contienen disposiciones capitales respecto á franquicias: que es decir que las poblaciones sacaron todo el partido posible de la situación difícil en la que se había colocado el monarca.»

En estas Cortes es donde hay que ir á buscar el verdadero espíritu del *Recognoverunt próceres*.

CAPÍTULO XXXI.

El Papa da la investidura del reino de Aragón á Carlos de Valois.—Se predica la cruzada contra el rey D. Pedro.—Traición de D. Jaime de Mallorca.—Embajadores enviados al Papa.—Marcha el rey sobre Albarracín.—Sitio y toma de la plaza.—Esfuerzos de la unión de Aragón para mantener sus libertades.—Grandes armamentos contra Sicilia.—Preparativos de defensa por parte de los sicilianos.—Proclama de Roger de Lauria.—Batalla de Nápoles ó de Castellmare.—Prisión del príncipe de Salerno.—Libertad de la infanta Beatriz.

(1284.)

Después de muchas y repetidas negociaciones entre el Papa y la corte de Francia, debidas á exigencias de uno y de otro, acabó Felipe *el Atrevido* por aceptar para su segundo hijo Carlos de Valois la corona de Aragón que tan liberal y generosamente le ofreciera el Papa, por lo poco que le costaba el dársela [1]. El día de Navidad de 1283, según la mayor parte de los historiadores, ó mejor el 21 de Febrero de 1284, según los nuevos documentos aducidos por Amari, reunióse parlamento en París, y ante él el cardenal Juan Chollet, legado del Papa, dió la investidura de los reinos de Aragón y de Valencia y del condado de Barcelona á Carlos de Valois, prestando por él juramento su padre Felipe. La ceremonia se hizo con el extraño rito de poner-

1 "Decidan otros, ha dicho con mucho criterio Muratori, si el Papa procedió en esto con la debida justicia. Pero lo que sí puedo asegurar, es que en estos últimos tiempos los franceses han atacado el poder que se atribuyen los pontífices de apear á los reyes y disponer de sus estados, mientras que entonces aceptaron muy gustosos la donación que les hizo el papa Martín del reino de otro monarca, haciendo cuanto les fué posible para posesionarse del mismo."

le el cardenal su capelo en la cabeza [1]. El Papa ratificó la investidura el 1.° de Marzo, y la bula de concesión se expidió en toda forma el 3 de Mayo [2].

Inmediatamente el cardenal legado comenzó á predicar la cruzada contra el rey de Aragón, concediendo á los que quisieran hacer armas contra un rey cristiano las mismas indulgencias que se otorgaban para la guerra de los lugares santos. También entonces comenzaron los formidables preparativos de Felipe para venir sobre estos reinos; pero no ha llegado aún el momento de ocuparnos en ello.

Es de advertir que el rey de Francia, antes de aceptar para su hijo los dominios que le ofrecía la Santa Sede, se había procurado una alianza que podía serle de gran utilidad cuando viniese el caso de la ocupación de estos reinos. Ya hemos visto en un capítulo anterior, con referencia á los historiadores del Languedoc, que en

1 Desclot es quien cuenta esta ceremonia en su cap. CXXXVI. Muntaner, en su cap. CIII, refiere equivocadamente que el joven Carlos fué á Roma con el legado y que en aquella ciudad el Papa le hizo donación del reino de Aragón, ciñéndole por sus manos la corona de este reino. Muntaner ha popularizado la expresión de *rey del xapeu*, rey del chapeo ó del capelo, que sin duda se daba por escarnio á Carlos entre los almogavares y soldadesca, como en tiempos ya modernos se ha llamado, por escarnio también, *el rey botella* al hermano de Napoleón que éste sentó en el trono de España. La anécdota que refiere Muntaner no es muy verosímil en el supuesto de ser el Felipe, hermano de Carlos de Valois, quien primero usó esta expresión de *rey del chapeo;* pero hemos de creer, sin embargo, que era la denominación vulgarmente dada en Cataluña al joven infante francés tan extraña y extemporáneamente coronado.

2 Puede verse el tomo I de Amari, cap. XII, donde se trata de este punto con documentos y datos no aducidos hasta ahora. En Amari, en los *Anales* de Zurita, en la *Historia eclesiástica* de Fleuri, en el mismo Desclot y en otros autores, se leen las condiciones impuestas por el Papa á la corte de Francia y con las cuales fué dada la investidura de estos reinos á Carlos de Valois.

Agosto de 1283, Felipe *el Atrevido* y D. Jaime de Mallorca, hermano de D. Pedro, tuvieron una entrevista en Palairac, en la cual el último reconoció que el señorío de Montpeller era del rey de Francia [1]. Parece que entonces D. Jaime de Mallorca, inspirado por resentimientos contra su hermano, estuvo muy deferente y humilde con el monarca francés, á quien acompañó á Tolosa y á quien hospedó fastuosamente en Montpeller [2]; pero su deferencia y su humildad tomarían visos de traición inicua si ya entonces, como dice haberlo visto un historiador, hubiese prometido por solemne escrito, aunque secreto, franquearle el paso para Cataluña cuando viniese la ocasión, cederle las fortalezas, facilitarle vituallas, y en una palabra, procurarle los medios de combatir al que era su hermano y á la que era su patria [3]. Esta traición, simulada con la obediencia á la Iglesia, se pagó provisionalmente con otorgar á Jaime las décimas eclesiásticas en sus dominios.

El rey D. Pedro, entre tanto, de cuyo recurso de apelación á la sentencia del Papa no se había hecho

1 Véase el cap. XXII de este libro.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 43.

3 Amari cita el diploma en que dice consta esto, fechado en Carcasona á 17 de Agosto de 1283, firmado por D. Jaime y existente en los archivos del reino de Francia, J. 598, 4, 5.—Este documento importantísimo y los citados por los historiadores del Languedoc tocante á reconocimiento del señorío francés en los dominios de Montpeller, prueban de un modo indudable la ligereza, por no usar otra palabra más dura, con que Muntaner ha inducido á error á muchos autores, que le han creído verídico, contando los hechos referentes á D. Jaime de distinta manera de como pasaron, falseando unos, tergiversando otros y callando los más. No es, pues, extraño que á los ojos de algunos, por seguir á Muntaner, haya llegado D. Jaime hasta nosotros con la reputación de un personaje víctima de la calumnia. Pero si hay calumnia en hacer aparecer á un hombre honrado como un malhechor, la hay por lo menos igual en querer presentarnos á un malhechor como un hombre honrado.

caso, insistió de nuevo, aunque en vano. El Pontífice juzgaba, no como representante de Dios en la tierra, sino como hombre lleno de odios y de pasiones, y fué inútil que el monarca aragonés enviase como embajadores á Arnaldo de Rexach y á Bernardo de Orle, para que en su nombre pidiesen á Martín IV y al colegio de cardenales, que se le asignase lugar idóneo y seguro donde pudiese él presentarse á dar sus descargos, alegando y mostrando todo cuanto conviniese á la defensa de su causa. Si hemos de creer á Muntaner, en el fondo de cuya crónica no deja de haber datos que la crítica histórica puede y debe aprovechar, despedidos estos embajadores asaz bruscamente por el Papa, protestaron por medio de un escrito en buena forma por mano de notario, y regresaron á su país.

El historiador Amari, con excelente criterio, dice que estas protestas y apelaciones nacían de un justo argumento del rey D. Pedro, común á los más altos ingenios de aquella época y fuertemente esculpido en todas las memorias que de entonces se tienen, que era distinguir siempre la religión de la Iglesia, la personalidad del Papa de la fe cristiana. Y no en otra idea hay que ir á buscar la que presidió á la acuñación de las monedas sicilianas de entonces, las cuales llevaban en el anverso el águila siciliana, el nombre de la reina Constanza y la leyenda: *Cristo vènce, Cristo reina, Cristo manda*, y en el reverso el nombre del rey Pedro con las armas de Aragón y la leyenda: *El sumo poder está en Dios*.

Cada vez más ciego en su odio, tardábale al Papa ver á la casa de Francia arrojarse sobre la CORONA DE ARAGÓN, y se dice que por haber sabido que Pedro se avenía por escarnio y burla á no titularse rey, sino *Pedro, caballero de Aragón, padre de dos reyes y señor del mar*, habiendo mandado en Mayo de 1283, bajo pena

de muerte, que ningún prelado publicase en sus dominios las censuras que contra él fulminaba la Iglesia, comisionó al arzobispo de Narbona para que averiguase si el interdicto se ejecutaba, interdicto según el cual debían estar cerradas las iglesias, sin darse más sacramentos que el Bautismo á los recién nacidos y la Penitencia á los moribundos, «que así maldecía miserablemente el Papa la tierra cuyos mayores habían regado de tanta sangre para triunfo de la cristiana fe [1].»

Para colmo de males, pues todo parecía declarársele en contra, excepto Sicilia, donde luego veremos cómo las cosas iban prósperamente, vióse precisado Don Pedro á salir de Valencia, que era, según parece, su ciudad predilecta, á fin de marchar contra Albarracín, que aparecía completamente pronunciada contra él en Abril de 1284. Ya hemos tenido ocasión de hablar otras veces, en el curso de esta obra, de la plaza de Albarracín, morada de turbulentos é independientes señores, que sólo querían reconocerse vasallos de Santa María, según á sí propios se denominaban. Albarracín que, como ya sabemos, resistiera victoriosamente á D. Jaime, tuvo que declararse vencida por su hijo D. Pedro.

El último señor de este punto había sido D. Alvaro de Azagra, quien tuvo sólo una hija llamada Doña Teresa, que casó con D. Juan Núñez de Lara, viniendo por este enlace á parar el dominio aragonés en poder de un magnate castellano. Era este Núñez de Lara aquél á quien D. Pedro envió á desafiar por haber contribuído con sus consejos á la sentencia del Papa. Enemigo declarado de nuestro monarca, favorecedor de los intentos del rey de Francia, D. Juan Núñez de Lara se aprovechó de las turbaciones que había en el reino y de

1 Amari, pág. 317 del tomo I.

los conflictos en que estaba sumido D. Pedro, para levantar una hueste de gente de guerra y efectuar continuas correrías, talando, destruyendo, merodeando y haciendo notable daño, con especialidad en las aldeas de la comarca de Teruel. D. Pedro marchó resueltamente contra él, apoyado por los consejos de Calatayud, Daroca y Teruel, y combatida reciamente la plaza, de la cual el prudente Núñez se había salido, tuvo que reconocer la autoridad del rey de Aragón, cuya real señera tremoló en las almenas de aquel lugar reputado hasta entonces por inexpugnable [1].

Teniendo el rey puesto sitio á Albarracín, nos dice Zurita que los aragoneses que habían ido á las Cortes convocadas en Zaragoza, proseguían en ellas sus pretensiones y demandas. Dieron al monarca término en que pudiese presentarse por razón del sitio; pero viendo que no lo hacía, enviáronle embajadores, los cuales debían suplicarle, á nombre de las Cortes, tuviese á bien acudir al remedio y reparo de los agravios, cosa tantas veces ofrecida, pero pocas ó ninguna cumplida.

Un autor, que será siempre muy respetable para el de esta obra, aun cuando haya alguna vez entre ambos desacuerdo de opiniones, ha dicho fijándose en esta época:

«Al mismo tiempo los aragoneses no daban vagar á sus pretensiones é insistían en ellas, principalmente los ricos-hombres, con un ahinco y una mancomunidad de esfuerzos, que aun en su amor á las franquicias parecían cosa extraordinaria, atendidos los riesgos de una inva-

1 Desclot, cap. CXVII; Zurita, lib. IV, cap. XLVI.—El dominio de Albarracín fué dado entonces por el rey á su hijo natural D. Fernando, que no lo conservó mucho tiempo, volviendo á los Núñez de Lara en 1298, quienes sólo lo tuvieron dos años, al cabo de los cuales fué agregado á la corona. (Véase Quadrado: *Aragón*, cap. I de la parte 3.ª)

sión extranjera. A las demandas del rey, que pedía con premura servicios, respondían reclamando libertades, y á las instancias para que acudiesen á repeler con la fuerza la dominación extraña, contestaban presentando memoriales de agravios. Estos orígenes tuvo el privilegio general de Aragón, continuado en el libro primero de los Fueros del reino. La llamada Unión de Aragón para la defensa de las libertades públicas, eligió la misma coyuntura de que se aprovecharon los estamentos del reino de Valencia y el brazo real del Principado de Cataluña: solamente que en estas dos provincias se obtuvo cuanto se deseaba por buenas vías y sin alardes de arrogancia. En Aragón todo lo prometía el rey con tal que le sirviesen, y las Cortes no se allanaban á servirle sin que antes les cumpliese todas las promesas. Notábase demasiada tirantez atendido lo apremiante de las circunstancias, y parecía más bella la causa de quien ante todo no perdía de vista á los enemigos de su patria [1].»

Podrá haber mucho de cierto en lo que aquí se dice; pero también lo es, á mi modo de ver, que en los orígenes de la unión aragonesa debe reconocerse un principio sagrado, y ojalá que siempre en todos los países se hubiese sentado como base el que los intereses del reino son superiores á los del rey.

Dejemos ahora por un momento á D. Pedro, y ocupémonos un poco de los sucesos de Sicilia, que reclaman nuestra atención.

El invierno del 1283 al 84 había transcurrido con toda tranquilidad para Sicilia, que volvía á entrar en su estado normal, ó por mejor decir, que entraba, después de muchos años de interrupción, en el período de florecimiento, prosperidad y riqueza, tesoro de los pue-

1 Ortiz de la Vega.

blos regidos por buen sistema representativo. Pero eran para la isla y para su próspera suerte dos enemigos terribles el Papa y Carlos de Anjou. El primero lo removía todo para buscar enemigos á Sicilia y á Pedro de Aragón. Acudía á Génova, cuya podestá contestaba que hacía muchos años que estaba en paz con la CORONA DE ARAGÓN, y pretendía continuar en la misma; pedía auxilios á Venecia, cuya república manifestaba solemnemente que ni al de Aragón ni á otro rey cristiano alguno moverían guerra sin causa; y mientras tanto abocaba los tesoros procedentes de las décimas de toda la cristiandad, destinados á la guerra de la Tierra Santa, para que Carlos de Anjou preparase formidables armamentos contra Sicilia. Éste, por su parte, se daba prisa en complacer los deseos del Papa, que eran los suyos, desde Marsella, en cuyo puerto reinaba una actividad extraordinaria y se montaba una fuertísima armada, ínterin estaban ya dispuestas á las órdenes del príncipe de Salerno 30 galeras en Nápoles y 40 en Brindis. Todo estaba pronto, al objeto de que, antes de concluir la primavera del 84, 100 naves de batalla y otras tantas de transporte se reuniesen en Ustica para caer sobre la impía, la hereje, la excomulgada Sicilia [1].

Enterados de todos estos preparativos los consejeros de la reina Constanza y de su hijo D. Jaime, creyeron que la salvación de la isla estaba en atacar á los anjoinos antes que éstos reuniesen sus fuerzas para caer sobre ellos con tan formidable poder. Treinta y cuatro galeras, sin contar los leños menores, armáronse á toda prisa en Mesina, y cuando la flota estuvo en disposición de hacerse al mar, la reina Doña Constanza llamó á su presencia al almirante Roger, á los capitanes y á los pilotos, que pudieron presentarse á su reina con los

1 Amari, cap. X, tomo I.

laureles recientemente ganados en Malta y Scalea. Con acento conmovido, pero con alta dignidad, dirigió Doña Constanza la palabra al de Lauria, recordándole que ella era su hermana de leche; que él había sido educado por la casa de Aragón, á la cual debía sus honores, y diciéndole que Sicilia toda, que su esposo, que sus hijos y que ella misma sólo en Dios y en Roger de Lauria confiaban entonces:—«No temáis, señora, le contestó lacónicamente el almirante. Nunca la señera del rey de Aragón ha sido vencida ni ha retrocedido, y en Dios confío que esta vez sucederá lo propio [1].»

Roger de Lauria se fué en seguida á disponerlo todo, y, cuando ya las galeras estaban aparejadas, pasó revista á las tripulaciones antes de emprender la marcha y les dirigió una admirable proclama, que creo debe trasladarse aquí, por lo mismo que sólo en Desclot la hallo continuada:—«Ignoro, les dijo, dónde se halla nuestro señor el rey de Aragón y de Sicilia; no sé si está en Aragón, ó en Cataluña, ó en Navarra; pero lo que sé es que nosotros estamos aquí por él. Nunca su señera fué vencida ni volvió atrás, que es gracia que le ha hecho Dios, y esto que ha ondeado en muchas batallas dadas para hacer progresar la fe de Jesucristo. Preparaos, pues; yo os aseguro que antes de doce días volverá á tremolar en una gran batalla, batalla de la que, con ayuda de Dios, saldremos vencedores. Corazón quiero en cada uno de vosotros y nadie tema, ya que hombres algunos hicieron jamás lo que nosotros haremos. Treinta galeras armadas hay en Nápoles, otras 30 han de llegar de la parte de Provenza, las cuales forman 70 con las 10 que los de Pisa envían á nuestros enemigos; y os cuento el número para haceros saber que nosotros, que no podemos retroceder ni aun ante 100 galeras contra-

1 Desclot, cap. CXX.

rias, debemos ir á buscarlas donde quiera que podamos tropezar con ellas.»

La alocución del almirante fué recibida con entusiasmo, y la flota partió del puerto de Mesina saludada por las aclamaciones de la multitud, que veía en ella la esperanza de la patria. Entonces fué cuando tuvo lugar aquel famoso combate naval que á tan alto grado elevó la gloria del de Lauria y que hizo memorable el 5 de Junio de 1284.

Osado en su fortuna, el almirante de la CORONA DE ARAGÓN cruzó por delante de Nápoles como retando al enemigo. Aceptó éste el reto. Treinta galeras salieron del puerto, yendo en una de ellas el mismo príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo;* pero entonces Roger de Lauria se valió de una estratagema y aparentó huir. Su idea era la de ganar la ventaja del sol dejándolo á su espalda, atraer al alta mar al enemigo y conseguir que se desordenara con la caza. Consiguió por completo lo que deseaba. La flota napolitana comenzó á perseguir á la de Roger de Lauria, que huía hacia Castellmare, y cuéntase que una galera enemiga, mandada por dos sicilianos desertores, Risso y Nizza, iba tan cerca de las nuestras, que los tripulantes podían oir las voces que aquéllos daban, diciéndoles:—«¿A dónde huís, héroes? En vano os afanáis por escapar, que aquí tenemos con qué aseguraros.» Y al decir esto, les mostraban las cadenas para ellos preparadas.

De pronto, y como por encanto, las galeras fugitivas se pararon volviendo sus proas y colocándose 20 en línea de batalla, mientras las otras se situaban á retaguardia, para obrar según un plan de antemano concebido. Roger, en una barca armada, recorrió rápidamente la línea, alentando á los suyos, diciéndoles que tenían delante lo mejor de la nobleza de Francia, y que era razón que diesen de sí muestras tales que por largo

tiempo se hablase de ellas en el mundo.—«Miradles, exclamaba señalando á los enemigos; gentes son qué jamás vieron armas ni saben tampoco lo que es el mar. Ellos gritan: hiramos nosotros.» Dice Roger; suenan en el acto con bronco estrépito las marinas trompas; levántase el grito entusiasta de *Aragón* y *Sicilia*, y nuestra armada en furiosa embestida cae sobre la contraria, atónita y absorta al ver aquel tan repentino como inesperado cambio.

Admirable triunfo fué el de aquel día para Roger de Lauria. Varias de las galeras napolitanas echaron á huir sin ni siquiera intentar el combate, y dejaron la nave del príncipe de Salerno con algunas otras para disputarse el honor, ya que no la victoria, de la jornada. Aunque no avezados al mar ni firmes en las naves, los franceses se comportaron noblemente, pero tuvieron que sucumbir. La galera en que iba el príncipe se defendió más tiempo y con más bizarría, ó á lo menos con más desesperación que las otras, haciendo particularmente proezas de heroismo el caballero francés Reinaldo Galart. Lauria, viendo la pertinacia de aquella defensa, mandó entonces que se echase á pique la nave. Sólo entonces se rindió. El príncipe entregó su espada á Roger, que le acogió en su buque, quedando prisionero de guerra con toda la flor de su nobleza que le había acompañado. Nueve galeras quedaron también en poder de nuestro almirante, y como una de ellas, haciendo esfuerzo de velas y de remos tratase de escaparse, Roger despachó en su persecución la galera catalana de Nadal Pansa, diciéndole á éste lacónicamente que le iba la cabeza si no volvía con la enemiga nave. Pansa debía saber cómo cumplía Roger sus órdenes, y volvió con ella [1].

1 Tratan extensamente de este combate, entre otros muchos, Desclot, caps. CXXI al CXXVIII; Neocastro, caps. LXXVI y LXXVII; Speciale, cap. XXVII del lib. I; Amari, cap. X; Quintana en su *Vida de*

No fué éste el único resultado de la victoria. El almirante pidió, y otros dicen que exigió, al príncipe su prisionero, amenazándole de lo contrario con la muerte, que mandase entregarle la hermana de Doña Constanza, la infanta Beatriz, joven y gentil hija de Manfredo, que pasó huérfana desde su cuna á la cárcel que en Nápoles le destinó Carlos de Anjou. El príncipe envió por la joven infanta, que triunfalmente fué acompañada á las galeras de Lauria, y entonces éste, orgulloso con su presa, se dirigió otra vez á Mesina, no sin antes haber hecho decapitar á los dos sicilianos renegados Risso y Nizza.

No con entusiasmo, sino con el delirio del entusiasmo, y se comprende bien, fueron en Sicilia recibidos Roger de Lauria y los suyos.

CAPÍTULO XXXII.

Tumulto en Mesina.—Síntomas de revolución en Nápoles.—Sitio de Reggio.—Defensa de Reggio por Guillermo de Pons.—Rasgo notable de Ramón Marquet.—Nuevos triunfos de Roger de Lauria.—Conquista de la isla de los Gerbes.—Prisión de Margano.—Cae en desgracia Alaimo.—Admirable comportamiento de una guardia catalana.—Empresa contra Navarra.—Poesía guerrera de D. Pedro.

(De Junio á Diciembre de 1284.)

En poco estuvo que la brillantez del triunfo no fuese manchada con horribles asesinatos. El pueblo de Mesina, febril de cólera, quería vengar en los prisioneros que traía la flota la muerte de Manfredo y Conradino, y la

Roger de Lauria, y Muntaner en su cap. CXIII. Este último llama príncipe de Matagrifón al de Salerno, sin duda por el castillo en que luego se le encerró, y exagera poéticamente algunos incidentes.

reina, sus hijos, el almirante y los más autorizados ciudadanos hubieron de interponer su influencia para contener al populacho, que mandaba echar ya las campanas á rebato y se esparcía por calles y plazas, reuniéndose á su antiguo grito de *¡Mueran los franceses!* El príncipe de Salerno hubo de desembarcar en traje de soldado catalán para no ser conocido, y se le condujo al castillo de Matagrifón, donde con buena guardia quedó asegurado.

Mientras esto tenía lugar en Mesina, en Nápoles se alborotaba asimismo el pueblo, amenazando alzarse contra Carlos de Anjou; pero contuvo la revolución la llegada de éste, que el mismo día de la batalla cruzaba los mares con 40 galeras, dirigiéndose á Gaeta. En este punto tuvo noticia de la prisión de su hijo y del tumulto de Nápoles, y corrió á esta ciudad amenazando entrarla á sangre y fuego. Su presencia y algunas enérgicas medidas, que se apresuró á dictar, bastaron para desanimar á los revolucionarios.

El de Anjou debía abrigar entonces un devorador deseo de venganza, y con actividad extraordinaria aumentó su flota y reunió un cuerpo de ejército, decidido á caer sobre Sicilia como una tempestad, vengándose de sus derrotas y de la prisión de su hijo. La armada anjoina zarpó de Nápoles, al mando de dos almirantes, el 24 de Junio, pero toda su empresa consistió en un paseo militar. Fué dando vueltas en torno de Sicilia como para atemorizar con su poder al enemigo; se presentó ante las cadenas del puerto de Mesina, y luego se dirigió á Reggio, cuyo sitio había mandado emprender Carlos de Anjou por su ejército de tierra, que constaba de 10.000 jinetes y 40.000 infantes. Su armada se componía de 150 ó 200 buques mayores, sin contar los otros.

Reggio se sostuvo con heroismo. Su guarnición,

compuesta de catalanes y sicilianos, al mando del catalán Guillermo de Pons, supo bizarramente resistir al grueso de las fuerzas de Carlos de Anjou, que con la menor parte de su hueste pasó á Catona, creyendo cosa de pocos días la toma de Reggio. No solamente no sucedió esto, sino que la plaza acabó por triunfar. Resistieron los nuestros repetidos asaltos, sufrieron con valor todas las penalidades consiguientes á un durísimo sitio, y en vano fué que una y otra vez se presentase el mismo Carlos ante los débiles muros de aquella población, sostenida por el heroismo de un puñado de valientes. El resultado fué que á 13 de Agosto se levantó el cerco, y Carlos tuvo que abandonar la prosecución de su empresa contra Sicilia, ya fuese porque se acercaba la peor estación del año, ya porque no tenía víveres suficientes, ó ya, en fin, porque la hueste, formada en su mayor parte de aventureros, comenzaba á rebelársele y amenazaba desordenarse.

Durante esta campaña, Roger de Lauria permaneció siempre en el puerto de Mesina, pronto á la defensa de esta ciudad, contentándose con despachar algunas saetías que salieron varias veces á provocar la armada enemiga para atraerla hacia el puerto; pero sin que los anjoinos por aquella vez se dejasen prender en el lazo.

Los anales sicilianos consignan un hecho admirable con referencia al catalán Ramón Marquet, que había sido enviado á aquel país por el rey D. Pedro con 14 galeras, así que supo en Cataluña los nuevos armamentos del enemigo. Navegaba Marquet por el mar de Milazzo, cuando viendo desde tierra su flota un caballero catalán llamado Vilaregut, que era gobernador de aquella ciudad, despachó una barca con el aviso á Marquet de que la escuadra enemiga impedía el paso del estrecho. La contestación del vicealmirante catalán fué verdaderamente espartana:—«El rey, dijo, me manda condu-

cir estas naves á Mesina.» Y siguió su derrotero. El de Vilaregut envió en el acto un parte al príncipe Don Jaime, y nuestra flota salió entonces del puerto de Mesina, yendo á recibir á la de Marquet hasta la torre del Faro. Entrambas se reunieron á la vista del enemigo y, sin ser molestadas, entraron en el puerto.

Poco después de este hecho, Carlos de Anjou dió la orden de retirada, y Roger de Lauria lanzó entonces 54 galeras en persecución de aquella escuadra que tan amenazadora se había presentado y que se retiraba sin combatir. Entonces fué cuando tuvo lugar (Agosto de 1248) el asalto y saqueo de Nicotra, que nosotros llamamos Nicotera. El almirante, engreído con esto, saqueó con igual felicidad á Castelvetro, tomó á Castrovilari y otros pueblos de la Basilicata, promoviendo allí un levantamiento en favor de D. Pedro, de modo que ya fué preciso enviar de Sicilia un gobernador que en nombre del monarca aragonés defendiese y asegurase toda aquella parte de Calabria. Sin embargo, los historiadores sicilianos se quejan en esta ocasión de Roger de Lauria, de quien dicen que por su codicia en llevar á cabo una empresa que participaba de piratería, dejó la más noble y gloriosa de arrojarse sobre la escuadra napolitana, á la cual, por lo desmayada que iba, hubiera sido fácil derrotar.

No se limitó á lo dicho el almirante. Dejando la costa calabresa, se acercó á la de África, y á mediados de Setiembre del mismo 1284 se arrojaba sobre Gerbes, cuya isla, poseída por los moros, se veía obligada á rendírsele, siendo cuantioso el botín que de ella sacó Roger. Gerbes reconoció el señorío del rey de Aragón, y allí mandó el de Lauria levantar una fortaleza, dejando en ella un gobernador.

Para colmo de su afortunada correría, una galera catalana apresó un buque en que iba el príncipe tunecino

Margano, y con él, y con los despojos de los Gerbes y de los demás paises saqueados, tornó el de Lauria á Mesina, que respiraba, como toda Sicilia, viendo alejado á su enemigo y victorioso á su almirante.

Después del retorno de la flota y la retirada de la hueste anjoina, hubo en la corte de Sicilia serios altercados que produjeron la desgracia de Alaimo de Lentini. Fué enviado éste por el príncipe D. Jaime á Cataluña so pretexto de reclamar auxilios á D. Pedro, y ya no tornó á Sicilia. Se ha dicho que entró en una conspiración contra el rey. Lo cierto es que su esposa Macalda fué encarcelada en el castillo de Mesina, mientras él lo era en Cataluña en el de Lérida, donde estuvo hasta el 1287. En este año D. Jaime le sentenció á pena capital, olvidando todo lo que aquel heróico anciano había hecho en Sicilia por la casa de Aragón. La desgracia de Alaimo, aunque promovida en parte por la soberbia y el odio de su esposa á la reina Doña Constanza, la achacan particularmente los cronistas sicilianos á manejos de Prócida y de Lauria, envidiosos del favor que se le dispensaba en la corte.

Un partido poderoso, al frente del cual se hallaba el almirante, según parece, quería la muerte de Carlos *el Cojo*. Una sangrienta asonada tuvo lugar un día en Mesina. La plebe corrió desalada á un edificio donde había 50 prisioneros franceses bajo la guardia de solos 20 soldados catalanes. A grandes gritos pidió á los prisioneros para matarles; pero la guardia se negó á entregarlos y se dispuso valientemente á defenderlos. Pero eran pocos los catalanes para resistir al pueblo que aumentaba por instantes, y tomaron la resolución de llamar á los presos y armarles, diciéndoles:—«Combatiremos juntos por vuestra vida.» Combatieron, en efecto, y pelearon con las fuerzas que la desesperación y la justicia les daban; pero el pueblo incendió el edificio,

y para escapar al fuego hubieron de entregarse. Aquel día Mesina presenció otra sangrienta escena de las *Vísperas*.

Quizá para calmar la efervescencia del pueblo, se pronunció entonces la sentencia que se supone contra Carlos *el Cojo*, príncipe de Salerno, añadiéndose que la reina Constanza no quiso firmarla y le perdonó. Lo cierto es que el príncipe cautivo fué trasladado del castillo de Matagrifón al de Cefalú, y más adelante, como veremos, se le envió á Cataluña.

De tal modo andaban las cosas de Sicilia, mientras D. Pedro, conquistador de Albarracín, penetraba en Navarra con una hueste de 1.500 jinetes y 10.000 infantes [1]. Fué una afortunada correría la que llevó á cabo por tierras navarras, regresando triunfante á Aragón, después de haber humillado en aquellos campos la soberbia de Núñez de Lara y de sus aliados franceses.

Pero estaba próxima á sonar la hora de la época heróica de D. Pedro. Felipe *el Atrevido* hacía sus preparativos de guerra para invadir el reino de Aragón, y entonces debió de ser cuando nuestro monarca, que no se desdeñaba de pulsar el arpa de los trovadores, escribió aquella su famosa poesía á Pedro Salvaje, que comienza:

Peire Salvagg' en greu pesar
me fan estar
dins ma maisó
las flors que sabs vólen passar
sense guardar
dret ni rahó.

En esta poesía, dirigida al que se dice que era su trovador familiar, se queja amargamente D. Pedro de

1 Desclot, cap. CXXX.

que las flores de lis quisieran pasarse á estas tierras sin razón ni derecho. Sin embargo, decía alegóricamente el rey, mis jaquesas se mezclarán con sus tornesas, y Dios querrá que venza quien haya mejor derecho.

A esta composición, contestó Pedro Salvaje con otra. Siguiendo la alegoría, encargábale al rey que hiciese una buena cosecha de flores (de lis), pues la estación era propicia.

Terció en la contienda el conde de Foix, aquél que había sido preso por el aragonés en Balaguer, libre ya á la sazón. Aliado con el rey de Francia, el de Foix recogió por éste el guante en el certamen poético, y escribió á Salvaje diciéndole que quien habérselas quisiera con las *flores*, debía guardar cuidadosamente sus *barras*, acabando por profetizar la ruina de Aragón y el ensalzamiento de Francia.

Otros poetas hubo también que escribieron entonces guerreros cantos en pro ó en contra de D. Pedro; pero ello es que, siguiendo éste el consejo de Salvaje, y nosotros su alegoría, se dispuso á hacer una buena siega y cosecha de flores, ya que era llegada la hermosa estación en que nacen más abundantes y espesas [1].

1 "Señor rey, decía Pedro Salvaje en su poesía, no debéis permanecer absorto ante las flores, antes debéis hacer por manera de cosecharlas en la estación del verano, cuando nacen más espesas, debiendo ser los que las cojan de tal valía y acierto, que ni en monte ni en llano, ni en selva ni bosque dejen flor alguna á esta parte de los montes (los Pirineos)."

CAPÍTULO XXXIII.

Preparativos del rey de Francia para venir contra estos reinos.—Situación apurada de D. Pedro.—Cortes en Zaragoza, Huesca y Zuera.—Conspiración en Barcelona promovida por Berenguer Oller.—Castigo de Berenguer Oller y de sus cómplices.—Viaje del rey.—Muerte del Papa.—D. Pedro al pie de los muros de Perpiñán.—Entra por fuerza en la ciudad.—Escritura encontrada por el rey.—Fuga de Don Jaime de Mallorca.—Tumulto en Perpiñán y regreso del rey.—Devuélvese la libertad á la reina de Mallorca.

(De Enero á Abril de 1285.)

Torturado por el dolor y la desesperación, sucumbía Carlos de Anjou en Foggia el 7 de Enero de 1285, en tanto que Felipe *el Atrevido* ponía en agitación á todo su reino para pasar á Cataluña en busca de la corona que el Papa diera á su segundo hijo; y como sin duda no dejaba de conocer Felipe que esta corona, que tan fácilmente se había dado, difícilmente se había de ganar, apelaba á todos sus recursos y á todas sus fuerzas, reuniendo un ejército de 150.000 infantes, 18.600 caballos y un crecidísimo número de guardas de bagaje y vibaldos [1]. En cuanto á las fuerzas marítimas que se congregaron para esta cruzada contra la Corona de Aragón, ascendían á 150 galeras y casi á igual número de naves de transporte.

Nunca se había visto á un príncipe cristiano acometer con más pompa más formidable empresa, ni hacer contra otro príncipe cristiano mayores ni más ruidosos aprestos, y todo legitimado por la Iglesia, por la Igle-

1 Gente, dice Zurita, que solía proveer el real de forraje: iban desarmados, llevando sólo un bastón.

sia que predicó aquella cruzada en todos los reinos cristianos concediendo honras, dispensas é indulgencias, como si se tratara de una cruzada contra infieles. Así era como el Papa, y es triste decirlo, trataba de inflamar los sentimientos religiosos de cada nación y hacer al mundo esclavo de su ira para arrojarlo, como un huracán desencadenado, sobre el trono de D. Pedro.

Uno de nuestros más autorizados cronistas, el caballero Bernardo Desclot, dice, hablando del apercibimiento de municiones que se hizo para el ejército cruzado, que á no ser testigo de vista le parecería imposible, pues que se gastó muchísimo tiempo en llevarlas á Tolosa, Carcasona y Narbona. Corrían á alistarse en la cruzada, no sólo franceses, sino también picardos, provenzales, gascones, borgoñones, tolosanos, bretones, ingleses, flamencos, alemanes y lombardos; acudió también, deseosa de ganar las prometidas indulgencias, una multitud inmensa de peregrinos de distintos países, el bordón en una máno y el rosario en la otra; se sacó del templo con gran veneración el Oriflama, el sagrado estandarte real de Francia que sólo abandonaba las bóvedas de San Dionisio para guiar las huestes contra los infieles; el cardenal Chollet se dispuso, como legado y representante de la Santa Sede, á acompañar el ejército para presenciar la ejecución del decreto del Papa; la reina esposa de Felipe *el Atrevido* y toda la familia real deseó también ir con el ejército hasta la frontera para ganar la indulgencia de la cruzada; y, por fin, una multitud errante y vagabunda, compuesta en su mayor parte de visionarios y criminales, se apresuró á seguir las huellas del rey de Francia, armándose de piedras y de saetas, pues que la Iglesia prometiera su perdón á todo el que arrojara una piedra ó una flecha contra los excomulgados.

Para ponerse al abrigo de esa tempestad, D. Pedro

no contaba sino con el rey D. Sancho de Castilla, el cual acababa de suceder á su padre, que le había prometido auxiliarle, y que, sin embargo, faltó á su palabra; con Eduardo I de Inglaterra, que parece se le había ofrecido, pero que luego se excusó por convenir á su política el permanecer neutral; con el emperador Rodulfo de Alemania, que había prometido á Ramón de Botonach, embajador de D. Pedro, pasar á Italia con su ejército y valerle en aquel punto, pero que luego fué retrasando el cumplimiento de su pacto; y con sus súbditos catalanes, pues los aragoneses estaban todavía quejosos y andaban en cuestiones y contiendas con el rey.

Celebró éste Cortes en Zaragoza por Marzo de aquel año de 1285, pero los de la Unión no quedaron en ellas satisfechos. Pocos días después volvieron á reunirse las Cortes en Huesca, habiendo en ellas grandes alteraciones y disturbios, ya que el rey demandaba, apurado por las circunstancias, que se le pagase el monedaje, y los barones se excusaban diciendo que no debían por sus privilegios. En Abril volvieron á convocarse en Zuera, pero ante ellas ni compareció el rey ni envió procurador, y entonces el justicia de Aragón procedió á declarar y pronunciar sus sentencias, dice Zurita, en las demandas y agravios que se habían puesto ante la corte, condenando y absolviendo al rey como le parecía, según fuero y justicia [1].

Mientras esto pasaba en Aragón, D. Pedro, con quien la fortuna parecía haberse declarado contraria, supo que en Barcelona se había alterado el orden y recibió la noticia de que su hermano D. Jaime de Mallorca le era traidor. Partió, pues, en el acto para Cataluña, estando en Lérida el domingo de Ramos y pasando de allí á Martorell, en donde se enteró de lo que en Barcelona

1 Zurita, lib. IV, cap. LIV.

sucedía. Según parece, la corte de Francia había sabido procurarse inteligencias en Barcelona, atrayéndose á un hombre llamado Berenguer Oller, que tenía gran prestigio y grandes simpatías entre el pueblo bajo, y que era como una especie de rey de las turbas. Vendido secretamente el francés, y obrando según sus instrucciones, por lo que se supone, Berenguer Oller, al propio tiempo que aparentaba procurar el bien del pueblo del que se titulaba protector y jefe, amotinaba á sus parciales y con ellos había formado el plan de apoderarse en un día dado de cuantos no quisieran insurreccionarse, pasarles á degüello y á saqueo sus casas, y entregar luego la ciudad al rey de Francia [1].

D. Pedro se presentó inopinadamente en Barcelona, cuando aún no era esperado, y con su sola presencia desbarató los planes que existían, pues que Berenguer Oller decidió entonces tomar otro rumbo y aparentar amor y celo por el rey, ocultando sus designios. Pero D. Pedro estaba bien enterado, y el desgraciado jefe de las turbas pagó con la muerte su traición. Cuéntase que, sin duda para mejor disimular sus planes, se acercó en la calle al rey, que iba á caballo, manifestando tener que hablarle de cosas importantes y con ademán de besarle la mano; pero D. Pedro le dijo irónicamente que no era costumbre entre reyes besarse unos á otros la mano, y poniéndole la suya sobre la cabeza, el monarca aragonés se lo llevó á palacio, de donde ya Berenguer no salió sino arrastrado á la cola de un mulo, con siete compañeros cómplices suyos, para llevarle con ellos á ser paseado por la ciudad, ahorcándoles luego á todos juntos en un olivo para escarmiento.

Según parece, la conspiración era vasta y tenía echadas profundas raíces, pues dice Desclot que, si bièn los

1 Desclot, cap. CXXXIII.

sentenciados á muerte no pasaron de los ocho, fueron los presos 200 y sobre unos 600 los que escaparon de la ciudad y de la cólera del rey. De todos modos, es preciso confesar que aún no quedan bien averiguados el carácter y tendencias de aquel movimiento, ya que ni los cronistas ni los documentos contemporáneos nos ofrecen datos suficientes para poder juzgar si Berenguer Oller era simplemente un traidor vendido á los intereses de la Francia, como parece, ó un jefe de bandería política, lo cual también pudiera ser.

Restablecido el orden y asegurada en Barcelona la tranquilidad, D. Pedro dejó pasar las fiestas de la Pascua y en seguida se marchó en dirección al Ampurdán, sin dar cuenta á nadie del objeto que en su viaje llevaba, ni siquiera á los que escogió para compañeros, que fueron el conde Ramón Roger de Pallars, el vizconde Ramón Folch de Cardona y algunos otros caballeros catalanes con una compañía de gente de armas.

Precisamente en los días en que el monarca emprendía este viaje misterioso, exhalaba su último suspiro en Perusa su capital enemigo el papa Martín IV, que murió el 28 de Marzo, sucediéndole Honorio IV.

Lo propio que cuando se partió para Collo, nadie sabia cuál era el objeto de aquel viaje por el rey emprendido. La comitiva, siguiendo á D. Pedro, pasó por Gerona y por Figueras, cruzó los Pirineos y penetró en Rosellón. La idea del rey no fué conocida hasta que llegaron bajo los muros de Perpiñán.—«Aquí hemos de hacer nuestra jornada,» dijo. Y comenzó á dar órdenes y distribuir cargos á los suyos. Fácilmente conoció Ramón Folch, vizconde de Cardona, que el rey quería entrar en Perpiñán y tomar la ciudad de grado ó de fuerza, y por lo mismo se negó á participar de la empresa diciendo que la reina Esclaramunda de Mallorca era su prima, como hija del conde de Foix.—«Siempre fué cor-

tés En Ramón Folch, y mayormente con las damas,» dijo el rey. Y dióle el permiso que solicitaba para no tomar parte en la empresa, quedándose, por consiguiente, el de Cardona, con algunos de su linaje, fuera de la ciudad.

La hueste real había seguido caminos extraviados desde su entrada en el Rosellón, llegando al término de su viaje antes que pudiera sospecharse su objeto. Presentóse inopinadamente ante una de las puertas de Perpiñán cuando aún no rayaba el alba, y sorprendiéronse los guardas al decírseles que era el rey de Aragón quien entrar quería; pero, no obstante, se negaron á abrir. Poco le importaba esto á D. Pedro. Mandó á los suyos que á hachazos destrozasen barras y cadenas derribando la puerta, y así se hizo, á pesar de la viva resistencia que los guardas opusieron. Entró el monarca aragonés en la ciudad, y antes de que los vecinos se hubiesen dado cuenta de ello, habíase ya apoderado del castillo. El hijo del vizconde de Narbona, el señor de Durbán y algunos otros franceses que habían ido á ver al rey de Mallorca, entonces enfermo, fueron detenidos y debieron más tarde pagar rescate para ser devueltos á la libertad.

Dueño D. Pedro del castillo real que, según Henry, no estaba aún terminado y no podía ser defendido, hizo ocupar por los suyos un recinto fortificado que se llamaba la casa del Temple, y era donde el rey de Mallorca conservaba las joyas y el tesoro de la corona. De todo se apoderó D. Pedro, y allí encontró «un pergamino con dos sellos de plomo colgantes, uno de los cuales era del Papa y otro del rey de Francia, en cuyo pergamino constaba la promesa hecha por D. Jaime de Mallorca de valer y ayudar con todo su poder por mar y tierra al rey de Francia contra el de Aragón, y la promesa hecha por Felipe *el Atrevido* de dar en cambio al de Ma-

llorca por este servicio el reino de Valencia, donación en aquel mismo escrito otorgada y confirmada por el Papa [1].»

Irritado el monarca al hallar patente la traición de su hermano, ni siquiera quiso verle, y envióle dos ca-

1 Esto dice Desclot en su cap. CXXXIV; esto repite Henry en su cap. II del lib. I.—Hace algunos años, obedeciendo á la misma idea que hoy me domina, trataba yo de popularizar la entonces muy desconocida historia de Cataluña, aunque siguiendo el camino de las leyendas y de las novelas, único para mí aceptable en aquellos momentos, atendidos mis pocos años y el gusto dominante de la época. Mis cuentos, historietas, leyendas, baladas, etc., se publicaban en el *Diario de Barcelona* sin ninguna pretensión histórica por mi parte, con sólo el fin de dar á conocer lo más bello de nuestros anales, poetizándolo y dramatizándolo un poco á mi manera, para hacerlo más agradable y para de este modo contribuir á que naciera en la juventud el deseo de conocer nuestra olvidada historia. Al fin y al cabo no hacía sino lo que en mayor escala y con mejor talento habían hecho en lo antiguo Muntaner y otros como Muntaner, y en lo moderno Alejandro Dumas y otros como Dumas. Ni mi buen deseo, ni el fin patriótico que me proponía, ni mi ninguna pretensión histórica, bastaron á moderar las iras de algunos severísimos censores, prontas á caer sobre mí. En unas leyendas novelescas que publiqué á propósito de la entrada de los franceses en Cataluña, que es de lo que se trata en el texto, cometí realmente algunos yerros bajo el punto de vista de la crítica histórica, aunque no así bajo el de la novela, cuya libertad es reconocida; pero entre los yerros dije precisamente lo que Desclot escribe sobre la promesa hecha al rey de Mallorca por parte del de Francia. Como yo no había citado á Desclot, que no es costumbre hacer citas en leyendas novelescas, el continuador de la obra *Barcelona antigua y moderna* lo creyó error mío, y con tono magistral me increpó rudamente en una nota puesta al artículo de aquella obra en que se refieren los sucesos memorables del reinado de Pedro *el Grande*. Tomando por invención mía lo que era aserto de Desclot, lo dió redondamente por *falso*, suponiendo gratuitamente que en ninguna crónica ni historia autorizadas podía haberlo yo visto. Lea, pues, á Desclot en el capítulo citado, á Henry en la pág. 150 del tomo I, á Sas (edición anotada por Foz) en la pág. 221 del tomo II; vea cómo se engañó, y convénzase de cuán fácil le es errar al que en censor pretende erigirse. El refrán, y con él un gran escritor, han dicho que quien tiene el tejado de vidrio no debe tirar piedras al del vecino.

balleros para que en su nombre le requiriesen á que, en virtud de su feudo y del homenaje que prestado le había, pusiese en su poder todas las fortalezas del Rosellón al objeto de guarnecerlas é impedir el paso de los franceses. Los dos caballeros hallaron al de Mallorca en cama, haciéndose el enfermo ó estándolo realmente, y recabaron de él su asentimiento á lo que le pedía su hermano; pero cuando al día siguiente se presentó el notario que había extendido el auto para exigirle la firma, se encontró con que había desaparecido. Un conducto de aguas sucias, bastante ancho para que un hombre pudiese deslizarse por él á rastras, y que iba á parar al campo á un tiro de ballesta lejos del castillo y de la ciudad, facilitó á D. Jaime la evasión. Cuando supo D. Pedro la fuga de su hermano, ya éste se hallaba en un castillo llamado de la Roca [1], á cubierto de cualquiera tentativa.

Al circular el rumor de la evasión de su príncipe, alarmóse el pueblo de Perpiñán, é imaginándose que le habían muerto se amotinó contra D. Pedro, en quien querían vengar la muerte de su hermano. Consiguió el rey dominar el motín con explicaciones, con amenazas y hasta con alguna hostilidad por parte de su guardia; pero como no estaba seguro en Perpiñán, ni tenía fuerzas suficientes para sostener la ciudad contra los franceses, tomó otra vez el camino de Cataluña llevándose como prisioneros á la reina de Mallorca, sus tres hijos y una hija. La gente de armas catalana tuvo que soste ner un combate para salir de la ciudad, pues amotin

1 Muntaner, cortesano y adulador, no sólo no dice una palabra de este viaje del rey á Perpiñán y de sus desavenencias con D. Jaime, sino que supone, en su cap. CXIX, haber tenido los dos hermanos una conferencia en Gerona conviniendo, de común acuerdo, en que D. Jaime dejaría pasar las tropas francesas por sus tierras, ya que no había otro remedio. Esto ya no es sólo novelizar: esto es falsear la historia.

do de nuevo el pueblo puso preso al conde de Pallars, á quien el rey en persona corrió á libertar.

Cuando la comitiva, después de tan aventurado como feliz golpe de mano, estuvo de regreso en la Junquera, que es el primer pueblo de Cataluña por aquel lado y era de Dalmau de Rocabertí, presentóse á su soberano el vizconde de Cardona, Ramón Folch, en compañía del conde de Pallars, pidiéndole entrambos que devolviese la libertad á la reina de Mallorca, que estaba en cinta y á quien el dolor y la amargura de su situación podían enloquecer. Prestóse D. Pedro, y en efecto, la reina y su hija quedaron libres, regresando inmediatamente á Rosellón, mientras los otros tres hijos de Don Jaime eran llevados al castillo de Torroella de Montgrí, y los demás prisioneros al de Gerona.

En cuanto á D. Jaime de Mallorca, si hemos de creer á Desclot, luego que se hubo fugado del castillo de Perpiñán envió mensajeros al rey de Francia y al cardenal, diciéndoles que se apresurasen á venir; que estaba pronto á entregarles los castillos de Rosellón; que les ayudaría por su parte con todo su poder por mar y tierra, y que les facilitaría paso y entrada por donde penetrar en Cataluña, mal que pesara á D. Pedro de Aragón [1].

1 Desclot, cap. CXXXVI.

CAPÍTULO XXXIV.

Los franceses en el Rosellón.—Se apoderan de Perpiñán.—Asalto y saqueo de Elna.—El rey expuesto á morir ante Colibre.—D. Pedro se sitúa en el Coll de Panisars para impedir el paso á los franceses.—Qué gente se hallaba con el rey.—Retirada de la hueste francesa y deserción en sus filas.—Defensa del castillo de Montesquiu por una dama.—Armamento de Cataluña.—Puesto de honor concedido á los de Lérida.—Hecho de armas del conde de Ampurias.—Respuesta del rey á un mensaje del de Francia.—Por orden del rey de Mallorca se facilita á los franceses la entrada en Cataluña.

(De 1.º de Mayo á 20 de Junio de 1285.)

Después de haber dejado en Carcasona á la reina María de Bravante, que con sus damas había ido hasta allí para ganar la indulgencia, Felipe *el Atrevido* se adelantó hacia el Rosellón, acompañado de los dos príncipes, sus hijos del primer matrimonio [1], y del cardenal legado. Las tropas habían venido confusamente hasta Salses, y allí tomaron su orden de batalla. Iban delante, de vanguardia, unas compañías compuestas de foragidos y gente de mal vivir, encargadas de abrir paso á la hueste. Estè primer cuerpo de cruzados, que era muy numeroso, no llevaba piadosamente más idea que la del saqueo y el exterminio. El segundo cuerpo, formado de 5.000 caballeros armados y 13.000 ballesteros á pie, iba mandado por los senescales de Tolosa, Carcasona y Bellcaire (Beaucaire), y por los señores de Lunel, el conde de Foix y un hermano del conde de Pa-

1 Felipe y Carlos de Valois, hijos de la primera esposa del rey que, como saben los lectores, fué la Isabel de Aragón, hija del *Conquistador* y hermana, por consiguiente, de Pedro *el Grande*.

llars. En la tercera división iban las milicias de Narbona, Beziers, Termens, Carcasona, Agenois, Tolosa, del condado de San Gilles y de Borgoña, y de las demás comarcas del Languedoc que eran del señorío de Francia. Formaban un cuerpo de 60.000 hombres. El cuarto, que subía á 80.000, estaba compuesto de picardos, normandos, flamencos y alemanes. La quinta división iba conducida por el mismo cardenal legado, bajo el pendón de la Iglesia, constando de 6.000 caballeros armados. Y por fin, en la sexta y última iban el rey de Francia y sus hijos con los nobles solicitados para la cruzada [1], y con el rey de Mallorca, que se había adelantado á recibir al de Francia hasta Narbona, para acompañarle y conducirle á Rosellón [2].

Después de haberse apoderado de Salses, aquella formidable hueste se adelantó, yendo á acampar entre Perpiñán y el Boulou, cubriendo con sus tiendas toda la extensión de terreno que separaba estas dos comarcas. Felipe, con toda su casa y corte y con el legado y el duque de Bravante, se alojó en el castillo de la Roca, y allí es fama que se pactó entre él y D. Jaime, á más de la entrega de Perpiñán y demás plazas del Rosellón á las tropas francesas, el levantamiento de todas las gentes de guerra de este condado para marchar con el ejército expedicionario, á expensas del rey de Mallorca, debiéndose dar 100 rehenes al rey de Francia para garantía de este tratado [3].

Inmediatamente entraron los franceses en los castillos de la Roca y de la Clusa; pero no con la misma facilidad pudieron conseguir hacerse dueños de las importantes plazas de Elna, Colibre y Perpiñán. Los habitantes de estas ciudades tomaron resueltamente las

1 Desclot, cap. CXXXVII.—Henry, lib. II, cap. I.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 48.

3 Henry, lib. II, cap. I.

armas para oponerse al tratado, protestando así contra la traición del rey de Mallorca; pero, sin embargo, una tras otra hubieron de sucumbir. Perpiñán no fué atacado siquiera, sino que se apoderaron de él por sorpresa. El conde de Foix y el senescal de Tolosa se pusieron en relaciones con los cónsules de la ciudad para que los habitantes, al menos, vendiesen víveres al ejército, amenazándoles en caso contrario con arrancar las viñas y los árboles del territorio, talando la comarca. Con la seguridad que dieron los citados caballeros de que nadie penetraría en sus muros, los perpiñaneses prestaron homenaje al rey de Francia y prometieron no causar ningún perjuicio á sus tropas; pero más tarde, con motivo de haberse esparcido el rumor de que el rey de Aragón, en inteligencia con los habitantes, bajaba de los Pirineos al frente de fuerzas considerables, los franceses, menospreciando lo sagrado de los anteriores pactos, penetraron en la ciudad y se apoderaron de ella. Algo, sin embargo, les costó, pues hubieron de sostener varios choques en las calles, y algunos de sus jefes, por haberse entregado á excesos y desórdenes, fueron sacrificados á la venganza de los irritados perpiñaneses [1].

Pero aún, afortunadamente, pudo Perpiñán escapar á la suerte que tuvo Elna. Para esta pobre y desgraciada ciudad no hubo compasión ni misericordia. Instado por los de Elna, habíales D. Pedro de Aragón enviado alguna fuerza de caballos al mando de Ramón de Urg; mas éste y los suyos creyeron por una mala inteligencia que iban á ser vendidos y entregados á los franceses, y abandonaron la ciudad en ocasión en que ya los enemigos la sitiaban. Los habitantes de Elna resistieron cuanto les fué posible; pero los franceses eran

1 Desclot, caps. CXXXVIII y CXL.—Henry, capítulo y libro últimamente citados.

numerosos y la tomaron por asalto, cometiendo en ella toda clase de crueldades y entregándola á las llamas el 25 de Mayo, después de haber pasado á cuchillo, *por orden expresa del cardenal legado*, á todos sus habitantes, sin distinción de clase, sexo ni edad. «Fué, ha dicho Guillermo de Nangis, un castigo ordenado *con justicia* por el legado, contra un pueblo *insensato* que ponía su apoyo en una débil caña como era Pedro de Aragón, rey excomulgado, despreciador de los mandatos de la santa Iglesia y de sus ministros.» Tales son las incalificables palabras del escritor citado. A la fidelidad de aquel pueblo llama insensatez, y justicia á las muertes, á los robos, á las verdaderas ferocidades por los franceses cometidas. ¡Y eran cruzados los que esto hacían; y era un cardenal quien autorizaba los horrores de Elna, predicando la guerra y el exterminio; y eran los que marchaban á la sombra del sagrado Oriflama, llamándose mensajeros del cielo, quienes á tales excesos se entregaban! Si tal era su justicia, ¿qué no debía ser su ira?

No se creyó todavía á Elna bastante castigada con el degüello de sus habitantes, la violación de sus mujeres, la profanación de sus templos y el saqueo y el incendio de sus edificios: se dió orden para arrasarla, y en seguida el rey de Francia, como para pagar la complacencia de D. Jaime de Mallorca, como para resarcirle de los perjuicios que le ocasionara, ó como quizá para recompensarle su traición, llevada hasta el increible extremo de permitir que de aquel modo degollaran á sus súbditos, le hizo expedir, fechada en el campo de Elna, una carta según la cual le eximía á él y á sus sucesores en los dominios de Montpeller de la jurisdicción de los senescales regios de Beaucaire y Carcasona [1].

1 Desclot, cap. CXLI; Henry, tomo I, cap. II; *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 48, y pruebas del mismo tomo, documento XXII.—Muntaner, en su cap. CXXI, cuenta lo de Elna á su manera y destruye

Mientras que esto sucedía en Elna y en Perpiñán, los ciudadanos de Colibre, dispuestos á resistirse, enviaban á decir á D. Pedro que estaban prontos á entregársele si les enviaba fuerzas suficientes. Pero en Colibre había dos partidos, uno que estaba por D. Pedro y otro en contra. Invitado por los del primero, el rey de Aragón se presentó ante el castillo al frente de 50 caballos y 1.000 infantes, creyendo que el capitán bajo cuyo mando estaba la fortaleza convenía en lo mismo que se había pactado con la mayoría de los ciudadanos. Bien pronto se convenció de que no era así. Arnaldo de Sagra ó de Saga, que era como se llamaba el gobernador, estaba dispuesto á no entregar el castillo; y cuando ante sus muros se presentó el monarca aragonés en persona, dispuso que un diestro ballestero, situado [illegible]s de una barbacana, escogiese al rey por blanco. D. Pedro, que de confiado pecó en aquella ocasión, adelantóse hasta muy cerca del muro para hablar con el de Sagra, sospechando sólo la maldad cuando éste le invitó á que se acercara más, bajo el pretexto de reconocerle. Por acaso providencial pudo escapar el bravo monarca á la traidora saeta que junto á él pasó silbando, y volviendo á reunirse con su gente, que había dejado á alguna distancia, dió orden de que se pusiese fuego á las casas exteriores de Colibre y á las galeras y demás naves que había en el puerto. Ejecutado este mandato, D. Pedro regresó á su campamento, que lo tenía en el llamado *coll de Panisars*.

la verdad histórica. Ya hemos dicho de qué modo noveliza Muntaner los hechos. Mal que pese á los que quieren darle reputación de historiador y de veraz, Muntaner no es más que un leyendista. En mucho de lo concerniente á la guerra del 1285 contra los franceses, trabuca de tal modo los hechos y desnaturaliza tanto la verdad, que hay que dejar su crónica á un lado y estudiar otras autoridades, si no se quiere incurrir en error á cada paso.

Allí estaba, en efecto, y por cierto que con bien poca compañía al principio, desde el instante en que los franceses penetraron en el Rosellón, calculando que sería aquél el punto por donde intentarían entrar en Cataluña, ya que, al revés de ahora, el *coll de Panisars* tenía de fácil y accesible todo lo que de peligroso y difícil tenía entonces el paso del Pertús. A la inmediación del peligro que amenazaba á estos reinos, D. Pedro comenzó por poner en paz al conde de Ampurias con Dalmau de Rocabertí, que andaban entonces enmarañados en cruda guerra, y envió cartas de armamento á las milicias de Gerona, Barcelona, Lérida, Tarragona, Tortosa y Valencia, á las de otros lugares que no se nom- [illegible] á los caballeros del Temple y del Hospital y á t[illegible]s barones de Cataluña, dándoles prisa para que fueran á reunirse con él inmediatamente [1]. Al mismo tiempo envió mensajes á las universidades, ricos-hombres y caballeros de Aragón, que estaban, como ya sabemos, poco dispuestos á favorecerle en aquel entonces; mandó que se cubriese la frontera de Navarra, y despachó avisos á Sicilia para que el almirante Roger de Lauria se trasladase á estos mares con su armada.

Por de pronto, con las pocas gentes que tenía, cuyo número, según un autor, no pasaba de 5.000 á 6.000 hombres, guarneció los pasos de los Pirineos, colocándose él en aquél donde parecía deber ser mayor el peligro, y encendiendo todas las noches grandes fogatas en diversos puntos de la cordillera, á fin de hacer creer al enemigo que estaban guardados los pasos por formidables huestes. Se ha dicho que la custodia de los otros pasos

1 Advierto una vez por todas, que sigo especialmente á Desclot en todo lo referente á esta época notable de nuestra historia. En cuanto á Muntaner, hay que dejarle á un lado. En todo lo que á este punto se refiere está admirable de poesía, pero falto de verdad en lo más capital. En notas sucesivas marcaré sus principales yerros.

del Pirineo fué confiada á Dalmau de Rocabertí y al conde de Ampurias, que lo era entonces aún Pons Hugo III, quedándose el rey, como está dicho, con la del *coll de Panisars*. La única gente que entonces había allí era la del Ampurdán y de Gerona, á más de los almogavares; y con aquel puñado de hombres se aprestaba el hijo del *Conquistador* á defender el paso contra un ejército de 150.000 combatientes. Había heroismo en el hecho sólo de intentar la empresa.

Lo cierto es que todo aquel inmenso poder levantado por la Francia, se detuvo por de pronto al pie de los Pirineos sin atreverse á escalarlos. Muchos de los peregrinos y aventureros que iban con el ejército enemigo se dieron ya por satisfechos al ver aquellas montañas, muros colosales que les impedían el paso, y creyeron buenamente cumplida su misión y terminada su campaña con sólo acercarse al pie de los montes y llenar un capazo de tierra los unos, para llevársela en signo de haber alcanzado perdón de sus pecados, mientras los otros se satisfacían recogiendo tres piedras y arrojándolas, una tras otra, en dirección á Cataluña, la tierra excomulgada, diciendo á cada una:—«Esta piedra la arrojo por el alma de mi padre; ésta otra, por la de mi madre, y ésta para alcanzar el perdón de mis cupas.» Y tranquilos, en calma la conciencia y en paz el espíritu después de haber hecho esto, abandonaban la hueste para regresar á sus hogares, seguros de haber conseguido el perdón de Dios y la salvación de sus almas.

Engañado por las hogueras que en lo alto de la sierra veía brillar todas las noches, Felipe *el Atrevido*, á pesar de este nombre, decidió la retirada del ejército. Creyó los pasos más bien guardados y sostenidos de lo que realmente lo estaban, pues que eran pocos en número si muchos en corazón sus defensores, y dió orden para que la hueste, llegada hasta el pie de Panisars, retroce-

diese de nuevo al llano de Rosellón. Después de esta retirada, sucedió lo de apoderarse por sorpresa de Perpiñán y por asalto de Elna. Se sabe por un documento [1], que el 3 de Junio estaba todavía acampado el monarca francés junto á la última ciudad, ó por mejor decir, junto á la que había dejado de serlo desde que en 25 de Mayo se diera la orden para arrasarla. Quedóse, sin duda, Felipe en el campo para gozar en aquella destrucción, triste venganza de su despecho y de las iras del legado.

Se cuenta, aunque es forzoso decir que con ciertos visos de ser un hecho apócrifo, que un cuerpo de franceses en su retirada encontró al paso el castillo de Montesquiu y quiso apoderarse de él. Ausente estaba el castellano, pues había ido solícito á ponerse bajo las órdenes del rey D. Pedro, pero allí estaba por él su esposa Elisenda, gentil al par que valiente dama, la cual, no sólo se negó á entregar el castillo, sino que, puesta al frente de su guarnición, se dispuso á una resistencia desesperada. Intentaron entonces conseguir por fuerza los franceses lo que no podían de grado; pero Elisenda de Montesquiu sostúvose tan bizarramente é hizo en sus filas tanto daño, que, levantando el sitio puesto á la fortaleza, pasaron adelante, dejando á Elisenda la gloria de la campaña, el honor de la victoria y la fama de pasar su nombre á la posteridad como el de una de las nobles heroinas que cuenta en sus fastos tradicionales la Corona de Aragón.

Mientras tanto, la nueva de la aproximación de los franceses ponía en movimiento á toda Cataluña y hacía que la tierra toda se estremeciera. A la voz del bronce que desde lo alto de cada campanario anunciaba solemne y repetidamente, de noche y de día, que la patria es-

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 49.

taba en peligro, se armaban las poblaciones; al grito de *¡Via fora someten!* salían los mozos de sus hogares; al salvaje clamor de *¡Desperta ferro!* los almogavares ataban á su cinto la azcona y despertaban el hierro, que durante el breve reinado de D. Pedro no halló ciertamente ocasión de dormirse; y la ley del *Princeps namque*, mandada proclamar en Barcelona por el príncipe D. Alfonso con el marcial aparato que las circunstancias reclamaban, reunía sobre los riscos de los Pirineos á todos los que se sentían con ánimo y corazón para morir por la patria. Noble y magnífico ejemplo fué el que en aquella ocasión dió Cataluña para ser legado á las generaciones venideras. Fueron entonces llegando al campamento las belicosas y bien aparejadas huestes por allí donde se juzgaba que intentarían penetrar los franceses, pues parece que D. Pedro tenía especial confianza en los hombres de Lérida, que repetidas veces le habían demostrado su experiencia y vigilancia en los campamentos, su valor y su arrojo en los combates.

Ya entonces, bien guarnecidos los desfiladeros y con suficientes fuerzas, pudieron los nuestros aventurarse á dar algunos rebatos, no pasando casi día sin que los atrevidos almogavares ó las diligentes milicias ciudadanas llegasen hasta las mismas tiendas del campamento enemigo, ejercitándose en aquella guerra de sorpresas y de repentinos avances y retiradas que con el tiempo debía dar característica fama á nuestro país. Del conde de Ampurias se cuenta que, por haber tenido secreta noticia de la llegada de 1.500 acémilas del ejército francés á Colibre para cargar la provisión de vino que de Mallorca trajeran unos leños, decidió intentar una sorpresa; y saliendo de su campamento, ya anochecido, con 300 peones y 50 caballos, atravesó el valle de Bañuls y armó su celada. El éxito más lisonjero coronó su

arriesgada empresa, pero con grave peligro de su persona. Convoyando las acémilas iban 2.000 infantes franceses y 160 jinetes; y el conde, que tenía su escasa gente bien dispuesta en emboscada, cayó sobre ellos con tal arrojo, que los enemigos se desbarataron al pronto, creyéndose salteados por mayor número de contrarios. No tardaron, sin embargo, en reponerse, y dieron sobre el conde, que se defendió con solos siete caballeros, agrupados á su lado en aquel preciso momento, pues los más de los suyos, creyendo asegurada la victoria, se retiraban ya con parte de la recua. No le valían á Pons Hugo ni sus proezas ni las de sus caballeros, y preso se le llevaban ya los franceses, cuando sobre ellos se precipitó un hermano (quizá sobrino) del conde, joven de diez y siete años apenas, con parte de su gente. Trabóse duro combate; quedó libertado el conde de Ampurias, y hubieron los franceses de abandonar el campo, donde quedaron tendidos 27 jinetes y 80 infantes. Con la palma de la victoria y con 632 acémilas arrebatadas en aquella sorpresa, volviéronse los nuestros á la sierra á gozar del aplauso de los suyos y de la satisfacción de su conciencia.

En escaramuzas y en sorpresas se iban deslizando los días. Por fin, los enemigos, como para disimular su extraña inacción, decidieron cumplir con una formalidad que al principio habían omitido, y enviaron mensajeros al rey de Aragón diciéndole que no les estorbàse el paso para entrar á tomar posesión del reino que el Papa había dado á Carlos de Valois, pues que así evitaría la destrucción de la tierra. Hubo de sonreirse el aragonés monarca al oir tan extraño mensaje, y fué su contestación «que se conocía cuán poco tenía en aquella tierra quien con tanta franqueza la daba, y que no le había costado, como á los reyes sus predecesores, la sangre y las vidas que perdido habían en su conquista. Así, pues, terminó

diciendo, á quien la quiera, le ha de costar cara.» *(Qui la volrá, costarli ha,* dice Desclot.)

Tal fué la noble contestación que el embajador llevó á Felipe. Bien cerca de un mes estuvieron los franceses en sus tiendas, sin atreverse á salvar la valla de los Pirineos, y acaso hubieran retrocedido, que era difícil empresa su intento, si, como ladrón de casa, no hubiese habido un D. Jaime de Mallorca, especie de conde D. Julián de aquella época, para hacer que se les enseñase un oculto camino por donde introducirse en Cataluña burlando la vigilancia de sus bravos defensores. Por disposición y especial encargo del rey de Mallorca, se presentó cierto día á Felipe el abad de San Pedro de Rosas, acompañado del caballero Guillermo de Pau, y entrambos manifestaron á Felipe y al cardenal legado cómo, en cumplimiento de las órdenes que por D. Jaime les fueron dadas, se habían entendido con algunos hombres de la hueste del conde de Ampurias y les habían comprado á fin de que guiasen y condujesen á los franceses por un paso que había sobre la villa de Peralada, poco vigilado del rey de Aragón y de sus gentes [1]. Grande

1 Todo esto lo cuenta Desclot, con minuciosidad de particularidades y detalles, en su cap. CXLVI, y ya sabemos á qué punto de veracidad raya la crónica de Desclot. Zurita y Sas le apoyan en esta parte con su autoridad, con sola la diferencia de llamar el primero de éstos Pedro de Santa Pau al caballero acompañante del abad de San Pedro de Rosas, llamado Guillén de Pau por el cronista citado. Muntaner, en su capítulo CXXII, arruina la verdad histórica y cuenta el hecho como se le antoja. Para el buen Muntaner la historia consistía en exagerar todo lo que nos era favorable y mentir en todo lo que no favorecía á nuestros reyes. La traición del de Mallorca la pasa completamente en silencio, como ya sabemos, y dice que fueron cuatro monjes de Tolosa, pertenecientes al monasterio de Argelez, los que enseñaron el camino al rey de Francia. Varios autores, engañados por Muntaner, y no hallando quizá cerca de Argelez otro monasterio que el de San Andrés de Sureda, han gratuitamente atribuído la traición á los monjes de éste.—Con el testimonio de Desclot y los documentos de la inicua conducta de D. Jaime

alegría dióse con esta nueva á Felipe *el Atrevido* y al cardenal legado, y bendiciendo una y mil veces al rey de Mallorca, que de tal modo les servía, mandaron sigilosamente disponerlo todo y tomaron sus medidas para aprovechar la fortuna que la traición y la venalidad les deparaban.

CAPITULO XXXV.

Entra Felipe *el Atrevido* en Cataluña.—Sienta su real cerca de Peralada.—El rey sospecha del conde de Ampurias y manda retirar las milicias ciudadanas.—Entrevista en Figueras con el conde de Ampurias.—El rey en Castellón.—Consejo de capitanes en Peralada.—Atacan los franceses la villa y son rechazados.—Se decide abandonar Peralada, y notable proposición del vizconde de Rocabertí, señor de esta villa.—Incendio de Peralada.—Traición de los habitantes de Castellón.—Castellón en poder de los franceses.—Torroella de Montgrí se declara en favor de Francia.—Terror y espanto general en Gerona, y llegada del rey á esta ciudad.—Las milicias ciudadanas regresan á sus tierras.—Se decide la defensa de Gerona y se encarga de ella Ramón Folch.—Gerona guarnecida y fortificada.

(Del 20 de Junio al 1.° de Julio de 1285.)

Dícese que el pasaje de los franceses por el collado de Masana, que es el nombre dado al sitio por donde penetraron en Cataluña, se efectuó del 20 al 23 de Junio, habiendo enviado antes Felipe para explorar el ca-

citados por Amari y existentes en los archivos de Francia, no puede caber duda de que fué el hermano de D. Pedro quien procuró que se facilitase á los franceses la entrada en Cataluña; y véase ahora con cuánta ligereza se me culpó por el continuador de *Barcelona antigua y moderna*, que en esto, como en lo citado en otra nota anterior, atribuyó á invención mía, y diólo por lo mismo como falsedad notoria, lo que aseguran respetables autores y comprueban auténticos documentos.

mino una fuerza de 1.000 hombres, á las órdenes del conde de Armagnac, encargada de apoyar á 2.000 operarios que iban para hacer más practicable la ruta á caballos y bagajes.

Se ha supuesto que los franceses á su paso tropezaron con 50 hombres de la gente del de Ampurias, los cuales murieron casi todos defendiendo el desfiladero; pero Desclot no hace mención de esta circunstancia, y explica cómo atravesaron los Pirineos sin ser sentidos ni más dificultad que la ofrecida por lo quebrado del terreno. Cuando estuvieron ya de esta parte se fueron extendiendo por el llano de Peralada, posesionándose de varios pequeños pueblos en él esparcidos, y se envió mensaje á las galeras francesas para que se adelantasen á tomar tierra entre Castellón y el monasterio de San Pedro de Rosas.

No dejaba de ser muy extraño aquel paso del enemigo sin obstáculo alguno, y no es, por tanto, de admirar que al saberlo el rey de Aragón se quedara absorto y sospechase del conde de Ampurias, que precisamente se había retirado entonces á Castellón con motivo de disponer nuevos armamentos. El conde no; pero algunas de sus gentes debían estar de acuerdo con el francés, según aparece casi evidente por los mismos sucesos que aún nos toca referir. Atónito D. Pedro y desesperanzado al saber que ya la vanguardia francesa se hallaba de esta parte acá de los montes, reunió á los barones y les dijo que era preciso cambiar el plan de campaña. Perdido ya el muradal del Pirineo, decidióse que fuese Gerona la destinada á resistir en su marcha á los franceses, salvando á Cataluña con su sacrificio, y al efecto, se dieron órdenes á las huestes de Lérida, Barcelona, Cervera, Montblanch, Tárrega, Villafranca, Manresa y demás, á fin de que se retirasen unas á Gerona y otras á sus hogares. El conde de Pallars fué el

encargado de proteger la retirada de las milicias, mientras que el rey se trasladó rápidamente á Figueras para averiguar si debía ó no proseguir teniendo confianza en el conde de Ampurias.

Llegado á Figueras, después de tomada la decisión de abandonar la primera línea de defensa, se irritó sobremanera al ver que los vecinos habían abandonado la villa, pues no encontró en ella sino al obispo de Huesca con su compañía. Sin la intervención de este prelado y de algunos barones, D. Pedro hubiera mandado prender fuego á la villa, para lo cual diera ya la orden, aunque no se llegó á efectuar. Acudió allí Pons Hugo á verse con él. D. Pedro trató de sondearle políticamente, pero no pudo descubrir sino lealtad y adhesión en el conde, quien le manifestó su deseo de regresar á Castellón, donde había, le dijo, no pocas gentes maleadas, para asegurarse de si podría contarse con aquella hueste y con aquella plaza.

Finida esta conferencia, el rey corrió á Peralada; pero al caer la noche, como todavía le quedaban recelos del conde de Ampurias, se trasladó á Castellón de improviso, en compañía de un solo caballero, y halló realmente á Pons Hugo activamente ocupado en preparativos para poner la villa en estado de defensa y en situación de resistirse. Al lucir el alba, regresó á Peralada tranquilo y disipados sus temores.

Esperábanle ya en esta villa sus principales barones para celebrar consejo. Estaban, entre otros, los condes de Urgel y de Pallars; el vizconde de Cardona, Ramón Folch; Dalmacio de Rocabertí, que era el señor de Peralada; Ramón de Moncada, que lo era de Fraga; Guillén de Moncada, senescal de Cataluña; Pedro de Moncada, señor de Aitona; Berenguer de Entenza, señor de Mora y de Falset; Berenguer de Puig Alt; Ramón de Cervera, señor de Juneda y de Castell de Seu, y Ra-

món Berenguer y Guillermo de Anglesola. Acordóse en este consejo que el rey no debía aventurar su persona en aquel lugar, por ser ella la esperanza de la patria, y que se retirase á Castellón ó á otro punto, quedando ellos en defensa de Peralada. No se avenía D. Pedro á abandonar aquel puesto de honor, si de peligro; pero vencido finalmente por los ruegos de sus barones, se fué con solos tres caballeros á Castellón, dejando en Peralada á su hijo el príncipe D. Alfonso, y por capitán superior de todos ó general al conde de Pallars.

Antes empero de partirse de la villa, tuvo ocasión de asistir personalmente al primer ataque que los franceses dieron á Peralada. Avanzó el enemigo contra ella con gran fuerza, pero fué victoriosamente rechazado; que, gracias á los cuidados de D. Pedro, estaba la plaza bien defendida y eran hombres decididos quienes la guarnecían.

Si á Muntaner hubiésemos de dar crédito, no fué éste solo el hecho de armas en que se halló D. Pedro estando en Peralada. Nos habla este cronista de un ataque dado al campamento francés por el príncipe D. Alfonso al frente de 500 caballos, diciéndonos que incendiaron parte de las tiendas y mataron 600 hombres, regresando luego á Peralada, sostenidos en su retirada por el mismo rey en persona, que salió de la villa con gran fuerza. También nos dice el mismo Muntaner, si no es otro de sus cuentos, que una mujer de Peralada, llamada la Mercadera, porque tenía un almacén de mercancías, sorprendió cierto día vestida de hombre á un caballero francés, y arrojándose sobre él le hirió, matando su caballo y llevándoselo prisionero á la plaza, consiguiendo después que le diesen 200 florines de oro por su rescate [1].

1 Ni Desclot ni Zurita cuentan lo del hecho de armas de D. Alfonso, como tampoco el lance de la Mercadera, que, aun no siendo invención de Muntaner, es por lo demás de escasa importancia.

Luego que D. Pedro hubo partido de Peralada, se convencieron los barones de que esta villa no estaba abastecida ni fortificada lo suficiente para resistir un sitio formal. Decidieron, pues, abandonarla; pero como de abandonarla se seguía gran daño á la comarca por dejar en manos de los franceses una plaza donde poder hacerse fuertes, estableciendo en ella su centro de operaciones, el vizconde de Rocabertí, con notable entereza y con noble patriotismo, dió el medio para que ni los enemigos la tomasen, ni de su abandono pudiese venir daño á la comarca. Propuso, pues, hacer salir de noche á todo el mundo, y en seguida pegar fuego á la villa. El medio era extremo, pero heróico.

Peralada fué condenada al sacrificio por su mismo señor, Dalmacio de Rocabertí, que se encargó de ponerle fuego por sí propio, llevando á cabo su resolución con entereza patriótica, después de haber hecho salir á todo el mundo de la villa, y después de haber los sitiados sostenido la misma mañana del incendio un combate con los enemigos, como para demostrar que estaban dispuestos á sostener la plaza á todo trance. Peralada vino á ser en Cataluña para los franceses del siglo XIII, lo que Moscou en Rusia para los del siglo XIX. Las huestes de Felipe *el Atrevido* hallaron sólo un montón humeante de ruinas allí donde anhelaban encontrar una población en que guarecerse, fortificarse y establecer su cuartel general [1].

1 Desclot, cap. CL; Zurita, lib IV, cap. LXI.—Muntaner, en su capítulo CXXV, refiere el hecho de un modo contrario á Desclot y contrario á la verdad histórica, despojándolo de su principal belleza y robándole su heróica aureola de patriotismo. Si hubiésemos de creer á Muntaner, el incendio de Peralada se debería sólo á los instintos malévolos de los almogavares, que la prendieron fuego por sus deseos de saqueo y de robo. Afortunadamente tenemos á Desclot, en cuya crónica se refugió la verdad con tan poco miramiento ultrajada por Muntaner. Desclot es, pues, quien nos revela toda la grandeza de aquel hecho, repro-

Mientras gran parte de la gente de armas y muchos caballeros se iban á Gerona, el príncipe Alfonso, con el conde de Pallars y otros, pasaba á Castellón de Ampurias, en donde permanecía el rey; pero allí se estaba fraguando una de esas negras traiciones que con dolor tiene que consignar la historia. Peralada, ardiendo más que en las llamas de su hoguera en las de su patriotismo, no consiguió ofrecer un ejemplo que imitar á los de Castellón, quienes se entendieron secretamente con el rey de Francia para entregarle la plaza, mientras llevaban engañados al rey y á su mismo conde Pons Hugo. Quizá en ello medió también la traidora mano del rey de Mallorca, que tenía muchos amigos y favorecedores en Castellón. Supo una noche el conde de Ampurias lo que pasaba, por un fiel servidor, y voló á dar noticia de todo al rey, á quien halló en el acto de acostarse sosegadamente, fiado en la vigilancia y lealtad de los castelloneses. Inmediatamente se dió aviso al príncipe Alfonso, al conde de Pallars y á los demás barones, y de común acuerdo se convino en dejar la villa al lucir del alba. Buena prisa hubieron de darse, pues precisamente era aquel día el señalado para entregarla al francés.

Los traidores de Castellón, que habían velado toda aquella noche, vieron el movimiento de la comitiva regia á la primera luz del día, y oyeron el son de la campana que congregaba á las gentes de D. Pedro y de sus barones. Amotináronse entonces para detenerles en su marcha y como extrañados de aquella resolución; pero allí abrió paso el conde de Ampurias á la comitiva manejando su maza con certera y robusta mano, descar-

ducido en tiempos modernos por una nación poderosa, y por él sabemos que el vizconde de Rocabertí, antes de entregar la villa á las llamas, dió aviso á los habitantes para que cada uno salvase cuanto pudiese de su hacienda. Muntaner en este punto, ocultando ó disfrazando la verdad, ha estado poco patriota.

gando golpes á diestro y siniestro, y diciendo á voces:—«¡Atrás, en mala ventura que os dé Dios, hatajo de baras, villanos y traidores!» Así salieron de la villa á todo correr de sus caballos el rey y sus barones, después de haber tenido que romper á hachazos las cadenas y barreras de los portales, y en tan buena ocasión la abandonaron, que á corta distancia se hallaban cuando oyeron ya los gritos repetidos de *¡Francia! ¡Francia! ¡Mon Joie! ¡Mon Joie!* que daban los franceses. Volvióse Don Pedro, y á los primeros rayos del sol vió tremolar en los muros de la traidora villa los estandartes de Felipe y del cardenal, que señaló al conde de Ampurias diciéndole:—«¡Por mi cabeza, conde, que hemos hecho bien en darnos prisa; pues heos aquí á los franceses dueños ya de Castellón! [1].»

D. Pedro y los suyos no pararon hasta llegar al castillo de Pontons, cerca de Gerona, donde estaba de capitán un caballero llamado Berenguer de Mont Paó (otros dicen Bernardo de Monpahón), al cual comisionó aquél para ir en el acto al castillo de Torroella de Montgrí y llevarse consigo los tres hijos del rey de Mallorca, que allí estaban encarcelados desde el regreso de la empresa de Perpiñán, junto con los tesoros y archivo del mismo rey allí también dejados en depósito. Mientras D. Pedro seguía su camino á Gerona, Berenguer de Mont Paó volaba al castillo de Torroella; pero con dificultad pudo apoderarse de los tres infantes, y hubo de abandonar los tesoros, papeles y ropas á los vecinos de Torroella, que,

1 Desclot, cap. CLII.—También en este punto falta Muntaner reconocidamente á la verdad (cap. CXXVI), diciendo que Castellón se entregó al rey de Francia por voluntad de D. Pedro de Aragón, como antes dice que, por orden del mismo, se entendió con Felipe D. Jaime de Mallorca. Comprendo cuán duro es para un escritor patriota tener que consignar el hecho; pero debe hacerse, ya que si es para Castellón una mancha, nobles glorias tiene esta villa que la borran.

como los de Castellón, se habían sublevado al saber que los franceses eran ya dueños de casi todo el Ampurdán, temiendo las iras del enemigo si en su favor no se declaraban. Mont Paó con los infantes se fué á Gerona y los entregó al rey que, como en rehenes, se los llevó luego consigo á Barcelona.

Pocos soberanos han tenido que luchar á un tiempo con más contrariedades que las que entonces se declaraban contra D. Pedro, ante cuyos pasos hasta parecía faltar la tierra. Cuando llegó á Gerona, hallóla presa del más espantoso desorden. Allí estaban esperándole las milicias ciudadanas, á quienes diera aquella ciudad como punto de cita; pero los vecinos huían desalados de ella en confusión y tropel. Mujeres, ancianos, niños, enfermos, se apresuraban á abandonar sus hogares, temiendo que los franceses llegasen de un momento á otro para renovar allí la terrible y sangrienta catástrofe de Elna. Para colmo de infortunio, los almogavares, insubordinados, se habían introducido en el *call juich* ó judería de Gerona y se ocupaban en saquear y robar las casas, como si se tratase de un país conquistado. Cuéntase que D. Pedro, al saber esto, espoleó su caballo y blandiendo aquella su maza de armas tan terrible en los combates, arremetió contra los almogavares que iban desbandados por el *call*, hiriendo á muchos y mandando prender á varios que en el acto fueron ajusticiados. Así hizo volver á entrar en su deber á la desbordada turba, pasando en seguida á ordenar lo que convenía con respecto á la defensa de Gerona.

Su primera disposición fué llamar á consejo á sus caballeros y á cuatro capitanes de cada una de las huestes del Principado que allí estaban. A estos últimos les dijo que para evitar grandes males y transcendencias funestas al país, creía lo mejor ir desamparando los lugares que no eran bastante fuertes para la defensa, ha-

biendo al efecto decidido que las milicias ciudadanas regresaran cada una á su hogar; pues le bastaban á él los caballeros, las gentes de armas y los almogavares, para sostener en los puntos fortificados la embestida de los franceses, molestar á éstos, cansarles con escaramuzas y sitios y entretener la guerra hasta el invierno. En vista de esta resolución del rey, las huestes de somatén se retiraron, no sin antes haberse ofrecido á D. Pedro y haberle manifestado cuán prontas estaban á hacer cuanto de ellas dependiera.

Luego de terminar con los ciudadanos, entró el rey con los caballeros; y aunque hubo encontrados pareceres, manifestando unos que Gerona debía desampararse y otros que defenderse, D. Pedro optó por la defensa como hubiese un valiente que á su cargo la tomara. Excusáronse algunos, después de haber sido invitados para ello, y alzó entonces su voz el buen Ramón Folch, vizconde de Cardona.—«Castellán soy de Gerona, dijo, y yo me encargaré, si os place, de su defensa, que no puedo excusar, pues á ella estoy obligado por derecho y usaje de Cataluña, ni tampoco lo haría aunque pudiera. Dadme aquellos caballeros, gente y provisiones que bien os parezca, y yo os prometo que antes perderemos las vidas que ceder la plaza. A esto me hallo resuelto, y maravíllome sólo de que á todos hayáis invitado, señor, á tomar esta defensa sin acordaros de mí, que, por lo dicho, me encuentro á ella obligado.»—«Gracias por vuestras palabras, Ramón Folch, contestó entonces el rey, y ya sé que cumpliréis como habéis dicho, pues si antes no os invité, fué por no apartaros de mi lado como á uno de los mejores de mi tierra.»—«Pues si soy lo que decís, señor, replicó el de Cardona, probarlo he con mis hechos, y por esto nadie se quedará aquí sino yo, que soy el castellán de Gerona.»

Aceptada la noble y patriótica oferta de Ramón

Folch, dióse orden de abastecer la ciudad con provisiones para cinco ó más meses; se publicó un bando por el cual se mandaba que en el término de tres días saliesen de Gerona cuantos no fuesen necesarios para su defensa, y púsose á las órdenes del vizconde una guarnición compuesta de 80 caballeros, cuyos capitanes eran Guillén de Castell Aulí y Guillén de Anglesola; 30 ballesteros de á caballo y 2.500 infantes, entre lanceros y ballesteros, 600 de los cuales eran sarracenos del reino de Valencia, armados con ballestas largas de dos pies. Quedaron también en Gerona otros caballeros con las gentes de sus casas. Inmediatamente, y con toda diligencia, proveyó el vizconde á la fortificación de la plaza, mandando reparar el antiguo muro y pertrecharle, hacer bastidas, labrar sus barreras y derribar las casas que estaban en el exterior, arrasando el campo. Tomadas éstas y otras providencias, Ramón Folch esperó tranquilamente al enemigo, que no hubo de tardar en presentarse.

Mientras tanto el rey con su caballería se vino á Barcelona, y fué ésta como una señal para que se despoblase el campo de Gerona, quedando abandonadas villas y casas y volando todos á recogerse en la capital del Principado ó á guarecerse de las sierras y castillos. Pero en medio de aquella general emigración y del terror que inspiraban los franceses, manteníanse aún por el rey D. Pedro, Castelnou y Montesquiu, en el Rosellón; en el Ampurdán, Rocabertí, Requesens, Carmenzó, Llers y San Salvador, que eran castillos del conde de Ampurias y de Dalmacio de Rocabertí; en Gerona, la capital, Besalú y Camprodón; y en el Vallés, el castillo de Monsoriu, que era del conde de Ampurias, el de Moncada, que era del vizconde de Bearn, y el de Montornés, de Berenguer de Entenza.

No todo estaba perdido para el rey. Aún había pa-

tria; aún tenía hombres como el conde Pons Hugo de Ampurias, como el vizconde Dalmacio de Rocabertí, como Asberto de Mendiona, como el conde Ramón Roger de Pallars, como el vizconde Hugo Folch de Cardona, como Berenguer Mayol, como Ramón Marquet, como Roger de Lauria; en fin, grandes todas y gigantescas figuras de aquella época bajo tantos conceptos memorable.

CAPÍTULO XXXVI.

La armada francesa tala la costa.—Toma de Llers.—Coronación de Carlos de Valois en Llers.—Propuesta de rendición de Gerona á Ramón Folch, y noble contestación suya.—Sitio de Gerona.—D. Pedro en Barcelona.—Los catalanes piden al rey que los lleve al combate. —Respuesta dada por D. Pedro.—Los catalanes molestan á los franceses con rebatos y sorpresas.—Deciden los de la Unión ayudar al rey. —Fortificación de Barcelona.—Daño que hacían los corsarios á los franceses.—Los almirantes catalanes piden permiso al rey para salir contra los franceses.—Combate marítimo ganado por Marquet y Mayol con 11 galeras contra 24.—Notable fruto de esta victoria.

(Julio de 1285.)

Con la mayor facilidad pudieron los franceses correrse por el Ampurdán y apoderarse de él, mientras su escuadra, siguiendo el derrotero de la costa, ocupaba casi todos los lugares desde Colibre hasta Blanes. Los pueblos se hallaban en su mayor parte abandonados; pero no por esto dejaron de sufrir mucho, y se cuenta que algunos fueron reducidos á cenizas, entre ellos San Feliú de Guixols. Mientras la armada llevaba á cabo esta correría y fondeaba en Blanes, el ejército de tierra se apoderaba de San Salvador, cerca de Rosas, sin que éste pudiera oponer ninguna resistencia por falta de víveres, é iba á poner sitio al castillo de Llers.

Esta fortaleza hizo una buena y noble defensa. Resistió hasta catorce asaltos; en varias salidas hizo verdaderas proezas la guarnición, y de cadáveres franceses quedaron sembrados los alrededores de Llers. Cuando ya no había más medio de resistir, los bravos defensores se rindieron; pero estipulando que pudiesen salir con armas y bagajes, retirándose á Gerona. Así es como los franceses se apoderaron de aquel castillo, siendo el primero que alcanzaron por fuerza de armas en Cataluña.

Tomado Llers, trasladóse allí desde Castellón el rey de Francia con sus hijos, el cardenal y su corte, y en este castillo, con toda la pompa y aparato posibles, se hizo la ceremonia de coronar el cardenal á Carlos de Valois como rey de Aragón y conde de Barcelona, poniéndole en posesión de sus tierras [1]. Hubo con este motivo fiesta por dos días, mirando ya como ganado aquel país, y en seguida, por acuerdo tomado en consejo, movióse el ejército y fué á acampar delante de Gerona. Allí les esperaba tranquilo un Cardona, como siglos más tarde debía esperarles un Alvarez, dos hombres y dos héroes para siempre memorables en los fastos brillantísimos de la inmortal ciudad.

Tan pronto como hubo sentado su campo ante los muros de Gerona, el monarca francés envió al conde de Foix, como mensajero, al caudillo catalán Ramón

1 Desde este momento, sin duda, comenzó á usar el joven Carlos el sello de rey de Aragón que se ve en muchos de sus diplomas, y que continuó usando hasta la época de su renuncia, según más adelante veremos. En el anverso de este sello se ve al rey armado de todas armas, jinete en un brioso corcel con gualdrapa sembrada de flores de lis. El rey tiene la espada en alto y el escudo aplicado al pecho, en actitud de combatir. Por el otro lado, el rey está sentado en un trono con manto real, ceñida la corona con una flor de lis á la izquierda y un cetro flordelizado á la derecha. La leyenda es: *Karolus Dei gratia rex Aragonie et Valentie, comes Barchinonie, filius regis Francie.*

Folch, de quien era pariente, proponiéndole que si quería entregar la ciudad haríale tantas mercedes que ningún otro caballero sino el rey podría competir con él en dignidades y honores. A esto añadió el cardenal de su parte, que le absolvería en nombre de la Iglesia del juramento y homenaje prestados á Pedro de Aragón, á fin de que jamás pudiese ser tenido el vizconde de Cardona por traidor en parte alguna. Tal fué el mensaje trasladado á Ramón Folch; pero he aquí la contestación que dió el vizconde al de Foix [1]:—«En todos tiempos, conde, fuísteis mi amigo y yo vuestro, y en todos me dísteis pruebas de amigo menos ahora. Decís que os maravilláis de que yo me haya empeñado en la defensa de Gerona por servir á mi señor el rey de Aragón; pero maravíllome yo mucho más de que seáis vos quien me aconseje la entrega de un lugar cuya guarnición y defensa se me ha confiado, deshonrando con hacerlo el linaje de los Cardonas, y ganando yo en ello nombre de bara, falsario y bausador. Que me haréis absolver por el cardenal de mi fe y juramento, decís; pero aun cuando crea yo que el cardenal me absolviera de ellos por lo tocante á Dios, cierto estoy de que absolverme no podría de la mala fama que sobre mí caería y de la deshonra de mi nombre. Brevemente os respondo, pues, que ni ahora ni nunca volváis á hablarme de semejante propuesta, ya que, vos excepto, á nadie hubiera permitido que me la hiciera si en seguida no le hubiese mandado alancear, sin valerle el guiaje que pudiese haberle dado.»

Hubo de retirarse con esta respuesta al campo francés el conde de Foix; y no habiendo otro medio, se mandó poner estrecho sitio á la plaza, siendo los sarracenos del presidio de Gerona los que primero rompieron las hostilidades. En número de 60 salieron una noche de la

1 Desclot, cap. CLIV.

ciudad, armados con sus ballestas y con sus cuchillos en el cinto, y llegáronse hasta las primeras tiendas, en una de las cuales estaba un caballero normando cenando con cuatro caballeros franceses. Asaetearon á los cinco dejándoles cadáveres, y volviéronse á Gerona sin ser sentidos, llevándose prisioneros 38 hombres de la gente de armas del normando. Cuando al día siguiente hallaron los franceses aquellos sus cinco caballeros muertos, creyeron que eran sus asesinos algunos catalanes que con ellos vinieran de las tierras del conde de Foix, y sentenciaron á dos, haciéndoles ahorcar por el pescuezo; pero entonces el vizconde de Cardona hizo ahorcar por los pies, alrededor de los muros de la ciudad, á los 38 normandos hechos prisioneros la noche anterior. Tales eran las crueles y terribles represalias de aquellos tiempos; si bien que, por desgracia, tales y tan crueles han sido también en todas épocas.

Las varias escaramuzas que al primer lance de guerra referido se siguieron, con una brillante salida victoriosamente llevada á cabo por los sitiados, debieron hacer conocer á Felipe que la empresa de tomar á Gerona era muy difícil y ocasionada á más peligros y obstáculos de lo que al principio creyera. Establecióse, pues, un sitio formal, con visos de ser duradero, y circuláronse las oportunas órdenes por el campamento para disponer ingenios y máquinas, con todos los demás preparativos que necesarios eran, si se había de combatir con fruto una plaza tan bien fortificada como aquélla y una guarnición como la que mandaba el de Cardona.

Mientras tanto, el rey se vino á Barcelona, según queda dicho; y al saber que los franceses habían puesto sitio á Gerona, redobló su actividad, de la que ya diera tantas pruebas, enviando mensajeros, uno tras otro, á Aragón á fin de que se le enviasen fuerzas; pero al ver que los aragoneses no contestaban, al ver que muchos

barones catalanes andaban también como recelosos y retraídos, al mirar que los pueblos del Principado poco auxilio podían darle en medio de sus buenos deseos y leal patriotismo, tomó una resolución que difícilmente podrá interpretar ni comprender quien no se haya hecho cargo del verdadero carácter de D. Pedro. Mandó suspender todos los aprestos militares, y como si no le afectasen cuidados de ninguna especie y el reino estuviese en completa paz, se dió á la diversión, á las fiestas y á la caza, aparentando que, pues á los súbditos no les importaba, importábale menos á él todavía, que los franceses se hubiesen señoreado del Ampurdán y estuviesen combatiendo á Gerona. Así esperó, tranquilo en la apariencia, que el patriotismo hiciera lo que sus órdenes y autoridad no podían.

No tardó, efectivamente, en manifestarse la reacción natural que debía obrar en los ánimos patriotas la nueva conducta del rey. Los nobles catalanes se acordaron entre sí, y presentándose un día á D. Pedro, cuando éste continuaba aparentando estar más que nunca absorbido por sus placeres, le suplicaron que les condujese al combate, diciéndole que no era ocasión aquélla para permanecer en las ciudades y villas como mercaderes, sino que era llegado el momento de mostrar que había en Cataluña hombres de corazón y caballeros dignos de sus títulos y nombres, y que ellos con sus gentes se ofrecían á ponerse en frontera de los franceses y á no darles un momento de tregua ni descanso por medio de continuas escaramuzas, ataques y rebatos. Aceptó el rey la oferta, y la contestación que les dió merece continuarse íntegra, traduciéndola del cronista Desclot:

«No creo, barones, les dijo, que haya rey cristiano alguno que pueda contar vasallos mejores que vosotros, ni de más probada fidelidad á su señor. Y muéstranlo así vuestros hechos y obras primeramente, y luego las

palabras con que patentizáis vuestro amor hacia mí, al par que vuestro celo. De veras os lo agradezco, mayormente en esta ocasión en que me hallo yo de un lado, y el mundo todo contra mí de otro; pero, si á Dios place, yo espero que, aun cuando tengamos que sufrir algún daño, todo acabará por redundar en honra y gloria mía, de vosotros y de cuantos haya en mis tierras, ya que si en la empresa en que estamos comprometidos perdiésemos, quien menos perdiera fuera yo, salvo el deshonor, pues está en mi mano el avenirme con los franceses, y á buena cuenta tomaran ellos el dejarme contento y satisfecho. De seguro que no sería esto provechoso ni para vosotros ni para el país, mientras que yo, en último resultado, nada perdería, pues no soy sino un caballero, y con sólo que me quedasen mis armas y mi caballo, creo que vivir pudiera de la caballería como quien mejor haya. Agradézcoos por lo mismo lo que de palabra acabáis de decirme, y más os lo he de agradecer aún si lo ponéis por obra. No os diré que dejéis de hacerlo, ni os instaré tampoco á que lo hagáis, pues os dejo completamente libres para obrar según mejor os plazca; pero sí os diré que, como llevéis á efecto cuanto me decís y un solo pedazo de territorio me quede, éste será el que parta yo gustoso con vosotros. Empuñad vuestras armas y aparejad vuestros caballos, que, pues despertado me habéis, pronto iré á reunirme con vosotros. Necesito quedarme aquí unos días para disponer galeras y asegurar la defensa por la parte del mar; vosotros en tanto, si os parece, podéis formar dos cuerpos, uno de los cuales se sitúe en Hostalrich y otro en Besalú. Id, pues, barones, que yo procuraré estar á vuestro lado antes de que podáis llevar á cabo alguna empresa de importancia que me robe el placer de compartir con vosotros los peligros y la gloria.»

Tal es el noble y elevado discurso que pone Desclot

en boca de D. Pedro de Aragón. Los caballeros catalanes corrieron inmediatamente á ponerse en frontera de franceses, y dividiéronse, según el dictamen del rey, en dos cuerpos, el mayor y más lucido de los cuales acampó en Hostalrich, pasando á Besalú el otro, que se componía de 60 jinetes y 2.000 peones. Estas dos huestes comenzaron en seguida sus rebatos contra los franceses que tenían puesto el cerco á Gerona, dándoles mucho en que entender según parece. Menudeaban las escaramuzas y los encuentros, y apenas se pasaba día sin que, los de Hostalrich particularmente, llevasen á cabo alguna atrevida sorpresa. Los almogavares, diestros como no existían otros en esta clase de guerra, regresaban siempre con buen botín de armas, vituallas, ropas y prisioneros, que vendían luego como si fuesen esclavos sarracenos. También se llevaban á menudo la prez de la jornada los de Besalú, cuyo jefe principal era Asberto de Mendiona, y con quien se hallaban Bernardo de Anglesola, Berenguer de Puig Vert y Berenguer de Rosanes.

Ya por este tiempo, á mediados de Julio, vista la actitud de los catalanes y el aspecto que las cosas públicas presentaban, decidieron los de la Unión aragonesa reunirse en Cortes para procurar auxilios al rey, dejando por un momento aparte sus agravios. Convocados, pues, los ricos-hombres, infanzones, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares del reino, en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, acordaron que fuesen á servir al rey en la guerra contra franceses todos los que no estaban en las fronteras de Navarra y Albarracín, aun cuando no se hubiesen cumplido las sentencias referentes á sus libertades. Parece que entonces vinieron á Cataluña varios de los ricos-hombres aragoneses con sus gentes, entre ellos D. Pedro, que era señor de Ayerve y hermano del rey, como hijo de Doña Teresa Gil de Vidaure, de que tanto se ha hablado.

Por lo que toca al monarca, se hallaba entonces en Barcelona, donde, como con feliz frase ha dicho Zurita, «proveía las cosas necesarias á la guerra en defensa de Cataluña, con tanto valor y ánimo como si tuviera cierta la victoria, haciendo con este ejemplo que con gran voluntad acudiesen todos para resistir á los franceses, procurando de le imitar en el esfuerzo y valor que mostraba.» En diez días hizo pertrechar y tripular 11 galeras que había en el puerto, cuyo mando fué confiado á los ciudadanos barceloneses, ya reputados almirantes catalanes, Ramón Marquet y Berenguer Mayol; y dió órdenes terminantes para fortificar la ciudad, particularmente por el lado de la playa, con grandes bastidas y castillos de madera y diversas máquinas y trabucos esparcidos por los muros. En breve tiempo se puso Barcelona en estado de defensa y de manera que nada tuviese que temer.

A más de las indicadas galeras, había muchas naves y saetías de particulares catalanes y valencianos, que andaban á corso y discurrían por la costa llegando hasta la Provenza, procurando pasar á cubierto de la armada francesa, que continuaba su crucero de Rosas á Blanes. Estos buques corsarios apresaban muy á menudo barcas que, cargadas de víveres y otros efectos, iban de Marsella, Montpeller y Provenza á proveer el real de Felipe, y traíanselas á Barcelona, donde con notable ganancia vendían su cargamento, después de pagado al rey el derecho de quinta.

Hízose célebre entre estos buques corsarios uno cuyo capitán se llamaba Albesa y era de Alicante, de quien se cuentan bravas proezas, tanto que no dejaron de inspirar nobles celos á los almirantes Marquet y Mayol, los cuales se presentaron un día al rey y le pidieron que les permitiese salir contra la armada francesa. Hízoles observar D. Pedro que ellos no tenían más que 11 galeras,

mientras que los enemigos contaban con más de 150 buques; que bastaba que ellos defendiesen la playa y costa de Barcelona, haciendo ya bastante con ello, y que mejor sería esperar á que viniese la armada de Sicilia, á la cual había ya enviado varios avisos para el efecto. Ninguna de estas razones convenció á los almirantes catalanes, y al ver su porfía dióles D. Pedro el permiso que reclamaban.

Hasta dos veces salieron al mar, pero hubieron de regresar las dos á Barcelona sin haber encontrado á los enemigos ó sin haberles embestido en razón de su número infinitamente mayor, redundando esto para el vulgo en cierto descrédito de entrambos almirantes, de quienes decía que estaban á sueldo del rey de Francia para no atacarle. Sintiéronse mucho Ramón Marquet y Berenguer Mayol de esas calumnias contra ellos propaladas, y acordaron salir por tercera vez al mar, decididos á obtener una ruidosa victoria ó á morir en la demanda.

Formada esta resolución, hiciéronse á la vela y, llegados á San Feliú de Guixols, dejando atrás al grueso de la armada francesa, tuvieron noticia de que había 24 galeras enemigas entre Rosas y San Feliú, partiéndose en el acto á furia de remos para darlas combate, sin cuidar de que eran 24 y sólo 11 las nuestras. Por desigual que fuese el combate, el Dios de las batallas permitió que la victoria sonriese á los que por su menor número parecían deber sucumbir. Puestas en orden de batalla ambas armadas, las 11 galeras nuestras embistieron con tal furia á las contrarias, que las dividieron en tres grupos, quedando encerradas en medio de las catalanas las 7 francesas que parecían ser las principales, pues en una de ellas tremolaba el pendón del almirantazgo por llevar á su bordo al almirante Guillermo de Lodeva. El combate fué terrible, pero breve. Aprovechán-

dose los nuestros de aquella buena suerte, revolvieron con celeridad y presteza contra las 7 galeras antes de que las otras pudieran ordenarse. Esforzadamente las combatieron, saltando á su bordo cuchillo en mano la marinería catalana y haciendo un verdadero estrago. Conseguida esta primera victoria, arrojáronse contra el grupo de naves francesas que estaban de la parte de Mediodía, las cuales iban tripuladas por hombres de Narbona, trabando un recio combate con ellas y venciéndolas asimismo, mientras que el otro grupo, que estaba de la parte de Levante, batía remos y se dirigía hacia Palamós, donde se hallaba recogido el grueso de la armada francesa.

Adquirió gran crédito en este memorable combate la ballestería catalana que llamaban de tabla *(ballesters en taula)*, y el resultado fué quedar en nuestro poder 7 galeras, sin las que fueron á pique; muchos prisioneros, entre ellos el almirante Guillermo de Lodeva, y gran acopio de botín, siendo la victoria, como dice Zurita, una de las más nombradas que hubo por mar en aquellos tiempos. En la imposibilidad en que parece se vieron Marquet y Mayol de llevarse consigo todas las presas, mandaron echar á fondo 2 de las galeras enemigas con su tripulación prisionera, y tomaron rumbo hacia Barcelona trayéndose las 5 restantes.

Pero ni éstas pudieron salvar siquiera. La armada francesa, al tener aviso por los fugitivos de lo que pasaba, se hizo á la vela desde Palamós en busca de los catalanes, y entonces éstos hicieron pasar á su bordo á Guillermo de Lodeva y á todos cuantos prisioneros les fué posible recoger, echando á pique las 5 galeras y quedando de este modo más libres para escapar. Así fué; los franceses no pudieron darles caza, y Marquet y Mayol entraron triunfantes en el puerto de Barcelona con grande estrépito de trompetas y cuernos marinos,

que con alegres y repetidos sones anunciaban á los barceloneses la victoria de su armada [1].

Sirvió esta batalla para gran crédito y fama de la nación catalana, que comenzó á ser estimada sobre todas en las empresas marítimas, habiendo llegado ya para ella la época de que nadie pudiese disputarle el señorío del mar.

CAPÍTULO XXXVII.

Nuevo llamamiento á las municipalidades y nobleza de los reinos.—D. Pedro en Montserrat.—Pasa al campamento de Hostalrich.—Combate con los franceses en que toma parte personalmente D. Pedro.—Los franceses prosiguen con empeño el sitio de Gerona.—Peste en el campo francés.—Falta de víveres en Gerona.—Llegada de Roger de Lauria con su armada á Barcelona.—Sale Roger en busca del enemigo.—Victoria grande de mar.—Galeras y prisioneros franceses que quedaron en poder nuestro.—Bárbara inhumanidad del rey D. Pedro.—Roger penetra en Rosas y toma el castillo.—Se apodera de Cadaqués.—Levantamiento de los pueblos de la costa.—Embajada del rey de Francia á Roger.—Orgullosa respuesta de Roger de Lauria.

(AGOSTO DE 1285.)

Proseguía el vizconde de Cardona, nobilísima figura de aquellos heróicos tiempos, sosteniéndose firme en Gerona y molestando diariamente con salidas y sorpresas al campamento francés, que comenzaban ya por otra parte á molestar las enfermedades promovidas por los

1 Compárese la relación de Desclot (caps. CLVII y CLVIII) con la de Muntaner (desde el cap. CXXX al CXXXIV). Este último dice que las galeras catalanas entraron en Barcelona arrastrando cada una otra francesa; pero es visiblemente invención suya, como tantas otras de su crónica.—Véase también á Zurita, cap. LXIV, y á Capmany, tomo I. pág. 133, sin embargo de que éste comete el yerro de creer la acción dirigida por Roger de Lauria.

grandes calores de la estación. Cobrando D. Pedro nuevos ánimos y esperanzas con la brillante victoria marítima, decidió redoblar su actividad, y, como ha dicho Zurita, «se dispuso con sola la caballería catalana y con solos los soldados más pláticos que le quedaban, á hacer guerra guerreada al enemigo, y no cesar punto de molestarle y perseguirle.» A pesar de que todos los días se iba aumentando su real con gente de valor y de corazón, mientras que el del contrario iba disminuyendo, hizo nuevo llamamiento á todos sus reinos y señoríos, á fin de que se juntasen con él todos los caballeros y gente de guerra, declarando su voluntad de tener formado su ejército para poder acometer á sus enemigos y retarles á batalla campal, si era posible, el 1.° de Setiembre. Por esta causa envió á su hijo el príncipe Don Alfonso al reino de Aragón, y escribió á todos los ricoshombres y mesnaderos de Aragón y Valencia y á los consejos de Cataluña, al objeto de que no le faltasen en la jornada que proyectaba.

Antes de salir á campaña pasó el rey á Montserrat, contándose de él que permaneció toda una noche en oración y en vela ante la sagrada imagen de la que unos llaman *Virgen de las batallas* y otros *Virgen de las montañas*, pero que ha sido siempre, en todos tiempos, la Virgen de la patria catalana. De rodillas ante aquella imagen y sobre aquella losa, que desgastarse debía con el tiempo al roce de tantas rodillas de héroes y de reyes, D. Pedro *el Excomulgado* y *el Impío* dirigió al cielo su fervorosa plegaria, pidiendo protección á la Virgen soberana para todos aquéllos que se disponían á combatir, y estaban ya combatiendo, por la independencia de la patria. La Virgen hubo de escuchar las plegarias de aquél que postrado ante sus altares ardientemente le imploraba, siendo, sin embargo, perseguido como cruel enemigo de la Iglesia; y D. Pedro debió partir de la sa-

grada montaña, robustecida su alma por la oración, fortalecidos el corazón y el espíritu por aquel sano ambiente de libertad y de independencia que se respira en las almenadas sierras de la Tebaida catalana.

Al partir del monasterio *de los monjes negros*, como le llama Desclot, encaminóse directamente á Hostalrich, donde ya sabemos que se hallaban los principales barones catalanes en frontera de franceses. Allí estaban entonces, molestando continuamente con sus rebatos á los enemigos, los condes de Urgel, de Ampurias, de Pallars, los Moncada, los Entenza, los Cervera, Anglesola, Cervelló, Puigvert y tantos otros de nombres que han sido siempre ilustres y que serán siempre caros á Cataluña.

Poco tiempo permaneció el rey ocioso en el campamento, ya que para él, lo mismo que para su padre el gran D. Jaime, la actividad, el movimiento y la guerra eran la vida. Entraba en su plan de campaña apoderarse de un cerro llamado el *puig de Tudela*, vecino á Gerona, donde quería asentar su real, y lo consiguió burlando la vigilancia de los sitiadores de Gerona; mas reconociendo que en aquel cerro no había la comodidad que al principio creyera para hacerse allí fuerte, lo abandonó á la noche siguiente para dirigirse á Besalú. Entonces fué cuando tuvo lugar aquel famosísimo combate que tanto realce y brillo ha dado á la época de D. Pedro, combate tan reñido como glorioso, en que el rey peleó como soldado, matando por su propia mano al que llevaba el estandarte enemigo, y también á un caballero navarro, que Muntaner convierte buenamente en el conde de Nevers al hacer la relación de este encuentro. Si no hubiese tenido ya la reputación de ser uno de los mejores caballeros de su tiempo, la hubiera conquistado D. Pedro en esta batalla, que no se describe aquí por no robar á los curiosos el placer de leer-

la en Desclot, cuyo pasaje á ella referente puede consultarse con provecho y leerse con deleite.

Con el lauro de la jornada, dirigióse el rey á descansar aquel día (15 de Agosto) en Santa Pau, dando gracias á Dios de haber salido ileso de aquel combate donde estuvo á punto de perecer. De Santa Pau pasó á Besalú, volviendo luego á Hostalrich, y recorría la comarca con los suyos sin descanso, apareciendo tan pronto en una parte como en otra, pues su principal objeto era no dar tregua ni sosiego al francés, lanzándose de improviso sobre un punto cuando más lejos de él se le creía y más descuidado estaba el enemigo. En lo que particularmente anduvo acertado, fué en las emboscadas tendidas á los destacamentos franceses que iban á menudo á buscar á Rosas, donde estaba la flota, los víveres necesarios para la subsistencia del real. Muchas veces les sucedió á los nuestros apoderarse de esos convoyes [1].

Aunque hostigado de esta manera, ó por lo mismo que así se veía molestado, Felipe *el Atrevido* apretaba cada día más el sitio de la ciudad, que se mantenía firme, resistiendo los asaltos continuados, ó sea los combates á lanza y escudo, y despreciando las baterías de máquinas contra ella asestadas. Viendo, pues, el enemigo que no aprovechaba combatirla ni hacía gran daño á las baterías, mandó labrar una mina debajo del muro para derrocar un lienzo de él; pero entendió el peligro el vizconde de Cardona, tomó sus disposiciones, y cuando, gracias á la mina, el lienzo designado se desplomó, encontráronse con un murallón que el vizconde había mandado levantar para burlar su intento. Proyectaron después de esto llegar al muro con los ingenios que llamaban *gatas*, que eran de gruesa madera, embarbota-

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 50.

dos y encorados; pero, en una salida, consiguió Ramón Folch prenderles fuego é inutilizarlos. Cuantos recursos podía sugerir la ciencia militar de aquellos tiempos se pusieron en obra para tomar á Gerona, pero todos inútilmente, que con valor se defendía la plaza si con valor y obstinación era combatida.

La escasez de víveres en el campamento, los fuertes calores de aquel estío y la mucha fatiga y penalidades que los franceses debían soportar, hicieron que éstos se viesen acometidos de crueles enfermedades, no tardando en ser diezmados por una mortífera epidemia. Aparecieron entonces, producidos por los excesivos calores, unos insectos que se supone eran venenosos y que eran como especie de moscas, las cuales se cebaban particularmente en los caballos. Al vulgo piadoso, crédulo siempre, se le hizo creer más tarde que aquellos insectos habían salido del sepulcro de San Narciso que los franceses intentaron profanar, y por esto son conocidos, según la tradición, con el nombre de *moscas de San Narciso*.

A pesar de esto y de haber tenido la fortuna de rechazar victoriosamente cuantos asaltos se le dieran, Gerona, que comenzaba ya á verse apurada de víveres, no podía resistir por mucho tiempo á todo aquel poder de los franceses, detenidos ya bien cerca de dos meses hacia al pie de sus muros. El vizconde de Cardona halló medio de hacer llegar un mensajero hasta el rey de Aragón, para darle parte de cómo Felipe le había enviado proposiciones y de cómo difícilmente podía sostenerse él por más tiempo, á causa de que le escaseaban los víveres y tenía la guarnición diezmada por las bajas de la guerra y de la enfermedad. Entonces el rey le contestó que pidiese un plazo de veinte días, prometiendo entregar la ciudad así que hubiese finido, si no era antes auxiliado. Así se hizo. Por mediación del conde de

Foix estipulóse, entre el monarca francés de una parte y el vizconde de Cardona de otra, una tregua de veinte días, concluída la cual se entregaría la plaza si no hubiese recibido socorro.

El 24 de Agosto, hallándose el rey en Hostalrich, recibió la fausta noticia de haber llegado á Barcelona su escuadra de Sicilia al mando de Roger de Lauria. Felicísima nueva era ésta para el monarca, y corrió presuroso á la capital del Principado, á donde llegó el día 25, acompañado sólo de tres caballeros. Magnífico espectáculo ofrecía el puerto de Barcelona. Treinta galeras se balanceaban en sus aguas; aquellas galeras, tantas veces vencedoras en los itálicos mares, ostentando sus escudos unidos de Aragón y de Sicilia, tremolando sus gallardetes y estandartes, meciéndose inquietas sobre aquel inconstante elemento, como impacientes ya de no oir el estruendo y el fragor de los combates [1].

Roger de Lauria llegaba á los pies de su rey, ceñida la frente con los lauros recientemente conquistados en Taranto. Acababa de apoderarse de aquella ciudad y, hallándose en vena de conquistas, confiaba reducir lo que faltaba de la Calabria, cuando recibió la orden de

1 *Quan lo rey d' Aragó hac enteses estes noves, fo molt alegre e pagat; e punyi lo cavall dels esperons, e menal un poch pel pla, e feu be semblants de hom alegre..... Mantinent feu ensellar; e cavalcá tot lo día, e la nit seguent, axi que a ora de matines tocades, fo en Barcelona en son palau; e reposás aqui tro lengema mati, que era di-sapte. E al mati, el cavalcá riba mar, per veure las galeras qui eren vengudes. E las galeres foren totas trenta la huna prop l' altra. de llats arrengades. E eren mils aparelladas que geleres que hanch fossen, car trobaretsles totes pintades á senyal del rey d' Aragó e de Cecilia, e escuts que y havia de popa á proa á dues parts, que no y podien mes caber, e entre dos scuts hi havia huna ballesta; puig estaven las bandories els penells per l' orla de les galeres, de popa tro sus en la proa a totes parts; e bells draps de preset vermell e de seda qui estaven esteses sobre los castells en la popa de les galeres, que quaix no poria esser dit, tant clarament e tant noble eren apparellades* (Desclot, CLXV).

partir inmediatamente para Cataluña. Poco permaneció el almirante en Barcelona: el tiempo suficiente sólo para entenderse con el rey y recibir de él las órdenes oportunas. Tardábale sin duda á aquel titán de los mares el momento de cruzar victorioso las aguas de Cataluña, como victorioso cruzara tantas veces las de Italia. La fortuna, su compañera inseparable, le deparó bien pronto lo que anhelaba.

Una importante división de la armada francesa, compuesta de 40 galeras por lo menos, amenazaba dirigirse hacia Barcelona, á cuya ciudad había determinado ir á poner sitio Felipe, luego de tomada la plaza de Gerona. Roger se hizo al mar en busca de aquella armada con sus 30 galeras, á las cuales se unieron 10 que mandaban Ramón Marquet y Berenguer Mayol, quienes habían tenido que abandonar San Pol, donde se hallaban, por haber sabido que los enemigos iban á caer sobre ellos. El prior de un monasterio de cartujos de San Pol, deseoso de atraerse el favor del cardenal legado sin duda, avisó al francés la permanencia de la escuadrilla catalana en aquellas playas.

Al día siguiente de haber salido Roger de Lauria del puerto de Barcelona, llegaban al mismo 4 galeras de su escuadra que habían quedado rezagadas. Mandábalas un caballero catalán del linaje de Montoliu, quien, al saber la partida del almirante, decidió ir á reunirse con él, deteniéndose sólo en Barcelona los precisos instantes para besar la mano al rey y pedirle licencia de hacerse á la mar. Siguiéronle, é hicieron vela con él hacia la armada, 8 entre leños y barcas, que habían armado recientemente algunos vecinos de la capital.

Esta pequeña flota, desconociendo el derrotero del almirante, iba siguiendo la costa catalana, cuando al doblar un cabo descubrió la armada francesa que iba en busca de las galeras de Marquet y Mayol, ignorando,

según parece, que cruzaba ya estos mares Roger de Lauria. La flotilla mandada por Montoliu fué tomada por la que buscaban, y comenzaron los franceses á darla caza, ínterin el de Montoliu, impotente para la lucha, huía del enemigo á toda fuerza de remos y de vela. Las primeras sombras de la noche vinieron á sorprender á los unos en su caza y á los otros en su fuga, impidiendo que aquélla pudiese continuar y protegiendo el buen éxito de ésta. La Providencia favoreció tan visiblemente á los nuestros, que se encontraron con el almirante en cuya busca iban, y participóle Montoliu el peligro que acababa de correr y lo próximo que se hallaba el enemigo. Esta última noticia hizo latir de gozo el corazón de Roger de Lauria.

Era de noche; pero ¿qué le importaba esto al valiente almirante? Partió inmediatamente en demanda de la escuadra enemiga, seguro de que, á pesar de la oscuridad, él sabría abrirse camino á la luz de la victoria. Fué realmente aquella nocturna batalla, una de las más fieras y bravas que consignan los anales de aquellos tiempos, ricos, sin embargo, en marítimas jornadas; pero fué también aquél uno de los mayores y más estruendosos triunfos del gran almirante de Aragón.

Según su caballeresca costumbre, Roger, al avistar al contrario, le envió una barca armada portadora de su reto. En seguida, aparejadas las naves de unos y de otros en orden de batalla, sonaron los atabales y cuernos marinos y trabóse un combate del que sólo con asombro dan cuenta las crónicas del mar.

Revueltas las galeras unas con otras, y peleando sólo á la luz de las estrellas y á la claridad por las aguas reflejada, daban los nuestros para conocerse en la lid el grito de *¡Aragón! ¡Aragón!* y *¡Aragón! ¡Aragón!* repetían los contrarios. Gritos de *¡Sicilia! ¡Sicilia!* sonaban

á bordo de las naves sicilianas, y también los franceses como un eco *¡Sicilia! ¡Sicilia!* repetían. Arremolinadas de este modo las galeras, confundiéndose en el espacio los mismos gritos de guerra, como confundidos se hallaban amigos y enemigos sobre el flotante pavimento del Mediterráneo, combatíanse unos á otros los de una misma nación, y era feroz y salvaje la pelea. Roger, para destruir la táctica del contrario, que creyó desordenar nuestra armada dando las mismas voces y tomando las mismas señales, mandó que todas las galeras del rey de Aragón encendiesen un farol en la popa; pero también hicieron lo mismo las francesas. Entonces ya Roger, ardiendo en la fiebre del combate, y obedeciendo á un acto de desesperación, más que de arrojo, lanzó el grito de *¡Via á ells en nom de Deu!* y cerró con la proa de su galera capitana contra una galera provenzal. Con tan furioso choque y tan feliz éxito lo hizo, que le derribó todos los remeros de un costado arrojándolos al mar, siguiéndose una escena de espantoso desorden y confusión, pues las demás galeras nuestras, imitando el ejemplo de Roger, embistieron á las contrarias hiriendo en ellas con sus proas.

Ya desde aquel momento, poco más duró el combate. De los dos almirantes que mandaban la escuadra enemiga, uno de ellos, Enrique del Mar, huyó hacia Rosas llevándose cuantas galeras pudo; el otro que, según unos se llamaba Enguerrando de Bailleul y según otros Juan Escoto, quedó prisionero de Roger de Lauria con 50 caballeros ó personas de rescate y 560 soldados, de los cuales había sobre 300 heridos. Trece galeras enemigas quedaron también en nuestro poder, y por ser más nuevas y mejores que las nuestras, mandó Roger de Lauria pasar á aquéllas los pertrechos y armas de 13 suyas, enviando en seguida á Barcelona las desarmadas con todos los prisioneros y gran parte del

botín, mientras él se disponía á dar caza á las que del combate lograran salvarse [1].

Se señala la noche del 27 al 28 como la en que tuvo lugar esta memorable batalla, tanto más importante cuanto que por sus consecuencias decidió de la suerte de aquella campaña en mal hora por los franceses emprendida. Lástima grande que tan bello triunfo tenga que recordarnos un acto de extraña inhumanidad cometido por el rey D. Pedro.

Las 13 galeras que llevaban á Barcelona los prisioneros, tuvieron que pasar á través de una tempestad que se desencadenó de improviso, no permitiéndoles tomar puerto y arrojando á algunas más allá del cabo del Llobregat, mientras otras no pararon hasta llegar á Salou. Todas, sin embargo, se salvaron, aun cuando mejor hubiera sido para aquellos infelices prisioneros que el mar les hubiese sepultado aquel día en sus entrañas, y mejor también para la historia catalana, ya que al lado de una gloriosísima página no hubiera tenido que colocar otra tristísima por cierto.

1 Con variedad de detalles se cuenta por los autores esta batalla. Yo he seguido principalmente al que me ha parecido más digno de fe, y con decir esto no tendría ya necesidad de añadir que es Desclot. Es de notar, sin embargo, que éste fija el número de galeras enemigas que estuvieron en el combate en 25, suponiendo que las 13 quedaron prisioneras y las otras 12 escaparon. La mayoría de los otros autores que he leído, fijan aproximadamente el número de 40 galeras contrarias á poca diferencia el mismo que de las nuestras. De este parecer son N. Speciale, B. Neocastro y Amari. Muntaner, exagerando como en casi todo lo suyo, dice que la escuadra enemiga se componía de 85 galeras (cap. CXXXVI), suponiendo que Roger de Lauria con su armada, infinitamente menor, apresó 54 de aquéllas, quemando varias de 15, pertenecientes á pisanos, que se habían arrimado á tierra, y huyendo 16 genovesas. El sitio donde tuvo lugar el combate no está tampoco bien fijado por los autores, y Desclot lo calla. Si nos decidiésemos á seguir á Muntaner, podríamos señalar las Formigas ó Formigueras, entre Palamós y Palafrugell.

Hallábase aún el rey D. Pedro en Barcelona cuando llegaron las galeras, y hubo grande alegría y júbilo en la ciudad por la nueva feliz que ellas trajeron. Pero, en medio del regocijo público, el rey «mandó sacar aquellos 300 hombres heridos que había prisioneros en las galeras—es Desclot quien habla,—y los desembarcaron una mañana muy temprano, y los hizo ensartar en una maroma, y luego atarlos á la popa de una galera, y en seguida arrastrarlos mar adentro á vista de cuantos verlo quisieron, pereciendo así todos ahogados.» Y prosigue diciendo Desclot: «Después, á los 260 prisioneros que aún quedaban y no estaban heridos, les mandó sacar los ojos á todos, menos á uno á quien dejó tuerto para que pudiese guiar á sus compañeros, y atados todos con una cuerda los envió al rey de Francia. En cuanto á los otros 50, por ser de clase distinguida, el rey se los retuvo en calidad de prisioneros [1].»

Zurita, y en pos de él los autores todos, atribuye este hecho á Roger de Lauria. Debió leerlo en Desclot con referencia al rey, pues se ve que tenía ante sus ojos la obra de aquel cronista al escribir esta parte de sus *Anales*, pero no tuvo el valor y la independencia de Desclot para contar la verdad; y creyendo aquella demasiada barbarie para el rey, atribuyósela buenamente al almirante, de quien por otra parte se cuenta un hecho parecido, si bien que en otra ocasión y más adelante, habiéndole quizá servido de ejemplo el del rey D. Pedro. Por mi parte, creo lo que dice Desclot, y no hay que alterar su texto para adular la memoria del monarca aragonés, que otros hechos dignos de elogio tiene en su vida, ya que éste lo sea de censura y vilipendio [2].

1 Desclot, cap. CLXVI.—Es muy de notar el silencio que este cronista guarda sobre el almirante que se supone hecho prisionero, bien fuese Escoto ó Bailleul, aunque yo, en caso, me inclino al primero.

2 Admírome, no de Zurita, pero sí de un autor contemporáneo

Mientras tanto Roger de Lauria iba siguiendo la costa, señor ya del mar y sin que nadie se opusiese á su marcha victoriosa. Penetró en Rosas atrevidamente y se apoderó de los buques que había en aquel puerto, haciendo prisionero á otro almirante enemigo, Simón de Tursi [1], desembarcando luego para tomar el castillo en el que había guarnición francesa. Cayó el castillo en su poder, pero al retirarse otra vez á sus naves tuvo que sostener un violento choque con un cuerpo de caballería francesa, llegada rápidamente para oponerse á los progresos del bravo almirante. Éste fué tan afortunado en tierra como lo era en mar. La caballería enemiga fué destrozada por sus intrépidos marinos y muerto su caudillo, el conde de Saint-Paul, á cuyo cadáver cortaron los nuestros una mano, que se llevaron como trofeo de victoria y que fué luego rescatada por la suma de 7.000 marcos de plata [2].

Reembarcándose el almirante, hízose á la mar con su presa y sus lauros para ir á ganar otros en Cadaqués, villa del conde de Ampurias, pero declarada entonces por el rey de Francia. En este puerto se apoderó de una nave del duque de Bravante, en la cual halló gran suma de dinero que se traía para la paga del ejército, y de varios leños cargados de armas y de víveres. En seguida intimó la rendición al presidio francés que guarnecía el castillo, y su capitán, como estaba ya noticioso del descalabro de la armada francesa y de la fuga á Provenza de las naves que se habían salvado, se rindió sin esperar el asalto. Roger de Lauria desembarcó,

nuestro, que haya consentido en alterar el texto de Desclot, que no podía ignorar, pues en su artículo sobre los sucesos del reinado de D. Pedro lo cita á cada paso, y sin embargo, este autor, que así oculta á sabiendas la verdad, es aristarcamente severo para criticar á los demás.

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, nota 7.ª, párrafo 8.º.

2 Amari, tomo I, pág. 335.

pues, para tomar posesión de la villa y de la fortaleza [1].

Es fama que entonces, al incentivo de estas espléndidas jornadas, hubo una reacción general en todos los pueblos de la costa que al principio se habían sometido, y alzándose en masa y corriendo á las armas arrojaron á los franceses que los presidiaban y se apoderaron de las varias y dispersas naves en ellos refugiadas, siendo en esta ocasión y no en otra, según parece, cuando fué hecho prisionero el almirante Enguerrando de Bailleul [2]. Con éste fueron cuatro los almirantes, ó á lo menos los oficiales superiores de la marina francesa que durante aquella guerra cayeron en nuestro poder: Guillermo de Lodeva, en el combate ganado por Marquet y Mayol; Juan de Escoto, que hemos de suponer fué éste, en la batalla con Roger de Lauria; Simón de Tursi, en la sorpresa de Rosas, y Enguerrando de Bailleul en un pueblo de la costa, que hay sospechas para creer fuese Palamós.

Roger de Lauria, después de haber mandado á Barcelona sus presas, habíase quedado á reposar un poco de sus luchas y de sus fatigas en Cadaqués, y sabiéndole allí envióle el rey de Francia una embajada por el conde de Foix y por Ramón Roger, hermano del conde de Pallars, que seguía las banderas del ejército cruzado, haciendo armas contra su patria. Parece que estos dos señores pidieron al almirante que guardase lo asentado en la tregua de Gerona; pero Roger de Lauria contestó que no se incluía él ni la armada de mar en aquella tregua, á más de que jamás la haría él con franceses ni provenzales mientras viviese, aun cuando la pactase el rey de Aragón.

Replicóle entonces airado el conde de Foix que po-

1 Desclot, cap. CLXVI.—Zurita, lib. IV, cap. LXVIII.

2 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 51.

dría arrepentirse de esta respuesta, pues tenía poder el rey de Francia para armar 300 galeras antes de un año, cosa que jamás podría hacer el de Aragón; y á estas palabras del de Foix contestó Roger con estas otras, que se han hecho célebres:—«Ya sé yo que el rey de Francia podrá armar esas 300 galeras que decís, y más aún; pero si él pone en el mar 300, yo armaré 100, ni más ni menos, en honor y gloria del rey de Aragón y de Sicilia. Ciento me son bastantes para oponerme á todo el poder de Francia, y yo os juro que con ellas sólo me basta para que ninguna galera ni nao ose surcar el mar sin guiaje del rey de Aragón; y no sólo nao ó galera, sino que ningún pez se atreverá á asomarse sobre el mar como no lleve grabado en su cola el escudo de Aragón [1].»

Orgullosa respuesta que no falta quien haya tomado como una fanfarronada de Roger; pero que, dígase lo que quiera, tiene cierta sublimidad en boca de quien la pronunció.

1 Desclot, capítulo citado.

CAPÍTULO XXXVIII.

Manifiesto de estos reinos al papa Honorio.—Desaliento en el campo francés, del que el rey es retirado enfermo.—Capitulación de Gerona y honores á su guarnición rendidos por los franceses.—Disposiciones del rey para impedir á los franceses la salida de Cataluña.—Situación difícil de los franceses para salir de Cataluña.—Tentativas para apoderarse de Besalú.—Defensa de Asberto de Mendiona.—Retirada del ejército francés.

(Setiembre de 1285.)

Importa, para mejor claridad de los sucesos que vamos narrando, retroceder un poco. Dicho queda ya que el papa Martín IV había muerto, sucediéndole Honorio IV, en 4 ó 6 de Mayo. Aunque no con el ciego encono político que su antecesor, el nuevo Papa continuó, sin embargo, su política, y las cosas fueron siguiendo en el mismo estado. A esta época, y cuando amenazaba la invasión francesa, cuando ya con gran poder de sus armas había entrado Felipe en Rosellón, hay que poner un hecho, del que no hallo que haga mención ninguno de nuestros historiadores, pero del que es preciso hacerla, siquier sea porque nos da más luz para juzgar del verdadero estado de cosas en aquel tiempo.

Existe en los archivos de la romana curia una manifestación hecha al nuevo papa Honorio por los arzobispos, obispos y otros prelados, los maestres del Temple y del Hospital y de otras órdenes religiosas, los condes, vizcondes, barones y caballeros, y los representantes de las ciudades y villas de los reinos de Aragón y de Valencia y condado de Barcelona. Dirigida esta manifestación al Papa y al colegio de cardenales, la nación aragonesa y catalana prueba la injusticia por Martín IV

cometida dando el reino á Carlos de Valois, y se pide á Honorio que no someta el país á la dominación francesa, dejando reinar pacíficamente á D. Alfonso, puesto que, se dice, D. Pedro había dado *inter vivos* sus estados al hijo, declarando poseerlos de él solo en usufructo durante su vida, habiendo tenido esto lugar anteriormente á la empresa de Sicilia [1]. El derecho de D. Alfonso quedaba en este manifiesto perfectamente demostrado; pero el nuevo Papa no hizo caso alguno, y continuó, según ya hemos dicho, aunque con menos saña, la política de su antecesor.

El cardenal legado Chollet recibió ratificaciones de sus poderes hallándose en el sitio de Gerona, y ésta fué la respuesta dada por Honorio al manifiesto de estos reinos. Con sus poderes confirmados por el nuevo Papa, creció en intransigencia y en orgullo el cardenal, y muy de creer es lo que nos cuenta una crónica francesa [2] de que, cuando se estaba tratando la tregua con Gerona, se opuso el cardenal diciendo: «Nada de pactos ni de misericordia.» El joven príncipe Felipe, que con disgusto había visto á su padre emprender aquella guerra, preguntó entonces á Chollet qué harían de los niños, ancianos y mujeres si Gerona se tomaba por asalto.—«Mueran todos» contestó el cardenal, y replicó el joven Felipe:—«Pues nadie morirá, que no pueda defenderse con la espada.» Estaban trocados los papeles. El hombre de guerra predicaba la caridad y el hombre de paz el exterminio, lo cual es muy triste para la memoria de un príncipe de la Iglesia.

Durante la tregua, la epidemia continuó cebándose en los franceses, y hasta el mismo Felipe *el Atrevido* no

1 Véase el documento 2.° extractado por Amari en su nota 4.ª, página 175 de su tomo I.

2 La de Santa Bertín en el tomo III de Durand Thes. Anecd., página 766.

pudo librarse de ella, cayendo gravemente enfermo y teniéndole que trasladar á Castellón de Ampurias. Su hijo, el príncipe Felipe, quedó encargado del mando del ejército sitiador, que no era ya por cierto aquel ejército poderoso, altivo y brillante que, precedido de tanto estruendo, había penetrado en Cataluña. Al desaliento producido en la hueste por las dolencias y las contrariedades, vinò á unirse entonces el que produjo la victoria de Roger de Lauria. El aniquilamiento de la escuadra francesa y con él la idea de que no podían ya verse abastecidos por mar, influyeron tanto en la hueste, que el soldado perdió su valor moral, á tiempo que en toda Cataluña comenzaba ya á mirarse como un providencial castigo la epidemia que diezmaba á los invasores. En efecto, los franceses cedían ante aquel socorro que á los catalanes parecía enviar el cielo como para amparar su causa, causa, sin embargo, anatematizada por la Iglesia, y he aquí cómo aquellos hombres que se decían enviados del cielo, recibían del mismo cielo su castigo. La excomunión, el anatema de la Iglesia podían pesar sobre el trono de Aragón, pero la gloria, y con la gloria Dios, pues Él es quien la envía, sonreían á las armas de D. Pedro. Bien puede, pues, decirse que si los franceses contaban con la Iglesia, los catalanes contaban con Dios.

Verdad es que, á todo esto, finido el plazo de la tregua, y no hallándose todavía D. Pedro en disposición de socorrer á Gerona, ésta tuvo que entregarse; pero también es cierto, como creo que ha dicho ya algún autor, que los franceses entraron en ella no para hacerla teatro de sus glorias, sino hospital de sus miserias. El bravo Ramón Folch de Cardona, nombre que será siempre para Gerona un timbre de gloria, se dispuso á entregar la ciudad,. que más no podía ya sostenerla, en cuanto hubo vencido el plazo, lo cual fué el 7 de Se-

tiembre. Según las condiciones y pactos, debía salir Ramón Folch con su escasa guarnición, altas y ceñidas las armas, banderas desplegadas y con todos los honores de la guerra. Así se hizo. Los animosos defensores de Gerona desfilaron por delante del ejército francés, que les vió pasar en silencio profundo y con esas marcadas muestras de respeto con que siempre son mirados el valor y la nobleza por contrarios nobles y valientes. Y es preciso confesar que tales eran los franceses, aun cuando no fuesen muy afortunados en aquella campaña; que al fin y al cabo la Francia es una nación de gloria, y ni es decoroso insultarla; como con motivo de estos sucesos ha hecho algún mal aconsejado cronista, ni en ningún país ni en ninguna época del mundo ha sido jamás noble el vencedor que se ha gozado en injuriar al vencido.

Desclot cuenta, á propósito de lo que estamos narrando, que los franceses miraban pasar á los nuestros, maravillándose de aquel puñado de hombres que tan heróica defensa hicieran de la plaza, y dice que nadie se propasó á dirigirles el menor insulto, antes bien «fueron honrados por los contrarios tanto como pudieron.» Y añade que el silencio respetuoso y digno que reinó en las filas francesas mientras ellos pasaron, se prolongó hasta que Ramón Folch con los últimos salidos estuvo á dos millas de distancia, entregándose sólo entonces á su alegría las tropas de Felipe y penetrando con gran algazara en la plaza abandonada, viuda ya de sus defensores, pero llena de las señales visibles que allí dejaron su valor y su bizarría [1].

El príncipe Felipe, al entrar en Gerona, donde dista mucho de estar probado que los franceses cometieran

1 Desclot, cap. CLXVII.—Sobre todos estos sucesos pasa Muntaner como sobre ascuas, para no tener que confesar la entrega de Gerona.

tantos horrores como historiadores modernos han querido suponer, comenzó por nombrar capitán y gobernador de ella al senescal de Tolosa, Eustaquio de Beaumarchais, á cuyas órdenes puso una guarnición de 200 jinetes y 5.000 infantes; y en seguida dictó sus órdenes para que el grueso de la hueste regresara al Ampurdán, en disposición ya de efectuar su retirada á Francia.

Mientras tanto, Ramón Folch y sus compañeros se reunían con el rey de Aragón á quien encontraron en San Celoni, lugar que era entonces, según se dice, de los caballeros del Hospital. Con grandes muestras de regocijo fueron recibidos por el monarca y los suyos aquellos valerosos defensores de la ya desde entonces inmortal Gerona, y unidos permanecieron algunos días en San Celoni, á donde les llegó el aviso de que el rey de Francia continuaba cada vez más gravemente enfermo en Castellón de Ampurias, y que el grueso del ejército sitiador de Gerona había ya regresado al Ampurdán. Don Pedro entonces, habido consejo con sus barones, dispuso trasladar su campo á Panisars y coronar otra vez de gente las sierras y los pasos del Pirineo, á fin de que el patriotismo les hiciera encontrar dura la salida del país cuya entrada tan fácil la traición les procurara.

Ya en esto habían acudido á fuerza de tantos llamamientos del rey, y á causa también de la reacción que fué obrando el amor patrio en los ánimos, casi todos los ricos-hombres de Aragón y caballeros catalanes, impacientes los hasta entonces más perezosos, por dar las primeras pruebas de actividad en los combates. Ordenó el rey la manera cómo habían de trasladarse á los Pirineos, y abandonando él por su parte San Celoni se fué á Villalba, y de allí, pasando por delante de Gerona, se dirigió por caminos extraviados á la sierra de los Pirineos, sentando sus reales en un lugar á media legua de Panisars. Moviéronse al mismo tiempo por diversos ca-

minos las huestes catalanas, y cada cual fué á ocupar el sitio que le había sido designado.

Era una tristísima situación la del ejército francés en aquellos momentos. Estaba reducido á una tercera parte; iban faltándole cada día más las provisiones; se hallaba en tan extrema necesidad, que les faltaba á las gentes el ánimo juntamente con las fuerzas; su escuadra ya no existía, y los soldados sólo pensaban en huir de una tierra cuya conquista les presentaran como muy fácil y que tan duramente les rechazaba. Agrupado el débil resto de aquélla un día poderosísima hueste, junto á Castellón de Ampurias, en donde yacía moribundo su rey, á quien más que la enfermedad quizá mataba el dolor, acabó de entregarse al desaliento y á la desesperación cuando supo que estaban tomados los pasos del Pirineo y que allí les esperaban los catalanes para acabar con ellos. Sin duda algunos habían oído hablar de otros franceses que en más remotos tiempos tuvieron también que retirarse de España, viéndose obligados á cruzar por un paso de la sierra llamado *Roncesvalles*.

El príncipe Felipe envió mensajes á las tierras de Tolosa, Narbona y Carcasona, para que de ellas viniese cuanta más gente fuese posible á tomar los pasos de los montes, á fin de asegurar el tránsito del ejército; pero ésta fué disposición inútil hasta cierto punto, pues si bien vinieron algunas compañías de Narbona y Tolosa, subiéndose al Canigó y apoderándose de los montes que están entre Rosellón y Cataluña, no pudieron tomar aquéllos por los que el ejército se veía obligado á pasar. Felipe trató entonces de apoderarse de Besalú al objeto de abrirse paso en esta dirección, pero no le fué posible.

Dos mil caballos y 4.000 peones llegaron un día al pie del castillo de Besalú, en donde se hallaba de capi-

tán gobernador Asberto de Mendiona. Hiciéronsele á éste de parte del rey de Francia hidalgas y generosas ofertas para que entregara la plaza, pero era el de Mendiona del temple de los Ramón Folch. Las ofertas y las promesas fueron rechazadas por el mantenedor de Besalú, como lo habían sido por el de Gerona. Quisieron entonces los franceses tomar la plaza por asalto; pero se estrellaron todos sus esfuerzos ante la voluntad de hierro de su bizarro defensor y la decisión de cuantos estaban á sus órdenes. Asberto de Mendiona, en una salida al frente de 80 caballos y 2.000 peones, les hizo levantar el campo, obligándoles á retirarse otra vez á Castellón con notable descalabro, después de haber dejado en su poder las tiendas y bagajes.

No había otro remedio para la hueste invasora, que ó perecer de enfermedades y de hambre, ó salir de Cataluña por los sitios que guardaban D. Pedro y sus capitanes. Decidiéronse los jefes por este segundo medio y movieron el campo de Castellón, llevándose en una litera al rey moribundo, y en otras 80 á varios de sus principales capitanes. De esta manera, y con un cuerpo de ejército que ni era sombra siquiera del que con tanta soberbia había cruzado aquellas mismas vegas tres meses antes, se dirigió el príncipe Felipe á Vilanova de la Muga, cerca las ruinas de la abrasada Peralada, donde acampó dos ó tres días. Por falta de acémilas, pues habían tenido en Gerona gran mortandad de ellas, hubieron de abandonar en Castellón muchos cofres en los que había vajillas de oro y plata, ropas de seda y brocado y muchos otros objetos preciosos, mientras que por todos los lugares que pasaban iban dejando fardos y joyas, al propio tiempo que gentes y caballerías extenuadas, famélicas y moribundas. Fué una triste y dolorosa retirada la de aquella hueste que se juzgaba invencible y que había venido á comba-

tir en nombre de Dios, sin que su causa, por lo visto, fuese de Dios aprobada.

CAPÍTULO XXXIX.

El príncipe Felipe pide al rey de Aragón que le permita pasar los Pirineos.—Los franceses en la Junquera —Discurso del rey de Aragón á sus barones.—Esfuerzo de D. Pedro para contener á sus gentes.—Estrago y matanza en el ejército francés.—Muerte del rey de Francia.

(30 DE SETIEMBRE DE 1285.)

Desde Vilanova el príncipe Felipe, de quien debe decirse que aparece como una interesante figura en las memorias de aquel tiempo, envió un mensaje á su tío el rey de Aragón, diciéndole que su padre estaba enfermo y próximo á morir, y pidiéndole que, pues estaba decidido á abandonar á Cataluña, no le impidiese el paso y le asegurase á él y á los suyos. A esto contestó D. Pedro, portándose con nobleza digna de elogio, que por su parte y la de sus caballeros le ofrecía que él y los suyos serían respetados; pero que no podía comprometerse á ofrecer lo propio por lo tocante á los almogavares y somatenes, gente á la que era fácil mandar, pero de la cual era difícil hacerse obedecer.

Obtenida esta contestación y esta oferta, que prueba, por cierto, hidalguía y nobleza de sentimientos en Don Pedro, el príncipe real de Francia abandonó con los suyos el lugar de Vilanova, torciendo en su ruta y dirigiéndose hacia el Pertús en vez de tomar por el collado de Masana. Dícese que llevaba la vanguardia el conde de Foix con 400 caballos, marchando en pos el príncipe Felipe, su hermano Carlos y el legado á los lados de la litera real con 1.000 caballos, y siguiéndoles lo res-



tante del ejército con las literas en que iban los enfermos y los bagajes. De Vilanova pasó la hueste á la Junquera, donde acampó aquella noche, que fué la del sábado 29 de Setiembre. Por lo que toca al rey D. Pedro, que iba siguiendo á los franceses, parándose cuando se paraban ellos, acampó también con su caballería en un cerro muy poco distante de aquella población.

Allí fué donde el rey de Aragón reunió á sus barones, siendo fama que les dirigió la siguiente notable plática: —«Barones: grande merced nos ha hecho Dios nuestro Señor, no por méritos nuestros, sino por su piedad y misericordia, ya que, según es de todos sabido, el rey de Francia entró en esta tierra con gozo y alegría, y de ella sale ahora con dolor y con gran pérdida y quebranto de su gente y de su hacienda. Cúmpleme decir que, por mí, muchos de mi tierra han sufrido grandes males y han perdido sin culpa sus haberes, lo cual tanto más me mortifica y me duele, cuanto que ha sido en parte por no haber yo querido tomar consejo de vosotros, que leal y bueno me lo dábais. Menor hubiera sido, ciertamente, el daño causado por los enemigos, si de acuerdo con vosotros y conforme á vuestro parecer hubiese obrado. Por esto os digo ahora y os confieso que erradamente me he portado y conducido; pero afortunadamente el Señor Dios, á quien no place orgullo, sino humildad, se ha dignado favorecernos á mí y á vosotros, ya que los trabajos y desventuras que hemos padecido en esta guerra no los creerá quien no los haya visto. De todo hemos triunfado con la ayuda de Dios, y me complazco en confesar y reconocer mis yerros, así como lo que os debo por el auxilio que me habéis prestado y la buena y leal voluntad con que me habéis acudido. Ruégoos, pues, á vosotros todos, que si algo hice antes en vuestro desplacer, perdonado me sea y echado en olvido por amor á mí. Y ya que Dios nos ha permi-

tido que veamos vencidos á nuestros enemigos, tomemos venganza de ellos, no con el rigor, sino con la misericordia, que tenerla debemos de ellos, pues el Señor la ha tenido de nosotros. Comunicadme ahora vuestro parecer, si el mío no os agrada [1].»

Ramón de Moncada, senescal de Cataluña, contestó al rey en nombre de los barones aragoneses y catalanes, siendo noble y digna su respuesta, como digna y noble había sido la plática del monarca. Este no pudo lograr, sin embargo, con todos sus buenos deseos, que los franceses fuesen respetados en su retirada.

Al amanecer del domingo 30 de Setiembre, los restos del ejército enemigo tomaron el camino de Francia, teniendo que pasar por junto á sierras coronadas de gente de armas y almogavares, que difícilmente podían mantenerse tranquilos, costándole mucho al rey de Aragón refrenar la impaciencia y el febril anhelo de combate que espoleaba á toda aquella multitud. Por esto, al llegar á este pasaje de su crónica, ha dicho con oportunidad Muntaner, siquier haya en ello mucha malicia, que de buena gana sin duda el legado del Papa hubiera entonces absuelto al rey de Aragón, como éste le hubiese facilitado el medio de salir salvo y sano de su tierra.

Llegó un momento, según parece, en que todo el poder de D. Pedro no fué ya bastante á detener la impaciencia de sus gentes, que fieramente se lanzaron sobre el cuerpo de retaguardia de la hueste fugitiva. Por fortuna, los príncipes, el cardenal, el rey enfermo y la flor de la caballería francesa estaban ya en salvo. No fué un combate lo que hubo en los desfiladeros de los Pirineos, fué una carnicería; fué para los franceses una nueva y

1 Desclot, cap. CLXVII.—No en vano ha dicho Buchón, anotador de este cronista, que este discurso, pronunciado por un rey vencedor teniendo á la vista un enemigo fugitivo, es una de las más bellas páginas que se encuentran en Desclot.

aun quizá más sangrienta jornada de Roncesvalles. Habían acudido también los ballesteros, marineros y gente de la armada de Roger de Lauria, que se hallaba en Colibre, y se desprende bien á las claras de las crónicas, que ellos fueron los que comenzaron la matanza á la otra parte de los Pirineos, más quizá por cebo de codicia que por deseo de venganza [1]. Hasta Montesquiu refiere el autor del *Gesta*, que fueron acosados los franceses, y aún dice que si allí dejaron los almogavares de perseguirles, fué sólo porque estaban rendidos de fatiga y porque de tanto matar ya no tenían fuerza los brazos para sostener las armas. Lo cierto es que todo el camino hasta llegar á Montesquiu, y también hasta Perpiñán, quedó lleno de cascos rotos, de cadáveres, de armaduras destrozadas, de caballerías muertas, de trozos de armas y de los objetos que los almogavares no pudieron llevarse consigo. Por esto ha dicho Quintana que el desorden y el estrago que los franceses sufrieron en su vuelta, fueron iguales á la presunción y pujanza con que entraron; y por esto ha dicho Amari que los que pudieron llegar á Francia no llevaron de aquella empresa más que luto, peste, heridas y un grave quebranto en la hacienda pública.

Felipe *el Atrevido* solo llegó á Perpiñán con vida para en esta ciudad exhalar su postrer suspiro, algo convencido sin duda de que los regalos de coronas hechos por el Papa no eran siempre apetecibles [2]. Dícese que Don

1 Muntaner, que si está reñido con la historia, no lo está ciertamente con la poesía, cuenta la retirada de los franceses de una manera admirable y con toda su maestría de leyendista.

2 Desclot dice que la muerte del rey fué en Perpiñán, sin embargo, añade, de que otros dicen que murió en Castellón de Ampurias, y otros en Vilanova cerca de Peralada, mientras hay también quien afirma que espiró dentro su litera misma al pasar el *coll* de Panisars. Muntaner escribe y afirma que falleció en casa de un caballero llamado Simón de Vilanova, situada al pie de Pujamilot, cerca de Vilanova y á me-

Jaime de Mallorca, «que no había jamás abandonado á Felipe III después de habérsele unido en Narbona 1,» le mandó hacer magníficos funerales en la ciudad de Perpiñán.

Tal fué el resultado de aquella invasión en Cataluña, y he aquí, según ha dicho Henry, «cómo uno de los ejércitos más formidables que la Francia pudo levantar, acababa de ser casi destruído por las enfermedades y los combates del rey de Aragón, mientras que este príncipe, triunfante á la vez de sus enemigos y de los rayos aún más temibles de la Iglesia, conservaba una corona de la que el Pontífice se había dado demasiada prisa á disponer.»

CAPÍTULO XL.

Sumisión de Castellón y Torroella.—Rendición de Gerona.—Orden á la armada de Roger para marchar contra Mallorca.—Enfermedad del rey.—El rey encarga á su hijo la empresa de Mallorca.—Ultimos momentos de D. Pedro.—Muere el rey en Villafranca del Panadés.—Su sepulcro en Santas Creus.—Hijos que dejó.

(De 1.º de Octubre á 11 de Noviembre de 1285.)

Así que los franceses hubieron abandonado á Cataluña y estuvieron ya en Perpiñán, bajó D. Pedro de los Pirineos, después de haber mandado á Roger de Lauria que recogiese su gente retirándose con ella á

dia legua escasa de Peralada. La afirmación de este cronista, tenido por mucho tiempo como espejo de verdad, ha inducido á error á muchos autores. La *Historia del Languedoc* ha venido después á confirmar lo dicho por Desclot, y á probar que la muerte de Felipe tuvo lugar en Perpiñán. Véase esta obra, tomo IV, pág. 52 y nota 7.ª del mismo tomo.

1 *Historia del Languedoc*, pág. 52 del tomo IV.



la armada. Lo primero que hizo D. Pedro fué dirigirse á Castellón de Ampurias, cuya villa continuaba adicta á los franceses; pero al presentarse el monarca se le abrieron las puertas y recibió en su gracia á los habitantes. Lo propio hicieron Torroella de Montgrí y las demás poblaciones que en favor de los invasores se habían levantado.

Sólo faltaba Gerona, en la cual los enemigos habían dejado fuerte presidio. D. Pedro envió un mensaje al senescal de Tolosa, gobernador de aquella plaza por los franceses, diciéndole que se entregase si no quería sufrir las consecuencias de un durísimo cerco. Eustaquio de Beaumarchais se avino á la entrega; pero, más por honra militar que por esperanza alguna de auxilio, estipuló que no rendiría Gerona hasta pasados veinte días, por si en este plazo era socorrido de su patria. No lo fué, como era de esperar, y entregó la plaza luego de finida la tregua.

Escribe Zurita que D. Pedro llegó á Bercelona el 12 de Octubre, siendo acogido con gran entusiasmo, y dice Desclot que en esta ciudad encontró ya á Roger de Lauria, á quien dió orden para que aparejase su armada y la aprovisionase partiendo con ella al puerto de Salou, en donde recibiría instrucciones. El objeto que llevaba el rey no se traslucía aún, pero era que, libre ya de enemigos extraños, quería purgar su casa de enemigos domésticos, y había decidido una expedición contra la isla de Mallorca para castigar á su hermano el traidor D. Jaime [1].

1 Al llegar á este punto de su crónica, Muntaner, con aquella admirablemente fingida candidez que á tantos graves autores ha sorprendido, nos relata un delicioso cuento (cap. CXLI). Figura un diálogo entre el rey, el infante y Roger de Lauria; y haciendo que éste pregunte al rey el objeto de hacerle ir á Mallorca, D. Pedro le contesta que proyectaba esta expedición en bien de su hermano D. Jaime. A tenor de




Con actividad se hicieron los preparativos de aquella empresa contra Mallorca, y la escuadra zarpó de Barcelona para Salou, á donde se dispuso á ir el rey, que parece tenía el proyecto de dirigir personalmente la expedición; pero la muerte le salió desgraciadamente al paso impidiéndole terminar su obra. El 26 de Setiembre partió de Barcelona, poniéndose en camino para Salou; pero al llegar á un punto llamado el Hospital de Cervelló hubo de detenerse, pues se le aumentó una dolencia cuyos primeros síntomas había ya sentido en Barcelona, impidiéndole continuar á caballo su camino. Voló en el acto á prestarle los auxilios de la medicina aquel su famoso médico llamado Arnaldo de Vilanova, què tanto ruido había de meter en el mundo con sus doctrinas, y que era, sin disputa, uno de los hombres más eminentes y sabios de aquel siglo. El rey hubo de ser trasladado en litera á la población más inmediata, que era Villafranca del Panadés.

Agravósele allí la enfermedad, y conociendo que no podía llevar adelante su plan, dió orden á su primogénito Alfonso para que inmediatamente partiera á Salou, y, embarcándose en la escuadra con la gente dispuesta, pasase á Mallorca para no retardar la empresa. Dióle á este fin sus instrucciones, revelóle su secreto pensamiento y le hizo partir en el acto, diciéndole que

lo que dice Muntaner, el Papa había tramado que la isla de Mallorca fuese á parar de grado ó por fuerza á poder del rey de Francia, haciendo que éste amenazara á D. Jaime con cortar la cabeza de dos de sus hijos, que tenía prisioneros en París, si no se le daba Mallorca. A esto se había de seguir también, por parte de D. Jaime, la entrega al francés de los señoríos de Montpeller, Rosellón, Conflent y Cerdaña. Por esta razón, D. Pedro, temiendo que su hermano cediera por temor de que le mataran sus hijos, había decidido apoderarse de Mallorca, "ya que para D. Jaime—pone Muntaner en boca de D. Pedro—lo mismo es que él tenga la isla que la tengamos Nos.„—Y he aquí cómo escribe la historia Muntaner.

él no era médico y que por lo mismo no lo necesitaba á su lado, siendo en Mallorca donde hacía falta y le quería ver. Alfonso se despidió de su padre, á quien no había ya de ver más, y partió.

En efecto, había llegado la última hora para el bravo defensor de Cataluña, y conociéndolo él así, mandó convocar en su cámara al arzobispo de Tarragona, á los obispos de Valencia y de Huesca y á otros prelados y barones, que acudieron solícitos á Villafranca así que tuvieron noticia de su enfermedad. Reunidos, les manifestó que su ida á Sicilia no había sido en deshonor y perjuicio de la romana Iglesia, sino para sostener sus derechos y los de sus hijos, que creía justos; que como el Papa le declaró por esto excomulgado y privado de sus reinos, se había él visto en la precisión de prohibir que en sus dominios lo publicaran los prelados bajo pena capital; que sin culpa ni de él ni de sus reinos se les había excomulgado; y que deseando hacer constar su fe y obrar como cristiano, pedía la correspondiente absolución, estando dispuestos á cumplir personalmente con lo que le ordenara y mandara la Iglesia. Oídas estas palabras, el arzobispo de Tarragona, con acuerdo de los demás prelados, le dió la absolución que demandaba [1].

Al día siguiente, aconsejado por el obispo de Valencia, el abad de Poblet, el de Santas Creus y el paborde de Marsella, que se llamaba Hugo de Mataplana y que era hombre de su intimidad y confianza, mandó que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros que se habían hecho por razón de aquella guerra, excepto los barones y personajes distinguidos; confesóse en seguida con Galcerán de Tous, monje de Santas Creus, y con el

1 Desclot, capítulo último.—Bofarull (D. Próspero): *Condes vindicados*, tomo II, pág. 244.—Zurita, lib. IV, cap. LXXI.

guardián de frailes menores de Villafranca, y recibió con verdadera unción y de una manera edificante los sacramentos de la Iglesia.

Estaba ya moribundo, sin fuerzas para pronunciar una palabra, cuando entraron á decirle que había llegado á Barcelona el príncipe de Salerno, Carlos II de Anjou, hecho prisionero, como sabemos, por Roger de Lauria en una de sus jornadas de gloria. Conducido Carlos á Mesina, fué encerrado en el castillo de Matagrifón, de donde lo pasaron al de Cefalú, para desde éste ser trasladado á Barcelona por orden que envió D. Pedro á su hijo Jaime. Cuando le dieron al rey la noticia, alzó por toda respuesta los ojos al cielo, pues que no podía hablar, y cruzó sus brazos sobre el pecho. Al día siguiente espiró. Fué, según Desclot, un sábado víspera de San Martín, en uno de los primeros días de Noviembre.

Así murió, inmediatamente después de su admirable comportamiento en la defensa de Cataluña y de haber arrojado de ella á sus invasores, el monarca á quien Dios quiso sin duda llamar á sí antes de darle tiempo para realizar la empresa contra su hermano; de modo que bien puede decirse de nuestro D. Pedro, lo que del emperador Nerva dijo Plinio el joven, quien le alaba por haber adoptado por sucesor á Trajano, y añade que, «hecho esto, los dioses le llamaron á sí temerosos de que á aquel acto inmortal no siguiese una acción común.»

Si hemos de creer á los cronistas contemporáneos, pocos reyes habrá habido que hayan sido tan llorados en su muerte como lo fué D. Pedro, cuyo cadáver fué llevado en hombros al monasterio de Santas Creus, en donde había elegido su sepultura. Allí existe todavía su sepulcro, que consiste «en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo enteramente árabe, que, al decir de la tradición, fué un baño arrebatado á

los moros por las armas del que allí descansa, y está cubierto por una pequeña urna elíptica ceñida de figuritas en relieve puestas bajo una serie de ojivas terminadas por frontones afiligranados [1].»

Zurita ha hecho observar con oportunidad que parece como providencial la muerte, acaecida en el mismo año, de los cuatro héroes principales de aquel gran drama que conmovió el mundo todo: Carlos de Anjou, el papa Martín IV, Felipe *el Atrevido* y Pedro *el Grande*.

El mismo autor dice de éste haber leído en memorias antiguas que era de gran estatura, robusto, y á maravilla bien proporcionado y con una majestad muy real. Grandes elogios se han hecho de este rey, á quien al par de *Grande* se ha llamado también *el de los franceses*, por haber arrojado á éstos de Cataluña. Su vida está llena de altos rasgos de nobleza, y es triste que veamos rebajadas alguna vez hidalgas prendas por ciertos actos ni muy propios de un rey de Aragón ni muy dignos de su caballeresca estirpe. En medio de todo, fué un héroe, un capitán ilustre y un verdadero rey. Su memoria vivirá cuanto viva el sentimiento de todo lo noble y el recuerdo de todo lo grande en los anales de la CORONA DE ARAGÓN.

No es verdad que hiciese testamento poco antes de morir, como ha dicho equivocadamente Muntaner, pues no existe de él otro que el que hizo en Port Fangós, y del cual se ha hablado ya, antes de embarcarse para su empresa de Collo y de Sicilia. Tuvo de su única esposa Doña Constanza, que le sobrevivió, cuatro hijos y dos hijas.

El primogénito, Alfonso, le sucedió en sus reinos de

1 Pí y Margall, en su continuación de la obra *Cataluña*, de Piferrer, pág. 300.—Hallo, sin embargo, en Zurita (cap. LXXVIII del lib. IV), que la urna de pórfido en que se depositaron los restos de D. Pedro, la trajo de Sicilia el almirante Roger de Lauria.

Aragón y Valencia y condado de Barcelona, y de él vamos á ocuparnos.

Su segundo hijo, Jaime, fué rey de Sicilia.

Su tercer hijo, Federico, lo fué también de la misma Sicilia, cuando Jaime pasó á sentarse en el trono de Aragón por muerte de su hermano Alfonso.

Del cuarto, que se llamaba Pedro como su padre, ya tendremos también ocasión de hablar y veremos cómo casó con Constanza de Moncada, hija de Gastón, vizconde de Bearn.

Por lo que toca á sus dos hijas, la mayor fué Santa Isabel, reina de Portugal, y la menor, llamada Violante, casó con Roberto, rey de Nápoles.

A más de los de legítimo matrimonio, tuvo también el rey D. Pedro varios hijos é hijas naturales, según el autor de los *Condes vindicados*. Dice éste que de una señora llamada Doña María le nacieron D. Jaime Pérez, señor que fué de Segorbe; D. Juan y Doña Beatriz, que casó con D. Ramón de Cardona.

También tuvo amores este monarca con Doña Inés Zapata, y de ella tres hijos y una hija: los hijos fueron D. Fernando, que fué señor de Albarracín; D. Pedro, que casó en Portugal con Doña Constanza Méndez Pelita, y D. Sancho, castellán de Amposta: la hija se llamó Teresa, y estuvo casada primero con D. García Romeu, después con D. Artal de Alagón y en terceras nupcias con D. Pedro López de Oteiza.

Hay también quien da al rey otra hija natural, llamada Doña Blanca, que fué esposa del vizconde Hugo Ramón Folch de Cardona, *el Viejo*.

Pasemos ahora á ocuparnos del sucesor de D. Pedro II de Cataluña, III de Aragón, llamado por la historia *el Grande* y por el vulgo *el de los franceses*.

CAPÍTULO XLI.

El príncipe de Salerno viene prisionero á Barcelona.—Caballeros que fueron á Mallorca con D. Alfonso.—Rendición de Mallorca.—Martirio de dos soldados en Alaró.—Insurrección en la armada siciliana.—Tempestad que sufre la escuadra al retirarse á Sicilia.—D. Jaime rey de Sicilia.—Sumisión de Ibiza.—Jura el rey los fueros de Mallorca y nombra gobernador á Asberto de Mendiona.—Cartas de convocación á los reinos.—Descontento de los aragoneses y por qué.—Embajada al rey.—Funerales por D. Pedro en Santas Creus.—Afortunada expedición de Roger de Lauria á las costas de Provenza.—Visita el rey los lugares de la frontera.—El conde de Pallars virrey de Cataluña.

(Del 11 de Noviembre de 1285 al 12 de Abril de 1285.)

Queda dicho en el anterior capítulo que el príncipe de Salerno, ya entonces Carlos II de Anjou, por la muerte de su padre Carlos I, había llegado á Barcelona precisamente en los momentos en que espirando estaba el rey de Aragón. Diversas y repetidas veces había éste mandado á la reina Doña Constanza y al príncipe D. Jaime que le enviasen el príncipe de Salerno, á quien otros llaman de la Morea; pero jamás había podido conseguirlo, pues D. Jaime iba retardando el cumplimiento de este mandato. Por fin, tan terminantes órdenes hubo de dictar D. Pedro, escribiendo á Juan de Prócida, que, si su mandato no se obedecía, iría en persona á Sicilia y pesaríale al príncipe su hijo de su ida, que D. Jaime se decidió á enviar á Barcelona el de Salerno. Antes, empero, fué á verle al castillo de Cefalú, donde se hallaba prisionero, y consiguió de él que renunciase en su favor el derecho de la isla de Sicilia y que le prometiese en matrimonio su hija Doña Blanca.

El príncipe D. Jaime atendía á su negocio antes de enviar el prisionero á su padre. Carlos II de Anjou fué confiado en seguida á la guarda de tres caballeros, Ramón Alemany, Jimeno de Azlor y Guillermo Pons, los cuales, en caso de encontrarse con la armada francesa, llevaban orden de cortar la cabeza al príncipe antes de entregarse. Carlos llegó sano y salvo á Barcelona, como ya sabemos, y se le encerró en una de las fortalezas de esta ciudad, señalando para custodios de su persona á Beltrán de Canyellas y á Guillén Lunfort [1].

Ya se ha dicho también cómo el príncipe D. Alfonso, antes de la muerte del rey, partió del puerto de Salou para Mallorca con la armada de Roger de Lauria. Le acompañaban, entre otros caballeros, Blasco de Alagón, que fué luego uno de los más famosos capitanes de aquellos tiempos; Conrado de Llansa, Sancho de Antillón, Pedro Garcés de Nuez, Pedro de Sessé, Blasco Jiménez de Ayerve, Jimeno Pérez de Andosilla, Pedro de Moncada, Ramón de Urg y Marimón de Plegamans.

Aportó la escuadra en la Porrasa, tomó tierra el ejército y mandóle acampar D. Alfonso en las inmediaciones de la capital, con orden expresa y terminante para que nadie osara salir á talar la vega. Disponíase para estrechar el cerco, cuando los sitiados, viendo la superioridad de las fuerzas acaudilladas por el príncipe aragonés y conociendo que la generalidad de sus moradores no querían hacer armas contra sus hermanos de Aragón y Cataluña, entraron en tratos con D. Alfonso por medio del famoso Conrado de Llansa. La ciudad se rindió el 19 de Noviembre de 1285, nombrando quienes prestasen homenaje y reconociesen á D. Alfonso, ya rey de Aragón entonces, por rey de Mallor-

1 Zurita, lib. IV, caps. LXXII y LXXIII.

ca, enviando á lo mismo sus síndicos los demás lugares y parroquias [1].

Tardó más en rendirse el castillo del Temple, donde se había refugiado el gobernador D. Jaime Ponce de Zaguardia; pero capituló por fin bajo la condición de que él, sus deudos y los partidarios de D. Jaime que allí se hallaban, podrían pasar á Rosellón libremente á reunirse con su rey.

Resistieron también durante algún tiempo los castillos de Alaró, Pollensa y Santueri, pero atacados por numerosas fuerzas tuvieron que capitular. La tradición, dice un autor [2], ha conservado memoria de un hecho horrible que siguió á la rendición del primero de estos castillos: tal es el martirio que por orden de Don Alfonso sufrieron los esforzados soldados Cabrit y Bassa, siendo quemados vivos por haber defendido el puesto confiado á su lealtad, fieles al juramento que habían prestado á su rey.

Nuestras crónicas particulares no se fijan en un suceso que tuvo lugar entonces, y fué la partida de la escuadra siciliana. Al tenerse noticia de la muerte del rey D. Pedro, hubo una verdadera insurrección entre los sicilianos de la armada. Se temió que, muerto aquel valeroso príncipe, los enemigos intentasen apoderarse de Sicilia, y todos los que de ésta habían venido, con grandes gritos demandaron entonces volver á su patria. Acaudillaba á los insurrectos el vicealmirante Federico Falcón, que era de Mesina. Sin duda entonces fué cuando Roger de Lauria, creyendo quizá con esto calmar á los suyos, se presentó al nuevo rey D. Alfonso exigiéndole palabra real de ayudar con todas sus fuerzas y contra cualquier enemigo á su hermano D. Jai-

1 Piferrer.—Bover.—Socías.

2 Cayetano Socías: *Reyes de Mallorca*, pág. 35.

me, jurado ya sucesor en el dominio de aquella isla. Dió el rey su palabra, pero no bastó á calmar á los insurrectos que se amotinaron dando gritos de: «A Sicilia, á Sicilia, y muera el que se oponga,» sin hacer caso de las prudentes reflexiones de Roger de Lauria, quien en vano les advertía que no era estación propicia aquélla para ponerse en camino.

A nada atendían. Quisieron partir, y Roger entonces partió con ellos; pero sucedió lo que éste había previsto. Iracunda y fiera, la tempestad les esperaba á su paso por el golfo de Lión. Por espacio de tres días fueron las naves juguete de los encontrados elementos, naufragando algunas galeras, pereciendo aquel mismo Falcón que tan desesperado estaba por marchar no sabiendo que á la muerte partía, y llegando una tras otra al puerto de Trápani, pero destrozadas y rotas, las naves que pudieran afortunadamente escapar al naufragio. Apenas puso el pie en tierra el almirante, voló á Palermo y dió á la reina Constanza la triste noticia de la muerte de su esposo, pasando luego á Mesina donde se hallaba D. Jaime [1]. Fué esto á principios de Diciembre.

Es fama que la muerte de D. Pedro *el Grande* causó gran sensación en Sicilia, notándose que todas las mujeres vistieron luto para demostrar su dolor y tomar parte en el de la bondadosa reina Doña Constanza. Inmediatamente pensaron los sicilianos en la exaltación de D. Jaime, reconocido ya como sucesor á la corona en el parlamento de Mesina del 83, y que tomó desde el 15 de Diciembre del 85 el título de rey. No fué coronado, sin embargo, hasta cerca de dos meses después,

1 Amari, cap. XIII, tomo II. "Muntaner, dice Amari, en cuya memoria se confunde lastimosamente la cronología del período del reinado de D. Jaime en Sicilia, pone la tempestad de la armada siciliana en el 1288 ú 89 con manifiesto anacronismo."

á principios de Febrero de 1286, para lo cual se reunió en Palermo parlamento de nobles, eclesiásticos y ciudadanos.

Volvamos ahora á D. Alfonso, que había quedado en Mallorca después de haberse hecho á la vela la escuadra siciliana. En someter del todo la isla y en ordenar las cosas á su gobierno correspondientes, pasó el nuevo rey D. Alfonso los meses de Noviembre y Diciembre; pero conociendo que antes de su vuelta al continente debía unir á su conquista la de la vecina Iviza, cuya capital le ofrecía notables ventajas, ya por la seguridad que su excelente fortificación le proporcionaba, ya por los beneficios que de la bondad de su puerto podían reportar así las galeras catalanas como las infinitas naos catalanas y mallorquinas que cruzaban el Mediterráneo, comisionó á varios caballeros para que pasasen á Iviza y se entendiesen con sus jefes á fin de reducir la isla á la obediencia del rey de Aragón. Ni podían ni querían tampoco los de Iviza hacer armas contra D. Alfonso, y manifestaron que estaban dispuestos á someterse.

El aragonés nombró entonces por su gobernador y lugarteniente en Mallorca á Asberto de Mendiona, aquel heróico defensor de Besalú; y después de haber jurado á los mallorquines la conservación de sus fueros y franquicias, titulándose públicamente rey de las Baleares, se embarcó á principios de Enero de 1286 en dirección á Valencia, si bien antes quiso detenerse en Iviza para recibir el juramento de fidelidad que, como á su nuevo rey y señor, le prestaron aquellos isleños.

Fué D. Alfonso á desembarcar en Alicante, de donde pasó á Gandía. Desde allí escribió cartas á los valencianos, diciéndoles que el día de la Purificación de Nuestra Señora estuviesen en Valencia para prestarle el juramento y homenaje de fidelidad como á nuevo sucesor en el reino; á los catalanes, avisándoles que para el 13

de Febrero estuviesen, prelados, barones y caballeros, en Santas Creus, á donde se dirigía para celebrar solemnes exequias por su padre; y á los aragoneses, advirtiéndoles que terminados los funerales iría á Zaragoza, en donde tendría Cortes el día de Pascua de Resurrección, recibiendo con este motivo la orden de caballería y coronándose según costumbre.

Preciso es decir aquí que los aragoneses andaban entonces muy disgustados con el nuevo rey, que temprano empezaba, según ellos, á no cumplir con las leyes. Quejábanse de que D. Alfonso, hallándose en Mallorca, hubiese escrito cartas intitulándose rey de Aragón, de Mallorca, de Valencia y conde de Barcelona, sin aguardar á ser coronado ni aun á jurar los fueros y leyes del reino, según era uso. Y quejábanse también de que no sólo hubiese tomado el título de rey, sino de que como tal hubiese hecho algunas donaciones y mercedes.

«Y así por todo esto, dice Blancas, ajuntándose los principales del reino en la iglesia mayor de esta ciudad (Zaragoza) los postreros de Enero año 1286, acordaron de enviar al rey una muy solemne embajada, suplicándole y aun requiriéndole de parte de todo el reino que se sirviese de venir luego á Zaragoza, y jurase la jura acostumbrada, y recibiese la corona y orden de caballería, como sus antecesores lo habían hecho. Y en el entretanto le suplicaban sobreseyese en el llamarse rey de Aragón, ni usase como rey de algunas cosas que entendían usaba; porque el reino hasta que hubiese hecho con efecto aquellas cosas que le suplicaban, no le tendrían ni tenían por rey: puesto caso que lo acataban y reverenciaban por su señor natural, y por aquel que derechamente debía reinar sobre ellos. Y hallándose embarazados sobre qué título le habían de dar si le escribían, no queriendo por una parte dar disgusto al rey si no le llamaban así, y por otra parte rehusando el lla-

mallo rey, pues hasta ser coronado y haber jurado pretendían no debía ser así llamado y en esto iba fundada su pretensión y lo principal de su demanda; tomaron por expediente que estos embajadores no llevasen cartas de creencia, sino que explicasen su embajada de palabra, por huir el inconveniente del título que habían de dalle si se le escribía, y por no perjudicarse en su pretensión.»

Los embajadores nombrados para esto fueron Bernardo Guillén de Entenza y Jimeno de Urrea, y dieron cuenta de su mensaje á D. Alfonso, á quien hallaron en Murviedro. El hijo de Pedro *el Grande* se excusó con los embajadores por haber tomado el título de rey, y les dijo que el 12 de Abril estaría en Zaragoza para coronarse y celebrar Cortes.

Hallándose presentes 300 prelados, al decir de ciertas crónicas, y un crecido número de caballeros catalanes, entre ellos los condes de Ampurias y de Pallars, los vizcondes de Cardona y de Rocabertí y otros de aquélla que había sido verdadera corte de héroes para D. Pedro, se celebraron en Santas Creus unas solemnes exequias por el alma del difunto monarca.

También por aquel tiempo, y á su manera, celebraba Roger de Lauria, vuelto ya de Sicilia, otras exequias en honor de D. Pedro. Habiendo pedido permiso al rey para hacer una excursión por las costas de Provenza, se hizo al mar, y desembarcando con 100 caballeros y 2.000 infantes en el grao de Serignán, diócesis de Beziers, taló toda aquella comarca y se acercó á la citada ciudad. Habiéndose reunido en número considerable las gentes de los pueblos vecinos, se adelantaron hacia el castillo de Serignán; pero el arrojado y siempre afortunado almirante aragonés atacó aquella hueste y la dispersó, matando á muchos y persiguiendo á los fugitivos hasta muy cerca de Beziers. Viendo que se acercaba la

noche, el de Lauria cesó en la persecucción, hizo tocar retirada y mandó embarcar á su gente, después de haber entregado á las llamas la villa de Serignán.

Al día siguiente desembarcó en el grao de Agde, y después de haberse apoderado de todas las barcas que allí se hallaban, partió sus tropas en dos cuerpos y marchó contra Agde á la cabeza del primero. La ciudad fué tomada por asalto, pasados á cuchillo todos los habitantes, exceptuándose, empero, los ancianos, las mujeres y los niños, y mandó poner fuego á la población, respetando el palacio del obispo y la catedral. Mientras tanto, el otro cuerpo de sus tropas marchaba á Viás, que fué también tomado á la fuerza y pasado á fuego, á saco y á cuchillo, lo propio que todos sus alrededores. Los habitantes de varios lugares como San Tiberio, Lupián y Gigeán, quisieron acudir en socorro de sus paisanos; pero acometidos por las vencedoras huestes de Roger, fueron deshechos y hubieron de tomar la fuga, con pérdida de 4.000 hombres según se dice.

Cuatro días permaneció Roger en el puerto de Agde, durante los cuales prosiguió corriendo y talando el país. En seguida se fué á Aigues Mortes, donde se apoderó de cuantas naves había en su puerto; se dirigió al grao de Leucate, apoderándose allí de 20 buques cargados; hizo lo mismo con los que halló en el grao de Narbona, y vencedor y cargado con un rico botín se volvió á Barcelona, en cuyo puerto entró triunfalmente á son de cajas y trompas marinas [1].

Tales fueron los solemnes funerales que el gran almirante dedicó á su rey difunto.

De Santas Creus se vino D. Alfonso á Barcelona, de donde partió en seguida para el Ampurdán, visitando

1 Es Muntaner, en su cap. CLII, quien refiere esta correría de Roger de Lauria; pero encuentro aceptada su relación por la *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 58.

y recorriendo los lugares del condado de Ampurias, algunos de los cuales mandó fortificar; pues se temía que su tío el rey de Mallorca, que estaba á la sazón en Perpiñán con gente francesa, intentase hacer alguna excursión y dar algún rebato por esa parte de los montes. D. Alfonso permaneció en el Ampurdán hasta mediados de Marzo, y se volvió luego á Barcelona.

Hallándose en esta ciudad nombró por su lugarteniente general en Cataluña á Arnaldo Roger, conde de Pallars, declarando que tuviese el regimiento y administración de justicia en su lugar, desde el Cinca hasta el collado de Panisars.

De Barcelona se fué el rey por Lérida y Huesca á Jaca, en cuyas fronteras estaban dando que hacer los navarros á los aragoneses, si bien éstos consiguieron sobre aquéllos una notable victoria el 13 de Marzo. Don Alfonso dejó á D. Pedro Cornel en Jaca como capitán de aquella frontera, y pasó á Zaragoza en donde entró el 12 de Abril, según había anunciado.

CAPÍTULO XLII.

Coronación del rey Alfonso y protesta.—Cortes en Zaragoza y demanda por parte de la *Unión*.—Sitio de Castellón de Ampurias por Don Jaime de Mallorca.—Retirada de D. Jaime.—D. Alfonso penetra en Rosellón.—Torneo en Figueras.—Tregua entre los reyes de Aragón y de Francia.—La *Unión* nombra el consejo real.—Embajada de los *Unidos* al rey.—El príncipe de Salerno prisionero en el castillo de Ciurana.—Cortes en Valencia. Setiembre de 1286.—Embajada al Papa.—Guerra entre el conde de Urgel y el vizconde de Cardona.—Cortes en Huesca. Octubre de 1286.—Reunión del ejército y armada en Salou.—Llega la flota á Mallorca.

(Del 12 de Abril hasta fin del año 1286.)

El domingo siguiente al día de su entrada en Zaragoza, que fué el de la Pascua de Resurrección, con grande solemnidad y fiesta en la iglesia mayor, recibió el rey la corona de manos de D. Jaime Carroz, obispo de Huesca, en ausencia del arzobispo de Tarragona y por estar sede vacante la iglesia de Zaragoza. En el acto de la coronación hizo D. Alfonso la misma protesta que su padre, diciendo no recibir ni entender recibir la corona de manos del obispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella. Añadió también, cosa que ocasionó mucho disgusto á los aragoneses, que por coronarse en Zaragoza no pretendía dar á esta ciudad un derecho privativo que obligase á sus sucesores á hacer en la misma esta ceremonia, siendo su ánimo el que pudiesen hacerlo en cualquiera otro lugar del reino que bien les pareciese [1].

Concluída la solemnidad, juró como rey públicamente en presencia de la corte, que estaba allí congregada,

1 Blancas en sus *Coronaciones*.

guardar y mantener los usos, fueros, costumbres, libertades, franquezas y privilegios de Aragón en todos tiempos. Inmediatamente las Cortes presentaron demanda para reforma de la casa real. La *Unión* aragonesa quería que las Cortes proveyesen en el ordenamiento de la casa y consejo del rey, á fin de no tener que repetirse la experiencia hecha en D. Pedro *el Grande*. Hubo con este motivo serias disensiones, y el rey al fin se salió de Zaragoza. En el ínterin los que estaban por la reforma de la casa real y los que opinaban en contra, determinaron, á causa de ser punto de difícil resolución y muy delicado, ponerlo en manos de 33 personas prudentes que sobre él deliberasen.

Hasta fin de Mayo se detuvo el rey en Huesca, y también se dice si volvió á Zaragoza; pero de todos modos hubo de partir rápidamente para Cataluña, pues amenazaban al Principado las armas del rey D. Jaime de Mallorca. Queriendo el rey Felipe de Francia vengarse de los desastres ocasionados por Roger de Lauria en las costas de Provenza, instó á D. Jaime de Mallorca á llevar la guerra á Cataluña, y está probado que le proporcionó un cuerpo de tropas para ello [1]. D. Jaime, que por su parte deseaba recobrar el reino de Mallorca de que le había despojado su sobrino Alfonso, no se hizo de rogar, y por Junio de aquel año de 1286 pasó los Pirineos, yendo á poner sitio á Castellón de Ampurias. Esta villa entonces, al revés de lo que hiciera en la anterior campaña, se mantuvo firme á pesar de que Don Jaime la combatió y estrechó reciamente, levantando máquinas y bastidas para someterla.

No obstante todos estos preparativos, D. Jaime se apresuró á levantar el sitio, abandonando el Ampurdán

1 Es positivo que la nobleza de la senescalía de Carcasona sirvió á las órdenes de D. Jaime en la expedición. (V. la *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 58.)

y volviendo á pasar los Pirineos, cuando supo que su sobrino el rey Alfonso estaba en Barceloaa allegando gente para acudir contra él.

En efecto, D. Alfonso con sus caballeros y los consejos ó milicias de Camarasa, Cubells, Mongay, Tamarit, Santisteban, Almacellas, Almenara, Belloch, Tárrega, Vilagrasa y otros lugares, avanzó por el Ampurdán y hay quien dice que pasó á su vez el Pirineo, penetró en el Rosellón hasta el Boulou, se fué á Colibre y regresó á Figueras, seguro de que ni D. Jaime ni los franceses estaban en disposición de intentar nada por el pronto. A pesar de esto, el rey se detuvo en el Ampurdán todo lo que restaba del mes de Junio y todo el mes de Julio, proveyendo á la defensa y fortificación de aquellas fronteras [1].

Se cuenta que, sin duda para distraer los ocios de la gente de armas durante aquella larga estancia en la frontera, ideó el rey celebrar un torneo en Figueras. Dícese que este torneo fué espléndido, tomando parte 400 caballeros divididos en cuadrillas ó grupos á las órdenes de Gisberto de Castellnou y el vizconde Dalmacio de Rocabertí, y hay también quien escribe que el rey tomó personalmente parte en la fiesta rompiendo algunas lanzas.

En tal estado las cosas, moviéronse tratos entre los reyes de Francia y de Aragón. El rey Eduardo de Inglaterra, destinado á ser el suegro de D. Alfonso, pues ya sabemos que estaba pactado matrimonio entre este

1 De esto y de lo que luego se dice del torneo de Figueras, habla Muntaner en los caps. CLX y CLXI; pero, con manifiesto anacrònismo, pone estos hechos después de la guerra de D. Alfonso en Castilla, que ya veremos fué mucho más adelante. Muntaner, siempre fiel á su realismo fanático, calla que D. Jaime de Mallorca hubiese entrado con armas en el Ampurdán, lo cual aseguran los historiadores del Languedoc y las historias más autorizadas del Rosellón, y presenta sólo el viaje de Alfonso como un paseo militar á consecuencia de sospechas no realizadas.

último y una hija de aquél, se vino á Burdeos, según leemos en la *Historia del Languedoc,* sólo para mediar entre los monarcas francés y aragonés y conducirles á la paz; y si bien no obtuvo que se firmase ésta, consiguió que entre ambas potencias se pactase una tregua, que debía comenzar el 8 de Setiembre y durar por espacio de un año. A consecuencia de esto sin duda, Don Alfonso, dejando bien provistas las fronteras del Rosellón, regresó á Barcelona.

En el ínterin continuaba revuelto el estado de cosas en Aragón. Los 33 árbitros que se habían nombrado para entender en las demandas de la *Unión* aragonesa, no pudieron ponerse de acuerdo, y entonces los *Unidos,* pasando adelante en sus miras, nombraron el que, según ellos, debía ser de aquel día en adelante el consejo del rey eligiendo para formarlo cuatro ricos-hombres, cuatro mesnaderos, cuatro caballeros, otros dos en representación de la caballería de Valencia y los ciudadanos por cada una de las ciudades aragonesas Zaragoza, Huesca, Tarazona, Jaca, Barbastro, Calatayud, Teruel y Daroca, según que por sus respectivos consejos fuesen nombrados.

No se contentaron con esto sólo los *Unidos,* sino que, juramentándose de nuevo, declararon que fuesen revocadas todas las donaciones que de villas y castillos se hubiesen hecho después de muerto D. Pedro, comprometiéndose á no servir al rey si no lo quería cumplir, y á mutuamente auxiliarse si el monarca procedía contra ellos. De esta determinación y acuerdo y del nombramiento de las personas del consejo real, decidió dar aviso al rey la corte de los *Unidos* por medio de dos caballeros y los síndicos de las ciudades de Zaragoza, Huesca y Teruel. Estos llevaron también el encargo de comunicar á D. Alfonso que, si lo acordado no se cumplía, «se le embargarían todas las rentas y derechos que

tenía en el reino y los honores que por él poseían los ricos-hombres y caballeros que no se conformaban con los *Unidos* en aquellas demandas, y que ninguno de los ricos-hombres y caballeros, ni de las ciudades y villas que tenían la voz de la jura, le irían á servir, antes le tendrían prendado y embargado el servicio, con las rentas y derechos que tenía y debía haber en sus reinos, hasta que todas sus demandas se enmendasen y cumpliesen y fuese venido á la corte de Zaragoza [1].»

Era un verdadero pronunciamiento, como diríamos ahora; un golpe de Estado, no del rey, sino de la nación. D. Alfonso recibió á los embajadores, y les contestó que pensaría en lo que le comunicaban y enviaría á la *Unión* su respuesta.

De Barcelona pasó el rey á Tarragona, y consta que, hallándose en esta ciudad, mandó proveer acerca lo tocante á la guarda de Carlos II de Anjou, á quien por ahora continuaremos llamando príncipe de Salerno, el cual seguía preso en Ciurana, castillo muy fuerte y enriscado de las montañas de Prades. Se ordenó entonces por el rey que, para la custodia y servicio del príncipe prisionero, fuesen escogidos 12 caballeros catalanes y aragoneses, los cuales debían residir constantemente en el castillo.

El 11 de Setiembre se hallaba ya el rey D. Alfonso en Valencia, para donde se había convocado en Cortes á los valencianos. En ellas fueron jurados por el monarca los fueros y libertades del reino. Parece que estas Cortes, comenzadas en Valencia, debieron concluir en Buriana por lo que dice un autor [2]. Fueron las únicas que D. Alfonso tuvo en aquel reino.

Desde Valencia, otros dicen que desde Tarragona,

1 Zurita, lib. IV, cap. LXXXIII.

2 Ribelles: *Memorias*, pág. 50.

envió el rey una embajada al papa Honorio IV, compuesta de Gilaberto de Cruillas, Ruy Sánchez de Calatayud, Ramón de Reus, arcediano de Lérida y micer Pedro Costa, con encargo de manifestar al Pontífice cuán inclinado estaba su ánimo y voluntad para procurar la paz y concordia.

Por aquel tiempo se habían suscitado grandes disensiones en Cataluña á causa de la guerra que se declararon dos poderosos nobles. El vizconde de Cardona suscitara algunas pretensiones que venían de años atrás sobre algunos lugares y castillos del condado de Urgel, rompiendo las treguas que había entre los dos. El conde de Urgel le desafió entonces, y como cada uno llamó en su favor á sus valedores, se suscitaron encarnizados bandos que de cada día se iban exasperando. Fué preciso que el rey, antes de ir á las Cortes en que había convocado á los aragoneses en Huesca para el 11 de Octubre, se viniese á Cataluña interviniendo entre los partidos, y consiguiendo ponerlos en paz con su autoridad y mediación [1].

Agitadas y tumultuosas fueron las Cortes de Huesca. Para la *Unión* habían crecido los motivos de disgusto, y se quejaban de que el rey, por su sola voluntad, hubiese enviado mensajes al Papa, al castellano y á los reyes de Francia y de Inglaterra. Un autor ha dicho que les parecía á los de la *Unión* que no era del caso correr nuevas aventuras sin su anuencia y previo consentimiento. Vanamente se probó en aquellas Cortes de Huesca á poner un término á semejante desacuerdo entre los *Unidos* por una parte y el rey y los que le sostenían por otra; sólo se estableció con común consentimiento que el fuero de Aragón sirviese para el reino de Valencia [2].

1 Monfar, tomo II, pág. 35.

2 Zurita, lib. IV, cap. LXXXVII.—Ortiz de la Vega, lib. VII, capítulo VI.

Para el trono de Aragón concluyó felizmente aquel año con la conquista de Menorca, que la de Mallorca y la de Iviza hicieran necesaria. D. Alfonso decidió apoderarse de aquella isla, no tanto por tomar venganza de los avisos que el almojarife transmitió á los de Constantina cuando la expedición de D. Pedro *el Grande*, como por recelo de que D. Jaime por sus fuerzas del Rosellón y sus auxiliares franceses tratase de pasar á ella, para desde allí emprender el recobro de la mayor parte de las Baleares. A este fin, pues, hízose llamamiento general á los ricos-hombres y caballeros del reino, y se mandó aparejar la armada en el puerto de Salou.

A pesar de lo poco propicio de la estación, dábase la armada á la vela á últimos de Noviembre con D. Alfonso y muchos ilustres caballeros de Aragón y de Cataluña. El gobierno de la gente de guerra fué confiado á dos caballeros, catalán el uno y aragonés el otro, llamado el primero Acart de Mur y el segundo García de Arazuri. Las fuerzas de mar se ha dicho que estaban al mando de Roger de Lauria; pero otros callan que este almirante fuese de aquella empresa, y hablan sólo de Ramón Marquet y Berenguer Mayol. D. Alfonso y la flota llegaron á Mallorca el 2 de Diciembre.

La cruzada de aquel invierno y la furia de los temporales, que casi sin interrupción se sucedían, detuvieron al rey en Mallorca hasta pasada la Navidad. Abrió por fin un poco el tiempo, y se dirigió á Mahón á donde llegó con parte de la flota, pues una tempestad sufrida en la travesía la dispersó é hizo que sólo diseminadas llegaran las galeras á Puerto Mahón. Si á los historiadores aragoneses damos crédito, la conquista de Menorca se llevó á cabo felizmente, pues los sarracenos de la isla, luego que se descubrió la armada, recogiéronse á un castillo llamado de Agáiz (después de Santa Agata) y se dieron en seguida á partido, entregando la fortale-

za y la isla al rey D. Alfonso, y pactando que por cada cabeza de moro ó mora, de cualquiera edad que fuese, se le pagarían siete doblas y media, quedando en la isla como esclavos todos cuantos no pudiesen satisfacer esta cantidad.

Así fué como D. Alfonso *el Liberal* se apoderó de Menorca, quedándose en la isla hasta el 2 de Febrero de 1287 para dejarla en buena defensa, bien guarnicionada y proveer á todo lo relativo á su gobierno [1].

CAPÍTULO XLIII.

Medidas tomadas por la *Unión*.—Cortes en Aragón. Junio de 1287.—Entrevista en Olerón con el rey de Inglaterra y lo que se conviene.—Turbaciones en Aragón y porfía de los *Unidos*.—Concesiones hechas por el rey á los *Unidos*, que se llamaron el *privilegio de la Unión*.—El rey de Francia no acepta lo convenido en Olerón.—Embajada al rey de Inglaterra.—Nuevas excomuniones contra Sicilia.—Continúa la guerra contra Sicilia.—Enérgica y noble conducta de Roger de Lauria ante sus calumniadores.—Sitio de Agosta y combate naval de Castellamare.

(1287.)

A primeros de Febrero de 1287 desembarcó el rey en Barcelona, donde por aquella vez hizo larga estancia según parece. La política le ocupó por completo, y durante buen espacio de tiempo el poder de las armas fué dominado por la diplomacia. Las crónicas dan minuciosa cuenta de embajadas de Aragón al rey de Castilla, al de Francia, al de Inglaterra y al Papa y de éstos

1 Sigo á los historiadores aragoneses. Muntaner discuerda bastante de ellos en lo referente á la conquista de esta isla; pero el recelo natural que este cronista debe infundir á la crítica histórica, me hace seguir la opinión, más autorizada, de aquéllos.

al rey de Aragón, siendo tan curiosa como importante la colección diplomática de los documentos de aquel período. El resultado, por el pronto, fué que el rey Don Sancho *el Bravo* de Castilla se confederó con el de Francia, rompiendo la paz que con el de Aragón tenía, y que se acordaron vistas entre D. Alfonso y Eduardo de Inglaterra, las cuales debían tener lugar en Olerón á principios de Setiembre.

Mientras así ocupaba al monarca aragonés su política exterior, dábale no poco en qué entender dentro, en su propia casa, la turbulenta *Unión*. Sabedores los ricos-hombres y mesnaderos aragoneses de que las disposiciones que el rey había dado para que se guardase en el reino de Valencia por todos en general el fuero de Aragón, no se obedecían ni las querían cumplir los oficiales reales, ordenaron á los *Unidos* que entrasen en el reino de Valencia á fin de conseguir con las armas lo que de grado no podían. A consecuencia de esta orden, entraron diversas compañías de gente de á caballo en el citado país, haciendo muchas talas y daños; pero bien pronto convinieron en que más valía embargar al rey el servicio y las rentas para que mandase que aquello se guardara, que no destruir los lugares de aquel reino.

A más, los *Unidos* enviaron al rey una embajada diciéndole que por haber sabido su determinación de avistarse con el monarca de Inglaterra fuera del reino, le suplicaban que esto no se efectuase hasta ser tratado en Cortes. La contestación de D. Alfonso no satisfizo á los *Unidos*, que insistieron en sus primeras demandas y aun en otras nuevas, y el rey creyó poder conciliarlo todo convocando en Cortes á los aragoneses para Alagón en Junio de aquel año, hallándose ya en vísperas de ir á celebrar su conferencia con el inglés. Tampoco en estas Cortes pudieron ponerse de acuerdo, consiguién-



dose sólo que el rey saliese más irritado y quedasen más agraviados los otros [1].

Las vistas entre los monarcas inglés y aragonés fueron retardándose hasta principios de Setiembre. Viéronse en Olerón, según estaba pactado, asistiendo á las conferencias dos legados del Papa, y convínose D. Alfonso en la paz y en poner en libertad al príncipe de Salerno, mediante las siguientes condiciones: «Que antes que saliese el príncipe del reino de Aragón entregase tres hijos suyos para que estuviesen en rehenes en poder del rey; que éste, por su parte, y para seguridad de que pondría en libertad al príncipe, cumplida la anterior condición, dejase en rehenes en poder de Eduardo de Inglaterra al infante D. Pedro su hermano, á los condes de Urgel y de Pallars y al vizconde de Cardona; que á más el príncipe, antes de salir del poder del rey, hubiese de dar 60 barones y caballeros los más principales de Provenza y de su condado para que también estuviesen en rehenes, debiendo asimismo las ciudades y villas más principales de Provenza hacer homenaje de fidelidad al rey de Aragón; que cumplido esto, siendo el príncipe puesto en libertad, dentro de un año había de entregar en poder del monarca aragonés á Carlos, su hijo primogénito, en rehenes, y por esta razón había de dar 30.000 marcos de plata como parte de 50.000, á cuyo pago se obligaba, caso de no entregarle en poder del rey de Aragón; y que el príncipe se comprometiese á alcanzar de la Sede apostólica y del rey de Francia treguas por tiempo de tres años, y de Carlos, hermano del rey de Francia, que tenía la investidura del reino de Aragón, para que no hiciesen guerra á D. Alfonso de Aragón ni á su hermano D. Jaime de Sicilia, ni á sus tierras ni á sus aliados. Quedó también asentado que si

1 Zurita, lib. IV, caps. LXXXIX, XC, XCI y XCII.

dentro de estos tres años el príncipe de Salerno no hiciese buena paz con el rey de Sicilia y con el de Aragón, incurriría en multa de 100.000 marcos de plata, y sus tres hijos y los rehenes de Provenza quedarían perpetuamente obligados al rey de Aragón.» Éste, para el caso de ser aceptadas estas condiciones, dió poder al rey de Inglaterra para conceder en su nombre y en el de su hermano el rey de Sicilia, treguas al de Francia y á Carlos de Valois, entrando en ellas D. Jaime de Mallorca [1].

Convenido todo esto, que no pasó, sin embargo, de proyecto como se verá luego, D. Alfonso se volvió rápidamente á estos reinos, donde había grandes turbaciones con motivo de las exigencias de los *Unidos*. Éstos, á cuyo frente se hallaban D. Pedro, señor de Ayerve, y D. Jaime, señor de Ejérica, tíos del rey, y D. Jaime Pérez, señor de Segorbe, hermano suyo, llevaron tan allá sus quejas y su resentimiento, que, según dice Zurita refiriéndose á un autor antiguo, habían determinado ya dar obediencia á Carlos de Valois, á quien el Papa había concedido la investidura del reino. Las cosas, pues, iban tomando un aspecto de suma gravedad en Aragón, y aun parece que la tomaron mayor cuando el rey hizo ajusticiar en Tarazona á 12 de los más revoltosos. Esto produjo grande irritación y pretexto para que la guerra civil, la más funesta de todas las guerras, se encendiese y tomase proporciones extraordinarias.

Estando, pues, el reino cada vez en más creciente turbación y cada vez más determinados los de la *Unión* en su porfía, vínose D. Alfonso á Cataluña á principios de Diciembre, y aunque desde aquí tomó algunas disposiciones y dictó algunas providencias que manifestaban firmeza de voluntad, hubo al fin de ceder; que la

1 Zurita, lib. IV, cap. XCII.

Unión se iba haciendo á cada instante más temible, los defensores de los fueros se presentaban compactos y formidables, y así como en todos los labios había una queja, en cada mano brillaba un arma. Después de muchas embajadas y mensajes, Arnaldo Roger, conde de Pallars; Pedro Fernández, señor de Híjar; Berenguer de Puigvert y Galcerán de Timor, trataron de concierto entre el rey y la *Unión*, y aquél otorgó á los de ésta los siguientes privilegios:

1.° Que no pudiese el rey ni sus sucesores proceder contra persona alguna de la *Unión*, sin previa sentencia del justicia de Aragón y el consentimiento de las Cortes. Para la seguridad de esta promesa, el monarca se comprometía á entregar en rehenes 16 castillos, y permitía además de esto á sus súbditos que si en este punto les faltaba á la palabra, pudiesen negarle la obediencia y elegir otro rey, á su arbitrio, sin nota ninguna de infamia ó de infidelidad.

2.° Que todos los años se hubiesen de celebrar por Noviembre Cortes generales en Zaragoza, y en ellas se nombrasen los consejeros con los cuales hubiese el rey de tratar y por su dictamen decidir todos los negocios que se ofrecieran de Aragón, Valencia y Ribagorza, para cuya seguridad empeñaba también los 16 castillos [1].

Concediéronse estos privilegios el día de los Inocentes del año de 1287, y en Enero del siguiente, hallándose el rey en Zaragoza, por haberse presentado alguna

1 Todo lo concerniente á los *Unidos* merece ser estudiado más detenidamente. Del privilegio de la Unión me ocupo en el discurso que leí en la Academia de la Historia contestando al del Sr. Romero Ortiz, é inserto allí por apéndice el privilegio conforme se guarda en los archivos de la Academia; pero el tributo á la verdad me obliga á decir que antes lo había ya publicado el eminente literato aragonés D. Jerónimo Borao en su introducción al *Diccionario de voces aragonesas*.

dificultad para la entrega de los castillos, dió interinamente en rehenes á los de la *Unión* la persona del príncipe de Salerno, que fué llevado á Zaragoza y luego al castillo de Mequinenza.

Mientras el rey hallaba estas contrariedades en el interior, no se le presentaban menos desfavorables las cosas en el exterior. Las condiciones que había puesto en la entrevista de Olerón, aceptadas por el rey de Inglaterra, no lo fueron por el de Francia. Aunque duras, las había admitido el príncipe de Salerno; pero no así Felipe de Francia, que empezó á poner obstáculos para su cumplimiento, ya negando el paso á los caballeros que debían venir en rehenes, ya dando orden en 9 de Diciembre á los senescales de Tolosa, Carcasona y Beaucaire, de auxiliar con las gentes de armas del país al rey de Mallorca, caso de que quisiese levantar tropas en las tres senescalías para marchar contra el monarca aragonés [1].

Con este motivo, y sabedor de lo que pasaba, Don Alfonso envió al que miraba como su padre político, Eduardo de Inglaterra, una embajada compuesta de Guillén Lunfor y Conrado de Llansa. Este último, que por lo mucho que le vemos figurar en cuestiones políticas, debió ser uno de los más grandes diplomáticos de aquel tiempo, estaba también facultado por el rey de Sicilia para intervenir en aquellos negocios por lo que á él tocaban.

Mientras esto pasaba en estos reinos, conviene decir lo que tenía lugar en Sicilia. El papa Honorio, inflexible en su política guelfa y demostrándose apasionado por los intereses de la casa de Francia, fulminó contra Sicilia los terribles rayos de censuras y entredichos. El nuevo rey D. Jaime fué por él excomulgado, lo mismo

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, pág. 60.

que los obispos que le coronaron y cuantos siguieron su partido; debiéndose advertir que, al propio tiempo que las armas espirituales, se ponían en obra las temporales para derribar aquella dinastía que comenzaba á arraigarse en el siciliano suelo.

Durante la permanencia de Roger de Lauria en Cataluña en 1286, D. Jaime de Aragón, rey de Sicilia, mandó armar dos flotas, una de las cuales fué confiada á Bernardo Sarriano [1] y la otra á Berenguer de Vilaregut, caballero catalán. Siguiendo el brillante ejemplo de Roger de Lauria, fueron estas armadas el terror de sus contrarios, ganando ambos capitanes fama imperecedera y regresando con rico botín á Mesina, después de una serie de gloriosas jornadas. Tantos estragos en sus costas obligaron á los dos regentes gobernadores del reino de Nápoles, durante la prisión del príncipe de Salerno, á aprestar una armada y juntar gente para invadir la Sicilia, confiando en que podrían fácilmente llevar á feliz término su proyecto, atendido que tenían inteligencia en algunos pueblos de la isla. A más, Roger de Lauria no estaba allí.

Fueron por capitanes de la primera expedición el obispo de Martorano, legado del Papa; Reinaldo de Avella y Ricardo Morrone. La armada zarpó de Brindis el 15 de Abril de 1287; hizo un desembarco en Malta, y se arrojó de improviso sobre Agosta el 1.° de Mayo apoderándose de la ciudad y del castillo. Este resultado, obtenido por las armas enemigas, consternó á los sicilianos, y el rey D. Jaime envió á buscar inmediatamente á Roger de Lauria, de quien mucho se murmuró entonces á lo que parece, pues sus enemigos y envidiosos le echaban en cara que por piratear en la Pro-

1 Nuestras crónicas le llaman Bernardo de Sarriá, pero era de Sicilia según parece, y Sarriano le llaman los historiadores de aquel país.

venza había abandonado las obligaciones de su cargo. Había ya vuelto Roger á Sicilia y se ocupaba activamente en los trabajos de armamento, cuando supo que andaba en lenguas de esa ralea de disfamadores de oficio que desgraciadamente ha habido y hay en todas épocas, y cuéntase que, al tener noticia de esta maquinación, se salió del arsenal donde se hallaba, y mal vestido, sucio, lleno de polvo, subió indignado á palacio, presentándose inopinadamente delante del rey y de aquellos menguados cortesanos.

—«¿Quién de vosotros, dijo entonces dirigiéndose á estos últimos, quién de vosotros es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy: diga su acusación, y yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho, y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentáis. Vosotros os divertíais, mientras que á mí me oprimía el peso de las armas; ningún cuidado os agitaba, mientras que yo disponía mis campañas; ociosos estábais, y no temí ni la muerte ni la fatiga; yo andaba á la inclemencia del mar, y vosotros estábais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares fastidiosos y repugnantes á vosotros, acostumbrados á mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumían, mientras que nadando en deleites hallábais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones, y ved, si la guerra dura, quién ha ser el martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia como dolor vuestro peligro, si olvidáis lo que valgo y me desecháis de vosotros.»

Y volviéndose entonces á los que le habían acompañado,

—«Id, exclamó, y traed al instante los testigos de

mi valor, los monumentos de mis victorias y de mi gloria: la bandera del príncipe de Salerno; los despojos de Nicotera, Castrovechio y Taranto; los de la Calabria, cuando hice huir al rey Carlos de Reggio; traed las cadenas serviles de los Gerbes; las insignias de triunfo que conseguí en San Feliu y en Rosas, y las riquezas conseguidas en Aigues Mortes y en Provenza: traedlas; y pues que aún dura y durará la guerra, si entre éstos hay alguno más valeroso que yo, ese dirija las armas y escuadras de Sicilia, y defienda el estado contra sus enemigos [1].»

La magnificencia y dignidad de sus palabras, dice el laureado poeta que copia este discurso, impusieron silencio y admiración á toda la corte que le escuchaba; los malsines no osaron contradecirle; y él, despreciando sus viles intrigas y su miserable envidia, volvió á entender en la preparación de la armada que, á fuerza de su increible actividad y diligencia, en breve tiempo estuvo dispuesta en número de 40 galeras bien pertrechadas.

Con ellas se hizo á la vela partiendo en busca de los enemigos, en tanto que el rey D. Jaime, después de haber dejado Mesina bien abastecida y fortificada, se disponía también á tomar personalmente parte en los peligros de la campaña. Con Roger tornó presurosa la victoria á ceñir con su lauro inmortal los estandartes sicilianos. Agosta se rindió después de haberse defendido hasta el último extremo, y Lauria ganó una batalla naval en las aguas de Castellamare, de la cual se refiere que con 40 galeras venció á 84, apoderándose de 40 enemigas, que con las banderas, el almirante francés, 32 caballeros y 4 ó 5.000 hombres prisioneros, envió á

1 Este magnífico discurso lo traslada Quintana en sus *Españoles célebres:* vida de Roger de Lauria.

Mesina, como ostentosa muestra de su espléndida victoria. Con motivo de esta jornada es cuando las crónicas sicilianas cuentan que nuestro almirante, siguiendo los atroces ejemplos de aquella guerra y de aquella edad, mandó sacar los ojos á varios prisioneros [1].

Obtenido el triunfo de Castellamare, Roger de Lauria se presentó ante el pueblo de Nápoles, y quizá hubiera logrado apoderarse de esta capital, consternada entonces y revuelta, si no hubiese preferido estipular con los regentes una tregua por dos años, tregua que, sin mandato del rey, trató Roger con los gobernadores del reino napolitano, por una gruesa suma de dinero [2].

En tal estado se hallaban los negocios de Sicilia cuando D. Jaime, á pesar de no haber aprobado la tregua pactada por su almirante, envió de embajador á Aragón á Conrado de Llansa, á fin de entender en los medios para asegurar la paz general que se estaba entonces tratando por la mediación de Eduardo de Inglaterra.

1 Amari, tomo II, págs. 20 y 21.
2 Idem, id.

CAPÍTULO XLIV.

Preparativos bélicos de la Francia.—Entrada en Cataluña de D. Jaime de Mallorca.—Marcha el rey de Aragón contra D. Jaime.—Nuevos tratos entre los reyes de Castilla y de Aragón, y no pueden avenirse.—Alianza de los reyes de Castilla y Francia.—Entrevista de los reyes de Aragón y de Inglaterra en Jaca.—Carta del Papa á D. Alfonso.—D. Alfonso de la Cerda coronado rey de Castilla.—Tratado de Campfranch por el que recobra su libertad el príncipe de Salerno. —Desafío al rey de Castilla.—Cortes en Monzón.

(1288.)

El año 1288 comenzó con preparativos de guerra por parte de la Francia, impaciente de vengar su retirada desastrosa de Cataluña con una nueva irrupción en estos reinos. Consta esto por un edicto del rey Felipe, fechado á 29 de Enero de este año, dando orden á los senescales de Beaucaire y de Carcasona y á todos sus demás senescales para publicar que no existía ninguna tregua entre él y Alfonso de Aragón [1]. Al mismo tiempo Felipe, llamado *el Hermoso*, dictaba órdenes una tras otra para guarnecer las fronteras y hacer armamentos, indicando con esto hallarse pronto á penetrar en Cataluña cuando la ocasión se ofreciese, ínterin enviaba como de vanguardia á D. Jaime de Mallorca dispuesto á una nueva tentativa.

A principios de este año de 1288, y otros dicen que fué al comenzar el siguiente, D. Jaime de Mallorca pasó efectivamente los Pirineos y entró con su ejército en el Ampurdán. Son muy pocas las noticias que tenemos de su expedición, que fué tan desgraciada como la an-

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, documento XXXI, col. 89.

terior, pues si al principio consiguió alguna ventaja, bien pronto acudió el rey D. Alfonso al frente de numerosa hueste, y, como la otra vez, D. Jaime volvió á repasar los Pirineos, retirándose al Rosellón al tener noticia de su próxima llegada.

Iba el aragonés decidido á pasar los Pirineos en pos de su tío y en su persecución, cuando recibió embajadores del rey de Inglaterra, solícito siempre en procurar la paz, pidiéndole con grande instancia que no llevase adelante aquella jornada, pues tenía esperanzas de llegar á una concordia, para tratar de la cual le instaba á celebrar una nueva entrevista que podía tener lugar en Jaca. Detúvose el rey con este motivo, y no parece que por aquella vez siguiese adelante.

La política volvió entonces á imperar, y cedieron nuevamente las armas. Fueron y vinieron embajadas entre los reyes de Aragón, de Castilla, de Sicilia, de Nápoles, de Francia, de Inglaterra y el Papa, llevando la dirección de todo Eduardo de Inglaterra, que se afanaba cada vez más para echar los cimientos de una paz general y durable. El rey D. Sancho de Castilla, temiendo que de todo aquello resultase la libertad de sus sobrinos, los dos infantes castellanos que continuaban en Aragón desde que los retuvo D. Pedro *el Grande*, instó aunque en vano por sus embajadores á D. Alfonso para que tuviese una entrevista con él en cualquier lugar de las fronteras, ofreciéndole el reino de Murcia en dote de su hija la infanta Doña Isabel si casaba con ella y se obligaba á no dar libertad, sin su consentimiento, á los infantes de la Cerda y al rey de Nápoles, ó sea el príncipe de Salerno; pero nuestro rey, dice el anónimo aragonés, atendiendo más á lo que debía á la amistad del inglés que á la del castellano, que sólo le buscaba cuando le había menester, no habiéndose movido en favor suyo ni de su padre cuando los había visto oprimidos de tan in-

minentes riesgos, desechó absolutamente sus proposiciones.

Defraudado en sus esperanzas D. Sancho *el Bravo*, acudió al rey de Francia y se alió con él contra D. Alfonso de Aragón. Según principales historiadores, las bases del tratado fueron: dar el rey D. Sancho á sus sobrinos D. Alfonso y D. Fernando de la Cerda el reino de Murcia, pero reconociendo el señorío del trono de Castilla; comprometerse á poner bajo pie de guerra 1.000 jinetes como auxiliares del francés para lidiar contra Aragón, y franquear á las tropas francesas el paso por el territorio castellano [1]. Desagradó el convenio á Doña Blanca, madre de los la Cerda, que, rompiendo con Felipe de Francia, acudió primero á Portugal, impetrando en vano el auxilio de aquel monarca contra Castilla, y acudió después al rey de Aragón solicitando de él que ayudase á sentar en el trono castellano á su hijo el infante D. Alfonso de la Cerda.

El monarca aragonés, para decidirse, esperó á entenderse con Eduardo de Inglaterra. Tuvieron vistas en la ciudad de Jaca por Setiembre de 1288, viniendo con el inglés los arzobispos de Rávena y Monreal como legados nombrados por el nuevo papa Nicolás IV, elegido en reemplazo de Honorio á últimos de Febrero. Inmediatamente de haber ceñido Nicolás IV la tiara, envióle D. Alfonso de Aragón embajadores que, al mismo tiempo que estaban encargados de felicitarle, lo estaban también de pedirle la revocación de la sentencia pontificia que adjudicaba á Carlos de Valois la corona de estos reinos. En el Papa que acababa de ser nombrado, creía poder tener esperanzas la casa de Aragón, ya porque siendo ministro general de los franciscanos había estado en Barcelona y tenido relaciones con nuestros

1 Romey.—Zurita.—Sas, etc.

condes-reyes, ya porque se decía de él que era algo adicto á los gibelinos y no muy amigo de la casa de Francia. Esto no obstante, el Pontífice anduvo reservado con los embajadores del monarca aragonés, que fueron los guardianes de los conventos franciscanos de Barcelona y Zaragoza, y les despidió afablemente diciéndoles que enviaría mensajeros á su rey. Los mensajeros del Papa fueron los dos citados arzobispos, y éstos, al llegar á Jaca con el rey de Inglaterra, presentaron al de Aragón una carta de Nicolás IV.

Esta carta, que como ha dicho el analista Zurita, proponía á D. Alfonso más amenazas que favores para animarle á la concordia, decía en suma que, atendido á que tenía preso en su poder á Carlos, hijo primogénito del rey de Sicilia, le amonestaba que luego le pusiese en libertad y cesase de dar favor y ayuda á su hermano D. Jaime y á los que tenían ocupada la isla de Sicilia. A más, le advertía que, dentro de seis meses después de la presentación de aquellas letras, compareciese ante la Sede Apostólica para estar á lo que ordenase, porque de lo contrario se procedería contra él por las armas espirituales y temporales, según requería la calidad del negocio.

Esta amenazadora carta, de tan contrario sentido á lo que esperaba D. Alfonso, debió influir poderosamente en el ánimo de éste, abocado á una guerra con Castilla, ya que, de acuerdo con el rey de Inglaterra y aprovechando la ocasión de las disensiones civiles que habían estallado en las tierras de D. Sancho *el Bravo*, se decidiera poco antes á poner en libertad á los infantes Don Alfonso y D. Fernando de la Cerda, siendo el primero levantado y jurado en Jaca por rey de Castilla y de León. Varios nobles castellanos, expatriados á causa de las discordias civiles, acudieron á Jaca para rendir homenaje al nuevo rey que, con ayuda del de Aragón,

pensaban sentar en el trono de Castilla destronando á D. Sancho.

El aragonés, que se veía próximo á entrar en campaña, y que estaba ya sin duda cansado de luchar, resolvió aquella vez complacer al Papa, creyendo así atraerse su favor. El príncipe de Salerno fué llevado á Campfranch, lugar situado en los Pirineos y en los mismos confines de España y Bearn, dentro los límites del reino de Aragón, á donde habían ido desde Jaca nuestro monarca y el de Inglaterra. El tratado que allí se hizo estaba basado sobre el mismo de Olerón. El príncipe de Salerno, para recobrar su libertad, debía dejar como rehenes en poder de D. Alfonso á sus tres hijos mayores Carlos, Roberto y Luis, hasta pagar 30.000 marcos de plata y haber conseguido que la Sede apostólica y el rey de Francia y su hermano Carlos de Valois concediesen la tregua de tres años concordada en el convenio de Olerón. Caso de no ser así, el príncipe debía dentro de un año volver á constituirse prisionero de Alfonso de Aragón. Se firmó este tratado en Campfranch á 28 de Octubre de 1288, y aquel mismo día quedó libre Carlos II de Anjou, marchando en compañía de su primo el rey de Inglaterra.

Antes de partir este último de Jaca, concertó definitivamente, ó mejor ratificó el matrimonio de su hija Leonor, que aún no estaba en edad núbil, con Alfonso de Aragón, matrimonio que como saben los lectores venía tratándose ya desde los tiempos de D. Pedro *el Grande*.

De Campfranch se volvió D. Alfonso á Jaca, donde le estaba esperando el primogénito de la Cerda, coronado rey de Castilla, y juntos se fueron á Daroca para tratar de la guerra que iban á mover á D. Sancho *el Bravo*. Después de haber conferenciado allí con sus aliados Gastón de Moncada, vizconde de Bearn, y Don

Diego López de Haro, decidieron enviar cartel de desafío á D. Sancho *el Bravo*, por conducto de dos caballeros, pertenecientes uno á la casa de Aragón y el otro á la de D. Alfonso de la Cerda. Pedro Ayvar fué el aragonés portador del reto, y partiendo de Teruel, á tiempo que el rey se encaminaba á Valencia, se dirigió á Castilla presentándose á D. Sancho y desafiándole en nombre del rey de Aragón. D. Sancho aceptó el reto y lo devolvió por medio de otro caballero.

La guerra quedaba, pues, declarada desde aquel momento.

Entonces hubo de ser, sin duda, cuando tuvieron Cortes generales de todos los reinos en Monzón, convocadas por el rey para las resoluciones que convenía tomar con motivo de las guerras de Francia y Castilla [1].

1 Los Sres. Coroleu y Pella en *Las Cortes catalanas*, al citar estas Cortes, primeras de que se ocupan, pues de todas las anteriores apenas hacen mención, dicen que tuvieron lugar en 1289.

CAPÍTULO XLV.

Descontento y disturbios en Valencia.—Junta de la hueste en Calatayud.—Donación secreta del rey D. Alfonso al rey de Aragón.—Penetra en Castilla la hueste aragonesa.—Alianza definitiva de Francia y Castilla contra Aragón.—Cataluña y Mallorca amenazadas.—Prisión en Narbona de los embajadores aragoneses.—Cartel de desafío de Jaime de Mallorca á Alfonso de Aragón.—Respuesta del rey.—Entra D. Jaime de Mallorca en Cataluña.—Devastación de los estados de D. Jaime.—Bandos de Entenzas y Moncadas.

(1289.)

Al comenzar el año 1289 hallamos á D. Alfonso en Valencia, á donde fué desde Daroca, después de haber arreglado en este último punto todo lo concerniente á la guerra contra Castilla. Agitábase entonces, presa de cierto disgusto y malestar, el reino de Valencia, pues que en él había muchos que no quisieron aceptar los privilegios de la *Unión*, tocante á lo dispuesto de que Valencia se rigiese por fuero aragonés. Decían los descontentos que el rey había tenido que ceder á la fuerza y á la coacción; que no se había tomado aquel acuerdo en Cortes generales representadas por todo el reino, y que ellos estaban bien avenidos con la constitución promulgada por D. Jaime *el Conquistador*, á la cual no querían renunciar [1].

Si hemos de seguir al moderno cronista valenciano, los aragoneses establecidos allí después de la conquista, no pudieron resignarse á gobernar á sus nuevos vasallos con las leyes espartanas que regían en Valencia, pri-

1 Véase Boix en su *Historia de Valencia*, tomo I, págs. 235 y siguientes.

vándose por ellas de las grandes prerrogativas que gozaban en Aragón, y en especial de la potestad absoluta de vida y muerte sobre sus vasallos feudales; pero á este deseo, como acabamos de ver, se habían opuesto muchos, resultando de ello dos partidos poderosos que con sus choques ensangrentaron las fértiles llanuras de aquel hermoso reino. Por fin la *Unión* hubo de modificar su exigencia limitándola á la observancia de los fueros de Aragón en Valencia por los que, como aragoneses, quisiesen gobernarse según ellos; pero dice Boix que todos sus esfuerzos se estrellaron contra la tenacidad de los valencianos, quienes, sabedores de este negocio, no sólo no quisieron renunciar á la constitución de D. Jaime, sino que tuvieron también la satisfacción de ver á la mayor parte de los aragoneses residentes en Valencia sujetarse á ella con el más decidido entusiasmo. Y así concluyó esta guerra civil, conocida en las historias por la primera guerra de la *Unión*, según escribe el cronista citado.

De Zurita [1] se desprende, por el contrario, que la *Unión* triunfó, si no en todo, en gran parte, pues continúa aquel analista los nombres de los varios lugares que siguieron el fuero de Aragón y se gobernaron por él hasta tiempos modernos.

Arregladas las cosas de Valencia, se fué el rey á Zaragoza. Allí recibió el consejo que le dieron los *Unidos*, según cláusula del privilegio por él aprobado, y comenzó á dar sus órdenes y disposiciones para la guerra con Castilla, guerra aprobada en Cortes generales celebradas en Monzón. Permaneció el rey en Zaragoza hasta fines de Abril, y por este tiempo, junto con su protegido, y antes su prisionero, D. Alfonso de la Cerda, pasó á Calatayud, para cuya ciudad se había citado á los ri-

1 Lib. IV, cap. CVIII.

cos-hombres, caballeros, gente de armas y compañías de las ciudades y villas de estos reinos.

Cuentan que estando en ésta de Calatayud los dos Alfonsos, rey el uno de Aragón y el otro que intentaba serlo de Castilla, convinieron en un tratado que se mantuvo secreto, según el cual el aragonés se comprometía á apoyar con todo su poder al infante de la Cerda, y éste, en cambio del trono de Castilla que pensaba conquistar con su apoyo, ofrecía al rey de Aragón, conseguido su intento, darle el reino de Murcia con las ciudades de Murcia y Cartagena.

Firmado este convenio á 26 de Junio, apresuró el rey D. Alfonso la entrada de su hueste en Castilla, y al frente de ella con el pretendiente la Cerda pasó de Ariza á Monreal, y de este punto se puso sobre Morón, cuyo castillo se tomó por fuerza de armas, adelantando en seguida hasta Almazán para poner sitio á esta plaza.

Se dice que cuando el monarca aragonés penetró en Castilla, su rey D. Sancho *el Bravo* se hallaba en Bayona, á cuyo punto había ido para celebrar una conferencia con el rey de Francia y confirmar su alianza. En estas vistas renunció Felipe *el Hermoso* el derecho que creía tener á la sucesión de los reinos de Castilla, y confederados ambos reyes contra el aragonés, corrió D. Sancho á ponerse al frente de los castellanos haciendo cabalgadas por la parte de Tarazona, y dió Felipe órdenes para que los suyos penetraran también en Aragón por las fronteras de Navarra, lo cual hicieron apoderándose de Salvatierra.

Pareció entonces que la fortuna se empeñaba en contrariar á D. Alfonso y oponerle dificultades. Mientras se hallaba corriendo las tierras de Osma y Almazán, tuvo noticia cierta de que se disponían á entrar en Cataluña gentes del rey de Francia y del de Mallorca, y por lo mismo á mediados de Julio abandonó la campaña de

Castilla, dejándola al cuidado y dirección del pretendiente D. Alfonso de la Cerda y de D. Diego Lope de Haro. Apresuradamente llegó el rey á Zaragoza, y aquí tuvo nuevas alarmantes de lo que pasaba. No sólo Cataluña, sino también Mallorca estaba amenazada, pues el proyecto de D. Jaime era que parte de su hueste entrase á correr el Principado, mientras él se embarcaba con la otra y caía sobre Mallorca, en donde tenía secretas inteligencias.

Tuvo también noticia de que Gilaberto de Cruillas y Bernardo Guillén de Pinels, dos embajadores que despachara al Papa, habían sido presos en Narbona por mandato del vizconde Aymerico. Eran, pues, aquéllas unas duras circunstancias y una triste situación para el monarca aragonés, quien se veía acosado por todas partes y en lucha abierta con reyes poderosos.

Desde Zaragoza envió D. Alfonso á D. Jaime de Cabanyes, su secretario, al infante D. Pedro, su hermano, que parece estaba entonces de procurador general en Cataluña, con orden de que en cuanto supiese que el rey D. Jaime su tío quisiera pasar á Mallorca, se embarcase con la más gente posible y partiese á la defensa de las Baleares. Marchó con este mensaje el secretario y dispúsose á seguirle D. Alfonso, que efectivamente llegó en pos de él á Barcelona.

A poco de hallarse en esta ciudad recibió un cartel de desafío de D. Jaime de Mallorca, y he aquí con qué motivo. Mientras que el conde de Pallars había seguido siempre y con lealtad el partido del rey de Aragón, de quien era feudatario, el hermano de este conde, llamado Ramón Roger, fué uno de los más firmes partidarios de los reyes de Francia y de Mallorca. En 1289, sin embargo, Ramón Roger hizo paces con Alfonso de Aragón, y entonces D. Jaime le motejó de traidor enviándole á desafiar en singular combate á él y á su sobrino el

rey, ofreciendo batirse con ellos en Burdeos y á presencia del rey de Inglaterra.

D. Alfonso contestó á este cartel, que no se batiría con su tío D. Jaime por causa de Ramón Roger, pero que aceptaría sí, el combate, para sostener que era él, el rey de Mallorca, traidor y perjuro, pues había faltado á su palabra y á los deberes que le imponía el homenaje prestado á su padre; que por lo tocante á la elección de Burdeos como el lugar del combate, bien daba á entender con ello D. Jaime sus pocos deseos de batirse, pues demasiado sabía que dicha ciudad no podía ofrecerle á él más seguridad que la ofrecida á su padre en su lance con Carlos de Anjou; y que la designación del sitio donde podía efectuarse el desafío entre ambos reyes y entre Ramón Roger y otro caballero de su misma condición, la dejaba al arbitrio de Eduardo de Inglaterra, á quien aceptaba por juez.

Esta provocación no tuvo, sin embargo, consecuencias, ni jamás volvió á hablarse de este lance, sin duda porque el rey de Inglaterra, continuando su buena misión de conciliador, no quiso autorizar el combate en su presencia ó en sus estados.

Pero si no el desafío, tuvo lugar por lo menos la tercera entrada de D. Jaime en Cataluña, y nuevamente el Ampurdán vió talados y destruídos sus fértiles campos, cayendo algunas de sus villas en poder del invasor, el cual, como las otras veces, se retiró apresuradamente al tener noticia que D. Alfonso se dirigía contra él.

El rey de Aragón, con la hueste que de prisa había podido formar, se dirigió contra los estados de su tío, y se dice que, á excepción de los alrededores de Puigcerdá, de Livia y de Belver, entregó á las llamas y al saqueo toda la Cerdaña, el Capsir y el Conflent hasta Villafranca. «Jamás, escribe el anónimo de Ripoll, se

había oído hablar en nuestras comarcas de mayores desastres y devastaciones.»

Al retirarse D. Alfonso de aquel territorio, volvió D. Jaime á presentarse en esta parte de los Pirineos, y fué á poner sitio al castillo de Ribas; pero levantó el campo y de nuevo regresó á Perpiñán, cuando supo que el aragonés marchaba contra él.

También se habla de una excursión á las costas de Provenza que algunas naves catalanas llevaron á cabo por este mismo mes de Agosto ó de Setiembre, si bien de esta empresa no se tienen detalles ni noticias ciertas.

Seguro, finalmente, el rey de que por el pronto nada más pensaba intentar su tío, vínose á Barcelona, noticioso de que los más principales ricos-hombres y caballeros de Aragón y Cataluña andaban divididos en bandos, á causa de una discordia habida entre las familias de Entenza y de Moncada. D. Alfonso no vencía una contrariedad más que para tropezar inmediatamente en otra. Ardía el país en guerra, y en cruda guerra por cierto, pues eran poderosos los Entenzas y Moncadas, sus valedores muchos y sus recursos nada escasos. El rey comprendió que á toda costa era preciso acabar con aquellos bandos, pues traían funestísimas consecuencias al reino, y se trasladó á Alcolea, donde trató de concertarlos; pero no fué sin grandes trabajos y dificultades, que hacían mayores las complicaciones que á cada instante se le suscitaban en la marcha de su política exterior.

CAPÍTULO XLVI.

Coronación de Carlos II de Anjou.—Insta en vano por una tregua con Aragón.—Triunfos de D. Jaime en Calabria.—Defensa de Belvedere y San Gineto.—Sitio de Gaeta.—Tregua.—Roger de Lauria toma por asalto Tolometa.

(1289.)

No perdamos de vista á Sicilia, y veamos cuáles fueron los sucesos principales de que su historia nos da cuenta durante aquel año mismo de 1289, tan erizado de obstáculos y tropiezos para D. Alfonso de Aragón.

Luego que el príncipe de Salerno, Carlos II de Anjou, se vió en libertad por el tratado de Campfranch, pasó á Provenza, disponiéndose lo primero de todo á cumplir sus compromisos con el monarca aragonés, enviándole los caballeros que según pacto debían quedar aquí en rehenes, á más de sus tres citados hijos. En seguida se fué á Italia, y con grande alegría del partido guelfo, que en él recobraba á su caudillo, fué coronado en 19 de Junio [1] como rey de Sicilia, de los ducados de Pulla y Calabria y del Principado de Capua, recibiendo la corona de manos del Papa, á quien prestó homenaje por su reino.

Dicen historiadores muy autorizados, que el Pontífice de ninguna manera quiso consentir en la promesa hecha por el príncipe de Salerno á D. Jaime, hallándose aún prisionero en poder de éste, respecto á cederle la Sicilia, como tampoco en todo lo que referente á Sicilia se estipuló en los tratados con el rey de Aragón. Ab-

1 Amari, tomo II, pág. 25.—Zurita, lib. IV, cap. XCII, pone su coronación en 29 de Mayo.

solvió, pues, á Carlos de su juramento y le libró de él. Y éste era el Papa en quien tenía esperanzas D. Alfonso de Aragón, y de quien se decía que era algo gibelino y enemigo de la casa de Francia. Si era así, no lo demostraba aún, sino muy al contrario, pues Carlos de Anjou no pudo por el pronto conseguir nada de él respecto á la tregua, como nada pudo conseguir tampoco del rey de Francia y de Carlos de Valois.

D. Jaime de Sicilia había vuelto á renovar la guerra, poniéndose en persona al frente de su hueste, y pasando á Reggio con una armada de 40 naves mandada por Roger de Lauria, 400 caballos y 10.000 infantes. A mediados de Mayo avanzó por la costa occidental de Calabria, combinándose los movimientos del ejército terrestre con la marcha de la flota. Así ocuparon Sinopoli, Santa Cristina, Babalino, Seminara y otros lugares, sin que pudiera contenerles el conde de Artois, jefe de la hueste enemiga, la cual tuvo que pronunciarse en retirada.

Algunas fortalezas resistieron el ataque de los nuestros, entre ellas los castillos de Belvedere y San Gineto, sostenidos entrambos por Roger de San Gineto y asegurados por su fuerte posición, el valor de su castellano y también por el de su esposa, á la cual se vió sobre los muros de San Gineto animando á la guarnición y rechazando entre los guerreros el asalto de la hueste de D. Jaime. Este, dejando Belvedere, estrechó duramente la otra fortaleza, impaciente por seguir el curso de sus victorias y airado contra Roger, de quien se dice que, habiendo caído prisionero cierta vez en una de las frecuentes escaramuzas de Calabria, había prometido entregar el castillo dejando en rehenes á sus dos hijos, negándose luego al pacto y defendiéndose con valor y resolución.

Este incidente dió lugar á un hecho que merece con-

signarse en estas páginas. El castillo estaba próximo á rendirse por falta de agua, cuando el cielo se oscureció haciendo concebir á los sitiados la esperanza de una salvadora lluvia. Reanimáronse entonces, y tomando la ofensiva comenzaron á jugar sus máquinas, dirigiendo sus disparos contra la tienda del rey D. Jaime. El almirante Lauria, irritado con esto y dejándose llevar de su ira y de su enojo, mandó con remos levantar un palco ó tablado ante la tienda real y colocar en él á los dos hijos de Roger de San Gineto, habiendo antes hecho avisar á éste. O tenía que suspender el gobernador del castillo sus disparos contra la tienda de D. Jaime, ó se exponía á que fueran víctimas sus hijos, cuyos infelices cuerpos servían á aquélla de escudo. Hay quien escribe que el gobernador, con entereza heróica y haciéndose sordo á los gritos de la sangre, mandó esforzadamente que la máquina siguiese su ejercicio, y que entonces uno de los dos jóvenes cayó á la violencia de un tiro que le dividió en dos partes la cabeza. Otros cuentan que sobrevino en aquellos instantes una fiera tempestad, y que entre el rebramar del viento y la furia del aguacero se hundió el tablado, cayendo un remo sobre la cabeza del mayor de los jóvenes y matándole en el acto. De todos modos, es lo cierto que D. Jaime mandó el cadáver del uno á sus infelices padres y puso en libertad al otro, levantando el asedio del castillo, al cual aquella tempestad había procurado el agua de que estaba falto, poniéndole por esta causa en disposición de resistir mucho más tiempo.

D. Jaime se embarcó con su hueste, y después de haber tocado la escuadra en varios puntos de la costa, se presentó á últimos de Junio ante la plaza de Gaeta, en cuyo seno contaba con un partido favorable. Sin embargo, el bando gibelino de Gaeta era corto en número y no se atrevió á demostrar sus intentos, mayormente

cuando el partido guelfo acababa de cobrar gran ánimo con la llegada de Carlos de Anjou á Nápoles. Contra lo que se creía, Gaeta se dispuso á ofrecer una fuerte resistencia. Sitióla D. Jaime, pero no tardó en verse sitiado á su vez, pues acudió el ejército cruzado contra el siciliano y hallóse éste entre la plaza y el enemigo, que iba aumentando sus filas cada día. Una batalla era inevitable en esta situación, y de ella iba á depender, como se ha dicho, el destino de Nápoles y de Sicilia.

El rey de Inglaterra fué quien evitó el conflicto. Continuando su noble misión de pacificador, envió una embajada al Papa, algo dura según parece, por Odón de Grandisson, diciéndole que hora era ya de que cesase aquella lucha sangrienta que con horror y con escándalo veía la cristiandad; pues de no, pronto se atraería la Santa Sede las iras de todos los príncipes cristianos. Humillóse Nicolás á tal fuerza de verdad, escribe Amari, y expidió un mensaje al rey Carlos, que llegó el 18 de Agosto al campamento de Gaeta, persuadiéndole á asentar treguas. Fueron y vinieron embajadores del uno al otro campo, y después de muchas deliberaciones, se concertó una suspensión de armas por dos años, con no poco descontento de parte de los barones del rey de Nápoles, que, siendo aquella vez 10 contra uno, esperaban por fin vengarse de tantas derrotas como habían sufrido.

Según los pactos que se estipularon, Carlos de Anjou levantó primero el campo y tres días después lo efectuó D. Jaime, embarcándose éste con toda su gente el penúltimo día de Agosto y llegando á Mesina el 7 de Setiembre.

La tregua, que debía durar hasta 1.º de Noviembre de 1291, no fué del todo observada; pues como continuaron las huestes con las armas en la mano, ora por codicia, ora por represalias, ora por no poder refrenar

á los almogavares, prosiguieron las jornadas por el mar y los asaltos dados á algunas fortalezas de las costas.

Las armas sicilianas y catalanas aprovecharon las treguas para conquistar gloria en Levante. Roger de Lauria, que no daba huelga á la gente de mar, marchó con su flota á las costas de África, llevándose á aquel Margano, príncipe de árabes hecho antes prisionero, á fin de rescatarlo. En esta excursión corrió las costas africanas y tomó por asalto la ciudad de Tolometa, en cuya jornada debió portarse bizarramente el catalán Beltrán de Canyellas, cuando lo citan las crónicas con particulares elogios.

Regresó el de Lauria á Mesina, y poco tiempo después se dispuso otra escuadra para marchar en auxilio de Acre, de cuyo punto había llegado en demanda de socorro Juan de Greilly, aquel senescal de Eduardo de Inglaterra, que tan hidalgamente se portó con D. Pedro de Aragón. Las crónicas sicilianas escriben que el Papa mandó á D. Jaime de Sicilia un fraile llamado Ramón, haciéndole esperar que hallaría propicia á la Santa Sede si enviaba una flota en socorro de Acre, á lo cual Don Jaime contestó que, reconocido rey de Sicilia, con tregua por cinco años y ayuda de dinero, pasaría á Tierra Santa con 300 caballos, 10.000 infantes y 30 galeras; añadiendo á esto el almirante Roger, que él por su parte, y á sus expensas, daría para la empresa 10 galeras, 100 jinetes y 2.000 infantes. No quiso el Papa aceptar las condiciones, y por esto D. Jaime sólo envió 7 galeras en auxilio de Acre, lo cual hizo, según parece, á instancias del de Greilly. De todos modos, es un hecho que allí fué una flota siciliana á combatir por la causa de la fe y á ganar lauros para la Iglesia, que con tanto encarnizamiento perseguía, sin embargo, á su país, haciendo llover sobre él uno tras otro los anatemas.

CAPÍTULO XLVII.

Berenguer de Montoliu vicealmirante.—Conferencias en Perpiñán para tratar de la paz.—Renuévase la guerra.—Entrevista de los reyes de Aragón y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Paz entre los reyes de Aragón y Francia y el Papa.—Nueva entrevista del rey de Aragón con el de Nápoles.—Muerte de D. Alfonso.

(1290 Y 1291 HASTA 18 DE JUNIO.)

Hállase en las memorias de este tiempo, que al principiar el año 1290 estaba D. Alfonso en Tarragona disponiendo una armada de 12 galeras y otros navíos de remos, cuyo mando confió al vicealmirante Berenguer de Montoliu, que era hombre muy práctico en cosas de mar. Esto indica que se hacían preparativos para la guerra y que no descuidaba nuestro monarca los armamentos, mientras trabajaban la política y la diplomacia para el arreglo de la paz.

Carlos de Anjou no había cumplido su palabra de constituirse en prisión al terminar el año, á pesar de que hizo alarde de llegar hasta los Pirineos; pero se volvió á Perpiñán y se limitó á dejar en esta ciudad al prior de San Gilles, de la orden de San Juan de Jerusalén; á Guillermo de Villaret, y á un letrado que tenía por nombre Bartolomé de Capua, enviando á decir al rey de Aragón que si él no se presentaba, quedaban allí personas de su consejo para continuar las negociaciones de paz. Eduardo de Inglaterra, incansable en su papel de mediador, consiguió que los reyes de Francia, Aragón y Mallorca enviaran sus plenipotenciarios á Perpiñán, donde había pensado que se celebrase una asamblea para tratar de la paz.

Por parte del rey de Francia vinieron Raimundo de Montferrier, caballero, y maese Pedro Raimundo, juez de Carcasona; el rey de Mallorca envió cinco ministros, entre los cuales se hallaba Jaime de Bernis, profesor en uno y otro derecho, y su lugarteniente en Montpeller; el rey de Aragón debió enviar sin duda á Galcerán de Miralles, Bernardo de Fonollar, Guillermo Aymerich y Guillermo Jaffert, á quienes hallo que por aquel tiempo se dió poder para firmar y concluir la paz. Reuniéronse estos plenipotenciarios en Perpiñán por el mes de Febrero de 1290; pero no habiendo podido convenirse y entenderse, se renovó la guerra por las fronteras de Cataluña y Rosellón.

Sin embargo, no tardaron en reanudarse las negociaciones, á instancia esta vez del Papa, que envió á Francia por el mes de Marzo dos cardenales, y que propuso se efectuase una entrevista entre el rey de Aragón y Carlos de Anjou. Esta tuvo lugar entre Panisars y la Junquera, y pactóse en ella una nueva tregua.

Refiérese que aprovechó el rey esta tregua para celebrar Cortes en Barcelona, al objeto de buscar medios de concordia con la Iglesia y con la casa de Francia, acordándose que fuesen nombrados doce embajadores, cuyo número lo compusieron dos barones, cuatro caballeros, dos letrados en derecho civil, dos ciudadanos de Barcelona y otros dos por las villas del Principado. Estos habían de asistir á una asamblea ó conferencia que debía efectuarse en Tarascón para acordar definitivamente la paz. Zurita dice que de esta embajada formaban parte Hugo de Mataplana, obispo de Zaragoza; Ramón de Anglesola, Berenguer de Puigvert, Guillén Lunfort y Bernardo Guillén de Pinells, que era un famoso letrado. Muntaner habla de un Aymón de Castell Aulí, á cuyas enérgicas y caballerescas réplicas dice que se debe el buen resultado de las conferencias de Tarascón; pero

es lo cierto que Muntaner llama buen resultado y honra y ventaja para la casa de Aragón, á lo que no fué sino mal resultado y deshonra y desventaja.

La paz de Tarascón, celebrada en Febrero de 1291, fué humillante para el monarca aragonés. D. Alfonso se comprometía primeramente á enviar una embajada al Papa para prestar en sus manos juramento de ser obediente á sus mandatos, y pedirle perdón y misericordia por si en algo había ofendido á la Sede apostólica; el Papa revocaba la donación hecha por uno de sus antecesores de los reinos y corona de Aragón á Carlos de Valois, levantando las censuras que pesaban sobre estos reinos, y reconociendo á D. Alfonso por hijo y devoto de la Iglesia: D. Alfonso se comprometía á pagar á la romana Sede el tantas veces disputado tributo de las 30 onzas de oro con todos los atrasos desde el tiempo de D. Pedro *el Católico:* el reino de Mallorca quedaba obligado y sujeto al directo señorío de los reyes de Aragón, pero á condición de proveer D. Alfonso al hijo primogénito del rey D. Jaime, para su estado, de la suma que le pareciese: D. Alfonso se comprometió, además, á hacer cuanto estuviese de su parte, á fin de que sus súbditos se saliesen del reino de Sicilia, la Calabria y la Pulla, amenazándoles con la pérdida de bienes y honores, á procurar que su madre y sus hermanos no insistiesen en poseer la Sicilia ni la Calabria á despecho de Roma; á trasladarse á Roma á fines de aquel año 1291 para rendir homenaje y servicio al Papa, seguido en esta expedición de 5.000 infantes y 200 caballos; á emprender dentro de un año una jornada á la Tierra Santa, y de vuelta de ella pasar en persona á Sicilia para compeler por las armas y despojar á los miembros de su familia; y finalmente, á poner en libertad á los hijos del rey de Nápoles y demás rehenes que tenía en su poder. También se añadió por los legados del Papa la cláusu-

la de que D. Alfonso hubiese de firmar la paz ó convenir en una tregua con D. Sancho de Castilla. En cambio de todo esto, el Papa, á más de lo dicho, debía enviar un legado á estos reinos, para con toda solemnidad alzar la excomunión que pesaba sobre ellos, y dar permiso para el enlace de D. Alfonso con la hija del rey de Inglaterra. Carlos II de Anjou, por su parte, se comprometió á dar á Carlos de Valois la mano de su hija Margarita con el condado de Anjou y del Maine, á fin de que renunciara á la investidura de los reinos de Aragón.

Esta es la paz que no hubieran firmado, de seguro, ni D. Jaime *el Conquistador* ni D. Pedro *el Grande;* ésta la paz por la cual D. Alfonso abandonaba vergonzosamente los derechos que su familia tenía al trono de Sicilia; ésta la *trágica* paz, como felizmente la ha llamado un historiador, por la que un hijo se comprometia á arrojar de Sicilia á su madre y á sus hermanos, y á entregar atado de pies y manos en poder de sus enemigos á un pueblo enérgico como el de Sicilia, que tanto y con tanto valor y heroismo había sabido pelear por su independencia; ésta, finalmente, la paz por la que, y por lo *muy honrosa*, dice Muntaner que se celebraron públicos y solemnes regocijos en Barcelona, si bien hubieron de ser en todo caso regocijos y fiestas, entre cuyo estrépito y alegría más de una vez debió el rubor enrojecer la frente de D. Alfonso, y más de una vez debió temer éste que se le presentase la airada sombra de su padre á demandarle estrecha cuenta de sus actos.

La historia ha juzgado severamente á D. Alfonso por este tratado de paz, sin que baste á sincerarle el argumento de que le obligó á ello el no considerarse bastante fuerte para hacer frente á un tiempo á la Francia, á las disensiones intestinas movidas en sus estados por los ricos-hombres celosos de la conservación de sus fueros y privilegios, al rompimiento que amenazaba de

parte de Castilla y al temor de sucumbir si trataba de apoyar á Sicilia contra las fuerzas de Nápoles, del Papa y del partido guelfo.

De todos modos, ya un autor respetable [1] ha hecho notar que no debía D. Alfonso estar tan satisfecho de haber firmado la paz, como podría uno creerlo, dice, al leer al cronista Muntaner, cuando escribió á su madre excusándose de haberla aceptado, y diciéndole que no la hubiera hecho si le dieran vagar las turbaciones de sus estados, la falta de recursos y la imposibilidad en que se encontraba de poder continuar la guerra, y de ser útil de otro modo á su hermano el rey de Sicilia, añadiendo que no creía haber faltado con éste, cuando él le había dado por libre de sus mutuos tratos y alianzas.

Un artículo del tratado de paz estipulaba que los reyes de Aragón y de Nápoles, á fin de mejor cimentar entre ellos la buena armonía, celebrarían una entrevista en las fronteras de Rosellón. Esta entrevista, nos dice Henry, tuvo lugar en lo alto de la colina que domina los collados de Panisars y del Pertús, conocida entonces por *Puy* ó *Puig de la atalaya*, hoy colina de Bellagarde, donde estaban los restos de la torre de Pompeyo. Ambos reyes se dirigieron al sitio designado el 7 de Abril á las nueve de la mañana, llevando cada uno por compañía ó guardia 12 caballeros armados sólo con espada, y otras 6 personas escogidas entre prelados, barones y hombres de ciencia de sus respectivas cortes. Diez caballeros habían sido apostados por una y otra parte en la cumbre de los vecinos montes, á fin de asegurarse de que durante la conferencia no vendría gente de armas por uno y otro lado, vigilando los unos las avenidas de Cataluña y los otros las de Rosellón.

En esta entrevista, Carlos II de Anjou solicitó la

1 Ortiz de la Vega, lib. VII, cap. VI.

gracia del rey de Mallorca, presente á la conferencia; pero D. Alfonso manifestó que nada podía decidir en este asunto sin consentimiento de las Cortes de su reino. Fuera de esto, la paz quedó ratificada entre ambos monarcas, separándose amigos y aliados.

Como si fuese un castigo providencial por la deshonra de semejante tratado, D. Alfonso espiró dos meses después de esta entrevista, hallándose en la flor de la juventud y de sus esperanzas. Retirándose á Barcelona, trató de celebrar su matrimonio con Leonor de Inglaterra, á lo cual ya no se oponía ningún obstáculo. Al efecto, envió al rey Eduardo una embajada á fin de cobrar el dinero que se le prometiera en dote. Esta embajada, que la componían Berenguer de Belvis, sacrista de Visch; Juan Zapata, justicia de Aragón, y Guillén Durfort, salió de Barcelona á principios del mes Mayo, y á 20 del mismo partía también de esta ciudad el vizconde de Cardona, Ramón Folch, con una lucida escolta de caballeros para acompañar á la reina desde la raya de Gascuña.

Mientras tanto, D. Alfonso se quedó en Barcelona disponiendo los festejos con que se había de conmemorar la llegada de su esposa, y en ello y en regocijos de cañas, justas y torneos se ocupaba, cuando vino á sorprenderle inopinadamente la muerte. Dicen que falleció de una landre que le salió en el muslo, y fué su muerte en la noche del 17 al 18 de Junio de 1291.

Por haber fallecido antes de su matrimonio con Leonor de Inglaterra, muchos escritores le han declarado célibe, excluyendo por lo mismo del catálogo de reinas de Aragón á la citada Doña Leonor, que como esposa continúa, sin embargo, Bofarull en sus *Condes Vindicados*.

El mismo autor dice que, pocas horas antes de su temprana é inesperada muerte, otorgó dos codicilos en

que, ratificando el testamento que había ordenado á 2 de Marzo de 1287 llamando á la sucesión de los estados de Aragón á su hermano D. Jaime, rey de Sicilia, y á los de esta isla al otro hermano D. Federico, según su padre había dispuesto, declaró sus amores con Doña Dulce, hija del difunto D. Bernardo de Caldes, ciudadano de Barcelona, y la recomendó eficazmente á su sucesor con el póstumo que dejaba en esta señora para que le criase y educase honoríficamente [1].

D. Alfonso, á tenor de lo por él mismo dispuesto, fué enterrado en la iglesia de frailes menores de Barcelona. En la misma iglesia, y cerca de su sepulcro, debía ser depositado diez años más tarde el cadáver de su madre Doña Constanza.

Tal fué el fin de D. Alfonso III de Aragón, llamado generalmente *el Liberal* y por algunos *el Franco*. Varios historiadores han maldecido su memoria por el tratado de paz, cuyo recuerdo ocasionó su muerte más que la landre que le apareció en el muslo, ya que un laborioso investigador de antiguas memorias ha dicho que desde el momento que hubo firmado la paz se sintió dominado por una tristeza tanto más profunda cuanto más procuraba encubrirla y darle apariencias de alegría. Algo de esto hubo de haber en él y algo debió torturarle el remordimiento, cuando, como acabamos de ver, dejó en sus últimos instantes los dominios de Aragón á su hermano D. Jaime, disponiendo que éste cediese la Sicilia, no á la Iglesia Romana, como deseaba

1 Bofarull (D. Próspero), tomo II, pág. 250. Los codicilos y el testamento citados por este autor, existen en el archivo de la *Corona de Aragón* con los núms. 443 y 290 de pergaminos relativos á este reinado. El codicilo citado prueba otro de los muchos errores de Muntaner, quien en su cap. CLXXIV dice que D. Alfonso *sen aná verge* de este mundo.

el Papa, sino al infante de Aragón D. Federico, tercer hijo de D. Pedro *el Grande*.

La paz quedaba, pues, rota con el fallecimiento del aragonés. Iba á sucederle D. Jaime, y la Sicilia, que había lanzado un grito de dolor al tener noticia del tratado, sintióse reanimada por la esperanza; esperanza que, sin embargo, también desgraciadamente había de dejar fallida aquel D. Jaime que la corona de Aragón se disponía á recibir con gran júbilo, creyéndole heredero, al par que del nombre, de la magnanimidad y gloria de su abuelo *el Conquistador*.

CAPÍTULO XLVIII.

Letras y lengua catalanas.—Universidad de Montpeller.—Protección de D. Jaime *el Conquistador* á las letras.—Escritores.—Jurisconsultos.—Teólogos.—Historiadores.—Concilios.—De Lérida.—De Tarazona.—De Tarragona.—Esplendor y acrecentamiento de las poblaciones.—Barcelona.—Tarragona.—Reus.—Lérida.—Privilegio concedido por D. Jaime á los judíos de Lérida.—Vich.—Manresa.—Sabadell.—Perpiñán. Portvendres. Colibre.—Espíritu del gobierno de Cataluña.—Elementos del gobierno de los catalanes.—Equilibrio de los poderes.—Los tres Brazos.—Brazo eclesiástico.—Brazo militar.—Brazo real.—Modo de reunir las Cortes.—Sus tendencias liberales y descentralizadoras.—Emancipación de las municipalidades.—Los reyes no eran reconocidos en Cataluña hasta después de haber jurado guardar las constituciones.—Cataluña celebrada por los reyes.—Las Cortes de Cataluña —Recuerdos de las primeras Cortes.—D. Jaime I afirma el sistema parlamentario.—Este da un gran paso en tiempo de Pedro *el Grande*.—Organización de las Cortes: su espíritu, su influjo, su poder.—Las Cortes podían cambiar el rey.—Juramento del rey.—Independencia y lealtad de los diputados.—La ley era el verdadero rey en Cataluña.—Todo lo que se hacía en perjuicio de las leyes era nulo.—Fórmula de la sanción que el rey daba á las Cortes.—La diputación ó general de Cataluña.—El consejo de ciento.—Los concelleres de Barcelona.—Marina.—Comercio, industria y artes.—Industria lanera en Olot.—Paños barceloneses.—Paños de Lérida y otros

puntos.—Privilegios á favor de los comerciantes catalanes.—Cónsules catalanes.—Industrias de Perpiñán.—Industrias de Lérida.—Industrias y oficios agremiados.—Costumbres y usos.—Relajación de costumbres.—Repudios.—Desmoralización.—Burdeles.—Leyes contra los clérigos viciosos.—Matrimonios clandestinos.—Leyes suntuarias.—Joyas de la reina Constanza.—Diversiones.—Juegos de azar.—Instrumentos músicos.—Judíos.—Esclavos.—Monumentos.—San Francisco de Asís.—Convento de Santa Catalina.—Nuestra Señora de las Mercedes.—San Cucufate.—Nuestra Señora de Valldoncella.—San Juan.—Santa Clara.—Santa María de Junqueras.—Nuestra Señora del Carmen.—Convento de Avingaña.—San Jorge de Aljama.—Catedral de Lérida.—Catedral de Tarragona.—Monumentos de Mallorca.

(SIGLO XIII.)

Ya en este siglo es muy importante la historia de las letras y lengua catalanas, de que sólo rápida mención puede hacerse en este lugar, pues esto debiera ser objeto de estudio y trabajo especial. Sirvan éstos, que sólo pueden llamarse ligeros apuntes, para aquéllos que no hayan tenido ocasión de examinar las obras especiales, y á cuyas manos no es fácil que vayan á parar ciertos libros que, sea por su coste, sea por su escasez, son todavía patrimonio exclusivo de las bibliotecas y de los eruditos.

Desde principios de este siglo la lengua catalana se presenta ya con brío y con energía, dispuesta á disputar su cetro al latín, que parecía ser, y era en efecto, la lengua oficial de los sabios y literatos. Desde principios de este siglo la lengua catalana se había pulido mucho, y su literatura era ya más amena y rica que en los siglos anteriores. Por esto se ve que en esta época el lenguaje se presenta más culto, la dicción más castiza, la frase más dulce y cadenciosa y el estilo de los escritores y poetas mucho más esmerado. Resultado natural, dice un autor, de la ley invariable del progreso [1].

1 Pers: *Historia de la lengua y literatura catalanas*, pág. 93.

Las letras y las ciencias comenzaron á verse abiertamente protegidas, como lo eran los trovadores, y para gloria de aquellos tiempos se inauguraron en nuestros reinos escuelas y universidades. La famosa universidad de Montpeller data de principios del siglo XIII, es decir, de la época en que estuvo bajo el dominio de nuestros condes-reyes. Desde el siglo anterior se enseñaba en Montpeller la medicina, pero imperfectamente, y en 1220 fué cuando la facultad de medicina de aquella villa obtuvo el título de universidad y se la distinguió de las otras tres facultades que en ella se enseñaron de entonces más: la teología escolástica, el derecho canónico y civil y las artes liberales. También se estableció desde entonces cátedra de gramática [1].

D. Jaime *el Conquistador*, como escritor que fué, protegió mucho las letras y las ciencias. No era sólo gran amigo de los trovadores de su época, á quienes dispensaba particular y esencial apoyo [2], sino que era celoso protector de los estudios y fundador y mantenedor de escuelas, donde la juventud ávida de saber, pudiese ir á buscar el derecho á un porvenir y á una posición social que hasta entonces sólo habían acostumbrado dar las armas.

Por él, por este rey, cuya figura gigantesca descuella sobre todas las de nuestros reyes, como se dice que con su talla dominaba á todos los hombres de su época; por él, Guillermo Seguier fué profesor de derecho civil en la universidad de Montpeller, á pesar de que el obispo de Magalona, que pretendía tener sólo el derecho de nombrar á los catedráticos, se opuso y excomulgó al profesor y á cuantos asistiesen á sus lecciones [3]; por él, tuvo la misma universidad el privilegio que en 1282 re-

1 J. A. Dumas: *Anales de Montpeller*.—*Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 533.

2 Véase para más detalles mi obra *Los Trovadores*.

3 *Historia del Languedoc*, tomo III, pág. 513.

novó D. Jaime de Mallorca, «solícito de seguir las huellas de sus predecesores, y establecer, conservar y aumentar el estudio de la medicina en esta universidad, la cual se había hecho célebre en todo el mundo [1];» por él, y á instancias de San Raimundo de Peñafort, tuvo Cataluña escuelas y academias de hebreo [2]; por él, tuvo Lérida aquélla que fué más tarde su famosa universidad [3]; por él, comenzó Perpiñán á ver florecer sus estudios, que Pedro *el Ceremonioso* convirtió en universidad por los años de 1349 [4]; por él, tuvo también estudios la bella Valencia; por él, en fin, la civilización dió un gran paso en estos reinos, como lo dieron las instituciones civiles, como lo dieron asimismo las armas y la gloria militar.

De él, sin embargo, tiene que lamentarse, en medio de lo mucho que debe agradecerle, la lengua catalana. A principios de su reinado, dió D. Jaime un paso contrario á la ilustración y progreso promulgando una pragmática por la que se prohibía á los legos la lectura de la *Santa Biblia*, que acababa de traducirse al catalán para su uso, y hubiera contribuído á robustecer la lengua y formar la literatura del país [5]. Pero hay que tener en cuenta que el rey era todavía un niño en aquella época, y que interesaba á sus consejeros que el vulgo no le acusase de hereje albigense. En cambio, después escribió su historia en catalán, dotando de una rica joya la literatura patria, y quiso hacer del catalán el idioma nacional.

Gracias en parte á este rey gigante, que atendió á

1 *Historia del Languedoc*, tomo IV, págs. 37 y 38.

2 Feliu de la Peña, tomo II, pág. 60.

3 Torres Amat: *Diccionario de escritores catalanes*, pág. 320.—Otros dicen que la fundó Jaime II en 1300.

4 P. Tastú: *Notice sur Perpignan*, fol. 31.

5 Ticknor (traducción de G. y V.), tomo I, pág. 340.

todo y todo lo impulsó con su benéfica influencia, la ilustración y la civilización dieron un gran paso en Cataluña durante este siglo. La jurisprudencia hizo grandes progresos, lo propio que la medicina; la poesía contó con notables y famosos trovadores, entre los cuales no desdeñaban de mezclarse los reyes y los príncipes; la música y el canto comenzaban á querer reclamar un sitio distinguido; la caligrafía se fué haciendo más clara y principió á usar la puntuación; el uso de las cifras árabes se generalizó; la escritura lapidaria se fué regularizando; las artes del buril y del dibujo tomaron un gran vuelo; los manuscritos se embellecieron con elegantes miniaturas, y la lengua catalana fué ganando terreno de tal modo, que el latín se vió bien pronto por ella relegado á la Iglesia y á los bufetes de escribanos. Los reyes y su cancillería, como ha dicho un escritor rosellonés, hablaban ya la lengua del pueblo.

«En el reinado de D. Jaime I, ha dicho Pers en su *Historia de la lengua y literatura catalanas*, el estudio de la lengua catalana fué muy general, pues ante los tribunales y en todos los actos públicos se escribía en este idioma. No sólo se hizo popular en toda la monarquía, sino que recibió con el uso aquella propiedad en los vocablos, corrección y elegancia en la frase, que sólo es dado alcanzar á una lengua regular y perfecta. Desde entonces la lengua catalana reemplazó con ventaja á la latina, la cual cada día era más descuidada. Desde entonces la lengua catalana fué la única que hablaban no sólo los habitantes de diversas provincias sometidas á la corona de Aragón, sino aun los estados vecinos, con los cuales la guerra ó el comercio habían establecido íntimas relaciones.»

Como muestras del catalán de este siglo y del adelanto de los poetas y trovadores, basta hojear las muchas obras y documentos que nos quedan.

En una carta del rey D. Jaime *el Conquistador* á la ciudad de Barcelona encargándola escoger hombres y familias honradas entre sus naturales para ir á poblar y establecerse en el reino de Valencia, fechada á 6 de las kalendas de Diciembre de 1270, se lee:

«On Nos vos deim, eus pregam, que vos altres que triets en vostra Ciutat aquels homens qui sien de valor, é qui no hajen heretats on pusquen vivir complidament en vostre habitatge; é si son dos ó tres frares, é la un es heretat els altres no, volem aquels qui heretats no son, heretar en aquest Regne que Deus nos ha donat; é volem que eligiats entre vos dos prohomens, qui conosquen los locs é les terres que Nos los mostrarem, é per tal volem Nos assó quen pusquen dir fe é veritat á vosaltres, é que sien homens conexens, que desta cosa vos sapien dir certanitat, etc.»

Ténganse presentes también los diversos fragmentos de las crónicas de D. Jaime, Desclot y Muntaner insertos en las notas de esta obra, si bien la crónica del último pertenece ya á principios del siglo XIV. La importancia de las dos primeras, queda ya demostrada en el curso de esta obra. También, por lo que toca á la de Desclot, el lector hallará en los apéndices á este libro dos bellos fragmentos.

Véase al propio tiempo como muestra, el principio de una traducción de la Biblia, conforme consta en las actas de una asamblea eclesiástica que se celebró en Perpiñán por Febrero de 1234:

«En lo principe creá Deu lo cel é la terra, é la terra era vana y vuyda, é les tenebres eran sobre la fas del abis, é lesprit de Deu era portat sobre las ayguas. E dix Deu, sia feta la lum, é la lum fu feta. E viu eu que la lum seria bona. E departi la lum de las tenebres, é apellá la lum dia é las tenebres nit.»

ESCRITORES.

No es ya posible seguir la forma establecida en los capítulos anteriores. Los escritores abundan ya en este siglo como en los que le siguieron, y tendré que limitarme de aquí en adelante á dar noticia de los que más se señalaron y sobresalieron en los respectivos ramos del saber humano.

La nacionalidad catalana fué fecunda en trovadores, cuya última época se considera ser este siglo XIII, citándose generalmente como de los postreros al gran *Ramón Lull* (1235-1315), cuya vida es todo un poema, habiendo sido este hombre, verdaderamente eminente, uno de los más altos y más esclarecidos ingenios de su siglo.

Hugo de Mataplana pertenece á los trovadores que florecieron á principios de este siglo, y se cree fundadamente que murió en la batalla de Muret. Quedan suyas varias poesías (V. Milá: *Trovadores*), y se dice de él que daba ricas fiestas en su castillo de Mataplana, siendo tal su fama que se le escogía como juez en materias galantes por personas de lejanas comarcas.

También es de principios del mismo siglo *Ramón Vidal de Besalú*. De Bezaudún le llaman algunos; pero está probado que era natural de Besalú, en la provincia de Gerona. Corrió varias cortes y escribió bellas canciones, siendo su género predilecto el narrativo.

Se coloca entre los trovadores á Pedro *el Católico*, y de su época es un caballero aragonés ó catalán, cuyo nombre se ignora, pero á quien se considera autor de una lindísima poesía conocida generalmente con el título de *La Golondrina*. Es un diálogo entre una de estas aves y el trovador.

«Golondrina, dice el poeta, me enojas con tu canto.

¿Qué quieres de mí? ¿qué buscas? ¿por qué no me dejas dormir en paz, ya que no he dormido desde que salí de Monda y ya que no me traes ningún mensaje de mi dama Esperanza?—Señor caballero, contesta la golondrina, vengo á veros de parte de mi señora, que se duele de no ser ave como yo para volar á vuestro lado.» El caballero pide entonces perdón á la golondrina por haberla ofendido con su lenguaje brusco, y le dice que se ve obligado á seguir al rey á Tolosa, donde combatirá por su rey y por su dama. La golondrina se retira después de haber deseado al trovador toda clase de felicidades. Es una composición bellísima que revela un poeta.

Milá copia muestras de varios trovadores de esta época pertenecientes á nuestros reinos, y muy particularmente á Cataluña. Deben citarse como los más notables *Arnaldo el Catalán*, que vivió en tiempo de Jaime *el Conquistador; Guillermo de Cervera*, de la misma época; *Guillermo de Mur y Olivier*, llamado *el Templario*, que figuraron en la corte del mismo D. Jaime; *Serveri de Gerona*, que es ya de la época de D. Pedro *el Grande* y que fué fecundísimo poeta; el mismo *D. Pedro*, de quien ya se ha copiado en otro lugar el principio de su poesía al juglar ó trovador *Salvatge; el conde de Foix*, del cual existe una canción bélica en contestación á la de D. Pedro; *Amaneu* ó *Amadeo des Escás* (natural de la Seu de Urgel), que alcanzó la época de D. Jaime II; *Fadrique*, el hijo tercero de D. Pedro *el Grande*, que fué luego rey de Sicilia; el conde *Pons Hugo III de Ampurias* (que Milá llama Pons Hugo IV); y por fin, el *Ramón Berenguer, conde de Provenza*, de que ya se ha hablado en otro lugar de esta obra.

Algunos autores colocan entre los poetas de este siglo á un *Jordi del Rey*, pero se le confunde visiblemente con el *Jordi de Sant Jordi* del siglo xv, conforme tendré ocasión de hacer observar más adelante. También

ponen en esta época á *Jaime Febrer*, el de las trovas, porque entre las que se le atribuyen se lee la siguiente:

Trobantse en Mallorca lo meu pare amat
Servint á son rey que 'l feu veedor
Del seu exercit, é d' allí ha passat
Servint en Valencia é en ella fui nat
Traenme de pila lo rey vencedor.

El lenguaje de estos versos revela, sin embargo, una época más reciente, como más adelante hallaremos también ocasión de examinar.

Entre los jurisconsultos célebres de este siglo figuran en primera línea, *Vidal de Canyellas*, catalán, obispo de Huesca, de quien dice Zurita que fué el legista más eminente que hubo en el reino de Aragón; *Guillermo Botet*, ciudadano de Lérida, y *Alberto de Alabanya*, valenciano, que fué uno de los consejeros de D. Jaime *el Conquistador*.

Como teólogos hay que citar, entre muchos, á *San Raimundo de Peñafort*, escritor y orador insigne; á *Ramón de Anglesola*, obispo de Vich en 1264; al catalán *Ferrario* ó *Ferrer*, que fué prior de un convento de Carcasona en 1252; á *Raimundo Martí*, religioso dominico, y al carmelita *Rimo*, rosellonés, que escribió sobre los salmos, y cuya existencia nos es conocida por el escritor Bosch.

En cuanto á historiadores, ya se ha hablado de los más notables. Debe necesariamente ponerse en primer término al caballero *Bernardo Desclot* ó *de Sclot*, de cuya crónica son pocas cuantas alabanzas se hagan. El *rey D. Jaime* es también una gran figura como historiador y literato. A más de su crónica, historia ó comentarios, que con todos estos títulos se ha llamado á su obra, se le atribuyen otros libros, entre ellos *Lo llibre de la sabiesa*, que contiene una gran copia de sentencias mora-

les de los filósofos más antiguos, como Sócrates, Aristóteles, etc. Existen de esta obra uno ó dos ejemplares manuscritos en la biblioteca del Escorial. Por lo que toca á su crónica, esta es la ocasión de decir que se ha querido negar que fuese suya. A principios de este nuestro siglo, Villaroya escribió un libro en el que trató de demostrar que D. Jaime no es el autor; pero sus razones son realmente de poco peso y no convencen. La legitimidad de la obra de D. Jaime no puede ponerse en duda. El manuscrito, original del mismo rey y todo de su puño y letra, existía en la biblioteca de Poblet, de donde se lo llevó á Francia el famoso Marca, el mismo que se llevó también los manuscritos de Pujades, según dice Serra y Portius en el apéndice á sus *Finezas de los ángeles*.

Hay que conceder un lugar como historiadores, aunque ya entre los de segundo orden, á *Juan Llaers*, biógrafo de varios santos, que vivió por los años de 1255; á *Berenguer Puigpardines* (sin embargo de que Amat lo pone en el siglo XII), autor de una *Vida de Carlomagno* y de una *Historia de Cataluña* hasta últimos del siglo XII; á *Pedro Ribera*, que tradujo al catalán la *Historia general de España* del arzobispo de Toledo D. Rodrigo, y á *Francisco Ximénez*, autor de un libro en lengua catalana titulado *Restauración de España*.

No fueron éstos solos los que como escritores más principales florecieron en el siglo de que estamos hablando. Tuvo éste también fiilósofos insignes, sabios gramáticos, ilustrados literatos. Descuella sobre todos *Arnaldo de Vilanova*, de fama europea como *Ramón Lull*, filósofo y escritor célebre entre los más célebres, de quien apenas bastan á dar una imperfecta noticia los apuntes biográficos recopilados por Torres Amat, ya que, honra y gloria de Cataluña, fué uno de los más eminentes varones de aquel siglo, tan fecundo por otra

parte en hombres grandes para la nación catalana [1].

Mientras que se distinguían entre los cristianos *Pedro Vidal*, autor de dos novelas, cuyos títulos se ignoran, en idioma catalán, y *Teodórico Domingo*, que escribió algunos libros sobre la medicina; entre los judíos catalanes florecían *Gersón Ben Selomoh*, literato consumado; *Jedahiah*, llamado vulgarmente por su sabiduría *el Cicerón hebreo; Joseph Ben Caspi*, autor de obras científicas; *Joseph Ben Jachiia*, insigne talmudista, gramático y poeta; *Moisés*, rabino de la sinagoga de Gerona, que disputó sobre materias religiosas con Raimundo Martí ante D. Jaime I y San Raimundo de Peñafort, teniendo que emigrar á Judea por esta causa, y *Harap*, conocido también por *Pérez*, que fué médico famoso y comentador del Talmud.

Tales son los más principales varones que florecieron en letras durante esta época, sin contar muchos otros que por brevedad se omiten y algunos cuyos nombres se ignoran, pero que no por esto dejan de formar parte muy esencial de la historia literaria de Cataluña en el siglo XIII, que es en su línea tan importante como pueda serlo la militar.

CONCILIOS.

Hubo uno en Lérida á 29 de Marzo de 1229, por el legado Juan, obispo de Sabina y cardenal. Tratóse de la disciplina, y señaláronse en él las reformas que debían hacerse en el clero.

1 Mucho se ha escrito y debatido sobre la patria de Arnaldo de Vilanova. Tourtoulón lo cree hijo de una Villanueva de Provenza; Menéndez Pelayo, que ha escrito acerca de él un libro, de una Villanueva de la provincia de Lérida; Milá y Fontanals, en un artículo publicado en la *Revista histórica latina* (tomo II, cuaderno 1.º), se inclina á que su patria fué la que hoy se llama Villanueva y Geltrú; y en efecto, ésta parece, por muchas razones de peso, su verdadera cuna.

En el mismo año de 1229 tuvo lugar el de Tarazona, de que ya se ha hablado. El cardenal legado Juan, asistido de dos arzobispos y nueve obispos, declaró nulo el matrimonio de Jaime I de Aragón con Leonor de Castilla.

A 1.º de Mayo de 1230 se abrió el de Tarragona, presidiéndolo el arzobispo Esperagus ó Aspargo. Hiciéronse en él cinco cánones que aún no han visto la luz pública. Por el último se prohibía las justas en el recinto y dependencias de los monasterios.

Hubo otro en Lérida por el mes de Mayo de 1237. Se tomaron en él varias providencias contra los herejes, y se comisionó á diferentes religiosos franciscanos y dominicos para la persecución de aquéllos.

El arzobispo Pedro de Albalat reunió concilio en Tarragona el 19 de Abril de 1239, haciéndose cinco cánones y sancionándose además una constitución, en diez y seis artículos, del obispo de Sabina.

El mismo arzobispo celebró otro en 8 de Mayo de 1240, para prohibir á todos los obispos de la provincia que sufrieran del arzobispo de Toledo ningún acto de jurisdicción fuera de su diócesis.

Otro hubo en la misma ciudad de Tarragona á 13 de Mayo de 1242, presidido también por Pedro de Albalat. Tratóse de la manera de descubrir á los herejes, castigarles en caso de obstinación y absolverles cuando abjurasen sus errores. Se hicieron además seis cánones sobre la disciplina, y consta por las actas que asistió á este concilio San Raimundo de Peñafort, entonces penitenciario de la iglesia de Roma.

En 12 de Enero de 1244 se abrió un nuevo concilio en la misma Tarragona, congregado también por el metropolitano Pedro de Albalat. Concurrieron á él los obispos de Zaragoza, Lérida, Pamplona, Tortosa y Barcelona, y los procuradores de muchos otros prelados de la

provincia. En él fueron confirmadas de nuevo las ya olvidadas constituciones del concilio celebrado en Lérida en 1229, y se decretaron además algunos cánones para reprimir los abusos de los que atentaban contra los clérigos ó usurpaban los bienes de la Iglesia. Se sabe que, yendo á este concilio, el obispo de Valencia fué cautivado por los moros.

Tuvo lugar en 1246 y en Lérida el de que ya se ha hablado (cap. VIII de este libro) para reconciliar á Don Jaime *el Conquistador*, excomulgado por haber hecho cortar la lengua al obispo de Gerona.

Volvió á celebrarse concilio en Tarragona el año 1247, presidido por Pedro de Albalat. Se confirmó la excomunión contra los que se apoderaban violentamente de las personas y bienes eclesiásticos, y previnose que los sarracenos que pidieran el bautismo permaneciesen algunos días en casa del cura de la iglesia para probar su conversión.

Tuvo otro el mismo arzobispo en 1248, dictándose en él medidas para la seguridad de los bienes del arzobispo y demás beneficiados después de su muerte.

A 8 de Abril de 1253, Tarragona vió de nuevo convocarse concilio por el arzobispo Benito. Se acordó que los obispos podrían absolver á los excomulgados de su diócesis, los arzobispos á todos los de su provincia, y se concedió á los sacerdotes la facultad de absolverse recíprocamente de la excomunión menor.

Convocado por el metropolitano Bernardo de Olivella, congregóse otro concilio en la misma Tarragona á 22 de Marzo de 1282. Se hicieron siete cánones. El primero prohibía á los clérigos llevar botones de oro, plata ú otro metal, ni hábitos de seda retorcida. El quinto prohibía á los cristianos habitar con los judíos.

Tuvo lugar otro en la misma ciudad á 15 de Marzo de 1292, presidido por el arzobispo Rodrigo. Se hizo

un reglamento sobre la disciplina, en doce artículos: el sétimo prohibe tolerar que el arzobispo de Toledo ejerza ningún acto de jurisdicción, ni que lleve ninguna insignia de primado al pasar por la provincia de Tarragona.

El último de los concilios celebrados en nuestros reinos durante este siglo, fué el de 1294 en la misma Tarragona. Se aprobó una constitución que todavía no ha salido á luz. Tenía seis artículos, y el cuarto prohibía la comida que los feligreses exigían á sus curas en ciertos días.

ESPLENDOR Y ACRECENTAMIENTO DE LAS POBLACIONES.

Cuando se hable de la marina y comercio, se verá que *Barcelona* debía ser ya en este siglo una ciudad importante y de primer orden. Era tanta su fama, que no es de extrañar, como ha dicho Capmany, que pasase entre los extranjeros por capital y corte de sus reyes, respecto de ser la única ciudad en los dominios de la Península que extendía su nombre á los paises remotos, como centro de las expediciones ultramarinas de sus soberanos y emporio del comercio y navegación de la corona.

Memorias antiguas dicen que en el siglo XIII era una ciudad hermosa, elegante y aseada, y como tal la cita y alaba Benjamín de Tudela en su itinerario á Palestina. El trovador Gerardo ó Guiraldo Riquier, de Narbona, decía en una de sus trovas á mediados de ese siglo, refiriéndose á esta ciudad, sin duda alguna, como centro y capital de Cataluña: «Para recibir lecciones de verdadero amor, no quiero otros maestros que los bravos catalanes y las bravas catalanas. Galantería, mérito, valor, alegría, gracia, cortesía, ingenio, talento, agudeza, honor, buen trato, generosidad, amor, pru-

dencia y sociabilidad, todo se encuentra en Cataluña entre los bravos catalanes y las bravas catalanas.»

Barcelona, en efecto, era un centro animadísimo de sociedad, de movimiento y de comercio en el siglo XIII, y cada día iba embelleciéndose con nuevos monumentos que han llegado hasta nosotros como muestra visible del esplendor de las artes en aquella época, y cada día se iba ensanchando y creciendo, hasta el punto de creer algunos, si bien con poco fundamento, en mi sentir, que á mediados de ese siglo XIII hubo de levantarse ya otra muralla que abrazase todo el aumento de la población, suponiendo que, luego de fabricada aquélla, fué cuando las casas se fueron arrimando á la muralla romana dando pie á que ésta fuese perdiendo su forma.

Tarragona la ilustre, joya y esplendor de la época romana, veía crecer y desarrollarse á su joven rival Barcelona, y seguía por su parte aumentando, aunque lentamente, en población, la cual iba labrando sus casas á la sombra de las admirables ruinas que le quedaban de la antigüedad y en torno á la grandiosa fábrica de su catedral que se iba terminando. Mientras tanto, aquel vasto y hermoso campo tendido á los pies de la romana ciudad, que solamente presentaba entonces un frondoso y antiguo encinar, iba transformándose poco á poco en tierras de labor desmontadas por los habitantes de las nacientes villas y lugares que lo poblaban.

No lejos de Tarragona se alzaba la villa de *Reus*, la cual tomaba rápido incremento en moradores que todos los días se avecindaban en ella, movidos de su apacible clima y pingües tierras que á un módico precio adquirían, y cuyos frutos fácilmente podían vender por causa de su ventajosa posición topográfica. Estos alicientes, unidos á la forma de gobierno independiente que en ella regía, fueron el motivo del poderoso incremento que

tuvo en el siglo XIII [1], á lo cual debió contribuir por mucho la vecindad del hermoso puerto y agradabilísima playa de Salou.

Basta leer rápidamente los *Anales de Reus* y fijarse un poco en las curiosas noticias que, referentes á este siglo, da su estudioso autor, para comprender que Reus era una población que iba creciendo, ganosa de libertad y de independencia. El común y universidad de la villa y sus representantes, iban adquiriendo todos los días más poder, á la par que se hacían más independientes. En 1221, Reus se veía ya muy aligerada de sus derechos señoriales por su camarero y su cartlán. En 1222, se sublevó contra los oficiales del veguer de Tarragona, que pretendía cobrar ciertos derechos reales. En 1223, el rey D. Jaime declaraba libres á todos los hombres de las villas y lugares del campo de Tarragona de toda carga real. En 1228, la universidad de la villa, representada por sus síndicos, acudía contra el cartlán por cuanto éste pretendía ser dueño absoluto de los pastos y yerbas. En 1229, el castillo inferior de la villa en todas sus puertas y avanzadas quedaba bajo el dominio y dirección del común y universidad de la villa, y por consiguiente, para en lo sucesivo casi nulo el poder y autoridad de los cartlanes. En 1246, sostuvo grandes reyertas y luchas á mano armada contra las gentes del arzobispo de Tarragona, siendo este primer rompimiento causa de que con el tiempo se originasen rivalidades entre ambas poblaciones.

Durante todo el siglo XIII el vecindario de Reus fué en aumento, comenzándose á desplegar en gran escala el genio especulativo é industrioso de sus moradores, el cual aumentaba por sus relaciones de intereses con los ricos mercaderes judíos que ocupaban un barrio de la villa.

1 Andrés de Bofarull: *Anales de Reus*, cap. II.

Ufana con su merecida importancia, floreció *Lérida* durante todo el siglo XIII, viendo comenzar y acabar su catedral, cuya primera piedra puso Pedro *el Católico* en Julio de 1203, y que fué consagrada por Octubre de 1278. Lérida contaba entonces ricos y nobles ciudadanos, huestes que merecían la predilección de Pedro *el Grande,* la universidad que en ella instituyó D. Jaime, y veía muchas veces en su recinto á los reyes que con sus fastuosas cortes iban á menudo á solazarse, escogiéndola como punto de deporte, en aquella ciudad que se eleva á orillas del Segre coronada por los recuerdos de César y Pompeyo. Son muchas las mercedes concedidas por los monarcas á la ciudad de Lérida. Es muy curioso, y como tal lo traslado, traduciéndolo del latín, un documento correspondiente al reinado de D. Jaime *el Conquistador*, por el cual este monarca concedió varias gracias á la aljama de judíos de Lérida y otros lugares, relativas á su culto, á sus contratos y oficios. Contribuye á demostrar este documento la importancia de Lérida, cuando tanta tenía su aljama.

Dice así:

«Sepan todos que Nos, Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpeller; por Nos y los nuestros, damos y concedemos á vos la aljama de judíos de Lérida y otros lugares correspondientes á vuestro común y á los vuestros perpetuamente, que no estéis obligados á responder á persona alguna acerca de aquellas cosas que aseguren hallarse contenidas en vuestros libros hebreos contra nuestra fe, á menos que sean blasfemias (desonrries) de Nuestro Señor Jesucristo ó de la beata Virgen Madre suya ó de sus santos, y que de esto hayamos de conocer Nos ó los nuestros y no otros, oídas primero las razones de las partes: que el conocimiento se determine por Nos ó los nuestros allí donde

nos encontremos y no en otra parte. Además, os damos y concedemos á vos y á los vuestros perpetuamente que podáis comprar de los cristianos y venderles cualesquiera vituallas y demás, como hasta aquí habéis acostumbrado hacerlo, libremente y sin ningún impedimento, y que las carnes que son muertas judáicamente en vuestras juderías, se vendan en los sitios hasta ahora acostumbrados y no fuera de ellos. Os damos y concedemos también á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que aquellos de vosotros que quieran ejercer el oficio de curtidores (coiraterie), puedan hacerlo libremente y sin ningún impedimento. Además, os damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que tengáis y poseáis las sinagogas que hoy tenéis y poseéis, según mejor y más plenamente las habéis tenido y poseído hasta ahora, y que podáis asimismo adornarlas decentemente cuando esto fuere necesario á las mismas. Asimismo os damos y concedemos y á los vuestros perpetuamente, que subsistan vuestros cementerios en los lugares en que están de presente situados, y no se muden por razón alguna, si no es por vuestra voluntad. También damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente el que por usuras ó lucro de vuestras deudas podáis percibir y percibáis cuatro dineros por libra al mes, y los vencidos vender y comprar con los cristianos como ya os lo concedimos por nuestras cartas según que en las mismas se contiene, confirmándoos todas las deudas que se os deben con tal que se ajusten á la razón ó lucro predicho. Del mismo modo por Nos y los nuestros, os damos y concedemos á vosotros y á los vuestros perpetuamente que no estéis obligados á oir los sermones de ningún fraile de la orden de predicadores menores ó de alguna otra fuera de vuestras juderías, y que por nadie se os pueda compeler á ello, y esto os lo otorgamos por cuanto en los sermones que se

os predicaban fuera de vuestras juderías, se os hacían muchas veces por los cristianos vituperio y desprecio. Y si los dichos religiosos ú otros quisiesen predicar dentro de vuestras sinagogas, no vayan á ellas con muchedumbre del pueblo, y sí tan sólo con 10 hombres probos cristianos y no más. Os concedemos también á vosotros y á los vuestros perpetuamente, que no se os pueda hacer innovación sobre cosa alguna, sin que sobre la misma seáis primeramente oídos y juzgados por Nos ó por los nuestros. Todas y cada una de estas cosas os concedemos, etc. Dado en Lérida, á los cinco de los idus de Noviembre (9 de Noviembre, año del Señor 1248), etc.»

También siguió *Vich* siendo una ciudad importante durante este siglo, y aumentó su vecindario, aun cuando muchos de sus hijos, como sucedió con Lérida, se establecieron en Valencia después de la conquista de esta ciudad. Para ir á la jornada de Valencia, el obispo de Vich predicó una cruzada, formando una hueste que se distinguió notablemente en aquella campaña, siendo premio de su valor y comportamiento muchas donaciones de lugares y casas del conquistado reino.

La jurisdicción de la ciudad continuaba en este tiempo dividida entre sus obispos y la casa de Moncada. Las memorias de Vich cuentan, como cosa curiosa, que en una concordia habida á los 3 de Enero de 1203 entre el obispo y el arcediano, se adjudicaron á la vicaría ó veguería de Vich las tachas de hornos, tabernas, pesos, medidas y canas menores: *item*, los ladrones con sus despojos; mas si los ladrones eran cogidos dentro las casas, debían entregarse á los dueños para que éstos los entregasen con sus despojos. Esta jurisdicción del prelado sobre los facinerosos era tan peculiar suya, que en el mes de Abril de 1205 el rey D. Pedro *el Católico* revocó tres salvo-conductos, que había concedido á cier-

tos malvados, confesando que su castigo pertenecía al obispo Guillermo y sucesores [1].

Vich conserva como piadosa tradición el haber predicado en su recinto por Diciembre de 1225 el santo Francisco de Asís, á quien se facilitó terreno para edificar iglesia, convento y huerto. Júzguese de la prosperidad que debió alcanzar Vich, cuando vió alzar durante este siglo la fábrica del mencionado convento, la de otro de padres mercenarios y la de otro de religiosas agustinas, á tiempo que numerosos legados y donaciones á sus hospitales de leprosos, de clérigos y de peregrinos revelan los muchos enfermos que en ellos se acogían. Pero el dato más importante para demostrar su próspero estado en el siglo de que hablamos, nos lo facilita el autor citado al decirnos que sobre la industria de los paños que se fabricaban en Vich pesaba un tributo, que redimió la ciudad en 1293 por la suma de 7.000 sueldos. Vich contribuía, pues, en no pequeña escala á la fabricación de paños catalanes de que el mercado de Barcelona proveía á los reinos de Nápoles y Sicilia, Cerdeña y Córcega, Smirna y Alejandría.

Que era también *Manresa* población de bastante gente y no escasa importancia, se ve por los documentos que en antiguos archivos de aquella ciudad y sus inmediaciones tuvo ocasión de registrar un estudioso manresano [2]. En varios instrumentos de ventas y de permutas pertenecientes á este siglo XIII se citan casas, calles y barrios que dan idea de un numeroso vecindario; se ve que existían inmediatas á Manresa, y dependientes de ella, dos villas muy pobladas á las cuales se llama *Atalone* y *Almodio* (mas juzga que son las conocidas hoy por San Fructuoso de Bajes y Viladordis), y se halla

1 Salarich, pág. 141.

2 Mas y Casas: *Ensayos históricos sobre Manresa.*

que se fundó el monasterio de Valldaura mientras se preparaban sus habitantes para dar comienzo á las obras de la Seo y de la famosa acequia ó canal de riego, que tan felices resultados debía producir á aquel país.

La villa de *Sabadell*, que databa sólo del siglo anterior, comenzó en el XIII á ser población de alguna cuenta. Ya hemos visto que en ella se refugió el vizconde de Cardona, siendo perseguido por el rey de Aragón en 1225. En 1273 se halla por vez primera memoria de bayles en Sabadell. Ejercían dicho cargo en este año Bernardo Bovis y Berenguer Salvany, á nombre de Gastón y de Berenguer de Cardona. Se ve por documentos que también tenían señorío en esta villa el pavorde de San Salvador, la casa de Moncada y Pedro de Senmanat. Comienza á hablarse ya en memorias antiguas de su fabricación de paños [1].

No es posible hacer, por escasez pública de datos, la historia de otras poblaciones del antiguo Principado; pero basta para juzgar de la importancia de algunas, hojear las *Memorias históricas* de Capmany, particularmente en su tercera parte donde se trata de los renglones de exportación de Cataluña para paises extranjeros desde el siglo XIII, y se verá el ilustre pasado que en la historia de la industria tienen algunas villas, y se conocerá la importancia que éstas debían tener cuando tanta tenían los productos de sus fábricas.

En las memorias de este siglo se habla mucho también de Perpiñán, Portvendres y Colibre. Estas dos villas tenían puertos muy frecuentados y á cuyas obras destinó una renta D. Jaime *el Conquistador*. En cuanto á Perpiñán, contaba ya desde el principio de este siglo un número crecido de industrias, y el comercio que dicha ciudad hacía de sus propias manufacturas la ponía

1 Archivo municipal de Sabadell.

en estado de adelantar con rapidez, de tal manera que siglo y medio más adelante llegó á ser tan floreciente que sólo al de Barcelona cedía la palma.

Las noticias que voy á dar á continuación, relativas al gobierno de Cataluña, no pertenecen sólo al siglo de que estamos hablando. Las hay que son posteriores, y casi no debieran consignarse aquí, sino guardarlas para su lugar respectivo; pero me ha parecido oportuno presentar un cuadro completo para mejor inteligencia de los lectores de esta obra, ya que el asunto de que se va á tratar tiene su fuente en el siglo XIII, y ya que esta lectura será provechosa, sin duda, para poder apreciar mejor los hechos en cuya narración nos toca entrar más adelante [1].

No es sólo la historia de los reyes la que debe escribirse; también debe tocarle su turno á la de los pueblos. No creo inútil ciertamente la lectura de lo que sigue, y aunque adelante sucesos, ya éstos se hallarán detallados en el curso de esta obra y podrán con esta anticipada noticia explicarse luego mejor.

ESPÍRITU DEL GOBIERNO DE CATALUÑA.

Un escritor catalán del siglo XVI, poco conocido, pero de muy sano criterio, dice, en la única obra suya que ha llegado á mis manos, refiriéndose al gobierno de Cataluña:

«Buscando las raíces, digo que ningunas pueden ser más firmes que las que este Principado puso en su prin-

1 Son las que van á leerse páginas arrancadas á una obrita que en otro tiempo escribí sobre el gobierno constitucional de Cataluña; obrita muy poco conocida á la verdad, pues que hubo un interés político en no dejarla circular por parte de las autoridades cuando se anunció su publicación. El sable era entonces la única ley que imperaba en Barcelona.

cipio y fundación; pues para escoger de las tres maneras de gobierno que los filósofos nos dan, que son democracia, aristocracia y monarquía, fué menester prudencia, y no mostraron tener poca; pues considerando que en cada cual de estos gobiernos hay sus azares, no quisieron por repararles sujetarse á uno, antes de todos tomaron parte, de suerte que el daño del uno reparase el bien del otro. Que esto sea verdad, díganlo los efectos de estos gobiernos.

»El de la democracia, que es gobierno popular, quién duda si puede llegar á sobrada libertad, por ser ésta la que más el pueblo codicia.

»El de la aristocracia á oligarquía, por ir inclinada á la codicia de riquezas.

»El de la monarquía, que es el gobierno de uno, que hoy decimos real, nadie ignora puede llegar á tiranía.

»Los prudentes catalanes repararon estos efectos fundando su provincia de todos tres gobiernos.

»De la democracia, que es el gobierno popular, tomaron el brazo real, que representa al pueblo; pero porque no llegase á sobrada libertad, que es la que codician, eligieron otro brazo, que es el militar, que representa la aristocracia ó gobierno de pocos nobles; y porque no llegase á oligarquía, que es confederación de pocos con codicia de riquezas, eligieron un rey, que es la monarquía, por cuya mano se pusiesen las cosas en ejecución; pero considerando que éste podía llegar á ser tirano, para impedirlo ordenaron que las leyes que este rey hubiese de mandar ejecutar fuesen primero hechas con consentimiento de los brazos arriba dichos, militar y real, anexando á ellos otro, dicho eclesiástico, porque fuesen las leyes generales para todos estados; los cuales brazos juntos representan un tribunal, dicho corte, la cual juntamente con el rey hiciese las leyes con que Su Majestad había de gobernarles.»

Esto dice Gilabert, y no puede darse, en efecto, en menos líneas un cuadro de gobierno mejor combinado, ni más aceptable, ni que mejor dé idea del gobierno liberal y constitucional de los catalanes.

Cataluña, con esa prudencia suma de sus antiguos naturales que en todos sus escritos hacen los cronistas resaltar, quiso aceptar lo mejor de los tres gobiernos conocidos, y con el elemento democrático, el aristocrático y monárquico fundar y consolidar un gobierno duradero, que ofreciese á la nación toda garantía de orden, de libertad y de vida. Equilibraron los poderes y dieron el uno al otro por contrapeso.

Para que el pueblo no tuviese demasiada libertad que pudiese degenerar en libertinaje y anarquía, instituyeron, á fin de balancear su poder, el brazo de la nobleza, ó sea la aristocracia; para que ésta no se diese á la codicia de las riquezas y se convirtiese en oligárquica ahogando al elemento popular, instituyeron la monarquía, ó sea el rey; para que éste, á su vez, no llegase á absorber un día todos los poderes haciéndose déspota y tirano, le obligaban al subir al trono á jurar las leyes con que había de gobernarles, leyes que había de hacer en común con los brazos eclesiástico, real y militar, partiendo el poder legislativo con el pueblo reunido en Cortes; y en fin, como éstas no tenían representación y fuerza sino cuando estaban reunidas, y las leyes podían ser infringidas en época de no estar abiertas las Cortes, crearon el tribunal de los diputados, ó sea las diputaciones, tribunal que fué su ánimo instituir para que *con su autoridad se pudiese representar á Su Majestad la ley rompida ó mal guardada, suplicándole el reparo della.*

Las Cortes representaban en Cataluña el cuerpo y poder legislativo. Se componían de los tres estados llamados en las provincias de la corona de Aragón *estamentos*, el eclesiástico, el militar y el real; estamentos

que después de convocados y cuando hablaban ya en las sesiones y deliberaban, tomaban el nombre de *Brazos*. En los tres brazos se comprendían indistintamente nobles y plebeyos.

El Brazo eclesiástico lo componían su presidente nato el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Lérida, Gerona, Vich, Tortosa, Urgel, Solsona y Elna (en el Rosellón); los síndicos de los cabildos de las referidas iglesias catedrales; el castellán de Amposta; prior de Cataluña y comendadores de la orden de San Juan, y los abades y superiores de los monasterios que tenían cabildo y poseían feudos con el mero mixto imperio.

El Brazo militar lo componían su presidente nato el duque de Cardona; todos los marqueses, condes, vizcondes, barones, nobles, titulares y caballeros de la provincia; los extranjeros, si poseían feudos ó jurisdicciones territoriales en la provincia; los ciudadanos nobles y los plebeyos, ya fuesen comerciantes, ya simples artesanos que poseían tierras jurisdiccionales.

El Brazo real lo componían todas las ciudades del Principado y las villas de realengo. Lo formaban las ciudades de Barcelona, presidente nato; de Lérida, de Gerona, de Vich, de Tortosa, de Manresa, de Balaguer y de Perpiñán, y las villas de Cervera (hoy ciudad), Villafranca del Panadés, Puigcerdá, Tárrega, Igualada, Berga, Granollers, Camprodón, Mataró (hoy ciudad), Besalú, Prats del Rey, Vilanova de Cubells, Pals, Torroella de Montgrí, Arbucias, Caldas de Montbuy, Sarreal, Figueras, Talarn, Cruillas, Cabra, Sampedor, y las villas del Rosellón, Colibre, Villafranca del Conflent, Salses, Tuhir, Boló y Argelés. Eran las poblaciones que tenían voto. Todas, así ciudades como villas, enviaban sus respectivos representantes con el nombre de síndicos. Barcelona enviaba cinco, pero no tenía, como las demás, sino un voto.

Las Cortes eran nulas si se excluía de ellas algún Brazo.

Las Cortes eran convocadas para tratar del estado y reformas hacederas en el país, y para hacer y establecer las necesarias y convenientes á la custodia, gobierno y quietud de la provincia.

La convocación de las Cortes se hacía por el rey, el cual señalaba y debía señalar el lugar de su celebración, que debía ser pueblo dentro del Principado de Cataluña y no menor de 200 casas.

Los diputados, en presencia del rey, estaban sentados y con la cabeza cubierta.

Antiguamente las Cortes se reunían cada año. Si en el intervalo de una á otra reunión el rey se veía precisado por circunstancias especiales á publicar algún decreto ó edicto, que en tal caso se llamaba *pragmática*, no tenía fuerza de ley hasta las próximas Cortes.

Debía el rey asistir en persona á las Cortes, porque sólo él podía sentarse en el solio de la presidencia. Únicamente por un motivo muy vehemente de grande necesidad podía celebrarlas la reina, como lugarteniente del rey, ó el príncipe primogénito, siendo aún necesario para esto unos poderes del monarca y el consentimiento formal de los tres brazos. También en casos muy especiales, después de convocadas, podía el rey delegar la presidencia en el príncipe heredero de la corona.

Pero no se crea que bastaba un acto de la voluntad del soberano para de estas delegaciones hacer una ley para las Cortes. Muy lejos de esto. La convocación y la presidencia de estos cuerpos eran tan sólo propias del rey; se consideraba esto como el más grande atributo de su real poder y el que no podía ejercer sino por sí mismo, estando obligado, para poderlo transmitir á la reina ó al príncipe heredero, á pedir y obtener el con-

sentimiento de las Cortes que representaban la soberanía de la nación.

Así es que, en unas Cortes generales convocadas por Carlos V, consta que, viéndose obligado éste á trasladarse á Perpiñán por causa de guerra, pidió á la asamblea que admitiese por su presidente al príncipe heredero D. Felipe, accediendo el Congreso, pero consignando que *por aquella vez solamente consentían y les placía* habilitar al príncipe, y añadiendo:

«Los diputados presentes se reservan, y es su plena voluntad, que esta acta no pueda jamás hacerse valer como un precedente, porque solamente las facultades concedidas al rey se limitan al caso presente, y *por esta vez tan sólo,* pues no debe creerse jamás que semejante hecho puede causar perjuicio alguno á las constituciones del Estado, capítulos de corte, privilegios y libertades, de que está el pueblo en plena posesión, y que *no pueden derogarse por nadie.*»

Tales eran nuestras antiguas Cortes. Eran un monumento, un templo erigido á la ley, y sabían conservar ilesas las garantías legales contra todo lo que pudiese ser un acto de la sola voluntad del rey y contrario á las leyes.

En todo lo perteneciente á ellas, se ve el mismo sello característico de independencia, el mismo espíritu de libertad, el mismo, no ya amor, sino culto tributado á la ley.

Las Cortes catalanas proclamaron siempre como salvador el gran principio de descentralización al que hoy se hace tan cruda guerra, y cuyo desenvolvimiento daba entonces, como daría ahora, tan felices resultados á las provincias de nuestro antiguo reino.

Explicada ya la manera cómo se celebraban y formaban Cortes en Cataluña, bueno será decir algo sobre su espíritu. Veamos cuáles eran las tendencias que domi-

naban en las asambleas legislativas, y cuál la aspiración de aquellos barones ilustres reunidos en Cortes.

El sistema constitucional en Cataluña, y es dato á fe digno de mención, se remonta á la época de los condes de Barcelona. Es, pues, nuestro país uno de los primeros, si no el primero, en que, después de la invasión de los bárbaros en Occidente, se inició el espíritu verdaderamente liberal y se adoptó la forma gubernativa que, con más ó menos radicales modificaciones, han venido por fin á adoptar como un elemento indispensable de civilización todas las naciones que marchan por la senda del progreso.

Podrán nuestros detractores decir lo que quieran, pero la libertad constitucional es antiquísima en Cataluña.

Antes de la emancipación de las municipalidades, los grandes señores, los altos dignatarios y las grandes jerarquías eclesiásticas componían sola y exclusivamente los consejos del antiguo Principado. Las villas y ciudades, es una verdad, no tenían entonces un título legal, una existencia política que les diese derecho á intervenir en los negocios del país; pero éste, que en casi todas las naciones fué el estado normal durante siglos enteros, en Cataluña sólo duró algunos años.

Las municipalidades han sido siempre en nuestro país un verdadero y respetado poder, siendo de advertir, porque éste es uno de los timbres más gloriosos de nuestra hidalga historia, que la emancipación de sus municipalidades no la compró Cataluña, como otras naciones, al precio de una suma ó de un tributo mercenario, ni fué tampoco para ella el resultado de una continuación de actos de regia munificencia.

Lejos de ser ni una exigencia impuesta al monarca, ni una concesión arrancada con las armas en la mano, es un monumento histórico, es un título honroso de

gloria para el catalán, es hija de un pacto, de un tratado entre el rey de una parte y el pueblo de otra, de un contrato que, para ventaja común, establece y fija los derechos respectivos poniendo límites insuperables á las prerrogativas de la corona y á la libertad del ciudadano.

De esta emancipación data la libertad civil y política, lazo indisoluble que en Cataluña unía á las municipalidades con el trono, acta venerada que convertía al señor de vasallos en padre de familia.

Así es que los reyes, en virtud de este pacto tácito y no escrito, pero que estaba en la opinión pública, sólo eran aceptados como monarcas cuando habían reconocido la soberanía de la nación, cuando habían entrado en Barcelona y jurado, puesta la mano sobre los santos Evangelios, guardar las leyes, usos, constituciones y privilegios de Cataluña, advirtiendo ellos mismos, en la fórmula de su juramento, que á los reyes sus sucesores no se les jurase ni se les rindiese homenaje de fidelidad, sino después que ellos hubiesen jurado y rendido fidelidad á las leyes del país.

En el Principado, pues, la ley era antes que el rey y estaba más alta que él.

Una cosa hay que notar en Cataluña, cosa digna de ser estudiada por los hombres pensadores y por los más profundos políticos: la alianza indestructible que durante una no interrumpida serie de siglos reinó entre el pueblo y el trono. Y alianza era y unión tal, que siempre, en el seno de las Cortes, vemos al soberano inclinarse del lado del Brazo real, que era el de las municipalidades, y por consiguiente, el del pueblo, y al pueblo del lado del soberano, uniéndose siempre entrambos para resistir exigencias del Brazo militar, es decir, de la nobleza, ó del Brazo eclesiástico, es decir, del clero.

El rey, como si por instinto natural, ya que no por la obligación de su juramento, reconociese la soberanía

del pueblo, se mostraba siempre dispuesto á favorecer al Brazo popular, y en él se apoyaba aun en perjuicio de la nobleza y del clero, que parecen ser á primera vista las dos aristocracias en quienes podía tener más confianza la monarquía; á su vez el Brazo popular, como si por instinto natural también comprendiera que en el clero y en la nobleza estaban sus verdaderos enemigos más bien que en el monarca, apoyaba decididamente á éste contra cualquier pretensión que en provecho propio tuviesen el Brazo militar ó el eclesiástico, y llegar pudiese con el tiempo á coartar las prerrogativas del trono ó los derechos del ciudadano.

De esa especie de alianza mutua resultaba un equilibrio perfecto en el seno de las asambleas legislativas y soberanas, y al revés de lo que ha sucedido siempre en varios paises en donde trono, nobleza y clero se han siempre unido para ir avanzando y para, de concesión en concesión y de usurpación en usurpación, hacer retirar al pueblo; en Cataluña, por el contrario, el rey, comprendiendo mejor sus intereses, se aliaba al pueblo para juntos luchar contra el espíritu invasor y las tendencias despóticas del clero y de la nobleza.

El equilibrio en los poderes que de esto resultaba no podía menos de producir ópimos frutos, y he aquí por qué en Cataluña vemos, durante muchos siglos, reinar interiormente la paz política; he aquí por qué no hay memoria en sus buenos tiempos constitucionales de luchas políticas, de revoluciones y de tendencias anti-monárquicas. El rey respetaba al pueblo porque le amaba verdaderamente, y el pueblo, porque le quería, respetaba al rey. En éste veía el pueblo al guardador de sus libertades, al defensor nato de sus derechos, al sacerdote encargado de hacer cumplir las leyes del país, al padre amante que vela por la salud y el bienestar de sus hijos, y por esto igualaban—que era á todo lo que

podían llegar los catalanes,—por esto igualaban el amor al rey con el amor á Dios y con el amor á la patria.

Los reyes veían, conocían, sabían esto, y he aquí por qué Pedro *el Grande* llamaba á Cataluña *modelo de valor y de la más cierta fidelidad*; he aquí por qué D. Jaime *el Conquistador* decía que *Cataluña era el reino más noble y más honrado de la tierra;* he aquí por qué otro de los Pedros la llamaba *tierra bendita y llena de lealtad;* he aquí por qué Fernando I escribía en su testamento *que no tienen los reyes vasallos que traten con mayor fidelidad los negocios más arduos é importantes de la corona, como los catalanes;* he aquí por qué en plenas Cortes, en el discurso de la corona, decía el rey D. Martín, haciendo con estas solas palabras la concesión mayor que jamás rey alguno ha hecho á la soberanía de una nación:

«¿Cuál pueblo es en el mundo que sea así lleno de franquicias y libertades, ni que sea así liberal como los catalanes? Pues hallamos que todos los pueblos del mundo ó la mayor parte están sujetos á las tasas y composiciones de sus señores y á los donativos de su gusto, menos vosotros, que sois libres de estas imposiciones.»

Y no se venga á traducir ese amor de los catalanes al rey por monarquismo fanático y ciego, porque en cambio, de mansos corderos, como dice un cronista, se tornaban en leones, cuando el rey faltaba á su juramento de guardar las leyes. Los catalanes en este caso se creían con derecho, y lo tenían, á romper su homenaje de fidelidad.

«Debe el rey, dice Gilabert, guardar las leyes que con sus súbditos tiene pactadas y juradas. A esto le obliga la ley natural ó el *ius gentium*, pues de ella tuvieron su principio los reyes, por considerar las gentes ser necesaria una cabeza para ser gobernados; y así de su libre voluntad le eligieron, y se sujetaron á ella debajo de ciertos pactos y condiciones que dijeron leyes.

»Pues siendo este contrato tan aventajado para el rey pues le da el serlo no siéndolo, y señorío siendo sujeto, y no de cosas ajenas, sino de las propias personas de los electores, dejara de ser razón el ser tenido á guardar las leyes y pactos por las cuales le dieron el dominio de señor haciéndosele ellos sujetos.

»Reconocieron por tan precisa esta obligación los reyes de Aragón, que dieron facultad á sus vasallos que, en caso no les guardasen sus fueros y leyes, *pudiesen elegir otro rey.*»

Así eran nuestros padres. ¡Qué hombres aquéllos, pero también qué reyes!

La historia de Cataluña nos ofrece una serie de ejemplos para probar que este país era tan fiel á sus reyes como á sus libertades.

Por lo mismo que amar querían al rey, era por lo que cuidaban de que no se extralimitase jamás.

La misma casa de Autria, esa hidra del despotismo, como ha sido llamada por un historiador moderno, se vió obligada á respetar, á jurar y á guardar las constituciones catalanas.

Carlos V dijo solemnemente, que en más estimaba ser conde de Barcelona que rey de romanos; Felipe II, el verdugo de Lanuza y de las libertades aragonesas, no se atrevió, como le proponían sus ministros, á poner una mano sacrílega en nuestros privilegios, y celebró Cortes en Cataluña. Felipe III y Carlos II acataron las leyes en nuestro país.....

Sólo un monarca de la casa de Austria, sólo Felipe IV, imbuído por su menguado favorito, osó atentar al honor de nuestras constituciones, y entonces la voz de Pablo Claris hizo estremecer los ecos que dormían en las bóvedas del salón de San Jorge, y el toque de somatén saltó de campanario en campanario, y la constitución del *Princeps namque* fué leída por los concelleres

al pueblo congregado, y el venerado pendón de Santa Eulalia vió agruparse bajo sus pliegues á las compañías de la *Coronela*, dispuestas á morir ó á lograr que las leyes fuesen respetadas.

Sólo en tiempo de Felipe V fueron destrozadas las constituciones y libertades de Cataluña, pero fué después de una guerra de nueve años, y después de haber Barcelona asombrado al mundo con una de las resistencias más heróicas y más gloriosas de que da cuenta la historia.

LAS CORTES DE CATALUÑA.

Ya sabemos que el primer congreso solemne de que hay memoria en Cataluña, se reunió hacia fines del siglo XI, dando por fruto esta asamblea aquel célebre y tan encomiado código de los *Usatges*, uno de los más antiguos que se conocen completos en Occidente, y que fué por espacio de más de siete siglos la piedra fundamental de las constituciones catalanas.

Después de esta asamblea, que fué convocada y presidida por el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer *el Viejo*, tuvieron lugar otras sucesivamente, en las cuales se adicionaron los *Usatges* y se discutieron otras leyes que iban haciendo necesarias las circunstancias del progreso y desarrollo del país.

Las Cortes en su principio no tenían la autoridad que más tarde alcanzaron; pero en 1228 Jaime I *el Conquistador* fué el primer rey que decididamente se avino á entrar en una marcha más franca, partiendo realmente el poder legislativo con la nación y reuniendo y convocando asambleas más numerosas y solemnes, estableciéndose que tenían derecho á concurrir á ellas los ciudadanos y hombres de villa y cuantas personas eran por su posición social merecedoras de figurar en el cuerpo representativo.

En 1283 se dió otro paso más.

Las Cortes que en este año se celebraron establecieron, de común acuerdo con el rey D. Pedro III *el Grande*, que las leyes de Cataluña fuesen pactadas y tuviesen fuerza de contrato, es decir, que el rey no pudiese hacer ni derogar ninguna sin concurso y aun autorización de las Cortes.

Las fechas citadas son las más notables y las de más significación en cuantos estudios se pretendan hacer sobre el sistema representativo ó el régimen constitucional de los catalanes. De estas fechas deben partir todas las investigaciones que sobre este punto se hicieren.

En los siglos en que muchas naciones modernas daban sólo sus primeros pasos en el camino de la civilización y del progreso, buscando, para imitarlas ó copiarlas, las leyes de los pueblos más antiguos, Cataluña tenía ya un código nacional de sus leyes políticas y civiles, tan notable por la pureza, por la elegancia de su estilo y por su clara redacción, como por la profunda sabiduría que encerraban sus previsoras y saludables disposiciones.

Nuestros antiguos diputados profesaban muy cuerdamente el principio de que por más que el gobierno de una nación esté en armonía con las costumbres y con los intereses del pueblo, sin embargo, le ha de ser imposible labrar la felicidad del país sin estar apoyado por tres grandes instituciones: la buena organización de los tribunales de justicia, el espíritu popular de las municipalidades y una buena administración.

A robustecer y á mejorar estos tres elementos, acompañándolos de una sabia, previsora y prudente descentralización, es á lo que consagraban sus esfuerzos las Cortes catalanas.

Todas las mejoras, adiciones, proyectos y leyes se proponían en el seno de las Cortes, y después de ser

ampliamente discutidas eran aprobadas y pasadas al sello de la sanción real, sin la cual las leyes no eran válidas, como no lo eran tampoco las que promulgara el soberano sin el previo examen y consiguiente aprobación de la asamblea.

Las Cortes eran también las que tenían poder y facultad de conceder al monarca el permiso de exigir subsidios y contribuciones; ellas las que ordenaban se le diesen las tropas, los buques ó el dinero que demandaba.

El poderío é influjo de este cuerpo legislativo llegó á rayar tan alto, y tan respetado se vió, que fué la admiración de las naciones extranjeras y dió fama merecida á nuestro país, que era reconocido do quiera como suelo clásico de la lealtad y del patriotismo.

Las Cortes, lazo de amor que unía al pueblo con el rey, eran tan celosas de los derechos de aquél como de los de éste, como de los suyos propios. Con una solicitud que jamás fué desmentida, velaban cuidadosamente para que ni en un ápice fuesen coartadas las prerrogativas del trono; pero también cuidaban de que ni en un punto fueran menoscabados los derechos del país.

Cuando veía que el rey se rodeaba de personas ó tenía tratos con sujetos que podían aconsejarle mal ó empeñar el lustre de su fama, se manifestaba aquel cuerpo celoso guardador de la honra real, como sucedió en las Cortes de 1388, las cuales requirieron al rey, que lo era entonces D. Juan, para que reformase su palacio y arrojase de él á varios cortesanos que con sus costumbres licenciosas y manejos políticos comprometían el buen nombre y reputación del monarca, particularmente, según el parlamento, una dama llamada Doña Carroza de Vilaregut, favorita de la reina.

Pero si este ejemplo y otros que citar pudiera, prueban que velaban por la honra del rey, otros ejemplos

nos ofrece la historia de que con no menor solicitud velaban por la honra del pueblo y del país.

Si alguna vez, que pocas fueron en tiempo de los reyes de Aragón, el monarca quebrantaba su solemne juramento de guardar y hacer cumplir las leyes, las Cortes, si no bastaban las respetuosas y repetidas súplicas y manifestaciones que hacían para volver al buen camino al extraviado príncipe, no vacilaban entonces en ponerse á la cabeza del país, en aclamar á otro por conde de Barcelona y en jurarle fidelidad, después que él la hubiese jurado á las leyes y constituciones.

Cada vez que el rey moría, el primogénito ó sucesor se presentaba á las Cortes y ante ellas juraba solemnemente, como conde de Barcelona, «tener y observar, hacer tener y observar las constituciones, estatutos, fueros y privilegios de Cataluña y de cada uno de sus habitantes en particular,» después de lo cual, y no antes, recibía de ellas el juramento de fidelidad.

Los diputados de las antiguas Cortes catalanas pueden presentarse como dechado y ejemplo de patriotismo, de lealtad, de amor al trono y al pueblo, de hidalguía, de rectas intenciones, de cuantas virtudes, en una palabra, son necesarias á los legítimos representantes del país; que sólo por amor á él se presentaban en los escaños del Congreso á hacer resonar su autorizada y desinteresada voz, que sonaba influyente y poderosa bajo las bóvedas del palacio de nuestras antiguas leyes.

Y en este punto lo mismo eran los diputados pertenecientes á la nobleza, que los pertenecientes al pueblo, que los representantes del clero. El clero en particular, debe decirse en su obsequio, era en Cataluña el más celoso defensor de la libertad y de la constitución.

¡Infeliz, por otra parte, del diputado que no cumplía como bueno y leal ó que se manifestaba indiferente á los intereses del país! Escarnio de sus conciudadanos,

blanco de sus tiros, se veía precisado á abandonar la ciudad [1].

La Diputación, ó General, verdadero tribunal del país, era el centinela avanzado de éste, y ante ella se residenciaba á cualquier diputado que hubiese faltado abiertamente á los intereses sagrados que se le confiaran ó hubiese admitido mercedes. El país era inexorable para con un diputado traidor ó vendido. Probado el cohecho, se le borraba de la lista de los ciudadanos honrados, y quedaba inhabilitado para toda clase de empleos y distinciones. Peor era esto en nuestro país que la pena capital. ¡Si esta costumbre hubiese continuado en Cataluña, más de un diputado en estos últimos años hubiera sido quizá residenciado ante el tribunal del país!

El espíritu catalán era eminente y esencialmente liberal, y este espíritu se nota así en todas las instituciones de la edad de oro de Cataluña. No eran sólo las Cortes las que descollaban por su libre espíritu: eran todos los tribunales, todàs las corporaciones, como en los capítulos sucesivos me encargaré de dejar probado. Más libertad existía en Cataluña siendo el gobierno monárquico, que en la primera república del mundo.

Por esto dijo con mucha razón Fr. Gabriel Agustín Rius, en 1646 [2]:

«Son más libres, francos y privilegiados los pueblos de Cataluña, que los que lo son de repúblicas, que es á donde parece que está la libertad y franqueza de los pueblos en mayores anchuras. Porque no hay república á donde, sin sacar á cada uno de su esfera, haya las preeminencias y franquezas para todos tan proporcionalmente iguales como en Cataluña. En algunas, los nobles gobiernan y los plebeyos son más sujetos que si

1 Gilabert: *Calidades de Cataluña.*

2 En su obra *Cristal de la verdad y espejo de Cataluña.*

fueran esclavos. En otras, de las preeminencias y puestos honrosos están los de la plebe excluídos. En otras, las franquezas las gozan sólo los nobles. Y en otras, para haberse de sujetar en la libertad de repúblicas, son tantas las imposiciones que en algunas ocasiones se han de echar sobre sí, que es un verdadero cautiverio y la libertad sólo nombre. Pero en Cataluña goza de las libertades, preeminencias, honras y franquezas cada uno en su estado, sin que de las de más estimación y puesto esté excluído el más plebeyo de la mayor, ni que por esto mengüe de su estado el más noble ó se envilezca su nobleza, ni se hayan de cargar de pechos unos y otros; y con ser catalanes son tan libres, que parece que por lo que toca al rey no les queda sino el nombre de sujetos.»

Es de creer, por lo que va escrito, que en el ánimo de los lectores no quedará ya duda del espíritu altamente liberal que presidió á todos los actos del gobierno de los catalanes.

Esto no obstante, bueno será con nuevos argumentos probar que no solamente reinaba este espíritu en toda su pureza y amplitud, sino que el baluarte de la libertad era por sí mismo inexpugnable en Cataluña.

Y me tomaré con tanto más gusto el trabajo de aducir pruebas en favor de este principio, por cuanto creo que el régimen constitucional fielmente observado por nuestros antepasados, servir puede de ejemplo y de modelo á las naciones mismas que hoy se llaman más civilizadas.

Por espacio de muchos siglos Cataluña ha marchado franca y desembarazadamente por la senda de la libertad y del progreso, y con ella á la par han marchado sus reyes, que tenían á honra llamarse soberanos de un pueblo libre; que es siempre tanto más honrado un rey, cuanto más libres son sus súbditos. La palabra *absolu-*

tismo no era comprendida de los antiguos catalanes, y estaban tan distantes de retroceso, que tuvo que imponérseles á la fuerza una nueva dinastía, y ha tenido que llegar el siglo XIX é inventar éste la palabra *reacción*, para que los catalanes hayan podido concebir que era posible permanecer estacionarios.

En Cataluña no gobernaba el rey: era sólo la ley la que imperaba y la que era obedecida.

Y sin embargo, aquellos reyes, reyes constitucionales en toda la extensión de la palabra, no por ser los primeros súbditos de la ley, dejaban de ser estimados y universalmente queridos. Al contrario, su trono era tanto más respetado cuanto tenía por base el amor entrañable de sus súbditos que le veneraban como un altar.

Mal rey es aquél que se hace obedecer á la fuerza y que impone su amor con el castigo; gran rey es el que consigue cuanto desea sin necesidad de exigirlo.

A esta última clase pertenecían los monarcas de la corona de Aragón. Jamás acudieron en balde á Cataluña. Nada les dió ésta á la fuerza, pero todo se lo dió de buen grado.

Cataluña, que por espacio de ocho siglos fué una soberanía aislada y distinta hasta del mismo reino de Aragón, se imponía á sí misma los tributos y se los administraba. Escaso y patrimonial era su erario, pero jamás careció de recursos, ni jamás dejó carecer de ellos á sus reyes. No tuvieron éstos que acudir nunca á la centralización para poseer tesoros [1]. Cuando de Cataluña necesitaban, ésta les daba dinero, hombres, buques, mercancías, cuanto pedían. Los catalanes sabían que sirviendo al rey se servían á sí mismos.

La libertad, que por espacio de los mismos ocho siglos citados, tuvo un templo en Cataluña, estaba ase-

1 Pí: *Barcelona antigua y moderna.*

gurada contra cualquier ataque; pues los buenos patricios, que en ella miraban el elemento de prosperidad, el porvenir, el bienestar, en una palabra, el alma del país, habían tenido buen cuidado de tomar todas las medidas para que fuese indestructible y para que no pudiese atreverse á ella ninguna clase de anarquía; ni la del rey, que es la tiranía; ni la de los nobles, que es la oligarquía; ni la del clero, que es la teocracia; ni la del pueblo, que es la licencia.

La necesidad de asegurar la libertad asegurando el sistema representativo, hizo que fuesen demarcadas las clases, enlazando una con otra para que todas reconociesen mutuamente sus derechos y sus deberes, y todas por consiguiente se respetasen, girando perfectamente cada una dentro de su propia órbita. El noble en Cataluña era noble, el ciudadano ciudadano, el plebeyo plebeyo, pero todas las clases tenían participación en el gobierno político; y en el seno de las Cortes, de los parlamentos, de las diputaciones, de las municipalidades, todas eran perfectamente iguales.

La constitución era indisoluble por los lazos con que estaba ligada; así es que intacta permaneció é inviolable hasta que en mal hora Felipe V apeló á todo el poder de España y de Francia para destruirla.

Los empleos se confiaban sólo á catalanes, y no era esto por cierto lo que menos contribuía á asegurar y afirmar la inviolabilidad de la constitución por un lado, y por otro la estabilidad y fuerza del gobierno.

Por parte de la fuerza armada ningún temor podía abrigar la libertad, porque los reyes no conservaban ejércitos permanentes.

Nada tampoco podía temerse de las reinas. En primer lugar éstas no tenían parte en el gobierno, y luego estaban sujetas por expresos mandamientos particulares á la observancia de las leyes del país. «Los favoritos ó

amantes, como ha dicho en una de sus obras Capmany hablando de esto, nada podían fuera de palacio.» Al contrario, las Cortes en nombre del país tenían derecho á arrojar de palacio á los que pudiesen con sus actos ó miras oscurecer la buena fama y reputación del monarca, y á propósito de esto ya he contado lo que sucedió en tiempo del rey D. Juan.

Todo lo que se mandaba, encargaba, disponía ó se recomendaba en perjuicio de las leyes, era nulo y de ningún valor. «Ni la prescripción, dice muy acertadamente un historiador, ni la posesión inmemorial, ponían á cubierto el abuso, ni prevalecían jamás contra el temor de las leyes del Principado.»

Ningún gobernador, ningún magistrado, ningún canciller, ningún jefe, ningún oficial, fuese militar ó civil; ningún empleado, en fin, desde el más grande al más ínfimo, desde el virrey hasta el más oscuro portero de la municipalidad, podía tomar posesión de su destino, si antes no había prestado el solemne juramento de observar inviolablemente los *Usatges* de Barcelona, las constituciones de Cataluña, los capítulos y actas de las Cortes del Principado, los privilegios, usos y costumbres de toda corporación, y los derechos de cada particular. Si faltaban alguna vez, eran privados de sus empleos, tenían que cargar con la responsabilidad de los perjuicios que hubiesen causado, y sufrían la excomunión en que incurrían por el mero hecho de haber quebrantado su juramento.

La Diputación ó General de Cataluña, que así se llamaba también, y de la cual me ocuparé más extensamente, velaba sin descanso por el orden público, estaba encargada de hacer prestar á los ministros y á los depositarios de la autoridad real el juramento de observar y hacer observar las constituciones, remediaba cualquier atentado que se cometiese ó cualquier queja que

se le presentase; y si por sí sola no tenía bastante fuerza para reparar el agravio hecho á alguna ley, no cesaba de reclamar y quejarse hasta que obtenía una satisfacción completa. Era el gran tribunal permanente del país, que en nombre del mismo podía poner en juego los medios más eficaces para reparar y hacer reparar toda clase de desacatos y desafueros.

A todas estas precauciones tan bien combinadas y tan poderosas para afianzar la libertad, pues que se apoyaban y aseguraban en la fe pública, en el interés mutuo, en las tradiciones, en lo sagrado de los contratos, en lo santo de la religión, en una palabra, en todo lo más respetable, venerado y temible que puede tener un país, hay que agregar la siguiente libérrima y solemne fórmula de la sanción que *el señor rey*, como le llamaban los catalanes, daba á las leyes y actos en la conclusión de las Cortes.

«En verdad, hacemos, sancionamos y establecemos, concedemos y ordenamos, y queremos la observancia firme é inviolable por el serenísimo señor rey y sus sucesores de las constituciones, confirmaciones, capítulos y actas de las Cortes, que según nuestros derechos hemos escrito y continuado al fin de cada capítulo, *á instancia y consentimiento, aplauso y aprobación de todos los firmados* que actualmente forman dichas Cortes generales. Por lo que prevenimos y mandamos á los vicegerentes de nuestro gobernador general, en los dichos Principado de Cataluña, y condados del Rosellón, y de la Cerdaña, á los vicarios, encargados, bayles, y á todos y á cada uno de los oficiales y á nuestros súbditos, como también á los presentes y venideros que estén en lugar de dichos oficiales, que todas y cada una de las sobredichas cosas las tengan por contenidas en las presentes constituciones y capítulos según dichos decretos, y las cumplan, y que todos las reciban y observen in-

violablemente, y que por causa ni motivo alguno contrahagan ni contravengan, ni permitan que nadie contravenga ni contrahaga.

«Y para que las cosas que anteceden tengan mayor firmeza, prometemos en buena fe de nuestra real persona á todos, y cada uno de los que concurrieron en dichas Cortes generales, y también á todos los demás del referido Principado de Cataluña, aunque ausentes como presentes, y al notario, y primer nuestro notario abajo escrito que legalmente estipula, pacta y recibe en nuestro nombre en favor de unos y otros á quienes interesa ó pueda interesar; y también juramos sobre la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y sus cuatro santos Evangelios que nuestras manos tocan corporalmente, guardar y cumplir, y observar inviolablemente, y hacer guardar y observar irrefragablemente todas y cada una de las predichas cosas arriba referidas, y contenidas en dichas constituciones y capítulos.»

Y ahora, júzguese cuán cuerdamente y con cuánta prudencia, al par que con cuánto tino, habían ido nuestros antepasados hacinando elementos para que fuese verdaderamente indestructible en Cataluña la libertad constitucional.

Y aún no es esto todo ciertamente.

El antiguo sistema político de Cataluña, era una red admirablemente tejida. Todos los poderes, sirviéndose unos á otros de contrapeso, contribuían á guardar el equilibrio; y la escrupulosidad con que las diputaciones y las municipalidades cuidaban de que hasta en sus circunstancias, al parecer más insignificantes, fuesen fielmente observadas las constituciones, contribuyó no poco á garantir la libertad en nuestro país.

He dicho que Cataluña no prestaba á sus reyes juramento de fidelidad, si no después de haberlo prestado el rey á las constituciones, privilegios y libertades del país.

En efecto, es así, y aún más: el juramento era nulo, si tenía lugar antes que el rey prestase el suyo.

Bien claramente lo demuestra así la constitución hecha en tiempo del rey D. Jaime II en la segunda corte de Barcelona, año 1299, cuyo texto es el que sigue, fielmente traducido del catalán al castellano:

«Nuestros sucesores en el condado de Barcelona, ó en Cataluña, ó cualquier otro en todos tiempos, antes que los ricos-hombres, ni los caballeros, ni los ciudadanos, ni los hombres de villas le presten sagramento y fidelidad, deben jurar, y ser tenidos á jurar, y afirmar, y aprobar públicamente la venta del *Bovatge*, y todos los otros estatutos y ordenaciones hechas en esta presente corte, y en las Cortes generales celebradas en Monzón y en Barcelona, y en otros lugares de Cataluña, y demás privilegios, gracias otorgadas, así en general, como en particular, á ricos-hombres, y á caballeros, y á ciudadanos, y á hombres de villas, y de ciudades, y de lugares, y de villas que no son nuestras, y de los arriba dichos. Y *si alguno ó algunos de Cataluña, de cualquier dignidad ó condición que sean, hicieran al dicho señor de Cataluña sagramento, ó fidelidad, antes que él haya hecho dicho sagramento ó confirmación, que no valga.*»

Cuantas citas llámara en mi ayuda, y pudiera hacerlo con muchas, probarían de una manera evidente é inconcusa que el espíritu más liberal reinaba en las instituciones de Cataluña. Las medidas para afirmar la libertad y el derecho constitucional, estaban sabia y hábilmente tomadas.

Si no era lícito á los reyes admitir juramento alguno de fidelidad sin antes haber prestado el suyo, tampoco, según vengo probando en todo lo que llevo escrito, podían hacer leyes y constituciones sin el consentimiento y aprobación del país. De esta preeminencia

gozó Cataluña desde la época de los godos, y se halla confirmada con la concesión apostólica del papa Clemente III en su bula dada en Roma, *apud sanctum Petrum*, á los 15 de las kalendas de Mayo del año primero de su pontificado, ratificándola el rey D. Pedro II en las Cortes de Barcelona, año 1283, en la constitución I, título de *Usatges y Constitucions*, con estas palabras:

«Queremos, estatuimos y ordenamos, que si Nos y nuestros sucesores quieren hacer en Cataluña constitución ó estatuto, éste ó aquélla sean hechos con consentimiento y aprobación de los prelados, de los obispos, de los caballeros y de los ciudadanos de Cataluña, ó llamados ellos en su mayor y más plena parte.»

En la constitución 18, título *De observar constitucions*, hecha en la primera corte de Barcelona, celebrada en 1599 por Felipe II, el adalid y el campeón más decidido del absolutismo, se lee:

«Por cuanto las constituciones de Cataluña, capítulos y actos de Cortes, no pueden hacerse sino en las Cortes generales, y sea de derecho y justicia que las cosas se deshagan con la misma solemnidad que son hechas; por tanto estatuimos, y ordenamos que las constituciones de Cataluña, capítulos y actos de corte, *no puedan ser renovados, alterados, ni suspensos* sino en Cortes generales, y si lo contrario se hiciese, *que no tenga ninguna fuerza ni valor.*»

Pero aún hay más.

Se dice en las primeras Cortes de Barcelona celebradas por Fernando *el Católico*, año 1481, cap. XXII:

«Poco valdría hacer leyes y constituciones, si no eran por Nos y nuestros oficiales observadas: por esto, confirmados los Usatges de Barcelona, y las constituciones del Principado de Cataluña, capítulos y actos de corte, privilegios comunes y particulares, y otras libertades

del Principado, queremos, mandamos, que aquéllas y aquéllos sean observados.»

Y en el capítulo XVIII de las mismas Cortes, se dice:

«Deseando que los Usages de Barcelona, constituciones de Cataluña, capítulos de corte, usos, prácticas y costumbres, privilegios de los eclesiásticos, militares, ciudades, villas y lugares del Principado de Cataluña, sean inconcusamente observados, y observadas, estatuimos y mandamos, que por ningún uso, ó verdaderamente abuso, hecho, ó practicado por Nos, ó nuestros oficiales, ó que de aquí en adelante se haga, ó practique, contra los dichos Usages, constituciones de Cataluña, capítulos de corte, privilegios, usos, prácticas y costumbres, aunque tales usos vengan observándose por tanto tiempo que no haya memoria de lo contrario, no sean, ni puedan ser derogadas, ni perjudicadas dichas constituciones, Usages, capítulos de corte, privilegios, usos, prácticas y costumbres; antes, reprobando tales usos, y abusos, como nulos, queremos que dichas constituciones, Usages, capítulos de corte, privilegios, usos, y costumbres, sean válidos, y sean inviolablemente observados.»

De todo lo dispuesto en dichas constituciones, se infiere evidentemente que los catalanes han obrado leal y legítimamente siempre que, abusando los condes de la autoridad y violando las leyes, se han levantado en defensa de sus derechos escarnecidos y de sus libertades holladas.

¡Y aún hay quien llama rebelde á Cataluña porque, algunas veces, al ver pisoteadas sus leyes por indignos privados ó por reyes imprudentes, se ha levantado irritada como el león, erizando su melena de montañas y gritando que prefería morir con honra á vivir perpetua y afrentosamente esclava!....

También nuestros nobles é independientes antepasados habían tomado oportunamente sus medidas sobre otra cosa no menos importante y de no menor gravedad que las citadas.

Dice un autor catalán antiguo:

«Nunca falta en los príncipes la ambición de aumentar su hacienda; nunca debe dejar de ser la ley el freno de ambición tan nociva; nunca les faltan tampoco aduladores que son enemigos de las libertades públicas, y nunca á éstos se les debe dejar ocasión de servir exclusivamente al príncipe en daño del Estado. Nunca, pues, deben faltar vengadores de la libertad, y para que éstos no falten, es menester que sean inviolables, siendo de advertir que esta inviolabilidad no es en beneficio de tales ó cuales diputados, sino en beneficio del mismo Estado [1].»

Este párrafo encierra todo el plan del sistema político de los catalanes.

Tuvieron siempre presentes estas sabias máximas los antiguos catalanes, y he aquí por qué pusieron especial cuidado en que Cataluña gozase una plenísima exención de tributos y gabelas. Los derechos que se pagaban no eran impuestos por absoluta voluntad del rey, sino unos en Cortes generales, los cuales servían para los gastos públicos, es á saber, para defensa de las libertades y privilegios, y estos derechos se obligaba á pagarlos el mismo soberano; y otros, como decía un es-

1 Nunquam deest Principibus ambitio ad augenda ea quæ habent. Nunquam igitur deesse lex debet, frenum nocentissimæ ambitionis. Nunquam etiam illis desunt sui assentatores publicæ hostes libertatis. Nunquam igitur reliquenda illis ocassio, qua assentando cum damno Reipubliquæ, Principibus possent prodesse. Nunquam desse debent vindices libertatis; ut nunquam dessint semper securi esse debent. Securi autem fiunt per ejusmodi leges, quæ non tam horum aut istorum courantium impressens Reempub quam ipsius Reipub, esse existimantur. SPECUL. STAT. CASU 26.

critor catalán en el pasado siglo, *son imposats per nostra espontánea, llibre y graciosa voluntat, mediant la llicencia del princep, quals serveixen per la satisfacció dels donatius voluntaris (y altres cosas consemblans), que espontáneament en Corts, ó altrament, sacrifican al princep, ó per altres gastos ó necesitats dels comuns; tenint estos facultat de llevarlos sempre y cuant los aparega oportú* [1].

Bien clara y explícitamente se dice en una de las antiguas constituciones nuestras (Constituciones, I, título *de vectigals*): *E que de qui avant, Nos, ne successors nostres, la dita gavella, ni alguna altra semblant no constituyam, ni imposem.*

En tiempo en que reinaba la casa de Austria, no le era permitido ni lícito á su capitán general ó virrey en Cataluña, directa ni indirectamente, por sí ó por alguno de sus ministros, imponer, exigir ó hacer exigir, por cualquier motivo, contribución ó impuesto alguno. En caso de ser así, los diputados del General, ó Diputación, presentaban querella ante el lugarteniente general y en su real audiencia requerían y hacían requerir por su síndico que dichos procedimientos fuesen revocados, y no haciendo el capitán general la revocación dentro de tercero día después del requirimiento, debía hacerlo la real audiencia dentro de seis días en nombre de aquéllos.

El político más profundo, el observador más escrupuloso puede fijar donde quiera la vista en el sistema gubernamental de la antigua Cataluña, y hallará en todo, hasta en las circunstancias más minuciosas, garantías y seguridades creadas é inventadas sólo para el afianzamiento de la libertad constitucional.

He creído necesario todo lo dicho para probar cuál era el espíritu liberal de nuestras antiguas Cortes.

1 Despertador de Cataluña.

LA DIPUTACIÓN Ó GENERAL DE CATALUÑA.

Ha llegado ya el momento de hablar de la Diputación, de aquel admirable y noble tribunal, que tantos días de gloria y tantas páginas ilustres ha legado á Cataluña y á su historia.

El sensato autor de los *Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña,* dice: que así como el rey era la cabeza del país y los estamentos los brazos, el consejo de los diputados era su corazón; y para venir á concluir en esta idea, se entrega á este comentario y raciocinio:

«Al corazón le es tan natural el arder amando, como al fuego el calentar ardiendo, por ser la vida del corazón, amor; y si éste tiene el consejo, ¿en qué dejará de acertar en beneficio de la república? pues es efecto del amor el olvidarse de sí, por el beneficio de la cosa amada. Advirtiendo esto los prudentes catalanes, accedieron á formar de ese corazón de su reino, de los más peritos y prudentes consejeros que en él hubiese, y para esto formaron el consistorio de la Diputación con el mayor acuerdo y cuidado que un negocio de mucha gravedad requiere.»

La Diputación, ó *General,* así llamada también porque velaba por los intereses generales de todo el Principado, era un verdadero cuerpo representativo en los intervalos en que las Cortes estaban cerradas. Mientras éstas se hallaban abiertas, la Diputación cesaba en sus funciones, y en señal de suspensión dejaba encima de la mesa de la presidencia de las Cortes las dos mazas de plata que sus maceros llevaban en los actos públicos.

Era el tribunal supremo á quien estaban confiados la unión y libertad públicas, era un cuerpo, ó por mejor decir, «un magistrado—como dice el canónigo Narciso de San Denis, compendiador de las constituciones de Ca-

taluña,—cuyo cargo principal era defender los usages, constituciones, libertades, inmunidades y demás derechos de la patria, igualmente que los privilegios generales y comunes concedidos á todos tres estamentos de Cataluña, para cuya defensa y observancia era lícito á dichos diputados obrar con solicitud, y hacer instancias y oposiciones por medio de suplicaciones, requisiciones, protestas, apelaciones y otros remedios legales contra todos los jueces y oficiales reales y tribunales que violasen las sobredichas constituciones y demás derechos.»

Venían á ser estos diputados, según el mismo autor observa, como aquéllos que en Atenas se llamaban los Nomofilaces, quienes delante de los prefectos se sentaban coronados en todos los consejos públicos, para impedir que se decretase alguna cosa contra las leyes recibidas.

La Diputación era la ejecutora de las leyes y disposiciones hechas y acordadas en Cortes: cuidaba del reparto y cobro de los tributos que eran necesarios para las atenciones del Estado, y tenía en esto particularmente tan amplísima potestad y jurisdicción, que ni el rey ni sus delegados, cualesquiera que fuesen su dignidad y preeminencia, podían entrometerse en esta materia, viéndose obligado el rey, el mismo rey, á pagar sus contribuciones á la Diputación.

Como defensor nato de la tierra y administrador de las rentas públicas, ejercía este cuerpo tal autoridad, que en las Atarazanas tenía galeras propias y artillería para acudir á las necesidades del país. En casos de guerra, si no estaban abiertas las Cortes—porque en este caso ya sabemos que cesaba la Diputación,—promulgaba el levantamiento de gente armada, prestaba auxilios de armas y dineros del fondo de sus rentas ó de nuevos impuestos en la provincia, y para estos casos de urgencia, así como el Consejo de Ciento tremolaba el pendón

de Santa Eulalia, la Diputación sacaba á uno de sus balcones la bandera de San Jorge, á la sombra de cuyos pliegues con tanto ardor se han batido tantas y tantas veces los antiguos catalanes.

Pero no se crea que obrase este tribunal conforme á su gusto y capricho. Cataluña tenía un sistema constitucional demasiado perfecto, para que todas sus instituciones pudiesen dejar de conducir al mismo fin. Los diputados estaban sujetos á censura y podían ser residenciados. En un juicio público denominado *Visita,* todos y cada uno tenían derecho de denunciar los abusos que pudiesen haberse cometido por los diputados, de revisar las cuentas, de impugnarlas, y de ser satisfecho escrupulosamente el que alegaba agravio justo ó tenía demanda pendiente. Cualquiera tenía derecho á presentarse en esta visita y reclamar, aunque fuese de la más ínfima clase del pueblo.

Componíase la Diputación de tres individuos, uno por el Brazo eclesiástico, que era un abad mitrado ó una dignidad de catedral; otro por el Brazo militar, que era un caballero, y otro por el Brazo real ó de las municipalidades, que acostumbraba á ser un ciudadano honrado de Barcelona. A estos tres agregábanse otros tantos que se llamaban oidores de cuentas, y juntos éstos con dos asesores y un abogado fiscal, constituían el verdadero tribunal de que hablamos, tribunal de inmensa autoridad y de extraordinaria importancia, en donde con suma igualdad era administrada justicia á todos, y ante el cual lo mismo era el rey que el capitán general, lo mismo el funcionario de más elevada categoría que el más oscuro individuo de cualquiera de los gremios catalanes.

Los diputados vestían, como los concelleres, unas gramallas encarnadas, siendo de este color para demostrar que estaban prontos á derramar su sangre por el

pueblo, y casi en su traje no se distinguían de los concelleres por otra señal que una venera ó collar y *florón* de oro que llevaban pendiente del cuello. En las ceremonias y acompañamientos públicos, iban precedidos de maceros, como de lictores los cónsules romanos.

La Diputación, por ser el tribunal de la hacienda pública, el custodio del erario nacional, el administrador de las rentas, el conservador de la constitución, el sostenedor de los derechos del pueblo y el centinela de las libertades del país, residía y debía residir en Barcelona donde tenía su casa ó palacio llamado *Consistorio*, precisamente el edificio mismo que está destinado hoy para la real audiencia y para la Diputación provincial, la cual es, particularmente ahora, sólo un pálido y leve reflejo de aquel otro venerable y benemérito cuerpo, del que bien puede decirse que sólo le queda el nombre, y que fué abolido por el nieto de Luis XIV en unos días crueles de luto y amargura para Barcelona, cuando el ángel de la libertad y de la independencia catalanas batiendo sus alas se lanzó al espacio, abandonando el país invadido por las huestes devastadoras de unos extranjeros caudillos.

Pocas palabras me quedan que añadir para terminar este rápido bosquejo de la Diputación catalana, cuyas glorias no deben ensalzarse, pues bastante se ensalzan por sí solas á los ojos de todos los que han hojeado los anales de Cataluña; pero cuyo bosquejo era necesario hacer en el curso de una obra de esta clase.

Diré sólo, porque es justicia, que este venerable y popular tribunal fué un continuo plantel de héroes y de varones ilustres, algunos de los cuales llegaron en ciertas ocasiones á eclipsar la fama de los mismos de Esparta, de Atenas y de Roma. La lealtad, el patriotismo, la abnegación, las virtudes cívicas adornaban á

aquellos hombres eminentes que, salidos del seno del pueblo, sólo subían tan alto para labrar el bien de aquel mismo pueblo. Cuantos sacrificios puede pedir el amor patrio, cuantos esfuerzos puede exigir la libertad, cuanto valor y prudencia puede necesitar un país en sus representantes, otros tantos hacían y tenían aquellos dignos catalanes que, así como Hércules, al cubrirse con la túnica de Dejanira, se sintió devorado por un fuego abrasador, así, al vestir la tradicional gramalla de púrpura, sentían ellos arder su patriotismo inflamado por la llama nuevamente reanimada de su amor á la libertad.

¡Santa y venerable institución de nuestros mayores, permite que evoque tu recuerdo y despierte tu memoria para ejemplo y enseñanza de los que, olvidados de la historia de su país, ignoran que en tí tuvo siempre Cataluña un baluarte inexpugnable de las cívicas y públicas libertades, un muro robustísimo en que lo mismo se estrellaban el capricho y la cólera del rey, que las demasías ó los furores de la plebe!

La Diputación de Cataluña—y sea dicho en conclusión,—es uno de los mayores timbres de gloria que puede ostentar un país. En la misma antigüedad, en los mismos buenos tiempos de Roma y Esparta, no hay ejemplo de un tribunal que por espacio de tantos siglos haya sido constantemente, y sin malearse jamás, un distribuidor más cuerdo de la justicia, sin que por su origen popular se haya pervertido, y sin que por su grandeza se haya cegado.

Los anales de la Diputación catalana ofrecen el más bello estudio de parlamentarismo, á los más profundos políticos y á los más sabios pensadores [1].

1 Feliu de la Peña. — Gilabert. — Capmany. — Prescott. — Piferrer.—Pí.

EL CONSEJO DE CIENTO.

Poco á poco nos han ido conduciendo nuestros estudios al punto quizá más bello y más interesante de todos los que hemos tratado. Me toca hablar ahora del Consejo de Ciento y de los concelleres, dos venerables y grandes instituciones, ó mejor dicho una sola, que Cataluña ostentó como su mejor blasón mientras fué libre é independiente.

¡El Consejo de Ciento! ¿Quién no ha oído hablar con respeto y con admiración de ese cuerpo legislador, superior en virtud á los grandes consejos de las antiquísimas repúblicas de Esparta, de Cartago, de Grecia y de Roma, y en cuyo seno estaban representadas todas las clases, todas las jerarquías, todos los estados del país?

Un sesudo historiador ha dicho: «El Consejo de Ciento: ahí tenéis la soberanía del pueblo fomentada por los mismos reyes; ahí tenéis la democracia y la monarquía ¡cosa admirable! no en trabada pugna, como acaso podría presumirse, sino cordialmente hermanadas, acatándose y favoreciéndose una á otra, procurando de consuno la pública felicidad.»

¡Y los concelleres! ¡Hay nada más admirable que esos *presidentes de Ayuntamiento*, como les ha llamado el inglés Prescott, que eran unos plebeyos, unos mercaderes, unos meros artesanos, y que, sin embargo, iban precedidos de maceros con las mazas altas por las ciudades y villas, se cubrían y se sentaban en presencia del rey, celebraban tratados de comercio con potencias extranjeras; y si alguna vez cualquiera de ellos iba á la corte, no sólo debía ser recibido con todos los honores y ceremonias de los embajadores extranjeros, sino que su casa era sagrada como un templo y era un asilo se-

guro é inviolable para cualquier criminal que en ella se refugiase? 1.....

Hablando William Prescott, en su *Historia de los Reyes Católicos*, de las antiguas constituciones de los reinos confederados que componían la CORONA DE ARAGÓN, no puede menos de tributar un brillante homenaje de admiración á la constitución catalana, y dice entre otras cosas:

«Los catalanes eran escrupulosamente celosos de sus privilegios exclusivos, y además sus instituciones civiles tenían un aspecto más democrático que las de ninguno de los otros reinos..... Cataluña en particular se distinguió desde muy antiguo por sus grandes privilegios municipales, blasón honrosísimo de una gloria constitucional que pocas naciones pueden presentar.»

Casi todos los extranjeros que han hablado de nuestro antiguo régimen político, nos han hecho la misma justicia que el autorizado historiador que se acaba de citar.

Es que, en efecto, la amplia libertad de nuestras instituciones municipales sorprende y admira á todos los que se paran á estudiarlas.

A principios del siglo XVI, en ocasión de hallarse en Barcelona el embajador de Venecia, Navagiero, escribía á su país: «Los barceloneses tienen tantos privilegios, que el rey apenas conserva autoridad sobre ellos.»

1 En 1622 se hallaba en la corte el conceller Pablo Altarriba, á donde había pasado con motivo de ciertas cuestiones suscitadas entre la ciudad de Barcelona y el virrey.

Un malhechor llamado Rosell, huyendo de la justicia que le iba al alcance, se refugió en casa del conceller, el cual le entregó luego al alcalde de palacio; pero con la condición de que no había de ser castigado, puesto que se había refugiado en su casa.

Sin embargo, Rosell fué llevado á la cárcel; pero el conceller acudió entonces al rey, y éste mandó poner en libertad al malhechor y restituirlo á la morada del conceller.

Y esto lo decía un republicano, admirado de ver que en un país esencialmente monárquico había más libertad que en una república como la de Venecia.

En efecto, el Consejo de Ciento era una institución verdaderamente democrática; en efecto, una institución puramente democrática era la de los concelleres; pero una y otra se han distinguido en cien ocasiones por su monarquismo y por su leal y sincero amor á los reyes. Es que, como hombres de virtudes, como adoradores entusiastas de una bien entendida libertad, como amantes de los poderes constituídos, como defensores celosos de la libertad y del orden, los antiguos catalanes, al proclamar sus derechos, no echaban al olvido sus deberes.

El Consejo de Ciento, que es una prueba patente de lo que en aquellos tiempos habían progresado las instituciones liberales, era un poder regulador entre el pueblo y el trono; defensor del rey cuando injustamente se quejaba el pueblo: defensor del pueblo cuando injustamente se quejaba el rey.

Se remonta el Consejo de Ciento á los tiempos de Jaime *el Conquistador*, el cual concedió á Barcelona la facultad de tener para su gobierno político un consejo municipal compuesto de 200 prohombres, número que después bajó á 100. Todas las clases tenían acceso á ese verdadero cuerpo representativo, á ese Senado permanente.

En los escaños del Consejo de Ciento—y admírense nuestros actuales políticos,—se sentaban desde el siglo XIII los toneleros, los zapateros, los hortelanos, los corredores de cambios, los freneros, los latoneros, los cambiadores de moneda, los mercaderes de paños y lienzos, los sastres, los herreros, los boticarios, los llamados pelaires, los pellejeros, los colchoneros, los tintoreros, los tejedores de lino, los algodoneros, los carpinte-

ros, los alfareros, los canteros, los curtidores, los silleros, los revendedores, los carniceros, los plateros, etc., mezclados con los pintores, los notarios, los cirujanos, los médicos y los doctores en derecho.

Ni el comercio ni ningún oficio de industria se tuvo jamás por cosa baja en Cataluña, como sucedía en Castilla y otros reinos. Aquí, la persona que sabía ganarse el sustento por el medio honroso del trabajo, era ya igual al ciudadano de mayor categoría, era partícipe en el gobierno político, y podía obtener cualquier cargo, si le acompañaban las demás circunstancias necesarias de aptitud, de probidad y de conocimientos.

Y llegó á obtener este Consejo tal fama y reputación, tanta prez y valía, que no sólo le respetaban los reyes, sino que le admiraban las naciones extrañas, dándole los títulos de *sabio* y de *ilustre*, los mayores á que pueden aspirar las asambleas de esta clase.

Por lo demás, era tan esencialmente popular este Consejo, que hasta los nobles tenían que desposeerse de sus títulos para ingresar en él.

En los primeros siglos de su institución, este Consejo era llamado á reunirse por medio del clarín; después se adoptó la campana. Al toque de ésta, todos los miembros debían acudir al sitio designado de antemano, que fué primero una plaza pública, la llamada hoy del Rey, donde tenían las sesiones al aire libre; después una capilla del convento de Santa Catalina, y más adelante, por fin, el salón que exprofeso se construyó en la casa de la Ciudad y que por esto se llama aún *Salón de Ciento*.

La asamblea de los 100 prohombres ó jurados sólo se reunía para los asuntos arduos y graves, y para todos los negocios particulares y extraordinarios que reclamaban las luces de los ciudadanos.

El Consejo de Ciento era supremo legislador tocante

á puntos del gobierno municipal; tenía una potestad plenísima sobre los concelleres, empleados de la municipalidad y dependientes de la ciudad; podía interpretar, de la manera que fuese más favorable á la república, las leyes dadas en Cortes, que eran algo ambiguas; tenía la facultad de hacer ordenanzas y promulgar edictos dentro de la ciudad y su término que se internaba doce leguas en el mar; podía imponer cualesquiera especie de penas pecuniarias y corporales, hasta la de muerte; podía juzgar á los concelleres; podía exigir y destinar fondos públicos para construcción de obras útiles ó fomento de empresas mercantiles demasiado aventuradas ó costosas para meros particulares; dirigía la universidad de Barcelona y costeaba la enseñanza; proveía á la seguridad del comercio; daba patentes de represalias contra cualquiera nación que la violara, y celebraba tratados de comercio por sí y ante sí con los países extranjeros.

Tal era y tal podía el Consejo de Ciento, que se reemplazaba cada año, que tenía por divisa S. P. Q. B. *(Senatus populusque barchinonensis)*, y que es una de las más grandes, más admirables y más brillantes asambleas que jamás haya tenido nación alguna. Al Consejo de Ciento deben Barcelona y Cataluña entera seis siglos de prosperidad y gloria.

Las demás ciudades y villas de Cataluña tenían á imitación del de Barcelona un Consejo de jurados. La libertad y los privilegios municipales eran completos en todo el Principado.

Paladión de las libertades públicas en los tiempos de prueba, guardador y sostenedor de los derechos del pueblo en las circunstancias difíciles, padre de todos en los momentos críticos, templo constante en que era venerada la ley en todas épocas, defensor acérrimo de los privilegios y constituciones del país, tribunal severo que

sabía hacer justicia lo mismo al rey que al súbdito más humilde, el Consejo de Ciento jamás desmereció de la confianza de sus representados; siempre estuvo á la altura de su misión, nunca olvidó que el bien de la patria debía ser su primer móvil, y he aquí por qué, por lo patriota, por lo sabia, por lo justiciera, por lo leal, dejará esta ilustre asamblea catalana memoria eterna mientras haya en el mundo hombres libres que tengan una sombra sola de apego á las instituciones representativas.

LOS CONCELLERES DE BARCELONA.

Si alguna vez han hablado los historiadores absolutistas con respeto y veneración de alguna institución popular, ha sido siempre del Consejo de Ciento y de los concelleres de Barcelona.

Es que las instituciones municipales de Cataluña han admirado siempre y han llenado de asombro á cuantos se han detenido á estudiarlas.

Vacilan los historiadores en asignar origen al carácter verdaderamente democrático de la institución municipal de gobierno en Cataluña, y, sin dejar de admirar lo frondoso y lozano que creció este árbol y lo bueno de sus frutos, dicen algunos que el gobierno catalán debe sólo su vida á la excesiva tolerancia de los reyes y á su mucha longanimidad y munificencia. Esta pretensión es ridícula, presentada bajo este solo punto de vista. Mucho deben, en efecto, las instituciones municipales de nuestro país á la munificencia de los reyes; ¡pero á su tolerancia! ¡á su longanimidad!.... Más probable fuera en este caso que la mira de los soberanos, al fomentar esta clase de gobierno, hubiese sido para hacer frente al feudalismo que en todos los países ponía límites al poder del trono.

Pero no es esto tampoco; no es aquí donde creo que

se debe buscar el origen del gobierno popular de Cataluña. Tampoco le hallamos, como no falta quien quiera pretender, en el roce continuo de los catalanes y en la guerra con otras naciones que tenían carácter democrático; no: el origen de las instituciones municipales de Cataluña debe buscarse sólo en el carácter formal de innata independencia de los catalanes; en su espíritu libre y emprendedor, opuesto á trabas y á exclusivismo; en su amor entusiasta á la patria, del que nuestros mayores hacían un culto.

No en otra fuente debe buscarse. Los reyes conocieron este carácter, y deseosos de hacer feliz á su pueblo, siéndolo ellos, ayudaron voluntariamente y muy de buen grado á que se desarrollasen aquellas innatas tendencias á la libertad por medio de instituciones libres, que, á medida que fueron desplegándose, dieron días de gloria y de bienestar al pueblo.

Los concelleres de Barcelona eran, digámoslo así, los sacerdotes encargados de velar por estas venerandas instituciones.

En la paz, en la guerra, cuando el rugido de los motines políticos hacía estremecer la ciudad, cuando la algazara de las fiestas resonaba en todos sus ángulos, cuando las calamidades públicas se cernían sobre sus muros, cuando las victorias la coronaban, cuando la voz de la campana llamaba á somatén, cuando la misma voz brindaba al contento, siempre, fuese el suceso próspero ó adverso, siempre estaban allí los concelleres, dispuestos á arengar al pueblo, á calmarle, á consolarle, á ser partícipes de su dolor ó de su júbilo, á sufrir ó á morir por él.

Centinelas vigilantes de la ciudad y de sus libertades, sacerdotes rígidos de la ley, magistrados depositarios de la confianza pública, expresión genuina del espíritu popular, los concelleres eran Barcelona. El día que

Juan Fivaller se presentó en el palacio de Fernando el de Antequera á reclamar de él la integridad de los privilegios de la ciudad, al portero que le preguntaba:—¿Sois vos Juan Fivaller? contestóle secamente:—No, soy Barcelona.

En tiempo del gran D. Jaime I, éste nombró para gobernar la ciudad de Barcelona á cuatro *Paciarii* ó *Paeres* (magistrados ó jueces de paz), con facultad de asociarse unos consultores ó conciliarios, que no tardaron en llamarse concelleres.

El mismo rey dió luego al pueblo facultad de elegir un senado de 200 prohombres y ocho concelleres.

Este senado, que fué el célebre Consejo de Ciento, bajó después á componerse en número de 100 individuos, siendo primero seis los concelleres y luego cinco.

Las cinco plazas de éstos eran ocupadas del modo siguiente: las dos primeras eran llenadas por la clase de ciudadanos honrados y de doctores en leyes ó en medicina; la tercera por la clase de mercaderes (es decir, comerciantes, banqueros y navieros); la cuarta por la clase de artistas (que comprendía los tenderos, los notarios, los boticarios, los drogueros y cereros), y la quinta, últimamente, por la clase de menestrales.

El conceller primero, ó conceller en *cap*, cuidaba en especial de la custodia de la ciudad y de las levas, y en tiempo de guerra era coronel nato de la *Coronela*, que así se llamaba la fuerza armada que la ciudad ponía bajo pie de guerra para defensa suya ó de sus instituciones.

El conceller segundo cuidaba de la provisión de granos.

El tercero del abasto de carnes.

El cuarto de los salarios y cuentas de los oficiales y colectores de gabelas.

El quinto y el sexto (porque en 1642 volvieron á ser seis los concelleres) de todos los asuntos y negocios con-

cernientes á las cofradías y gremios de los artesanos.

El traje de estos magistrados parece que al principio fué verde, pero después consistió en una gramalla ó túnica ancha y talar con mangas abiertas, de color de púrpura, para significar que estaban prontos á derramar su sangre por el pueblo. Cubría su cabeza una *chía* ó gorra, del mismo color de la gramalla; usaban golilla blanca, y cruzábales en el pecho una banda ó beca bastante larga y de un palmo de ancho. Cada uno llevaba en el dedo meñique un pequeño anillo, y el conceller que era á la vez cónsul de la Lonja, usaba otra sortija igual, además de la de conceller, en el segundo hueso del tercer dedo.

Los concelleres se cubrían y sentaban en presencia de los reyes y emperadores; se les consideraba revestidos con las dignidades de marqués y conde, ocupando en todas las ceremonias un lugar preferente al de los nobles; podían ir con sus gramallas é insignias y precedidos de sus clarineros y maceros, con las mazas altas, no sólo por todas las villas y ciudades de Cataluña, sino también por todas las de los dominios de España; nombraban los cónsules ultramarinos de los catalanes; tenían facultad de crear en cierta época del año ciudadanos honrados de Barcelona con los mismos honores y preeminencias que los caballeros; tenían el derecho de acuñar moneda; la facultad de imponer tributos; ejercían autoridad de represalias ó embargo contra particulares, naves ó tropas que molestasen ó perjudicasen á los ciudadanos; eran en nombre de la ciudad señores de varias baronías; podían en nombre de ella celebrar tratados; gozaban, siendo enviados por ella á la corte, del título, carácter, inmunidades y privilegios de los embajadores de potencias extranjeras; en representación suya era el conceller primero coronel ó jefe superior de todas las fuerzas que aprontaba Cataluña entera en tiem-

po de guerra; y por fin, entre otros muchos é innumerables privilegios, tenían el de poder ser nombrados caballeros, á instancia y reclamación suya, por los reyes y príncipes en ocasión de ciertos actos públicos.

No hay memoria de que un conceller haya faltado jamás á los deberes de su cargo. El honor, el celo, el amor al país parecían perpetuarse en ellos, y considerando que la exacta y puntual observancia de la ley, lo mismo por parte del príncipe que por la del último de sus súbditos, era el eje de la pública tranquilidad y del público bienestar, eran minuciosa y escrupulosamente defensores de los fueros y privilegios. Nunca declinaron estos magistrados ilustres la responsabilidad gravísima que sobre ellos pesaba, y en distintas épocas les vemos presentarse con brío y con valor á sostener la inmunidad de la ley, lo mismo ante las turbas que les amenazaban con arrastrar sus cuerpos, que ante los déspotas que les señalaban el cadalso.

Nunca me cansaré de repetirlo, para hacer comprender lo grande y lo admirable de esta institución. Hijos del pueblo, sacerdotes de la ley, monárquicos por convicción y por patriotismo, eran tan adictos y respetuosos con sus reyes, como fieles y leales á sus compatricios; tan firmes defensores de los derechos del trono, como ardientes patrocinadores de las libertades del pueblo.

Como si al traspasarse de unos á otros la roja gramalla, se legasen una túnica que por un secreto encanto tuviese la particular virtud de inspirar á todos los que la vestían los mismos sentimientos de abnegación, de lealtad y de patriotismo, los concelleres todos de Barcelona—y véase su larga lista estudiando los hechos de cada uno,—se han mostrado constantemente y sin interrupción admirables siempre y siempre grandes.

Me ha parecido conveniente detenerme en la historia de las antiguas instituciones de Cataluña, porque nin-

gún país puede presentar un ejemplo más puro de prácticas parlamentarias y de amor á la libertad. Cataluña, como Inglaterra, puede servir para esto de espejo y de modelo.

MARINA.

Las glorias de la marina militar en Cataluña durante el siglo XIII, son universalmente conocidas y celebradas. Referidas quedan en el curso de esta narración, y no hay que insistir en hacer notar su valía. Hasta los autores más parciales y más enemigos nuestros hablan de la preponderancia de nuestra militar marina, debida á justísimos y valederos títulos de gloria.

Por lo que toca á la mercante, un ilustre y laborioso escritor, D. Antonio de Capmany, ha procurado recoger con celosa investigación cuantos datos ha podido, escribiendo con ellos notables páginas que los hombres verdaderamente patriotas y catalanes le deben agradecer.

Según él—y es autoridad en este punto,—en todo el siglo XIII se encuentran á cada paso señales palpables del rápido progreso de la marina de Barcelona. Comprueban esto infinidad de documentos, y se ve más particularmente justificado por la demarcación que en 1243 se hizo de la ribera y playa de Barcelona, expresándose el deseo que tenía D. Jaime *el Conquistador* de engrandecer una ciudad que de día en día iba acrecentándose con nuevas ventajas á causa del frecuente ejercicio de la navegación; por las ordenanzas marítimas que la junta de prohombres formó para el arreglo y buen orden de la navegación mercantil desde los años 1258; por la prerrogativa que dió D. Jaime á Barcelona concediéndole que pudiese nombrarse cónsules para la protección de sus navegantes y mercaderes en las escalas ultrama-

rinas; y, sobre todo, por ese admirable código de las costumbres marítimas de Barcelona, llamado vulgarmente el *libro del Consulado de mar*, que debió redactarse forzosamente en la época de D. Jaime I [1].

Permítaseme ceder por un momento la palabra al escritor que acabo de citar, y sustituir con su galana prosa la pobre mía:

«El glorioso reinado de D. Jaime I fué verdaderamente el que había reservado la Providencia para exaltar el valor y promover la prosperidad de los barceloneses. Ya en la aurora de su gobierno empieza la mercantil Barcelona á dar muestras de su actividad é industria: el primer armamento para la conquista de Mallorca manifiesta hasta qué punto los progresos del tráfico marítimo pueden llevar el poder y la opulencia. A la verdad, el comercio directo con Berbería y Egipto era conocido á principios del siglo XIII, pues ya hemos visto en la primera parte de estas memorias que el rompimiento de D. Jaime con el rey moro de Mallorca en 1227, fué originado de las presas que sus corsarios baleares hicieron de dos naos barcelonesas que venían de Ceuta; á más de que las tarifas de la aduana del puerto de Tamarit del año de 1243, especifican las embarcaciones de Cataluña que hacían entonces viajes á Berbería. Por otra parte, la concordia sobre los derechos de las leudas marítimas de Barcelona ajustada en 1221 entre el rey D. Jaime y Guillermo de Mediona, que cargan principalmente la droguería y especería de Levante, manifiesta la comunicación abierta con los puertos de Alejandría y Baruth. Y es tanto más probable, cuanto para fomentar más la navegación de los barceloneses á aquellas regiones, el rey D. Jaime, por

1 Capmany: *Memorias históricas*, parte 1.ª, y prólogo de su traducción del *Consulado de mar*.

su cédula del año 1227, dispuso que las mercadurías propias de comerciantes de Barcelona que se hubiesen de enviar desde esta plaza á aquellas partes, habían de ir cargadas en buques nacionales con exclusión de los extranjeros, á menos de que no se hallase ninguno del país para aquel viaje. Un reglamento de esta naturaleza no podía ser ejecutado sin que aquella capital tuviese ya mucha marina y navegantes experimentados de aquellos mares y costas.

»La real cédula de demarcación de la ribera del mar ó del puerto que se expidió en 1243, justifica también los adelantamientos que la navegación mercantil había hecho en Barcelona, y los aumentos de población y prosperidad que recibía de día en día aquella ciudad por la actividad de sus moradores sobre aquel elemento. Las ordenanzas de los prohombres del puerto, hechas en 1258 sobre el arreglo de la policía náutica y mercantil de las embarcaciones barcelonesas de viaje largo, prueban, por otra parte, los progresos del tráfico marítimo, y que éste era ya entonces uno de los objetos dignos de los cuidados y vigilancia de la legislación municipal.

»Finalmente, la necesidad de establecer cónsules de comercio en las escalas ultramarinas desde 1266 para la protección de los navegantes, como se verá más adelante, y la solicitud con que aquel mismo año los comerciantes barceloneses instaron á San Raimundo de Peñafort escribiese un tratado moral sobre la negociación y sus contratos, para la seguridad de sus conciencias, en un tiempo en que siendo el premio del dinero sinónimo de usura, la profesión de mercader había caído en descrédito y desestimación; todas estas circunstancias dan un notorio testimonio de la actividad de la contratación de Barcelona á mediados del siglo XIII. Algunas providencias de aquel tiempo vienen en confir-

mación de esta verdad. D. Jaime I, para cortar el abuso que se había introducido en aquella ciudad, de apropiarse para su dote las viudas de los factores ó sobrecargos las encomiendas que éstos habían tomado de cuenta de vecinos de Barcelona, si sus maridos fallecían en el viaje; por su real cédula de 1271 manda al veguer y bayle de aquella capital que en adelante se obligue á las viudas á restituir la encomienda á su principal, siempre que éste hiciese constar ser su legítimo dueño en público instrumento.

»Que en aquel siglo tuviese el comercio de Barcelona un estado floreciente, se puede colegir de varios pasajes. Primeramente vemos que, desde los años 1257, en que se creó el gran Consejo municipal, el cuerpo de los comerciantes tuvo sus plazas anexas en aquel consistorio, en cuyo estado siguió en los siglos posteriores aun con mayor honor y consideración. Poco á poco la extensión del comercio y la multiplicidad de los negocios atrajeron á los mercaderes extranjeros á domiciliarse en aquella capital, aumentándola de día en día sus riquezas y población. Esta se multiplicó con el concurso del gran número de naciones que mantenían allí sus factorías. En efecto, vemos que el rey D. Jaime I de Sicilia, por su cédula de 1288, en que concede á los mercaderes de Barcelona el libre y franco comercio en aquella isla, declara que no comprende bajo el concepto de tales á los romanos, provenzales, toscanos, venecianos y pisanos avecindados en Barcelona, ni á los naturales de esta ciudad residentes en el mencionado reino de Sicilia. Que los lombardos, florentinos, seneses y luqueses residiesen en dicha capital, ejerciendo el tráfico público, se deduce evidentemente de una real pragmática de D. Jaime I de 1260, concedida á favor de los barceloneses, por la cual manda, en el cap. III, que todos los mercaderes de las referidas naciones fuesen luego al

punto expelidos de aquella ciudad. Lo mismo se repitió en 1315 por otra real pragmática que comprendió entre los expulsos á los toscanos y á todos los italianos en general.

»En todo aquel siglo y en el siguiente continuó la concurrencia de embarcaciones extranjeras al puerto de Barcelona, y el establecimiento también de varias casas de comercio que sin duda serían las de los comisionistas. Todavía se conservan en algunos templos y claustros antiguos de aquella capital vestigios patentes del aprecio que tenía allí el comercio, y del domicilio que habían tenido en ella muchos comerciantes extranjeros. Las pocas lápidas sepulcrales que nos han quedado de aquel tiempo después de tantas alteraciones como han padecido aquellos sitios ó por demolición ó reedificación de algunas obras antiguas y monasterios, nos conservan todavía la memoria de genoveses, venecianos y levantinos que vivieron y murieron ejerciendo el tráfico en Barcelona.»

COMERCIO, INDUSTRIA Y ARTES.

Sólo una idea imperfecta se puede dar aquí de todo lo que estamos tratando. Para hacerse bien cargo de la prosperidad de Cataluña en este siglo, hay que acudir á las obras especiales que sobre los diversos puntos de que aquí nos ocupamos se han escrito. Sirvan sólo estas noticias y apuntes de guía á los curiosos, ya que tampoco otra cosa puede hacerse, so pena de alargar esta obra burlando las esperanzas del editor y de los suscritores.

También es Capmany el autor que más datos nos proporciona sobre comercio, industria y artes en sus *Memorias históricas* (partes 2.ª y 3.ª)

Entre los renglones comerciales, dice, que sostenían

el comercio activo de los catalanes, podemos contar muchos de los que se hallan especificados en el reglamento de las leudas de Barcelona, ajustado por el rey D. Jaime I en 1221; en la tarifa de las del puerto de Tamarit, ordenada en 1243, y últimamente, en las que se exigían por práctica en el puerto de Colibre en Rosellón, producidas por el magistrado de aquella villa en 1252. Verdad es que no podemos á punto fijo determinar, entre tantas especies de producciones naturales y del arte, cuáles eran del país, cuáles del extranjero. Eran ciertamente renglones de la provincia muchas pieles de salvaginas, varios cueros curtidos, la miel, la sal marina, el vino, la pez, el sebo, el alquitrán, el azafrán, las maderas, el hierro, el vidriado, el atún, la jarcia, la cordelería de cáñamo y de esparto, las cotonías, las harinas, el zumaque, la sosa, el bermellón, el coral, las muelas de molino, las frutas secas, muchas de las estofas de lana y seda y varios artefactos.

Parece que el ramo más importante y sólido del comercio antiguo de Cataluña era la exportación de sus manufacturas de lana, siendo éste el principal renglón que llevaban los barceloneses á Italia, Egipto y otros países de Levante.

La industria lanera, como ya hemos visto, formaba la riqueza de varios puntos del Principado. Por los anales de Olot se ve que es la más antigua que se conoce en esta villa, remontándose al siglo de que estamos hablando y distinguiéndose por su fabricación de gorros encarnados [1]. Consta que el abad de Ripoll, que era entonces señor de Olot, perteneciendo la jurisdicción civil y criminal al monarca como conde de Besalú y Barcelona, concedió á los olotenses en 15 de las kalendas de 1206 la libre entrada y salida de los artefactos, con otras inmu-

1 Esteban Paluzie: *Historia de Olot*, pág. 275.

nidades indispensables para el progreso de las artes [1].

Eran ya muy nombrados en este siglo los paños barceloneses procedentes de las distintas fábricas del Principado, pues en Sevilla había destinado cierto barrio de lonjas [2].

De los paños de Lérida se halla mención en varias tarifas, desde el año de 1243 hasta el de 1271; y en la de este último, que es un reglamento de los corredores, hay artículo especial para los paños de Bañolas, Valls, San Daniel y otros lugares del Principado. Gerona, Perpiñán, Tortosa, La Bisbal, Sababell y Tarrasa fueron después lugares y centros de fábricas de lana [3].

Como muestra de lo florecientes que estában el comercio y la industria en Cataluña, existen varios privilegios de los reyes de Castilla D. Alfonso *el Sabio* y D. Sancho *el Bravo* á favor de los mercaderes y comerciantes catalanes, concediéndoles en Sevilla y otros puntos las mismas franquicias y exenciones que gozaban los genoveses [4].

En 1290, Andrónico II Paleólogo, emperador de Oriente, concedió á los barceloneses y demás vasallos de la CORONA DE ARAGÓN el privilegio de libre comercio en Constantinopla y otras tierras del imperio, eximiéndoles del derecho de naufragio [5].

Jaime de Sicilia otorgó en 1285 á los catalanes facultad de tener cónsules en aquel reino, con jurisdicción, y otras franquicias y exenciones para sus mercaderes y navegantes [6].

Enrique II de Lusiñán, rey de Jerusalén y de Chipre,

1 Paluzie: obra citada, pág. 40.
2 Capmany: *Comercio de Barcelona*, pág. 241.
3 Idem, id., id.
4 Capmany: *Colección diplomática*, XXIII, XXIV, XXV y otras.
5 Idem, id., CCCI.
6 Idem, id., XXVI, XXIX y XXXV.

concedió en 1291 varias mercedes y franquicias á los navegantes ó mercaderes catalanes que aportaran á sus estados [1].

Del testimonio de varios instrumentos insertos en la colección diplomática de Capmany consta todo esto, como también de que en 1270 había cónsul de Barcelona en Alejandría de Egipto, y era Jaime de Fivaller; que en Túnez y Bujía lo había desde 1281; que en 1284 era cónsul de los catalanes en Sevilla, Pascual Vivet, y en 1282 Pedro Cardedós; que en Palermo lo era Guillermo Riuxach en 1296, y que los había asimismo en otras partes por donde navegaban los catalanes y demás súbditos de la CORONA DE ARAGÓN.

Las artes, la industria y el comercio comenzaron á obtener gran crédito en este siglo. Sólo en Perpiñán había 20 industrias distintas de trabajadores de hierro, entre las cuales se contaban los fabricantes de armaduras blancas, los de cascos, corazas y lanzas, los de dagas y puñales, los de espadas, etc. La riqueza de las minas de hierro del Rosellón animaba, sin duda, esta vasta fabricación. Se dice también de Perpiñán que tenía grandes establecimientos en que se vendían ropas y géneros de todas clases, desde los *persets* y *estamfors* de grana para los trajes elegantes, hasta la *gonella* que servía para túnicas de los pobres. M. Tastú, pertinaz investigador de cosas antiguas, ha hallado que D. Pedro, cuando era sólo infante y cuando su viaje á Francia, se hizo vestir en Perpiñán, y sus vestidos le costaron (dejando aparte seis pares de zapatos) 860 s. 5 d., que son de nuestra moneda, dice, 3.784 francos [2].

En una poesía de Amadeo de Escás, escrita en 1278, hace el poeta el retrato de una persona y habla luego

1 Capmany: *Colección diplomática*, XXXI.
2 Tastú: *Notice sur Perpignan*, fol. 32.

de su traje, diciendo que no le hubieran podido vestir mejor los sastres de Lérida, de París y de Colonia, lo cual prueba que Lérida debía tener sastres de fama.

E no pareis ges mal talhada
Rauba, can vos l' avets vestida;
Que tots los sastres de Lérida
E de Paris et de Calonha
Si tots y metio lor ponha
Re no y porī esmendar.

Lérida era una ciudad importante por sus industrias y comercio, como tendré ocasión de demostrar cuando se hable de los progresos de la civilización en el siglo XIV, á cuyo capítulo remito á los lectores.

En este siglo XIII empezaron á ser conocidos por excelentes artífices los barceloneses, pues que, con orgullo podemos decirlo, la capital del Principado poseía entonces casi todas las artes que se cultivaban por aquel tiempo en Europa. De lejos le viene á Barcelona el ser industrial y artística. No es, pues, la suya una conquista moderna, como algunos creen; no es la industria en Barcelona una adquisición de *ayer*: tiene desde muy remotos siglos timbres industriales, tan buenos y verdaderos como son sus timbres de gloria constitucional y de gloria militar.

Si bien es cierto que la antigüedad de los oficios corporados de Barcelona será siempre un punto imposible de determinar, también lo es que no debe quedar ya duda, después de las investigaciones de Capmany, que la creación ó formación política de los gremios de menestrales se efectuó en tiempo de Jaime *el Conquistador*, bajo todos conceptos gloriosísimo reinado para nuestro país. Gracias á estos gremios, constituídos en grandes asambleas democráticas, hubo un centro de vida, de industria y de comercio en Barcelona; gracias á ellos, y á la forma popular del gobierno municipal de Barcelo-

na, en épocas en que otras naciones no tenían aún más que soldados, aquí había ejércitos pacíficos de artesanos, los cuales conocían que había otros medios mejores que los de las armas para labrar la felicidad del país.

El monumento más antiguo que existe para probar que los oficios é industrias de Barcelona estaban corporados, es el privilegio de paz y tregua dado en 1200 por Pedro *el Católico*, donde, entre los oficios de artesanos que constituye bajo la salvaguardia real, se nombra á los pellejeros, tejedores, sastres, etc., siendo en este documento donde suena asimismo por primera vez la palabra menestral. Consta por otros documentos posteriores, pero todos del siglo XIII, que estaban agremiados los tejedores de lino y de algodón, conocidos con el nombre de *Justaneros*, esto es, tejedores de cotonías y bombasíes; los curtidores y pellejeros, de que formaban parte los guanteros, pergamineros y aluderos; los zurradores de pieles, que era un oficio auxiliar del ejercicio de la tenería; los dagueros ó cuchilleros; los alfareros, llamados también olleros; los fustaneros de algodón; los plateros; los pelaires; los tejedores de lana; los tintoreros de lana; los cereros; los canteros y albañiles; los pintores; los fabricantes de corazas y de vainas; los guadamacileros, que eran los que ejercían el arte de dorar y estampar los cueros; los carpinteros; los zapateros y chapineros; los toneleros; los espaderos; los herreros; los coraleros; los calafates; los jubeteros; los cordeleros de vihuela; los tundidores; los roperos; los carderos; los guanteros; los freneros; los broqueleros; los latoneros, y los algodoneros.

La antigüedad de la matrícula gremial sólo data del siguiente siglo XIV para los delanteleros, tejedores de mantas, sogueros de cáñamo, tejedores de velo, terciopeleros, fabricantes de velas de sebo, batidores de oro y

plata, sombrereros, cordoneros, galoneros, torneros, vidrieros, colchoneros, caldereros, estañeros y libreros encuadernadores. Algunos de éstos se agremiaron en el siglo XV, aun cuando existían antes.

Basta esta simple enumeración para dar una idea de lo importantes que eran en Barcelona las artes é industrias. Del seno de esos menestrales salían los que abandonaban el rincón de su taller para trocarlo por la silla senatorial de aquel Consejo de Ciento que tanto respeto y veneración infundía á los mismos monarcas; abandonando á su vez el asiento del senado para volver al taburete de su mostrador, sin aspirar á más recompensa que la que les daban la tranquilidad de su conciencia y el aprecio de sus conciudadanos.

COSTUMBRES Y USOS.

Las desordenadas costumbres del siglo anterior fueron heredadas por éste. Sólo, generalmente hablando, se ve brillar la virtud en las clases de artesanos y menestrales, lo cual no es de extrañar porque el amor al trabajo da la conciencia del trabajo mismo, y la conciencia del trabajo es la conciencia de la virtud. En las clases elevadas seguía el mismo desenfreno. Los mismos errores producían los mismos vicios.

La sencilla lectura de este libro VI muestra, con repetidos ejemplos, cuáles podían ser las costumbres de la época. Recuérdese la cláusula puesta en el contrato matrimonial de Pedro *el Católico* con María de Montpeller. Comprometióse por ella á no repudiar á María y á no casar con otra. Se ve, pues, lo muy frecuente que era entonces el divorcio, y ya sabemos que María fué repudiada dos veces antes de casar con D. Pedro.

La desmoralización parecía haber llegado á su colmo, y hacíala aún más repugnante y odiosa la codicia, ya

que todo entonces se convertía en tráfico, pues que se comerciaba con la religión, con el honor, con la justicia, con el pudor y con la honra de las mujeres. Existen infinidad de documentos para probar que los grandes señores traficaban con las prelaturas y las abadías, los nobles de segundo orden con los beneficios eclesiásticos, los obispos y abades con los bienes de las iglesias, y el pueblo con la virtud de sus hijas y la honra de su tálamo nupcial.

El grande desorden que reinaba en las costumbres hizo que á últimos de este siglo tuviesen que establecer los gobernantes en las villas populosas unas casas especiales á las que eran relegadas las personas del sexo que, olvidando todo pudor y consagrándose á la prostitución, ofrecían peligroso ejemplo á la inocencia. Ya tendremos ocasión de hablar más extensamente de los lupanares y burdeles cuando lleguemos á fines del siglo XIV, y veremos cómo debió adoptarse esta medida en interés de la moral pública y de la seguridad conyugal.

No faltaban por cierto las órdenes y edictos para reprimir el vicio. Dictáronse en varios puntos penas severas para todo aquél que, en su casa ó fuera de ella, mantuviese alguna concubina; pero si el contraventor podía eximirse del castigo mediante una suma de dinero, no así en caso de ser eclesiástico el delincuente: cualquier religioso ó clérigo convicto de tener una mujer de esta clase, debía sufrir la pena de azotes, paseándole públicamente por la ciudad ó villa en donde residiese. También les estaba expresamente prohibido tener esclavos del sexo femenino.

Sin embargo, el autor de una historia manuscrita de la iglesia de San Juan de Perpiñán, pone en el número de las acciones loables del obispo Berenguer, el haber una vez «corregido la insolencia de los oficiales rea-

les de Perpiñán, que se propasaron á prender y á castigar á unos eclesiásticos que habían hallado en un burdel [1].»

Tuvieron que dictarse también órdenes muy severas para reprimir el adulterio y prohibir los matrimonios clandestinos, ya que, según se desprende, abundaban los aventureros que seducían á las jóvenes de familias opulentas, y se casaban secretamente con ellas para así apoderarse de la fortuna de sus padres.

Como otro nuevo dato para la historia de las costumbres de este tiempo, téngase presente el que sigue. Los oficiales del conde de Ampurias, Hugo IV, pretendieron en el año 1270 ejercer un derecho sobre los adulterios, pero los cónsules de Castellón contuvieron sus persecuciones, oponiéndoles un privilegio concedido en el año 1226 por el conde Hugo III, que exoneraba de este derecho á su común. Pleiteada la causa ante Arnaldo Taverner, juez del condado de Ampurias, éste falló en 13 de Febrero de 1270 que, cuando una mujer fuese convencida de adulterio, se la paseara por la villa junto con su cómplice, y que los vestidos que tuviesen pertenecieran al conde, sin que el marido debiera pagar derecho alguno; pero que no se confiscara nada cuando un casado tuviese comercio con una soltera ó viuda [2].

Esta misma ley de pasear á los adúlteros por la ciudad fué dictada en Perpiñán por el rey D. Jaime de Mallorca, con la cláusula de que habían de ser paseados en cueros [3].

Contribuía también á lo desordenado de las costumbres públicas el excesivo lujo, particularmente en las mujeres. Fué preciso hacer varias leyes sumptuarias. Es curiosa, y merece que se dé un extracto de ella, la

1 Henry: introducción á su *Historia del Rosellón*, pág. 67.

2 *Arte de comprobar las fechas*: condes de Ampurias.

3 Archivo de Perpiñán.

que dictó el rey D. Jaime de Mallorca para sus estados. Prohibía á toda mujer, casada ó soltera, llevar en su manto borlas y otros adornos de oro ó de plata, ni cadenas de los mismos metales ó de esmaltes que pesasen más de 12 onzas, debiendo ser de plata dorada, todo lo más, los botones y corchetes. Le era permitido á cualquiera mujer llevar *savana* (especie de pañoleta) de tisú de oro, seda ó plata; pero debía ser sin pedrerías y sin ningunos otros adornos de valor. Se les prohibía usar perlas y collares. Las capas y mantos sólo podían llevar adornos, por valor de 30 sueldos los mantos redondos, y de 50 las capas. Se les prohibía llevar también vestidos de tela de oro, de plata, de seda y de terciopelo. Quedaban exceptuadas de esta ley las mujeres de mal vivir.

Por esta disposición y las que con respecto á los clérigos he citado al hablar de los concilios, se podrá tener una idea del lujo que entonces reinaba, el cual parece que era fabuloso en punto á joyas. Indícalo bien el inventario del tocador de la reina Doña Constanza, hecho en 1280, que se conserva en nuestros archivos y del cual sólo citaré algunos artículos.

En él se habla de un *capellus* ó diadema de oro, cuyo valor era de 1.106 onzas, comprendidos los rubíes; de una *iorlanda* de oro, de peso 78 onzas; de un *gulfum* de oro, de peso 53 onzas; de una *grammata* de oro, de peso 47 onzas; de una *buctula* de oro, de peso 18 onzas; de unas tijeras (*uselli*) de oro, de peso 8 onzas; de una *corrigia* ó cinturón de oro, de peso 90 onzas; de un *faldiscorium* ó asiento de oro, de 1.520 onzas. Las *iorlandas* ó guirnaldas de oro eran en número de 13; las *buctulas* ó hebillas eran 20, cada una del peso citado.

Los magníficos rosarios de oro y de marfil labrado (*pater noster* como se llamaban entonces), estaban tan generalizados y eran un lujo tan vulgar, que hubo ne-

cesidad de prohibirlos á los caballeros hospitalarios. Los abanicos *(afliboy)* estaban en las manos de todos, así hombres como mujeres, y hacían gran uso de ellos los clérigos particularmente. Eran de plumas de pavo, de marfil, de pergamino miniaturado, etc. Los de los hijos é hijas de Jaime I costaban 10 y 12 sueldos, es decir, 9 y 10 napoleones, según la moneda hoy corriente.

Entre las diversiones de este siglo hay que colocar como principales las justas, los torneos y el juego de cañas, que figuran en todas las grandes fiestas y á que se daba el nombre de *joch de canyes lladriolades*.

Por lo que toca á los juegos de azar estaban en gran privanza, á juzgar por las muchas órdenes que hubieron de darse para su represión. Los dados es el juego que más á menudo se cita. Como juego aristocrático, se cita el de ajedrez.

La música contaba con pocos instrumentos. En memorias de este siglo hallo citados los atabales, ó más propiamente timbales; la cornamusa; la flauta; la trompeta, que la había de dos clases, larga y corta; la *prima*, y el tamboril. Las proclamaciones de los cónsules y otros magistrados se hacía á son de trompetas y atabales.

En las poblaciones importantes abundaban los judíos, que tenían sus aljamas, como hemos visto en Lérida. El *Call* de Barcelona, que aún conserva este nombre, era el barrio donde aquéllos habitaban en esta ciudad. Todas las noches se les encerraba, siendo sus conserjes los oficiales reales.

Más triste situación que la de los judíos era la de los esclavos. En vano la religión les tendía siempre una mano caritativa; en vano gritaba á los dueños: «El Señor tendrá misericordia de aquél que la tenga de los esclavos.» El yugo de la esclavitud era muy pesado, so-

bre todo para los infelices sarracenos, que todo contribuía á hacer odiosos. Los esclavos de ambos sexos abundaban aún. Tiénense varios actos y escrituras de ventas y compras de sarracenos. En 1296 fué vendido en Perpiñán, y en *encán publich*, el sarraceno Azmet por el precio de 11 libras 10 sueldos de Melgueil, comprándolo un religioso del Temple, Jaime de Ollers, para uso de la casa ó comunidad de los caballeros templarios [1].

MONUMENTOS.

El siglo XIII, grande y notable en todo para la CORONA DE ARAGÓN, vió levantar opulentas fábricas y magníficos edificios, templos suntuosos, erigidos por la piedad y la religión en su mayor parte.

En 1211 llegó á Barcelona Francisco de Asís y predicó en esta ciudad. Poco tiempo después se comenzaba el edificio que debía llevar su nombre, magnífico convento y espacioso templo, muy protegido de los monarcas de Aragón, joya del arte gótico, que con orgullo veía alzarse dicha ciudad en el sitio donde hoy tienen su parque los ingenieros. La iglesia de este convento, consagrada en 1297, contaba con ricas bellezas artísticas, descollando sobre todas un púlpito de gran mérito que, cuando la destrucción del edificio, compró un anticuario francés. En el claustro, que era una verdadera obra maestra, había una colección de cuadros representando los principales actos de la vida de San Francisco, debidos al pincel de Antonio Viladomat, famoso pintor barcelonés del siglo XVII [2].

El convento de Santa Catalina, que se alzaba donde

1 Documentos aducidos por Tastú.

2 El celo é ilustración de la junta de comercio salvó estos cuadros de la destrucción general, haciéndolos colocar en una de las salas de la Lonja donde hoy se conservan.

hoy existe la plaza-mercado de Isabel II, quedó concluído en 1262, habiendo merecido la protección del rey D. Jaime I, de D. Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, y del ciudadano barcelonés Berenguer de Moncada. Hermoso era su templo, con su arquitectura de puro estilo gótico, de una sola nave y de una majestuosa grandiosidad, que corría parejas con las mejores y más renombradas fábricas de su género. Precioso era también su claustro, elegante muestra del gusto y pureza del arte gótico, concluído á principios del siglo XIV. Notable, y muy famoso, era asimismo su campanario, que remataba en figura piramidal y se lanzaba á los aires mostrando su esbeltez y ligereza.

De este mismo siglo databa también el convento de Nuestra Señora de la Merced, convertido hoy en palacio del capitán general. No se sabe positivamente en qué época quedó terminado el edificio, pero se cree por fechas de escrituras que en 1230 estaban ya allí los primeros religiosos que tomaron por su cuenta la obra de caridad y humanidad, iniciada por los santos Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort.

El templo de San Cucufate, que había sido consagrado en 1023, fué reedificado en este siglo, el año 1287, si bien más tarde hubo de ser demolido por su mal estado ó reducida capacidad.

Aun cuando se ignore la época fija, pertenece á este siglo el convento llamado de Valldoncella. A él se trasladaron las monjas que hasta 1230 ó años inmediatos vivieron en un monasterio de la orden de San Bernardo, situado en el término de Vallvidrera, á poca distancia de la ciudad.

La iglesia de San Juan de Jerusalén, en Barcelona, fué fundada en 1205 por los caballeros de esta orden. Hallábase entonces esta iglesia extramuros de la ciudad por la parte Norte, y junto á ella se alzaba

el edificio llamado *Hospital de San Juan de Jerusalén*.

En terreno ocupado hoy por la ciudadela, se levantó por los años de 1249 el monasterio de Santa Clara, que pasaron á ocupar las religiosas de la orden de San Benito.

Las religiosas comendadoras de la real orden de Santiago tuvieron también convento en Barcelona desde 1269, en cuya época se trasladaron al de Santa María de Junqueras, hoy asimismo desaparecido.

También en este siglo, la orden de la Virgen del Monte Carmelo introdujo su instituto y edificó su primer convento en Barcelona. No hay acuerdo sobre la época, pero debió ser por los años de 1297 cuando se levantó, siendo reedificado más tarde el convento de Nuestra Señora del Carmen, que luego fué convertido en universidad literaria.

Otros edificios tan suntuosos como podían ser los de Barcelona, se levantaron también durante esta época en otros puntos de Cataluña. A la orilla derecha del Segre, unas seis leguas más abajo de Lérida, se fundó en 1201 el convento de trinitarios de Avingaña por el mismo San Juan de Mata, que dos años antes había fundado la orden. Fué éste el primer convento de trinitarios en los estados de Aragón. De 1236 á 1529 lo ocuparon religiosas trinitarias, y como tales profesaron en él las infantas de Aragón Doña Constanza y Doña Sancha, pero posteriormente fué devuelto á los religiosos.

A principios del siglo se fundaron en el Coll de Balaguer, la iglesia y el castillo de San Jorge de Alfama. El castillo, del que subsisten aún ruinas, fué destrozado á cañonazos en 1650 por las galeras españolas, á fin de que no se fortificasen en él los franceses.

De 1278, habiendo sido comenzada en 1203, data la magnífica catedral de Lérida, llamada hoy *antigua* y convertida en castillo y en cuartel. Es todavía un belli-

simo edificio, á pesar de lo mutilado que se halla. Cuando lo vió convertido en cuartel el poeta Piferrer, exhaló sentidas quejas y escribió con este motivo algunas páginas llenas de amargura y melancolía: lamentos de un alma poética y cristiana, profundamente conmovida al ver profanado uno de nuestros mejores monumentos artísticos.

También vió Lérida levantarse por aquellos años sus conventos de San Francisco y de trinitarios.

Otro monasterio de religiosas bernardas de la orden de San Juan, se fundó cerca de Lérida en 1250, siendo conocido por Nuestra Señora del Guayre ó de Alguayre.

Al terminar este siglo estaban ya muy adelantados los trabajos de la famosa catedral de Tarragona, pero la obra no había aún concluído, sin embargo de que consta que un arquitecto, llamado Bartolomé, trabajaba en la fachada.

De muchos otros edificios se sabe y consta, que fueron levantados en este siglo, siendo de citar, entre ellos, el convento de trinitarios de Anglesola; el de Escarp, de monjes bernardos, á orillas del río Cinca; el de trinitarios de Piera; el de la misma orden, en Tortosa; el de la Merced, en Tarragona; el de la misma orden, en Lérida; el de San Francisco, en Gerona; el de la misma orden, en Balaguer, y otros y otros en diversos puntos de Cataluña, ya que entonces ésta se pobló de conventos y casas religiosas.

Palma ó Mallorca, como aún se llamaba entonces, vió comenzar en 1230 la fábrica de su magnífica y suntuosa catedral; su célebre convento de dominicos, admirablemente descrito por Jovellanos, estaba terminándose en el último período del siglo; el templo de Santa Eulalia estaba ya entregado al culto de los fieles en 1256, y D. Jaime II de Mallorca ponía con toda solem-

nidad la primera piedra del convento de San Francisco, el 31 de Enero de 1281.

En Valencia, en Perpiñán, en diversos puntos de Aragón, existen aún restos, y hasta en algunas partes fábricas enteras de edificios monumentales alzados en este siglo; pero su descripción llenaría muchas páginas, y conviene ya dar por terminado con las anteriores breves noticias este libro VI.

ACLARACIONES Y APÉNDICES
AL LIBRO SEXTO.

I (Cap. IX).

SIGUE LA CRONOLOGÍA DE LOS CONDES CATALANES.

(SIGLO XIII.)

(Véase el apéndice núm. (I) del libro quinto.)

CONDES DE URGEL.

PONS ó PONCE DE CABRERA........... 1231... 1243.

Sin embargo de poner á éste como conde desde 1231, que fué cuando él comenzó á titularse así, muerta Doña Aurembiaix, recuérdese todo lo que se ha dicho en el texto y téngase presente que, aun cuando él se tituló conde de Urgel desde 1231, no fué reconocido como tal por el rey hasta la concordia entre ambos.

ARMENGOL IX, hijo.................. 1243... 1243.

Hijo mayor y primogénito de Pons de Cabrera, murió pocos días después que su padre, lo cual indujo quizá al autor de la crónica de Ripoll á omitirle entre los condes de Urgel.

ALVARO DE CABRERA, hermano......... 1243... 1268.

El autor de la crónica de Ripoll le llama Rodrigo; pero

ya hemos visto que trocó este nombre por el de Alvaro, siendo generalmente conocido por este último.

ARMENGOL X, hijo.................. 1268... 1314.

CONDES DE AMPURIAS.

PONS HUGO II, hijo................. 1230... 1268.
HUGO IV, hijo...................... 1268... 1277.
PONS HUGO III, hijo................ 1277... 1308.

CONDES DE BARCELONA.

JAIME *el Conquistador* (I en Aragón, en Cataluña, en Mallorca y en Valencia), hijo................................... 1276.
PEDRO *el Grande* (III en Aragón, II en Cataluña, I en Valencia), hijo......... 1276... 1285.
ALFONSO *el Liberal* (III en Aragón, II en Cataluña, I en Valencia y en Mallorca), hijo..................... 1285... 1291.

II (Cap. XII).

INDEPENDENCIA DE LOS SEÑORES CATALANES.

Noverint universi quod nos, Jacobus, Dei gratia, rex Aragonum, Majoricarum et Valentiæ, comes Barchinonæ et Urgelli, et dominus Montispessulani, per nos et nostros, recognoscimus et confitemur vobis, richis hominibus et militibus Cataloniæ quod subsidium sive servitium quod nobis modo concessistis, a vobis vel a vestris hominibus, dedistis et concessistis nobis gratis et spontanea voluntate, et amore maximo, ac puro et gratuitu dono, et ad pre-

ces nostras, in auxilium guerræ quam contra Sarracenos proponuimus habere, et non ratione servitutis subjectorum vel alicujus alterius servicii, usus vel consuetudinis. Unde, per nos et nostros, volumus, recognoscimus et concedimus vobis et vestris, quod, ratione dicti adjutorii, nullum vobis vel hominibus vestris per judicium generetur, imo, sine vestro et vestrorum perjudicio, modo et in posterum, nobis prædicta recognoscimus fore concessa mandantes excellentissimis filiis nostris, infantibus Petro et Jacobo, quod jurent super sacrosanctis quatuor evangeliis quod ipsi nec sui, racione dicti auxilii nullum vobis vel vestis, nec etiam vestris hominibus, peticionem faciant vel demandant, nec usum aut consuetudinem vel jus intendant adquisivisse vel habere, excepto tamen bovatico quem habere debent tempore suorum regiminum. Ad hæc, nos infantes Petrus et Jacobus prædicti, recognoscentes prædictum subsidium seu adjutorium amore maximo domini regis, patri nostro prædicto, fore factum, et non ratione alicujus servitutis, juris, consuetudinis vel usus, juramus per Deum et ejus sacrosancta quatuor evangelia, manibus nostris corporaliter tacta, quod nullum vobis, richis hominibus et militibus antedictis, nec vestris nec hominibus etiam vestris peticionem, racione subsidii vel adjutorii, faciemus, nec istud servicium non possit parare nec facere prejudicium in posterum vobis vel vestris per nos nec nostros in isto casu vel simili alio, nisi de vestra fuerit voluntate; imo hoc servicium ex vestro puro dono gratuitu confitemur et recognoscimus recepisse. Quod fuit actum in Barchinone, in palacio domini regis, ij idus novembris anno Domini MCCLX quarto, præsentibus testibus, etc. (*Arch. eccles.*)

III (Cap. XXVII).

MANIFIESTO DE D. PEDRO EL GRANDE AL REY DE INGLATERRA, PARTICIPÁNDOLE LOS MOTIVOS DE SU PASAJE Á SICILIA.

(De Rymer: *Actos públicos de Inglaterra.*)

Excellentissimo et quamplurimum diligendo Domino E. Dei gratia, illustri Regi Angliæ, Domino Iberniæ, et Duci Aquitaniæ, P. per eamdem gratiam, Rex Aragonum salutem et sinceræ devotionis affectum.

Dilectioni Regiæ presentibus intimetur, quod nos, ante recessum nostri viatici armatæ nostræ, videlicet, in quo sumus, cum proponeremus illam ad Dei servitium facere, misimus Nuncium nostrum ad summum Pontificem, ut nobis, super eodem negotio, subsidium largiretur;

Quem idem Nuncium dictus summus Pontifex, audita supplicatione nostra, timens an..... Regem Siciliæ accederet, sine responsione aliqua relegavit.

Postmodum vero cum venerimus in Barbariam, ad locum, videlicet, de Altoyl, ad exaltationem fidei Cristianæ, adhibito consilio Richer-hominum nobiscum existentium, destinavimus iterum ad dictum summum Pontificem nostrum Nuncium, super eo, videlicet, quod nobis in prosequendo facto per nos inchoato, subveniret nobis decima per Ecclesiam in regno nostro recepta, et concederet indulgentiam Apostolicam nobis, et illis qui nobiscum essent, et etiam quod terram nostram et ipsorum reciperet sub protectione Ecclesiæ et commodo; cui Nuncio dictus summus Pontifex fecit quandam dilatoriam impensionem, distulitque sibi tradere literam.

Cumque nos resisteremus inimicis fidei, ut nostrum erat propositum si dicto summo Pontifici complaceret, venerunt ad nos Nuncii quorundam locorum et Civitatum Reg-

ni Siciliæ, exponentes nobis et supplicantes quod ad Regnum ipsum accederemus, quia omnes Siculi unanimes et concordes nos in eorum Dominum invocavant;

Nos siquidem advertentes, quod istud esset nobis et Dominationi nostræ honorificum et utile, accedere ad dictum Regnum Siciliæ cum familia nostra et stolo, ad habendum et impetrandum jus, quod illustris et bona Consors nostra, Domina Regina Aragon, et filii nostri habent in eodem regno, proponimus; et erit decus nostrum et nostrorum, Domino perhibente.

Cæterum, cum ad gaudia connotentur, quotiens de statu vestro vobis prospero, felicia audiamus, rogamus vos quatenus certificetis nos de salute et statu vestro, quem semper voluimus prosperum et jocundum; nichilominus reservantes..... quicquid..... vestræ Discretioni..... facto præmiso, præmediato et circumspecto. Dat. aput Altolly, etc.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sube al trono Jaime II el Justo.—Casamiento de Roger de Lauria con Saurina de Entenza.—El rey se embarca para venir á Cataluña.—Llega á Mallorca.—Entra en Barcelona.—Jura y es jurado en Barcelona con la fórmula *sin Cortes*.—Cortes en Zaragoza y coronación del rey.—Discurso del rey en las Cortes.—Pasa á Calatayud y recibe embajada de los reyes de Granada y Tremecén.—Paces con Castilla.—Vistas de los reyes de Aragón y Castilla.—Conviene el rey de Aragón en casarse con Isabel, infanta de Castilla.—Fiestas en Soria y en Calatayud.—Bandos y parcialidades.—Paz con Génova.—Blasco de Alagón, gobernador de Calabria, gana la batalla de Montalto.—Campaña de Roger de Lauria.—Negociaciones de paz.—Descontento y alarma en Sicilia.—Embajada de los sicilianos al rey.—Vistas del rey de Aragón y Carlos de Anjou.—Entrevista con el rey de Castilla.—Bandos en Cataluña.

(De Julio de 1291 á Diciembre de 1294.)

La muerte de D. Alfonso, sin hijos, llamó al trono de la Corona de Aragón al rey de Sicilia D. Jaime. Poco antes de aquel suceso, el almirante Roger de Lauria había llegado á Valencia con 14 galeras, trayendo en su compañía á su hija Doña Beatriz, que dejó en dicha ciudad con la emperatriz de los griegos, á causa de haber fallecido su esposa Margarita, hermana de Conrado de Llansa. Durante su estancia en Valencia, el almirante contrajo nuevas nupcias con una bella dama llamada Saurina, hija de Berenguer de Entenza, y dura-

ban aún los festejos de la boda, cuando recibió la nueva de haber muerto en Barcelona el rey. En el acto se puso en camino para esta ciudad, después de haber conferenciado con el infante D. Pedro [1].

Inmediatamente después del fallecimiento de D. Alfonso se embarcó en el puerto de Barcelona, para llevar la nueva á Sicilia, un caballero catalán llamado Ramón de Manresa, y pocos días después tomaban la misma vía el almirante Roger, el conde de Ampurias Pons Hugo III y otros barones catalanes y aragoneses, que fueron en busca del nuevo rey para acompañarle á este país. D. Jaime, después de haber reunido parlamento en Mesina, y haber jurado que sería eterno su afecto al pueblo siciliano, se embarcó el 22 de Julio [2], dejando de lugarteniente en aquel reino á su hermano D. Federico. Despidióle el pueblo con grandes demostraciones de afecto y de cariño. Pocos años más, y todos aquellos votos que entonces se hacían por su felicidad, debía la desventurada Sicilia trocarlos en maldiciones.

La armada real llegó á Mallorca el lunes 6 de Agosto de 1295, y no el 16, como con error dije en la primera edición de esta obra. Allí encontró el nuevo rey de Aragón á los embajadores y mensajeros de los reinos que estaba llamado á gobernar, los cuales habían ido á esperarle, que eran: por parte de Aragón, D. Atho de Foces, D. Blasco de Alagón, D. Rodrigo de Figueroles y D. Pedro Ahones; por Valencia, los nobles Don Jaime P. y D. Gonzalo Eximenis de Arenós, D. Juan de Bidaure y D. Gil Martínez de Entenza; y por parte de Cataluña, los condes de Urgel y el de Pallars, Pedro

1 Zurita, lib. IV, cap. CXXIII.

2 Amari dice el 12; pero debe ser un error, pues en el archivo de la Corona de Aragón (pergamino núm. 7 de la colección de D. Jaime II) hay el testamento que otorgó en Mesina antes de partir y lleva la fecha del 15 de Julio de 1291.

de Cervera, Guillén Galcerán y varios honrados ciudadanos de las ciudades y villas de dicha región.

Después de recibir el rey el homenaje de los prohombres de la ciudad y reino de Mallorca, hízose á la mar con su armada y la que había conducido á los mensajeros, y llegó á Barcelona el día 13 del mismo Agosto, siendo recibido con pompas, honores y regocijos.

Parece que á la sazón había reunidas Cortes en Barcelona, y se trató de que el nuevo rey jurase y fuese jurado; pero temiendo D. Jaime que se agraviasen los aragoneses y resintiesen por semejante antelación y preferencia, solicitó de los caballeros y ciudadanos de Cataluña que le admitiesen el juramento á los usajes y costumbres, conforme lo establecido con sus antecesores, y ellos lo juraron á su vez, todo con la fórmula *sin Cortes*. Y así se hizo. *E fo axi atorgat et feit*, según dice el documento de que tomo estas noticias. En seguida firmó D. Jaime una protesta diciendo no aceptar la sucesión del reino en virtud del testamento de D. Alfonso, sino en calidad de hijo y sucesor de D. Pedro *el Grande*. Era su objeto, sin duda, quedarse con el reino de Sicilia, y por esta razón nombró sólo como lugarteniente á su hermano D. Federico, á quien en caso de morir él sin hijos llamó á suceder en el trono de Aragón, dejando entonces el de Sicilia á su hermano menor Don Pedro.

Poco permaneció D. Jaime en Cataluña, pasando en seguida á Aragón, por haber convocado á Cortes á los aragoneses en Zaragoza el día de la Santa Cruz, de Setiembre. Entró en dicha ciudad el sábado, al siguiente día de la fiesta citada, siendo recibido con gran pompa, recibiendo el cetro de Aragón, jurando los fueros y privilegios del reino, y siendo coronado por mano del obispo de Zaragoza Hugo de Mataplana, á causa de estar Tarragona sede vacante. Al ceñírsele la corona hizo la

protesta acostumbrada de que no la recibía con reconocimiento que por el reino debiese hacerse á la Sede apostólica, conservando su derecho en cuanto á ser libre y exento, como lo había sido, y era, en lo temporal. Así lo refiere Blancas en su libro de *Coronaciones*.

En el documento de que estoy tomando estas noticias, que por desconocimiento de ellas no puse en mi primera edición, se dice que el rey dirigió un notable discurso á las Cortes, reunidas en la iglesia de los frailes predicadores, discurso, dice, muy ordenado y sabio, que fué oído de todos con gran placer, versando sobre cuatro puntos capitales: que hubiese paz y justicia en el reino, lo cual estaba dispuesto á sostener con gran firmeza, terminándose las disensiones y querellas entre los barones; que le fuesen devueltos los castillos que el señor rey de Aragón D. Alfonso había dado en rehenes á los ricos-hombres; que se le asignaran las rentas que era costumbre dar á los reyes; y por fin, que las Cortes le prestasen consejo y ayuda para mantener la guerra y asegurar las fronteras.

De Zaragoza pasó D. Jaime á Calatayud, en donde consta que recibió dos embajadas. Una de ellas fué de parte del rey moro de Granada, Mohammet Abu Abdillah, quien, por conducto de un caballero árabe, llamado Hissén, le envió una carta solicitando que hubiese paces, amor y concordia entre los reyes de Aragón y de Granada, á lo cual contestó D. Jaime que así lo deseaba también, según ya se lo había manifestado á dos mensajeros del granadino que se le presentaron con igual misión al desembarcar en Mallorca.

En el mismo lugar de Calatayud recibió también al embajador Abrahim Abengalell, quien traía cartas del rey de Tremecén, Abu-Tsebit, solicitando paz y alianza con el monarca aragonés.

El primer cuidado de D. Jaime al llegar á estas tie-

rras y tomar posesión de estos reinos, había sido el de confederarse con D. Sancho *el Bravo* de Castilla, con quien podía seguir conducta distinta de su antecesor en el trono de Aragón, dejando de imperar y ayudar en sus pretensiones á los infantes hijos de D. Fernando de la Cerda.

A este efecto, fueron y vinieron cartas y mensajes de D. Jaime á D. Sancho y de éste á aquél, hasta llegar las cosas á total arreglo y concordia. Diéronse cita ambos reyes para vistas y conferencias, reuniéndose por primera vez entre Ariza y Monteagudo, bien entrado ya el mes de Noviembre del referido año de 1291.

Firmóse el tratado de paz y se convino, entre otras cosas, que D. Jaime casara con la infanta Isabel, hija de D. Sancho y de Doña María; pero como Doña Isabel no contaba entonces más que ocho años de edad, y por otra parte se hallaba en el tercer grado de consanguinidad con el rey, no pudo consumarse este matrimonio sin que llegase la pubertad de la infanta y la dispensa pontificia, la cual se solicitó y no fué acordada por el Papa, resultando de esto y de otras causas, como veremos, que se rompiese el tratado á los tres años, anulándose y cancelándose todas las escrituras y promesas que habían mediado.

Los reyes de Aragón y de Castilla se fueron á Soria, donde estuvieron nueve días, y allí, con fecha del 1.° de Diciembre, se extendió y firmó el acta de contrato y promesa de matrimonio entre Doña Isabel, hija del rey D. Sancho IV de Castilla, y el rey D. Jaime II de Aragón [1].

Celebradas fiestas y regocijos en Soria con motivo de este matrimonio, que no debía llegar á consumarse,

1 La Academia de la Historia ha publicado este contrato en el tomo III de su *Memorial histórico*, pág. 463.

pasaron entrambos reyes á Calatayud, acompañados de la reina de Castilla Doña María y de Isabel su hija, á la que se daba ya título de reina de Aragón. Rectificáronse allí los tratados y paces, siendo entregada á D. Jaime la infanta Isabel y celebrándose estas avenencias y casamientos con justas y torneos, en los cuales es fama que tomó parte el almirante Roger de Lauria, sorprendiendo á todos por su bravura, pues era tan excelente marino como cumplido justador [1].

El cronista Muntaner, celoso y ardiente encubridor de las faltas de los reyes, afirma que en esta paz con Castilla fueron incluídos los dos infantes de la Cerda; pero *Z*urita hace ya notar el engaño de Muntaner. Realmente no quedaron incluídos aquellos infantes [2].

Esta paz con Castilla no fué del agrado de estos reinos. El ganancioso en ella fué sólo el castellano, pues quitó así las esperanzas al pretendiente, que no podía menos de darle serios cuidados. D. Jaime no ganó nada, pues se quedó con los mismos enemigos, y el reino conoció que, conservando su monarca la corona de Sicilia, devolvía á Aragón la lucha con Francia, con el Papa y con el rey de Nápoles, volviendo las cosas al estado en que se hallaban en tiempo de Pedro *el Grande*.

A últimos de este año, y mientras se acordaban estas paces, ardía el reino en bandos y parcialidades. Movían crueles guerras en Aragón los Entenza, los Foces, los Alagón, los Urrea, etc., con los Luna, Fernán-

1 Para redactar lo que se acaba de leer, añadido en esta edición segunda, he tenido á la vista un documento muy interesante en que minuciosamente se detalla todo, y está en el Archivo de la Corona de Aragón. Promiscuum Alfonsi II et Jacobi II, fols. 31 á 53.

2 Muntaner calla lo del enlace de D. Jaime con Doña Isabel y desnaturaliza los hechos (cap. CLXXVII). Compárese con los historiadores generales, y véase de qué manera distinta lo cuentan éstos, apoyados en documentos.

dez, Anglesola y otros; en Tortosa había los bandos de los Garidells, Carbó y Puig, que traían revuelta toda aquella comarca; y se habían levantado dos poderosos partidos, en favor uno de Roger de Lauria, y otro de Bernardo (quizá Berenguer) de Sarriá. Mucho trabajo le costó al rey calmar aquellos disturbios. Dícese que lo consiguió, pero momentáneamente. Ya veremos luego, cómo no tardaron en levantarse otros más poderosos.

Los principios del año 1292 fueron señalados por la paz que se concertó entre D. Jaime y la señoría de Génova. Firmaron esta paz y alianza, como embajadores de sus respectivos países, Guillén Durfort y Bernardo de Fonollar, por parte del rey de Aragón; Oberto de Spinola y Conrado d' Oria, por parte de la república genovesa.

No descuidando D. Jaime la defensa de Sicilia y de Calabria, dió el cargo de gobernador general de este último punto á D. Blasco de Alagón, noble aragonés, hombre de un valor á toda prueba y de una capacidad y prudencia consumadas. Es, realmente, Blasco de Alagón una de las grandes figuras de aquella época. Al llegar á Calabria, algunos de sus émulos trataron de impedir que tomase el mando de las tropas, pero un hecho de armas importante le consiguió el aprecio general. Acometió á los franceses, que tenían sitiada la población de Montalto; los arrolló y desbandó, é hizo prisionero á su caudillo Guido de Primerano. Esto no obstante, por manejos de esa ralea de envidiosos que pululan siempre en torno á los hombres que sobresalen sobre los demás, se le acusó ante el rey de haber tomado á Montalto quebrantando la tregua que había con los enemigos, y de haber batido moneda en desdoro de la preeminencia real. Mandado venir á la corte para responder á estas acusaciones, obedeció, pero antes de

abandonar Sicilia prestó homenaje al infante D. Fadrique de que en cuanto hubiese dado sus descargos, dejando salvo su honor, volvería á la defensa de la isla.

Roger de Lauria tuvo también en este año su campaña, que no fué menos famosa que las anteriores del mismo almirante. Continuaban siendo la victoria y la fortuna sus aliadas inseparables. Terminadas las fiestas de Calatayud, Roger se vino á Barcelona, en donde se embarcó, tomando la vuelta de Sicilia á fin de ir á defender sus mares y los de Calabria. No muy lejos de Cotrón, junto á Castella, burló una emboscada que le tenía dispuesta Guillermo Estandart, capitán francés. El almirante desembarcó su gente en otro punto, y los franceses, que pensaban sorprender á los nuestros, fueron por éstos sorprendidos, trabándose un reñido combate en el que Roger quedó vencedor y Estandart derrotado y mal herido.

La campaña tan felizmente comenzada, felizmente terminó. Hizo rumbo Roger hacia Levante, y costeó la Morea, cayendo de noche sobre la ciudad de Malvasia, que entró á la fuerza y á saco; Corfú le vió cruzar con terror, pagándole tributo de sangre y de oro; en la isla de Chío puso á contribución muchas naves que halló en su puerto, llevándose presas las mejores; en Clarencia abrió mercado de prisioneros, vendiendo los unos y permitiendo que fuesen rescatados los otros; y después de un combate en el puerto de Modón, en el que salió victorioso, regresó á Mesina, como de costumbre, cargado de gloria, de botín y de despojos.

Bien pronto se halló D. Jaime de Aragón en un trance parecido al de su hermano D. Alfonso. Las armas de Francia, las artes de Roma, la intervención del rey de Castilla, que se prestó á hacer las veces de mediador, como el de Inglaterra en el otro reinado, hicieron que D. Jaime se aviniese á tratar con sus enemigos. Volvie-

ron á entablarse negociaciones de paz, ya que la anterior se había frustrado.

«Era difícil al de Aragón, ha dicho un escritor ilustre, lograr la paz á buen partido en aquel estado de cosas. La unión tan estrecha entre las cosas de Nápoles y Francia; la adhesión de los papas á su partido, por el dominio directo que afectaban sobre la Sicilia; el entredicho puesto en Aragón, y la investidura dada á Carlos de Valois, no consentían concierto ninguno que no tuviese por base la renunciación de la isla, á menos que D. Jaime consiguiese en la guerra unas ventajas tales, que obligasen á sus adversarios á consentir en la cesión de aquel estado. Pero estas ventajas no podían esperarse del poder que le asistía, y mucho menos de su espíritu, que estaba muy distante de la magnanimidad, entereza y valor del gran D. Pedro su padre.»

Cierto es lo que ha dicho Quintana en su vida de Roger de Lauria. La situación era difícil para el monarca aragonés, y no era hombre éste que estuviese á la altura de las circunstancias. Comenzó á dar oídos á la paz, tras de la cual había para él un abismo, y tras de la cual también había para la CORONA DE ARAGÓN una guerra más terrible, más sangrienta, y sobre todo, más fratricida que la que se pretendía evitar.

Bonifacio de Calamandrano, gran maestre de los caballeros hospitalarios de Jerusalén, había venido á estos reinos en nombre del Papa y del rey de Nápoles, para tratar de persuadir á D. Jaime, y éste, que con sobrada facilidad se dejó persuadir, envió á Sicilia al caballero catalán Gilaberto de Cruillas, á fin de que comenzara á propagar y sembrar ideas favorables á su proyecto [1]. A la primera nueva de lo que se preparaba, difundida co-

1 Amari, tomo II, pág. 56.—Zurita (cap. V del lib. V) dice que el embajador fué Gisperto de Castellet.

mo un rayo por la isla, Sicilia toda se alarmó. El pueblo de las Vísperas iba á ver destruída la beneficiosa cosecha de su revolución. ¿De nada debían servir tanta sangre derramada, tantos esfuerzos hechos en pro de una noble causa, tantas victorias conseguidas?

Reunido apresuradamente el parlamento, se acordó enviar una solemne embajada al rey D. Jaime, para solicitar de él que no diese oídos á sus enemigos, ó bien que pusiese en su lugar á D. Fadrique, á quien profesaba particular cariño el pueblo siciliano, y de quien fundadamente se esperaba que sabría ser digno sucesor de D. Pedro *el Grande*. Los embajadores nombrados fueron tres mesineses, Federico Rosso y Pandolfo de Falcón, caballeros, con Roger Geremía, jurisconsulto; y tres palermitanos, los caballeros Hugo de Talach y Juán de Caltagirone, con el ciudadano Tomás Guillermo [1].

Los enviados del pueblo de Sicilia se presentaron al rey en Barcelona, según Amari; en Lérida, á tenor de lo que escribe Zurita. Llevó la palabra Pandolfo de Falcón; pero su discurso, rebosante de energía, dignidad y sentimiento, no conmovió al monarca, quien creyó apaciguar á los embajadores diciéndoles que se estaba tratando de dejar á D. Fadrique la isla de Sicilia, lo cual no era cierto, á juzgar por las consecuencias.

En efecto; poco después de haber dicho esto á los enviados de Sicilia, fué el rey á tener una entrevista con Carlos de Anjou, su antiguo prisionero. Viéronse ambos reyes en la raya del Rosellón, entre el collado de Panisars y la Junquera, á últimos de Noviembre de 1293.

No pudo averiguarse lo que en estas vistas se trató, por lo muy secreto que lo guardaron entrambos; pero escriben los historiadores italianos que Carlos se presen-

1 Zurita cita con alguna equivocación estos nombres.

tó con ánimo de hacer cuantos sacrificios pudiese para alcanzar que D. Jaime renunciase á la posesión de la Sicilia, sin cuyo preliminar era imposible acordar algo, ya que las Cortes de Roma y Francia ponían esta condición como indispensable. El monarca aragonés, dicen, se dejó fácilmente persuadir, y prometió que haría cuanto estuviese en su mano para que consintieran su madre Doña Constanza y su hermano D. Federico, á quienes efectivamente, y con este objeto, despachó un embajador, que fué, según unos, Ramón de Vilanova, y según otros, Ramón de Vilaregut. D. Jaime prometió más, escriben, y fué comprometerse á reducir á Sicilia por las armas, si persistía ésta en no aceptar la soberanía de la casa de Anjou.

Los dos reyes se separaron contentos y satisfechos uno de otro, marchándose Carlos de Anjou á preparar el terreno para que se realizara lo pactado en esta entrevista, y viniéndose D. Jaime á Barcelona, donde no tardó en recibir embajadores del rey de Francia.

El estar vacante la Sede pontificia fué únicamente lo que retardó las negociaciones. Volvió entonces á intervenir D. Sancho de Castilla, cuya mediación en aquel asunto no era por cierto tan desinteresada ni tan noble como lo fuera un día la del rey de Inglaterra. D. Sancho veía en la mediación su propio negocio. Como el de Aragón había abandonado la causa de los infantes la Cerda, temía no la hiciese suya el francés, y agitábase por esto D. Sancho buscando ocasiones de contraer méritos que le hiciesen acreedor á la gratitud de la Francia. El castellano invitó al aragonés á una entrevista en Logroño; pero no debió portarse muy lealmente en ella D. Sancho, si hemos de dar crédito á los analistas aragoneses. Dicen éstos que D. Jaime fué á la conferencia sin la menor desconfianza y casi solo, mientras que el de Castilla, por lo contrario, acudió con buena hueste como si

fuese á entrar en campaña; y añaden que, con ruegos que tenían todo el aire de amenazas, obligó el castellano al aragonés á que le concediera cuanto quiso, resultando de esto el relevar el último al primero de la obligación en que estaba de auxiliar con 500 hombres á Aragón contra Francia si se rompía la guerra. Cuentan, finalmente, que conociendo ser D. Jaime fuerza y no convenio lo que allí se practicaba, protestó en secreto ante testigos y firmó en público lo que se le pedía, partiéndose muy enojado con D. Sancho y tomando pretexto de este lance para negarse á consumar el matrimonio con Doña Isabel.

Sin embargo, á esto último debió contribuir la conveniencia del rey de Aragón, ya que ninguna duda puede quedar de que en su entrevista con Carlos de Anjou en el Coll de Panisars se avino á contraer matrimonio con una hija de éste, reanudándose el proyecto años antes tratado cuando Carlos estaba preso en el castillo de Cefalú. Ya en esta conferencia quedó, sin duda, resuelto que el Papa negase la aprobación al enlace del rey de Aragón con Isabel de Castilla por grado de parentesco.

De Logroño se volvió D. Jaime á Zaragoza, y de este punto pasó á Tarragona. Cataluña estaba entonces ardiendo en bandos que aterraban y destruían el país. De un lado estaban, como capitanes, Armengol, conde de Urgel; Pons Hugo, conde de Ampurias; Álvaro, conde de Ager; Guillén y Pedro de Moncada; y del otro Ramón Folch, vizconde de Cardona; el conde de Pallars, Ramón de Anglesola, Dalmau de Rocabertí y el vizconde de Bas. El rey desde Tarragona trató de ponerles en paz y les mandó requerir á todos que, según lo acordado en las Cortes de Barcelona de 1291, cumpliesen con las treguas de dos años para dar lugar á las paces y decisión de las pretensiones, y, al decir de un cronista, esto

bastó para que dejasen las armas, dando lugar al derecho [1].

CAPÍTULO II.

El papa Celestino V.—Es elegido papa Bonifacio VIII.—Entrevista del infante D. Federico con el Papa.—Tratado de paz con la Iglesia, Francia y Nápoles.—Cortes en Barcelona.—Preparativos para recibir á la reina Doña Blanca.—Matrimonio del rey con Doña Blanca de Nápoles.—Embajada de los sicilianos al rey.

(1295.)

Celestino V, el humilde y virtuoso Celestino V, como le ha llamado un escritor catalán, fué elegido papa en Perusa el 5 de Julio de 1294, después de haber estado vacante cerca de dos años la Sede pontificia. Una de las primeras pruebas de su humildad fué entrar en Aquila montado en un asno, pero llevaban á éste de las riendas dos reyes, Carlos II de Nápoles y Carlos Martel de Hungría. A 1.° de Octubre de dicho año aprobó el tratado de la Junquera entre los reyes de Aragón y Nápoles; mas bien pronto le convino al último de estos monarcas apoyar la ambición del cardenal Benito Gaetano, al cual oyera decir un día que Celestino había querido, pero no había sabido ayudar á la casa de Anjou, mientras que, á hallarse él en su lugar, quería, podría y sabría hacerlo.

Poco después de esto, se supo que en la estancia del cardenal Benito Gaetano se había oído una voz del cielo mandándole que se ciñera la tiara; Carlos de Anjou se agitó para que se proclamase papa al escogido del Señor; Celestino V abdicó el 13 de Diciembre de 1294,

1 Feliu de la Peña, lib. XII, cap. IV.

y el 24 del mismo mes los cardenales nombraban papa á Benito Gaetano, que tomó el nombre de Bonifacio VIII.

Una de las primeras disposiciones del Papa fué la de proponer una entrevista á Federico, lugarteniente entonces de Sicilia por el rey de Aragón, que, como es sabido, era el que los sicilianos deseaban colocar en el trono. Federico se presentó en Velletri á Bonifacio VIII, acompañado de Roger de Lauria. Recibióles el sagaz Pontífice con grandes muestras de afecto y de cariño: cogió con ambas manos la cabeza de Federico besándole en la frente, y le dijo al verle tan gallardo y airoso con su armadura:—«Bien se conoce, gentil mancebo, que desde niño estáis acostumbrado á llevar el peso de las armas.» En seguida, volviéndose hacia Roger, le preguntó si era aquel famoso enemigo de la Iglesia, y ¿por qué había derramado tanta cristiana sangre? A lo cual, sin inmutarse y lacónicamente, contestó el almirante:—«Padre, porque los papas lo han querido [1].»

Apartó en seguida Bonifacio á solas al infante, y después de una hora de conferencia, llamando á los que le habían acompañado, les dijo que ya eran vasallos de la Iglesia y que no debía pesarles, pues él cuidaría muy especialmente de ellos por habérselo así rogado D. Jaime de Aragón. Poco satisfechos quedaron los sicilianos con las buenas palabras del astuto Pontífice, y disgustados se apartaron de él; pero no así el infante D. Federico, á quien el Papa supo llenar la cabeza de gratos sueños é ilusiones prometiéndole, en cambio de Sicilia, hacerle emperador de Oriente y darle por esposa á Catalina de Courtenay, hija de Felipe, último emperador latino. Sin embargo, no tardó Federico en conocer que se trataba de engañarle, pues al fin y al cabo el impe–

1 Amari, tomo II, pág. 65.

rio que el Papa le daba era preciso comenzar por conquistarlo á los griegos y arrojar de él á su poseedor Paleólogo, y que la esposa que le ofrecía, no había sido consultada en su voluntad; pues, cuando supo que se había dispuesto de su mano sin decírselo, contestó que una princesa sin estados no debía enlazarse con un príncipe también sin estados.

Esto no obstante, antes de que las cosas se aclarasen y se conociera su astucia, tuvo tiempo suficiente el Papa para hacer que se firmase la paz, basada sobre lo acordado por los reyes de Aragón y de Nápoles en sus vistas de la Junquera.

En 5 de Junio de 1295 firmaban el tratado de paz en Agnani los embajadores de Aragón, Nápoles y Francia. Sus artículos eran los siguientes:

D. Jaime II de Aragón no debía ya celebrar su matrimonio con Doña Isabel, infanta de Castilla, sino tomar por esposa á Doña Blanca, hija de Carlos II de Nápoles, á la cual se daba en dote 25.000 marcos de plata en el acto, y tres veces la misma cantidad en diferentes plazos.

Obligábase el mismo D. Jaime, en la forma y modo que el Papa dispusiese, á devolverle la Sicilia, la Calabria y sus islas y tierras adyacentes, tales como estaban antes de la revolución de las Vísperas.

Prometía el mismo rey al de Francia, Felipe *el Hermoso*, y á Carlos de Valois, su hermano, al Papa y á Carlos de Nápoles, vivir no sólo en buena paz con ellos y olvidar y remitirse mutuamente con los mismos las injurias recibidas, sino también ayudarlos, si era necesario, para obtener la sumisión de la Sicilia.

El rey de Francia y Carlos de Valois, su hermano, renunciaban por sí y sus sucesores á la donación que de los dominios pertenecientes á la Corona de Aragón les había hecho el papa Martín IV.

Carlos de Anjou se comprometía á conseguir que la Sede pontificia levantase las sentencias de excomunión, fulminadas contra el rey D. Pedro *el Grande* y sus hijos, los defensores de los mismos, y los pueblos que no se hubiesen salido de su obediencia, y también prometía obtener dispensa para el clero que había continuado en el ejercicio de sus funciones á pesar del entredicho.

El propio rey Carlos daba la seguridad de que el Papa enviaría á Aragón, persona que como delegado de la Sede apostólica, llevase solemnemente á cabo las revocaciones anteriores.

Prometía también dicho rey, en nombre de la corte de Roma, que ésta perdonaría, no solamente al rey de Aragón, á su hermano D. Federico y á la madre de entrambos, sino á todos los sicilianos que se habían insurreccionado contra los franceses y hecho armas contra el Papa; que se respetarían los hechos consumados, y que se daban por no escritas las obligaciones contraídas en los anteriores convenios.

El rey de Francia y su hermano Carlos de Valois ofrecían al de Aragón paz y amistad, y la renovación de los antiguos usos relativos al comercio entre los moradores de entrambos reinos.

El monarca aragonés, aunque aceptaba esta paz y prometía por su parte cumplirla, no respondía de lo que hiciesen algunos de sus ricos-hombres, barones y caballeros, á tenor de las leyes de este país, según las cuales podían aquéllos abandonar estos reinos y pasar al servicio de otros señores.

Los reyes de Francia y de Nápoles daban por nula cualquiera cesión, venta ó traspaso que hubiesen hecho en virtud de la investidura y donación de Martín IV, y renunciaban asimismo á toda reclamación por gasto que hubiesen hecho á fin de dar cumplimiento á los mandatos de dicho Pontífice.

El Papa daba como disuelto, por mediar impedimento de tercer grado, el matrimonio concertado entre Don Jaime II y Doña Isabel, hija del rey de Castilla.

El mismo Papa, aunque en cláusula secreta, prometía al rey de Aragón hacerle donación de las islas de Córcega y Cerdeña, en remuneración de lo que por otra parte perdía.

El rey de Francia, en otra cláusula también secreta, firmó alianza con el aragonés para hacer la guerra al rey de Inglaterra, obligándose á no auxiliar al castellano si éste movía guerra al aragonés.

Y por último, se convino en que el Papa retuviese en nombre de la Iglesia el valle de Arán, hasta haberse probado si le habían ocupado los franceses declarada ya la guerra, en cuyo caso debía restituirse al aragonés; mas no si de una información resultase haberlo sido antes.

Por haber manifestado el rey de Francia que no podía honrosamente firmar la paz, si el Papa no disponía y acordaba con el aragonés la manera como el desposeído rey de Mallorca fuese reintegrado en la posesión de las Baleares, se entendió el Pontífice con el rey de Aragón sobre este asunto, acordándose que esta restitución se hiciese de manera que los derechos recíprocos quedasen en el ser y estado antiguos; que no volviesen á ser admitidos los moros echados de Menorca, y que las donaciones hechas por D. Alfonso *el Liberal* ó por D. Jaime, quedasen anuladas [1].

1 Como quedaba D. Jaime de Mallorca feudatario de Aragón, consta que, antes de volver á tomar las riendas de su estado, creyó D. Jaime deber protestar en un acto recibido el 10 de las kalendas de Setiembre de 1295, por Miguel Roland, notario de Perpiñán, contra la violencia que le hiciera su hermano D. Pedro cuando le obligó á sujetar al Aragón el reino de Mallorca, instituído libre é independiente por su padre, contra todos los actos que se habían seguido, y contra el nuevo homenaje á que se le obligaba para restituirle sus estados. El secreto de esta protesta, si era clandestina, como dice Vaissette, no estuvo tan

Esta fué la que un cronista llama *paz decorosa*, la que dice haberse hecho para salvar á la cristiandad de una guerra cruel. Sin embargo, en esta *paz decorosa* todo se había salvado, menos la honra de Aragón. Sin embargo, esta paz era la guerra, ó por mejor decir, eran tres guerras: una fratricida contra la Sicilia y los catalanes y aragoneses que su causa apoyaban, otra contra Castilla, otra contra Inglaterra. A más, se perdía el fruto de las expediciones á Sicilia y á las Baleares. ¡Si el gran D. Pedro hubiese podido levantar la losa de su sepulcro!

El rey convocó Cortes en Barcelona para confirmar la paz. Se han equivocado algunos modernos historiadores al decir que tan cansados estaban los pueblos de hacer sacrificios, que en ellas no se levantó ninguna voz contra aquel tratado. Éste se aprobó, pero no sin dejar de manifestarse que el rey había sido engañado y seguía mal consejo, pues dejaba lo que tenía, que era cosa importante, por recibir de otro lo que se le prometía y se había de conquistar por las armas, aludiendo á Córcega y Cerdeña.

Estando el rey en Barcelona envió embajadores á Daroca, donde se hallaba Doña Isabel, que hacía cuatro años se titulaba reina de Aragón, con su madre Doña María, viuda de D. Sancho *el Bravo*, muerto poco hacía en la ciudad de Toledo. Notificóse á estas princesas lo resuelto, y mientras tomaban ellas la vuelta de Castilla, comenzaron á hacerse grandes y sorprendentes preparativos para recibir como reina de Aragón á aquélla á quien Muntaner llama *sancta regina madona Blanca de sancta pau, que sancta pau é bonaventura vench per ella á tota la terra;* palabras cándidamente escritas,

guardado que no llegase á noticia del rey de Aragón, siendo éste el motivo por el que este monarca retuvo aún cuatro años más los estados de D. Jaime, no haciéndose definitivamente la restitución hasta Junio de 1298. (V. Henry, tomo I, págs. 189 y 190.)

pero que son un sarcasmo cruel contra la patria. La santa paz y la buenaventura que trajo á esta tierra la santa reina Doña Blanca del Muntaner, fué una desastrosa guerra con nuestros hermanos de Sicilia. Malaventura, que no buena, debía traer forzosamente á la casa de Aragón el enlace de un hijo de D. Pedro con la nieta de aquel Carlos de Anjou, su mortal é implacable enemigo. No es extraño que se dispusieran grandes y ruidosas fiestas para celebrar aquellas bodas. Era preciso ahogar entre la algazara el grito de la conciencia real; era preciso adormecer al pueblo con júbilo y con regocijos, para que no tuviera conciencia del paso fatal que acababa de dar su monarca.

Doña Blanca vino en seguida á este país, saliendo el rey á buscarla hasta los Pirineos, hasta aquel famoso Coll de Panisars, teatro por cierto de bien diversas escenas pocos años antes, cuando D. Pedro con un puñado de valientes cerraba las puertas de Cataluña á los que ahora entraban en ella como amigos y poco menos que en triunfo. Las bodas se celebraron el 29 de Octubre de 1295, en el monasterio de Villa Bertrán, donde el rey mandó construir una sala de madera, «la más bella que de este género se hubiese construído jamás,» dice Muntaner, para quien todo lo que atañe ó pertenece á los reyes es lo más bello, lo más noble, lo más grande y lo más santo. No muy lejos de Villa Bertrán se alzaban mudas y solitarias las ruinas de Peralada, cuyos restos, ennegrecidos aún por las llamas, guardaban triste memoria de aquella hueste venida con tanto estruendo y tanta ruina para intentar la conquista de un reino, que tan desenfadadamente había luego de partir D. Jaime II con la Doña Blanca de la *santa paz*. También fué un extraño sitio el que escogió el hijo de D. Pedro para celebrar su alianza y su enlace con el hijo y con la nieta del mortal enemigo de su padre y de su casa.

Sólo un incidente turbó, aunque muy ligeramente según parece, la alegría de las bodas. Así que en Sicilia se tuvo noticia de haberse acordado la paz, reunióse apresuradamente parlamento, y por si aún era tiempo de enmendar algo, se envió á D. Jaime una embajada que la componían Cataldo Rosso, Santoro Bisalá y Hugo de Talach [1]. Los mensajeros del pueblo siciliano llegaron á Barcelona cuando el rey había salido para recibir á su novia; fueron tras de él y comparecieron á su presencia en Villa Bertrán, precisamente en los momentos en que todo era júbilo, y fiesta, y alegría, y algazara.

Las crónicas no dicen que se turbara D. Jaime al ver aparecer, tristes y severos, aquellos embajadores, que debieron, sin embargo, ofrecerse á sus ojos como encarnación del remordimiento de su conciencia [2]. Expuesta la demanda del parlamento siciliano, el rey contestó que ya no había lugar, pues había hecho renuncia de los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Carlos *de Sicilia*, su suegro.

Oyeron esta nueva los mensajeros, en medio de estar ya preparados para oirla, como si recibieran sentencia de muerte, y es fama que entonces Cataldo Rosso, después de haber pronunciado aquellas tristísimas palabras de Jeremías: «Oh vosotros que pasáis por la vía, decid si hay dolor que iguale al dolor mío,» prorrumpió en estas sentidas frases ante los ricos-hombres, barones, caballeros y altos dignatarios de la corte que rodeaban en aquel momento al rey:

«¡Con que en vano ha sido sostener tan grandes guerras, verter tanta sangre y ganar tantas batallas, si al fin los mismos defensores que elegimos, á quienes jura-

1 Amari, tomo II, pág. 71.

2 Muntaner, como ya se supondrá, no habla de esta embajada.

mos nuestra fe, y por quien con tanto tesón hemos combatido, nos entregan á nuestros crueles enemigos! No ganan, no, á Sicilia los franceses, tantas veces derrotados por mar y por tierra; el rey de Aragón es quien la abandona, teniendo menos aliento para sostener su buena fortuna que perseverancia y tenacidad sus contrarios para contrastar la adversidad de la suya. Afirmado, como lo está, el reino de Sicilia; conquistada la Calabria toda, y la mayor parte de las provincias vecinas; vencedores siempre que hemos combatido, nada nos faltaba á los sicilianos sino un monarca que nos tuviese en más precio y supiese estimar su prosperidad. ¡Desventurados! ¿Qué nos puede valer ya por nuestra parte delante de un rey, que confunde todas las leyes divinas y humanas, y no sólo abandona á sus más fieles vasallos, sino que pone á su madre y hermanos en poder de los enemigos? ¡Qué de atrocidades no harán cometer la rabia y la venganza á estos hombres, ya antes tan soberbios y crueles, cuando vuelvan á nuestras casas y las vean teñidas aún con la sangre de los suyos! Decid, ¿á quién queréis que nos demos? ¿Será á aquél que, siendo príncipe de Salerno, y prisionero por vuestra causa, y á presencia vuestra, condenamos á muerte? ¿Entregaremos vuestra madre y hermanos al hijo de aquél que en un día quitó el reino y la vida al rey Manfredo su padre? Pero la miseria y la injusticia producen al fin la independencia. Los pueblos de Sicilia no son un rebaño vil que se compra y se enajena por interés y dinero. Buscamos á la casa de Aragón para que fuese nuestra protectora; le juramos vasallaje, y con su ayuda arrojamos de la isla á los tiranos y castigamos sus atrocidades. Si la casa de Aragón nos abandona, nosotros alzamos el juramento de fidelidad que le hicimos, y sabremos buscar un príncipe que nos defienda: desde este momento no somos vuestros ni de quien vos queréis

que seamos; mandad que se nos entreguen las fortalezas y castillos que se tienen por vos ahora; y libres y exentos de todo señorío, volvemos al estado en que nos hallábamos cuando recibimos por rey á D. Pedro vuestro padre.»

Así habló Cataldo Rosso, ó por mejor decir, así habló y así debía hablar por su boca el pueblo de las Vísperas. Este valiente discurso no conmovió al rey Don Jaime. Contestó á los embajadores, pausadamente y deteniéndose en cada palabra, que no le pusiesen mal en la opinión de los sicilianos por lo hecho, en que no había remedio; que tratasen bien á su madre y á su hermana, y que tocante á su hermano D. Federico ni les pedía ni rogaba nada; pues siendo D. Federico caballero, y los sicilianos quienes eran, uno y otro sabrían cumplir con su deber.

Los mensajeros sicilianos se retiraron entonces para regresar, vestidos de luto, á sus hogares, y D. Jaime fué á esconder el rubor de su frente y á sosegar el grito de su conciencia en los brazos de su muy amada esposa la Doña Blanca *de la santa paz*.

CAPÍTULO III.

Aprestos de guerra con Castilla.—Federico es coronado rey de Sicilia. —Victorias de los sicilianos.—El rey de Aragón nombrado gonfalonero de la Iglesia.—Guerra con Castilla.—Toma del castillo y plaza de Alicante.—Conquista del reino de Murcia.—Publicación de la empresa contra Sicilia.—Deserción de Roger de Lauria.—Bodas de la infanta Violante con Roberto de Anjou.—El rey de Aragón recibe del Papa la investidura de los reinos de Cerdeña y Córcega.—Muerte de Doña Constanza.—Absolución de Roger de Lauria.—Disturbios por la sucesión del condado de Pallars.—Embajadores del rey de Sicilia al de Aragón.—Noble conducta de D. Blasco de Alagón.—Roger de Lauria derrotado por Blasco de Alagón.

(1296 Y 1297.)

Cuantos pudiesen ser amigos de la paz, y desearla, debieron convencerse bien pronto de que no era el tratado que acababa de firmar D. Jaime el que estaba destinado á dársela. Duraba aún el rumor de las fiestas celebradas por el matrimonio del rey, al cual siguió el de su hermano el infante D. Pedro con Guillermina de Moncada, hija del vizconde del Bearn, cuando creyó necesario D. Jaime, atendido que era inminente el rompimiento con Castilla, enviar á Berenguer de Sarriá á guarnecer con numerosa hueste las fronteras.

Mientras tanto, Sicilia, abandonada á sí misma, comenzaba por nombrarse un rey, eligiendo á D. Federico, en quien, al ceñirse la corona, pareció haberse refugiado todo el genio político, militar y emprendedor de su padre el gran D. Pedro. Comprendió los deberes que le imponía aquella corona que un pueblo valiente le daba, y con ánimo sereno y con firme corazón se dispuso á hacer frente á un tiempo á las fuerzas que

debían hacer caer sobre él Roma, Nápoles, Francia y Aragón. Tenía un enemigo más que su padre, y este enemigo debía ser desgraciadamente su propia patria.

Al tener noticia de la coronación de su hermano, D. Jaime envió mensajeros á Sicilia para obligar á todos los gobernadores catalanes y aragoneses á hacer entrega á la Iglesia de las plazas que tenían encomendadas, pero pocos fueron los que tal orden obedecieron. La Iglesia, por su parte, no se cuidó de enviar gobernadores que se apoderasen de ellas. Bien es verdad que el Papa dió encargo á sus mensajeros expresamente nombrados para que se presentasen en Sicilia á persuadir al pueblo que volviese á aceptar el yugo de sus primitivos señores, pero tuvieron que abandonar la isla para no ser víctimas del furor popular.

D. Federico nombró canciller á Conrado de Llansa [1], almirante del reino á Roger de Lauria, y caudillos superiores de su ejército ó generales al conde de Catanzaro y á Blasco de Alagón, que abandonando á D. Jaime había pasado secretamente á Sicilia para ponerse á las órdenes de su nuevo rey. Otro de los catalanes que acudió á servir á D. Federico fué el conde de Ampurias, Pons Hugo [2].

1 Zurita y otros, siguiendo á un antiguo historiador siciliano, dicen que Federico confirmó en su oficio de gran canciller á Juan de Prócida; pero por los documentos aducidos por Amari se ve que fué nombrado Conrado de Llansa para este cargo. Y así debía ser, ya que el de Llansa era fiel al nuevo rey de Sicilia, mientras que Prócida estaba ya entonces en el bando contrario.

2 Pons Hugo III, conde de Ampurias, fué en efecto de los que acudieron á prestar el apoyo de su consejo y de su espada á Federico de Sicilia, el cual encuentro que le nombró conde de Esquilache. A este Pons Hugo dirigió entonces, según parece, D. Federico aquellos versos en provenzal de que ya se ha hablado, contestándole el de Ampurias con otros. Milá, en sus *Trovadores de España*, págs. 430 y siguientes, copia sólo algunos de estos versos, tomándolos sin duda de Raynouard;

La victoria, que parecía decididamente empeñada en proteger la noble y justísima causa de aquel pueblo tan digno de ser libre y de ser feliz, coronó las primeras armas de D. Federico. Este peleaba como el último de sus soldados y compartía con ellos las penalidades y sufrimientos de la campaña.

Esquilache, Catazaro, San Severino, Rosano y otras plazas, hubieron de rendirse á sus armas. Voló la fama y el terror que infundieron estas victorias por toda Ita-

pero distan mucho de estar completos y hay algunas equivocaciones, cometidas antes que por Milá por Raynouard, las cuales alteran algo el sentido. Las dos poesías están completas en los documentos de Amari, que las copió de la biblioteca laurenciana de Florencia (códice XLII, pág. 63). Leyéndolas en Amari, es como puede hacerse uno cargo de toda su importancia histórica y política. Federico expresa en su poesía que no le asusta la guerra; manifiesta esperanzas de que algunos parientes suyos vayan á auxiliarle, y se lamenta de que otros (aludiendo á su hermano D. Jaime) se declaren contra él. D. Federico dice que terminará la empresa noblemente comenzada por su padre, y que el reino de Sicilia le pertenece de derecho. La poesía de Pons Hugo de Ampurias va dirigida al rey, como lo prueban sus primeros versos:

A l' onrat rei Frederic terz vui dir
Qu' a noble cor nos taing poder sofragua
Peire comte, etc.

Este conde Pedro, por cuyo conducto Pons Hugo dirige sus versos al rey, no puede ser otro, á juicio de Amari, que el conde Pedro Llansa, hijo de Conrado Llansa, hecho conde de Caltanissetta el día de la coronación de D. Federico. El de Ampurias alienta al rey á seguir valientemente en su empresa. Milá llama á éste conde de Ampurias, como ya he dicho, Pons Hugo IV, y dice que acompañó á D. Jaime á Roma y en la expedición contra Sicilia. Creo que es una equivocación de este autor, muy fácil por otra parte. Mayores las habré yo cometido sin duda, y no por el vano deseo de enmendar la plana de dicho autor la corrijo, sino para impedir que se propague un error involuntario, ya que, por haber caído en él Milá, podría tomarse como verdad lo suyo y como yerro lo mío. Pons Hugo fué el III de este nombre y no el IV, que no lo hubo en los condes de Ampurias, y no hizo armas contra Sicilia sirviendo á D. Jaime, sino que desde el principio se puso en favor de Sicilia, haciendo armas, por el contrario, contra D. Jaime (II).

lia, la mitad de la cual habría acabado por rendirse al vencedor hijo de D. Pedro, si el almirante Lauria no hubiese abandonado su servicio y el rey de Aragón no hubiese hecho armas contra él.

El papa Bonifacio VIII, echando mano de todos los recursos que le procuraba su sagaz política, nombró á D. Jaime de Aragón gonfalonero ó general en jefe de las tropas de la Iglesia y almirante de su escuadra contra infieles y demás enemigos de Roma. Mucho debió de complacer á D. Jaime este nombramiento; halagóle el verse preferido á reyes y emperadores, y lo pagó ofreciéndose á combatir contra su sangre, es decir, disponiéndose á pelear sin tregua ni descanso hasta haber arrancado la Sicilia del poder de su hermano D. Federico.

No pasó, con todo esto, nuestro rey tan prontamente contra su hermano, por andar entonces muy ocupado en la guerra de Castilla, ya que había renovado con su primo D. Alfonso de la Cerda, pretendiente á dicha corona, los tratos hechos en tiempo de Alfonso *el Liberal*. El pretendiente y el infante aragonés D. Pedro se habían internado en el reino de Castilla, poniendo sitio á la plaza de Mayorga [1]. Esta expedición fué desgraciada. Con los calores de aquel verano encendióse tal mortandad y pestilencia en nuestro campo, que perecieron muchos de los principales capitanes, entre ellos el infante D. Pedro, D. Jimeno de Urrea y D. Ramón de Anglesola, que habían dado en aquella jornada grandes muestras de su valor.

Más afortunada fué otra expedición dirigida por el rey

1 Ortiz de la Vega, cap. VI del lib. VII de sus Anales, corrige el error cometido por Muntaner en su cap. CLXXXVII, al decir que Don Alfonso y D. Pedro pusieron sitio á la ciudad de León. Esta ciudad, dice Ortiz, había abierto sus puertas al pretendiente sin necesidad de expugnación ni de sitio.

D. Jaime en persona contra Murcia, reino que debía ser de Aragón á tenor de lo pactado con el pretendiente la Cerda. D. Jaime entró por fuerza de armas en Alicante y tomó posesión de su castillo, á tiempo que la armada catalana aseguraba toda aquella costa. Cuéntase que en la toma del castillo de Alicante, bizarramente defendido por su capitán gobernador D. Nicolás Pérez, el monarca aragonés se portó como un héroe, siendo de los primeros en escalar el muro y precediéndole sólo un caballero catalán llamado Berenguer de Puig Moltó.

Siguió D. Jaime en su empresa, y con facilidad se apoderó de Elche y de las demás poblaciones de aquel reino, exceptuando las de Alcalá, Lorca y Mula, rindiéndosele por capitulación la misma ciudad de Murcia. Tan rápida como feliz fué esta expedición, llevada á cabo durante el mes de Julio. Á 2 de Agosto era ya Don Jaime dueño del reino, y á 18 del mismo mes estaba de regreso en Valencia, después de haber dejado á Don Jaime Pérez por lugarteniente del país conquistado y capitán de aquella frontera. Entre los caballeros catalanes que más y mejor se distinguieron en esta empresa, se citan los nombres de Dalmau de Castellnou, Amato de Cardona y Guillén Dufort.

Luego que el rey, de vuelta de su gloriosa expedición, llegó á Valencia, se publicó que pasaba contra la isla de Sicilia, y envió embajadores á la reina Doña Constanza, su madre, y al rey D. Federico, su hermano, á quien daba sólo el título de infante, diciéndoles que él se dirigía á Roma para entender en los negocios de la paz y pidiéndoles que se dispusiesen á verse con él. Á D. Federico le pedía que se avistase con él en alguna de las islas de Ischia ó Prócida. Llevaban también los embajadores cartas particulares para el almirante Roger de Lauria. Decíale el rey en ellas que persuadiese á D. Federico para que consintiese en la conferencia, y

parece que le hacía grandes ofertas instándole á abandonar el servicio del *infante* para pasarse al suyo.

Si no encontraron estas cartas buena acogida en Don Federico, la hallaron en Roger de Lauria, que andaba entonces muy descontento con su rey. Cedamos la palabra al ilustre biógrafo del célebre almirante.

«Para tratar de lo que el rey de Aragón proponía, dice Quintana, se celebró parlamento en Chaza [1], y en él Roger habló largamente sobre la conveniencia y utilidad de acceder á los deseos del rey de Aragón, á quien así D. Federico como toda la Sicilia debían reconocer por superior. Las razones en que el almirante fundó su parecer eran tomadas de la pujanza de aquel príncipe, de la flaqueza de la Sicilia y de la esperanza que podía haber en que se venciese por las súplicas y amonestaciones de su hermano para no entregarlos á los enemigos. Pero el parecer contrario, apoyado en el consentimiento de todos los barones y síndicos de las ciudades, dictado por la entereza y el valor, prevaleció en el esforzado corazón del rey, saliendo acordado del parlamento que no se diese lugar á las vistas, y que si Don Jaime venía armado contra su hermano, éste le recibiese á mano armada también, y la guerra decidiese su querella.

»Vuelta la corte á Mesina, Roger mostró á D. Federico una carta del rey de Aragón en que le mandaba se fuese para él, y le pidió licencia para ejecutarlo, ofreciendo delante de Conrado Llansa que solicitaría con aquel monarca todo cuanto conviniese á su servicio. Diósela el rey, y le concedió además dos galeras que pidió para ir á visitar y abastecer los castillos que tenía en Calabria antes de partir á Aragón. En su ausencia,

1 Quintana dice Chaza, tomándolo visiblemente de Zurita, que se equivocó, ó le estropearon el nombre al imprimir su obra, pues fué en Piazza donde se celebró el parlamento.

sus émulos acabaron de irritar á D. Federico en su daño: imputábanle que en su expedición á Otranto, y en aquel mismo viaje que hacía para visitar sus castillos, se había avistado con los generales del rey Carlos, y tratado con ellos en perjuicio de la Sicilia; y decían que su cuidado en pertrechar sus fortalezas, manifestaba su intención de pasarse á los enemigos. Volvió Roger á despedirse del rey, y llegando á su presencia le pidió la mano para besársela, y el rey se la negó. Pregunta la causa de aquel desaire, y D. Federico le responde que un hombre que se entiende con sus enemigos ya no es su vasallo; mándale, además, que quede arrestado en su palacio, y entonces el almirante, dejándose llevar de la ira, á que era tan propenso,—«Nadie, exclama, hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el rey de Aragón esté con ella: ni es éste el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.» Ninguno osaba llegarse á él; y, respetando al cabo la palabra del rey, se tuvo por arrestado, y se apartó á un lado de la sala en que se hallaba. Dos caballeros sicilianos, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palici, que tenían grande autoridad con el rey, salieron por sus fiadores y le llevaron á su misma casa. En la noche salió á caballo, se dirigió á una de las fortalezas que tenía en Sicilia, y las hizo pertrechar todas. Allí se mantuvo sin hacer guerra y sin pedir concierto, pagó la suma en que sus fiadores se habían obligado, y el rey, temiéndose un escándalo y movimiento perjudicial, cesó de proceder contra él.

»Los embajadores del rey de Aragón llevaban también el encargo de pedir á la reina Doña Constanza y á la infanta Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria, heredero del rey Carlos. Vino en ello D. Federico, y su madre y su hermana,

acompañadas de Juan de Prócida y Roger de Lauria, salieron á un tiempo de Sicilia. Era ciertamente un espectáculo propio á manifestar la vicisitud de las cosas humanas que á un tiempo, y como expelidos, dejasen á Sicilia la hija y la nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y su consejo había libertado la isla, y el guerrero invencible que la había defendido á costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que, saliendo de allí, se dirigiesen á buscar un asilo entre los mismos de quienes eran antes mortales enemigos. Roger perdía en la separación, no sólo los grandes estados que tenía en Sicilia, sino caudales inmensos que había puesto en poder de mercaderes. El rey D. Federico se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas á Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del almirante, que desde ellas habían empezado á hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragón, y el de vicealmirante de la Iglesia, y el estado de Concentaina, y el enlace de su hija Beatriz con D. Jaime de Ejérica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron á Roger de las pérdidas que hacía en Sicilia y le pagaron su deserción [1]. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que parecería más grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos atraído por dones y empleos, todos por cierto desiguales á su mérito y fama.»

Hasta aquí Quintana. Ya tenemos, pues, á la reina Doña Constanza, á la viuda de Pedro *el Grande* é hija de Manfredo, recogida en las tierras de aquel rey Carlos, poco antes su mortal enemigo; ya tenemos á Roger de Lauria, aquél que hasta entonces había sido un

1 El Papa le dió también en feudo la tierra y el castillo de Aci.

nuevo Atila para Roma, vicealmirante de la Iglesia, la cual cifraba ahora su esperanza en el que poco antes era su azote. ¡Miserable condición y variedad de las cosas humanas! No es, pues, de extrañar que un grave autor haya dicho, que era forzoso respetar á aquéllos que toman á juego y por cosa de comedia las historias humanas, así de los que están puestos en la más alta dignidad, como de los más humildes.

A fines de Marzo de 1297 entró en Roma el rey Don Jaime II de Aragón, y allí asistió á la ceremonia solemne con que fué celebrado el matrimonio de su hermana la infanta Doña Violante con Roberto, duque de Calabria. Estuvieron presentes la reina Doña Constanza, el rey de Nápoles, Carlos II de Anjou, Roger de Lauria y Juan de Prócida. Así se iban enlazando aquellas dos familias que por tantos años habían hecho estremecer el mundo con su ruidosa contienda. Sólo faltaba un miembro de estas dos familias: era D. Federico. A bien que á éste acababa de darle una familia el pueblo siciliano.

A tenor de lo dispuesto en una cláusula secreta del tratado de paz de 1295, aprovechóse la ocasión de hallarse en Roma el rey D. Jaime II, para darle el Papa la investidura de las islas de Córcega y Cerdeña. La ceremonia se hizo públicamente á 4 de Abril de este año, y la investidura se le dió á D. Jaime con estas condiciones: obligóse el rey á sostener á sus costas, durante tres meses, todos los años, 600 hombres armados y equipados en los estados pontificios, á las órdenes del Papa, siendo los 100 de á caballo y los demás infantes, entre ellos 100 ballesteros, á no ser que el Papa prefiriese ser servido con 5 galeras en el mar tirreno, ó tal vez en el Adriático. Por la investidura del reino de Cerdeña y Córcega, que se declaraba ser del derecho y propiedad de la Iglesia, debían el rey y sus

sucesores prestar á ésta homenaje y juramento de fidelidad y vasallaje en cierta forma expresada en la cesión. La donación é investidura debía quedar nula desde el momento que el rey ó sus sucesores dejasen de pagar durante un año un censo anual de 2.000 marcos de plata el día 29 de Junio. Declaróse en la donación que el señorío de Cerdeña y Córcega quedaba anexo en adelante á los dominios de Aragón, ya los poseyese varón, ya hembra, procedentes de legítima descendencia; y en caso de tocar el trono á una reina, debía ésta tomar estado con consentimiento del Sumo Pontífice, y con príncipe católico y amigo de Roma. Si acaecía, empero, que algún rey de Aragón fuese elegido emperador de Alemania, no podría retener aquellas dos islas.

Firmados estos tratados y alianzas, el rey D. Jaime, vasallo ya y tributario de la Iglesia, se volvió á estos reinos. Varios historiadores afirman que la reina viuda Doña Constanza se quedó en Roma, donde murió poco después; pero consta por memorias antiguas y por indisputables documentos, que en 1299 vino á Barcelona con su hijo D. Jaime, profesando en el convento de Santa Clara, y siendo enterrada á 13 de Junio de 1301 en la misma iglesia de San Francisco de Asís, que guardaba ya el sepulcro de su hijo primogénito D. Alfonso. Hija de Manfredo de Sicilia el destronado, prima de Conradino *el Degollado* y esposa de Pedro *el Grande*, Constanza fué madre de tres reyes y dos reinas.

Antes de que D. Jaime partiera de Roma, tuvo lugar otra solemne ceremonia. A 7 del mes de Abril, el cardenal Gerardo de Parma, obispo de Sabina, absolvió al almirante y á los caballeros que habían servido en las guerras pasadas, de todas las sentencias de excomunión en que habían caído como rebeldes y perseguidores de la Iglesia. Y siempre ha sucedido lo mismo en el mundo. Ya otras veces se ha hecho notar en esta pro-

pia historia que los rebeldes de la víspera son los héroes del día siguiente.

Una de las principales causas que obligaron al rey á venirse pronto á este país, fué el estar revuelto el condado de Pallars á causa de la sucesión del mismo. Los pretendientes eran tales, que estuvieron á punto de encenderse crueles guerras en estos reinos. Para juzgar de las diferencias que había, fueron nombrados jueces el conde Armengol de Urgel, el maestre del Temple y el vizconde de Cardona, y no pudiendo dar este tribunal el resultado apetecido, amparó el rey á la condesa doña Sibila para que se apoderase del condado con su esposo Hugo de Mataplana.

Hallábase D. Jaime de Aragón sobre el castillo de Leort, cuando llegaron á su presencia Arnaldo de Olmella y Jimeno de Olit, embajadores de D. Federico, para saber si debía darse éste por desafiado; y en este caso, si le estaba bien poner su desacuerdo en manos de los caballeros catalanes y aragoneses juntos en Cortes en Barcelona. A esta embajada contestó D. Jaime que en Sicilia no obraría como rey de Aragón, sino como capitán general de romanos, y que, por tanto, era Roma quien desafiaba y en Roma en donde debía conocerse de estas diferencias.

Mientras esto, Roger de Lauria, como si le tardara hacer armas contra su patria, se había pasado de Roma á Nápoles, y, al frente de la hueste que este rey le confió, internóse en Calabria con intento de ganar, por fuerza ó por astucia, los pueblos que en aquel país estaban por D. Federico y que él mismo había ayudado á conquistar. Primeramente probó con grandes ofertas y promesas á separar á D. Blasco de Alagón de sus banderas; pero le halló tan firme y decidido, como decidido y firme había encontrado el conde de Foix al vizconde de Cardona pocos años antes en Gerona. D. Blasco con-

testó que la causa de los sicilianos le había parecido siempre justa, y que no era él de los que se vendían.

Roger de Lauria abrió la campaña. Gracias á sus manejos, sin duda, la población de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos de Nápoles, y puso en tanto aprieto al presidio que guardaba el castillo, que se vió obligado á comprometerse á rendirlo si dentro treinta días no recibía socorro de su rey D. Federico. Pocos días antes de cumplirse el plazo llegó Blasco de Alagón á Esquilache, dando vista á las tropas enemigas que estaban en la plaza acaudilladas por Roger de Lauria. Éste tenía á sus órdenes 700 hombres, y Blasco de Alagón no contaba más que con 200 y una compañía corta de almogavares. Confiado el almirante en el número de los suyos y en su afortunada estrella, salió de la plaza y se arrojó impetuosamente contra D. Blasco, que, con los estandartes tendidos, se hallaba en orden de batalla delante de la población. Rudo fué el combate, feroz. Gritos de guerra extranjeros sonaban á oídos de Roger de Lauria en sus filas, y los gritos de *Aragón* y *Sicilia*, con los cuales tantas veces había llevado su gente á la victoria aquel desacordado almirante, resonaban entonces en el campo de D. Blasco. La victoria se declaró por éste. Era la primera vez que la fortuna y la victoria abandonaban á Roger como para castigarle por su deserción, yendo á orlar con inmarcesibles lauros las sienes del noble y leal guerrero aragonés. Fué aquélla la vez primera—verdad es que también fué la única—en que Roger hubo de declararse vencido.

Sus tropas fueron derrotadas, y él, herido en un brazo, cayó junto á un valladar, de donde fué recogido y salvado por un soldado que le montó en su caballo, alejándole del campo de batalla. Furioso de ira por su revés, rugiendo de cólera por su derrota, Roger abandonó la Italia y se vino en seguida á las costas de Valencia

para precipitar los medios de tomar una terrible y sangrienta venganza.

CAPÍTULO IV.

Requerimiento del rey de Sicilia á las ciudades y ricos-hombres de Cataluña y Aragón.—Preparativos contra Sicilia.—Recobra el rey de Mallorca esta isla con feudo al de Aragón.—Parte la armada contra Sicilia.—Remisión del bovaje á los catalanes.—Capitanes del ejército de la Iglesia.—Capitanes de Sicilia.—Primeros triunfos de los aliados.—Sitio de Siracusa.—Triunfos de los sicilianos.—Victoria marítima alcanzada por los sicilianos.—Levanta el rey D. Jaime el sitio de Siracusa y regresa á Cataluña.—Cortes en Barcelona.—Nuevos armamentos contra Sicilia.—Batalla naval de Cabo Orlando.—Regreso del rey á Cataluña.

(1298 Y 1299.)

En pos de Roger de Lauria vino á estos reinos un embajador de Federico, que lo fué el caballero Montaner Pérez de Sosa, con el encargo de solicitar de los ricos-hombres, caballeros y universidades que interpusiesen su valimiento para que el rey no emprendiese la guerra contra Sicilia, persuadiéndole de cuán contraria sería á su interés, á su gloria y á su conveniencia aquella funesta empresa en la que, ya venciese ó ya fuese vencido, siempre había de recaer el daño sobre sus fieles vasallos, pues los sicilianos sólo dejaban de serlo por haberles él excluído de este número.

También traía el embajador poderes del rey D. Federico para el vizconde Ramón Folch de Cardona, en quien tenía gran confianza, á fin de que en su nombre retase de traición al almirante Roger de Lauria en corte, delante del rey D. Jaime; pero Montaner no consiguió dar cuenta de su misión, teniendo que reembar-

carse y apresurar su regreso á Sicilia, á causa de haberse dado orden de prenderle en cuanto de su llegada se tuvo aviso.

Mientras tanto, aun cuando se continuaba la guerra de Castilla por nuestras fronteras, el rey, que tenía por más principal empresa la de Sicilia, mandaba juntar toda su armada para ayudar á poner en posesión de aquel reino al rey Carlos, que hacía por su parte grandes preparativos bélicos dirigidos al mismo objeto. El mundo estaba destinado á ver cómo la casa de Aragón, que á costa de tanta guerra y tanta sangre había arrancado á la Sicilia de manos de la casa de Anjou, iba entonces á promover nueva y más feroz guerra y á derramar nueva y más preciosa sangre para devolverla á aquéllos á quienes la había quitado.

D. Jaime, que tenía prisa en marchar contra Sicilia, procuró hacer tregua con Castilla, y queriendo dejar todos sus asuntos en regla antes de partir, pasó al Rosellón para avistarse con su tío el rey de Mallorca y avenirse y concordarse con él. Las vistas tuvieron lugar en Argelés el 29 de Junio, firmándose el tratado por ambos reyes. La acción política del reino de Mallorca, suspendida durante ocho años, comenzó, pues, á fines de este año 1298. Jaime de Mallorca hizo homenaje al rey de Aragón en Argelés mismo, y las alianzas antiguas fueron renovadas con las mismas condiciones que antes impusiera Pedro *el Grande*. Como en tiempo de este rey, D. Jaime quedó personalmente libre de la obligación de asistir á las Cortes de Cataluña. El rey de Mallorca se encontró, pues, en la misma posición en que su hermano le había colocado, con la diferencia, sin embargo, como ha dicho un autor, de que en aquella primera época pudo tener gran disgusto por la pérdida de su independencia, pero esta vez debía considerarse feliz por poder recobrar su trono con feudo.

Arreglado ya todo y puestas las cosas en orden, hízose al mar la escuadra aragonesa, compuesta de 80 galeras y gran número de naves, unas de guerra, otras de transporte, que formaban en su conjunto, según se ha dicho, uno de los más formidables armamentos marítimos que de mucho tiempo se hubiesen hecho. Cataluña había servido al rey, no precisamente para esta empresa, sino más bien para la de Murcia, con 200.000 libras, que era muy crecida suma en aquellos tiempos; y en gratitud de esto hizo luego D. Jaime remisión á los catalanes del tributo del bovaje, que desde entonces dejaron de pagar, como se acostumbraba á hacer en reconocimiento de señorío, al principio del gobierno de cada rey [1].

La armada aportó en Ostia, desde donde D. Jaime pasó á Roma á recibir de manos del papa Bonifacio el estandarte de la Iglesia, y en seguida se dirigió á Nápoles á incorporarse de la armada del rey Carlos. La flota unida de Aragón y Nápoles se hizo á la vela desde este último puerto el 24 de Agosto, llevando como jefe superior y capitán general de la Iglesia á D. Jaime; como segundo á Roberto, duque de Calabria, heredero presunto de la corona napolitana; como almirante á Roger de Lauria, como vicealmirante á Bernardo de Sarriá, y como legado del Papa al cardenal Landolfo Volta. Entre los principales caballeros catalanes que iban con D. Jaime estaba el conde Armengol de Urgel.

D. Federico había nombrado por su almirante á Conrado de Oria ó Doria, y puso bajo su mando 74 galeras; contaba en su consejo á varones como Conrado de Llansa, y en clase de capitanes á hombres como el conde Pons Hugo de Ampurias y Blasco de Alagón. Sin embargo, era tanta la aglomeración de fuerzas que iba

1 Zurita, lib. V, cap. XXXV.

á caer sobre Sicilia, que parecía no haber esperanza posible para este país. Un autor antiguo ha dicho, con acierto, que era la lucha de David con Goliath.

La escuadra combinada aportó en la marina de Patti, se desembarcó la gente y hubieron de reconocer la superioridad de los aliados, entregándose, unos por trato y otros por fuerza, los castillos y plazas de Patti, Milazzo, Novara, Monforte, San Pedro y algún otro. El rey de Aragón consumió poco menos de dos meses en esta primera parte de su campaña, y por Octubre, llegando el invierno y necesitando abrigo para la armada, se dirigió á Siracusa, que es la que Zurita llama Zaragoza de Sicilia, creyendo fácil empresa la de apoderarse de esta plaza; pero halló á Siracusa dispuesta valientemente á resistirse.

Juan de Claramonte era el capitán gobernador de la plaza, que supo resistir así á los halagos y ofertas como á los asaltos y combates del monarca aragonés. Cuatro meses y médio de continuos asaltos por mar y tierra no bastaron á rendir la constancia de los bravos defensores de Siracusa. El rey de Aragón hubo de satisfacerse con talar los alrededores y reducir varios castillos de aquellas cercanías, entre ellos el de Bucheri.

Pero Bucheri fué bien pronto recobrado por Pons Hugo, conde de Ampurias, que allí fué con su hueste catalana-aragonesa, á tiempo que los moradores de Patti volvían á la obediencia de D. Federico sitiando en el castillo el presidio enemigo, y al tiempo mismo que en el interior del país Blasco de Alagón, con otra hueste de catalanes y aragoneses, derrotaba un destacamento enviado por el rey D. Jaime al castillo de Pietraperzia y hacía prisioneros, entre otros caballeros catalanes, á Ramón y Berenguer de Cabrera y á Álvaro, hermano del conde de Urgel.

Mejor triunfo se obtuvo por mar. En cuanto se supo

en el campo de D. Jaime el sitio puesto en el castillo de Patti, se enviaron en auxilio de la guarnición 300 caballos capitaneados por el almirante y 20 galeras mandadas por su sobrino Juan de Lauria. La expedición del almirante fué afortunada. Atravesó la isla con sus 300 jinetes, llegó al castillo, cuyo cerco habían levantado los sitiadores á la fama de su llegada, relevó la guarnicion y volvióse al campamento de Siracusa. Al mismo tiempo que él, llegó á Patti la escuadrilla aragonesa y proveyó de víveres el castillo, pero su regreso á Siracusa no fué tan feliz como el del almirante. Las naves de Juan de Lauria se encontraron con 22 galeras, que los mesineses guardaban en sus arsenales, y por orden de D. Federico habían echado precipitadamente al agua, armándolas en un momento. Hubo combate y hubo victoria por parte de Mesina que, como en sus buenos tiempos, vió regresar sus galeras en triunfo, llevando prisioneras 16 naves enemigas y con ellas al Juan de Lauria sobrino del almirante.

Esta victoria y la tenaz resistencia que oponía Siracusa, obligaron al rey D. Jaime, cuyo campo diezmaban las enfermedades, á levantar el sitio retirándose con su hueste armada á Nápoles, en donde estaba su esposa la reina Doña Blanca, que dió á luz por entonces en aquella ciudad al príncipe D. Alfonso, sucesor de su padre en estos reinos. Por consejo de Conrado de Llansa, D. Federico salió con sus galeras decidido á presentar batalla á su hermano D. Jaime; pero éste no aceptó el reto, y después de haber permanecido algún tiempo en Nápoles, donde tuvo una grave enfermedad, se vino á fines de Marzo de 1299 á Barcelona para disponerse á una nueva campaña contra Sicilia, instándole enérgicamente á ello Roger de Lauria, que no sólo ansiaba vengar su anterior derrota, sino la muerte de su sobrino Juan, el cual, hecho prisionero, como ya se ha dicho,

fué ajusticiado por traidor á Sicilia junto con otro caballero llamado Jaime de la Roca.

Muy poco tiempo permaneció el rey en Barcelona, celebrando en ellas las Cortes de 1299, que equivocadamente se citan como reunidas en 4 de Febrero, debiendo ser de Abril. En ellas se aprobaron varias constituciones, y se concedieron al rey subsidios para continuar la guerra contra Sicilia, que fué el principal motivo de su convocación. En cambio reconoció y confesó Don Jaime que él y sus antecesores inmediatos, su padre y su hermano, habían recibido de sola la ciudad de Barcelona hasta la cantidad de 300.000 libras, las cuales habían servido para desempeñar el real patrimonio, gravado por los excesivos gastos que ocasionaban aquellas expediciones á Italia. De lo acordado en estas Cortes disintió, sin embargo, el Brazo eclesiástico, por lo que se dispuso que hasta que aquél se adhiriese á lo resuelto por la mayoría, no pudiese tampoco aprovecharse de lo que tal vez le fuese favorable en las constituciones aprobadas.

Se sabe que de Barcelona pasó D. Jaime á Valencia, en donde se detuvo también pocos días, y dejando proveídas las fronteras contra el reino de Granada, y las de Molina y Cuenca, en cuyo punto el rey de Castilla tenía mucha gente, confirmó la tregua con el castellano por dos años, ocupándose ya sólo de los nuevos preparativos para continuar la empresa contra Sicilia. Para esto consiguió que su suegro el rey Carlos de Nápoles, como remuneración por los gastos hechos y los que debían hacerse, se comprometiese á darle 20.489 onzas de oro, obligando Carlos todos sus dominios, y especialmente la isla de Sicilia si se reconquistaba [1].

Al llegar á esta época es cuando habla la historia de

1 Amari, tomo II, pág. 16.

los tres hijos varones de Manfredo de Sicilia, de que ya en otro lugar se ha dicho algo, quienes continuaban prisioneros y como enterrados en vida en una cárcel de Nápoles. Por los documentos diplomáticos se tiene noticia de que se dió orden para ponerles en libertad, con algún objeto que es difícil adivinar; pero se ignora si esta orden se cumplió, si fueron luego devueltos á la tristísima vida de la cárcel, ó qué se hizo de ellos. Reina en este punto un misterio impenetrable. La historia no está todavía en situación de averiguar lo que sucedió con respecto á estos hijos de Manfredo, y ya sabemos que su existencia ha sido hasta hace poco ignorada de los mismos historiadores.

Volviendo ahora al rey de Aragón, pronto hubo terminado sus nuevos aprestos, haciéndose al mar con poderosa armada, que reforzó aún Nápoles con algunas galeras, en las cuales iban Roberto, duque de Calabria, y Felipe, príncipe de Taranto. La escuadra, compuesta de 56 galeras, hizo rumbo para la Sicilia á últimos de Mayo dicen unos, ya muy entrado el mes de Junio dicen otros, y tomó tierra en el cabo Orlando. D. Federico, con 40 galeras sicilianas, se dirigió á aquel punto para impedir el desembarco; pero, no llegando á tiempo, se dispuso á presentar batalla á su hermano y enemigo, sin atender á la inferioridad del número y sin esperar un refuerzo de naves próximas á llegarle de Cefalú.

Los dos hermanos estaban ya frente á frente; dos ejércitos, que en su gran mayoría lanzaban los mismos gritos de guerra. iban á arrojarse uno contra otro, y á luchar hermanos contra hermanos. La victoria, que hasta entonces había sonreído á las gules barras catalanas, debió de encontrarse aquel día en bien duro trance sabiendo que, do quiera que se posase, al dar el triunfo á un pendón, le daba también al mismo tiempo

la derrota. Entre los principales capitanes de la hueste de D. Federico, los había que se llamaban Blasco de Alagón; Pons Hugo, conde de Ampurias; Hugo de Ampurias, vizconde de Bas, hermano del anterior; Bernardo Ramón de Ribelles, hecho conde de Garsiliato; Gombaldo de Entenza y García Sánchez, nombres todos aragoneses y catalanes. En la hueste de D. Jaime los había que se llamaban Gilaberto de Centellas, Guerau y Ferrer Alemany, Ramón de Cabrera, Simón de Belloch, Pedro Sesse, nombres todos catalanes y aragoneses. Eran los mismos hombres que, unidos y unos junto á otros, habían combatido un día en los campos de Cataluña y en aquellos mismos mares de Sicilia á las órdenes de aquel gran D. Pedro, cuyos dos hijos se hacían entonces tan cruda guerra.

«Fué esta batalla sin duda, ha dicho Quintana, la más escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles. Unas eran las banderas, unas las armas, una la lengua de los combatientes. Los dos caudillos eran hermanos, concurriendo uno con otro, no por delito, ni por usurpación, ni por interés que hubiese en medio de ellos, sino por contentar la ambición ajena, y despojar el uno al otro lo que su valor y su sangre y la aclamación de los pueblos le habían dado. Apenas había guerrero que no hubiese ya combatido por la misma causa, y en compañía de los mismos á quienes iba á ofender. Las insignias de la Iglesia, que tremolaban junto á los estandartes de Aragón, recordaban la odiosidad de su actual ministerio; y en vez de ser señal de paz y de concordia, daban con su intervención á aquella guerra el carácter de sacrilegio, y á las muertes que iban á suceder el de abominables parricidios.»

Comenzó la batalla al rayar el alba. Cuarenta eran las galeras de D. Federico, 56 las de D. Jaime, y en

ellas iba aquel titán de mar que se llamaba Roger de Lauria. Los dos reyes se pusieron en medio cada uno con su capitana. Roger había tenido la precaución de hacer sacar por la noche de sus galeras todos los caballos y gente inútil, reforzándolas con los soldados de los presidios que el rey tenía en la costa.

Peleóse por mucho tiempo de lejos con las armas arrojadizas; pero Gombaldo de Entenza, joven y con febril deseo de conquistarse un nombre, cortó el cabo que amarraba su galera á las otras y embistió al enemigo. Como por un impulso irresistible, se adelantaron entonces las naves unas contra otras, trabándose la batalla, que fué fiera y denodadamente sostenida por ambas partes durante casi todo el día, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador, de tal manera, que muchos de los combatientes murieron sofocados sin ser heridos.

Gombaldo de Entenza, fatigado y herido, dejóse caer sobre la cubierta de su nave, reclinó su cabeza sobre el escudo y espiró. No tardó en rendirse su galera, y ésta fué la señal de la derrota para las armas sicilianas. Derrota fué, empero, nobilísima y honrosa, ya que victorias registra la historia que no valen lo que ella. El rey D. Federico, que con su galera capitana buscaba la de su hermano, al apercibirse de lo que pasaba determinó morir, y mandó que llamasen á D. Blasco de Alagón, para juntos acometer al enemigo y morir como buenos, diciendo: «No me queda que dar más que la vida por mi pueblo.» La fatiga, el dolor, la agitación de todo aquel día, á más del calor insufrible que hacía, rindieron sus fuerzas, y cayó sobre la cubierta privado de sentidos. Entonces los capitanes que iban con él, el conde de Ampurias el primero, dieron orden á la galera de abandonar la batalla partiendo á fuerza de remos para Mesina. Otras 12 galeras siguieron el movimiento y la dirección de la capitana.

Blasco de Alagón, que combatía sin perder de vista la galera de su príncipe, al ver su fuga, mandó á su alférez abanderado, Fernán Pérez de Arve, que moviese el pendón para acompañar al rey. «No permita Dios jamás, respondió aquel valiente caballero, que yo vea arriar el pendón estando en frente del enemigo.» Y sacudiendo de la frente su celada, se estrelló la cabeza contra el árbol de la galera.

Se ha dicho que fué tan notorio el valor desplegado por D. Federico en esta jornada, que los sicilianos le recibieron con tanto entusiasmo vencido, como pudieran hacerlo triunfante.

No peleó con menos ardimiento el rey D. Jaime. Habíale herido un dardo en el pie, pero disimuló el dolor, y pisando la flecha con su mismo pie herido, se mantuvo en esta posición inmóvil hasta el fin de la jornada. Este tesón, ha dicho un historiador, era digno de la victoria que conseguía; pero la hubiera merecido con más razón si no la dejara manchar con la inhumana venganza que ejecutó Roger en las 18 galeras que fueron apresadas. La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mesina, pagaron con su vida la muerte de Juan de Lauria. Dióseles muerte de mil maneras: á cuchilladas, con mazas, arrojándoles al mar; y en tanto que los espectadores de esta horrible carnicería lanzaban voces de lástima y perdón, el almirante, con inusitada crueldad, incitaba en altas voces á la matanza y gritaba á los suyos: «Vengad á Juan de Lauria.» Se cuenta que entre las víctimas de la batalla y las inmoladas á la cólera y venganza del vencedor almirante, fueron 6.000 los muertos por parte de los sicilianos.

Tal fué la batalla de cabo Orlando, la cual tuvo lugar el 4 de Junio de 1299, según Zurita, Quintana y otros; pero que debió ser en 4 de Julio, á juzgar por los nuevos

documentos aducidos por la moderna crítica histórica.

Como si esta victoria le hubiese aterrado, como si hubiese conocido que se hallaba en situación muy semejante á la de aquel general que decía «otra victoria como ésta y estoy perdido,» lo cierto es que D. Jaime no quiso proseguir personalmente su comenzada empresa contra Sicilia, y, después de haber pasado á Nápoles, se volvió á Cataluña trayéndose consigo á su esposa y á su madre Doña Constanza, negándose á ceder á las instancias y súplicas de Carlos de Nápoles, que en vano trató de retenerle haciéndole grandes ofertas [1].

Esta retirada de D. Jaime, hasta cierto punto imprevista, ha sido apreciada de muy diversa manera por los historiadores. Unos han dicho que pagó tan cara su victoria, que juzgó prudente volverse y renunciar para siempre más por su persona á aquella isla, en la que había perdido el amor de sus naturales sin poder conquistarse la buena voluntad de los italianos y de los franceses; otros, que el dolor y las lágrimas de Doña Constanza su madre, fueron gran parte á que tomase esta resolución, pues la viuda del rey D. Pedro se consideraba como la más desgraciada criatura, mientras no pudiese impedir aquella lucha cruel entre sus hijos, llevada á tal término para dar satisfacción á una corte extranjera; otros, que lastimado D. Jaime, aunque tarde, del daño que él mismo había hecho á su hermano, determinó volverse, diciendo á sus confidentes: «harto hemos hecho contra un hermano, y ya sin mí podrán lograr mis aliados el fruto de esta victoria;» otros, finalmente, que se retiró por creer ya las cosas de Sicilia desesperadas, y por su convicción de que no tendrían los napolitanos más que presentarse para hacerse dueños de la isla.

1 Véase, tocante á este punto, lo que dice Amari en su cap. XVII.

Por cualquiera de estas causas, ó por todas juntas, pues todas á un tiempo pudieron influir, es lo cierto que D. Jaime se vino á Cataluña, desembarcando en Barcelona á últimos de Noviembre, después de haber dejado en Calabria á Roger de Lauria y una parte de su hueste para proseguir la empresa.

La causa de Sicilia no estaba empero perdida.

CAPÍTULO V.

Quejas del Papa al rey de Aragón.—Prosigue la guerra en Sicilia.—Valor de D. Federico y prisión del príncipe de Taranto.—Batalla de Gagliano y Ponza.—Sitio de Mesina y Reggio.—Va contra Sicilia Carlos de Valois.—Sitio de Sciacca.—Tratado de paz.—Muerte de Roger de Lauria.

(1300 Y SIGUIENTES.)

Hallábase el rey D. Jaime en Barcelona, cuando recibió una carta del papa Bonifacio dándole sentidas y amargas quejas por haberse marchado del teatro de la guerra, y diciéndole que, si hubiera proseguido la comenzada empresa, Sicilia habría ya vuelto á la obediencia de la Iglesia. Pedíale, por lo tanto, que con nuevos refuerzos volviese allá y escribiese á los naturales de sus dominios, residentes en la isla, para que abandonasen la causa que defendían. El rey D. Jaime se excusó, por lo tocante á lo primero que se le pedía, diciendo haber hecho mucho más de aquello á que estaba obligado, y por lo segundo se avino á escribir á sus antiguos súbditos, ya desnaturalizados, haciéndoles al mismo tiempo embargar sus bienes. Esto no obstante, los catalanes y aragoneses que estaban con D. Federico siguieron con él.

La guerra continuaba con empeño en Sicilia, ó por mejor decir, continuaba allí aquella santa paz de her-

manos contra hermanos que nos había traído el venturoso enlace de D. Jaime con la Doña Blanca *de la santa paz*. Después de la batalla de cabo Orlando, se dispusieron los sicilianos á hacer frente al peligro que les amenazaba. Abandonados á sí solos, probaron, junto con la bizarra hueste de catalanes y aragoneses, que tenían aún valor y medios para resistir á todos sus enemigos. Éstos, no pudiendo apoderarse de Randazzo, consiguieron que se les entregase Catania [1], y obtuvieron algunos otros resultados favorables, pero D. Federico consiguió una brillante victoria en un encuentro que tuvo con los anjoinos.

Se dice que en este encuentro el éxito fué al principio no sólo muy dudoso, sino aun adverso para D. Federico, pareciendo tan clara la victoria por parte de los enemigos que mandaba Felipe de Anjou, príncipe de Taranto, que uno de los barones de D. Federico, cuyo nombre para fortuna suya callan los cronistas, le aconsejó la fuga.—«¿Huir yo? exclamó el noble hijo de D. Pedro. Huyan los traidores ó los cobardes, que aquí me quedo yo para morir ó vencer.» Y poniéndose al frente de un puñado de caballeros, se lanzó con ellos tan desesperadamente sobre sus contrarios, que los arrolló y desbandó, consiguiendo apoderarse del príncipe de Taranto, á

1 No hay que acudir á Muntaner para nada de lo referente á la guerra contra Sicilia. Fiel á su consigna de callar lo que puede ser desfavorable á los reyes, y creyendo dejar demostrada la santa paz de que tanto nos habla, con ocultar lo relativo á aquella guerra fratricida, recurre á la ingeniosa lógica de decir (cap. CLXXXVI) que si alguno le preguntase por qué causa dejaba de contar ciertos hechos, contestaría que hay preguntas que no merecen respuesta. Es para un historiador una manera bastante original de salirse del paso. Habla, sin embargo, de los asuntos de Sicilia otra vez, al llegar á este punto de la toma de Catania, pero con algunos yerros y evidentes falsedades, que Amari ha tomado el ímprobo trabajo de corregir para hacer notar que no se debe dar á aquel autor fe en mucho de lo que dice.

quien hizo prisionero un catalán llamado Martín Pérez de Ros.

Y ahora, para concluir de una vez todo lo referente á Sicilia, sin perjuicio de volver luego á retroceder para ocuparnos de las cosas de Aragón, permítame el lector que á grandes rasgos le entere de cómo terminó aquella contienda con Francia, Nápoles y la Iglesia, tan heróicamente comenzada por D. Pedro *el Grande*, tan dignamente concluída por su hijo D. Federico, el verdadero heredero de las buenas prendas de su padre.

Prosiguió la guerra con suerte varia. D. Blasco de Alagón y Guillén Galcerán, conde de Catanzaro, obtuvieron una brillante victoria junto á Gagliano; pero en Ponza derrotó Roger de Lauria á la escuadra siciliana, si bien no fué una de sus honrosas jornadas, ya que los sicilianos tenían sólo 32 galeras por 58 que él mandaba, y ya que manchó su victoria con la crueldad de hacer quitar los ojos y cortar las manos á muchos de los prisioneros que hizo.

Las plazas de Mesina y Reggio fueron sitiadas, pero defendida valerosamente aquélla por Blasco de Alagón y ésta por Hugo de Ampurias, viéronse los anjoinos obligados á levantar el sitio. D. Federico tuvo empero que llorar antes la muerte de su leal y adicto capitán D. Blasco de Alagón, que falleció de enfermedad en Mesina durante el sitio de esta plaza.

Por mediación de Doña Violante, duquesa de Calabria y hermana de D. Federico, se concertó entonces una tregua; pero no habiéndose efectuado la paz, los franceses intentaron el último esfuerzo para sujetar la isla. Aquel Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, que ya nos es conocido, fué contra Sicilia con poderosa armada y poderoso ejército, en ocasión en que los pueblos que estaban por D. Federico se hallaban en tristísima situación, sin comercio, sin recursos y casi

sin esperanza, por hallarse una parte del reino en poder de los enemigos. Sin embargo, éste fué el período de mayor gloria para D. Federico y los suyos. Con ánimo alzado á grandes esperanzas, el rey atendió á todo, secundándole sus capitanes y súbditos con valor, con lealtad y con resolución. El conde de Ampurias y aquellos Roger de Flor y Berenguer de Entenza, de que luego encontraremos noble y alta ocasión para hablar, prestaron entonces señaladísimos servicios á la causa de Sicilia.

Carlos de Valois tuvo que detenerse ante Sciacca, que fué la Gerona de Sicilia para los franceses. Al pie de sus muros fué á buscarles la peste, que diezmó sus filas sembrando la consternación y el espanto en la hueste, á tiempo que la plaza se mantenía firme y que el rey D. Federico se acercaba á los enemigos con ánimo resuelto á aprovechar aquella favorable coyuntura de presentarles batalla.

Carlos de Valois, entonces, no atreviéndose por miedo á aceptar la pelea, ni por honra á levantar el sitio y embarcarse, creyó salvar su reputación haciendo proposiciones de paz y mediando para que ésta se llevase á cabo. Sentáronse los preliminares, y á instancia de Carlos de Valois tuvieron una entrevista junto á Caltabellota el rey Federico y el duque Roberto, heredero del reino de Nápoles. Desgraciadamente acababa entonces de exhalar el último suspiro en Términi, sin lograr la satisfacción de ver terminarse la paz por ella iniciada, aquella buena Violante, cariñosa hermana de Federico, condenada por la política á ser la esposa del más encarnizado enemigo de su hermano.

La paz fué ajustada en los siguientes términos: Primeramente quedaron acordados los preliminares en Castronovo á 19 de Agosto de 1302, bajo las bases principales que á continuación se expresan:

1.ª Federico, con título de rey, debía reinar durante su vida en Sicilia y en las islas adyacentes, con entera y absoluta independencia.

2.ª Federico debía contraer matrimonio con Leonor, hija del rey Carlos de Nápoles.

3.ª Por una y otra parte debían devolverse los prisioneros, sin rescate.

4.ª Por una y otra parte debía restituirse el territorio ocupado, dejando libre á los 15 el duque Roberto la tierra de Sicilia, y á los 30 Federico la tierra de Calabria.

El 24 de Agosto, en la entrevista de Caltabellotta, se hicieron las siguientes modificaciones:

1.ª Federico se llamaría rey de Sicilia ó rey de Trinacria, según Carlos de Nápoles eligiese.

2.ª Se procuraría que el Papa diese á los hijos que Federico tuviese en Leonor, el reino de Chipre ó el de Cerdeña. En caso de no alcanzar la concesión de alguno de estos reinos, podían los hijos después de la muerte del padre retenerse la Sicilia, pero con obligación de entregarla al rey Carlos ó á sus herederos, siempre que éstos les diesen la cantidad de 100.000 onzas de oro.

3.ª Prorrogábanse los términos dentro los cuales se habían de restituir los territorios ocupados.

4.ª Debían devolverse á la Iglesia los bienes que tenía en Sicilia antes de la revolución de las Vísperas.

5.ª Amnistía general por una y otra parte para los que habían abrazado una ú otra bandera.

Tal fué el tratado de paz de Caltabellotta, llamado por otros de Castronovo, á causa de haberse acordado en este punto los preliminares. Grande honor reportó esta paz al rey Federico, ya que, al fin y al cabo, después de una guerra de veinte años y de una lucha tan desigual, quedaba afirmada la corona de Sicilia en las sienes de un hijo de D. Pedro de Aragón.

Se ha dicho que en los conciertos no se tuvo la cuenta que al parecer se debía con el almirante Roger de Lauria, y no se estipuló recompensa alguna ó indemnización por los grandes estados que había perdido en Sicilia, ni por los servicios señalados que había hecho á los reyes de Aragón y de Nápoles en los últimos años de la guerra; pero otros han dicho que era preciso que así fuese, ya que el rey de Nápoles perdía Sicilia á pesar de sus triunfos, y á pesar de ellos también quedaba siendo rey de la isla D. Federico [1].

Asentada la paz, no tardó Roger en venirse á estos reinos, fijándose en Valencia; pero como si para aquel hombre de acción, de movimiento y de guerra, la paz fuese la muerte, es lo cierto que la calma y el reposo consiguieron de él en dos años lo que no habían podido en veinte los peligros y las batallas. Murió en Valencia siendo traído su cadáver al monasterio de Santas Creus, donde se le enterró junto á la tumba de su amigo el rey D. Pedro, á tenor de lo que dejó encomendado en su testamento [2].

1 Sin embargo, consta por un diploma que D. Federico se obligó á consentir en que Roger tuviese la posesión de Aci en Sicilia, por la cual le rindió homenaje. Véase Amari en su *Guerra de Vespro*, nota correspondiente á la pág. 225 del tomo II, y pág. 228 del texto en el mismo tomo.

2 Tocante á la sepultura de Roger de Lauria, el lector hallará curiosos, sin duda, é interesantes los siguientes apuntes que me procuró el celoso inspector de antigüedades de la provincia de Tarragona, Don Buenaventura Hernández y Sanahuja:

«Encargado por la Comisión central de monumentos históricos y artísticos para dirigir la restauración de los panteones reales del monasterio de Santas Creus en 1857, tuve oportunidad de examinar con detención los recuerdos históricos y artísticos que encierra este regio cenobio, siendo uno de los más notables, y que menos llama la atención quizás, el modesto sepulcro de uno de los héroes españoles más notables y que más días de gloria dieron á la nación: el invencible D. Roger de Lauria, quien ocupa dignamente muchas páginas de la historia

El retrato de este hombre, bajo tantos conceptos célebre, lo ha trazado Quintana en estas palabras:

«Ningún marino, ningún guerrero le ha superado antes y después en virtudes y prendas militares, en gloria ni en fortuna. Era de estatura más pequeña que grande, alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que había de tener. En las ocasiones de lucimiento y en las justas y torneos nadie podía igualarle en magnificencia, ni contrastar su esfuerzo y su destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas

de D. Pedro III de Aragón, II de Cataluña y de su hijo D. Jaime II.

„Roger, en efecto, dejó dispuesto que su cadáver fuese sepultado á los pies de su mayor amigo D. Pedro, al que había sobrevivido, y á cuyos triunfos contribuyó de una manera tan eficaz; pero por causas que no es dable averiguar, no se halla á los pies: se le colocó al lado derecho del ínclito monarca, que tanto le había distinguido, contrastando notablemente la suntuosidad del soberbio panteón de éste con la excesiva simplicidad del almirante, cuya tumba cubre únicamente una modesta losa que no se distingue en nada de la del más común monje de aquel monasterio.

„Esta losa es de mármol blanco, y los franceses, en la guerra de la Independencia, durante el tiempo que permanecieron en Santa Creus, abrieron la tumba que contiene los restos del irreconciliable enemigo de su nación, no se sabe si con objeto de examinar sus reliquias, ó acaso para extraer algún hueso; y rompieron y se llevaron asimismo la parte superior de dicha losa, en donde se hallaba la cabecera de la inscripción con el nombre del héroe, ignorándose, igualmente, si con intento de conservar un recuerdo, ó con el de borrar la memoria del que les humilló tantas y tan repetidas veces. Si éste fué su intento, engañáronse seguramente, pues para hacer desaparecer la merecida gloria de nuestro almirante, sería preciso rasgar más de una página de la historia de España, Francia, Nápoles, Roma y Sicilia de aquella turbulenta época, y esto no es tan fácil; además, para borrar el nombre de Roger de Lauria, debiera borrarse al propio tiempo el de D. Pedro el Grande, porque están tan enlazados que no puede desaparecer el uno que no quede el otro casi ilegible, y aunque falte la cabecera de la losa, dejaron, sin embargo, lo suficiente para que conozca el que ha leído los anales de los reinados de D. Pedro III y de D. Jaime *el Justo*, á quién perte-

cualidades la dureza bárbara que las deslucía; su corazón de tigre no perdonó jamás; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacía indigno de las victorias que conseguía. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles.»

nece este enterramiento. Lo que resta de la inscripción, escrita en caracteres góticos, dice sencillamente y sin hipérboles:

.......RAL: DLS: REGNES: DARAGO:
ED: CICILIA: P: LO: SENOR: REY:
DARAGO: EPASSA: DESTA
VIDA: ENLANY: DE: LA: EN
CARNACIO: D: NOSTRE: SE
NOR: ✠ HU: CRIST: MIL: T: CCC
T: IIII: XVI KALENDES:
DE: FEBRER.

„Es de suponer, por el sentido de la inscripción, que sólo falta de ella el nombre de Roger de Lauria. En el extremo inferior de la lápida hay dos escudos, en los que se ven en un campo rebajado tres barras ó fajas horizontales, realzadas del fondo.

„Uno de los pocos monumentos no profanados de Santas Creus, cuando entraron allí los incendiarios en 1835, fueron el de D. Pedro y el de Lauria su almirante. Con oportunidad, y otro día daremos noticia del estado en que se encuentra el panteón de este invicto monarca y de cómo se halla su momia incólume; con la operación practicada durante la noche del 6 de Noviembre de 1857, para certificarnos de si existía realmente, ó si la habían destrozado, según efectuaron aquellos vándalos con las demás del monasterio.

„Cuando nuestro amigo D. Fr. Miguel Mestre, ex-monje y actual cura párroco de Santas Creus, Aiguamurcia y agregados, llevado por su vocación, se encargó en 1840 de aquel vicariato con autorización de su prelado, encontró todo el pavimento del templo destruído, quizás por los que en busca de ilusorios tesoros demolieron tantas bellezas de este monasterio y del de Poblet, y lleno de un laudable celo, digno de ser imitado, con los mayores sacrificios detuvo la inminente ruina del magnífico panteón de D. Jaime II; recogió la momia de Doña Blanca, su esposa, que había sido arrojada bárbaramente en el pozo del palacio que éste había hecho levantar dentro del mismo monasterio; volvió los res-

CAPÍTULO VI.

Cortes en Lérida.—Universidad de Lérida.—Cortes en Zaragoza.—Toma de Lorca.—Cortes de Lérida.—Cortes en Zaragoza.—El vizconde de Cardona se despide del rey.—Continuación de la guerra con Castilla.—Varios sucesos.

(De 1300 á 1304.)

Dejamos á D. Jaime II de vuelta de la empresa de Sicilia al comenzar el primer año del siglo XIV. Después de haber dado las oportunas órdenes para que las plazas y castillos de Albarracín y Ródenas volviesen al dominio de la corona, por haber hecho de nuevo tratos con los castellanos el barón D. Juan Núñez de Lara, que las poseía, pasó el rey á Lérida, donde fueron convocados en Cortes los catalanes. Se trató en

tos de los Moncadas, muertos en la conquista de Mallorca, á su panteón, junto con los de sus descendientes los duques de Medinaceli; y finalmente, repuso en sus respectivas tumbas los huesos de tantos héroes, que son otras tantas hojas de la inmarcesible y gloriosa laurea que adorna los escudos de Cataluña y Aragón, tapiando aquéllas en seguida para evitar toda ulterior profanación. He creído hacer justicia á este celoso eclesiástico, honor de su clase, con esta sucinta reseña de sus muchos méritos, dignos de los elogios de los amantes de nuestras glorias nacionales, el cual, al hacer á sus costas embaldosar de nuevo la iglesia, quiso cerciorarse de si existían aún los despojos de D. Roger, y vió que efectivamente, á pesar de estar muy deteriorados por las humedades, existían todos los huesos del esqueleto con algunas vestiduras del almirante, honor de Cataluña y Aragón. Si hubiesen bastado los escasos fondos que puso á mi disposición la Comisión de monumentos, mi intento era suplir con otra lápida lo que falta, para que nuestra posteridad, al visitar los soberbios panteones de los poderosos reyes de Aragón, no se olvide de inclinar la cabeza delante del humilde sepulcro de su principal apoyo, el invencible ROGER DE LAURIA.»

ellas de la guerra de Sicilia, buscándose medio de satisfacer al Pontífice que, como ya sabemos, hacía cargo á D. Jaime de no haber continuado la guerra de aquel reino, y se establecieron concordias, paces y treguas entre ciertos barones catalanes que andaban desunidos. Para satisfacer al Papa, se dió licencia que partiesen algunas galeras catalanas á unirse con la armada de los aliados, y envió el rey á requerir á Hugo de Ampurias, Guillén Galcerán de Cartellá, Blasco de Alágón, Ramón de Moncada, Martín de Olit, Bernardo Ramón de Ribellas, Pons de Queralt, Guerau de Pons, Pedro de Puigvert y Bernardo de Queralt, que eran los principales que se hallaban en Sicilia, para que saliesen de aquella tierra, y que no obedeciéndole procedería contra ellos y sus haciendas; pero quedóse esto en amago, ha dicho un analista, porque no procedió contra ellos, antes bien entregó las haciendas á sus deudos más cercanos [1].

Con motivo de estas Cortes y de su permanencia en Lérida, fué cuando el rey fundó su célebre universidad, si bien hay quien afirma que ya estaba fundada por D. Jaime I y que Jaime II no hizo sino restaurarla, encargando los estatutos y forma de gobierno á Fr. Arnaldo Amer, general de la Merced, y hombre de grandes talentos y virtudes.

A las Cortes de Lérida siguieron las celebradas á los aragoneses en Zaragoza por Agosto de aquel mismo año. En ellas fué otorgado al rey el servicio de monedaje, según ley y costumbre, á pesar de la oposición que hubo y de las contiendas á que esto dió lugar.

Partió de Zaragoza D. Jaime para Valencia, con propósito de mover la guerra contra el rey de Castilla por las fronteras de Murcia. En esta ocasión fué cuando se

1 Feliu de la Peña, lib. XII, cap. VII.

apoderó por tratos de la villa de Lorca, no pudiendo conseguir igual resultado con respecto á algunas plazas inmediatas, á causa de haber acudido en su socorro gente de Castilla.

Al comenzar el año 1301, estuvo D. Jaime en Lorca, Murcia y Valencia; firmó conciertos con el rey moro de Granada á fin de que éste no valiese al rey de Castilla contra los infantes de la Cerda, y dió orden para que en la frontera de Navarra, entre Ul y Filera, se fundase en una colina la población de la Real, destinándola á la defensa de aquella tierra.

Volvió el rey en este año á celebrar Cortes á los catalanes en Lérida y á los aragoneses en Zaragoza. Fueron las primeras para que le asistieran los catalanes contra algunos malcontentos de Aragón y para la guerra contra Castilla, como también para que jurasen por su sucesor á su primogénito D. Jaime, ya príncipe heredero con aprobación de las Cortes. Se negó á asistir á estas Cortes D. Ramón Folch, vizconde de Cardona, y por este motivo se le declaró fuera de la ley, dándose orden á los oficiales reales y gente de guarda para talar sus tierras.

Amenazaban estallar graves conflictos en Aragón. Muchos nobles de este reino se habían unido y juramentado para exigir al rey ciertas cantidades que decían debérseles, disponiéndose á pedirlas con las armas en la mano. D. Jaime congregó Cortes en Zaragoza el 29 de Agosto de 1301; puso de relieve las exigencias y demasías de los nobles; lo improcedente y contra fuero que era pedir deudas con las armas, y reclamó el conocimiento y juicio de justicia de Aragón. El estado llano se declaró en favor del rey, lo propio que los prelados, mientras que muchos ricos-hombres se ponían también de su parte. El justicia mayor declaró aquellas confederaciones contra fuero, y dando por ilícito lo hecho por

los juramentados, les condenó á estar á merced del rey, pero con la condición de que éste no podía condenarles á muerte. A consecuencia de este dictamen, algunos nobles fueron desterrados, y condenados otros á varias penas. Lope Ferrech de Luna, que era al parecer el jefe de la confederación, fué desterrado del reino por cinco años.

El año de 1302 comenzó para estos reinos viendo proseguir las hostilidades con los castellanos, y enviando D. Ramón Folch, vizconde de Cardona, el héroe defensor de Gerona, á decir al rey que se despedía de su servicio á causa de que los oficiales reales y la gente de guerra que tenía en Cataluña, hacían daño en su tierra por no haber comparecido en la corte. Sin embargo, la causa principal que impulsó al vizconde á dar este paso, fué el no haber querido el rey hacer enmienda y dar satisfacción al conde y condesa de Foix por el derecho que D. Gastón, su hijo, pretendía en la baronía de Moncada y Castellvell.

Proseguía la guerra con Castilla, y no obtuvieron resultado alguno varias embajadas que D. Jaime envió al rey de Francia para que le ayudase á sostener la causa de los infantes la Cerda, desbaratando los planes de la viuda de D. Sancho *el Bravo* Doña María, que había conseguido hacer reconocer y proclamar á su hijo Don Fernando. Aprovechándose Doña María de los elementos de disgusto que había en Aragón, trató de atraer al partido de su joven hijo á los nobles aragoneses desterrados, y éstos, por boca de D. Lope Ferrech de Luna y D. Juan Jiménez de Urrea, se comprometieron á servir al rey de Castilla contra el de Aragón, que estaba empeñado en sostener á todo trance la parte ocupada en el reino de Murcia.

El historiador catalán conocido con el pseudónimo de Ortiz de la Vega, ha trazado con su reconocido talento

de concisión el siguiente cuadro de las cosas de aquel tiempo:

«Mientras duró, ha dicho, la larga lucha con Sicilia, la Francia y la Italia habían andado unidas; luego de terminada, anduvieron en descubrimientos y se dieron por ofendidas, como si una á otra se echasen en cara el mal resultado. La corte pontificia, mal satisfecha de los servicios del francés, é indignada de ver que éste había sido impotente contra Aragón y Cataluña, é incapaz de sentar el pie en Sicilia, se negó á influir para que Carlos de Valois fuese elegido rey de romanos, y pidió con dominio que el monarca francés le prestase homenaje por las temporalidades de sus dominios. La tempestad que en esta pretensión se levantó fué grande. Los franceses, que hasta entonces habían dado asentimiento y aplauso á todas cuantas indignaciones é iras nacían en Italia, ahora apellidaban injusticia, y se esforzaban para atraer á su confederación y voto á los aragoneses. D. Jaime II huía de meterse en tales laberintos. Contento con rechazar á su manera las pretensiones improcedentes, parecíale que cada estado debía componer sus querellas domésticas. Acababa de obtener del infante D. Sancho, hijo del rey de Mallorca, un completo homenaje y reconociminto feudal por las Baleares, Rosellón y Cerdeña [1]. Asimismo, para neutralizar los esfuerzos que hacía el castellano con ánimo de meter discordia en Aragón, entró en tratos con algunos ricos-hombres de Castilla, que prometieron tomar la voz por D. Alfonso de la Cerda, y dió la mano de Do-

1 El príncipe D. Jaime, hijo primogénito de D. Jaime, rey de Mallorca, había renunciado la sucesión del reino para entrar en religión en la orden de frailes menores. El reconocimiento de que habla Ortiz fué hecho por el segundo hijo de D. Jaime, llamado D. Sancho, en Gerona á 19 de Octubre de 1302 (otros dicen 1303), hallándose en dicha ciudad los reyes de Aragón y Mallorca.

ña Constanza, hija suya, á D. Juan, hijo del infante de Castilla D. Manuel, que se declaró favorable á sus pretensiones [1]. A la verdad, lo què principalmente deseaba D. Jaime II era dar largas á su posesión del reino de Murcia, pareciéndole que así se fortificaba en ella, y buscar en lo demás medios de paz y de concordia. Había contraído el compromiso de probar la conquista de las islas de Córcega y Cerdeña, ocupadas por los genoveses, y no sabía cómo salir del paso sin apelar á la alianza de los guelfos, parciales del Papa, contra los gibelinos, que frecuentemente se mostraban hostiles á Roma [2]. No era muy fácil cosa dar satisfacción cumplida á todos los deseos de la corte pontificia, cuyas exigencias subían de punto con los sumisos y humildes. Al rey D. Federico le había sido forzoso contentarse con llevar en Sicilia el título, más bien que pomposo erudito, de rey de Tinacria, nombre antiguo de aquella isla, y, para satisfacer al rey de Nápoles, creyó prudente dar también el nombre de Sicilia á la parte del continente italiano contiguo á ella, y además D. Federico debió pagar anualmente á la corte romana un censo de 15.000 florines [3].»

1 Este casamiento, si bien quedó acordado en la época que dice Ortiz, no se realizó hasta 1311.

2 Para completar lo que escribe Ortiz, hay que advertir que, por Abril de 1303, fué enviado el obispo de Valencia, como legado de la Sede apostólica, al reino de Cerdeña y Córcega para que amonestase y persuadiese á los arzobispos y prelados y á los condes y barones de aquel señorío á recibir por rey á D. Jaime de Aragón; pero sólo consiguió que secundasen sus intentos los desterrados de aquellos reinos, que eran cuantos pertenecían al partido guelfo. No convenía entonces al rey de Aragón abrazar este partido, y dió largas al negocio de la conquista, esperando también á tener asentadas sus diferencias con el rey de Castilla por el reino de Murcia.

3 El señorío feudal de Roma fué reconocido por Federico en Mayo de 1303. Uno de los embajadores enviados por él al Papa, con este mo-

Añadamos por nuestra parte, antes de pasar á otro asunto, que á últimos del año 1304 tuvo vistas D. Jaime de Aragón con los reyes de Portugal y de Castilla, en el lugar del Campillo entre Agreda y Tarazona, á causa de haberse puesto en manos de árbitros y dirimido las pretensiones del monarca aragonés sobre el reino de Murcia, y las de D. Alfonso de la Cerda sobre los estados de León y de Castilla. Quedó acordado que las plazas de Alicante, Cartagena, Elche y Guardamar, con toda la ribera septentrional del Segura, menos Molina Seca y Murcia con sus territorios, quedase por el rey de Aragón. Las de Alhama, Lorca, Monteagudo, Murcia, Molina, Seca y demás pueblos de la misma provincia, quedaron por el rey Castilla y le fueron devueltas.

Por lo tocante á las pretensiones de D. Alfonso de la Cerda, fueron jueces árbitros los reyes de Aragón y Portugal, y sentenciaron que el rey de Castilla le diese rentas de ciertas villas diseminadas, que no formasen estado unido, hasta asegurarse una cantidad anual de 400.000 maravedís.

Y ahora, sin perjuicio de volver más adelante á continuar la historia del reinado de D. Jaime *el Justo*, conviene interrumpirnos para dar á los lectores una idea de lo que fué aquella epopeya conocida por la expedición de catalanes y aragoneses á Levante, que entonces precisamente tuvo lugar.

tivo, fué el conde de Ampurias. Los pactos fueron, según Amari, capítulo XIX, el censo de 3.000 onzas de oro al año y el servicio de 100 lanzas, ó sea 300 caballeros.

CAPÍTULO VII.

Quién era Roger de Flor.—Ofrece sus servicios y los de 8.000 almogavares al emperador Andrónico.—Caudillos de los expedicionarios.—Partida de la expedición.—Su llegada á Constantinopla.—Combate con los genoveses en las calles de Constantinopla.—Roger de Flor, nombrado megaduque, casa con la sobrina del emperador.—Triste situación del imperio.—Primera victoria de Roger.—Acampa la hueste en Cizico.—Fernán Jiménez se aparta de los suyos.—Origen de enemistad entre Miguel y Roger.—Notable acción de Roger.—Reyerta entre almogavares y alanos.—Segunda y brillante campaña de Roger.—Muerte de Alet.—Llegada de Berenguer de Rocafort con refuerzos.—Retirada de Roger.—Mal comportamiento de Andrónico.—Se aloja la hueste en Galípoli.—Llegada de Berenguer de Entenza.—Entenza es nombrado megaduque y Roger césar.—Se paga á la gente de guerra con moneda corta.—Las provincias del Asia son dadas en feudo á los Capitanes catalanes y aragoneses.—Parte Roger á verse con Miguel Paleólogo.—Asesinato de Roger de Flor.—Matanza de catalanes y aragoneses.—Represalias de los nuestros en Galípoli.—Se envía una embajada á Constantinopla.—Asesinato de los embajadores.—Llegada de D. Sancho de Aragón á Galípoli.—Su desavenencia con los capitanes.—Expedición de Berenguer de Entenza.—Batalla ganada á los griegos.—Llegada de la flota genovesa.—Prisión de Berenguer de Entenza.—Bizarría de Berenguer de Villamari.—Los que quedaron en Galípoli dan barreno á los buques de su armada.—Berenguer de Rocafort jefe de la hueste.—Victoria ganada por los nuestros en Galípoli.—Batalla de Apros.—Toma de Apros.—Correrías y venganzas de los nuestros.—Sacrificio heróico de unos prisioneros catalanes.—Llegada de Fernán Jiménez á Galípoli.—Correrías y victorias de Jiménez.—Se apodera de la plaza de Madyto.—Cabalgadas de la hueste.—Victoria de Muntaner.—Jornada contra alanos.—Batalla al pie del monte Hemo.—Hecho notable de un alano.—Defensa de Galípoli por Muntaner.—Turcos y turcoples forman parte de la hueste.—Regreso de Berenguer de Entenza.—Bandos y disensiones en la hueste.—Sitios de Megarix y Ainé.—Llegada del infante D. Fernando.—Trazas de Rocafort para excluir al infante del gobierno.—La hueste determina llevar á otro punto sus conquistas.—Muerte de Berenguer de Entenza.—Jiménez de

Arenós se pasa á los griegos.—El infante D. Fernando se aparta de la hueste para regresar á Sicilia.—Muntaner se decide á marchar con el infante.—Prisión del infante y de Muntaner en Negroponto.—Rocafort sienta su real en Casandria.—Rocafort y su hueste reconocen por rey á Carlos de Valois.—Muntaner va á visitar al infante prisionero.—Libertad del infante D. Fernando.—Prisión de Berenguer de Rocafort.—Su muerte.—Elige la hueste gobernadores.—Alianza con el duque de Atenas.—Asalto de Tesalónica.—La hueste atraviesa la Macedonia.—Penetra en Tesalia.—Alianza con el rey de Tesalia.—Enemistad con el duque de Atenas.—Batalla á orillas del Cefiso.—Los catalanes se apoderan del ducado de Tebas y Atenas.—Roger Deslau elegido capitán de la hueste.—Es elegido por rey de Atenas el infante D. Manfredo.—Berenguer de Estanyol, gobernador por el rey.—Sucede á Manfredo su hermano D. Alfonso.

(De 1303 á 1311.)

I.

«¿A dónde van esas gentes?—A Grecia.—¿Como peregrinos, tal vez, querrán visitar los campos de Salamina, los llanos de Maratón, el desfiladero de las Termópilas, y evocar en ellos las sombras de los antiguos helenos?—No: poco les importa la gloria antigua, porque tienen sed de nuevas glorias y pisarán los sepulcros de Milcíades, Temístocles y Leónidas, sin recordar siquiera los nombres de los héroes que allí se encierran. —Entonces ¿á qué van, pues?—Van á socorrer, en número de 8.000 hombres escasos, á una nación que algún día desbarató sin auxilio ajeno los ejércitos más numerosos que ha tenido el mundo, y quieren abatir el orgullo del turco que la sojuzga, porque ya no es la Grecia heróica, sino un pueblo degenerado, que toca á su ruina para no recobrarse sino al cabo de cinco siglos bien cumplidos. Sin más seguridad que la que podrían tener los héroes fabulosos del Ariosto, acometen una empresa en cuyo apoyo no deben contar más que con su va-

lor audaz en demasía, ó por mejor decir, sobrado temerario.»

Tales son las bellas frases con que un malogrado escritor catalán [1] encabeza la introducción al clásico libro escrito por D. Francisco de Moncada sobre la expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

Terminada la guerra de Sicilia, dejó sin empleo la paz á algunos miles de catalanes y aragoneses, casi todos almogavares, que no podían fácilmente acomodarse al ocio y á la holganza. Toda aquella gente batalladora, mal avenida con la paz, que no ofrecía ningún porvenir á sus belicosos deseos, codiciosa de la guerra, que era su natural elemento, comenzó á pasear en torno suyo miradas de inquietud, buscando en el mundo un sitio sobre que poder descargar como una nube.

Un hombre aventurero y emprendedor, destinado á dejar de sí larga memoria, les procuró ocasión de satisfacer sus deseos. Era un hombre en la flor de su edad, de aspecto terrible, pronto en sus impulsos, ardiente en sus acciones [2]. Roger de Flor, tal era su nombre, había nacido en Brindis y era hijo de uno de los más ardientes partidarios de Conradino *el Degollado*. En su mocedad se había hecho templario, pero era el joven demasiado travieso y turbulento para fraile, aun para fraile guerrero, y viósele el mejor día colgar, como quien dice, sus hábitos, y abandonar el Temple para hacerse corsario.

Pocas veces se habrá visto un capitán corsario más

1 D. Jaime Tió en su introducción á la obra de Moncada. Las fuentes principales para todos los sucesos que aquí se refieren, están en la crónica de Muntaner, en la obra de Moncada y en los libros de los historiadores griegos Pachymero y Nicéforo Gregoras.

2 Es el retrato que de Roger de Flor hace el griego Pachymero, según la traducción de Buchón.

galán ni más espléndido. Amigos ó enemigos todos los que caían en su poder tenían salvas sus vidas y naves, como no desdeñasen pagar un tributo con que ayudar á sostener el antiguo templario su fausto y lujo, su generosidad y boato. Roger de Flor era pirata para darse vida de príncipe. Con sus compañeros de aventura presentóse al duque de Calabria á ofrecerle sus servicios, que no aceptó, y lastimado con este desaire, fué á brindar con su auxilio al rey D. Federico de Sicilia, que comprendió, en seguida, todo el partido que podía sacar de aquel hombre y de sus intrépidos compañeros. Eminentes fueron los auxilios que prestó entonces á la causa de Sicilia, alcanzando, según se dice, el título de vicealmirante; pero luego de firmada la paz, no sólo quedó sin ocupación, sino precisado á ausentarse de Sicilia, pues que el Papa quería apoderarse de su persona para castigarle como á templario desertor.

Cuentan que D. Federico no quiso entregar á Roger, como se le exigía, y que hasta le indicó el medio de salvarse de sus enemigos yendo á combatir á lejanas tierras, para lo cual le hizo notar que el Oriente ofrecía entonces magnífico teatro á sus deseos de gloria, de ambición y de riqueza. En efecto, el imperio griego, apocado y débil, se veía entonces invadido por los turcos, que ansiaban sentar sus reales en la misma Constantinopla. Con aquella invasión de bárbaros, el emperador Andrónico sentía bambolear su trono y se veía al borde de un abismo. Roger de Flor aprovechó esta coyuntura. Envióle una embajada ofreciéndole sus servicios y el de los 8.000 almogavares, á los cuales la paz dejara sin ocupación, y Andrónico, á quien la necesidad había ya obligado á servirse de auxiliares extranjeros, aprovechó esta ocasión como llovida del cielo, y envió mensajeros provistos con sus bulas de oro para tomar á su servicio á Roger y á los suyos. Prometió honrarle

á él con el título y dignidad de *megaduque* y darle, á más, en matrimonio su sobrina María, hija de Azán; á los que fuesen con él les ofreció el sueldo más brillante y todo lo que fuese necesario para la guerra, ya que no podía contar con los griegos, que se habían dispersado en Occidente, buscando en la esclavitud el único medio de existencia [1].

Ocho mil hombres se dispusieron á seguir á Roger de Flor, á quien eligieron por su caudillo y general, sin embargo de estar divididas las opiniones entre él, Berenguer de Entenza, Fernando Jiménez de Arenós [2] y Berenguer de Rocafort, que fueron también caudillos de las tropas expedicionarias. A más de estos caudillos, ofreciéronse á Roger, y se dispusieron á partir con él en calidad de jefes, Pedro y Sancho de Ros (Arós y Orós según alguno), Fernando Ahones (otros le llaman Aunés), Corberán de Lehet (le llaman otros Corbolán de Alet), García de Bergua, Martín Lográn, García Palacín, Guillén de Siscar, Guillén Pérez de Caldés, Fernán Gómez, Jimeno de Alvaro y otros, en su número Ramón Muntaner, que fué el cronista de la jornada y que tomó en ella señalada parte.

Todo se dispuso para la marcha. El rey D. Federico armó 10 galeras y dos grandes naves de transporte, llenas de provisiones y vituallas, y las puso á disposición de Roger de Flor, que contaba ya otras tantas. La flota expedicionaria partió de Mesina haciendo vela hacia Constantinopla, á donde llegó por Setiembre de 1303. Berenguer de Entenza, á quien las crónicas presentan como un hermano de armas de Roger de Flor, y dicen

1 El mismo Pachymero.

2 Al decir de Pachymero, Fernando Jiménez se presentó al emperador sin ser llamado, y antes que Roger, conduciendo una compañía mantenida á sus expensas, y ofreció sus servicios á Andrónico, que los admitió.

que estaba con él íntimamente unido, se quedó en Sicilia para juntar nuevas tropas con que ir á reforzar más adelante el cuerpo principal mandado por Roger. Lo propio hizo Berenguer de Rocafort.

Con júbilo y agasajo fueron recibidos en Constantinopla los expedicionarios. Su llegada fué una solemnidad para el imperio. Es fama que no se cansaba el emperador de admirar á aquellos hombres tostados por el sol de los combates, con su extraño traje, su aguerrido continente, su militar despejo y su marcial desembarazo. Andrónico, en su comprometida situación y en su impotencia para resistir á los turcos, miraba á aquellos guerreros algo más que como unos aliados: como unos salvadores.

Fué la hueste acuartelada en el barrio llamado de Blanquernas, distribuyéndosele víveres y vino por vía de agasajo, con la paga de cuatro meses; pero eran huéspedes tan inquietos y turbulentos los almogavares, que no tardaron en convertir á Constantinopla en un teatro de sangrientas escenas. Pasó el caso como sigue. Los genoveses residentes en Constantinopla, por motivo de su comercio, vieron al parecer con desagrado la llegada de los almogavares, y estaban dispuestos á manifestarles de uno ú otro modo su antipatía. Un genovés hizo burla cierto día del salvaje aspecto y desaliñado traje de un almogavar; pero como esta gente montaraz y terrible soportaba pocas chanzas, el ofendido vengó luego en el ofensor su atrevimiento tendiéndole muerto á sus plantas. Inmediatamente se generalizó la pelea. Corrieron los genoveses llamando á las armas, acudieron los almogavares lanzando sus salvajes gritos de guerra, y el combate se trabó, combate encarnizado que hubiera tenido funestísimas consecuencias, pues que iban ya los almogavares á pasar á saco y fuego el barrio habitado por los genoveses, si prontamente no

hubiese acudido Roger de Flor á calmar la cólera y á contener el ímpetu de los suyos. Esta es la versión que hacen del hecho, como más probable, Moncada y Romey, siguiendo en parte á Muntaner. Pachymero dice que la reyerta fué promovida á causa de haber pedido los genoveses á Roger la devolución de cierta cantidad que le habían prestado en Sicilia para proveer á los gastos de la empresa.

El emperador Andrónico no deseaba otra cosa que agasajar y honrar á sus nuevos aliados. A tenor de los tratos, Roger de Flor fué nombrado *megaduque*, que era la cuarta dignidad del imperio de Bisancio, siendo la primera la de *sebastocrátor*, la segunda la de *césar* y la tercera la de *protovestiario*. Obtuvo también la mano de María, sobrina del emperador, hija de la hermana de éste, Irene, y de Azán, rey de los búlgaros. Se dice que era María una hermosa y gentil doncella, que tenía sólo diez y seis años. Fueron celebradas las bodas con gran cordialidad y algazara, no viniendo á turbarlas más que el referido lance de genoveses y almogavares.

Terminados los desposorios, Roger de Flor, unido ya al imperio griego por los lazos de la sangre y por los de la ambición, decidió sin pérdida de tiempo comenzar su campaña contra los turcos. La necesidad de empezar la guerra se hacía sentir de una manera apremiante. Los turcos estaban soberbios de insolencia y orgullo, y hacían llover sobre el imperio toda clase de calamidades. Hasta las puertas mismas de Constantinopla llevaban sus correrías. Todo era luto, horror, consternación y espanto en el pobre reino de Andrónico. Jamás anochecía sin que los bárbaros hubiesen sitiado algún pueblo y lo hubiesen entrado á saco, pasando á cuchillo á cuantos caían en sus manos. Un rastro de sangre y fuego anunciaba el paso de los turcos á través de las feraces llanuras del imperio griego.

Huyendo la matanza y el exterminio, los campesinos se habían refugiado en las ciudades llenando las calles de rostros macilentos y cuerpos exánimes, agrupándose en las viviendas demasiado estrechas para contener un aumento tal de población. Entonces, como si Dios no hubiese aún enviado suficientes pruebas á los súbditos de Andrónico, les mandó el hambre y la peste, y estos dos terribles azotes cayeron como una lluvia de fuego sobre poblaciones enteras. Las calles estaban llenas de cadáveres, los templos de gente, las casas de víctimas. Negros días de luto corrieron entonces para el imperio. Los bárbaros se habían hecho dueños de las más feraces campiñas y habían pasado por ellas talándolas; las ciudades más populosas quedaban yermas y desiertas; muchas poblaciones habían sido entregadas á las llamas y eran sólo un montón de escombros. Tiranos estaban los turcos con el país que conquistaban. Hacían de los hombres sus esclavos y de las mujeres sus concubinas. Sólo un brazo de mar de una legua de anchura les llegó á separar de Constantinopla. El día que tuviesen bajeles, echaban á Andrónico de su solio.

Tal era la apurada y extrema situación del imperio, cuando el animoso Roger de Flor salió de su capital al frente de su hueste, llevando también consigo un cuerpo de griegos, mandado por Marulli, y otro de alanos al mando de su jefe George. El almirante era el aragonés Fernando Ahones. Embarcóse el ejército en los navíos y galeras de su armada, y atravesando el mar de Prepóntida, llamado hoy de Mármora, tomó tierra la gente en el cabo de Artacio, que Muntaner llama Artaki, no lejos de las ruinas de la famosa Cizico.

Al llegar á Artacio, supo Roger que los turcos estaban cerca y tenían su campamento á dos leguas. Dióse prisa á desembarcar la gente, y habiendo enviado á reconocer el campo, esperó á que anocheciera para mejor

llevar á cabo su plan. Quería caer sobre los enemigos en cuanto amaneciese y aprovechar la ocasión de hallarles descuidados. Así sucedió, y coronó la suerte con el éxito más feliz la osadía del valiente caudillo.

Guiaban Roger de Flor y Marulli la vanguardia, compuesta toda de caballería, llevando sólo dos estandartes, el uno con las armas de Andrónico y el otro con las de Roger. Seguía la infantería en un solo escuadrón, al mando de Corbolán de Alet, que era el senescal del ejército, y á la sombra de dos banderas, una con las armas del rey de Aragón, D. Jaime, y otra con las del de Sicilia, D. Federico; ya que entre las condiciones que por parte de los catalanes se propusieron al emperador—y cosa es digna de nota,—fué una de las primeras la de que estuviesen en plena libertad de llevar por guía y por señera los blasones de sus respectivos reyes y países, porque, como ha dicho Moncada, querían que á donde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragón las tenían por invencibles.

Como una tempestad cayeron los almogavares sobre los desprevenidos turcos al rasguear del alba, lanzando sus salvajes gritos de *¡Aur! ¡Aur!* y *¡Desperta, ferro!* El hierro despertó, y también los turcos á tan extraño clamoreo; pero estaban cercados por todas partes y no había medio de escapar. Armáronse á toda prisa y dispusiéronse al combate, pero su valerosa resistencia sólo sirvió para aumentar la gloria de los almogavares. Las azconas de éstos tuvieron larga faena. Aquella primera victoria fué completa. Tres mil jinetes y 2.000 infantes del ejército turco quedaron en el campo, y rota y desbandada aquella hueste pocas horas antes tan poderosa, habiendo dejado muchos prisioneros y gran número de mujeres y niños en poder del vencedor.

Tras el saqueo del campamento turco regresó el me-

gaduque á Artacio, y puso en noticia del emperador tan espléndida jornada, enviando á Constantinopla, como prueba, las gáleras preñadas de esclavos de ambos sexos, de riquezas y preseas. En seguida, por haber entrado con mucho rigor el invierno, y de acuerdo y consejo de sus capitanes, resolvió invernar en Cizico, á donde mandó Andrónico que con mucha diligencia se llevasen por mar los víveres necesarios para la hueste, y á donde fué á reunirse con su esposo la joven megaduquesa María, para con sus amorosos cuidados poderle hacer gratos los sinsabores del campamento.

Por lò que toca al almirante Fernando Ahones, recibió la orden de llevar á invernar la armada á la isla de Chío, puerto seguro y vecino de las costas enemigas.

II.

Por más que Muntaner trate de ocultarlo, hay que dar algún crédito á los historiadores griegos Nicéforo y Pachymero, cuando, si bien con exageración de seguro, nos pintan con sombríos colores la estancia de los nuestros en Cizico. Háblannos de sus excesos, desorden y desenfreno, y dícennos que por no haber podido reprimirlos con su autoridad y consejo, y por no haber querido hacerse cómplice de ellos continuando en sus filas, buscó ocasión de apartarse de los suyos el buen caballero Fernando Jiménez de Arenós. El hecho de la separación de Jiménez es exacto. Desavenido con el megaduque Roger, por la causa que le atribuyen los historiadores griegos ó por otra cualquiera, abandonó los reales con sus gentes y algunos más que seguirle quisieron, é hízose al mar con sus naves en dirección á Sicilia; pero, sin embargo, aportó en Atenas y se alistó al servicio del duque de este estado, hasta que más ade-

lante, como hallaremos, nuevas ocurrencias le hicieron volver á juntarse con sus paisanos.

La victoria alcanzada por Roger produjo un fatal resultado, y fué el de encelarse siniestramente el sebastocrátor Miguel, el cual no pudo ver con buenos ojos que al megaduque le hubiese bastado llegar á Cizico para vencer, cuando él había ido antes allí con poderosa hueste sólo para sufrir un descalabro tras otro. Esta es al menos la causa á que atribuye Muntaner el mortal encono que desde entonces abrigó en su corazón Kir Miguel, como le llama, contra Roger y su gente; encono que hubo de traer funestas consecuencias, encono que los historiadores bizantinos achacan al mal tratamiento de sus vasallos de Cizico por los catalanes; siendo, empero, más probable en este punto la opinión del cronista catalán por más lógica y valedera.

En abriendo el tiempo, por el mes de Marzo de 1304, el megaduque y su esposa pasaron á Constantinopla, y alcanzados de Andrónico el dinero y las órdenes que necesitaba, volvió Roger á reunirse con los suyos, habiendo dejado á María en la capital. Muntaner cuenta que, á su regreso á Cizico, el megaduque satisfizo á los huéspedes que habían tenido hasta entonces soldados en casa, todo lo que habían gastado en mantener á éstos, y no quiso que se les descontase de su sueldo. Quedóles de esta manera libre el dinero de las cuatro pagas, que luego se les dió, y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaban los gastos excesivos que los soldados hicieran, los mandó quemar en la plaza pública de Cizico, siendo muy loada de todos semejante liberalidad.

Todos estaban ya prontos para salir á campaña, y fijado el día 9 de Abril por el de la marcha, cuando estalló una sangrienta discordia con los alanos, como había estallado en Constantinopla con los genoveses. Al-

mogavares y alanos tuvieron un choque en que murieron gran número de los últimos, contándose entre los muertos el hijo de su capitán George. Roger, que no solamente no contuvo aquella vez á los suyos, sino que hasta parece que les impulsó á la contienda, quiso con dinero aplacar á George por la muerte de su hijo; pero George despreció el dinero, y, como dice con bella frase Moncada, al agravio del hijo muerto se añadió la afrenta del ofrecimiento. Desde aquel día tuvo Roger otro mortal enemigo.

Este suceso retardó hasta primeros de Mayo la partida de la hueste. Salió por fin ésta de Cizico para Anatolia en número de 6.000 hombres con nombre de catalanes, 1.000 alanos y las compañías de griegos al mando de Marulli, pero obedeciendo todos á Roger como principal y superior caudillo.

Atendidas las condiciones de una reseña de esta clase, no es posible seguir paso á paso la homérica marcha de aquel puñado de hombres. Internóse Roger por el reino de Anatolia; ocupó Germe y Geliana; llegó á Filadelfia, donde venció en reñida batalla á un ejército turco de 12.000 infantes y 8.000 jinetes; hizo una correría por la parte de Kulla; entró triunfante en Nizea; alzó su bandera en los torreones de la mayor de las Magnesias griegas; paseó victorioso el país, cuajado de ciudades donde es fama que se hallaban las siete iglesias cristianas del Apocalipsis; hízose abrir las puertas de aquella famosísima Éfeso de la Diana antigua; atravesó la comarca de Caria, y todo aquel inmenso espacio de provincias que están entre la Armenia y el mar Ejeo, haciendo huir ante él, como un grupo de milanos desbandados, las huestes de los turcos, y acabó, finalmente, por despertar los dormidos ecos del monte Tauro con sus alaridos de guerra y sus gritos de victoria, ya que señaladísima la alcanzó su hueste en las faldas de dicho monte.

Es asombrosa tan continuada serie de hazañas, y no es extraño, por lo mismo, que se devoren las páginas que nos hablan de esta expedición con el mismo afán con que se devoran las de la Iliada. «Los más grandes ejércitos de las cruzadas, ha dicho Ortiz de la Vega [1], no hicieron lo que entonces ese puñado de catalanes que parecían sumergidos en la vasta región del Asia. Cada paso que daban los catalanes era sobre los escombros de algún pueblo famoso, el río Hermes, la Lidia, la antigua Sardes, Esmirna, Pérgamo, Tyrreum, Éfeso, Antioquía, Apamea, Colossus y otras ciudades parecían estremecerse en sus ruinas sintiendo que por allí andaban hombres.»

En una de sus batallas contra los turcos tuvo Roger el desconsuelo de perder á uno de sus más valientes compañeros, á Corbolán de Alet, que era senescal del ejército, y hombre á quien profesaba particular cariño y singular estimación. Murió en el combate de Tyrreum ó Tiria, de un flechazo en la cabeza.

En Éfeso se incorporó á la hueste Berenguer de Rocafort, que venía de Sicilia mandando un cuerpo de 1.000 almogavares y 200 jinetes. A su llegada á Constantinopla, el emperador le dió orden de ir á juntarse con Roger; llegó á Chío en el momento en que el almirante Ahones se iba á hacer á la vela con su armada para Ania, y arribaron juntos á esta ciudad, desde cuyo punto envió á participar su llegada á Roger. Este comisionó á Ramón Muntaner para que fuese á saludar

1 No se extrañe que me complazca en citar muy á menudo á Ortiz de la Vega y aproveche la menor ocasión para recordar palabras suyas, ejemplo que trato de seguir con Desclot, Moncada, Piferrer, Tió, Cutchet y otros autores catalanes. Mi objeto, al escribir esta obra, es también hacer notar la valía de nuestros escritores, sobre todo la de aquéllos cuyos importantes trabajos permanecen algo desconocidos por causas que no son de este momento.

al recién llegado. Muntaner, con sólo 20 caballos y alguna gente práctica para que le guiasen por caminos extraviados, cruzó toda la comarca que se extiende entre Éfeso y Ania, teniendo que abrirse paso muchas veces con la espada, y llegó por fin salvo á esta última ciudad, de donde regresó á Éfeso con Rocafort y su hueste. Fuele dado entonces á Berenguer de Rocafort el empleo de senescal, vacante por la muerte de Corbolán de Alet.

Ocho días se detuvieron los nuestros al pie del monte Tauro, y en el mismo lugar donde el 15 de Agosto vencieron á 30.000 hombres, 10.000 de ellos jinetes. Tan señalado fué el triunfo y tantos los despojos, que fueron pocos los vencedores para recoger la presa. Al embocar aquel temido desfiladero que separa la Anatolia de la Armenia, y á que se da vulgarmente el nombre de *Puerta de hierro*, detúvose Roger como receloso de seguir adelante é internarse en un país desconocido, falto de guías y gente práctica en la tierra. Y como al propio tiempo entraba ya con rigor desusado el invierno, se decidió á volver con su ejército á las provincias marítimas. En esta retirada dicen los historiadores bizantinos que los nuestros hicieron más daño en las ciudades de Asia, que los turcos enemigos del nombre cristiano; y á esto opone Moncada, que si bien debieron ser algunos los daños, no tanto como aquéllos los encarecen. Aun dando por cierto lo que se dice y supone, no se amengua el brillo de las victorias, porque, como ha dicho el autor citado, «¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderación y templanza, y más el que alcanza muy á tarde sus pagas?»

Glorioso el nombre de Roger való en alas de la fama, siendo terror de los turcos y nuncio de la victoria; pero cuanto más crecía en los campos de batalla el valiente caudillo, más envidiosos y enemigos se iba haciendo

en la corte. Dícese que el mismo emperador Andrónico empezó á retirarle su confianza y á alimentar sospechas, á las que daban pábulo con sus intrigas los genoveses de Constantinopla, su hijo Miguel, y George, el general de los alanos. Roger se hallaba sitiando á Magnesia, que se le había rebelado apoderándose de la mayor parte de sus riquezas y tesoro, cuando le llegó un despacho de Andrónico mandándole que, dejando el sitio de aquella ciudad, fuese á juntarse con Miguel, su hijo, para socorrer al príncipe de Bulgaria, cuñado de Roger, contra quien se había levantado un tío suyo amenazándole con apoderarse de sus estados. Hay quien cree que este levantamiento fué fingido por Andrónico, á fin de dar alguna razón aparente para sacar á los nuestros del Asia.

Embarcóse el ejército en las galeras y navíos de su armada, dice Moncada; y siguiendo la orden que tenían del emperador Andrónico, atravesaron el estrecho y desembarcaron toda la gente en Thracia Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos á Galípoli, ciudad en aquel tiempo tenida por la más principal de la provincia, puesta casi á la boca del estrecho que mira al Norte. Alojada la hueste en Galípoli, Roger pasó á Constantinopla con cuatro galeras y con parte de la infantería más escogida á verse con el emperador, de quien debía recibir dinero para la paga general.

III.

Mientras Roger de Flor perdía el tiempo en Constantinopla solicitando, en vano, el dinero que no se le daba, llegó de Sicilia Berenguer de Entenza con 300 jinetes y 1.000 almogavares. Holgóse mucho Roger de tener al de Entenza en su compañía, que había entre los dos estrechas relaciones de amistad, y confesaba

lealmente el primero deberle muchas obligaciones al segundo, ya que á él era deudor del comienzo de su fortuna.

Con la llegada de Berenguer de Entenza, y por ser quien era, de tan principal linaje y alcurnia, se acordó darle el título y honores de megaduque, concediéndose los de césar á Roger de Flor. La nueva distinción dada á éste produjo suma impresión en el ánimo de sus enemigos, que creyeron descubrir en el caudillo de Occidente intenciones de acabar con los Paleólogos y arrojarles de su silla imperial.

Los almogavares no tardaron en notar esta mala disposición de ánimo en los griegos. Una circunstancia acabó de hacérselo comprender todo. Al recibir del emperador la paga convenida y por tanto tiempo retardada, hallaron que se había alterado el valor de la moneda de suerte que, de 24 partes, las 15 eran de liga y sólo 9 de oro. Rugieron de cólera, pero logró calmarles Roger abandonándoles sus propios tesoros, con las joyas de su esposa María, para que se cobrasen. Roger de Flor estaba irritado; Berenguer de Entenza arrojó al mar sus insignias de megaduque; los aliados estaban furiosos, y el trono de los Paleólogos se estremeció al grito de cólera que lanzó toda aquella multitud apiñada bajo el pendón de las Barras de Cataluña y las Águilas de Sicilia.

«La insolencia de los soldados, la envidia de los griegos, la instancia del hijo trocó el amor y afición que Andrónico tenía á nuestras cosas en mortal aborrecimiento; y así se determinó entre el emperador y su hijo dar aparente y honrosa satisfacción á los catalanes, y ocultamente trazar su perdición y ruina.» En estas palabras se expresa Moncada hablando del concierto que entonces se verificó. Este fué dar el emperador Andrónico las provincias del Asia en feudo á los ricos-hom-

bres y caballeros catalanes y aragoneses, con obligación de que siempre que fuesen llamados y requeridos por él ó por sus sucesores, acudiesen á servirle á su costa, y que el emperador no estuviese obligado á dar, después de la conclusión de este trato, sueldo á la gente de guerra; sólo les había de socorrer cada un año con 30.000 escudos y con 120.000 medios de trigo, dándoles el dinero de las pagas corridas hasta el día de este concierto.

«Con este trato, dice Moncada, quedaron nuestras cosas, al parecer, en suma grandeza; porque los catalanes se vieron señores de todas las provincias de Asia, así por dárselas el emperador en pago de sus servicios, como porque las ganaron con las armas y libraron de la servidumbre de los turcos; títulos que cualquiera de ellos era bastante á darles el derecho señorío de todas ellas. Esta fué una de las cosas más señaladas de esta expedición, y que más puede ilustrar la nación catalana y aragonesa; pues cuando los romanos, vencido Mitrídates, ganaron el Asia, alcanzaron una de sus mayores glorias, y lo que el valor de tantos famosos capitanes y ejércitos conquistó en muchos años, lo adquirieron los nuestros en menos de dos; y si con engaños y traiciones no le atajaran su fortuna, quedaran absolutos señores y príncipes del Asia, y quizá si se conservaran, detuvieran los turcos en sus principios, y no les dieran lugar á dilatar ni engrandecer los límites inmensos del imperio que poseen.»

Mientras que por este tiempo andaban los catalanes llenos de esperanza, aunque siempre algo recelosos, llegó la época de partir de Grecia para continuar la guerra, y decidió Roger ir á verse con Miguel Paleólogo para darle razón de lo que se había tratado con su padre en materia de guerra. Los jefes y adalides de la hueste procuraron disuadirle de aquel viaje, temiendo algún fu-

nesto resultado y recelando de la doblez y mala fe de Miguel. Su esposa María, que como educada en el palacio imperial conocía bien á fondo las perfidias cortesanas, procuró también con súplicas y lágrimas disuadirle de aquel temerario empeño; pero Roger lo desatendió todo, y, llevado por su fatal destino, pasó á Andrinópolis donde estaba Kyr Miguel.

Quedó en Galípoli por capitán y comandante de la hueste Berenguer de Entenza y por senescal Berenguer de Rocafort, y marchó Roger con 300 caballos y 1.000 infantes, según Muntaner; con 200 jinetes, según Nicéforo, y solamente con 150 hombres escogidos, si se ha de creer á Pachymero. En cuanto á María, despidiéndose de aquel esposo á quien ya no debía volver á ver jamás, no quiso quedarse en Gàlípoli, y pasó á Constantinopla acompañada de cuatro galeras al mando del almirante Ahones. Según el historiador griego Pachymero, Roger llegó á Andrinópolis el 28 de Marzo de 1305; pero difieren en esta fecha otros historiadores.

Recibido por el pérfido Miguel con la mayor distinción y muestras del más acendrado cariño, alejó Roger cualquiera sospecha que pudiera abrigar en su ánimo, y después de haber permanecido confiadamente algunos días en Andrinópolis, aceptó un convite al que le invitaron Kyr Miguel y su esposa. Alegre y tranquilamente comía con ellos el césar en una habitación de su palacio, cuando de pronto, abriéndose de par en par las puertas, dieron paso á una turba de alanos capitaneados por George, que se lanzaron sobre Roger, y después de muchas heridas le cortaron la cabeza á presencia de Miguel y de la esposa de éste, y sin que ni unos ni otros trataran de estorbar aquel crimen de traición y de hospitalidad.

Esta es la relación de la muerte de Roger de Flor hecha por Muntaner y aceptada por Moncada, que aña-

de algunos detalles. Varían, sin embargo, en sus versiones los historiadores bizantinos.

Nicéforo es muy sucinto: dice que Roger fué muerto delante del palacio imperial, junto con algunos que le acompañaban, por los soldados de Miguel. Pachymero es más detallado: explica que los alanos estaban furiosamente prevenidos contra Roger por su general George, cuyo hijo había sido muerto en Cizico por orden de aquél, y buscaban una ocasión para vengar á su jefe. «Halláronla, añade el citado historiador, en el momento de entrar Roger solo en el aposento de la emperatriz, después de haber dejado fuera sus guardias. Cuando atravesaba el umbral de la puerta, George le pasó con su espada, como si quisiera ir á buscar en su cuerpo la sangre de su hijo injustamente derramada. Al instante cayó muerto aquel bárbaro, injusto é insolente, pero ardiente é intrépido.» Pachymero trata de excusar á Miguel, y dice, con grandes protestas, que no tuvo participación alguna en aquel crimen, cometido sólo por los alanos en aras de una venganza personal.

La muerte de Roger fué como una señal de exterminio. Todos los almogavares que había en Andrinópolis fueron sorprendidos y pasados á cuchillo, salvándose sólo tres que hicieron una resistencia desesperada y heróica. Muntaner nos ha conservado los nombres de estos tres héroes, que fueron Ramón Alquier, de Castellón de Ampurias; Guillén de Tous, y Berenguer de Roudor, que era de las orillas del Llobregat. Los de Constantinopla imitaron á los de Andrinópolis matando á todos los catalanes y aragoneses que allí había, y pereciendo entre ellos Fernando Ahones, el almirante, y tres embajadores que había enviado Berenguer de Entenza á Constantinopla para pedir lo que se les debía, llamados Rodrigo Pérez de Santa Cruz, Arnaldo de Montcortés y Ferrer de Torrellas. Las aldeas siguie-

ron el ejemplo de las ciudades. Durante una porción de días todo fué matanza y sangre: los griegos se convirtieron en tigres carniceros para con sus aliados, á quienes, por estar desprevenidos, pudieron casi asesinar á mansalva.

Pero en cambio, ¿quién sería capaz de pintar lo que sucedió en Galípoli, aunque Muntaner lo calle, cuando el cuerpo principal de la hueste vió llegar á un puñado de sus hermanos escapados á la matanza, y supo la suerte que había cabido al infortunado Roger de Flor?.... El dolor les exaltó, les cegó la cólera, les arrebató el deseo de represalias; esparciéronse por las calles como una bandada de tigres fugitivos de los bosques, y dando clamores espantosos, exhalando gritos de rabia y de venganza, rugiendo de ira y desesperación, degollaron á niños, á mujeres, á jóvenes y á viejos, y pasaron á cuchillo á todo cuanto llevaba el nombre griego en Galípoli y sus alrededores. En seguida, embriagados por aquella orgía de sangre, arremolináronse furiosos junto á la casa en que moraba Berenguer de Entenza, y le pidieron á gritos marchar contra Constantinopla y vengar á Roger.

Algo debió calmar la agitación febril de los nuestros al ver que el enemigo con gran golpe de gente se acercó á Galípoli, poniéndose casi sobre sus murallas. Andrónico y Miguel, temiendo, naturalmente, que los nuestros no intentasen alguna correría, allegaron hasta el número de 30.000 infantes y 14.000 caballos, entre las tres naciones de turcoples, alanos y griegos, y enviaron á poner sitio á Galípoli. Los catalanes y aragoneses fortificaron la plaza, que tenían libre por la parte de mar, y celebrado consejo de capitanes, se resolvió enviar á Constantinopla una embajada con encargo de decir al emperador que se separaban y apartaban de su servicio, acusándole de haber faltado á la fe

jurada y retándole á fin de que 100 á 100, ó 10 á 10, conforme al uso de aquellos tiempos, combatiesen en satisfacción de su agravio y de la muerte afrentosa dada alevosamente á Roger de Flor y á los suyos.

Fueron nombrados embajadores un caballero catalán llamado Siscar, un adalid cuyo nombre era Pedro López, dos jefes almogavares y dos cómitres, los cuales salieron en una barca de 20 remos que no tardó en llegar á Constantinopla. Una vez allí, el catalán Siscar, cabeza de la embajada, cumplió su encargo, retó al emperador, le acusó de bastardía y de falta de fe, y pregonó que 10 contra 10 y 100 contra 100 estaban prontos los almogavares á probar que malvada y alevosamente se había hecho asesinar á Roger; que Andrónico había dispuesto correrías contra la hueste sin previo desafío, y que, por todo lo dicho, desde aquel día se desatendían de su persona.

Este osado y valiente reto de un puñado de hombres á todo un imperio, hizo profunda sensación en Constantinopla. Debió seguramente parecer heróico aquel valor á toda prueba y la abnegación admirable, sobre todo, con que seis hombres solos se hacían portadores de este reto y se presentaban en medio de sus enemigos, arrostrando todos los peligros, dispuestos á morir si convenía. Así desgraciadamente sucedió. ¿Cómo podían esperar librarse los seis audaces embajadores, cuando aún hormigueaban las manos de los asesinos? ¿cuando aún hervían en sus pechos la saña y la cólera? ¿cuando bien pudiera decirse que, ya á fuerza de beber sangre de catalanes y aragoneses, los más tímidos se habían tornado leones, sucediendo lo que con aquel rey de las baladas escocesas, que todos querían matar por que sabían que sólo el tragar una gota de su sangre daba valor eterno al corazón cobarde y convertía en tigre al cordero?

Terminada su misión, los embajadores, pidiendo que

se les diese seguridad para su regreso á Galípoli, partieron acompañados de un comisario imperial, y hay aún quien dice que de una escolta; pero llegados al pueblo de Rodosto, por orden del mismo comisario que les acompañaba, fueron presos y descuartizados como viles animales en las carnicerías públicas del lugar.

Se dice que en aquel intermedio tuvieron noticia los de Galípoli de que navegaba por aquellos mares, con 10 galeras del rey de Sicilia, D. Sancho, hijo natural de Pedro *el Grande* y hermano, por consiguiente, de D. Federico. Berènguer de Entenza y los demás capitanes enviaron luego á suplicarle que fuese á Galípoli á tomarles los homenajes y juramento de fidelidad por el rey de Sicilia. Acudió D. Sancho y se le recibió con júbilo y grandes demostraciones de alegría. Recibió el juramento de fidelidad en nombre del rey D. Federico, un caballero de su casa, que se llamaba Garci López de Lobera y seguía las banderas de Berenguer de Entenza, y juntamente le eligieron por su embajador al rey, junto con Ramón de Copons y Ramón Marquet, que Moncada cree hijo del almirante de este nombre que figuró en la época de D. Pedro. Los embajadores llevaban encargo de dar larga relación á D. Federico del estado en que se hallaban los de Galípoli, pidiéndole que les auxiliase, pues en ello se interesaba el aumento y grandeza de su casa, ya que le abrían aquella puerta para ocupar el imperio de Oriente.

Cuando estos enviados partieron, D. Sancho ofreció seguir y acompañar á Berenguer de Entenza en la jornada que tenía dispuesta; pero ya fuese por preocuparle sus propios intentos, ó por desconfiar del éxito de sus compatricios, pronto se desavino con los jefes. Se le reconvino entonces y se le recordó el empeño de su palabra, pero contestó que había paces entre Andrónico y Federico, y que sin expresa orden de éste no había

de ocupar sus galeras en daño de un príncipe amigo.

D. Sancho partió, pues, y Berenguer de Entenza se dispuso á abrir la campaña. Embarcó en 5 galeras, 2 leños de remos y 16 barcos, 800 infantes y 50 caballos, y salió de Galípoli, dejando en esta ciudad por gobernador de ella á Ramón Muntaner y por jefe superior de la hueste á Berenguer de Rocafort.

Como la jornada que acometía Berenguer de Entenza no era por codicia, sino por venganza, vióse le cortar las aguas con las tajantes proas de su pequeña flota y llegar á la isla de Mármora, la Prepóntida de los antiguos, para convertirla en un charco de sangre donde se reflejaron las llamas de sus pueblos incendiados. Con la misma presteza y rigor volvió Berenguer sobre la costa, y, después de haber apresado algunas naves, acometió la importante y rica ciudad de Heráclea, entrándola á viva fuerza con poca pérdida de los suyos. Heráclea fué pasada á saco, á cuchillo y á fuego. Era una terrible y desesperada venganza la que tomaban catalanes y aragoneses.

Tuvo Andrónico aviso de la pérdida de Heráclea cuando juzgaba á los catalanes fugitivos y camino de Sicilia, y envió apresuradamente, con la mayor hueste que pudo reunirse, á su hijo Calo Juan, á fin de atajar los daños que Berenguer de Entenza hacía en aquella costa, que llamaban los griegos de Natura.

«Junto á Puente Regia, dice Moncada, supo Berenguer que Calo Juan venía, y el número y calidad de sus fuerzas; y aunque en lo primero se juzgó por muy inferior, en lo segundo le pareció que aventajaba á su enemigo, y así resolvió de echar su gente en tierra y recibir á Calo Juan, que avisado también por corredores, como Berenguer con su gente habían puesto el pie en tierra, apresuró el camino temiendo que no se retirasen, porque nadie pudiera creer que ricos y llenos de

despojos quisieran los nuestros aventurarse sino forzados. Llegaron con igual ánimo á embestirse los escuadrones, y en breve espacio se mostró claramente que el valor es el que da las victorias y no la multitud, porque los nuestros quedaron victoriosos siendo pocos, y los griegos rotos y degollados siendo muchos. Calo Juan escapó con la vida y llegó á Constantinopla destrozado.»

Con él entró el terror en la ciudad. Andrónico dió orden para que á toda prisa se armase el vecindario, temiendo ver aparecer de un momento á otro á las puertas de Constantinopla á Berenguer de Entenza, que dejaba un reguero de sangre en su camino orillado por poblaciones entregadas á las llamas; á Berenguer de Entenza, que pasaba como una nube preñada de sangre y fuego por sobre campos y ciudades.

Ya todo estaba dispuesto para seguir adelante; ya, con tan feliz comienzo y en alas de la victoria, habían resuelto los nuestros acometer los buques que estaban surtos en los puertos y riberas de Constantinopla y quemar sus atarazanas, cuando entró en la Prepóntida ó mar de Mármora una escuadra genovesa, que hay quien dice llevaba la orden secreta de vengar la rota sufrida por los suyos poco tiempo antes en Constantinopla á manos de los catalanes. Componíanla 18 galeras y mandábala Odoardo de Oria.

Acercáronse los genoveses á los nuestros como de paz, y su almirante convidó á comer á Berenguer de Entenza, que aceptó el convite y pasó á la galera capitana genovesa sin la menor sombra de recelo y sin ni siquiera soñar en que pudiese el de Oria faltar á la fe de huésped y de caballero. Sin embargo, luego que Oria tuvo á Berenguer en su galera mandóle prender y asimismo á los que con él iban, á tiempo que daba orden para envolver y atacar las cinco galeras catalanas. Más

que un ataque fué una sorpresa. ¿Cómo podían los descuidados tripulantes imaginar tal deslealtad y perfidia?

Sin embargo, el almirante genovés, con sus 18 naves y tripulaciones infinitamente superiores en número, halló en las cinco galeras catalanas una resistencia desesperada. Fué preciso que murieran 200 genoveses antes de apoderarse de cuatro de las galeras. La quinta fué la que más dió que hacer. Mandábala el catalán Berenguer de Villamari. Defendióse con una energía y un valor admirables, con un tesón y una resistencia heróicos, sola contra las 18 galeras enemigas que la combatían por todos lados; y después de perecer en la lucha 300 genoveses, tuvieron que sucumbir todos los que formaban la tripulación de nuestra galera uno á uno, con su bizarro capitán al frente, hasta no quedar nadie sobre el puente que pudiera arrojar una azcona ó empuñar una espada, para que lograsen apoderarse de ella las gentes genovesas.

Esta es la versión que hace del hecho Muntaner y que aceptan con pocas variantes Moncada, Romey, Ortiz de la Vega y otros historiadores. Pachymero lo cuenta de distinto modo. En primer lugar, este autor, según la traducción de Cousín y reproducción de Buchón, coloca el hecho en Mayo de 1307, y se desprende de su relato que los genoveses, de acuerdo con el emperador, atacaron en lid abierta á los catalanes, que hubieron de sucumbir al número, rindiéndose Berenguer de Entenza al general de la hueste enemiga, apoderándose los genoveses de todas nuestras galeras, excepto una que se salvó.

Cuál de estas dos versiones es la exacta, no le es posible al autor de estas líneas averiguarlo.

Después de haber sido hecho prisionero por los genoveses, Berenguer fué llevado á Trebisonda, donde ellos tenían factoría. El emperador Andrónico ofreció dar-

les 25.000 escudos si le entregaban su prisionero; pero ellos se negaron. También negaron el rescate á los catalanes de Galípoli, que enviaron en una fragata á Ramón Muntaner con encargo de pedir á Odoardo de Oria que les diese la persona de Berenguer mediante cierta cantidad. Todo fué inútil. El noble prisionero fué llevado á Génova.

IV.

Después de la pérdida de Berenguer de Entenza y de su hueste, víctimas de la traición genovesa según parece, quedaron los nuestros reducidos á solos 1.200 infantes y 200 caballos, fuerza á la verdad tan insignificante que parecía increible pudiese resistir por mucho tiempo á las huestes del imperio. Sin embargo, no se desalentaron por esto, y decidiendo en consejo de capitanes que valía más morir con honra que vivir sin ella, se dió orden de barrenar y echar á pique las galeras y barcos que había en el puerto, noble y heróica acción que más tarde tuvo quizá presente Hernán Cortés al mandar que fuesen entregadas sus naves á las llamas. Cortada así la retirada por mar, ya no les quedaba efectivamente otro recurso que vencer ó morir.

Berenguer de Rocafort fué elegido por caudillo principal de aquel puñado de héroes; diéronsele 12 consejeros por cuyo parecer se gobernase; se mandó grabar un sello para los despachos y patentes con la imagen de San Jorge y el lema *Sello de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia*, no poniendo en él nombre de catalanes, por ser el de francos más universal y el que indistintamente se daba á todos los latinos en el imperio griego; y se hicieron cuatro banderas, con las armas de Aragón y de Sicilia las dos primeras, y con las imágenes de San Pedro y de San Jorge las dos restantes.

En el ínterin, el ejército griego, creyendo ya que bastaba sólo presentarse para desbaratar aquella pequeña hueste, avanzó contra Galípoli. Berenguer de Rocafort salió al frente de su puñado de héroes contra el enemigo y alcanzó una espléndida victoria. Si hubiésemos de creer á Muntaner, cuya crónica tiene á veces todas las trazas de un libro de caballería, esta batalla hubiera sido para los catalanes y aragoneses no sólo uno de sus mejores triunfos, sino también uno de los mayores que jamás vió el mundo. Veinte mil infantes y 6.000 jinetes perecieron á manos de los nuestros, según aquel cronista, sin haber éstos tenido más pérdida que la de un caballero y dos peones. El hecho no es creible y menos contado por Muntaner, como no lo es tampoco el de que sólo tuviesen los griegos la pérdida de 200 hombres al decir de Pachymero. Los resultados prueban que la victoria fué importante, ni tanto como lo exagera Muntaner, ni tan poco como la empequeñece Pachymero.

El hijo del emperador, Kyr Miguel, allegó en breve tiempo otro ejército, que esta vez ascendía á 100.000 infantes y 17.000 caballos, mandada la vanguardia por el propio Miguel. Los catalanes no esperaron á que llegase á ellos el centro, sino que, haciendo una marcha rápida, se arrojaron sobre la vanguardia enemiga, que estaba acampada cerca de la ciudad de Apros, demostrando nuevamente que el valor, mejor que el número, es el árbitro de las batallas. Costóles, sin embargo, esta victoria mucho más trabajo que la anterior. La caballería de Tracia y Macedonia sostuvo por largo rato el honor de la refriega impidiendo avanzar á los nuestros, y el mismo emperador joven hizo esfuerzos sobrehumanos para evitar la afrenta de una derrota, llegando hasta el punto de luchar cuerpo á cuerpo con un marino catalán llamado Berenguer, que le hirió en el rostro después de haberle

muerto el caballo y héchole pedazos el escudo con su maza.

Los griegos huyeron de nuevo ante aquellos hombres, á quienes parecía proteger el cielo, y los almogavares que, sorprendidos por la noche, acamparon en el sitio de la batalla, pudieron ver á los matutinos albores del siguiente día, cuán considerable había sido su victoria por el número de cadáveres que sembraban el campo. Nicéforo afirma que ya por este tiempo los turcos habían formado alianza con los catalanes, visto que éstos habían vuelto sus armas contra los griegos, y dice que en la batalla de Apros peleó bajo nuestras banderas un cuerpo de turcos. La vencedora hueste se apoderó fácilmente de la ciudad de Apros al día siguiente del triunfo.

Dicen las historias que después de este triunfo quedaron tan aterrados los griegos y tan dueños del país los nuestros, que discurrían por todas las provincias á su arbitrio, talando, saqueando, vengándose, llevando el terror en su nombre y la muerte en su aspecto. Pero el que se eligió por los catalanes para teatro de sangrientas represalias, fué el pueblo de Rodosto, donde sus embajadores, con el bizarro Siscar al frente, habían sido víctimas de la traición y mala fe, sucumbiendo inhumanamente despedazados. Entraron en esta población por escalada y ocupáronla sin resistencia, pero no bastó esto á contener su crueldad. Tal debió ser ella y tan terrible y mortal su venganza, que tengo leído en Moncada que de resultas de esto, aun mucho tiempo después, la maldición más enérgica que en aquellos países arrojarse podía contra un enemigo, era la de exclamar: *Así la venganza de los catalanes caiga sobre su cabeza.*

Mientras eran tan ruidosamente vengadas las víctimas de Rodosto y entraban los catalanes en Paccia,

ciudad vecina, ganada con la misma facilidad y con igual rigor tratada, tenía lugar en Andrinópolis un hecho, cuya certeza no puede ponerse en duda cuando lo cuenta el griego Pachymero á impulsos de su admiración. He aquí sus propias palabras:

«Sesenta catalanes habían quedado prisioneros en Andrinópolis, cuando el césar Roger de Flor fué asesinado en esta ciudad. Habiendo, pues, llegado á noticia de los prisioneros el rumor de la derrota del joven emperador en Apros, conspiraron para conseguir su libertad, y habiendo roto sus cadenas subieron á lo alto de la torre, desde donde emprendieron á pedradas contra los habitantes de Andrinópolis, que al tener noticia de lo sucedido se arremolinaron junto á la torre para tomarla. Fueron inútiles cuantos esfuerzos trataron de hacer los presos, y si bien algunos se entregaron, otros prefirieron morir antes que volver á caer en manos de sus enemigos. Los vecinos de Andrinópolis, unidos á los soldados de la guarnición, viendo que no podían entrar en la torre por la desesperada resistencia que les oponían los catalanes, decidieron entregarla á las llamas; pero toda la violencia del fuego no fué bastante á acobardar á los defensores. Primeramente trataron de apagar el incendio, y cuando vieron que les era imposible, se abrazaron unos á otros dándose el último adiós; fortificáronse haciendo la señal de la cruz, y se arrojaron desnudos en medio de las llamas. Dos hermanos, pero que lo eran aún más de corazón que de cuerpo, abrazándose estrechamente, se precipitaron á un tiempo mismo desde el punto más elevado, muriendo de la caída. Antes, empero, de arrojarse vieron á un joven compañero suyo que estaba suspenso ante el precipicio y el incendio, y que más bien parecía dispuesto á someterse á una deshonrosa esclavitud que á sufrir tan cruel género de muerte. Arrojáronle ellos al fuego, y

creyeron así salvarle perdiéndole. He aquí la cruel extremidad á que su desesperación les llevó [1].»

En tanto que así andaban los catalanes victoriosos, siendo tal el poder que tenían que se pensaba ya en acercarse á Constantinopla, llegó á Galípoli con alguna gente de refuerzo aquel Fernando Jiménez de Arenós, uno de los más principales capitanes aragoneses que formaron parte de la primera expedición, y que por lo referido en otro lugar se había apartado de la hueste, yendo á ofrecer sus servicios al duque de Atenas. Fernán Jiménez, que acudía con una galera y 80 hombres en socorro de sus compañeros, fué recibido con júbilo, y diósele en seguida á mandar un cuerpo, con el cual hizo verdaderas proezas.

Juntó 300 infantes y 60 caballos, y con ellos se entró tierra adentro llevando el terror hasta las puertas mismas de Constantinopla, desde cuyos muros se cuenta que el emperador Andrónico vió cómo pasaba á saco y fuego los alrededores de la ciudad y pueblos de las cercanías. Bien es verdad que marchó contra él una fuerte división del enemigo, pero la acometió y venció, sin embargo de ser en mayor número. Triunfante y cargado de botín, fué á juntarse con Rocafort en Paccia, á donde el último acababa de llegar después de haber corrido la tierra hasta Rodope.

Mal se avenía Jiménez de Arenós con el carácter déspota y dominante de Rocafort. Así es que para hallar ocasión propicia de apartarse de su lado y no tener que someterse á quien por nobleza de sangre era su inferior, intentó con algunos de su partido la conquista de Madyto (que otros llaman Módico), y esto con tan poca gente, que sus mismos compañeros lo tenían por temeridad y locura. Sin embargo, no por ello desistió el ca-

1 Pachymero, cap. XXXIII, según la traducción francesa.

ballero aragonés, y el éxito vino á coronar sus esfuerzos. La ciudad de Madyto, con su fuerte castillo, cayó en su poder por asalto y sorpresa, según Muntaner; por capitulación y vencidos los sitiados por el hambre, según Pachymero. Parece que el sitio de la plaza duró ocho meses. Luego de ganada, Jiménez de Arenós fijó en ella su presidio, y la hueste catalana-aragonesa se dividió en tres cuerpos, guarnicionando cuatro plazas bajo el mando de tres respectivos jefes. La división de Rocafort ocupó Rodosto y Paccia (que otros llaman Pánido); la de Jiménez de Arenós, Madyto, y Ramón Muntaner con menos gente, y más fiel de seguro como soldado valiente que como cronista historiador [1], se quedó gobernando la ciudad de Galípoli.

Algún tiempo pasaron siendo el azote y terror de aquellas provincias, teniendo sujetos á sus naturales, hasta que Rocafort y Jiménez volvieron á unirse, proyectando una expedición al interior de Tracia. Lleváronla á cabo; pasearon triunfantes el país marcando sus huellas los pueblos incendiados y anegados en sangre, y dieron la vuelta cargados de riquísimos despojos, con cuatro galeras, que antes les habían pertenecido por ser las que tomaron los griegos en Constantinopla cuando la muerte de Fernando Ahones, y que hallaron Jiménez y Rocafort en el puerto de Stenayre (otros llaman Estañara), pueblo á la ribera del mar de Ponto que fué ganado á viva fuerza por los nuestros. Con estas cuatro galeras, henchidas de joyas y prisioneros, pasaron los dos caudillos por el canal de Constantinopla, cruzando así en triunfo á la vista de la aterrada capital.

En tanto que esto sucedía, un caballero principal de

1 Debe confesarse, sin embargo, que, por todo lo tocante á esta expedición de catalanes y aragoneses, la historia es deudora á Muntaner de importantes noticias, y gran partido puede sacar de su crónica en este punto quien con provecho y crítica la estudie.

Salónica llamado Jorge de Cristópolis, que pasaba con 80 caballos á Constantinopla, creyó ser buena ocasión de intentar un golpe de mano contra Galípoli, por tener noticia que estaba con poca gente guarnecida. Erró empero el intento, que tuvo de él noticia Muntaner y frustró su plan saliendo contra él y embistiéndole. Sólo 14 jinetes mandaba el cronista-soldado, al decir suyo, y bastáronle para cerrar los 80 de Cristópolis y hacerle retroceder con pérdida de 36 de los suyos, muertos ó prisioneros. El mismo vencedor nos cuenta esta victoria, y pues no hay otro testimonio que el suyo, como él la refiere la repiten todos.

Habiendo regresado ya Rocafort y Jiménez de su venturosa excursión, supieron que los alanos, es decir, los que más habían contribuído á la muerte de Roger de Flor, se volvían á sus tierras cansados de los trabajos y fatigas de la guerra. Parecióles á los nuestros que no era bien que en paz y tranquilidad se volviesen quienes tanta sangre de sus compañeros habían hecho derramar, y decidieron salirles al encuentro. Hubo consejo de capitanes en Paccia, y se resolvió reunir todas las fuerzas para esta jornada, desamparando Paccia, Rodosto y Madyto, y quedando en Galípoli las mujeres y tesoros con sola una guarnición de 200 infantes y 20 caballos, al mando y gobierno de Muntaner, á quien se ofreció un quinto del tercio de la presa y otro para su gente. Más de 2.000 mujeres se encerraron en Galípoli, y por esto dice Muntaner en su crónica: *Romangui mal acompanyat de homens y ben acompanyat de fembres.*

George, jefe de los alanos y matador de Roger de Flor, llevaba 6.000 infantes, 3.000 caballos y una multitud de niños y mujeres, y estaba á 12 jornadas de distancia. Los catalanes hicieron unas rápidas marchas y descubrieron al enemigo antes de que pasase el monte Hemo. Los historiadores dicen que el combate fué terri-

ble y espantoso, desastrosa la batalla. Ofrecieron una resistencia desesperada los alanos, que peleaban por defender sus mujeres, sus hijos y las riquezas que habían adquirido en servicio del imperio. Empero, no les sirvieron el valor y el esfuerzo más que para hacer doblemente gloriosa su derrota. La mortandad que hicieron los nuestros en los enemigos, fué mucha; el botín que recogieron, inmenso. De los primeros que perecieron á manos de los almogavares fué George, en cuya muerte vengaron así la de su valeroso caudillo Roger.

De referir es un hecho que tuvo lugar en esta jornada y que como notable cuentan las historias. Al ver la batalla perdida y dueñas ya del campo las armas catalanas, un joven y valiente mesageta que se había batido bizarramente, corrió presuroso á las tiendas que comenzaban ya á saquear los nuestros, y sacando dé una de ellas á una mujer tan joven como hermosa, esposa suya ó querida, la colocó sobre un caballo y cabalgó él en otro, tomando el camino del monte. Tres almogavares, que se llamaban Guillén Bellver, Arnau Miró y Berenguer Ventayola, echaron á correr tras de los fugitivos, movidos de la hermosura maravillosa de aquella mujer. El mesageta, para escapar á los que le seguían, espoleaba con la punta de su alfanje el caballo de su mujer, animándole al propio tiempo con voces; pero no tardaron el calor y la fatiga en rendir al pobre animal, que se dejó caer con su preciosa carga. Era ya imposible escapar. Bien hubiera podido hacerlo el mesageta abandonando á la hermosa á su suerte; pero lejos de esto se acercó á la mujer, con quien se abrazó estrecha y amorosamente, despidiéndose de ella con lágrimas y besos, y en seguida, haciéndose dos pasos atrás, blandió el alfanje y cortóle de una cuchillada la cabeza. También entonces hubiera aún podido escapar, pero no satisfacía ya su fuga á su pasión de amante; era preciso

disputar el cadáver como había tratado de salvar el cuerpo. Al pie del cadáver esperó á los tres agresores, y con el alfanje teñido en la sangre de la hermosa, quitó el brazo y la vida á Guillén Bellver, el primero que se acercó, revolviendo en seguida sobre Miró y Ventayola, con quienes luchó desesperadamente, dando y recibiendo cuchilladas junto al cadáver de su amada, hasta que cayó sobre él desangrado y exhalando el último aliento.

En tanto que se consagraba aquella famosa jornada á los manes y memoria de Roger de Flor, Galípoli, la ciudad que Muntaner se había encargado de defender con una hueste de mujeres, se veía atacada por una armada de genoveses que á ello se lanzaron movidos de las promesas de Andrónico y de su hijo Miguel. Los genoveses, al mando de Spinola, desembarcaron y dieron un asalto á la plaza, pero infructuosamente, pues que hallaron brava y tenaz resistencia. Muntaner guarneció las murallas de Galípolí con sus 2.000 mujeres, á las cuales dió armaduras, y á cada diez, por cabo, un mercader catalán; y con la poca gente con que podía disponer hizo varias salidas, obteniendo un éxito felicísimo. Como bravo soldado y como buen capitán, se portó en aquel lance Muntaner. Spinola y los suyos tuvieron que reembarcarse más que de prisa dejando alfombrados de cadáveres los alrededores de la plaza, y perdiendo en la refriega á uno de sus más famosos capitanes llamado Antonio Bocanegra, que no quiso rendirse á Muntaner, el cual le instaba para ello, deseoso de no tener que acabar con un valiente.

La defensa de Galípoli es una bella página de aquella epopeya con que se enriquece nuestra historia, debida al valor heróico de un puñado de hombres, cuyos hechos, si se hubiesen acometido en época de remota antigüedad, habrían sido relegados á las maravillas de la

fábula, ó hubieran ganado á sus autores el título de semidioses.

La expedición de levante es nuestra Iliada. Sólo que aún le falta su Homero.

V.

Con tan repetidas victorias y tan continuadas hazañas, la fama de los catalanes creció extraordinariamente, y no es de extrañar que acudiesen todos á servir bajo sus banderas y que turcos y turcoples se apresurasen á alistarse como aliados de la hueste para participar de su gloria y de su provecho. Hasta llegar á este punto no hablan nuestros autores de haberse unido á nuestras banderas los turcos y luego los turcoples, que estaban al servicio de los griegos, si bien los autores de esta última nación, como ya se ha hecho observar, quieren que esto hubiese sucedido antes.

Otro refuerzo tuvo por entonces la hueste. Fué el que le trajo Berenguer de Entenza, libre ya de su prisión gracias á la intervención generosa del monarca aragonés D. Jaime II. Berenguer de Entenza, luego que hubo roto sus hierros, no pensó en otra cosa que en facilitar socorros á los catalanes de Galípoli y volver á compartir con ellos su gloria y sus peligros; y habiendo fracasado varios de sus proyectos, y viendo irrealizables por el pronto sus esperanzas, se vino á Cataluña, vendió parte de su hacienda, juntó 500 hombres, gente toda de valor y decidida, y partió á llevar este refuerzo á sus compañeros y hermanos de Galípoli.

Así que á este punto llegó, quiso ponerse al frente de la hueste como superior caudillo y continuar el desempeño del cargo que tenía antes de que los genoveses le prendieran; pero con su ausencia y sus victorias ha-

bía crecido Rocafort en ambición, y le contestó que allí no había para él más mando que el de la gente que traía consigo. Hubo con este motivo grandes divisiones en los ánimos y establecíéronse la desunión y la discordia en la hueste, quedando dividida en dos bandos, uno de los cuales tenía por jefe á Berenguer de Rocafort y otro á Berenguer de Entenza, habiéndose sometido á este último, Jiménez de Arenós y Ramón Muntaner, por juzgarle como rico-hombre de mayor autoridad que Rocafort, simple caballero.

Por los conciertos que se hicieron, mediando Ramón Muntaner, que se tomó mucha pena y trabajo por la conciliación, pareció quedar todo en paz por el pronto, si bien los recelos, la enemistad y el odio de entrambos bandos hacía presagiar un próximo rompimiento. Berenguer de Entenza, con su división, fué á poner sitio á Megarix, y Rocafort con la suya, de la que formaban parte turcos y turcoples, se puso sobre la plaza de Ainé (que otros llaman Nona), distante 60 millas de Galípoli y 30 de Megarix.

En tal estado las cosas, llegó á Galípoli con cuatro galeras el infante D. Fernando, hijo del rey de Mallorca, á quien su primo el rey de Sicilia D. Federico enviaba á aquellas tierras como lugarteniente suyo, para que en su nombre mandase aquella gente y dirigiese aquella conquista [1]. Al llegar D. Fernando á Galípoli,

1 Buchón, en sus importantes notas al Muntaner, copia el convenio que firmaron en Melazzo el rey Federico de Sicilia y su primo el infante D. Fernando de Mallorca, según el cual éste debía dirigirse inmediatamente á la Romanía para tomar el mando de las fuerzas catalanas y aragonesas. Por este tratado se obligó D. Fernando á gobernar aquel país como lugarteniente, conformándose enteramente, con la voluntad de su tío, á ser amigo de los amigos de D. Fadrique, y enemigo de sus enemigos; á no firmar paz ni alianza con nadie sin su consentimiento, y hasta á pedir su beneplácito para la elección de esposa. El rey de Sicilia se comprometió por su parte á auxiliar al infante con to-

fué reconocido como jefe superior y lugarteniente del rey de Sicilia por la parcialidad de Entenza y Jiménez de Arenós. Rocafort se vió contrariado en sus planes y proyectos, pero buscó en su mente los medios de acabar con aquel obstáculo poderoso, y halló para ello ingeniosa traza.

No ignoraba Rocafort la caballeresca lealtad de Don Fernando á su primo el rey de Sicilia, y sabía también que los tratos hechos con éste le impedían gobernar en Romanía de otro modo que como lugarteniente del monarca siciliano. Decidido á valerse de esto, logró persuadir á los jefes y principales capitanes de su bando que, para los progresos de sus conquistas, les sería mucho más ventajoso tener entre ellos un rey que les gobernase y dirigiese y mirase como propias las tierras que se ganasen, que no depender de un monarca como el de Sicilia, el cual, por estar tan distante, ni vería las acciones de los que se señalasen para recompensarlas, ni procuraría prontos socorros á inmediatas necesidades, ni miraría, finalmente, aquellas posesiones, por estar tan lejanas, con el celo, solicitud y cuidado que aquél que las considerase como su único ó principal patrimonio. Los jefes y adalides cayeron en la red que el astuto Rocafort les tendía, y como éste les propuso que eligiesen, á consecuencia de sus ideas, por rey á D. Fernando, determinaron aclamarle y le ofrecieron la

das sus fuerzas, y á mandar á los catalanes, aragoneses y sicilianos, que guerreaban en aquel país, que le reconociesen por caudillo, prestándole como á delegado suyo el debido juramento de fidelidad y acostumbrado homenaje. Firmóse este tratado en Melazzo, en poder del notario Bernardo de Mileto, asistiendo á su otorgación los jueces de Mesina, Pedro Guercio y Bartolomé de Maestro, el arzobispo de Monreal, el infante D. Sancho de Aragón, los nobles Conrado Llanza y Pedro Oria, y los ciudadanos Guillermo de Rexach y Jaime de Palou. Lleva la fecha de 10 de Marzo de 1307. Sin embargo, hasta 1308 no marchó á Galípoli D. Fernando.

corona. D. Fernando se negó á admitir, no queriendo faltar ni un punto á la confianza que en él había depositado su primo y á los compromisos con éste contraídos. Ya lo sabía Rocafort y con ello contaba. Supo entonces manejar tan bien el negocio, que su bando, disgustado en gran parte y esperando que al fin se resolvería á aceptar el cetro, rehusó dar el bastón de mando al infante, que se hubiera vuelto ya á Sicilia si los ruegos é instancias de Entenza y de Jiménez no le hubiesen detenido.

A todo esto habían ya caído en poder de los nuestros las poblaciones de Megarix y Ainé; pero sentíase en el campo gran falta de vituallas, por estar todo talado y destruído diez jornadas alrededor de Galípoli. Hubo con este motivo consejo de capitanes, y se resolvió abandonar aquella tierra para dirigirse á tomar posesión del reino de Salónica, decidiéndose por el pronto á acometer y tomar la ciudad de Cristopol, puesta en los confines de Tracia y Macedonia, ciudad que tenía la entrada de las dos provincias fácil, la retirada segura y los socorros de mar expeditos. Se ordenó que Ramón Muntaner, con 24 velas de que constaba la armada, llevase las mujeres, niños y viejos por mar á la ciudad de Cristopol, después de haber arrasado el castillo de Galípoli, el de Madytos y los demás de que éramos allí dueños. Por lo que toca á la hueste, y para evitar en el camino los peligros de la unión de ambos bandos, se decidió que la gente de Rocafort, compuesta casi toda de almogavares, turcos y turcoples, marcharía una jornada delante, de modo que al campo que hubiese abandonado por la mañana llegaría por la tarde Entenza con los suyos. De esta última división formaban parte el infante D. Fernando y Jiménez de Arenós.

Así atravesaron una larga extensión del país, y se hallaban ya á dos jornadas de Cristopol, cuando acae-

ció una mañana que, por haberse retrasado la hueste de Rocafort y haber madrugado mucho la de Entenza á causa de los calores, las dos divisiones se encontraron. Los de Rocafort se creyeron hostigados y perseguidos, y una voz maliciosa gritó de súbito entre ellos:—¡A las armas! ¡á las armas! ¡que aquí está la gente de Entenza y de Jiménez que viene á matarnos! No hubo menester más. Este grito, repetido de fila en fila, exaspera los ánimos. Las dos huestes se precipitan una sobre otra. Acude Berenguer de Entenza, sin armadura y con sólo una azcona muntera en la mano, para sosegar y poner paz entre los combatientes; pero al verle se arrojan sobre él Gilberto de Rocafort y Dalmau de San Martín, hermano y tío de Berenguer, y le atraviesan con sus lanzas á tiempo que de sus labios salían estas palabras: —«¿Qué viene á ser eso, amigos?»

Trabóse entonces un combate encarnizado sobre el cadáver de Entenza, combate que sólo pudo calmar la autoridad del infante D. Fernando presentándose en el campo armado de todas armas y con su maza en la mano. Quedaron muertos en el campo 150 jinetes y 500 infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza y Jiménez de Arenós. Fué esta desgraciada refriega el fin de todos aquellos odios y desavenencias.

Así murió traidora y alevosamente Berenguer de Entenza, arrogante y noble figura de aquella caballeresca expedición. Berenguer, de ilustre y preclara alcurnia, de merecida fama por sus hazañosos servicios en Cataluña y en Sicilia, de ánimo levantado á altas empresas, era, al decir de los historiadores, animoso y valiente en medio de los mayores peligros, fuerte en los trabajos, constante en las determinaciones, sufrido en la adversidad y estimado por sus altas virtudes de príncipes naturales y extraños.

Fernán Jiménez de Arenós, temiendo igual suerte

que su desgraciado compañero, abandonó el campo de batalla cuando vió el estrago que hacían en los de su bando los de Rocafort, y dirigiéndose al lugar más próximo se entregó en manos de los griegos, siendo muy bien recibido por Andrónico, que le casó con su nieta Teodora, elevándole á la dignidad de megaduque del imperio. Pachymero cuenta que Jiménez llegó á caer en manos de Rocafort durante la refriega, y que pudo escaparse de su prisión pasándose entonces á los griegos, con los cuales, según dicho autor, se hallaba en inteligencia desde mucho antes, pues estaba concertado que entraría al servicio del emperador antes de la llegada de Berenguer de Entenza, variando sólo de resolución cuando este ilustre caudillo desembarcó en Galípoli.

Disgustado también el infante D. Fernando con la muerte de Berenguer de Entenza, abrazado con cuyo cadáver se dice que derramó abundantes lágrimas, decidió abandonar el campo, después de haber vuelto á requerir á Rocafort que le reconociese como lugarteniente del rey D. Federico y haberse negado á ello aquel capitán. Acertaron á presentarse entonces, no lejos del campo donde había tenido lugar la refriega, las cuatro galeras con que el infante había ido á Galípoli, mandadas por los caballeros Dalmau Serrán y Jaime Despalau, de Barcelona, y se embarcó en ellas, navegando la vuelta de la isla de Tarso y dejando á Rocafort absoluto señor y dueño de todo.

En Tarso se encontró el infante con Ramón Muntaner, á quien contó el caso, y quien, irritado y receloso á su vez de Rocafort, decidió también abandonar la compañía y volverse á Sicilia con D. Fernando. Muntaner tomó esta resolución con mucho gusto, ha dicho Moncada, porque estaba ya rico y temía á Rocafort, aunque era su amigo. Antes, empero, de partir, el cro-

nista-soldado fuése al campo de Rocafort á dar cuenta y razón á los capitanes de lo que se le había encargado, que era la mayor parte de sus haciendas, y todas sus mujeres é hijos.

Reunido consejo general así que llegó Muntaner, hizo éste entrega de los libros y el sello del ejército, y consiguió que se diese seguro á las mujeres, hijos y haciendas de los del bando de Berenguer de Entenza y Fernán Jiménez de Arenós, para que se les dejase en libertad de ir con lo suyo á donde les acomodara. A todos los que no quisieron quedarse ni con Rocafort ni ir á reunirse con Jiménez, se les facilitaron barcas armadas que les condujesen á Negroponto. Muntaner, á quien parece que realmente se estimaba mucho siendo universalmente querido por su carácter bondadoso y conciliador, fué instado á quedarse haciéndosele magníficas ofertas; pero estaba ya resuelto á partir, y lo efectuó yendo á reunirse con D. Fernando, que seguía esperándole en Tarso.

Pero D. Fernando era joven, dice Muntaner en su crónica, y es malo ir con príncipes jóvenes y de sangre generosa, que en ninguna parte ven peligros y toman por cobardía la prudencia. Quiso detenerse en Negroponto, donde á la ida había sido muy festejado, y encontróse allí con una flota veneciana en la cual iba el caballero francés Tebaldo de Cipoy, encargado, según parece, de ir á proponer á la hueste catalana que reconociese por monarca á aquel Carlos de Valois que primeramente había tomado el título de rey de Aragón en nombre del Papa, después el de rey de Sicilia, y que aspiraba entonces á ser emperador de Constantinopla, consiguiendo sólo ser únicamente rey del viento, como dice Muntaner. Apenas hubo puesto el infante D. Fernando pie en tierra, cuando las 10 galeras venecianas dieron sobre las del infante y el bajel de Muntaner, que

saquearon apoderándose de las muchas riquezas que llevaba y matando 40 hombres de la tripulación que quisieron defenderse. Por lo que toca al infante, Muntaner y los demás que con ellos habían desembarcado, quedaron presos, siendo enviado el primero con ocho caballeros y cuatro escuderos á la ciudad de Atenas, cuyo señor le mandó cautivo y con muchas guardas á Tebas.

VI.

Libre y dueño absoluto de sus acciones quedara Rocafort luego que fué muerto el de Entenza, fugitivo el de Arenós y separados del campo el infante y Muntaner. Variando el plan que estaba proyectado, decidió pasar el estrecho de Cristopol sin acometer la ciudad, que supo estaba bien provista y defendida, y cruzado el estrecho y atravesado el monte Rodope, bajó con su gente, que era en número de más de 7.000 hombres de todas las naciones, á los campos de Macedonia, y se hizo fuerte en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puntos de toda la provincia, por estar vecino al mar y porque desde allí podía fácilmente hacer sus correrías, teniendo siempre amenazada Tesalónica, que era capital de la comarca.

En Casandria recibió Rocafort la visita de Tebaldo de Cipoy, el cual, para hacérsele grato y captarse su voluntad á fin de mejor lograr sus intentos, le entregó dos de los prisioneros que había hecho en Negroponto, Muntaner el uno y el otro García Gómez Palacín, que era capital enemigo de Rocafort. Bien demostrado quedó cuando éste, así que le tuvo en su poder, le mandó cortar la cabeza sin más forma de proceso ni más sentencia que dar la orden para ello. Por lo que toca á Muntaner, fué recibido y agasajado por todos los de la

compañía, que le hicieron muchos regalos para indemnizarle en parte de sus pérdidas, pero no lograron con esto atraerle, ya que cada vez estaba más resuelto á partir, como lo efectuó bien pronto.

Fácil le fué á Tebaldo de Cipoy conseguir que Rocafort abrazase su partido. Hallábase aquél en una situación apurada, ya que con la muerte de Berenguer de Entenza se había atraído la enemistad de la casa de Aragón, y con dejar partir al infante D. Fernando las de las casas de Sicilia y de Mallorca. De él obtuvo, pues, el de Cipoy cuanto quiso, y avínose Rocafort á prestar y á hacer prestar juramento por toda la hueste á la bandera de Carlos de Valois. Esto no obstante, seguía Rocafort en sus ambiciosos y secretos planes, habiendo fundados motivos para creer que aspiraba á hacerse coronar un día rey de Tesalónica ó Salónica, y esto hacía que aun cuando hubiese reconocido en apariencia la autoridad de Tebaldo de Cipoy como representante de Carlos de Valois, en realidad obrase con entera independencia. No tardó, empero, en nublarse la estrella que hasta entonces había brillado con vivísima luz para Rocafort.

Los cómitres de las galeras venecianas, viendo ya á Tebaldo general del ejército en nombre de Carlos, partieron para sus tierras y Ramón Muntaner con ellas. Recomendado éste encarecidamente á Juan Tari, almirante de la flota, fué aquella vez tratado con las mayores consideraciones, y bastó que expresase su deseo de querer ir á Tebas á fin de ver al infante D. Fernando allí prisionero, para que Tari se apresurase á complacerle aviniéndose á esperarle en Negroponto. Muntaner estuvo dos días en Tebas con el infante D. Fernando y le dejó todo el dinero que llevaba, repartiendo su ropa entre los que le servían en su cautividad. Separóse por fin de él con sentimiento y se fué á Sicilia, cuyo rey

D. Federico le acogió y honró sobremanera, confiándole el gobierno de la isla de Gerbes, en el que tuvo nueva ocasión de lucir sus conocimientos militares y prestar muy buenos servicios como capitán prudente y buen soldado.

Por lo que toca al infante, prosiguió algún tiempo cautivo en Tebas hasta que, por mediación de su padre el rey de Mallorca con el rey de Francia, alcanzó que se le enviase á la corte de Roberto de Nápoles, que había casado con una hermana suya, y allí estuvo cerca de un año teniendo por cárcel la capital, consiguiendo por fin ir á reunirse con sus padres en Rosellón.

Volviendo ahora á los de la hueste, no tardó en apercibirse Tebaldo de Cipoy de cuáles eran los intentos de Berenguer de Rocafort, y determinó quitarle de en medio. Esperó á recibir refuerzos y recursos de Venecia, y con ellos minó el poder de Rocafort, consiguiendo que catorce cabos se comprometiesen á apoderarse de él y ponerle en sus manos. Un día, hallándose reunidos en consejo los capitanes, los conjurados se arrojaron sobre Rocafort, que se hallaba desprevenido; y aunque les opuso una vigorosa resistencia, acabaron por sujetarle y prenderle, poniéndole á disposición de Tebaldo, lo propio que su hermano Gilberto.

Luego que estuvieron presos ambos hermanos y entregados al de Cipoy, los que entraban en la conjuración asaltaron sus casas y las saquearon, á tiempo que Tebaldo desaparecía con sus prisioneros y se embarcaba secretamente sin decir nada á nadie, dirigiéndose á Nápoles á poner en manos del rey Roberto los dos hermanos Berenguer y Gilberto de Rocafort. Equivalía esto á su sentencia de muerte. Roberto no podía perdonar al de Rocafort pasados agravios de cuando le hacía la guerra en Calabria, y mandóle encerrar á él y á su hermano en el castillo de Aversa, donde tuvo la cruel-

dad de dejarlos morir de hambre. Así terminó triste y desgraciadamente su vida aquel célebre capitán que, por ser uno de los más valientes y afortunados de su tiempo, era digno de mejor suerte, aun cuando sus vicios mancharon el esplendor de su fama y de sus victorias.

Cuando la hueste supo que habían partido las galeras venecianas y con ellas Tebaldo, llevándose los dos hermanos Rocafort, comprendió el yerro cometido con la prisión de su caudillo, y alcanzósele toda la transcendencia de aquel hecho desgraciado. Con este motivo encendieron los ánimos los amigos de Rocafort, y los catorce cabos que habían contribuído á la prisión de éste perecieron á manos de los almogavares. Pasada la fiebre del motín y reaccionados los ánimos, se trató de suplir por parte de la hueste la falta de caudillo, eligiendo para el mando á dos caballeros, un adalid y un comandante almogavar, á fin de que gobernasen siempre con el consejo de los doce.

Con este gobierno se detuvieron algún tiempo en Casandria, talando toda la provincia y llevando á cabo atrevidas cabalgadas, hasta que por medio de Roger Deslau, caballero rosellonés al servicio del duque de Atenas, hicieron alianza con éste, que reclamó sus servicios y auxilio contra Juan Angelo, su enemigo. Dudábase mucho, sin embargo, que pudiesen ir á servirle como no les diese armada con que pasar, pues por tierra parecía imposible, por haber de atravesar muchas provincias y casi todas ellas de enemigos, con los obstáculos de caudalosos ríos y altos y casi inaccesibles montes.

Nos faltan, desgraciadamente, detalles para poder apreciar todo el valor de esta última parte de la empresa de Oriente. Los pocos que nos da Nicéforo Grégoras son bastantes empero para que con asombro, ya más que con admiración, sigamos á aquel puñado de catalanes

en su triunfante marcha por sitios llenos de gloriosos recuerdos y que siempre tendrán renombre y fama.

Lo primero que hicieron los nuestros fué salir de sus ruinas de Casandria, que otros llaman Potidea, y atacar la ciudad de Tesalónica, donde estaban las mayores riquezas de Oriente, por residir allí Irene, mujer de Andrónico, y María, mujer de su hijo Miguel, con toda su corte. Acometieron la ciudad con rebatos y asaltos, pero no pudieron entrarla; que defendida gallardamente por las dos emperatrices que estaban dentro con los más valientes capitanes del imperio, resistió todos los esfuerzos de los catalanes.

Determinaron éstos entonces, después de haber talado el país, regresar á Tracia; pero Andrónico había mandado levantar un muro formidable desde Cristopol hasta el monte vecino para impedirles la vuelta. Tomaron entonces una resolución heróica, y fué la de atravesar toda la provincia de Macedonia y penetrar en Tesalia, cuyos habitantes ni siquiera soñaban en ellos. Como una especie de huracán de hierro y fuego, atravesó la hueste catalana aquella provincia para ella erizada de peligros y de enemigos, y tres días de infatigable marcha le bastaron para llegar al pie de aquella cordillera formada por el Pelion, el Olimpo y el Ossa.

Al pie de estos montes célebres invernaron los catalanes, que según la relación de Nicéforo se apartaron entonces de los turcos, y con la llegada del buen tiempo atravesaron el Olimpo y el Ossa, desde cuyas cimas pudieron tender su vista sobre aquellos deliciosos jardines que se levantan en las llanuras de la Tesalia, las riberas del Eurotas y del Peneus, y los campos de Farsalia, tan honrados en recuerdos. Aquellos hombres que venían de hollar con planta indiferente los sitios donde un día se alzara Troya, héroes á su vez de una epopeya como la que inmortalizó Homero, iban á despertar

con el rumor de sus pisadas y los acentos de un lenguaje desconocido los ecos de las Termópilas, los huesos de cuyos defensores debieron estremecerse al sentir que por allí pasaban otros héroes.

Estaba entonces la Tesalia sujeta al príncipe Juan Angelo, casado con una hija bastarda del emperador Andrónico. «El rey de Tesalia, como ha dicho un historiador, no se atrevió á oponer resistencia á unos hombres que habían vencido en Asia, derrotado en los confines del imperio al búlgaro, y hecho temblar al mismo emperador de Oriente; por lo que les prometió darles paso por sus estados, y facilitarles guías que les condujesen á las ricas y placenteras comarcas de la Acaya y de la Beocia. Desde este momento, la Tesalia fué para los catalanes una tierra amiga, que les ofreció en abundancia los frutos de la tierra, el oro y la plata. Cruzáronla excitando el asombro de los moradores, que no acertaban á volver en sí de su sorpresa. Llegaron de esta suerte á las riberas del Lamia, subieron al monte Eta, pasaron la famosa garganta de las Termópilas, y tomaron asiento no lejos de la Fócida, en las orillas del Cefiso. Sus aguas bajaban del Helicón y del Parnaso, tan celebrados, é iban á acrecentar las del lago Copais, cuyas márgenes pertenecen por un lado á Locria, por el otro á la Beocia. Delfos, el Pindo y los llanos de Moratón no están lejos, junto á aquel otro mar interior, antes llamado Alción, golfo de Corinto después, y más adelante golfo de Lepanto. Aquellos nombres podían haber dado animación á los catalanes, si hubiesen tenido necesidad de ella.»

No está bien averiguado si llegaron los catalanes á servir al duque de Atenas. Hay quien dice que tan buenos servicios le prestaron, que gracias á su valor recobró el duque más de 30 plazas, obligando á sus enemigos á que le pidiesen la paz; pero luego se olvidó de sus

aliados, y se declaró contra ellos. Con más fundamento quizá aceptan otros la versión del griego Nicéforo. Se desprende de este autor, que el duque de Tebas y Atenas, indignado de que los catalanes hubiesen hecho tratos con su contrario Juan Angelo, se declaró enemigo suyo, aunque había deseado su alianza, y creyó que, contando con buena y numerosa caballería francesa, podría exterminarlos.

Sentaron su campo los catalanes á orillas del Cefiso, en territorio beociano, decididos á librar batalla al duque en este punto. Nicéforo dice que eran los nuestros en número de 3.500 jinetes y 3.000 infantes, entre los cuales se hallaban varios de sus prisioneros admitidos en sus filas por su habilidad en el manejo del arco. En cuanto supieron que el enemigo se acercaba, araron todo el terreno en que querían dar la batalla, inundándolo con las aguas del Cefiso y convirtiéndolo en un pantano que en su superficie parecía un vistoso prado. Su objeto era inutilizar la caballería, y lo consiguieron por completo.

Presentóse el duque de Atenas llevando consigo un numeroso ejército compuesto de 6.400 caballos y más de 8.000 infantes. Cuenta Nicéforo que, al ver aquella llanura cubierta de tan hermosa alfombra de verdura, sin sospechar nada de lo que pasaba, lanzó su grito de guerra, exhortó á los suyos y con toda su caballería avanzó contra el enemigo que, al otro lado de la llanura, se mantenía inmóvil esperando el ataque. «Pero antes de haber llegado á mitad de aquel campo, dice Nicéforo, los caballos, como si se hubiesen visto embarazados por pesadas cadenas, y no pudiendo fijar sus pies con firmeza en aquel terreno húmedo y resbaladizo, ya rodaban por el lodo con sus jinetes, ya arrojando á éstos huían por el campo, ya quedaban inmóviles en el mismo sitio con sus dueños, como si hubiesen llevado es-

tatuas por jinetes.» Los almogavares, entonces, dieron larga faena á sus azconas. Pocos fueron los que escaparon á su carnicería, pereciendo el duque uno de los primeros. Rota la caballería, la infantería fué perseguida y exterminada. A paso de carga ocuparon los catalanes el ducado, de que les hizo dueños aquel triunfo, y pusieron fin y remate, dice Nicéforo, con una gloriosa victoria á una expedición tan terrible como asombrosa.

Perseguidos los fugitivos hasta Tebas y Atenas, estas ciudades fueron atacadas de improviso por los catalanes, que se apoderaron de ellas con facilidad, lo mismo que de sus tesoros, mujeres é hijos. Así terminó aquella aventurera y osada expedición; éste fué el fruto de tanto valor, de tanto arrojo, de tanto esfuerzo, y otra acaso hubiera sido sin las discordias civiles que fueron el azote de aquella valerosa hueste.

Ondeantes ya las gules barras en las vencidas cúpulas de Tebas y de Atenas, y dueños de aquel estado y señorío, los catalanes pensaron en darse un jefe. Entonces fué cuando se acordaron con sentimiento, que no estaban á su lado ni Berenguer de Entenza ni Berenguer de Rocafort, víctimas entrambos de sus civiles discordias. Tan faltos estaban de personas principales y caballeros que les gobernasen, que su elección recayó en una persona extraña á la hueste, siendo nombrado el caballero rosellonés Roger Deslau, que en la batalla á orillas del Cefiso había hecho armas contra ellos y había sido uno de los pocos jinetes del duque de Atenas que escaparon con vida.

Sólo por algún tiempo gobernó Roger Deslau las provincias de Atenas y Beocia, y con ellas á los catalanes y aragoneses que por derecho de conquista las habían adquirido; ya que poco después, ó por muerte de este capitán, ó por haberse cansado de su gobierno, se sabe que aquellos aventureros enviaron embajadores al

rey D. Federico de Sicilia pidiéndole que les diese príncipe y señor para gobernarles. D. Federico les dió por rey á su hijo segundo, Manfredo; sólo que por ser éste en aquella época muy niño todavía, fué á gobernar el nuevo estado un caballero catalán, natural del Ampurdán y llamado Berenguer de Estanyol.

Este caballero, persona á lo que parece de buenas prendas y altas virtudes, gobernó con satisfacción de todos aquellos estados, y durante su gobierno y regencia adelantó la conquista y extendió los límites de su señorío, haciendo respetado y temido el nombre catalán en aquellos lugares. Mientras Berenguer de Estanyol vivió y fué cabeza y capitán en Atenas, dice Moncada que tuvieron los nuestros guerras continuas, no con todos á un tiempo, pero ya con unos, ya con otros, sin tener jamás ociosas sus armas. Muerto este capitán, volvieron segunda vez á pedir al rey D. Federico que les enviase quien fuese lugarteniente por D. Manfredo.

Entonces mandó D. Federico venir de Cataluña, en donde se hallaba, á su otro hijo D. Alfonso Federico, y envióle con 10 galeras y buena compañía á gobernar aquel nuevo reino en nombre de su hermano. Poco, sin embargo, lo gobernó D. Alfonso en calidad de lugarteniente; que por haber muerto de allí á poco Manfredo, fué reconocido por su padre y por los catalanes y aragoneses de aquella tierra como príncipe y señor de Atenas y de Beocia.

Así fué como, por el valor y la intrepidez de unos pocos, quedó planteada en Atenas una dinastía catalana-aragonesa, perteneciendo aquellos estados á D. Alfonso Federico y á su posteridad por espacio de cerca ciento cincuenta años, hasta el de 1452, época de la conquista de Constantinopla por los turcos.

Tal es, y sólo en resumen y á grandes rasgos, la historia de la expedición contra turcos y griegos, que es-

taríamos ciertamente tentados á tomar por una fábula, si documentos innegables, si graves autores, si contemporáneos cronistas, si los mismos historiadores griegos no nos respondieran de la veracidad de sus hechos. Aquellos valientes almogavares, aquellos monstruos de valor, de voluntad y de sufrimiento, según un escritor moderno los ha llamado, llevaron á cabo una de las más famosas y gigantescas empresas que se conocen en la historia de los siglos, siendo honrosísimo fruto de sus victorias un trono que por espacio de cerca siglo y medio ocupó la familia de nuestros reyes y una brillante página de gloria para nuestros anales, como pocas naciones pueden de seguro presentar.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

La Historia de Cataluña y de la Corona de Arag[illegible] [illegible] de diez a doce tomos de [illegible] a [illegible] páginas [illegible] [illegible] próximamente, publicándose uno cada dos meses.

La obra se hallará de venta en las principales librerías [illegible] al precio de 10 pesetas tomo.

A continuación y formando con ella colección, para [illegible] se publicarán los demás estudios que sobre [illegible] y Cataluña ha escrito el autor. Formarán seis tomos [illegible] y contendrán, entre otros trabajos, los siguientes: [illegible] *de Barcelona.—*[illegible]*—El capitán* [illegible]*—La* [illegible] [illegible] *y las Cortes en Cataluña.—Recuerdos de los* [illegible] *—Las* [illegible] *en* [illegible]*—Los últimos momentos del* [illegible] [illegible]*—Las bodas de Felipe V.—La* [illegible]*—La* [illegible]*—El conseller Casanova.—El bandolerismo y los* [illegible] *en Cataluña.—*[illegible]*—El* [illegible] *de* [illegible]*—*[illegible] *del sitio de Barcelona en 1705.—*[illegible]*—*[illegible] *los caballeros de Egara.—Alí Bey el Abbasí.—Memorias de un* [illegible]*—Las ruinas de Poblet.*

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN.

Poesías catalanas (tomo I de la colección), 6 pesetas.

Tragedias (original en verso catalán y traducción en prosa castellana) (tomo II de la colección), 8 pesetas.

Los Trovadores (su historia política y literaria). Cuatro tomos (formando los III, IV, V y VI de la colección), 30 pesetas.

Discursos académicos y memorias literarias. Un tomo (el VII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

El Monasterio de Piedra.—Las leyendas del Montserrat.—Las Cuevas de Montserrat. Un tomo (VIII de la colección), 7 pesetas 50 céntimos.

Todas estas obras se hallan en casa de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las principales librerías de Madrid.

Los pedidos pueden hacerse directamente al autor.

E ARAGON
ras cada
eses.
ibrerías.

Sora.

astillo y
constitu-

caste-

tomos

el VII

RRAT.
ción),

Fe,
rías


Digitized by Google

